

# LA ARAUCANA



ALONSO DE ERCILLA

**Alonso de Ercilla**

**La Araucana**

**[bajalibros.com](http://bajalibros.com)**

**Bajalibros.com**

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las

sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-675-1

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

## **Preliminares**

### PRIVILEGIO PARA EL REINO DE CASTILLA

El Rey

Por cuanto por parte de vos, don Alonso de Ercilla y Zúñiga, nos fue fecha relación que habiades compuesto la Tercera Parte de LA ARAUCANA y juntádola con la Primera y Segunda, en que se acaban de escribir las guerras de la provincia de Chili hasta vuestro tiempo, y por ser obra provechosa para la noticia de aquella tierra, suplicándonos os mandásemos dar licencia para imprimir las dichas tres Partes de las cuales hicistes presentación, y privilegio por veinte años o por el tiempo que fuésemos servido o como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hicieron las diligencias que la premática por Nos fecha sobre la impresión de los libros dispone, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razón, e Nos tuvimoslo por bien; por la cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que vos o la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podáis hacer imprimir y vender el dicho libro que de suso se hace mención en todos estos nuestros reinos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que corran y se cuenten desde el día de la data desta nuestra cédula, so pena que la persona o personas que sin tener vuestro poder lo imprimiere o vendiere o hiciere imprimir o vender, pierda la impresión que hiciere con los moldes y aparejos della, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís cada vez que lo contrario hiciere, la cual dicha pena sea la tercia parte para la persona que lo acusare y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare y la otra tercia parte para nuestra cámara y fisco con tanto que todas las veces que hobiéredes de hacer imprimir el dicho libro, durante el dicho tiempo de los dichos diez años, le traigáis al nuestro Consejo juntamente con el original que en él fue visto, que va rubricado cada plana y firmado al fin del de Juan Gallo de Andrada, nuestro escribano de cámara de los que residen en el nuestro Consejo, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él o traigáis fe en pública forma de como, por corretor nombrado por nuestro mandado, se vio y corrigió la dicha impresión por el dicho original y se imprimió conforme a él, y quedan impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que así fueren impresos, para que se os tase el precio que por cada volumen hobiéredes de haber, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en las leyes y premáticas de nuestros reinos. Y mandamos a los del nuestro Consejo y a otras cualesquier justicias que guarden y cumplan y ejecuten esta nuestra cédula y lo en ella contenido. Fecha en San Lorenzo, a trece días del mes de mayo de mil y quinientos y ochenta y nueve años. YO EL REY. Por mandado del Rey nuestro señor. Juan Vázquez.

## PRIVILEGIO DE ARAGÓN

Nos Don Felipe, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Aragón, de León, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Portugal, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorcas, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar, de las Islas de Canaria, de las Indias Orientales y Occidentales, Islas y Tierra Firme del mar Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante, de Milán, de Atenas y Neopatria, Conde de Abspug, de Flandes, de Tirol, de Barcelona, de Rosellón y Cerdeña, Marqués de Oristán y Conde de Gociano. Por cuanto por parte de vos, Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, caballero de la Orden de Santiago, gentilhombre de la Cámara del Emperador, mi sobrino, se nos ha hecho relación que con vuestro trabajo e ingenio habéis compuesto un libro intitulado *Tercera parte de La Araucana* y que lo deseáis hacer imprimir en los nuestros reinos de la Corona de Aragón, suplicándonos os mandásemos dar licencia para ello con la prohibición acostumbrada y por el tiempo que fuéremos servido; e Nos, teniendo consideración a vuestros grandes servicios, valor y partes, habiendo sido reconocido el dicho libro por nuestro mandato, con tenor de las presentes, de nuestra cierta ciencia y real autoridad, deliberadamente y consulta, damos licencia, permiso y facultad a vos el dicho don Alonso de Ercilla y Zúñiga y a la persona que vuestro poder tuviere, que podáis imprimir o hacer imprimir al impresor o impresores que quisiéredes el dicho libro intitulado *Tercera Parte de La Araucana*, con las otras dos partes o sin ellas, en todos los dichos nuestros reinos y señoríos de la Corona de Aragón, y vender en ellos así los que hubiéredes impreso o hecho imprimir en los dichos reinos como fuera dellos en otras cualesquier partes y esto por tiempo de diez años; prohibiendo, según que con las presentes prohibimos y vedamos, que ninguna otra persona los pueda imprimir, ni hacer imprimir ni vender, ni llevarlos, impresos de otras partes a vender a los dichos nuestros reinos y señoríos sino vos o quien vuestro poder tuviere, por el dicho tiempo de diez años del día de la data de las presentes contaderos, so pena de docientos florines de oro de Aragón y perdimento de moldes y libros, dividiera en tres iguales partes: una a nuestros reales cofres, otra para vos el dicho don Alonso, y la tercera para el acusador; con esto, empero: que los libros que hubiéredes impreso y hiciéredes imprimir no los podáis vender hasta que hayáis traído en este nuestro S. S. R. Consejo, que cabe Nos reside, uno dellos, para que se compruebe con el original que queda en poder del noble don Miguel Clemente, nuestro protonotario, y se vea si la dicha impresión está conforme con el original que ha sido mostrado y aprobado. Mandando con el mismo tenor de las presentes a cualesquiera lugartenientes y capitanes generales, regente de la Cancellaría, regente el oficio y portantveces de nuestro General Gobernador, Justicia de Aragón y sus lugartenientes, Bales generales, Zalmedinas, Vegueres, Sotvegueres, Justicias, Jurados, Alguaciles, Vergueros, Porteros y otros cualesquier oficiales y ministros nuestros, mayores y menores, en los dichos reinos y señoríos de la Corona de Aragón constituidos y constituideros y a sus lugartenientes o regentes los dichos oficios, so encurrimiento de nuestra ira e indignación y pena de mil florines de Aragón, de bienes del que lo contrario hiciere exigideros y a nuestros Reales cofres aplicaderos, que la presente nuestra licencia y prohibición y todo lo en ella contenido os tengan, guarden y cumplan, tener, guardar y cumplir hagan sin contradicción alguna, y no permitan ni den lugar que sea hecho lo contrario en manera alguna, si, demás de nuestra ira e indignación, en la pena sobredicha desean no incurrir. En testimonio de lo cual mandamos despachar las presentes con nuestro sello Real en el dorso selladas. Dat. en el monesterio de San Lorenzo el Real, a veintitrés días del mes de septiembre, año del nacimiento de Nuestro Señor de mil y quinientos y ochenta y nueve. -YO EL REY.

*V. Frigola Vicechancellarius. V. Comes, Generalis Thesaurarius. V. Quintana Regens. V. Campis Regens. V. Marzilla Regens. V. Pellicer Regens. V. Clemens pro Conservatore Generali.*

*Dominus Rex mandavit mihi don Michaeli Clementi visa per Frigola Vicechancellarium, Comitum generalem Thesaurarium, Campi, Marzilla, Quintana & Pellicer Regentes Chancellarium, & me pro Conservatore Generali.*

Está tasado en siete reales cada cuerpo desta Araucana, Primera y Segunda y Tercera Parte como consta, por la fee de tasa firmada del Secretario Juan Gallo de Andrada. Su fecha en Madrid a once días del mes de Enero de MDXC años.

## PRIVILEGIO DE PORTUGAL

*Eu el rej fago saber a os que este albala virem, que eu ej por bem e me praz que pessoa alguã não possa em meus reynos e senhorios de Portugal, imprimir nem vender a Primeira, Segunda e Terceira Parte da Araucana, que dom Alonso de Erzilla e Çuñiga tem composto, e em que acaba de escrever as guerras da Provincia de Chili ate o seu tempo; nem as possa trazer de fora impressas, senão elle dito dom Alonso ou quem sua comissão, tiver, e isto por tempo de dez annos soamente, que se começaraõ da feitura deste em diante: sob pena de qualquer pessoa que imprimir ou fizer imprimir as ditas tres Partes da Araucana, ou trazer de fora impressas ou vender sem consentimento do dito dom Alonso, perder todos os volumes que dos ditos livros tiver e que forem echados, e mais pagar sincoenta mil reis: a metade pera quem acusar. E mando a todas as justiças e officiaes a que este albala for mostrado, e o conhecimento de le pertencer, que o cumprã e guardem e façãõ inteiramente comprir como se nele contem; posto que não seja passado pela Chancelarja e o efeito dele aja de durar mai de h anno, sem embargo das ordenazões do segundo libro, titulo vinte, que o contrairo dispoem; e este albara se imprimira no começo dos ditos volumes, ou no cabo.-Antonio Moniz da Fonsequa o fez em Madrid, aos 0 de novembro de.- REY.*

## Primera Parte de La Araucana de don Alonso de Ercilla y Cúñiga

### PRÓLOGO

Si pensara que el trabajo que he puesto en la obra me había de quitar tan poco el miedo de publicarla sé cierto de mí que no tuviera ánimo para llevarla al cabo. Pero considerando ser la historia verdadera y de cosas de guerra, a las cuales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla, ayudando a ello las importunaciones de muchos testigos que en lo más dello se hallaron, y el agravio que algunos españoles recibirían quedando sus hazañas en perpetuo silencio, faltando quien las escriba, no por ser ellas pequeñas, pero porque la tierra es tan remota y apartada y la postrera que los españoles han pisado por la parte del Pirú, que no se puede tener della casi noticia, y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupación de la guerra, que no da lugar a ello; y así, el que pude hurtar, le gasté en este libro, el cual, porque fuese más cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas cabían seis versos, que no me costó después poco trabajo juntarlos; y por esto y por la humildad con que va la obra, como criada en tan pobres pañales, acompañándola el celo y la intención con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien la leyere las faltas que lleva. Y si a alguno le pareciere que me muestro algo inclinado a la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías más estendidamente de lo que para bárbaros se requiere, si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y, cierto, es cosa de admiración que no poseyendo los araucanos más de veinte leguas de término, sin tener en todo él pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte para su reparo, ni armas, a lo menos defensivas, que la prolija guerra y los españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinación hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre así suya como de españoles, que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos, no faltando a los muertos quien les suceda en llevar su opinión adelante; pues los hijos, ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los mueve y el valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomando las armas se ofrecen al rigor de la guerra, y es tanta la falta de gente por la mucha que ha muerto en esta demanda, que para hacer más cuerpo y henchir los escuadrones, vienen también las mujeres a la guerra, y peleando algunas veces como varones, se entregan con grande ánimo a la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno de mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues, como dije arriba, hay agora en España cantidad de personas que se hallaron en muchas cosas de las que aquí escribo, a ellos remito la defensa de mi obra en esta parte, y a los que la leyeren se la encomiendo.

### SONETO A DON ALONSO DE ERCILLA

Parten corriendo con ligero paso  
Marón de mantua y de Smirna Homero,  
cada cual procurando ser primero  
en la difícil cumbre del Parnaso.  
Van de la Italia Ariosto, el culto Tasso  
y del pueblo famoso del ibero  
Boscán, Mendoza célebre y sincero  
y el ilustre y divino Garcilaso.  
Vais después dellos, generoso Ercilla,  
y aunque en tiempo primero que vos fueron  
pasáis delante a todos fácilmente.  
Apolo en veros tal se maravilla,  
y antes que a todos los que allá subieron

con lauro os ciñe la sagrada frente.

SONETO DE FRAY ALONSO DE CARVAJAL, DE LA  
ORDEN DE LOS MÍNIMOS, EN MODO DE DIÁLOGO

-¿Quién sube por la escala de discretos?  
-Don Alonso es, de Ercilla el animoso.  
-Decidme: ¿dónde va tan presuroso?  
-A dar subido lustre a sus concetos.  
-¿Es éste el que no alcanzan los perfetos?  
-El es, que al más fecundo hace medroso,  
-¿Qué causa es la que lleva este famoso?  
-Mostrarnos el valor de sus decretos.  
-Pues nadie lo entendiera en este caso.  
-Ninguno, ni vendrá ya quien lo entienda.  
-Estraño debe ser su estilo y arte.  
-Es tal, que ya se estiende hasta el ocaso.  
-Luego, ¿daránle el lauro sin contienda?  
-Sí, que es Virgilio en verso, en armas Marte.

SONETO DEL DOCTOR GERÓNIMO DE PORRAS,  
CATEDRÁTICO EN LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ, A DON  
ALONSO DE ERCILLA

Claro señor, que ilustras y celebras  
la gloria de las armas españolas  
del Indo mar a las Esperias olas,  
del Scítico a las líbicas culebras,  
y a Muerte robas las vitales hebras  
que siega como flacas amapolas;  
haces que Mantua no se alabe a solas,  
y al invidioso la esperanza quiebras:  
no solamente aplican sus oídos  
al dulce son de tu glorioso cuento  
Neptuno, Doris, Melicerta y Glauco,  
mas aun reciben gusto los vencidos  
de oír loar con tan suave acento  
los vencedores del famoso Arauco.

SONETO DEL MARQUÉS DE PEÑAFIEL A DON ALONSO  
DE ERCILLA

Gloria lleváis del bárbaro trofeo  
con pluma honrando al que vencéis con lanza,  
y lo que en tiempo y muerte no se alcanza  
alcanza en vida el inmortal deseo.  
Voláis de Arauco hasta el mar Egeo,  
y con ínclito triunfo y alabanza,  
libre de alteración y de mudanza,  
de lejos veis las aguas del Leteo.  
Tanto Ercilla valéis vivo y presente,  
que de Zoylo el infernal veneno  
jamás prevaricó la gloria vuestra.  
Dais gloria a Arauco y vais de gente en gente  
con lauro ufano y de alabanzas lleno,  
que el premio es vuestro y la ventura nuestra.

SONETO DE LA SEÑORA DOÑA LEONOR DE YEIZ,  
SEÑORA DE LA BARONÍA DE RAFALES, A DON ALONSO  
DE ERCILLA

Mil bronces para estatuas ya fórjados,  
mil lauros de tus obras premio honroso

te ofrece España, Ercilla generoso,  
por tu pluma y tu lanza tan ganados.  
Hónrese tu valor entre soldados,  
invidie tu nobleza el valeroso  
y busque en ti el poeta más famoso  
lima para sus versos más limados.  
Derrame por el mundo tus loores  
la fama, y eternice tu memoria  
porque jamás el tiempo la consuma.  
Gocen ya, sin temor de que hay mayores,  
tus hechos y tus libros de igual gloria,  
pues la han ganado igual la espada y pluma.

SONETO DE LA SEÑORA DOÑA YSABEL DE CASTRO Y  
ANDRADE A DON ALONSO DE ERCILLA

Araucana nação mais venturosa,  
mais que quantas og'ha de gloria dina,  
pois na prosperidade e na ruina  
sempre enuejada estais, nunca enuejosa.  
Se enresta ¡oh illustre Alonso! a temerosa  
lanza, se arranca a espada que fulmina,  
creyó que julgareis que determina  
s'ó conquistar a terra bellicosa.  
Faraa, mas não temais essa mão forte,  
que se vos tira a liberdade e a vida,  
ella vos pagara b|e largamente.  
Qu'a troco du'a breve e honrada morte,  
Cõ seu divino estilo, esclarecida  
deixara vossa fama eternamente.

AL REY, NUESTRO SEÑOR

Como todas mis obras de su principio están ofrecidas a V. M., ésta, como necesitada, acude al amparo que ha menester.

Suplico a V. M. sea servido de pasar los ojos por ella que con merced tan grande, demás de dejarla V. M. ufana, quedará autorizada y seguro de que ninguno se le atreva.

Guarde Nuestro Señor la Católica persona de V. M.

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga

## Canto I

*El cual declara el asiento y descripción de la provincia de Chile y Estado de Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen; y asimismo trata en suma la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó a rebelar*

No las damas, amor, no gentilezas  
de caballeros canto enamorados,  
ni las muestras, regalos y ternezas  
de amorosos afectos y cuidados;  
mas el valor, los hechos, las proezas  
de aquellos españoles esforzados,  
que a la cerviz de Arauco no domada  
pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré también harto notables  
de gente que a ningún rey obedecen,  
temerarias empresas memorables  
que celebrarse con razón merecen,  
raras industrias términos loables  
que más los españoles engrandecen  
pues no es el vencedor más estimado  
de aquello en que el vencido es reputado.

Suplícóos, gran Felipe, que mirada  
esta labor, de vos sea recibida,  
que, de todo favor necesitada,  
queda con darse a vos favorecida.  
Es relación sin corromper sacada  
de la verdad, cortada a su medida;  
no despreciéis el don, aunque tan pobre,  
para que autoridad mi verso cobre.

Quiero a señor tan alto dedicarlo,  
porque este atrevimiento lo sostenga,  
tomando esta manera de ilustrarlo,  
para que quien lo viere en más lo tenga;  
y si esto no bastare a no tacharlo,  
a lo menos confuso se detenga  
pensando que, pues va a Vos dirigido,  
que debe de llevar algo escondido.

Y haberme en vuestra casa yo criado,  
que crédito me da por otra parte,  
hará mi torpe estilo delicado,  
y lo que va sin orden, lleno de arte;  
así, de tantas cosas animado,  
la pluma entregaré al furor de Marte:  
dad orejas Señor, a lo que digo,  
que soy de parte dello buen testigo.

Chile, fértil provincia y señalada  
en la región antártica famosa,  
de remotas naciones respetada  
por fuerte, principal y poderosa;  
la gente que produce es tan granada,  
tan soberbia, gallarda y belicosa,  
que no ha sido por rey jamás regida  
ni a extranjero dominio sometida.

Es Chile norte sur de gran longura,  
costa del nuevo mar, del Sur llamado,  
tendrá del leste a oeste de angostura

cien millas, por lo más ancho tomado;  
bajo del polo Antártico en altura  
de veinte y siete grados, prolongado  
hasta do el mar Océano y chileno  
mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden,  
pasando de sus términos, juntarse,  
baten las rocas, y sus olas tienden,  
mas esles impedido el allegarse;  
por esta parte al fin la tierra hienden  
y pueden por aquí comunicarse.  
Magallanes, Señor, fue el primer hombre  
que, abriendo este camino, le dio nombre.

Por falta de pilotos, o encubierta  
causa, quizá importante y no sabida,  
esta secreta senda descubierta  
quedó para nosotros escondida;  
ora sea yerro de la altura cierta,  
ora que alguna isleta, removida  
del tempestuoso mar y viento airado  
encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que norte sur corre la tierra,  
y bñála del oeste la marina;  
a la banda de leste va una sierra  
que el mismo rumbo mil leguas camina;  
en medio es donde el punto de la guerra  
por uso y ejercicio más se afina.  
Venus y Amón aquí no alcanzan parte,  
sólo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado,  
por donde su grandeza es manifiesta,  
está a treinta y seis grados el Estado  
que tanta sangre ajena y propia cuesta;  
éste es el fiero pueblo no domado  
que tuvo a Chile en tal estrecho puesta,  
y aquel que por valor y pura guerra  
hace en torno temblar toda la tierra.

Es Arauco, que basta, el cual sujeto  
lo más deste gran término tenía  
con tanta fama, crédito y conceto,  
que del un polo al otro se estendía,  
y puso al español en tal aprieto  
cual presto se verá en la carta mía;  
veinte leguas contienen sus mojones,  
poséenla diez y seis fuertes varones.

De diez y seis caciques y señores  
es el soberbio Estado poseído,  
en militar estudio los mejores  
que de bárbaras madres han nacido;  
reparo de su patria y defensores,  
ninguno en el gobierno preferido.  
Otros caciques hay, mas por valientes  
son éstos en mandar los preeminentes.

Sólo al señor de imposición le viene  
servicio personal de sus vasallos,  
y en cualquiera ocasión cuando conviene  
puede por fuerza al débito aprearmiallos;  
pero así obligación el señor tiene

en las cosas de guerra dotrinillos  
con tal uso, cuidado y diciplina,  
que son maestros después desta dotrina.

En lo que usan los niños en teniendo  
habilidad y fuerza provechosa,  
es que un trecho seguido ha de ir corriendo  
por una áspera cuesta pedregosa  
y al puesto y fin del curso revolviendo,  
le dan al vencedor alguna cosa.  
Vienen a ser tan sueltos y alentados  
que alcanzan por aliento los venados.

Y desde la niñez al ejercicio  
los apremian por fuerza y los incitan,  
y en el bélico estudio y duro oficio,  
entrando en más edad, los ejercitan.  
Si alguno de flaqueza da un indicio,  
del uso militar lo inhabilitan,  
y el que sale en las armas señalado  
conforme a su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preminencia  
no son por flacos medios proveídos,  
ni van por calidad, ni por herencia,  
ni por hacienda y ser mejor nacidos;  
mas la virtud del brazo y la excelencia,  
ésta hace los hombres preferidos,  
ésta ilustra, habilita, perficiona  
y quilata el valor de la persona.

Los que están a la guerra dedicados  
no son a otro servicio constreñidos,  
del trabajo y labranza reservados,  
y de la gente baja mantenidos;  
pero son por las leyes obligados  
destar a punto de armas proveídos,  
y a saber diestramente gobernallas  
en las lícitas guerras y batallas.

Las armas dellos más ejercitadas  
son picas, alabardas y lanzones,  
con otras puntas largas enastadas  
de la fación y forma de punzones;  
hachas, martillo, mazas barreadas,  
dardos, sargentas, flechas y bastones,  
lazos de fuertes mimbres y bejucos,  
tiros arrojadizos y trabucos.

Algunas destas armas han tomado  
de los cristianos nuevamente agora,  
que el contino ejercicio y el cuidado  
enseña y aprovecha cada hora,  
y otras, según los tiempos, inventado:  
que es la necesidad grande inventora,  
y el trabajo solícito en las cosas,  
maestro de invenciones ingeniosas.

Tienen fuertes y dobles coseletes,  
arma común a todos los soldados,  
y otros a la manera de sayetes,  
que son, aunque modernos, más usados;  
grebas, brazaletes, golas, capacetes  
de diversas hechuras encajados,  
hechos de piel curtida y duro cuero,

que no basta a ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente  
ha de aprender, y en ella ejercitarse,  
y es aquella a que más naturalmente  
en la niñez mostrare aficionarse;  
desta sola procura diestramente  
saberse aprovechar, y no empacharse  
en jugar de la pica el que es flechero,  
ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muéstranse en formados  
escuadrones distintos muy enteros,  
cada hila de más de cien soldados;  
entre una pica y otra los flecheros  
que de lejos ofenden desmandados  
bajo la protección de los piqueros,  
que van hombro con hombro, como digo,  
hasta medir a pica al enemigo.

Si el escuadrón primero que acomete  
por fuerza viene a ser desbaratado,  
tan presto a socorrerle otro se mete,  
que casi no da tiempo a ser notado.  
Si aquél se desbarata, otro arremete,  
y estando ya el primero reformado,  
moverse de su término no puede  
hasta ver lo que al otro le sucede.

De pantanos procuran guarnecerse  
por el daño y temor de los caballos,  
donde suelen a veces acogerse  
si viene a suceder desbaratallos;  
allí pueden seguros rehacerse,  
ofenden sin que puedan enojallos,  
que el falso sitio y gran inconveniente  
impide la llegada a nuestra gente.

Del escuadrón se van adelantando  
los bárbaros que son sobresalientes,  
soberbios cielo y tierra despreciando,  
ganosos de estremarse por valientes.  
Las picas por los cuentos arrastrando,  
poniéndose en posturas diferentes,  
diciendo: «Si hay valiente algún cristiano,  
salga luego adelante mano a mano».

Hasta treinta o cuarenta en compañía,  
ambiciosos de crédito y loores,  
vienen con grande orgullo y bizarría  
al son de presurosos atambores;  
las armas matizadas a porfía  
con varias y finísimas colores  
de poblados penachos adornados,  
saltando acá y allá por todos lados.

Hacen fuerzas o fuertes cuando entienden  
ser el lugar y sitio en su provecho,  
o si ocupar un término pretenden,  
o por algún aprieto y grande estrecho;  
de do más a su salvo se defienden  
y salen de rebato a caso hecho,  
recogiéndose a tiempo al sitio fuerte,  
que su forma y hechura es desta suerte:  
señalado el lugar, hecha la traza,

de poderosos árboles labrados  
cercan una cuadrada y ancha plaza  
en valientes estacas afirmados,  
que a los de fuera impide y embaraza  
la entrada y combatir, porque, guardados  
del muro los de dentro, fácilmente  
de mucha se defiende poca gente.

Solían antiguamente de tablones  
hacer dentro del fuerte otro apartado,  
puestos de trecho a trecho unos troncones  
en los cuales el muro iba fijado  
con cuatro levantados torreones  
a caballero, del primer cercado,  
de pequeñas troneras lleno el muro  
para jugar sin miedo y más seguro.

En torno desta plaza poco trecho  
cercan de espesos hoyos por defuera:  
cuál es largo, cuál ancho, y cuál estrecho,  
y así van sin faltar desta manera,  
para el incauto mozo que de hecho  
apresura el caballo en la carrera  
tras el astuto bárbaro engañoso  
que le mete en el cerco peligroso.

También suelen hacer hoyos mayores  
con estacas agudas en el suelo,  
cubiertos de carrizo; yerba y flores,  
porque puedan picar más sin recelo;  
allí los indiscretos corredores,  
teniendo sólo por remedio el cielo,  
se sumen dentro, y quedan enterrados  
en las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera  
tienen de tiempo antiguo acostumbrada,  
que es hacer un convite y borrachera  
cuando sucede cosa señalada;  
y así cualquier señor, que la primera  
nueva del tal suceso le es llegada,  
despacha con presteza embajadores  
a todos los caciques y señores  
haciéndoles saber como se ofrece  
necesidad y tiempo de juntarse,  
pues a todos les toca y pertenece,  
que es bien con brevedad comunicarse.  
Según el caso, así se lo encarece,  
y el daño que se sigue dilatarse,  
lo cual, visto que a todos les conviene,  
ninguno venir puede que no viene.

Juntos, pues, los caciques del senado,  
propóneles el caso nuevamente,  
el cual por ellos visto y ponderado,  
se trata del remedio conveniente;  
y resueltos en uno y decretado,  
si alguno de opinión es diferente,  
no puede en cuanto al débito eximirse,  
que allí la mayor voz ha de seguirse.

Después que cosa en contra no se halla,  
se va el nuevo decreto declarando  
por la gente común y de canalla,

que alguna novedad está aguardando.  
Si viene a averiguarse por batalla,  
con gran rumor lo van manifestando  
de trompas y atambores altamente,  
porque a noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado  
para se ver sobre ello y remirarse;  
tres días se han de haber ratificado  
en la definición sin retratarse,  
y el franco y libre término pasado,  
es de ley imposible revocarse  
y así como a forzoso acaecimiento,  
se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso  
asiento de mil florestas escogido,  
donde se muestra el campo más hermoso  
de infinidad de flores guarnecido;  
allí de un viento fresco y amoroso  
los árboles se mueven con ruido,  
cruzando muchas veces por el prado  
un claro arroyo limpio y sosegado,

do una fresca y altísima alameda  
por orden y artificio tienen puesta  
en torno de la plaza y ancha rueda,  
capaz de cualquier junta y grande fiesta,  
que convida a descanso, y al sol veda  
la entrada y paso en la enojosa siesta;  
allí se oye la dulce melodía  
del canto de las aves y armonía.

Gente es sin Dios ni ley, aunque respeta  
aquel que fue del cielo derribado,  
que como, a poderoso y gran profeta  
es siempre en sus cantares celebrado.  
Invocan su furor con falsa seta  
y a todos sus negocios es llamado,  
teniendo cuanto dice por seguro  
del próspero suceso o mal futuro.

Y cuando quieren dar una batalla  
con él lo comunican en su rito;  
si no responde bien, dejan de dalla  
aunque más les insista el apetito.  
Caso grave y negocio no se halla  
do no sea convocado este maldito:  
llámanle Eponamón, y comúnmente  
dan este nombre a alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros,  
ciencia a que naturalmente se inclinan,  
en señales mirando y en agüeros  
por las cuales sus cosas determinan;  
veneran a los necios agoreros  
que los casos futuros adivinan:  
el agüero acrecienta su osadía  
y les infunde miedo y cobardía.

Algunos destos son predicadores  
tenidos en sagrada reverencia,  
que sólo se mantienen de loores,  
y guardan vida estrecha y abstinencia.  
Estos son los que ponen en errores

al liviano común con su elocuencia,  
teniendo por tan cierta su locura,  
como nos la Evangélica Escritura.

Y éstos que guardan orden algo estrecha  
no tienen ley ni Dios ni que hay pecados,  
mas sólo aquel vivir les aprovecha  
de ser por sabios hombres reputados;  
pero la espada, lanza, el arco y flecha  
tienen por mejor ciencia otros soldados,  
diciendo que al agüero alegre o triste  
en la fuerza y el ánimo consiste.

En fin, el hado y clima desta tierra,  
si su estrella y pronósticos se miran,  
es contienda, furor, discordia, guerra  
y a solo esto los ánimos aspiran.  
Todo su bien y mal aquí se encierra,  
son hombres que de súbito se aíran,  
de condiciones feroces, impacientes,  
amigos de domar estrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados,  
bien formados los cuerpos y crecidos,  
espaldas grandes, pechos levantados,  
recios miembros, de niervos bien fornidos;  
ágiles, desenvueltos, alentados,  
animosos, valientes, atrevidos,  
duros en el trabajo y sufridores  
de fríos mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase  
esta soberbia gente libertada,  
ni estrañera nación que se jatase  
de haber dado en sus términos pisada,  
ni comarcana tierra que se osase  
mover en contra y levantar espada.  
Siempre fue esenta, indómita, temida,  
de leyes libre y de cerviz erguida.

El potente rey Inga, aventajado  
en todas las antárticas regiones,  
fue un señor en extremo aficionado  
a ver y conquistar nuevas naciones,  
y por la gran noticia del Estado  
a Chile despachó sus orejones;  
mas la parlera fama desta gente  
la sangre les templó y ánimo ardiente.

Pero los nobles Ingas valerosos  
los despoblados ásperos rompieron,  
y en Chile algunos pueblos belicosos  
por fuerza a servidumbre los trujeron,  
a do leyes y edictos trabajosos  
con dura mano armada introdujeron,  
haciéndolos con fueros disolutos  
pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra y reformado  
el campo con ejército pujante,  
en demanda del reino deseado  
movieron sus escuadras adelante.  
No hubieron muchas millas caminado,  
cuando entendieron que era semejante  
el valor a la fama que alcanzada

tenía el pueblo araucano por la espada.

Los promaucaes de Maule, que supieron  
el vano intento de los Ingas vanos,  
al paso y duro encuentro les salieron,  
no menos en buen orden que lozanos;  
y las cosas de suerte sucedieron  
que llegando estas gentes a las manos,  
murieron infinitos orejones,  
perdiendo el campo y todos los pendones.

Los indios promaucaes es una gente  
que está cien millas antes del Estado,  
brava, soberbia, próspera y valiente,  
que bien los españoles la han probado;  
pero con cuanto digo, es diferente  
de la fiera nación, que cotejado  
el valor de las armas y excelencia,  
es grande la ventaja y diferencia.

Los Ingas, que la fuerza conocían  
que en la provincia indómита se encierra  
y cuán poco a los brazos ganarían  
llegada al cabo la empezada guerra,  
visto el errado intento que traían,  
desamparando la ganada tierra,  
volvieron a los pueblos que dejaron  
donde por algún tiempo reposaron.

Pues don Diego de Almagro, Adelantado  
que en otras mil conquistas se había visto,  
por sabio en todas ellas reputado,  
animoso, valiente, franco y quisto,  
a Chile caminó determinado  
de estender y ensanchar la fe de Cristo.  
Pero llegando al fin deste camino,  
dar en breve la vuelta le convino.

A sólo el de Valdivia esta vitoria  
con justa y gran razón le fue otorgada  
y es bien que se celebre su memoria,  
pues pudo adelantar tanto su espada.  
Éste alcanzó en Arauco aquella gloria  
que de nadie hasta allí fuera alcanzada;  
la altiva gente al grave yugo trujo  
y en opresión la libertad redujo.

Con una espada y capa solamente,  
ayudado de industria que tenía,  
hizo con brevedad de buena gente  
una lucida y gruesa compañía,  
y con designio y ánimo valiente  
toma de Chile la derecha vía,  
resuelto en acabar desta salida  
la demanda difícil o la vida.

Viose en el largo y áspero camino  
por hambre, sed y frío en gran estrecho;  
pero con la constancia que convino  
puso al trabajo el animoso pecho,  
y el diestro hado y próspero destino  
en Chile le metieron, a despecho  
de cuantos estorbarlo procuraron,  
que en su daño las armas levantaron.

Tuvo a la entrada con aquellas gentes  
batallas y recuentros peligrosos  
en tiempos y lugares diferentes  
que estuvieron los fines bien dudosos;  
pero al cabo por fuerza los valientes  
españoles con brazos valerosos,  
siguiendo el hado y con rigor la guerra  
ocuparon gran parte de la tierra.

No sin gran riesgo y pérdidas de vidas  
asediados seis años sostuvieron,  
y de incultas raíces desabridas  
los trabajados cuerpos mantuvieron,  
do a las bárbaras armas oprimidas  
a la española devoción trujeron  
por ánimo constante y raras pruebas,  
criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Después entró Valdivia conquistando  
con esfuerzo y espada rigurosa  
los promaucaes, por fuerza sujetando  
curios, cauquenes, gente belicosa;  
y el Maule y raudo Itata atravesando,  
llegó al Andalién, do la famosa  
ciudad fundó de muros levantada,  
felice en poco tiempo y desdichada.

Una batalla tuvo aquí sangrienta,  
donde a punto llegó de ser perdido  
pero Dios le acorrió en aquella afrenta,  
que en todas las demás le había acorrido.  
Otros dello darán más larga cuenta,  
que les está este cargo cometido;  
allí fue preso el bárbaro Ainaullo;  
honor de los pencones y caudillo.

De allí llegó al famoso Biobío  
el cual divide a Penco del Estado,  
que del Nibequetén, copioso río,  
y de otros viene al mar acompañado.  
De donde con presteza y nuevo brío,  
en orden buena y escuadrón formado  
pasó de Andalicán la áspera sierra  
pisando la araucana y fértil tierra.

No quiero detenerme más en esto  
pues que no es mi intención dar pesadumbre,  
y así pienso pasar por todo presto,  
huyendo de importunos la costumbre;  
digo con tal intento y presupuesto,  
que antes que los de Arauco a servidumbre  
viniesen, fueron tantas las batallas,  
que dejo de prolijas de contallas.

Ayudó mucho el inorante engaño  
de ver en animales corregidos  
hombres que por milagro y caso extraño  
de la región celeste eran venidos;  
y del súbito estruendo y grave daño  
de los tiros de pólvora sentidos,  
como a inmortales dioses los temían  
que con ardientes rayos combatían.

Los españoles hechos hazañosos  
el error confirmaban de inmortales,

afirmando los más supersticiosos  
por los presentes los futuros males;  
y así tibios, suspensos y dudosos,  
viendo de su opresión claras señales,  
debajo de hermandad y fe jurada  
dio Arauco la obediencia jamás dada.

Dejando allí el seguro suficiente  
adelante los nuestros caminaron;  
pero todas las tierras llanamente,  
viendo Arauco sujeta se entregaron,  
y reduciendo a su opinión gran gente,  
siete ciudades prósperas fundaron:  
Coquimbo, Penco, Angol y Santiago,  
la Imperial, Villarica, y la del Lago.

El felice suceso, la vitoria,  
la fama y posesiones que adquirirían  
los trujo a tal soberbia y vanagloria,  
que en mil leguas diez hombres no cabían,  
sin pasarles jamás por la memoria  
que en siete pies de tierra al fin habían  
de venir a caber sus hinchazones,  
su gloria vana y vanas pretensiones.

Crecían los intereses y malicia  
a costa del sudor y daño ajeno,  
y la hambrienta y mísera codicia,  
con libertad paciendo, iba sin freno.  
La ley, derecho, el fuero y la justicia  
era lo que Valdivia había por bueno:  
remiso en graves culpas y piadoso,  
y en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo castellano  
en mal y estimación iba creciendo,  
y siguiendo el soberbio intento vano,  
tras su fortuna próspera corriendo;  
pero el Padre del cielo soberano  
atajó este camino, permitiendo  
que aquel a quien él mismo puso el yugo,  
fuese el cuchillo y áspero verdugo.

El Estado araucano, acostumbrado  
a dar leyes, mandar o ser temido,  
viéndose de su trono derribado  
y de mortales hombres oprimido,  
de adquirir libertad determinado,  
reprobando el subsidio padecido,  
acude al ejercicio de la espada,  
ya por la paz ociosa desusada.

Dieron señal primero y nuevo tiento  
(por ver con qué rigor se tomaría),  
en dos soldados nuestros, que a tormento  
mataron sin razón y causa un día.  
Disimulóse aquel atrevimiento,  
y con esto crecióles la osadía;  
no aguardando a más tiempo abiertamente  
comienzan a llamar y juntar gente.

Principio fue del daño no pensado  
el no tomar Valdivia presta emienda  
con ejemplar castigo del Estado,  
pero nadie castiga en su hacienda.

El pueblo sin temor desvergonzado  
con nueva libertad rompe la rienda  
del homenaje hecho y la promesa,  
como el segundo canto aquí lo espresa.

## Canto II

*Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la elección de capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel y la batalla que con los españoles tuvieron*

Muchos hay en el mundo que han llegado  
a la engañosa alteza, desta vida,  
que Fortuna los ha siempre ayudado  
y dádoles la mano a la subida  
para después de haberlos levantado,  
derribarlos con mísera caída,  
cuando es mayor el golpe y sentimiento  
y menos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza  
que el contento es principio de tristeza,  
ni miran en la súbita mudanza  
del consumidor tiempo y su presteza;  
mas con altiva y vana confianza  
quieren que en su fortuna haya firmeza,  
la cual, de su aspereza no olvidada,  
revuelve con la vuelta acostumbrada.

Con un revés de todo se desquita,  
que no quiere que nadie se le atreva,  
y mucho más que da siempre les quita,  
no perdonando cosa vieja y nueva;  
de crédito y de honor los necesita  
que en el fin de la vida está la prueba,  
por el cual han de ser todos juzgados  
aunque lleven principios acertados.

Del bien perdido, al cabo, ¿qué nos queda  
sino pena, dolor y pesadumbre?  
Pensar que en él Fortuna ha de estar queda,  
antes dejará el sol de darnos lumbre:  
que no es su condición fijar la rueda  
y es malo de mudar vieja costumbre;  
el más seguro bien de la Fortuna  
es no haberla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia,  
ejemplo dello aquí puede sacarse,  
que no bastó riqueza, honor y gloria  
con todo el bien que puede desearse  
a llevar adelante la vitoria;  
que el claro cielo al fin vino a turbarse,  
mudando la Fortuna en triste estado  
el curso y orden, próspera del hado.

La gente nuestra ingrata se hallaba  
en la prosperidad que arriba cuento,  
y en otro mayor bien que me olvidaba,  
hallado en pocas casas, que es contento.  
De tal manera en él se descuidaba  
(cierta señal de triste acaecimiento)  
que en una hora perdió el honor y estado  
que en mil años de afán había ganado.

Por dioses, como dije, eran tenidos  
de los indios los nuestros; pero olieron  
que de mujer y hombre eran nacidos,

y todas sus flaquezas entendieron.  
Viéndolos a miserias sometidos  
el error inorante conocieron,  
ardiendo en viva rabia avergonzados  
por verse de mortales conquistados.

No queriendo a más plazo difirirlo  
entrellos comenzó luego a tratarse  
que, para en breve tiempo concluirlo  
y dar el modo y orden de vengarse,  
se junten a consulta a difinirlo,  
do venga la sentencia a pronunciarse,  
dura, ejemplar, cruel, irrevocable,  
horrenda a todo el mundo y espantable.

Iban ya los caciques ocupando  
los campos con la gente que marchaba  
y no fue menester general bando,  
que el deseo de la guerra los llamaba  
sin promesas ni pagas, deseando  
el esperado tiempo que tardaba,  
para el decreto y áspero castigo  
con muerte y destrucción del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron  
es bien que haya memoria de sus nombres,  
que siendo incultos bárbaros, ganaron  
con no poca razón claros renombres,  
pues en tan breve término alcanzaron  
grandes vitorias de notables hombres,  
que dellas darán fe los que vivieren,  
y los muertos allá donde estuvieren.

Tucapel se llamaba aquel primero  
que al plazo señalado había venido;  
éste fue de cristianos carnicero,  
siempre en su enemistad endurecido;  
tiene tres mil vasallos el guerrero,  
de todos como rey obedecido.  
Ongol luego llegó, mozo valiente,  
gobierna cuatro mil, lucida gente.

Cayocupil, cacique bullicioso,  
no fue el postrero que dejó su tierra,  
que allí llegó el tercero, deseoso  
de hacer a todo el mundo él solo guerra;  
tres mil vasallos tiene este famoso,  
usado tras las fieras en la sierra.  
Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino  
que cinco mil gobierna de continuo.

Paicabi se juntó aquel mismo día,  
tres mil diestros soldados señorea.  
No lejos Lemolemo dél venía,  
que tiene seis mil hombres de pelea.  
Mareguano, Gualemo y Lebopía  
se dan prisa a llegar, porque se vea  
que quieren ser en todo los primeros;  
gobiernan estos tres, tres mil guerreros.

No se tardó en venir, pues, Elicura  
que al tiempo y plazo puesto había llegado,  
de gran cuerpo, robusto en la hechura,  
por uno de los fuertes reputado;  
dice que ser sujeto es gran locura

quien seis mil hombres tiene a su mandado.  
Luego llegó el anciano Colocolo,  
otros tantos y más rige éste solo.

Tras éste a la consulta Ongolmo viene,  
que cuatro mil guerreros gobernaba.  
Purén en arribar no se detiene,  
seis mil súbditos éste administraba.  
Pasados de seis mil Lincoya tiene  
que bravo y orgulloso ya llegaba,  
diestro, gallardo, fiero en el semblante,  
de proporción y altura de gigante.

Peteguelén, cacique señalado,  
que el gran valle de Arauco le obedece  
por natural señor, y así el Estado  
este nombre tomó, según parece,  
como Venecia, pueblo libertado,  
que en todo aquel gobierno más florece,  
tomando el nombre dél la señoría,  
así guarda el Estado el nombre hoy día.

Éste no se halló personalmente  
por estar impedido de cristianos,  
pero de seis mil hombres que el valiente  
gobierna, naturales araucanos,  
acudió desmandada alguna gente  
a ver si es menester mandar las manos.  
Caupolicán el fuerte no venía,  
que toda Pilmayquén le obedecía.

Tomé y Andalicán también vinieron,  
que eran del araucano regimiento,  
y otros muchos caciques acudieron,  
que por no ser prolijo no los cuento.  
Todos con leda faz se recibieron,  
mostrando en verse juntos gran contento.  
Después de razonar en su venida  
se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba  
y mal de las tinajas el partido,  
de palabra en palabra se llegaba  
a encenderse entre todos gran ruido;  
la razón uno de otro no escuchaba,  
sabida la ocasión do había nacido,  
vino sobre cuál era el más valiente  
y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando  
las mesas, de manjares ocupadas,  
aguijan a las armas, desgajando  
las armas al depósito obligadas;  
y dellas se aperciben, no cesando  
palabras peligrosas y pesadas,  
que atizaban la cólera encendida  
con el calor del vino y la comida.

El audaz Tucapel claro decía  
que el cargo del mandar le pertenece;  
pues todo el universo conocía  
que si va por valor, que lo merece:  
«Ninguno se me iguala en valentía;  
de mostrarlo estoy presto si se ofrece  
-añade el jatancioso- a quien quisiere;

y a aquel que esta razón contradijere...».

Sin dejarle acabar dijo Elicura:  
«A mí es dado el gobierno desta danza,  
y el simple que intentare otra locura  
ha de probar el hierro de mi lanza».  
Ongolmo, que el primero ser procura,  
dice: «Yo no he perdido la esperanza  
en tanto que este brazo sustentare,  
y con él la ferrada gobernare».

De cólera Lincoya y rabia insano  
responde: «Tratar deso es devaneo,  
que ser señor del mundo es en mi mano,  
si en ella libre este bastón poseo».  
«Ninguno, dice Angol, será tan vano  
que ponga en igualárseme el deseo,  
pues es más el temor que pasaría,  
que la gloria que el hecho le daría».

Cayocupil, furioso y arrogante  
la maza esgrime, haciéndose a lo largo,  
diciendo: «Yo veré quién es bastante  
a dar de lo que ha dicho más descargo;  
haceos los pretensores adelante,  
veremos de cuál dellos es el cargo;  
que de probar aquí luego me ofrezco,  
que más que todos juntos lo merezco».

«Alto, sús, que yo acepto el desafío  
-responde Lemolemo-, y tengo en nada  
poner a prueba lo que es mío,  
que más quiero librarlo por la espada;  
mostraré ser verdad lo que porfío,  
a dos, a cuatro, a seis en la estacada;  
y si todos quistión queréis conmigo  
os haré manifiesto lo que digo».

Purén, que estaba aparte, habiendo oído  
la plática enconosa y rumor grande,  
diciendo, en medio dellos se ha metido  
que nadie en su presencia se desmande.  
Y ¿quién imaginar es atrevido  
que donde está Purén más otro mande?  
La grita y el furor se multiplica,  
quién esgrime la maza, y quién la pica.

Tomé y otros caciques se metieron  
en medio destes bárbaros de presto,  
y con dificultad los despartieron  
que no hicieron poco en hacer esto:  
de herirse lugar aun no tuvieron  
y en voz airada, ya el temor pospuesto,  
Colocolo, el cacique más anciano,  
a razón así tomó la mano:

«Caciques del Estado defensores:  
codicia de mandar no me convida  
a pesarme de veros pretensores  
de cosa que a mí tanto era debida  
porque, según mi edad, ya veis, señores,  
que estoy al otro mundo de partida;  
mas el amor que siempre os he mostrado,  
a bien aconsejaros me ha incitado.

¿Por qué cargos honrosos pretendemos  
y ser en opinión grande tenidos,  
pues que negar al mundo no podemos  
haber sido sujetos y vencidos?  
Y en esto averiguarnos no queremos,  
estando de españoles oprimidos:  
mejor fuera esa furia ejecutalla  
contra el fiero enemigo en la batalla.

¿Qué furor es el vuestro, ¡oh araucanos!,  
que a perdición os lleva sin sentillo?  
¿Contra vuestras entrañas tenéis manos,  
y no contra el tirano en resistillo?  
Teniendo tan a golpe a los cristianos  
¿volvéis contra vosotros el cuchillo?  
Si gana de morir os ha movido  
no sea en tan bajo estado y abatido.

Volved las armas y ánimo furioso  
a los pechos de aquellos que os han puesto  
en dura sujeción, con afrentoso  
partido, a todo el mundo manifiesto;  
lanzad de vos el yugo vergonzoso,  
mostrad vuestro valor y fuerza en esto,  
no derramáis la sangre del Estado  
que para redemirnos ha quedado.

No me pesa de ver la lozanía  
de vuestro corazón, antes me esfuerza,  
mas temo que esta vuestra valentía  
por mal gobierno el buen camino tuerza;  
que, vuelta entre nosotros la porfía,  
degolláis vuestra patria con su fuerza;  
cortad, pues, si ha de ser desamano,  
esta vieja garganta la primera.

Que esta flaca persona, atormentada  
de golpes de fortuna, no procura  
sino el agudo filo de una espada  
pues no la acaba tanta desventura.  
Aquella vida es bien afortunada  
que la temprana muerte le asegura,  
pero a nuestro bien público atendiendo,  
quiero decir en esto lo que entiendo.

Pares sois en valor y fortaleza,  
el cielo os igualó en el nacimiento;  
de linaje, de estado y de riqueza  
hizo a todos igual repartimiento;  
y en singular por ánimo y grandeza  
podéis tener del mundo el regimiento,  
que este gracioso don no agradecido  
nos ha al presente término traído.

En la virtud de vuestro brazo espero  
que puede en breve tiempo remediarse;  
mas ha de haber un capitán primero,  
que todos por él quieran gobernarse.  
Este será quien más un gran madero  
sustentare en el hombro sin pararse,  
y pues que sois iguales en la suerte,  
procure cada cual de ser más fuerte».

Ningún hombre dejó de estar atento  
oyendo del anciano las razones;

y puesto ya silencio al parlamento  
hubo entrellos diversas opiniones;  
al fin, de general consentimiento  
siguiendo las mejores intenciones,  
por todos los caciques acordado  
lo propuesto del viejo fue acetado.

Podría de alguno ser aquí una cosa  
que parece sin término notada,  
y es que una provincia poderosa,  
en la milicia tanto ejercitada,  
de leyes y ordenanzas abundosa,  
no hubiese una cabeza señalada  
a quien tocase el mando y regimiento,  
sin allegar a tanto rompimiento.

Respondo a esto que nunca sin caudillo  
la tierra estuvo, electo del senado;  
que, como dije, en Penco el Ainaullo  
fue por nuestra nación desbaratado,  
y viniendo de paz, en un castillo  
se dice, aunque no es cierto, que un bocado  
le dieron de veneno en la comida,  
donde acabó su cargo con la vida.

Pues el madero súbito traído,  
no me atrevo a decir lo que pesaba,  
que era un macizo líbano fornido  
que con dificultad se rodeaba.  
Paicabí le aferró menos sufrido,  
y en los valientes hombros le afirmaba;  
seis horas lo sostuvo aquel membrudo  
pero llegar a siete jamás pudo.

Cayocupil al tronco aguija presto,  
de ser el más valiente confiado,  
y encima de los altos hombros puesto  
lo deja a las cinco horas de cansado;  
Gualemo lo probó, joven dispuesto,  
mas no pasó de allí y esto acabado,  
Angol el grueso leño tomó luego;  
duró seis horas largas en el juego.

Purén tras él lo trujo medio día,  
y el esforzado Ongolmo más de medio;  
y cuatro horas y media Lebopía,  
que de sufrirlo más no hubo remedio.  
Lemolemo siete horas le traía,  
el cual jamás en todo este comedio  
dejó de andar acá y allá saltando  
hasta que ya el vigor le fue faltando.

Elicura a la prueba se previene  
y en sustentar el líbano trabaja;  
a nueve horas dejarle le conviene  
que no pudiera más si fuera paja;  
Tucapelo catorce lo sostiene  
encareciendo todos la ventaja;  
pero en esto Licoya apercebido  
mudó en un gran silencio aquel ruido.

De los hombros el manto derribando  
las terribles espaldas descubría,  
y el duro y grave leño levantando  
sobre el fornido asiento lo ponía;

corre ligero aquí y allí mostrando  
que poco aquella carga le impedía.  
Era de sol a sol el día pasado  
y el peso sustentaba aún no cansado.

Venía apriesa la noche, aborrecida  
por la ausencia del sol, pero Diana  
les daba claridad con su salida,  
mostrándose a tal tiempo más lozana.  
Lincoya con la carga no convida,  
aunque ya despuntaba la mañana,  
hasta que llegó el sol al medio cielo,  
que dio con ella entonces en el suelo.

No se vio allí persona en tanta gente  
que no quedase atónita de espanto,  
creyendo no haber hombre tan potente  
que la pesada carga sufra tanto;  
la ventaja le daban juntamente  
con el gobierno, mando y todo cuanto  
a digno general era debido,  
hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro y contento  
de haberse más que todos señalado,  
cuando Cupolicán aquel asiento,  
sin gente, a la ligera, había llegado;  
tenía un ojo sin luz de nacimiento  
como un fino granate colorado,  
pero lo que en la vista le faltaba,  
en la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho  
varón de autoridad, grave y severo,  
amigo de guardar todo derecho,  
áspero y riguroso, justiciero;  
de cuerpo grande y relevado pecho,  
hábil, diestro, fortísimo y ligero,  
sabio, astuto, sagaz, determinado,  
y en casos de repente reportado.

Fue con alegre muestra recibido,  
-aunque no sé si todos se alegraron-;  
el caso en esta suma referido  
por su término y puntos le contaron.  
Viendo que Apolo ya se había escondido  
en el profundo mar, determinaron  
que la prueba de aquél se dilatase  
hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfía  
que causó esta venida entre la gente;  
cuál se atiene a Lincoya y cuál decía  
que es el Caupolicano más valiente.  
Apuestas en favor y contra había;  
otros, sin apostar, dudosamente,  
hacia el oriente vueltos aguardaban  
si los febeos caballos asomaban.

Ya la rosada Aurora comenzaba  
las nubes a bordar de mil labores  
y a la usada labranza despertaba  
la miserable gente y labradores,  
y a los marchitos campos restauraba  
la frescura perdida y sus colores,

aclarando aquel valle la luz nueva,  
cuando Cupolicán viene a la prueba.

Con un desdén y muestra confiada  
asiendo del troncón duro y ñudoso,  
como si fuera vara delicada  
se le pone en el hombro poderoso.  
La gente enmudeció maravillada  
de ver el fuerte cuerpo tan nervoso,  
la color a Lincoya se le muda,  
poniendo en su vitoria mucha duda.

El bárbaro sagaz de espacio andaba  
y a todo priesa entraba el claro día;  
el sol las largas sombras acertaba  
mas él nunca descrece en su porfía.  
Al ocaso la luz se retiraba  
ni por esto flaqueza en él había;  
las estrellas se muestran claramente,  
y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna a ver la fiesta  
del tenebroso albergue húmido y frío,  
desocupando el campo y la floresta  
de un negro velo lóbrego y sombrío.  
Caupolicán no afloja de su apuesta,  
antes con mayor fuerza y mayor brío  
se mueve y representa de manera  
como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos ejidos  
la esposa de Titón ya parecía,  
los dorados cabellos esparcidos  
que de la fresca helada sacudía,  
con que a los mustios prados florecidos  
con el húmido humor reverdecía,  
y quedaba engastado así en las flores  
cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faetón sale corriendo  
del mar por el camino acostumbrado;  
sus sombras van los montes recogiendo  
de la vista del sol, y el esforzado  
varón, el grave peso sosteniendo,  
acá y, allá se mueve no cansado,  
aunque otra vez la negra sombra espesa  
tornaba a parecer corriendo a priesa.

La luna su salida provechosa  
por un espacio largo dilatada;  
al fin, turbia, encendida y perezosa,  
de rostro y luz escasa se mostraba.  
Paróse al medio curso más hermosa  
a ver la estraña prueba en qué paraba,  
y viéndola en el punto y ser primero  
se derribó en el ártico hemisfero,  
y el bárbaro, en el hombro la gran viga,  
sin muestra de mudanza y pesadumbre,  
venciendo con esfuerzo la fatiga  
y creciendo la fuerza por costumbre.  
Apolo en seguimiento de su amiga  
tendido había los rayos de su lumbre  
y el hijo de Leocán, en el semblante  
más firme que al principio y más constante.

Era salido el sol, cuando el inorme  
peso de las espaldas despedía,  
y un salto dio en lanzándole disforme,  
mostrando que aún más ánimo tenía;  
el circunstante pueblo en voz conforme  
pronunció la sentencia y le decía:  
«Sobre tan firmes hombros descargamos  
el peso y grande carga que tomamos».

El nuevo juego y pleito difinido,  
con las más cerimonias que supieron  
por sumo capitán fue recibido  
y a su gobernación se sometieron.  
Creció en reputación, fue tan temido  
y en opinión tan grande le tuvieron,  
que ausentes muchas leguas dél temblaban  
y casi como a rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado  
y están en duda muchos hoy en día,  
pareciéndoles que esto que he contado  
es alguna ficción y poesía;  
pues en razón no cabe que un senado  
de tan gran diciplina y pulicía  
pusiese una elección de tanto peso  
en la robusta fuerza y no en el seso.

Sabed que fue artificio, fue prudencia  
del sabio Colocolo, que miraba  
la dañosa discordia y diferencia  
y el gran peligro en que su patria andaba,  
conociendo el valor y suficiencia  
deste Caupolicán que ausente estaba,  
varón en cuerpo y fuerzas estremado,  
de rara industria y ánimo dotado.

Así propuso astuta y sabiamente  
(para que la elección se dilatase)  
la prueba al parecer impertinente  
en que Caupolicán se señalase,  
y en esta dilación tan conveniente  
dándole aviso, a la elección llegase,  
trayendo así el negocio por rodeo  
a conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa allí el senado  
de la justa elección la fiesta honrosa  
y el nuevo capitán, ya con cuidado  
de dar principio a alguna grande cosa,  
manda a Palta, sargento, que, callado,  
de la gente más presta y animosa  
ochenta diestros hombres aperciba  
y a su cargo apartados los reciba.

Fueron, pues, escogidos los ochenta  
de más esfuerzo y menos conocidos;  
entre ellos dos soldados de gran cuenta  
por quien fuesen mandados y regidos,  
hombres diestros, usados en afrenta,  
a cualquiera peligro apercebidos;  
el uno se llamaba Cayeguano,  
el otro Alcatipay de Talcaguano.

Tres castillos los nuestros ocupados  
tenían para el seguro de la tierra,

de fuertes y anchos muros fabricados,  
con foso que los ciñe en torno y cierra,  
guarnecidos de pláticos soldados  
usados al trabajo de la guerra,  
caballos, bastimento, artillería,  
que en espesas troneras asistía.

Estaba el uno cerca del asiento  
adonde era la fiesta celebrada,  
y el araucano ejército contento  
mostrando no temer al mundo en nada,  
que con discurso vano y movimiento  
quería llevarlo todo a pura espada;  
pero Caupolicán más cuerdamente  
trataba del remedio conveniente.

Había entre ellos algunas opiniones  
de cercar el castillo más vecino;  
otros, que con formados escuadrones  
a Penco enderezasen el camino;  
dadas de cada parte sus razones  
Caupolicán en nada desto vino,  
antes al pabellón se retiraba  
y a los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar el castillo fácilmente  
les da industria y manera disfrazada,  
con expresa instrucción que plaza y gente  
metan a fuego y a rigor de espada,  
porque él luego tras ellos diligente  
ocupará los pasos y la entrada;  
después de haberlos bien amonestado,  
pusieron en efecto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio  
la entrada a los de Arauco defendida,  
salvo los necesarios al servicio  
de la gente española estatuida  
a la defensa della y ejercicio  
de la fiera Belona embravecida;  
y así los cautos bárbaros soldados  
de feno, yerba y leña iban cargados.

Sordos a las demandas y preguntas  
siguen su intento y el camino usado,  
las cargas en hilera y orden juntas,  
habiendo entre los haces sepultado  
astas fornidas de ferradas puntas;  
y así contra el castillo, descuidado  
del encubierto engaño, caminaban  
y en los vedados límites entraban.

El puente, muro y puerta atravesando  
miserables, los gestos afligidos,  
algunos de cansados cojeando,  
mostrándose marchitos y encogidos;  
pero dentro las cargas desatando,  
arrebatan las armas atrevidos,  
con amenaza, orgullo y confianza  
de la esperada y súbita venganza.

Los fuertes españoles salteados,  
viendo la airada muerte tan vecina,  
corren presto a las armas, alterados  
de la estraña cautela repentina,

y a vencer o morir determinados,  
cuál con celada, cuál con coracina,  
salen a resistir la furia insana  
de la brava y audaz gente araucana.

Asáltanse con ímpetu furioso,  
suenan los hierros de una y otra parte;  
allí muestra su fuerza el sanguinoso  
y más que nunca embravecido Marte.  
De vencer cada uno deseoso,  
buscaba nuevo modo, industria y arte  
de encaminar el golpe de la espada  
por do diese a la muerte franca entrada.

La saña y el coraje se renueva  
con la sangre que saca el hierro duro;  
ya la española gente a la india lleva  
a dar de las espaldas en el muro;  
ya el infiel escuadrón con fuerza nueva  
cobra el perdido campo mal seguro,  
que estaba de los golpes esforzados  
cubierto de armas, y ellos desarmados.

Viéndose en tanto estrecho los cristianos,  
de temor y vergüenza constreñidos,  
las espadas aprietan en las manos  
en ira envueltos y en furor metidos;  
cargan sobre los fieros araucanos  
por el ímpetu nuevo enflaquecidos;  
entran en ellos, hieren y derriban  
y a muchos de cuidado y vida privan.

Siempre los españoles mejoraban  
haciendo fiero estrago y tan sangriento  
en los osados indios, que pagaban  
el poco seso y mucho atrevimiento.  
Casi defensa en ellos no hallaban,  
pierden la plaza y cobran escarmiento;  
al fin de tal manera los trataron  
que a fuerza de los muros los lanzaron.

Apenas Cayeguán y Talcaguano  
salían, cuando con paso apresurado  
asomó el escuadrón caupolicano  
teniendo el hecho ya por acabado;  
mas viendo el esperado efeto vano  
y el puente del castillo levantado,  
pone cerco sobre él, con juramento  
de no dejarle piedra en el cimiento.

Sintiendo un español mozo que había  
demasiado temor en nuestra gente,  
más de temeridad que de osadía  
cala sin miedo y sin ayuda el puente  
y puesto en medio dél, alto decía:  
«Salga adelante, salga el más valiente,  
uno por uno a treinta desafío  
y a mil no negaré este cuerpo mío».

No tan presto las fieras acudieron  
al bramar de la res desamparada,  
que de lejos sin orden conocieron  
del pueblo y moradores apartada,  
como los araucanos cuando oyeron  
del valiente español la voz osada,

partiendo más de ciento presurosos  
del lance y cierta presa codiciosos.

No porque tantos vengan temor tiene  
el gallardo español ni esto le espanta,  
antes al escuadrón que espeso viene  
por mejor recibirle se adelanta.  
El curso enfrena, el ímpetu detiene  
de los fieros contrarios, que con tanta  
furia se arroja entre ellos sin recelo,  
que rodaron algunos por el suelo.

De dos golpes a dos tendió por tierra,  
la espada revolviendo a todos lados;  
aquí esparce una junta y allí cierra  
adonde vee los más amontonados;  
igual andaba la desigual guerra  
cuando los españoles bien armados  
abriendo con presteza un gran postigo  
salen a la defensa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte  
y en medio de aquel campo y ancho llano  
al ejercicio del sangriento Marte  
viene el bando español y araucano;  
la primera batalla se desparte,  
que era de ciento a un solo castellano;  
vuelven el crudo hierro no teñido  
contra los que del fuerte habían salido.

Arrójanse con furia, no dudando,  
en las agudas armas por juntarse  
y con las duras puntas van tentando  
las partes por do más pueden dañarse.  
Cual los Cíclopes suelen, martillando  
en las vulcanas yunques, fatigarse,  
así martillan, baten y cercenan,  
y las cavernas cóncavas atruenan.

Andaba la vitoria así igualmente,  
mas gran ventaja y diferencia había  
en el número y copia de la gente  
aunque el valor de España lo suplía;  
pero el soberbio bárbaro impaciente  
viendo que un nuestro a ciento resistía,  
con diabólica furia y movimiento  
arranca a los cristianos del asiento.

Los españoles, sin poder sufrillo,  
dejan el campo y de tropel corriendo  
se lanzan por las puertas del castillo,  
al bárbaro la entrada resistiendo,  
levan el puente, calan el rastrillo,  
reparos y defensas preveniendo;  
suben tiros y fuegos a lo alto,  
temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ser todo perdimiento  
y aprovecharles poco o casi nada,  
de voto y de común consentimiento  
su clara destrucción considerada,  
acuerdan de dejar el fuerte asiento;  
y así en la oscura noche deseada  
cuando se muestra el mundo más quieto  
la partida pusieron en efeto.

A punto estaban y a caballo cuando  
abren las puertas, derribando el puente  
y a los prestos caballos aguijando  
el escuadrón embisten de la frente,  
rompen por él hiriendo y tropellando,  
y sin hombre perder, dichosamente  
arriban a Purén, plaza segura,  
cubiertos de la noche y sombra oscura.

Mientras esto en Arauco sucedía,  
en el pueblo de Penco, más vecino  
que a la sazón en Chile florecía,  
fértil de ricas minas de oro fino,  
el capitán Valdivia residía,  
donde la nueva por el aire vino  
que afirmaba con término asignado  
la alteración y junta del Estado.

El común, siempre amigo de ruido,  
la libertad y guerra deseando,  
por su parte alterado y removido,  
se va con este són desentonando;  
al servicio no acude prometido,  
sacudiendo la carga y levantando  
la soberbia cerviz desvengonzada,  
negando la obediencia a Carlos dada.

Valdivia, perezoso y negligente,  
incrédulo, remiso y descuidado,  
hizo en la Concepción copia de gente,  
más que en ella, en su dicha confiado;  
el cual, si fuera un poco diligente,  
hallaba en pie el castillo arruinado,  
con soldados, con armas, municiones,  
seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenía con la Imperial concierto hecho  
que alguna gente armada le enviase,  
la cual a Tucapel fuese derecho  
donde con él a tiempo se juntase;  
resoluto en hacer allí de hecho  
un ejemplar castigo que sonase  
en todos los confines de la tierra,  
porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso  
y, descuidado dél, torció la vía,  
metiéndose por otro, codicioso,  
que era donde una mina de oro había;  
y de ver el tributo y don hermoso  
que de sus ricas venas ofrecía,  
paró de la codicia embarazado,  
cortando el hilo próspero del hado.

A partir, como dije antes, llegaba  
al concierto en el tiempo prometido,  
mas el metal goloso que sacaba  
le tuvo a tal sazón embebecido;  
después salió de allí y se apresuraba  
cuando fuera mejor no haber salido.  
Quiero dar fin al canto porque pueda  
decir de la codicia lo que queda.

### Canto III

*Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina a la casa de Tucapel, para hacer el castigo. Mátanle los araucanos, los corredores en el camino en un paso estrecho y danle después la batalla, en la cual fue muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro*

¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga,  
con tanta diligencia alimentada!  
¡Vicio común y pegajosa liga,  
voluntad sin razón desenfrenada,  
del provecho y bien público enemiga,  
sedienta bestia, hidrópica, hinchada,  
principio y fin de todos nuestros males!  
¡oh insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado a los señores  
contentos en el alto asiento vemos,  
ni a pobrecillos bajos labradores  
libres desta dolencia conocemos;  
ni el deseo y ambición de ser mayores  
que tenga fin y límites sabemos:  
el fausto, la riqueza y el estado  
hincha, pero no harta al más templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante  
si era poco el estado que tenía,  
cincuenta mil vasallos que delante  
le ofrecen doce marcos de oro al día;  
esto y aun mucho más no era bastante,  
y así la hambre allí lo detenía.  
Codicia fue ocasión de tanta guerra  
y perdición total de aquesta tierra.

Ésta fue quien halló los apartados  
indios de las antárticas regiones;  
por ésta eran sin orden trabajados  
con dura imposición y vejaciones,  
pero rotas las cinchas, de apretados,  
buscaron modo y nuevas invenciones  
de libertad, con áspera venganza,  
levantando el trabajo la esperanza.

¡Cuán cierto es, cómo claro conocemos,  
que al doliente en salud consejo damos  
y aprovecharnos dellos no sabemos  
pero de predicarlos nos preciamos!

Cuando en la sosegada paz nos vemos,  
¡qué bien la dura guerra platicamos!,  
¡qué bien damos consejos y razones  
lejos de los peligros y ocasiones!

¡Cómo de los que yerran abominan  
los que están libres en seguro puerto!,  
¡qué bien de allí las cosas encaminan  
y dan en todo un medio y buen concierto!  
¡Con qué facilidad se determinan,  
visto el suceso y daño descubierta!  
Dios sabe aquel que a la derecha vía,  
metido en la ocasión acertaría.

Valdivia iba siguiendo su jornada  
y el duro disponer del hado duro,

no con la furia y priesa acostumbrada,  
presago y con temor del mal futuro;  
sospechoso de bárbara emboscada,  
por hacer el camino más seguro,  
echó algunos delante para prueba  
pero jamás volvieron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que al plazo puesto  
los tardos corredores no volvían,  
unos juzgan el daño manifiesto,  
otros impedimentos les ponían;  
hubo consejo y parecer sobre esto,  
al cabo en caminar se resolvían,  
ofreciéndose todos a una suerte,  
a un mismo caso y a una misma muerte.

Aunque el temor allí tras esto vino  
en sus valientes brazos se atrevieron  
y a su próspera suerte y buen destino  
el dudoso suceso cometieron;  
no dos leguas andadas del camino,  
las amigas cabezas conocieron  
de los sangrientos cuerpos apartadas,  
y en empinados troncos levantadas.

No el horrendo espectáculo presente  
causó en los firmes ánimos mudanza;  
antes con ira y cólera impaciente  
se encienden más, sedientos de venganza  
y de rabia incitados nuevamente  
maldicen y murmuran la tardanza;  
sólo Valdivia calla y teme el punto,  
pero rompió el silencio y pena junto  
diciendo: «¡Oh compañeros, do se encierra  
todo esfuerzo, valor y entendimiento!  
Ya veis la desvergüenza de la tierra  
que en nuestro daño da bandera al viento.  
Veis quebrada la fe, rota la guerra,  
los pactos van del todo en rompimiento,  
siento la áspera trompa en el oído  
y veo un fuego diabólico encendido.

Bien conocéis la fuerza del Estado,  
con tanto daño nuestro autorizada;  
mirad lo que Fortuna os ha ayudado,  
guiando con su mano vuestra espada;  
el trabajo y la sangre que ha costado,  
que della está la tierra alimentada  
y pues tenemos tiempo y aparejo,  
será bueno tomar nuevo consejo.

Quién estos son tendréis en la memoria,  
pues hay tanta razón de conocellos,  
que si dellos no hubiésemos vitoria  
y en campo no pudiésemos vencellos,  
será tal su arrogancia y vanagloria  
que el mundo no podrá después con ellos  
dudoso estoy, no sé, no sé qué haga,  
que a nuestro honor y causa satisfaga».

La poca edad y menos experiencia  
de los mozos livianos que allí había  
descubrió con la usada inadvertencia  
a tal tiempo su necia valentía,

diciendo: «¡Oh capitán!, danos licencia  
que solos diez, sin otra compañía,  
el bando asolaremos araucano  
y haremos el camino y paso llano.

Lo que jamás hicimos en estrecho,  
no es bien por nuestro honor que lo hagamos,  
pues es cierto que cuanto habemos hecho,  
volviendo atrás un paso, lo manchamos;  
mostremos al peligro osado pecho,  
que en él está la gloria que buscamos». Valdivia, de la réplica sentido,  
enmudeció de rabia y de corrido.

¡Oh, Valdivia, varón acreditado,  
cuánto la verde plática sentiste!  
No solías tú temer como soldado,  
mas de buen capitán ahora temiste;  
vas a precisa muerte condenado,  
que como diestro y sabio la entendiste,  
pero quieres perder antes la vida  
que sea en ti una flaqueza conocida.

En esto a caso llega un indio amigo,  
y a sus pies, en voz alta, arrodillado,  
le dice: «¡Oh capitán!, mira que digo  
que no pases el término vedado;  
veinte mil conjurados, yo testigo,  
en Tucapel te esperan, protestado  
de pasar sin temor la muerte honrosa,  
antes que vivir vida vergonzosa».

Alguna turbación dio de repente  
lo que el amigo bárbaro propuso;  
discurre un miedo helado por la gente,  
la triste muerte en medio se les puso;  
pero el Gobernador osadamente,  
que también hasta allí estaba confuso,  
les dice: «Caballeros, ¿qué dudamos?,  
¿sin ver los enemigos nos turbamos?»

Al caballo con ánimo hiriendo,  
sin más les persuadir, rompe la vía;  
de los miembros el miedo sacudiendo,  
le sigue la esforzada compañía;  
y en breve espacio el valle descubriendo  
de Tucapel, bien lejos parecía  
el muro antes vistoso levantado,  
por los anchos cimientos asolado.

Valdivia aquí paró y dijo: «¡Oh constante  
española nación de confianza!  
Por tierra está el castillo tan pujante,  
que en él sólo estribaba mi esperanza;  
el pérfido enemigo veis delante,  
ya os amenaza la contraria lanza;  
en esto más no tengo que avisaros  
pues sólo el pelear puede salvaros».

Estaba, como digo, así hablando,  
que aún no acababa bien estas razones,  
cuando por todas partes rodeando  
los iban con espesos escuadrones,  
las astas de anchos hierros blandiendo,  
gritando: «¡Engañadores y ladrones!

La tierra dejaréis hoy con la vida,  
pagándonos la deuda tan debida».

Viendo Valdivia serle ya forzoso  
que la fuerza y fortuna se probase,  
mandó que al escuadrón menos copioso  
y más vecino, a fin que no cerrase,  
saliese Bobadilla, el cual, furioso,  
sin que Valdivia más le amonestase,  
con poca gente y con esfuerzo grande  
asalta el escuadrón de Mareande.

La piquería del bárbaro calada  
a los pocos soldados atendía;  
pero al tiempo del golpe levantada,  
abriendo un gran portillo, se desvía.  
Dales sin resistir franca la entrada,  
y en medio el escuadrón los recogía;  
las hileras abiertas se cerraron  
y dentro a los cristianos sepultaron.

Como el caimán hambriento, cuando siente  
el escuadrón de peces, que cortando  
viene con gran bullicio la corriente,  
el agua clara en torno alborotando,  
que, abriendo la gran boca, cautamente  
recoge allí el pescado, y apretando  
las cóncavas quijadas lo deshace,  
y al insaciable vientre satisface,

pues de aquella manera recogido  
fue el pequeño escuadrón del homicida,  
y en un espacio breve consumido  
sin escapar cristiano con la vida.  
Ya el araucano ejército, movido  
por la ronca trompeta obedecida,  
con gran estruendo y pasos ordenados  
cerraba sin temor por todos lados.

La escuadra de Mareande encarnizada  
tendía el paso con más atrevimiento;  
viéndola así Valdivia adelantada,  
no escarmentado, manda a su sargento  
que escogiendo la gente más granada  
dé sobre ella con recio movimiento;  
pero diez españoles solamente  
pusieron a la muerte osada frente.

Contra el escuadrón bárbaro importuno  
ir se dejan sin miedo a rienda floja,  
y en el encuentro de los diez, ninguno  
dejó allí de sacar la lanza roja;  
desocupó la silla sólo uno,  
que con la basca y última congoja  
de la rabiosa muerte el pecho abierto,  
sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve después también cayeron  
haciendo tales hechos señalados,  
que digna y justamente merecieron  
ser de la eterna fama levantados;  
hechos pedazos todos diez murieron,  
quedando de su muerte antes vengados.  
En esto la española trompa oída  
dio la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles, de tal suerte  
los dientes y las lanzas apretando,  
que de cuatro escuadrones, al más fuerte  
le van un largo trecho retirando;  
hieren, dañan, atropellan, dan la muerte,  
piernas, brazos, cabezas cercenando;  
los bárbaros por esto no se admiran,  
antes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiene  
-perdone Dios a aquel que allí cayere-,  
del un bando y del otro así se ofende  
que de ambas partes mucha gente muere  
bien se estima la plaza y se defiende,  
volver un paso atrás ninguno quiere;  
cubre la roja sangre todo el prado,  
tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas  
los templados arneses reteñían,  
y las vivas entrañas escondidas  
con carniceros golpes descubrían;  
cabezas de los cuerpos divididas  
que aún el vital espíritu tenían  
por el sangriento campo iban rodando,  
vuelos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso  
todo en color de sangre lo convierte;  
siempre el acometer es más furioso,  
pero ya el combatir es menos fuerte.  
Ninguno allí pretende otro reposo  
que el último reposo de la muerte;  
el más medroso atiende con cuidado  
a sólo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente  
crió en los nuestros fuerza tan estraña,  
que con deshonra y daño de la gente  
pierden los araucanos la campaña.  
Al fin dan las espaldas, claramente  
suenan voces: «¡Vitoria! ¡España! ¡España!»  
Mas el incontrastable y duro hado  
dio un estraño principio a lo ordenado.

Un hijo de un cacique conocido  
que a Valdivia de paje le servía,  
acariciado dél y favorito,  
en su servicio a la sazón venía;  
del amor de su patria comovido  
viendo que a más andar se retraía,  
comienza a grandes voces a animarla  
y con tales razones a incitarla:

«¡Oh ciega gente, del temor guiada!  
¿A dó volvéis los temerosos pechos?  
que la fama en mil años alcanzada  
aquí perece y todos vuestros hechos.  
La fuerza pierden hoy, jamás violada,  
vuestras leyes, los fueros y derechos  
de señores, de libres, de temidos  
quedáis siervos, sujetos y abatidos.

Mancháis la clara estirpe y decendencia

y engerís en el tronco generoso  
una incurable plaga, una dolencia,  
un deshonor perpetuo, ignominioso.  
Mirad de los contrarios la impotencia,  
la falta del aliento y el fogoso  
latir de los caballos, las ijadas  
llenas de sangre y de sudor bañadas.

No os desnudéis del hábito y costumbre  
que de nuestros agüelos mantenemos,  
ni el araucano nombre de la cumbre  
a estado tan infame derribemos.  
Huid el grave yugo y servidumbre;  
al duro hierro osado pecho demos;  
¿por qué mostráis espaldas esforzadas  
que son de los peligros reservadas?

Fijad esto que digo en la memoria,  
que el ciego y torpe miedo os va turbando.  
Dejad de vos al mundo eterna historia,  
vuestra sujeta patria libertando.  
Volved, no rehuséis tan gran vitoria  
que os está el hado próspero llamando;  
a lo menos firmad el pie ligero,  
a ver cómo en defensa vuestra muero».

En esto una nervosa y gruesa lanza  
contra Valdivia, su señor, blandía,  
dando de sí gran muestra y esperanza,  
por más los persuadir arremetía.  
Y entre el hierro español así se lanza  
como con gran calor en agua fría  
se arroja el ciervo en el caliente estío  
para templar el sol con algún frío.

De sólo el primer bote uno atraviesa,  
otro apunta por medio del costado,  
y aunque la dura lanza era muy gruesa,  
salió el hierro sangriento al otro lado.  
Salta, vuelve, revuelve con gran priesa,  
y barrenando el muslo a otro soldado,  
en él la fuerte pica fue rompida  
quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la dañosa asta, luego afierra  
del suelo una pesada y dura maza;  
mata, hiere, destronca y echa a tierra,  
haciendo en breve espacio larga plaza;  
en él se resumió toda la guerra;  
cesa el alcance y dan en él la caza,  
mas él aquí y allí va tan liviano,  
que hieren por herirle el aire vano.

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,  
ni en antigua escritura se ha leído  
que estando de la parte vitoriosa  
se pase a la contraria del vencido?  
¿y que sólo valor, y no otra cosa  
de un bárbaro mochacho haya podido  
arrebatar por fuerza a los cristianos  
una tan gran vitoria de las manos?

No los dos Publios Decios, que las vidas  
sacrificaron por la patria amada,  
ni Curcio, Horacio, Scévola y Leonidas

dieron muestra de sí tan señalada,  
ni aquellos que en las guerras tan reñidas  
alcanzaron gran fama por la espada,  
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,  
Marco Sergio, Filón, Sceva y Dentato.

Decidme: estos famosos ¿qué hicieron  
que al hecho deste bárbaro igual fuese?;  
¿qué empresa o qué batalla acometieron  
que a lo menos en duda no estuviese?;  
¿a que riesgo y peligro se pusieron  
que la sed de reinar no los moviese  
y de intereses grandes insistidos  
que a los tímidos hacen atrevidos?

Muchos emprenden hechos hazañosos  
y se ofrecen con ánimo a la muerte,  
de fama y vanagloria codiciosos,  
que no saben sufrir un golpe fuerte;  
mostrándose constantes y animosos  
hasta que ven ya declinar su suerte,  
faltándoles valor y esfuerzo a una  
roto el crédito frágil de fortuna.

Éste el decreto y la fatal sentencia  
en contra de su patria declarada  
turbó y redujo a nueva diferencia  
y al fin bastó a que fuese revocada.  
Hizo a Fortuna y hados resistencia,  
forzó su voluntad determinada,  
y contrastó el furor del vitorioso,  
sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado  
y el desigual combate más revuelto,  
cuando Caupolicano reportado  
a las amigas voces había vuelto;  
también habían sus gentes reparado  
con vergonzoso ardor en ira envuelto,  
de ver que un solo mozo resistía  
a lo que tanta gente no podía.

Cual suele acontecer a los de honrosos  
ánimos, de repente inadvertidos,  
o cuando en los lugares sospechosos  
piensan otros que van desconocidos,  
que en pendencias y encuentros peligrosos  
huyen; pero si ven que conocidos  
fueron de quién los sigue, avergonzados  
vuelven furiosos, del honor forzados,

así los araucanos revolviendo  
contra los vencedores arremeten,  
y las rendidas armas esgrimiendo,  
a voces de morir todos prometen.  
Treme y gime la tierra del horrendo  
furor con que ambas partes se acometen,  
derramando con rabia y fuerza brava  
aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro allí derriba a Paynaguala,  
que de una punta le atraviesa el pecho;  
pero Caupolicano le señala,  
dejándole gozar poco del hecho.  
Al sesgo la ferrada maza cala,

aunque el furioso golpe fue al derecho  
pues quedó por de dentro la celada  
de los bullentes sesos rociada.

Tras éste, otro tendió desfigurado,  
tanto que nunca más fue conocido,  
que la armada cabeza y todo el lado  
donde el golpe alcanzó, quedó molido.  
Valdivia con Ongolmo se ha topado,  
y hanse el uno y el otro acometido;  
hiere Valdivia a Ongolmo en una mano,  
haciendo el araucano el golpe en vano.

Pasa recio Valdivia y va furioso,  
que con Ongolmo más no se detiene,  
y adonde Leucotón, mozo animoso,  
estaba en una gran pendencia, viene,  
que contra Juan de Lamas y Reinoso  
solo su parte y opinión mantiene,  
el cual con su destreza y mucho seso  
la guerra sustentaba en igual peso.

Partióse esta batalla, porque cuando  
Valdivia llegó adonde combatía,  
parte acudió del araucano bando,  
que en su ayuda y defensa se metía.  
Fuese el daño y destrozo renovando;  
de un cabo y de otro gente concurría,  
sube el alto rumor a las estrellas  
sacando de los hierros mil centellas.

Gran rato anduvo en término dudoso  
la confusa vitoria desta guerra,  
lleno el aire de estruendo sonoro,  
roja de sangre y húmida la tierra.  
Quién busca y sólo quiere un fin honroso,  
quién a los brazos con el otro cierra,  
y por darle más presto cruda muerte,  
tienta con el puñal lo menos fuerte.

A Iuan de Gudiel no le fue sano  
el tenerse en la lucha por maestro,  
porque sin tiempo y con esfuerzo vano  
cerró con Guaticol, no menos diestro.  
Y en aquella sazón Purén, su hermano,  
que estaba cerca dél, en el siniestro  
lado le abrió con daga una herida  
por do la muerte entró y salió la vida.

Andrés de Villarroel, ya enflaquecido  
por la falta de sangre derramada,  
andaba entre los bárbaros metido,  
procurando la muerte más honrada.  
También Juan de las Peñas, mal herido,  
rompiendo por la espesa gente armada,  
se puso junto dél, y así la suerte  
los hizo a un tiempo iguales en la muerte.

Era la diferencia incomparable  
del número infiel al bautizado;  
es el un escuadrón innumerable,  
el otro hasta sesenta numerado;  
ya la incierta Fortuna variable  
que dudosa hasta entonces había estado,  
aprobó la maldad y dio por justa

la causa y opinión hasta allí injusta.

Dos mil amigos bárbaros soldados  
que el bando de Valdivia sustentaban,  
en el flechar del arco ejercitados  
el sangriento destrozo acrecentaban  
derramando más sangre, y esforzados  
en la muerte también acompañaban  
a la española gente no vencida  
en cuanto sustentar pudo la vida.

Cuando de aqueste y cuando de aquel canto  
mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,  
haciendo por la espada todo cuanto  
pudiera hacer el poderoso Marte.  
No basta a reparar él solo tanto,  
que falta de los suyos la más parte;  
los otros, aunque ven su fin tan cierto,  
ningún medio pretenden ni concierto.

De dos en dos, de tres en tres cayendo  
iba la desangrada y poca gente;  
siempre el ímpetu bárbaro creciendo  
con el ya declarado fin presente.  
Fuese el número flaco resumiendo  
en catorce soldados solamente  
que constantes rendir no se quisieron  
hasta que al crudo hierro se rindieron.

Sólo quedó Valdivia acompañado  
de un clérigo que acaso allí venía,  
y viendo así su campo destrozado,  
el mal remedio y poca compañía,  
dijo: «Pues pelear es escusado,  
procuremos vivir por otra vía».  
Pica en esto al caballo a toda priesa  
tras él corriendo el clérigo de misa.

Cual suelen escapar de los monteros  
dos grandes jabalís fieros, cerdosos,  
seguidos de solícitos rastreros,  
de la campestre sangre cudiciosos,  
y salen en su alcance los ligeros  
lebreles irlandeses generosos,  
con no menor cudicia y pies livianos,  
arrancan tras los míseros cristianos.

Tal tempestad de tiros, Señor, lanzan  
cual el turbión que granizando viene,  
en fin a poco trecho los alcanzan,  
que un paso cenagoso los detiene;  
los bárbaros sobre ellos se abalanzan,  
por valiente el postrero no se tiene,  
murió el clérigo luego, y maltratado  
trujeron a Valdivia ante el senado.

Caupolicán, gozoso en verle vivo  
y en el estado y término presente,  
con voz de vencedor y gesto altivo  
le amenaza y pregunta juntamente;  
Valdivia como mísero captivo  
responde, y pide humilde y obediente  
que no le dé la muerte y que le jura  
dejar libre la tierra en paz segura.

Cuentan que estuvo de tomar movido  
del contrito Valdivia aquel consejo;  
mas un pariente suyo empedernido,  
a quien él respetaba por ser viejo,  
le dice: «¿Por dar crédito a un rendido  
quieres perder tal tiempo y aparejo?»  
Y apuntando a Valdivia en el cerebro,  
descarga un gran bastón de duro nebro.

Como el dañoso toro que, apremiado  
con fuerte amarra al palo está bramando  
de la tímida gente rodeado  
que con admiración le está mirando;  
y el diestro carnicero ejercitado,  
el grave y duro mazo levantando,  
recio al cogote cóncavo deciende  
y muerto estremeciéndose le tiende;  
así el determinado viejo cano  
que a Valdivia escuchaba con mal ceño,  
ayudándose de una y otra mano,  
en algo levantó el ferrado leño.  
No hizo el crudo viejo golpe en vano,  
que a Valdivia entregó al eterno sueño  
y en el suelo con súbita caída  
estremeciendo el cuerpo, dio la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,  
y el gran Caupolicán, dello enojado,  
quiso enmendar el libre desacato,  
pero fue del ejército rogado;  
salió el viejo de aquello al fin barato  
y el destrozo del todo fue acabado,  
que no escapó cristiano desta prueba  
para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida  
solos de los tres mil, que como vieron  
la gente nuestra rota y de vencida,  
en un jaral espeso se escondieron;  
de allí vieron el fin de la reñida  
guerra, y puestos en salvo lo dijeron,  
que, como las estrellas se mostraron,  
sin ser de nadie vistos se escaparon.

La oscura noche en esto se subía  
a más andar a la mitad del cielo,  
y con las alas lóbregas cubría  
el orbe y redondez del ancho suelo,  
cuando la vencedora compañía,  
arrimadas las armas sin recelo,  
danzas en anchos cercos ordenaban,  
donde la gran vitoria celebraban.

Fue la nueva en un punto discurriendo  
por todo el araucano regimiento,  
y antes que el sol se fuese descubriendo,  
el campo se cubió de bastimento.  
Gran multitud de gente concurriendo,  
se forma un general ayuntamiento  
de mozos, viejos, niños y mujeres,  
partícipes en todos los placeres.

Cuando la luz las aves anunciaban  
y alegres sus cantares repetían,

un sitio de altos árboles cercaban  
que una espaciosa plaza contenían;  
y en ellos las cabezas empalaban  
que de españoles cuerpos dividían;  
los troncos, de su rama despojados,  
eran de los despojos adornados;

y dentro de aquel círculo y asiento,  
cercado de una amena y gran floresta,  
en memoria y honor del vencimiento  
celebran de beber la alegre fiesta;  
y el vino así aumentó el atrevimiento  
que España en gran peligro estaba puesta;  
pues que promete el mínimo soldado  
de no dejar cimienta levantado.

Era allí la opinión generalmente  
que sin tardar, doblando las jornadas,  
partiese un grueso número de gente  
a dar en las ciudades descuidadas;  
que tomadas de salto y de repente,  
serían con solo el miedo arruinadas  
y la patria en su honor restituida,  
no dejando cristiano con la vida.

Y dado orden bastante y esto hecho,  
para acabar de ejecutar su saña,  
con gran poder y ejército, de hecho  
querían pasar la vuelta de la España,  
pensándola poner en tanto estrecho  
por fuerza de armas, puestos en campaña,  
que fuesen cultivadas las iberas  
tierras de las naciones extranjeras.

El hijo de Leocano bien entiende  
el vano intento y quiere desviarlo,  
que, como diestro y sabio, otro pretende,  
y por mejor camino enderezarlo.  
El tiempo espera y la sazón atiende  
que estén mejor dispuestos a tratarlo;  
la fiesta era acabada y borrachera  
cuando a todos les habla en tal manera:

«Menos que vos, señores, no pretendo  
la dulce libertad tan estimada,  
ni que sea nuestra patria yo defendiendo  
en el sublime trono restaurada;  
mas hase de atender a que pudiendo  
ganar, no se aventure a perder nada;  
y así con este celo y fin procuro  
no poner en peligro lo seguro.

Tomad con discreción los pareceres  
que van a la razón más arrimados;  
pues cobrar vuestros hijos y mujeres  
está en ir los principios acertados;  
vuestra fama, el honor, tierra y haberes  
a punto están de ser recuperados,  
que el tiempo, que es el padre del consejo  
en las manos nos pone el aparejo.

A Valdivia y los suyos habéis muerto,  
y una importante plaza destruido;  
venir a la venganza será cierto  
luego que en las ciudades sea sabido.

Demos al enemigo el paso abierto,  
esto asegura más nuestro partido.  
Vengan, vengan con furia a rienda suelta,  
que difícil será después la vuelta.

La vitoria tenemos en las manos  
y pasos en la tierra mil seguros  
de ciénegas, lagunas y pantanos,  
espesos montes, ásperos y duros;  
mejor pelean aquí los araucanos,  
españoles mejor dentro en sus muros;  
cualquier hombre en su casa acometido  
es más sabio, más fuerte y atrevido.

Esto os vengo a decir porque se entienda  
cuanto con más seguro acertaremos,  
para poder tomar la justa emienda,  
que en sitios escogidos esperemos,  
donde no habrá en el mundo quien defienda  
la razón y derecho que tenemos,  
cuando temor tuviesen de buscarnos,  
a sus casas iremos a alojarnos».

Con atención de todos escuchada  
fue la oración que el General hacía,  
siendo de los más dellos aprobada,  
por ver que a su remedio convenía;  
la gente ya del todo sosegada,  
Caupolicán al joven se volvía  
por quien fue la vitoria, ya perdida,  
con milagrosa prueba conseguida.

Por darle más favor, le tenía asido  
con la siniestra de la diestra mano,  
diciéndole: «Oh varón, que has estendido  
el claro nombre y límite araucano!  
Por ti ha sido el Estado redimido,  
tú le sacaste del poder tirano,  
a ti solo se debe esta vitoria  
digna de premio y de inmortal memoria.

«Y, señores, pues es tan manifiesto,  
(esto dijo volviéndose al senado)  
el punto en que Lautaro nos ha puesto  
(que así el valiente mozo era llamado),  
yo, por remuneralle en algo desto,  
con vuestra autoridad que me habéis dado,  
por paga, aunque a tal deuda insuficiente,  
le hago capitán y mi teniente.

Con la gente de guerra que escogiere,  
pues que ya de sus obras sois testigos,  
en el sitio en que más le pareciere  
se ponga a recibir los enemigos,  
adonde hasta que vengan los espere;  
porque yo con la resta y mis amigos  
ocuparé la entrada de Elicura,  
aguardando la misma coyuntura».

Del grato mozo el cargo fue acetado  
con el favor que el general le daba;  
aprobólo el común aficionado,  
si alguno le pesó, no lo mostraba;  
y por el orden y uso acostumbrado,  
el gran Caupolicán le tresquilaba,

dejándole el copete en trenza largo,  
insignia verdadera de aquel cargo.

Fue Lautaro industrioso, sabio, presto,  
de gran consejo, término y cordura,  
manso de condición y hermoso gesto,  
ni grande ni pequeño de estatura;  
el ánimo en las cosas grandes puesto,  
de fuerte trabazón y compostura;  
duros los miembros, recios y nervosos,  
anchas espaldas, pechos espaciosos.

Por él las fiestas fueron alargadas,  
ejercitando siempre nuevos juegos  
de saltos, luchas, pruebas nunca usadas,  
danzas de noche en torno de los fuegos;  
había precios y joyas señaladas,  
que nunca los troyanos ni los griegos,  
cuando los juegos más continuaron,  
tan ricas y estimadas las sacaron.

Llegó a Caupolicán, estando en esto,  
un bárbaro, turbado, sin aliento,  
perdida la color, mudado el gesto,  
cubierto de sudor y polvoriento,  
diciéndole: «Señor, socorre presto,  
tu campo es roto y cierto el perdimiento  
que la gente que estaba en la emboscada  
es muerta la más della y destrozada.

Por tierra de Elicura son bajados  
catorce valentísimos guerreros,  
de corazas finísimas armados  
sobre caballos prestos y ligeros;  
por estos solos son desbaratados  
dos escuadrones tuyos de piqueros  
y visto el gran estrago, al improviso  
partí corriendo a darte dello aviso».

Caupolicán, con muestra no alterada,  
hizo que del temor se asegurase,  
diciendo que tan poca gente armada  
al cabo era imposible que escapase;  
y con la diligencia acostumbrada  
mandó al nuevo teniente que guiase  
con la más presta gente por la vía,  
que luego con el resto le seguía.

Lautaro, en lo acetar no perezoso,  
escogiendo una escuadra suficiente,  
marcha con toda priesa, codicioso  
de ganar opinión entre la gente.  
Mas de Marte el estruendo sonoro  
me llama, que me tardo injustamente;  
de los catorce es tiempo que se trate,  
y del sangriento y áspero combate.

Estiéndase su fama y sea notoria,  
pues que tanto su espada resplandece,  
y dellos se eternice la memoria,  
si valor en las armas lo merece:  
testimonio dará dello la historia;  
pero acabar el canto me parece,  
que a decir tan gran cosa no me atrevo,  
si no es con nuevo aliento y canto nuevo.



## Canto IV

*Vienen catorce españoles por concierto a juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel;  
hallan los indios en una emboscada, con los cuales tuvieron un porfiado recuento, llega  
Lautaro con gente de refresco; mueren siete españoles y todos los amigos que llevan;  
escápanse los otros por una gran ventura*

¡Cuán buena es la justicia y qué importante!  
Por ella son mil males atajados;  
que si el rebelde Arauco está pujante  
con todos sus vecinos alterados  
y pasa su furor tan adelante,  
fue por no ser a tiempo castigados;  
la llaga que al principio no se cura,  
requiere al fin más áspera la cura.

Que no es virtud, mas vicio y negligencia  
cuando de un daño otro mayor se espera,  
el no curar con hierro la dolencia,  
si del mal lo requiere la manera;  
mas no con tal rigor que la clemencia  
pierda su fuerza y la virtud entera:  
clemente es y piadoso el que sin miedo  
por escapar el brazo corta el dedo.

No quiero yo decir que a cada paso  
traiga el hierro en la mano la justicia,  
sino según la gravedad del caso  
y la importancia y fin de la malicia;  
pues vemos claro en el presente paso  
que al cabo, corrompida de avaricia,  
dio a la maldad lugar que se arraigase  
y en los ánimos más se apoderase.

Mas no se ha de entender, como el liviano  
que se entrega al primero movimiento,  
que por ser justiciero es inhumano  
y por alcanzar crédito es sangriento;  
y como aquel que con injusta mano,  
sin término, sin causa y fundamento,  
por sólo liviandad y vanagloria  
quiere dejar de su maldad memoria.

No faltara materia y coyuntura  
para mostrar la pluma aquí curiosa;  
mas no quiero meterme en tal hondura,  
que es cosa no importante y peligrosa;  
el tiempo lo dirá y no mi escritura,  
que quizás la tendrán por sospechosa;  
sólo diré que es opinión de sabios  
que adonde falta el rey sobran agravios.

Pero a nuestro propósito tornando,  
dejaré de tratar de sinrazones,  
que es trabajar en vano, derramando  
al viento en el desierto las razones;  
de los nuestros diré que peleando  
estaban con los fieros escuadrones,  
ganando fama y prez, honor y gloria,  
haciendo cosas dignas de memoria.

Fue hecho tan notable, que requiere  
mucha atención y autorizada pluma,  
y así digo que aquel que le leyere

en que fue de los grandes se resuma;  
diré cuanto en mi estilo yo pudiere,  
aunque toda será una breve suma  
y los nombres también de los soldados  
que con razón merecen ser loados:

Almagro, Cortés, Córdoba, Nereda,  
Morán, Gonzalo Hernández, Maldonado,  
Peñalosa, Vergara, Castañeda,  
Diego García Herrero el arriscado,  
Pero Niño, Escalona y otro queda  
con el cual es el número acabado:  
don Leonardo Manrique es el postrero,  
igual en el valor siempre al primero.

Estos catorce son los que venían  
a verse con Valdivia en el concierto,  
que del pueblo Imperial partido habían  
sin saber que Valdivia fuese muerto;  
por la alta cuesta de Purén subían,  
y en el más alto asiento y descubierto  
los caminos de rama veen sembrados,  
señal de paga y junta de soldados.

Conocen que la tierra está alterada  
y que de gentes hacen llamamiento;  
no torcieron por esto la jornada,  
ni les mudó el temor el firme intento;  
la fresca y nueva aurora colorada  
daba con su venida gran contento,  
y las sombras del sol se retraían  
cuando el licúreo valle descubrían.

Aquí estaban los indios emboscados  
esperando a los nuestros si viniesen,  
por cogerlos sin orden descuidados  
antes que del peligro se advirtiesen  
de un bosque a mano hecho rodeados  
para que más cubiertos estuviesen,  
hasta que, inadvertidos del engaño,  
pudiesen a su salvo hacer el daño.

Los catorce españoles abajaban  
por un repecho, al valle enderezando,  
donde ocultos los bárbaros estaban,  
cubiertos de los ramos aguardando;  
los nuestros con el bosque aún no igualaban  
cuando los indios, súbito sonando  
bárbaras trompas, rancos tamborinos,  
los pasos ocuparon y caminos.

En cazador no entró tanta alegría,  
cuando más sin pensar la liebre echada  
de súbito por medio de la vía  
salta de entre los pies alborotada,  
cuanto causó la muestra y vocería  
del vecino escuadrón de la emboscada  
a nuestros españoles, que al instante  
arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formaron  
de puntas de diamante una muralla;  
pero los españoles no pararon  
hasta de parte a parte atravesalla;  
hombres, picas y mazas tropellaron,

revuelven, por dar fin a la batalla,  
con más valor y esfuerzo que esperanza,  
vista de los contrarios la pujanza.

De tres dos escuadrones desviados  
el paso les cercaron y huida;  
viéndose así de bárbaros cercados,  
piensan abrir por ellos la salida;  
otra vez arremeten apiñados  
y aunque una escuadra dellos fue rompida,  
volvieron a sus puestos recogidos  
quedando desta vuelta mal heridos.

Dos veces embistieron desta suerte,  
las cerradas escuadras tropellando;  
mas viéndose cercanos a la muerte,  
prosiguen su derrota enderezando  
al desolado sitio y casa fuerte  
a diestro y a siniestro derribando,  
que los indios entrellos van mezclados,  
hiriéndolos también por todos lados.

Estréchase el camino de Elicura  
por la pequeña falda de una sierra;  
la causa y la razón desta angostura  
es un lago que el valle abajo cierra.  
Para los nuestros esto fue ventura,  
pues siguen su jornada haciendo guerra,  
que solo un español que atrás venía  
la bárbara arrogancia resistía.

Ellos, que iban así por una espesa  
mata, al calar de un áspero collado  
veen un indio salir a toda priesa,  
el vestido y el rostro demudado,  
el cual en el camino se atraviesa,  
y del seno sacó un papel cerrado  
que Juan Gómez de Almagro el propio día  
dando aviso a Valdivia escrito había.

El mismo mensajero veen lloroso  
que dellos adelante había partido;  
de Valdivia el suceso lastimoso  
les dijo y lo demás acontecido  
y que el castillo el bárbaro furioso  
le había por los cimientos destruido;  
viendo el remedio y presupuesto vano,  
tomaron a la diestra un sitio llano.

Era el sitio de lomas rodeado,  
aunque por esta senda y paso abierto,  
del este, norte, oeste está abrigado,  
y el sur le hiere casi en descubierto,  
por do seguido va el camino usado  
de los ligeros bárbaros cubierto,  
en espaciosa hila prolongada,  
sedientos de la sangre bautizada.

Tras los nuestros los bárbaros saliendo,  
en el llano asimismo repararon,  
y la gente esparcida recogiendo,  
dos gruesos escuadrones reformaron;  
los catorce españoles conociendo  
que era mejor romper; se aparejaron;  
mueven los escuadrones concertados,

por el fuerte Lincoya gobernados.

Con flautas, cuernos, roncros instrumentos  
alto estruendo, alaridos desdeñosos,  
salen los fieros bárbaros sangrientos  
contra los españoles valerosos,  
que convertir esperan en lamentos  
los arrogantes gritos orgullosos;  
tanto el esfuerzo y ánimo les crece  
que poca gente en contra les parece.

Aunque allí un español disfigurado,  
que yo no digo aquí cuál dellos era,  
dijo, viendo tan poca gente al lado:  
«¡Oh si nuestro escuadrón de ciento fuera!»  
Pero Gonzalo Hernández animado,  
vuelto al cielo, responde: «A Dios pluguiera  
fuéramos solos doce y dos faltaran,  
que doce de la fama nos llamaran».

Los caballos en esto apercibiendo,  
firmes y recogidos en las sillas,  
sueltan las riendas, y los pies batiendo,  
parten contra las bárbaras cuadrillas;  
las poderosas lanzas requiriendo,  
afiladas en sangre las cuchillas,  
llamando en alta voz a Dios del cielo,  
hacen gemir y retremblar el suelo.

Calan de fuerte fresno como vigas  
los bárbaros las picas al momento,  
de la suerte que suelen las espigas  
derribarse al furor del recio viento;  
no bastaron las armas enemigas  
al ímpetu español y movimiento,  
que los nuestros rompieron por un lado,  
dejando el escuadrón aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,  
lejos las rotas lanzas arrojadas,  
vuelven al enemigo y fiero bando,  
en alto ya desnudas las espadas;  
otra vez arremeten, no bastando  
infinidad de puntas enastadas,  
puestas en contra de la airada gente,  
a que no se mezclasen igualmente.

Los unos, que no saben ser vencidos,  
los otros a vencer acostumbrados,  
son causa que se aumenten los heridos  
y que bajen los brazos más pesados;  
de llamas los arneses encendidos,  
con gran fuerza y presteza golpeados,  
formaban un rumor, que el alto cielo  
del todo parecía venir al suelo.

El buen Gonzalo Hernández, presumiendo  
imitar al de Córdoba famoso,  
iba por el ejército rompiendo  
no menos diestro y fuerte que animoso;  
Peñalosa y Vergara, conociendo  
que vencer o morir era forzoso,  
hacen de sus personas arriscadas  
de esfuerzo y fuerzas pruebas señaladas.

El valiente soldado de Escalona  
la rigurosa espada ejercitando,  
aventura y señala su persona,  
mil bárbaros valientes señalando;  
Don Leonardo Manrique no perdona  
los golpes que recibe, antes doblando  
los suyos con gran priesa y mayor ira,  
los castiga, maltrata y los retira.

Otro, pues, que de Córdoba se llama,  
mozo de grande esfuerzo y valentía,  
tanta sangre araucana allí derrama  
que hizo cien viudas aquel día;  
por una que venganza al cielo clama,  
saltan todas las otras de alegría;  
que al fin son las mujeres variables,  
amigas de mudanzas y mudables.

Cortés y Pero Niño por un lado  
hacen un fiero estrago y cruda guerra;  
Morán, Gómez de Almagro y Maldonado  
siembran de cuerpos bárbaros la tierra;  
el Herrero, como hombre acostumbrado  
y diestro en golpear, mata y atierra;  
pues Nereda también, que era maestro,  
hiere, derriba a diestro y a siniestro.

Como si fueran a morir desnudos,  
las rabiosas espadas así cortan;  
con tanta fuerza bajan golpes crudos  
que poco fuertes armas les importan;  
lo que sufrir no pueden los escudos,  
los insensibles cuerpos lo comportan  
en furor encendidos, de tal suerte,  
que no sienten los golpes ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados  
con poderosos golpes los martillan,  
y de muchos con fuerza redoblados  
los cargados caballos arrodillan;  
abollan los arneses relevados,  
abren, desclavan, rompen, deshebillan,  
ruedan las rotas piezas y celadas  
y el aire atruena el son de las espadas.

Lincoya, combatiendo y derribando,  
anima con hervor los escuadrones,  
contra su fuerza y maza no bastando  
de crestas altas fuertes morriones.  
Cortés un golpe suyo reparando,  
la cabeza inclinó entre los arzones,  
llevándole el caballo medio muerto,  
suelto el freno, corriendo a campo abierto.

Con el cuello inclinado, adormecido,  
acá y allá el caballo le traía;  
pero tornando luego en su sentido,  
vergonzoso las riendas recogía;  
vuelve a buscar aquel que le ha herido,  
y al punto que miró le conocía;  
que al mayor araucano que allí andaba  
de los hombros arriba le llevaba.

Conócelo también en la braveza  
que mostraba, animando allí su gente,

y en la facilidad y ligereza  
con que esgrime la maza diestramente.  
Como el suelto lebrél por la maleza  
se arroja al jabalí fiero y valiente,  
así asalta Cortés al araucano,  
la adarga al pecho, el duro hierro en mano.

Al través le hirió por un costado,  
no le valiendo el coselete duro;  
mas de aquella manera le ha mudado  
que mudara un peñasco o fuerte muro;  
pasa recio el caballo espoleado,  
y Cortés, de Lincoya ya seguro,  
por medio de la espesa escuadra hiende  
y al un lado y al otro muchos tiende.

Almagro cuerpo a cuerpo combatía  
con el joven Guacón soldado fuerte;  
pero presto la lid se decidía,  
que poco se mostró neutral la suerte;  
de un golpe Almagro al bárbaro hería,  
por donde una ancha puerta abrió a la muerte,  
sale della de sangre roja un río  
y ocupa el desangrado cuerpo el frío.

Airado Castañeda en la batalla  
mata, tropella, daña, hiere, ofende,  
acaso a Narpo a la derecha halla  
y allí la rigurosa espada tiende;  
no le valió el jubón de fina malla,  
ni un peto de dos cueros le defiende,  
que la furiosa punta no calase  
y el cuerpo del espíritu privase.

La gente una con otra se embravece,  
crece el hervor, coraje y la revuelta  
y el río de la corriente sangre crece,  
bárbara y española toda envuelta;  
del grueso aliento el aire se escurece,  
alguna infernal furia andaba suelta  
que por llevar a tantos en un día,  
diabólico furor les infundía.

Tanto el tesón entre ellos ha durado,  
que espanta cómo alzar pueden los brazos;  
estaban por el uno y otro lado  
de amontonados cuerpos los ribazos.  
El sol había en su curso declinado,  
cuando ya sin vigor, hechos pedazos,  
de manera igualmente enflaquecían,  
que moverse adelante no podían.

Como el aliento y fuerza van faltando  
a dos valientes toros animosos  
cuando en la fiera lucha porfiando  
se muestran igualmente poderosos,  
que se van poco a poco retirando  
rostro a rostro con pasos perezosos,  
cubiertos de un humor y espeso aliento,  
y esparcen con los pies la arena al viento,

los dos puestos así se retiraron,  
sin sangre y sin vigor desalentados,  
que jamás las espadas se mostraron,  
mas siempre frente a frente careados,

ambos a un mismo tiempo repararon;  
a un punto hicieron alto, y desviados  
los unos de los otros tanto estaban,  
que aun un tiro de flecha no distaban.

Mirábanse del uno y otro bando  
en el sitio y contrario alojamiento  
cubiertos de agua y sangre ijadeando,  
que no pueden hartarse del aliento;  
los fatigados miembros regalando,  
el pecho y boca abierta al fresco viento  
que con templados soplos respiraba,  
mitigando del sol la fuerza brava.

Y desde allí con lenguas injuriosas  
a falta de las manos se ofendían,  
diciéndose palabras afrentosas  
la muerte con rigor se prometían;  
y a vueltas desto, flechas peligrosas  
los enemigos arcos despedían,  
que aunque el aliento y fuerza les faltaba,  
el rabioso rencor las arrojaba.

Yo no sé de cuál brazo descansado  
una flecha con ímpetu saliendo,  
a manera de rayo arrebatado  
el aire con rumor iba rompiendo;  
tocó en soslayo a Córdoba en un lado,  
y la furiosa punta no prendiendo,  
torció a Morán el curso y encarnada  
por el ojo derecho abrió la entrada.

El buen Morán con mano cruda y fuerte  
sacó la flecha y ojo en ella asido;  
Gonzalo al duro paso de la muerte  
le apercibe y esfuerza condolido;  
pero Morán gritó: «No estoy de suerte  
que me sienta de esfuerzo enflaquecido;  
que solo, así herido, soy bastante  
a vencer cuantos veis que están delante».

Pica el caballo temerariamente,  
que galopar no puede de cansado,  
contra todo aquel número de gente  
que en escuadrón estaba reformado;  
pero Gonzalo Hernández diligente  
se le puso delante acelerado,  
que ya Lincoya al paso le salía  
y al puesto, aunque por fuerza, lo volvía.

Con grande alarde, estruendo y movimiento,  
sobre la cumbre de una verde loma,  
tendidas las banderas por el viento,  
Lautaro con la presta gente asoma.  
Como cuando de lejos el hambriento  
león, viendo la presa, placer toma,  
y mira acá y allá feroz rugiendo,  
el vedijoso cuello sacudiendo,

Lautaro así veloz por un repecho  
bajaba, enderezando a los de España,  
pensando él solo dar fin aquel hecho,  
si no le desamparan la campaña.  
Delante de su gente va gran trecho,  
digna es de celebrarse tal hazaña:

solos catorce esperan, hechos piezas,  
rotos los brazos, piernas y cabezas.

Cuatro mil sobrevienen vitoriosos;  
apiñados los nuestros los esperan,  
no de ver tanta gente temerosos,  
porque aun morir con más honor quisieran.  
Los fieros enemigos orgullosos  
en alta voz gritaban: «¡Mueran! ¡Mueran!»,  
y el lincoyano ejército animado  
también acometió por otro lado.

Lanzaron los caballos los cristianos  
batiendo bien de espacio el hueco suelo,  
contra los descansados araucanos  
que fieros amenazan tierra y cielo;  
vienen con tardos pies a prestas manos,  
y del primer encuentro, hecho un hielo,  
Pero Niño tocó la blanca arena,  
bañándola de sangre en larga vena.

Atravesóle el cuerpo la herida,  
aunque en atribuirle hay desconcierto;  
unos dicen que Angol fue el homicida,  
otros que Leocotón, y esto es más cierto;  
cualquier dellos que fue, de gran caída  
Pero Niño quedó en el campo muerto  
con un trozo de pica atravesado  
donde fue del tropel despedazado.

También el de Manrique volteando  
a los pies de Lautaro muerto vino;  
rompen los otros doce, enderezando  
por las espesas armas al camino;  
pero Ongolmo, los pies apresurando,  
de un golpe derribó fuera de tino  
a Nereda, que en guerras era experto;  
Cortés, de muy herido, cayó muerto

Tras él al suelo fue Diego García,  
de una llaga mortal abierto el pecho;  
de otro golpe Escalona se tendía,  
que Tucapel le acierta por derecho;  
los demás españoles en la vía  
(considere quien ya se vio en estrecho)  
con cuánta priesa baten las ijadas  
de los lasos caballos desangradas.

El fiero Tucapel haciendo guerra  
a todos con audacia los asalta,  
y en viendo que estos dos baten la tierra,  
gallardo por encima dellos salta;  
topa a Almagro y con él ligero cierra  
en los pies levantado y la maza alta,  
que sobre él derribándola venía  
con toda la pujanza que tenía.

O fue mal tiento o furia que llevaba,  
o que el Sumo Señor quiso librallo,  
que el tiro a la cabeza señalaba  
y a dar vino en las ancas del caballo;  
con tanta fuerza el golpe le cargaba  
que Almagro más no pudo meneallo,  
quedando derrengado de manera  
que si fuera de masa o blanda cera.

Almagro con presteza por un lado,  
viendo el caballo cojo, se derriba;  
ora fue su ventura y diestro hado  
ora siniestro del que tras él iba,  
el cual era el valiente Maldonado  
que envuelto en sangre y polvo al punto arriba  
que el golpe secundaba Tucapelo  
y por poco con él diera en el suelo.

Con el jinete estribo en el derecho  
lado al bárbaro encuentra de pasada,  
y cuanto cinco pasos o más trecho  
lo lleva hacia adelante por la estrada;  
brama el bárbaro ardiendo de despecho:  
víbora no se vio más enconada  
ni pisado escorpión vuelve tan presto,  
como el indio volvió el airado gesto.

Muda el intento, muda la sentencia  
que contra Juan de Almagro dado había,  
y la furiosa maza e impacencias  
al triste Maldonado revolvía;  
cala un golpe con toda su potencia  
mas el presto caballo se desvía;  
Tucapel de furioso el tiro yerra  
y el ferrado troncón metió por tierra.

No escapó Maldonado de la muerte  
que al punto llega el bravo Lemolemo  
con un largo bastón ñudoso y fuerte  
a manera le corvo y grueso remo,  
y un golpe le señala de tal suerte  
que no le erró el ferrado y duro extremo  
ni la celada prestó de estofa llena,  
que los sesos saltaron por la arena.

En esto una gran nube tenebrosa  
el aire y cielo súbito turbando,  
con una escuridad triste y medrosa  
del sol la luz escasa fue ocupando;  
salta Aquilón con furia procelosa  
los árboles y plantas inclinando,  
envuelto en raras gotas de agua gruesas  
que luego descargaron más espesas.

Como el diestro atambor que aperciendo  
al duro asalto y fiera batería,  
va con los tardos golpes previniendo  
la presta y animosa compañía,  
pero el punto y señal última oyendo  
suena la horrenda y áspera armonía,  
así el negro ñublado turbolento  
lanza un diluvio súbito y violento.

En oscura tiniebla el cielo vuelto,  
la furiosa tormenta se esforzaba;  
agua, piedras y rayos todo envuelto  
en espesos relámpagos lanzaba;  
el araucano ejército revuelto  
por acá y por allá se derramaba;  
crece la tempestad horrenda tanto  
que a los más esforzados puso espanto.

De Juan Gómez la prospera ventura

hizo que al punto el cielo se cerrase,  
y a tiniebla de la noche oscura  
gran rato en su favor se anticipase;  
turbado se metió en una espesura  
hasta tanto que el ímpetu pasase  
de aquella gente bárbara furiosa,  
de la española sangre codiciosa.

Cuando vio en su violencia el torbellino  
y que él podía salir más encubierto,  
el bosque deja y toma su camino,  
que el temor se le muestra bien abierto;  
cayendo y levantando al cabo vino  
de sangre, lodo y de sudor cubierto,  
junto donde los nuestros esperaban  
si las furiosas aguas aplacaban.

Estaban del camino desviados  
y uno de los caballos relinchando,  
el español con pasos sosegados  
al alegre rumor se fue acercando;  
llegó donde los seis amedrentados  
con baja voz estaban dél tratando  
y en aquella sazón se les presenta,  
dándoles del suceso entera cuenta.

Con espanto fue luego conocido,  
que entre ellos ya por muerto se tenía,  
y cada uno de lástima movido  
a morir en su ayuda se ofrecía;  
mas él, como animoso y entendido,  
viendo que aprovechar no le podía,  
dice: «De mí, señores, nadie cure,  
la vida el que pudiere la asegure».

Esto no dijo bien, cuando esforzado  
por el bosque tomó una senda incierta,  
y aquella más usada deja a un lado,  
de gente y pueblos bárbaros cubierta;  
otro trance mayor le está guardado,  
pero pues hay de Chile historia cierta  
allí lo podrá ver el que quisiere,  
si gana de saberlo le viniere.

El coronista Estrella escribe al justo  
de Chile y del Pirú en latín la historia  
con tanta erudición que será justo  
que dure eternamente su memoria;  
y la vida de Carlos Quinto Augusto,  
y en verso los encomios y la gloria  
de varones ilustres en milicia,  
gobernación, en letras y justicia.

Vuelvo a los seis guerreros, que sintiendo  
la desgracia de Almagro, lo mostraban;  
pero ayudalle en ella no pudiendo,  
a la Imperial ciudad enderezaban;  
la tempestad furiosa iba creciendo,  
relámpagos y truenos no cesaban  
hasta que salió el sol y el claro día  
la plaza de Purén les descubría.

Era un castillo, el cual con poca gente  
le había Juan Gómez antes sustentado,  
hallándose una noche de repente

de multitud de bárbaros cercado;  
repelidos al fin gallardamente,  
fue por su industria el cerco levantado.  
No escribo esta batalla, aunque famosa,  
por no tardarme tanto en cada cosa.

Allí los seis guerreros arribados  
fueron con tierna muestra recibidos  
de los caros amigos, admirados  
de verlos a tal término traídos;  
miseros, afligidos, demudados,  
flacos, roncós, deshechos, consumidos,  
corriendo sangre y lodo, sin celadas,  
las armas con las carnes destrozadas.

Casi veinticuatro horas sustentaron  
las armas, defendiendo su partido,  
que nunca en este tiempo descansaron  
haciendo lo que habéis, Señor oído;  
un rato en el castillo reposaron  
del cual la noche atrás habían salido,  
no con poco temor de los de casa  
y más cuando supieron lo que pasa.

La sangre les cuajó un temor helado,  
gran turbación les puso a todos, cuando  
el caso de Valdivia desastrado  
les fueron por sus términos narrando;  
y así viendo el castillo mal parado,  
de consejo común considerando  
la pujanza que el bárbaro traía,  
le dejaron desierto el mismo día.

Hacia Cautén tomaron la jornada  
llevando a Almagro acaso de camino,  
que por venir la noche tan cerrada  
libre salió del campo lautarino;  
la fuerza fue por tierra derribada,  
que luego el enemigo pueblo vino  
talando municiones y comidas  
que en el castillo estaban recogidas.

Dieron vuelta los bárbaros gozosos  
hacia do su ejército venía,  
retumbando en los montes cavernosos  
el alegre rumor y vocería;  
y por aquellos prados espaciosos  
con la vitoria y gozo de aquel día  
tales cantos y juegos inventaban  
que el cansancio con ellos engañaban.

Juntos, el general con grave muestra  
los habla y los recibe alegremente,  
y asiendo blandamente de la diestra  
al valiente Lautaro, su teniente,  
una escuadra le entrega de maestra,  
escogida, gallarda y buena gente,  
en armas y trabajo ejercitada  
para cualquier empresa y gran jornada.

A Lautaro dejemos, pues, en esto,  
que mucho su proceso me detiene,  
forzoso a tratar dél volveré presto,  
que llegar hasta Penco me conviene,  
pues hace tanto a nuestro presupuesto

decir cómo a la guerra se previene  
que sangrienta y mortal se aparejaba,  
y el justo sentimiento que mostraba.

Ya la Fama, ligera embajadora  
de tristes nuevas y de grandes males,  
a Penco atormentaba de hora en hora,  
esforzando su voz ruines señales,  
cuando llegan los indios a deshora,  
los dos que ya conté que en los jarales,  
viendo a Valdivia roto, se escondieron,  
y éstos el triste caso refirieron.

Por mensajeros ciertos entendiendo  
el duro y desdichado acaecimiento,  
viejos, mujeres, niños concurriendo,  
se forma un triste y general lamento;  
el cielo con aguda voz rompiendo  
hinchén de tristes lástimas el viento  
nuevas viudas, huérfanas, doncellas,  
era una dolorosa cosa vellas.

Los blancos rostros, más que flores bellos,  
eran de crudos puños ofendidos,  
y manojos dorados de cabellos  
andaban por los suelos esparcidos;  
vieran pechos de nieve y tersos cuellos  
de sangre y vivas lágrimas teñidos,  
y rotos por mil partes y arrojados  
ricos vestidos, joyas y tocados.

No con menor estruendo los varones  
de la edad más robusta juntamente  
daban de su dolor demostraciones  
pero con otro modo diferente;  
suenan las armas, suenan municiones,  
suena el nuevo aparato de la gente,  
y la ronca trompeta del dios Marte  
a guerra incita ya por toda parte.

Unos botas espadas afilaban,  
otros petos mohosos enlucían,  
otros las viejas cotas remallaban,  
hierros otros en astas enjerían;  
cañones reforzados apuntaban,  
al viento las banderas descogían  
y en alardosa muestra los soldados  
iban por todas partes ocupados.

Caudillo era y cabeza de la gente  
Francisco Villagrán, varón tenido  
por sabio en la milicia y suficiente,  
con suma diligencia prevenido;  
de Pedro de Valdivia fue teniente,  
después de su persona obedecido;  
sentido del suceso y caso fuerte  
brama por la venganza de su muerte.

Las mujeres de nuevos alaridos  
hieren el alto cóncavo del cielo,  
viendo al peligro puestos los maridos  
y ellas en tal trabajo y desconsuelo;  
con lagrimosos ojos y gemidos  
echadas de rodillas por el suelo,  
les ponen los hijuelos por delante,

pero cosa a moverlos no es bastante.

Ya de lo necesario aparejados  
en demanda del bárbaro salían,  
de arneses lucidísimos armados  
que vistosos de lejos parecían;  
las mujeres por torres y tejados  
con fijos ojos tiernos los seguían  
y echándoles de allí mil bendiciones  
vuelven a Dios el ruego y peticiones.

Del tropel se despiden ciudadano,  
que del pueblo saliera a acompañarlos,  
y en busca del ejército araucano  
pican a toda priesa los caballos;  
dejan a la siniestra a Mareguano,  
y a la diestra, de Talca los vasallos  
hijo de Talcaguano, que su tierra  
la ciñe casi en torno el mar y sierra.

De los seguros límites pasando,  
pisan de Andalicán la enjuta arena  
y el espacioso llano atravesando,  
suben las lomas, y el rumor no suena;  
y al pie del cerro andálico llegando,  
sin entender lo que Lautaro ordena,  
sólo el miedo de entrar por el Estado  
les mitigó el furor demasiado.

Un paso peligroso, agrio y estrecho  
de la banda del norte está a la entrada,  
por un monte asperísimo y derecho,  
la cumbre hasta los cielos levantada;  
está tras éste un llano, poco trecho,  
y luego otra menor cuesta tajada  
que divide el distrito andalicano  
del fértil valle y límite araucano.

Esta cuesta Lautaro había elegido  
para dar la batalla, y por concierto  
tenía todo su ejército tendido  
en lo más alto della y descubierto;  
viendo que a pie en lo llano es mal partido  
seguir a los caballos campo abierto,  
el alto y primer cerro deja esento,  
pensando allí alcanzarlos por aliento.

Porque se tome bien del sitio el tino  
quiero aquí figurarle por entero.  
La subida no es mala del camino,  
mas todo es lo demás despeñadero;  
tiene al poniente al bravo mar vecino  
que bate al pie de un gran derrumbadero  
y en la cumbre y más alto de la cuesta  
se allana cuanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado  
del poderoso ejército enemigo  
y el camino al entrar desocupado,  
sin defensa ni estorbo, como digo;  
pasado el primer monte, había llegado  
al pie deste segundo el bando amigo;  
pero aquí Villagrán confuso estuvo,  
que el peligroso trance le detuvo

como el romano César, que dudoso  
el pie en el Rubicón fijó a la entrada,  
pensando allí de nuevo el peligroso  
hecho que acometía y gran jornada.  
Al fin soltó las riendas animoso,  
diciendo: «¡Sús, la suerte ya es echada!...»;  
así nuestro español rompió el camino  
dando libre la rienda a su destino.

Apenas el primer paso había dado,  
cuando luego tras él osadamente  
por el fragoso monte levantado  
alegre comenzó a subir la gente.  
Lautaro, sin moverse, arrinconado,  
franca les da la entrada llanamente:  
diez mil hombres gobierna, gente usada  
en el duro ejercicio de la espada.

Tenía su campo en torno de la cuesta,  
y mandado que nadie se moviese  
un paso a comenzar la dura fiesta  
hasta que el són de arremeter se oyese,  
con una irremisible pena puesta  
para aquel que del término saliese;  
que estaban así quedos y callados  
cual si fueran en mármoles mudados.

Pues la española gente, deseando  
ejercitar la vencedora diestra,  
se va a los enemigos acercando  
por la banda del bárbaro siniestra.  
Lautaro al puesto término llegando,  
presenta la batalla en bella muestra  
con gran rumor de bárbaras trompetas,  
atambores, bocinas y cornetas.

Paréceme, Señor, que será justo  
dar fin al largo canto en este paso,  
porque el deseo del otro mueva el gusto  
y porque de cantar me siento laso.  
Suplícós que el tardar no os dé desgusto  
pareciéndoos que voy tan paso a paso,  
que aun de gentes agravio una gran suma,  
atento a no llevar prolija pluma.

## Canto V

*En este quinto canto se contiene la reñida batalla que entre los españoles y araucanos  
hubo en la cuesta de Andalicán, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo  
de los españoles fueron los nuestros desbaratados y muertos más de la mitad dellos  
juntamente con tres mil indios amigos*

Siempre el benigno Dios por su clemencia  
nos dilata el castigo merecido  
hasta ver sin emienda la insolencia  
y el corazón rebelde endurecido,  
y es tanta la dañosa inadvertencia  
que, aunque vemos el término cumplido  
y ejemplo del castigo en el vecino,  
no queremos dejar el mal camino.

Dígolo porque viene muy contenta  
nuestra gente española a las espadas,  
que en el fin de Valdivia no escarmienta  
ni mira haber seguido sus pisadas;  
presto la veréis dar estrecha cuenta  
de las culpas presentes y pasadas,  
que el verdugo Lautaro ardiendo en saña  
se muestra con su gente en la campaña.

Villagrán con la suya a punto puesto  
en el estrecho llano se detiene;  
plantando seis cañones en buen puesto  
ordena aquí y allí lo que conviene;  
estuvo sin moverse un rato en esto  
por ver el orden que Lautaro tiene,  
que ocupaba su gente tanto trecho  
que mitigó el ardor de más de un pecho.

De muchos fue esta guerra deseada  
pero sabe ora Dios sus intenciones,  
viendo toda la cuesta rodeada  
de gente en concertados escuadrones;  
la sangre, del temor ya resfriada  
con presteza acudió a los corazones;  
los miembros, del calor desamparados,  
fueron luego de esfuerzo reformados.

Con nuevo encendimiento están bramando  
porque la trompa del partir no suena;  
tanto el trance y batalla deseando  
que cualquiera tardanza les da pena.  
De la otra parte el araucano bando,  
sujeto a lo que su caudillo ordena,  
rabiaba por cerrar; mas la obediencia  
le pone duro freno y resistencia.

Como el feroz caballo que, impaciente,  
cuando el competidor ve ya cercano,  
bufa, relincha, y con soberbia frente  
hiere la tierra de una y otra mano,  
así el bárbaro ejército obediente,  
viendo tan cerca el campo castellano,  
gime por ver el juego comenzado  
mas no pasa del término asignado.

Desta manera, pues, la cosa estaba,  
ganosos de ambas partes por juntarse;  
pero ya Villagrán consideraba

que era dalles más ánimo el tardarse.  
Tres bandas de jinetes apartaba  
de aquellos codiciosos de probarse,  
que a la seña, sin más amonestallos  
ponen las piernas recio a los caballos.

El campo con ligeros pies batiendo,  
salen con gran tropel y movimiento;  
Rauco se estremeció del son horrendo  
y la mar hizo estraño sentimiento.  
Los corregidos bárbaros, temiendo  
de Lautaro el espreso mandamiento,  
aunque por los herir se deshacían  
el paso hacia delante no movían.

Con el concierto y orden que en Castilla  
juegan las cañas en solene fiesta,  
que parte y desembraza una cuadrilla,  
revolviendo la darga al pecho puesta,  
así los nuestros, firmes en la silla,  
llegan hasta el remate de la cuesta,  
y vuelven casi en cerco a retirarse  
por no poder romper sin despeñarse.

Toman al retirar la vuelta larga,  
y desta suerte muchas vueltas prueban;  
pero todas las veces una carga  
de flecha, dardo y piedra espesa llevan;  
a algunos vale allí la buena darga,  
las celadas y grebas bien aprueban,  
que no pueden venir al corto hierro,  
por ser peinado en torno el alto cerro.

Firme estaba Lautaro sin mudarse  
y cercada de gente la montaña;  
algunos que pretenden señalarse  
salen con su licencia a la campaña.  
Quieren uno por uno ejercitarse  
de la pica y bastón con los de España,  
o dos a dos o tres a tres soldados,  
a la franca elección de los llamados.

Usando de mudanzas y ademanes  
vienen con muestra airosa y contoneo,  
más bizarros que bravos alemanes,  
haciendo aquí y allí gentil paseo;  
como los diestros y ágiles galanes  
en público ejercicio del torneo  
así llegan gallardos a juntarse  
y con las duras puntas a tentarse.

Quien piensa de la pica ser maestro  
sale a probar la fuerza y el destino,  
tentando el lado diestro y el siniestro,  
buscando lo mejor con sabio tino;  
cuál acomete, vanle y hurta presto,  
hallando para entrar franco el camino;  
cuál hace el golpe vano y cuál tan cierto  
que da con su enemigo en tierra muerto.

Otros destas posturas no se curan  
ni paran en el aire y gentileza,  
que el golpe sea mortal sólo procuran  
y en el cuerpo y los pies llevar firmeza;  
con ánimo arrojado se aventuran

llevados de la cólera y braveza;  
ésta a veces los golpes hace vanos  
y ellos venir más juntos a las manos.

Pero por más veloz en la corrida  
el mozo Curiomán se señalaba,  
que con gallarda muestra y atrevida  
larga carrera sin temor tomaba  
y blandiendo una lanza muy fornida  
en medio de la furia la arrojaba,  
que nunca la ballesta al torno armada  
jara con tal presteza fue enviada.

Había siete españoles ya herido,  
mas nadie se atraviesa a la venganza,  
que era el valiente bárbaro temido  
por su esfuerzo, destreza y gran pujanza;  
en esto Villagrán, algo corrido  
viéndole despedir la octava lanza,  
dijo con voz airada: «¿No hay alguno  
que castigue este bárbaro importuno?»

Diciendo esto miraba a Diego Cano,  
el cual de osado crédito tenía,  
que, una asta gruesa en la derecha mano,  
su rabicánpreciado apercebía;  
y al tiempo cuando el bárbaro lozano  
con fuerza extrema el brazo sacudía,  
en la silla los muslos enclavados  
hiere al caballo a un tiempo entrambos lados.

Con menudo tropel y gran ruido  
sale el presto caballo desenvuelto  
hacia el gallardo bárbaro atrevido,  
que en esto las espaldas había vuelto;  
pero el fuerte español, embebecido  
en que no se le fuese, el freno suelto,  
bate al caballo a priesa los talones  
hasta los enemigos escuadrones.

No el araucano y fiero ayuntamiento  
con las espesas picas derribadas,  
ni el presuroso y recio movimiento  
de mazas y de bárbaras espadas  
pudieron resistir el duro intento  
del airado español que las pisadas  
del ligero araucano iba siguiendo,  
la espesa turba y multitud rompiendo:  
donde a pesar de tantos y a despecho  
con grande esfuerzo y valerosa mano  
rompe por ellos y la lanza al pecho  
de aquel que dilató su muerte en vano;  
y glorioso del bravo y alto hecho,  
al caballo picó a la diestra mano,  
abriendo con esfuerzo y diestro tino  
por medio de las armas el camino.

Luego se arroja el escuadrón jinete  
al araucano ejército llamando,  
que a esperarle parece que acomete  
y vase luego al borde retirando;  
una, cuatro y diez veces arremete,  
poco el arremeter aprovechando,  
que en aquella sazón ninguna espada

había de sangre bárbara manchada.

Los cansados caballos trabajaban  
mas poco del trabajo se aprovecha,  
que los nuestros en vano les picaban,  
heridos y hostigados de la flecha;  
las bravezas de algunos aplacaban  
viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,  
ellos lasos, los otros descansados,  
los pasos y caminos ya cerrados.

La presta y temerosa artillería  
a toda furia y priesa disparaba  
y así en el escuadrón indio batía,  
que cuanto topa enhiesto lo allanaba;  
de fuego y humo el cerro se cubría,  
el aire cerca y lejos retumbaba;  
parece con estruendo abrirse el suelo  
y respirar un nuevo Mongibelo.

Visto Lautaro serle conveniente  
quitar y deshacer aquel ñublado  
que lanzaba los rayos en su gente  
y había gran parte della destrozado,  
al escuadrón que a Leucotón valiente  
por su valor le estaba encomendado,  
le manda arremeter con furia presta,  
y en alta voz diciendo le amonesta:

«¡Oh fieles compañeros vitoriosos  
a quien Fortuna llama a tales hechos!  
¡Ya es tiempo que los brazos valerosos  
nuestras causas aprueben y derechos!  
¡Sús, sú, calad las lanzas animosos.  
Rompan los hierros los contrarios pechos,  
y por ellos abrid roja corriente  
sin respetar a amigo ni a pariente!

A las piezas guiad, que si ganadas  
por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria  
célebres quedarán vuestras espadas  
y eterna al mundo dellas la memoria,  
el campo seguirá vuestras pisadas  
siendo vos los autores desta gloria».  
Y con esto la gente envanecida  
hizo la temeraria arremetida.

Por infame se tiene allí el postrero,  
que es la cosa que entre ellos más se nota;  
el más medroso quiere ser primero  
al probar si la lanza lleva bota:  
no espanta ver morir al compañero  
ni llevar quince o veinte una pelota  
volando por los aires hechos piezas,  
ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone allí embarazo  
ni punto los detiene el temor ciego;  
antes si el tiro alguno lleva el brazo,  
con el otro la espada esgrime luego;  
llegan sin reparar hasta el ribazo  
donde estaba la máquina del fuego;  
viéranse allí las balas escupidas  
por la bárbara furia detenidas.

Los demás arremeten luego en rueda  
y de tiros la tierra y sol cubrían;  
pluma no basta, lengua no hay que pueda  
figurar el furor con que venían.  
De voces, fuego, humo y polvoreda  
no se entienden allí ni conocían;  
mas poco aprovechó este impedimento  
que ciegos se juntaban por el tiento.

Tardaron poco espacio en concertarse  
las enemigas haces ya mezcladas,  
lo que allí se vio más para notarse  
era el presto batir de las espadas;  
procuran ambas partes señalarse,  
y así vieran cabezas y celadas  
en cantidad y número partidas,  
y piernas de sus troncos divididas.

Unos por defender la artillería  
con tal ímpetu y furia acometida,  
otros por dar remate a su porfía  
traban una batalla bien reñida;  
para un solo español cincuenta había,  
la ventaja era fuera de medida;  
mas cada cual por sí tanto trabaja  
que iguala con valor a la ventaja.

No quieren que atrás vuelva el estandarte  
de Carlos Quinto Máximo glorioso,  
mas que, a pesar del contrapuesto Marte  
vaya siempre adelante vitorioso,  
el cual, terrible y fiero, a cada parte,  
envuelto en ira y polvo sanguinoso,  
daba nuevo vigor a las espadas  
de tanto combatir aún no cansadas.

Renuévase el furor y la braveza  
según es el herir apresurado,  
con aquel mismo esfuerzo y entereza  
que si entonces lo hubieran comenzado;  
las muertes, el rigor y la crueza,  
esto no puede ser sinificado,  
que la espesa y menuda yerba verde  
en sangre convertida el color pierde.

Villagrán la batalla en peso tiene,  
que no pierde una mínima su puesto;  
de todo lo importante se previene,  
aquí va y allí acude y vuelve presto.  
Hace de capitán lo que conviene  
con usada esperiencia y fuera desto,  
como osado soldado y buen guerrero  
se arroja a los peligros el primero.

Andando envuelto en sangre a Torbo mira  
que en los cristianos hace gran matanza;  
lleva el caballo y él, llevado de ira,  
requiere en la derecha bien la lanza;  
en los estribos firme, al pecho tira  
mas la codicia y sobra de pujanza  
desatentó la presurosa mano,  
haciendo antes de tiempo el golpe en vano.

Hiende el caballo desapoderado  
por la canalla bárbara enemiga;

revuelve a Torbo el español airado  
y en bajo el brazo la jineta abriga;  
pásale un fuerte peto tresdoblado  
y el jubón de algodón y en la barriga  
le abrió una gran herida, por do al punto  
vertió de sangre un lago y la alma junto.

Saca entera la lanza, y derribando  
el brazo atrás, con ira la arrojaba;  
vuela la furiosa asta rechinando  
del ímpetu y pujanza que llevaba,  
y a Corpillán que estaba descansando  
por entre el brazo y cuerpo le pasaba,  
y al suelo penetró sin dañar nada  
quedando media braza en él fijada.

Y luego Villagrán, la espada fuera,  
por medio de la hueste va a gran priesa,  
haciendo con rigor ancha carrera  
a donde va la turba más espesa.  
No menos Pedro de Olmos de Aguilera  
en todos los peligros se atraviesa,  
habiendo él solo muerto por su mano  
a Guancho, Canio, Pillo y Titaguano.

Hernando y Juan, entrambos de Alvarado,  
daban de su valor notoria muestra  
y el viejo gran jinete Maldonado  
voltea el caballo allí con mano diestra,  
ejercitando con valor usado  
la espada que en herir era maestra,  
aunque la débil fuerza envejecida  
hace pequeño el golpe y la herida.

Diego Cano a dos manos, sin escudo,  
no deja lanza enhiesta ni armadura,  
que todo por rigor de filo agudo  
hecho pedazos viene a la llanura;  
pues Peña, aunque de lengua tartamudo,  
se revuelve con tal desenvoltura  
cual Cesio entre las armas de Pompeo  
o en Troya el fiero hijo de Peleo.

Por otra parte el español Reinoso,  
de ponzoñosa rabia estimulado,  
con la espada sangrienta va furioso  
hiriendo por el uno y otro lado;  
mata de un golpe a Palta y riguroso  
la punta enderezó contra el costado  
del fuerte Ron, y así acertó la vena  
que la espada de sangre sacó llena.

Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,  
Ruiz, Gonzalo Hernández y Pantoja  
tienen hecha de muertos una rueda  
y la tierra de sangre toda roja;  
no hay quien ganar del campo un paso pueda  
ni el espeso herir un punto afloja,  
haciendo los cristianos tales cosas  
que las harán los tiempos milagrosas.

Mas eran los contrarios tanta gente,  
y tan poco el remedio y confianza,  
que a muchos les faltaba juntamente  
la sangre, aliento, fuerza y la esperanza;

llevados, pues, al fin de la corriente,  
sin poder resistir la gran pujanza,  
pierden un largo trecho la montaña  
con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza  
sin aflojar los nuestros siempre usaron;  
no se vio en español jamás flaqueza  
hasta que el campo y sitio les ganaron;  
mas viéndose a tal hora en estrechez  
que pasaba de cinco que empezaron,  
comienzan a dudar ya la batalla  
perdiendo la esperanza de ganalla.

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte  
cuando ellos en la fuerza iban menguando;  
representóles el temor la muerte,  
las heridas y sangre resfriando.  
Algunos desaniman de tal suerte  
que se van al camino retirando,  
no del todo, Señor, desbaratados  
mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagrán, haciendo fuerza  
se arroja y contrapone al paso airado,  
y con sabias razones los esfuerza,  
como de capitán escarmentado,  
diciendo: «Caballeros, nadie tuerza  
de aquello que a su honor es obligado,  
no os entreguéis al miedo, que es, yo os digo,  
de todo nuestro bien gran enemigo.

Sacudidle de vos y veréis luego  
la deshonor y afrenta manifiesta;  
mirad que el miedo infame, torpe y ciego  
más que el hierro enemigo aquí os molesta.  
No os turbéis, reportaos, tened sosiego,  
que en este solo punto tenéis puesta  
vuestra fama, el honor, vida y hacienda,  
y es cosa que después no tiene emienda.

¿A dó volvéis sin orden y sin tiento,  
que los pasos tenemos impedidos?  
¿Con cuanto deshonor y abatimiento  
seremos de los nuestros acogidos?  
La vida y honra está en el vencimiento,  
la muerte y deshonor en ser vencidos:  
mirad esto, y veréis huyendo cierta  
vuestra deshonor, y más la vida incierta».

De la plaza no ganan cuanto un dedo  
por esto y otras cosas que decía,  
según era el terror y estraño miedo  
en que el peligro puesto los había.  
«¿Dónde quedar mejor que aquí yo puedo?»  
diciendo Villagrán, con osadía  
temeraria arremete tanta gente,  
sólo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta  
por no estar al rigor de ser juzgado;  
teme más que a la muerte alguna afrenta  
y el verse con el dedo señalado;  
no quiere andar a todos dando cuenta  
si volver las espaldas fue forzado,

que por dolencia o mancha se reputa  
tener puesto el honor hombre en disputa.

Cuán bien desto salió, que del caballo  
al suelo le trujeron aturdido;  
cuál procura prendello, cuál matallo,  
pero las buenas armas le han valido.  
Otros dicen a voces: «¡Desarmallo!»  
Acude allí la gente y el ruido...  
Mas quien saber el fin desto quisiere  
al otro canto pido que me espere.

## Canto VI

*Prosigue la comenzada batalla, con las estrañas, y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos a cuchillo*

Al valeroso espíritu, ni suerte  
ni revolver de hado riguroso  
le pueden presentar caso tan fuerte,  
que le traigan a estado vergonzoso.  
Como ahora a Villagrán, que con su muerte  
(no siendo de otro modo poderoso)  
piensa atajar el áspero camino  
a donde le tiraba su destino.

Sus soldados, el paso apresurando,  
en confuso montón se retrujeron,  
cuando en el nuevo y gran rumor mirando  
a su buen capitán en tierra vieron.  
Solos trece, la vida despreciando,  
los rostros y las riendas revolvieron,  
rasgando a los caballos los ijares  
se arrojan a embestir tantos millares.

Con más valor que yo sabré decillo  
el pequeño escuadrón ligero cierra,  
abriendo en los contrarios un portillo  
que casi puso en condición la guerra;  
rompen hasta do el mísero caudillo  
de golpes aturdido estaba en tierra,  
sin ayuda y favor desamparado,  
de la enemiga turba rodeado.

Todos a un tiempo quieren ser primeros  
en esta presa y suerte señalada,  
y estaban como lobos carniceros  
sobre la mansa oveja desmandada,  
cuando discordes con aullidos fieros  
forman música en voz desentonada,  
y en esto los mastines del ejido  
llegan con gran presteza aquel ruido.

Así los enemigos apiñados  
en medio al triste Villagrán tenían,  
que, por darle la muerte embarazados  
los unos a los otros se impedían;  
mas los trece españoles esforzados  
rompiendo a la sazón sobrevenían  
de roja y fresca sangre ya cubiertos  
de aquellos que dejaban atrás muertos.

Con gran presteza, del amor movidos,  
a donde Villagrán veen se arrojaban,  
y los agudos hierros atrevidos  
de nuevo en sangre nueva remojaban.  
Desamparan el cerco los heridos,  
acá y allá medrosos se apartaban,  
algunos sustentaban con más suerte  
su parte y opinión hasta la muerte.

Si un espeso montón se deshacía  
desocupando el campo escarmentados,  
otra junta mayor luego nacía,  
y estaban sus lugares ocupados;

del sueño Villagrán aún no volvía,  
mas tal maña se dieron sus soldados  
y así las prestas armas revolvieron  
que en su acuerdo a caballo lo pusieron.

A tardarse más tiempo fuera muerto  
y a bien librar salió tan mal parado,  
que, aunque estaba de planchas bien cubierto,  
tenía el cuerpo molido y magullado;  
pero del sueño súbito despierto  
viendo trece españoles a su lado,  
olvidando el peligro en que aún estaba,  
entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del ejército enemigo  
sin escarmiento ni temor hendía,  
llevando en su defensa al bando amigo  
que destrozando bárbaros venía.  
Trillan, derriban, hacen tal castigo  
que duran las reliquias hoy en día,  
y durará en Arauco muchos años  
el estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere a Mailongo de pasada  
de un valiente altabajo a fil derecho;  
no le valió de acero la celada  
que los filos corrieron hasta el pecho;  
Aguilera al través tendió la espada  
y al dispuesto Guamán dejó maltrecho,  
haciendo ya el temor tan ancha senda  
que bien pueden correr a toda rienda.

Salen, pues, los catorce vitoriosos  
donde los otros de su bando estaban,  
que turbados, sin orden, temerosos  
de ver su muerte ya remolinaban;  
no bastaron ni fueron poderosos  
Villagrán y los otros que llegaban  
a estorbar el camino comenzado,  
que ya el temor gran fuerza había cobrado.

Viendo bravo y gallardo al araucano,  
del todo de vencer desconfiados,  
y los caballos sin aliento, en vano  
de importunas espuelas fatigados,  
a grandes voces dicen: «¡A lo llano!  
No estemos desta suerte arrinconados...»  
Y con nuevo temor y desatino  
toman algunos dellos el camino.

Cual de cabras montesas la manada  
cuando a lugar estrecho es reducida,  
de diestros cazadores rodeada  
y de importunos tiros perseguida,  
que viéndose ofendida y apretada  
una rompe el camino y la huida,  
siguiendo las demás a la primera:  
así abrieron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte, desmandados  
corren a la bajada de la cuesta,  
sin orden y atención apresurados,  
como si al palio fueran sobre apuesta.  
Aunque algunos valientes ocupados  
con firme rostro y con espada presta,

combatiendo animosos, no miraban  
cómo así los amigos los dejaban.

No atienden al huir ni se previenen  
de remedio tan flaco y vergonzoso;  
antes en su batalla se mantienen  
trayendo el fin a término dudoso,  
y con heroicos ánimos detienen  
de los indios el ímpetu furioso;  
y la disposición del duro hado  
en daño suyo y contra declarado.

Y así resisten, matan y destruyen,  
contrastando al destino, que parece  
que el valor araucano disminuyen  
y el suyo con difícil prueba crece;  
mas viendo a los amigos cómo huyen,  
que a más correr la gente desaparece,  
hubieron de seguir la misma vía  
que ya fuera locura y no osadía.

Quiero mudar en lloro amargo el canto,  
que será a la sazón más conveniente  
pues me suena en la oreja el triste llanto  
del pueblo amigo y género inocente.  
No siento el ser vencidos tanto cuanto  
ver pasar las espadas crudamente  
por vírgines, mujeres, servidores,  
que penetran los cielos sus clamores.

La infantería española sin pereza  
y gente de servicio iban camino,  
que el miedo les prestaba ligereza  
y más de la que algunos les convino;  
pues con la turbación y gran torpeza  
muchos perdieron de la cuesta el tino:  
ruedan unos, los lomos quebrantados,  
otros hechos pedazos despeñados.

Quedan por el camino mil tendidos,  
los arroyos de sangre el llano riegan,  
rompiendo el aire el planto y alaridos  
que en són desentonado al cielo llegan,  
y las lástimas tristes y gemidos  
(puestas las manos altas) con que ruegan  
y piden de la vida gracia en vano  
al inclemente bárbaro inhumano.

El cual siempre les iba caza dando  
con mano presta y pies en la corrida,  
hiriendo sin respeto y derribando  
la inútil gente, mísera, impedida,  
que a la amiga nación iba invocando  
la ayuda en vano a la amistad debida,  
poniéndole delante con razones  
la deuda, el interés y obligaciones.

Y aunque más las razones obligaban,  
si alguno a defenderlos revolvía,  
viendo cuánto los otros se alargaban,  
alargarse también le convenía;  
ni a los que por amigos se trataban  
ni a las que por amigas se debía,  
con quien había amistad y cuenta estrecha,  
llamar, gemir, llorar les aprovecha.

Que ya los nuestros sin parar en nada  
por la carrera de su sangre roja  
dan siempre nueva furia en su jornada,  
y a los caballos priesa y rienda floja,  
que ni la voz de virgen delicada,  
ni obligación de amigos los congoja;  
la pena y la fatiga que llevaban  
era que los caballos no volaban.

Sordos a aquel clamor y endurecidos  
miden con sueltos pies el verde llano;  
pero algunos, de lástima movidos  
viendo el fiero espectáculo inhumano,  
de una rabiosa cólera encendidos  
vuelven contra el ejército araucano  
que corre por el campo derramado,  
la más parte en la presa embarazado.

Determinados de morir, revuelven  
haciendo al sexo tímido reparo,  
y de suerte en los bárbaros se envuelven  
que a más de diez la vuelta costó caro;  
por esto los primeros aun no vuelven  
que quieren que el partido sea más claro,  
y no poner la vida en aventura  
cuanto lejos de allí, tanto segura.

Torna la lid de nuevo a refrescarse  
de un lado y otro andaba igual trabada,  
pecho con pecho vienen a juntarse,  
lanza con lanza, espada con espada;  
pueden los españoles sustentarse,  
que la gente araucana derramada  
el alcance sin orden proseguía  
haciendo todo el daño que podía.

Cual banda de cornejas esparcidas  
que por el aire claro el vuelo tienden,  
que de la compañera condolidas  
por los chirridos la prisión entienden,  
las batidoras alas recogidas  
a darle ayuda en círculo decienden:  
el bárbaro escuadrón desta manera  
al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y allá discurre,  
viendo el tumulto y aire polvoroso,  
deja el alcance, y de tropel concurre  
al són de las espadas sonoro;  
cada araucano con presteza ocurre  
adonde era el favor más provechoso  
y los sangrientos hierros en las manos,  
cercan el escuadrón de los cristianos.

La copia de los bárbaros creciendo,  
crece el són de las armas y refriega  
y los nuestros se van disminuyendo,  
que en su ayuda y socorro nadie llega;  
pero con grande esfuerzo combatiendo,  
ninguno la persona a ciento niega,  
ni allí se vio español que se notase  
que a su deuda una mínima faltase.

Mas de la suerte como si del cielo

tuvieran el seguro de las vidas,  
se meten y se arrojan sin recelo  
por las furiosas armas homicidas.  
Caen por tierra y echan por el suelo,  
dan y reciben ásperas heridas,  
que el número dispar y aventajado  
suple el valor y el ánimo sobrado.

Y así se contraponen, no temiendo  
la muerte y furia bárbara importuna,  
el ímpetu y pujanza resistiendo  
de la gente, del hado y la fortuna;  
mas contrastar a tantos no pudiendo  
sin socorro, favor ni ayuda alguna,  
dilatando el morir les fue forzoso  
volver a su camino trabajoso.

Parece el esperar más desatino,  
que van los delanteros como el viento;  
usar de aquel remedio les convino  
y no del temerario atrevimiento;  
muchos mueren en medio del camino  
por falta de caballos y de aliento  
y de sangre también, que el verde prado  
quedaba de su rastro colorado.

Flojos ya los caballos y encalmados,  
los bárbaros por pies los alcanzaban  
y en los rendidos dueños derribados  
las fuerzas de los brazos ensayaban;  
otros de los peones empachados  
-digo, de los cristianos que a pie andaban-,  
casi moverse al trote no podían,  
que con sólo el temor los detenían.

Los cansados peones se contentan  
con las colas o acciones aferradas,  
y en vano lastimosos representan  
estrechas amistades olvidadas;  
de sí los de caballo los ausentan,  
si no pueden a ruego, a cuchilladas,  
como a los más odiosos enemigos,  
que no era a la sazón tiempo de amigos.

Atruenan todo el valle el gran bullicio,  
armas, grita y clamor triste se oía  
de la gente española y de servicio  
que a manos de los indios perecía;  
no se vio tan sangriento sacrificio  
ni tan estraña y cruda anatomía  
como los fieros bárbaros hicieron  
en dos mil y quinientos que murieron.

Unos vienen al suelo mal heridos,  
de los lomos al vientre atravesados;  
por medio de la frente otros hendidos;  
otros mueren con honra degollados;  
otros, que piden medios y partidos,  
de los cascos los ojos arrancados,  
los fuerzan a correr por peligrosos  
peñascos sin parar precipitosos.

Y a las tristes mujeres delicadas  
el debido respeto no guardaban,  
antes con más rigor por las espadas,

sin escuchar sus ruegos, las pasaban;  
no tienen miramiento a las preñadas,  
mas los golpes al vientre encaminaban,  
y aconteció salir por las heridas  
las tiernas pernezuelas no nacidas.

Suben por la gran cuesta al que más puede,  
y paga el perezoso y negligente,  
que a ninguno más vida se concede  
de cuanto puede andar ligeramente;  
y aquel torpe es forzoso que se quede  
que no es en la carrera diligente;  
que la muerte, que airada atrás venía,  
en afirmando el pie, le sacudía.

Aunque la cuesta es áspera y derecha,  
muchos a la alta cumbre han arribado,  
adonde una albarrada hallaron hecha  
y el paso con maderos ocupado.  
No tiene aquel camino otra deshecha,  
que el cerro casi en torno era tajado:  
del un lado le bate la marina,  
del otro un gran peñol con él confina.

Era de gruesos troncos mal pulidos  
el nuevo muro en breve tiempo hecho,  
con arte unos en otros engeridos  
que cerraban la senda y paso estrecho;  
dentro estaban los indios prevenidos,  
las armas sobre el muro y antepecho,  
que según orgullosos se mostraban,  
al cielo, no a la gente amenazaban.

Viendo los españoles ya cerrados  
los pasos y cerrada la esperanza,  
a pasar o morir determinados,  
poniendo en Dios la firme confianza,  
de la albarrada un trecho desviados  
prueban de los caballos la pujanza,  
corriendo un golpe dellos a romperla  
y los bárbaros dentro a defenderla.

Así la gente estaba detenida,  
que todo su trabajo no importaba  
ni al peligro hallaba la salida  
hasta que el viejo Villagrán llegaba;  
que vista la escusada arremetida  
cuán poco en el remedio aprovechaba,  
sin temor de morir ni muestra alguna,  
dio aquí el último tiento a la fortuna.

Estaba en un caballo derivado  
de la española raza poderoso,  
ancho de cuadra, espeso, bien trabado,  
castaño de color, presto, animoso,  
veloz en la carrera y alentado,  
de grande fuerza y de ímpetu furioso,  
y la furia sujeta y corregida  
por un débil bocado y blanda brida,

El rostro le endereza, y al momento  
bate el presto español recio la ijada,  
que sale con furioso movimiento  
y encuentra con los pechos la albarrada;  
no hace en el romper más sentimiento

que si fuera en carrera acostumbrada,  
abriendo tal camino que pasaron  
todos los que debajo se escaparon.

Los bárbaros airados defendían  
el paso, pero al cabo no pudieron,  
que por más que las armas esgremían  
los fuertes españoles los rompieron;  
unos hacia la mano diestra guían,  
otros tan buen camino no supieron,  
tomando a la siniestra un mal sendero  
que a dar iba en un gran despeñadero.

A la siniestra mano hacia el poniente  
estaban dos caminos mal usados;  
éstos debían de ser antiguamente  
por do al agua bajaban los venados.  
Digo en tiempos pasados, que al presente  
por mil partes estaban derrumbados,  
y el remate tajado con un salto  
de más de ciento y veinte brazas de alto.

Por orden de natura no sabida  
o por gran sequedad de aquella tierra  
o algún diluvio grande y avenida,  
fue causa de tajarse aquella sierra;  
pues por allí la gente mal regida  
ocupada del miedo de la guerra,  
huyendo de la muerte ya sin tino  
a dar derechamente en ella vino.

La inadvertida gente iba rodando,  
que repararse un paso no podía,  
el segundo al primero tropellando,  
y el tercero al segundo recio envía;  
el número se va multiplicando,  
un cuerpo mil pedazos se hacía,  
siempre rodando con furor violento  
hasta parar en el más bajo asiento.

Como el fiero Tifeo presumiendo  
lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,  
cuando el terrible cuerpo estremeciendo  
sacude los peñascos de la cumbre  
que vienen con gran ímpetu y estruendo  
hechos piezas abajo en muchedumbre,  
así la triste gente mal guiada  
rodando al llano va despedazada.

Pero aquella que el buen camino tiene  
de verle con presteza el fin procura;  
ninguno por el otro se detiene  
que detenerse ya fuera locura;  
rodar también a alguno le conviene,  
que más de lo posible se apresura:  
a caballo y a pie y aun de cabeza  
llegaron a lo bajo en poca pieza.

Sueltos iban caballos por el prado  
que muertos lo señores han caído;  
otros desocuparlos fue forzado,  
que por flojos la silla había perdido;  
cuál ligero cabalga y cuál turbado,  
del temor de la muerte ya impedido,  
atinarlo al estribo no podía

y el caballo y sazón se le huía.

No aguardaban por estos mas corriendo  
juegan a mucha priesa los talones,  
al delantero sin parar siguiendo,  
que no le alcanzarán a dos tirones,  
votos, promesas entre sí haciendo  
de ayunos, romerías, oraciones  
y aun otros reservados sólo al Papa,  
si Dios deste peligro los escapa.

Venían ya los caballos por el llano  
las orejas tremiendo derramadas;  
quíerenlos aguijar, mas es en vano,  
aunque recio les abren las ijadas.  
El hermano no escucha al caro hermano,  
las lástimas allí son escusadas;  
quien dos pasos del otro se aventaja,  
por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso  
siente al furioso toro avvicinarse,  
que piensa atribulado y temeroso  
huyendo de aquel ímpetu salvarse,  
y se aflige y congoja presuroso  
por correr, y no puede menearse,  
así éstos a gran priesa a los caballos  
no pueden aunque quieren aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza  
sigue el alcance y siempre los aqueja;  
dichoso aquel que buen caballo alcanza,  
que de su furia un poco más se aleja;  
quién la darga abandona, quién la lanza,  
quién de cansado el propio cuerpo deja,  
y así la vencedora gente brava  
la fiera sed con sangre mitigaba.

Aquel que por desdicha atrás venía,  
ninguno (aunque sea amigo) le socorre;  
despacio el más ligero se movía;  
quien el caballo trota, mucho corre.  
El cansancio y la sed los afligía  
mas Dios, que en el mayor peligro acorre,  
frenó el ímpetu y curso al enemigo,  
según en el siguiente canto digo.

## Canto VII

*Llegan los españoles a la ciudad de la Concepción hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad había, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la concepción*

Tener en mucho un pecho se debía  
a do el temor jamás halló posada,  
temor que honrosa muerte nos desvía  
por una vida infame y deshonrada.  
En los peligros grandes la osadía  
merece ser de todos estimada;  
el miedo es natural en el prudente  
y el saberlo vencer es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban  
los cansados caballos aguijando;  
pues tanto de temor se apresuraban  
que les daremos crédito aun callando;  
con los prestos calcaños lo afirmaban,  
con piernas, brazos, cuerpo ijadeando,  
también los araucanos sin aliento,  
la furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados  
en el largo y veloz curso aflojaron,  
y por el gran tesón desalentados  
a seis leguas de alcance los dejaron.

Los nuestros, del temor mas aguijados,  
al entrar de la noche se hallaron  
en la estrema ribera de Biobío  
adonde pierde el nombre y ser de río,  
y a la orilla un gran barco asido vieron  
de una gruesa cadena a un viejo pino;  
los más heridos dentro se metieron  
abriendo por las aguas el camino;  
y los demás con ánimo atendieron  
hasta que el esperado barco vino  
y con la diligencia comenzada  
a la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar cuál llegarían  
del trabajos y heridas maltratados;  
algunos casi rostros no traían,  
otros los traen de golpes levantados;  
del infierno parece que salían:  
no hablan ni responden, elevados  
a todos con los ojos rodeaban  
y más callando el daño declaraban.

Después que dio el cansancio y torpe espanto  
licencia de decir lo que pasaba,  
dejando el pueblo atónito ya cuanto,  
súbito en triste tono levantaba  
un alboroto y doloroso llanto,  
que el gran desastre más solenizaba  
y al són discorde y áspera armonía  
la casa más vecina respondía.

Quién llora el muerto padre, quién marido,  
quién hijos, quién sobrinos, quién hermanos;

mujeres como locas sin sentido  
ansiosas tuercen las hermosas manos;  
con el fresco dolor crece el gemido  
y los protestos de accidente vanos;  
los niños abrazados con las madres  
preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicando  
las voces y clamores esforzados;  
los muertos que murieron peleando  
y aquellos infelices despeñados;  
mozas, casadas, viudas lamentando,  
puestas las manos y ojos levantados  
piden a Dios para dolor tan fuerte  
el último remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban  
al són de dolorosos instrumentos;  
mas el día venido, se atajaban  
con otro mayor mal estos lamentos,  
diciendo que a gran furia se acercaban  
los araucanos bárbaros sangrientos,  
en una mano hierro, en otra fuego,  
sobre el pueblo español, de temor ciego.

Ya la parlera Fama pregonando  
torpes y rudas lenguas desataba;  
las cosas de Lautaro acrecentando,  
los enemigos ánimos menguaba;  
que ya cada español casi temblando,  
dando fuerza a la Fama, levantaba  
al más flaco araucano hasta el cielo,  
derramando en los ánimos un yelo.

Levántase un rumor de retirarse  
y la triste ciudad desamparalla,  
diciendo que no pueden sustentarse  
contra los enemigos en batalla;  
corrillos comenzaban a formarse;  
la voz común aprueba el despoblalla,  
algunos con razones importantes  
reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas  
del temor y el amor de la hacienda;  
la poca gente, muertes y heridas  
dicen que la ciudad no se defienda;  
las haciendas y rentas adquiridas  
al liberal temor cogen la rienda,  
mas luego se esforzó y creció de modo  
que al fin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende  
desamparar el pueblo y propio nido;  
el temeroso vulgo aun no lo entiende  
mas tiende oreja atenta a aquel ruido;  
visto el público trato, más no atiende,  
que súbito, alterado y removido,  
de nuevo esfuerza el llanto y las querellas  
poniendo un alarido en las estrellas.

Quién a su casa corre pregonando  
la venida del bárbaro guerrero;  
quién aguija a la silla, procurando  
cincharla en el caballo más ligero;

las encerradas vírgines llorando  
por las calles, sin manto ni escudero,  
atónitas, de acá y de allá perdidas,  
a las madres buscaban desvalidas.

Como las corderillas temerosas  
de las queridas madres apartadas,  
balando van perdidas, presurosas,  
haciendo en poco espacio mil paradas,  
ponen atenta oreja a todas cosas,  
corren aquí y allí desatinadas,  
así las tiernas vírgines llorando,  
a voces a las madres van llamando.

De rato en rato se renueva y crece  
el llanto, la aflicción y el alarido;  
tal vez hay que de súbito enmudece,  
reduciendo el sentir sólo al oído;  
cualquier sombra Lautaro les parece,  
su rigurosa voz cualquier ruido,  
alzan la grita y corren, no sabiendo  
más de ver a los otros ir corriendo.

Era cosa de oír bien lastimosa  
los suspiros, clamores y lamento,  
haciéndoles mayores cualquier cosa  
que trae de nuevo el miedo por el viento;  
desampara la turba temerosa  
sus casas, posesión y heredamiento,  
sedas, tapices, camas, recamados,  
tejos de oro y de plata atesorados.

Si alguno hace protestos requiriendo  
que no sea la ciudad desamparada,  
responde el principal: «Yo no lo entiendo,  
ni de mi voluntad soy parte en nada».  
Pero el temor un viejo posponiendo,  
les dice: «¡Gente vil, acobardada,  
deshonra del honor y ser de España!  
¿Qué es esto?, ¿dónde vais?, ¿quién os engaña?»

No fue esta corrección de algún provecho  
ni otras cosas que el viejo les decía;  
muestran todos hacerse a su despecho  
y van al que más corre ya la vía.  
Es justo que la fama cante un hecho  
digno de celebrarse hasta el día  
que cese la memoria por la pluma  
y todo pierda el ser y se consuma.

Doña Mencía de Nidos, una dama  
noble, discreta, valerosa, osada,  
es aquella que alcanza tanta fama  
en tiempo que a los hombres es negada;  
estando enferma y flaca en una cama,  
siente el grande alboroto y esforzada  
asiendo de una espada y un escudo,  
salió tras los vecinos como pudo.

Ya por el monte arriba caminaban,  
volviendo atrás los rostros afligidos  
a las casas y tierras que dejaban,  
oyendo de gallinas mil graznidos;  
los gatos con voz hórrida maullaban,  
perros daban tristísimos aullidos:

Progne con la turbada Filomena  
mostraban en sus cantos grave pena.

Pero con más dolor doña Mencía,  
que dello daba indicio y muestra clara,  
con la espada desnuda los seguía,  
y en medio de la cuesta y dellos para;  
el rostro a la ciudad vuelto, decía:  
«¡Oh valiente nación, a quien tan cara  
cuesta la tierra y opinión ganada  
por el rigor y filo de la espada!,

decidme ¿qué es de aquella fortaleza,  
que contra los que así teméis mostrastes?  
¿Qué es de aquel alto punto y la grandeza  
de la inmortalidad a que aspirastes?  
¿Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza  
y el natural valor de que os preciastes?  
¿Adónde vais, cuitados de vosotros,  
que no viene ninguno tras nosotros?

¡Oh cuántas veces fuistes imputados,  
de impacientes, altivos, temerarios,  
en los casos dudosos arrojados,  
sin atender a medios necesarios;  
y os vimos en el yugo traer domados  
tan gran número y copia de adversarios,  
y emprender y acabar empresas tales  
que distes a entender ser inmortales!

Volved a vuestro pueblo ojos piadosos,  
por vos de sus cimientos levantado;  
mirad los campos fértiles viciosos  
que os tienen su tributo aparejado;  
las ricas minas y los caudalosos  
ríos de arenas de oro y el ganado  
que ya de cerro en cerro anda perdido,  
buscando a su pastor desconocido.

Hasta los animales que carecen  
de vuestro racional entendimiento,  
usando de razón, se condolecen,  
y muestran doloroso sentimiento;  
los duros corazones se enternecen  
no usados a sentir, y por el viento  
las fieras la gran lástima derraman  
y en voz casi formada nos infaman.

Dejáis quietud, hacienda y vida honrosa  
de vuestro esfuerzo y brazos adquirida,  
por ir a casa ajena embarazosa  
a do tendremos mísera acogida.  
¿Qué cosa puede haber más afrentosa,  
que ser huéspedes toda nuestra vida?  
¡ Volved, que a los honrados vida honrada  
les conviene o la muerte acelerada!

¡ Volved, no vais así desa manera,  
ni del temor os deis tan por amigos,  
que yo me ofrezco aquí, que la primera  
me arrojaré en los hierros enemigos!  
¡Haré yo esta palabra verdadera  
y vosotros seréis dello testigos!  
«¡Volved, volved!» gritaba, pero en vano,  
que a nadie pareció el consejo sano.

Como el honrado padre recatado  
que piensa reducir con persuasiones  
al hijo, del propósito dañado,  
y está alegando en vano mil razones;  
que al hijo incorregible y obstinado  
le importunan y cansan los sermones:  
así al temor la gente ya entregada  
no sufre ser en esto aconsejada.

Ni a Paulo le pasó con tal presteza  
por las sienas la Iáculo serpiente,  
sin perder de su vuelo ligereza,  
llevándole la vida juntamente,  
como la odiosa plática y braveza  
de la dama de Nidos por la gente;  
pues apenas entró por un oído  
cuando ya por el otro había salido.

Sin escuchar la plática, del todo  
llevados de su antojo caminaban;  
mujeres sin chapines por el lodo  
a gran priesa las faldas arrastraban;  
fueron doce jornadas deste modo  
y a Mapochó al fin dellas arribaban.  
Lautaro, que se siente descansado,  
me da priesa, que mucho me he tardado.

No es bien que tanto dél nos descuidemos  
pues él no se descuida en nuestro daño,  
y adonde le dejamos volveremos,  
que fue donde dejó el alcance extraño.  
En muy poco papel resumiremos  
un gran proceso y término tamaño,  
que fuera necesario larga historia  
para ponerlo estenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada  
me detendré lo menos que pudiere  
y las cosas menudas, de pasada  
tocaré lo mejor que yo supiere.  
Pido que atenta oreja me sea dada,  
que el cuento es grave y atención requiere,  
para que con curiosa y fácil pluma  
los hechos destes bárbaros resuma.

Que luego que el alcance hubo cesado  
volviendo al hijo de Pillán gozoso,  
que atrás un largo trecho había quedado  
más por autoridad que de medroso,  
al General despachan un soldado,  
alojándose el campo en el gracioso  
valle de Talcamávida importante,  
de pastos y comidas abundante.

Un bárbaro valiente que tenía  
la estancia y heredad en aquel valle,  
halló un indio cristiano por la vía;  
pero no se preciando de matalle,  
prisionero a su casa le traía  
y comienza en tal modo a razonalle:  
«La vida, ¡oh miserable!, quiero darte  
aunque no la mereces por tu parte.

Pues que ya a la guerra tú venías,

gozando del honor de los guerreros,  
¿por qué con las mujeres te escondías  
viendo a hierro morir tus compañeros?  
Mujer debes de ser, pues que temías  
tanto de alguna espada los aceros;  
y así quiero que tengas el oficio  
en todo lo que toca a mi servicio».

Mandó que del oficio se encargase  
que a la mujer honesta es permitido,  
y la posada y cena concertase  
en tanto que del sueño convencido  
los fatigados miembros recrease;  
y habiéndose a su cama recogido,  
al mundo el sol dos vueltas había dado  
y no había el araucano despertado,  
sepultado en un sueño tan profundo  
como si de mil años fuera muerto,  
hasta que el claro sol dio luz al mundo  
a la vuelta tercera; que despierto  
pidió la usada ropa, y lo segundo  
si estaba la comida ya en concierto;  
el diligente siervo respondía  
que después de guisada estaba fría,  
diciéndole también como había estado  
cincuenta horas de término en el lecho,  
del trabajo y manjares olvidado,  
con todo lo demás que se había hecho;  
y que el comer estaba aparejado  
si del sueño se hallaba satisfecho.  
El bárbaro responde: «No me espanto  
de haber sin despertar dormido tanto;

que el cuidadoso Lautaro apercebido,  
por hacer desear vuestra llegada,  
la gente en escuadrones ha tenido  
con tanta disciplina castigada,  
que aun el sentarnos era defendido  
en acabando Apolo su jornada,  
hasta que ya los rayos de su lumbre  
nos daban de la vuelta certidumbre.

Si alguno de su puesto se movía,  
sin esperar descargo le empalaba,  
y aquel que de cansado se dormía  
en medio de dos picas le colgaba;  
quien cortaba una espiga allí moría,  
demás de la ración que se le daba:  
con órdenes estrechas y preceos  
nos tuvo, como digo, así sujetos.

Desta suerte estuvimos los soldados  
más de catorce noches aguardando,  
las picas altas, a ellas arrimados,  
vuestra tarda venida deseando;  
del sueño y del cansancio quebrantados  
pasando gran trabajo, hasta cuando  
supimos que llegábades ya junto,  
que nos quitó el cansancio en aquel punto».

Viendo el silencio que en el valle había  
le pregunta si el campo era partido;  
el mozo dice: «Ayer antes del día  
salió de aquí con súbito ruido;

afirmarte la causa no sabría  
aunque por claras muestras he entendido  
que la ciudad de Penco torreada  
era del español desamparada».

Así era la verdad: que caminado  
habían los escuadrones vencedores  
hacia el pueblo español, desamparado  
de los inadvertidos moradores.  
La codicia del robo y el cuidado  
les puso espuelas y ánimos mayores;  
siete leguas del valle a Penco había  
y arribaron en sólo medio día.

A vista de las casas ya la gente  
se reparte por todos los caminos,  
porque el saco del pueblo sea igualmente  
lleno de ropa, y falto de vecinos;  
apenas la señal del partir siente  
cuando cual negra banda de estorninos  
que se abate al montón del blanco trigo,  
baja al pueblo el ejército enemigo.

La ciudad yerma en gran silencio atiende  
el presto asalto y fiera arremetida  
de la bárbara furia, que deciende  
con alto estruendo y con veloz corrida;  
el menos codicioso allí pretende  
la casa más copiosa y bastecida;  
vienen de gran tropel hacia las puertas  
todas de par en par francas y abiertas.

Corren toda la casa en el momento  
y en un punto escudriñan los rincones;  
muchos por no engañarse por el tiento  
rompen y descerrajan los cajones;  
baten tapices, rimas y ornamento,  
camas de seda y ricos pabellones,  
y cuanto descubrir pueden de vista  
que no hay quien los impida ni resista.

No con tanto rigor el pueblo griego  
entró por el troyano alojamiento,  
sembrando frigia sangre y vivo fuego,  
talando hasta en el último cimiento  
cuanto de ira, venganza y furor ciego,  
el bárbaro, del robo no contento,  
arruina, destruye, desperdicia  
y aun no puede cumplir con su malicia.

Quién sube la escalera y quién abaja,  
quién a la ropa y quién al cofre aguija,  
quién abre, quién desquicia y desencaja,  
quién no deja fardel ni baratija;  
quién contiene, quién riñe, quién baraja,  
quién alega y se mete a la partija,  
por las torres, desvanes y tejados  
aparecen los bárbaros cargados.

No en colmenas de abejas la frecuencia,  
priesa y solicitud cuando fabrican  
en el panal la miel con providencia,  
que a los hombres jamás lo comunican,  
ni aquel salir, entrar y diligencia  
con que las tiernas flores melifican,

se puede comparar, ni ser figura  
de lo que aquella gente se apresura.

Alguno de robar no se contenta  
la casa que le da cierta ventura,  
que la insaciable voluntad sedienta  
otra de mayor presa le figura;  
haciendo codiciosa y necia cuenta  
busca la incierta y deja la segura,  
y llegando, el sol puesto, a la posada,  
se queda, por buscar mucho, sin nada.

También se roba entre ellos lo robado,  
que poca cuenta y amistad había,  
si no se pone en salvo a buen recado,  
que allí el mayor ladrón más adquiriría;  
cuál lo saca arrastrando, cuál cargado  
va, que del propio hermano no se fía;  
más parte a ningún hombre se concede  
de aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno se previenen  
las guardosas hormigas avisadas,  
que a la abundante troje van y vienen  
y andan en acarretos ocupadas;  
no se impiden, estorban, ni detienen;  
dan las vacías el paso a las cargadas:  
así los araucanos codiciosos  
entran, salen y vuelven presurosos.

Quien buena parte tiene, más no espera,  
que presto pone fuego al aposento;  
no aguarda que los otros salgan fuera  
ni tiene al edificio miramiento;  
la codiciosa llama de manera  
iba en tanto furor y crecimiento,  
que todo el pueblo mísero se abrasa,  
corriendo el fuego ya de casa en casa.

Por alto y bajo el fuego se derrama,  
los cielos amenaza el són horrendo,  
de negro humo espeso y viva llama  
la infelice ciudad se va cubriendo;  
treme la tierra en torno, el fuego brama  
de subir a su esfera presumiendo;  
caen de rica labor maderamientos  
resumidos en polvos cenicientos.

Piérdese la ciudad más fértil de oro  
que estaba en lo poblado de la tierra,  
y adonde más riquezas y tesoro  
según fama en sus términos se encierra.  
¡Oh, cuántos vivirán en triste lloro,  
que les fuera mejor continua guerra!  
Pues es mayor miseria la pobreza  
para quien se vio en próspera riqueza.

A quién diez a quién veinte y a quién treinta  
mil ducados por año les rentara;  
el más pobre tuviera mil de renta,  
de aquí ninguno dellos abajara;  
la parte de Valdivia era sin cuenta  
si la ciudad en paz se sustentara,  
que en torno la cercaban ricas venas  
fáciles de labrar y de oro llenas.

Cien mil casados súbditos servían  
a los de la ciudad desamparada;  
sacar tanto oro en cantidad podían,  
que a tenerse viniera casi en nada.  
Esto que digo y la opinión perdían  
por aflojar el brazo de la espada,  
ganados, heredades, ricas casas,  
que ya se van tornando en vivas brasas.

La grito de los bárbaros se entona;  
no cabe el gozo dentro de sus pechos  
viendo que el fuego horrible no perdona  
hermosas cuadras ni labrados techos,  
en tanta multitud no hay tal persona  
que de verlos se duela así deshechos,  
antes suspiran, gimen y se ofenden,  
porque tanto del fuego se defienden.

Paréceles que es lento y espacioso  
pues tanto en abrasarlos se tardaba,  
y maldicen al Tracio proceloso,  
porque la flaca llama no esforzaba;  
al caer de las casas sonoro  
un terrible alarido resonaba,  
que junto con el humo y las centellas,  
subiendo amenazaba las estrellas.

Crece la fiera llama en tanto grado  
que las más altas nubes encendía;  
Tracio con movimiento arrebatado  
sacudiendo los árboles venía  
y Vulcano al rumor, sucio y tiznado,  
con los herreros fuelles acudía,  
que ayudaron su parte al presto fuego  
y así se apoderó de todo luego.

Nunca fue de Nerón el gozo tanto  
de ver en la gran Roma poderosa  
prendido el fuego ya por cada canto,  
vista sola a tal hombre deleitosa;  
ni aquello tan gran gusto le dio, cuanto  
gusta la gente bárbara dañosa  
de ver cómo la llama se estendía,  
y la triste ciudad se consumía.

Era cosa de oír dura y terrible  
los estallidos y fornace estruendo,  
el negro humo espeso e insufrible,  
cual nube en aire así se va imprimiendo;  
no hay cosa reservada al fuego horrible,  
todo en sí lo convierte, resumiendo  
los ricos edificios levantados,  
en antiguos corrales derribados.

Llegado al fin el último contento  
de aquella fiera gente vengativa,  
aun no parando en esto el mal intento,  
ni planta en pie ni cosa dejan viva;  
el incendio acabado como cuento,  
un mensajero con gran priesa arriba  
del hijo de Leocán, y su embajada  
será en el otro canto declarada.

## Canto VIII

*Júntanse los caciques y señores principales a consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique puchecalco, y Caupolicán viene con poderoso ejército sobre la ciudad imperial, fundada en el valle de Cautén*

Un limpio honor del ánimo ofendido  
jamás puede olvidar aquella afrenta,  
trayendo al hombre siempre así encogido,  
que dello sin hablar da larga cuenta;  
y en el mayor contento, desabrido  
se le pone delante, y representa  
la dura y grave afrenta, con un miedo  
que todos le señalan con el dedo.

Si bien esto los nuestros lo miraran  
y al temor con esfuerzo resistieran,  
sus haciendas y casas sustentaran  
y en la justa demanda fenecieran;  
de mil desabrimientos no gustaran  
ni al terrero del vulgo se pusieran;  
del vulgo, que jamás dice lo bueno,  
ni en decir los defetos tiene freno.

Pero de un bando y de otro contemplada  
la diferencia en número de gentes,  
la ciudad sin reparos descercada,  
con otra infinidad de inconvenientes,  
y el ver puestas al filo de la espada  
las gargantas de tantos inocentes,  
niños, mujeres, vírgines sin culpa,  
será bastante y lícita disculpa.

Si no es disculpa y causa lo que digo,  
se puede atribuir este suceso  
a que fue del Señor justo castigo,  
visto de su soberbia el gran exceso,  
permitiendo que el bárbaro enemigo,  
aquel que fue su súbdito y opreso,  
los eche de su tierra y posesiones  
y les ponga el honor en opiniones.

Bien que en la Concepción copia de gente  
estaba a la sazón, pero gran parte  
de barba blanca y arrugada frente,  
inútil en la dura y bélica arte,  
y poca de la edad más suficiente  
a resistir el gran rigor de Marte  
y a la parcial Fortuna, que se muestra  
en todos los sucesos ya siniestra.

¿Quién podrá con el bando lautarino,  
viendo que su opinión tanto crecía  
y la fortuna próspera el camino  
en nuestro daño y su provecho abría?  
No piensa reparar hasta el divino  
cielo y arruinar su monarquía,  
haciendo aquellos bárbaros bizarros  
grandes fieros, bravezas y desgarros.  
Pues al pueblo de Penco desolado  
y de la fiera llama consumido  
dije cómo a gran priesa había llegado  
un indio mensajero conocido

que por Caupolicán era enviado;  
y habiendo de su parte encarecido  
la gran batalla, digna de memoria,  
las gracias les rindió de la vitoria.

Dijo también, sin alargar razones,  
que el General mandaba que partiese  
Lautaro con los prestos escuadrones  
y en el valle de Arauco se metiese,  
donde el Senado y junta de varones  
tratasen lo que más les conviniese,  
pues en fértil valle hay aparejo  
para la junta y general consejo.  
En oyendo Lautaro aquel mandato  
levanta el campo, sin parar camina,  
deja gran tierra atrás, y en poco rato  
al monte andalicano se avvicina;  
y por llegar de súbito rebato  
el camino torció por la marina,  
ganosos de burlar al bando amigo,  
tomando el nombre y voz del enemigo.

Tanto marchó, que al asomar del día  
dio sobre las escuadras de repente  
con una baraúnda y vocería  
que puso en arma y alteró la gente;  
mas vuelto el alboroto en alegría,  
conocida la burla claramente  
los unos y los otros sin firmarse,  
sueitas las armas, corren abrazarse.  
Caupolicán, alegre, humano y grave  
los recibe, abrazando al buen Lautaro  
y con regalo y plática suave  
le da prendas y honor de hermano caro;  
la gente, que de gozo en sí no cabe,  
por la ribera de un arroyo claro  
en juntas y corrillos derramada,  
celebran de beber la fiesta usada.

Algún tiempo pasaron después desto  
antes que el gran Senado fuese junto,  
tratando en su jornada y presupuesto  
desde el principio al fin sin faltar punto;  
pero al término justo y plazo puesto  
llegó la demás gente y todo a punto,  
los principales hombres de la tierra  
entraron en consulta a uso de guerra.  
Llevaba el General aquel vestido  
con que Valdivia ante él fue presentado:  
era de verde y púrpura tejido,  
con rica plata y oro recamado,  
un peto fuerte, en buena guerra habido,  
de fina pasta y temple relevado,  
la celada de claro y limpio acero,  
y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los capitanes señalados  
a la española usanza se vestían;  
la gente del común y los soldados  
se visten del despojo que traían;  
calzas, jubones, cueros desgarrados,  
en gran estima y precio se tenían;  
por inútil y bajo se juzgaba  
el que español despojo no llevaba.

A manera de triunfos, ordenaron  
el venir a la junta así vestidos  
y en el consejo, como digo, entraron  
ciento y treinta caciques escogidos;  
por su costumbre antigua se sentaron,  
según que por la espada eran tenidos;  
estando en gran silencio el pueblo ufano,  
así soltó la voz Caupolicano:

«Bien entendido tengo yo, varones,  
para que nuestra fama se acreciente,  
que no es menester fuerza de razones,  
mas sólo el apuntarlo brevemente  
que, según vuestros fuertes corazones,  
entrar la España pienso fácilmente  
y al gran Emperador, invicto Carlo,  
al dominio araucano sujetarlo.  
Los españoles vemos que ya entienden  
el peso de las mazas barreadas  
pues ni en campo ni en muro nos atienden.  
Sabemos cómo cortan sus espadas  
y cuán poco las mallas los defienden  
del corte de las hachas aceradas;  
si sus picas son largas y fornidas,  
con las vuestras han sido ya medidas.

De vuestro intento asegurarme quiero  
pues estoy del valor tan satisfecho,  
que gruesos muros de templado acero  
allanaréis, poniéndoles el pecho;  
con esta confianza, el delantero  
seguiré vuestro bando y el derecho  
que tenéis de ganar la fuerte España  
y conquistar del mundo la campaña.  
La deidad desta gente entenderemos  
y si del alto cielo cristalino  
deciende, como dicen, abriremos  
a puro hierro anchísimo camino;  
su género y linaje asolaremos,  
que no bastará ejército divino  
ni divino poder, esfuerzo y arte  
si todos nos hacemos a una parte.

En fin, fuertes guerreros, como digo,  
no puede mi intención más declararse;  
aquel que me quisiere por amigo  
a tiempo está que puede señalarse.  
Ténganme desde aquí por enemigo  
el que quisiere a paces arrimarse».  
Aquí dio fin, y su intención propuesta,  
esperaba sereno la respuesta.  
Ceja no se movió y aun el aliento  
apenas al espíritu halló vía  
mientras duró el soberbio parlamento  
que el gran Caupolicano les hacía.  
Hubo en el responder el cumplimiento  
y cerimonia usada en cortesía;  
a Lautaro tocaba, y escusado,  
Lincoya así responde levantado:

«Señor: Yo no me he visto tan gozoso  
después que en este triste mundo vivo,  
como en ver manifiesto el valeroso  
ánimo dese invicto pecho altivo

y así, por pensamiento tan glorioso,  
me ofrezco por tu siervo y tu captivo,  
que no quiero ser rey del cielo y tierra  
si hubiese de acabarse aquí la guerra.

Y en testimonio desto yo te juro  
de te seguir y acompañar de hecho,  
ni por áspero caso, adverso y duro  
a la patria volver jamás el pecho;  
desto puedes, señor, estar seguro  
y todo faltará y será deshecho  
antes que la palabra acreditada  
de un hombre como yo por prenda dada».

Así dijo; y tras él, aunque rogado,  
el buen Peteguelén, curaca anciano,  
de condición muy áspera enojado  
pero afable en la paz, dócil y humano;  
viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,  
señor de aquel hermoso y fértil llano,  
con espaciosa voz y grave gesto  
propuso en sus razones sabias esto:

«Fuerte varón y capitán perfeto,  
no dejaré de ser el delantero  
a probar la fineza deste peto  
y si mi hacha rompe el fino acero;  
mas, como quien lo entiende, te prometo  
que falta por hacer mucho primero  
que salgan españoles desta tierra,  
cuanto más ir a España a mover guerra.

Bien será que, señor, nos contentemos  
con lo que nos dejaron los pasados  
y a nuestros enemigos desterramos  
que están en lo más dello apoderados;  
después por el suceso entenderemos  
mejor el disponer de nuestros hados.  
Esto a mí me parece y quién quisiere  
proponga otra razón, si mejor fuere».

Callando este cacique, se adelanta  
Tucapelo, de cólera encendido,  
y sin respeto así la voz levanta  
con un tono soberbio y atrevido  
diciendo: «A mí la España no me espanta  
y no quiero por hombre ser tenido  
si solo no arruino a los cristianos  
ahora sean divinos, ahora humanos.

Pues lanzarlos de Chile y destruirlos  
no será para mí bastante guerra  
que pienso, si me esperan, confundirlos  
en el profundo centro de la tierra;  
y si huyen, mi maza ha de seguirlos,  
que es la que deste mundo los destierra;  
por eso no nos ponga nadie miedo  
que aun no haré en hacerlo lo que puedo.

Y por mi diestro brazo os aseguro,  
si la maza dos años me sustenta,  
a despecho del cielo, a hierro puro,  
de dar desto descargo y buena cuenta  
y no dejar de España enhiesto muro  
y aun el ánimo a más se me acrecienta,

que después que allanare el ancho suelo,  
a guerra incitaré al supremo cielo.

Que no son hados, es pura flaqueza  
la que nos pone estorbos y embarazos;  
pensar que haya fortuna es gran simpleza:  
la fortuna es la fuerza de los brazos.  
La máquina del ciclo y fortaleza  
vendrá primero abajo hecha pedazos  
que Tucapel en esta y otra empresa  
falte un mínimo punto en su promesa».

Peteguelén, la vieja sangre fría  
se le encendió de rabia, y levantado  
le dice: «¡Oh arrogante!, ¡la osadía  
sin discreción jamás fue de esforzado...»  
Pero Caupolicán, que conocía  
del viejo a tiempo el ánimo arrojado,  
con discreción le ataja las razones  
haciendo proponer a otros varones.

Purén se ofrece allí y Angol se ofrece  
no con menor braveza y desatiento;  
Ongolomo no quedó, según parece,  
de mostrar su soberbio pensamiento;  
del uno en otro multiplica y crece  
el número en el mismo ofrecimiento.  
Colocolo, que atento estaba a todo,  
sacó la voz, diciendo de este modo:

«La verde edad os lleva a ser furiosos,  
¡oh hijos!, y nosotros los ancianos  
no somos en el mundo provechosos  
más de para decir consejos sanos,  
que no nos ciegan humos vaporosos  
del juvenil hervor y años lozanos;  
y así como más libres, entendemos  
lo que siendo mancebos no podemos.

Vosotros, capitanes esforzados,  
de sola una vitoria envanecidos,  
estáis de tal manera levantados  
que os parecen ya pocos los nacidos.  
Templad, templad los pechos alterados  
y esos vanos esfuerzos mal regidos;  
no hagáis de españoles tal desprecio  
que no venden sus vidas a mal precio.

Si dos veces por dicha los vencistes,  
mirad cuando primero aquí vinieron  
que resistir sus fuerzas no pudistes  
pues más de cinco veces os vencieron.  
En el licúreo campo ya lo vistes  
lo que solos catorce allí hicieron;  
no será poco hecho y buen partido  
cobrar la tierra y crédito perdido.

Debemos procurar con seso y arte  
redemir nuestra patria y libertarnos  
dando vuestras bravezas menos parte,  
pues más pueden dañar que aprovecharnos.  
¡Oh hijo de Leocán!, quiero avisarte,  
si quieres como sabio gobernarnos,  
que temples esta furia y con maduro  
seso pongas remedio en lo futuro.

El consejo más sano y conveniente  
es que, el campo en tres bandas repartido,  
a un tiempo, aunque por parte diferente,  
dé sobre el Cautén, pueblo aborrecido;  
bien que esté en su defensa buena gente,  
es poca; y este asiento destruido,  
Valdivia de allanar fácil sería  
pues no alcanza arcabuz ni artillería.

Sólo a mí Santiago me da pena  
pero modo a su tiempo buscaremos  
para poderla entrar y La Serena  
fácilmente después la allanaremos.  
Aunque sujeto a lo que el hado ordena,  
es el mejor camino que tenemos».   
Acabando con esto el sabio viejo,  
a muchos pareció bien su consejo.

Tras éste, otro curaca hechicero  
de la vejez decrépita impedido  
(Puchecalco se llama el agorero  
por sabio en los pronósticos tenido),  
con profundo suspiro, íntimo y fiero  
comienza así a decir entristecido:  
«Al negro Eponamón doy por testigo  
de lo que siempre he dicho y ahora digo:

por un término breve se os concede  
la libertad y habéis lo más gozado;  
mudarse esta sentencia ya no puede  
que está por las estrellas ordenado  
y que Fortuna en vuestro daño ruende;  
mirad que os llama ya el preciso hado  
a dura sujeción y trances fuertes:  
repárense a lo menos tantas muertes.

El aire de señales anda lleno,  
y las noturnas aves van turbando  
con sordo vuelo el claro día sereno,  
mil prodigios funestos anunciando;  
las plantas con sobrado humor terreno  
se van, sin producir fruto, secando;  
las estrellas, la luna, el sol lo afirman,  
cien mil agujeros tristes lo confirman.

Mírolo todo y todo contemplando,  
no sé en qué pueda yo esperar consuelo,  
que de su espada el Orión armado  
con gran ruina ya amenaza el suelo;  
Júpiter se ha al ocaso retirado;  
sólo Marte sangriento posee el cielo  
que, denotando la futura guerra,  
enciende un fuego bélico en la tierra.

Ya la furiosa Muerte irreparable  
viene a nosotros con airada diestra  
y la amiga Fortuna favorable  
con diferente rostro se nos muestra;  
y Eponamón horrendo y espantable,  
envuelto en la caliente sangre nuestra,  
la corva garra tiende, el cerro yerto,  
llevándonos al no sabido puerto».

Tucapel, que de rabia reventando

estaba oyendo al viejo, más no atiende,  
que dice: «Yo veré si adivinando,  
de mi maza este necio se defiende».  
Diciendo esto y la maza levantando,  
la derriba sobre él y así lo tiende,  
que jamás midió curso de planeta,  
ni fue más adivino ni profeta.

Quedóle desto el brazo tan sabroso  
según la muestra, que movido estuvo  
de dar tras el senado religioso,  
y no sé la razón que lo detuvo.  
Caupolicán, atónito y rabioso,  
transportada la mente un rato estuvo,  
mas vuelto en sí, con voz horrible y fiera  
gritaba: «¡Capitanes!: ¡muera!, ¡muera!»

No le dio tanto gusto a aquella gente  
lo que Caupolicano le decía,  
cuanto al soberbio bárbaro impaciente  
viendo que ocasión tal se le ofrecía;  
era alto el tribunal, pero el valiente  
los hace saltar dél tan a porfía,  
que ciento y treinta que eran, en un punto  
saltan los ciento, y él tras ellos junto.

Los que en el alto tribunal quedaron  
son los en esta historia señalados,  
que jamás de su asiento se mudaron  
de donde lo miraban sosegados;  
que de ver uno solo no curaron  
mostrarse por tan poco alborotados,  
aunque los que saltaron de tan alto  
en menos estimaron aquel salto.  
Cubierto Tucapel de fina malla  
saltó como un ligero y suelto pardo  
en medio de la tímida canalla;  
haciendo plaza el bárbaro gallardo,  
con silbos, grita, en desigual batalla,  
con piedra, palo, flecha, lanza y dardo  
le persigue la gente de manera  
como si fuera toro o brava fiera.

Según suele jugar por gran destreza  
el liviano montante un buen maestro,  
hiriendo con estraña ligereza  
delante, atrás, a diestro y a siniestro,  
con más desenvoltura y más presteza  
mostrándose en los golpes fuerte y diestro,  
el fiero Tucapel en la pelea  
con la pesada maza se rodea.

De tullir y mancar no se contenta,  
ni para contentarse esto le basta;  
sólo de aquellos tristes hace cuenta  
que su maza los hace torta o pasta.  
Rompe, magulla, muele y atormenta,  
desgobierna, destroza, estropia y gasta;  
tiros llueven sobre él arrojados  
cual tempestad furiosa de granizos.

Pero sin miedo el bárbaro sangriento  
por las espesas armas discurría;  
brazos, cabezas, y ánimos sin cuento

soberbios quebrantó en solo aquel día  
y cual menuda lluvia por el viento  
la sangre y frescos sesos esparcía  
no discierne al pariente del estraño,  
haciéndolos iguales en el daño.

Las armas eran sólo en defenderle  
de la canalla bárbara araucana  
que en montón trabajaba de ofenderle,  
mas el temor la ofensa hacía liviana.  
Era cierto, admirable cosa verle  
saltar y acometer con furia insana  
desmembrando la gente, sin poderse  
de su maza y presteza defenderse.

Caupolicán del caso no pensado  
en tal furor y cólera se enciende,  
que estaba de bajar determinado  
aunque su gravedad se lo defiende;  
pero Lautaro, alegre y admirado,  
miraba cómo solo así contiene  
un hombre contra tanto barbarismo,  
incrédulo y dudoso de sí mismo.

Y en esto al General, con el debido  
respeto y ojos bajos en el suelo,  
le dice: «Una merced, señor, te pido,  
si algo merecen mi intención y celo,  
y es que el gran desacato cometido  
perdone francamente a Tucapelo;  
pues ha mostrado en campo claramente  
valer él más que toda aquella gente».

Perplejo el General estaba en duda  
pero mirando al fin quién lo pedía,  
luego el ejecutivo intento muda,  
y con el rostro alegre respondía:  
«El ha tenido en vos bastante ayuda  
por la cual le perdono», y más decía  
que fuese a las escuadras y mandase  
que el combatirle más luego cesase.

Baja Lautaro al campo y prestamente  
el rico cuerno a retirar tocaba,  
al són del cual se recogió la gente,  
que recogerse a nadie le pesaba;  
sólo lo siente el bárbaro valiente,  
que satisfecho a su labor no estaba  
y volviendo a Lautaro el fiero gesto,  
en alta y libre voz le dijo aquesto:

«¿Cómo, buen capitán, has estorbado,  
el tomar desta vil canalla emienda  
y verme destes rústicos vengado  
para que mi valor mejor se entienda?»  
Lautaro le responde: «Es escusado  
quien viniere contigo a la contienda  
que se pueda valer contra tu diestra,  
según que dello has dado aquí la muestra.

»Comigo puedes ir, que te aseguro  
que ningún daño y mal te sobrevenga».  
Tucapel le responde: «Yo te juro  
que un paso ese temor no me detenga.  
Mi maza es la que a mí me da el seguro;

lo demás como quiera vaya y venga,  
que el miedo es de los niños y mujeres.  
¡Sús, alto! vamos luego a do quisieres».

Juntos los dos al tribunal llegando,  
Tucapel, de Lautaro adelantado,  
subió por la escalera no mostrando  
punto de alteración por lo pasado;  
el sagaz General, disimulando,  
con graciosa apariencia le ha tratado  
y de la rota plática el estilo  
Lautaro, así diciendo, añudó el hilo:

«Invicto capitán, yo he estado atento  
a lo que estos varones han propuesto,  
y no sé figurarte el gran contento  
que me da ver su esfuerzo manifiesto.  
Si de servirte tengo sano intento,  
mis obras por las tuyas dirán esto  
pues para ser del todo agradecidas,  
será poco perder por ti mil vidas.

Estos fuertes guerreros ayudarte  
quieren a restaurar la propia tierra,  
porque en ello les va también su parte  
y por el vicio grande de la guerra;  
no puedo yo dejar de aconsejarte  
aunque todo el consejo en ti se encierra,  
aquello que mejor me pareciere  
y más bien al bien público viniere.

Es mi voto que debes atenerte  
al consejo, con término discreto,  
del sabio Colocolo, que por suerte  
le cupo ser en todo tan perfeto;  
así que, gran señor, sin detenerte  
cumple que esto se ponga por efeto  
antes que los cristianos se aperciban  
porque más flacamente nos reciban.

Y pues que Mapochó sólo es temido  
después que lo demás esté allanado,  
por el potente Eponamón te pido  
que el cargo de asolarle me sea dado;  
la tierra palmo a palmo la he medido,  
con españoles siempre he militado,  
entiendo sus astucias e invenciones,  
el modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

Quinientos araucanos solamente  
quiero para la empresa que yo digo  
escogidos en toda nuestra gente:  
un soldado de más no ha de ir conmigo.  
Aquí lo digo, estando tú presente  
y estos sabios caciques: que me obligo  
de darte la ciudad puesta en las manos  
con cien cabezas nobles de cristianos».

Aquí se cerró el bárbaro orgulloso,  
y gran rato sobre ello platicaron;  
pareciéndoles modo provechoso,  
todos en este acuerdo concordaron;  
después do estaba el pueblo deseoso  
de saber novedades, se bajaron,  
donde lo difinido y decretado

con general pregón fue declarado.

Estuvieron allí catorce días  
en grande regocijo y mucha fiesta,  
ocupados en juegos y alegrías,  
y en quién más veces bebe sobre apuesta.  
Después contra los pueblos del Mesías,  
la alborozada gente en orden puesta,  
marcha Caupolicán con la vanguardia,  
quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el ejército furioso  
de la Imperial, fundada en sitio fuerte,  
donde el fiero enemigo vitorioso  
la pensaba entregar presto a la muerte;  
mas el Eterno Padre poderoso  
lo dispone y ordena de otra suerte,  
dilatando el azote merecido,  
como veréis, prestando atento oído.

## Canto IX

*Llegan los araucanos a tres leguas de la imperial con grueso ejército. No ha efeto su intención por permisión divina. Dan vuelta a sus tierras adonde les vino nueva que los españoles estaban en el asiento de penco reedificando la ciudad de la concepción. Vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.*

Si los hombres no veen milagros tantos  
como se vieron en la edad pasada  
es causa haber agora pocos santos  
y estar la ley cristiana autorizada;  
y así de cualquier cosa hacen espantos  
que sobre el natural uso es obrada  
y no sólo al Autor no dan creencia  
mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle  
por su costumbre y tiempo convalece;  
si al bajo miserable levantarle  
por modos ordinarios le engrandece;  
si al soberbio hinchado derribarle  
por naturales términos se ofrece:  
de suerte que las cosas desta vida  
van por su natural curso y medida.

Por do vemos que Dios quiere y procura  
hacer su voluntad naturalmente,  
sirviendo de instrumento la natura  
sobre la cual Él sólo es el potente;  
y así los que creyeron por fe pura  
merecen más que si palpablemente  
viesen lo que después de ya visible,  
sacarlos de que fue sería imposible.

En contar una cosa estoy dudoso  
que soy de poner dudas enemigo,  
y es un estraño caso milagroso  
que fue todo un ejército testigo;  
aunque yo soy en esto escrupuloso  
por lo que dello arriba, Señor, digo,  
no dejaré en efeto de contarlo  
pues los indios no dejan de afirmarlo.

Y manifiesto vemos hoy en día  
que, porque la ley sacra se estendiese  
nuestro Dios los milagros permitía  
y que el natural orden se excediese;  
presumirse podrá por esta vía  
que para que a la fe se redujese  
la bárbara costumbre y ciega gente  
usase de milagros claramente.

Yo dije que el ejército araucano  
de la Imperial tres leguas se alojaba  
en un dispuesto asiento y campo llano  
y que Caupolicán determinaba  
entrar el pueblo con armada mano;  
también cómo el castigo dilatava  
Dios a su pueblo ingrato y sin emienda  
usando de clemencia y larga rienda.

Estaba la Imperial desbastecida,  
de armas, de munición y vitualla;  
bien que la gente della era escogida

pero muy poca para dar batalla;  
fuera por los cimientos destruida,  
cualquier fuerza bastara arruinalla,  
y persona de dentro no escapara,  
si a vista el pueblo bárbaro llegara.

Cuando el campo de allí quería mudarse,  
que ya la trompa a caminar tocaba,  
súbito comenzó el aire a turbarse,  
y de prodigios tristes se espesaba  
nubes con nubes vienen a cerrarse,  
turbulento rumor se levantaba,  
que con airados ímpetus violentos  
mostraban su furor los cuatro vientos.

Agua recia, granizo, piedra espesa  
las intrincadas nubes despedían;  
rayos, truenos, relámpagos apriesa  
rompen los cielos y la tierra abrían;  
hacen los vientos ásperos represa  
que en su entera violencia competían;  
cuanto topa arrebatada el torbellino,  
alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual a todos atormenta;  
no hay corazón, no hay ánimo así entero  
que en tanta confusión, furia y tormenta  
no temblase, aunque más fuese de acero;  
en esto Eponamón se les presenta  
en forma de un dragón horrible y fiero  
con enroscada cola envuelta en fuego  
y en ronca y torpe voz les habló luego

diciéndoles que apriesa caminasen  
sobre el pueblo español amedrentado,  
que por cualquiera banda que llegasen  
con gran facilidad sería tomado,  
y que al cuchillo y fuego la entregasen  
sin dejar hombre a vida y muro alzado.  
Esto dicho, que todos lo entendieron,  
en humo se deshizo y no lo vieron.

Al punto los confusos elementos  
fueron sus movimientos aplacando,  
y los desenfrenados cuatro vientos  
se van a sus cavernas retirando;  
las nubes se retraen a sus asientos  
el cielo y claro sol desocupando;  
sólo el miedo en el pecho más osado  
no dejó su lugar desocupado.

La tempestad cesó y el raso cielo  
vistió el húmido campo de alegría,  
cuando con claro y presuroso vuelo  
en una nube una mujer venía  
cubierta de un hermoso y limpio velo  
con tanto resplandor, que al mediodía  
la claridad del sol delante della  
es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada  
a todos confortó con su venida;  
venía de un viejo cano acompañada,  
al parecer de grave y santa vida.  
Con una blanda voz y delicada

les dice: «¿A dónde andáis, gente perdida?  
Volved, volved el paso a vuestra tierra,  
no vais a la Imperial a mover guerra.

Que Dios quiere ayudar a sus cristianos  
y darles sobre vos mando y potencia  
pues ingratos, rebeldes, inhumanos  
así le habéis negado la obediencia.  
Mirad, no vais allá, porque en sus manos  
pondrá Dios el cuchillo y la sentencia».   
Diciendo esto y dejando el bajo suelo,  
por el aire espacioso subió al cielo.

Los araucanos la visión gloriosa  
de aquel velo blanquísimo cubierta  
siguen con vista fija y codiciosa,  
casi sin alentar, la boca abierta.  
Ya que desapareció, fue estraña cosa,  
que, como quien atónito despierta,  
los unos a los otros se miraban  
y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazón y pensamiento  
sin esperar mandato ni otro ruego,  
como si solo aquel fuera su intento  
el camino de Arauco toman luego.  
Van sin orden, ligeros como el viento,  
páreces que de un sensible fuego  
por detrás las espaldas se encendían  
y así con mayor ímpetu corrían.

Heme, Señor, de muchos informado  
porque con más autoridad se cuenta:  
a veintitrés de abril, que hoy es mediado,  
hará cuatro años cierta y justamente  
que el caso milagroso aquí contado  
aconteció, un ejército presente,  
el año de quinientos y cincuenta  
y cuatro sobre mil por cierta cuenta.

Va la verdad, en suma, declarada  
según que de los bárbaros se sabe,  
y no de fingimientos adornada,  
que es cosa que en materia tal no cabe;  
tiene ellos por cosa averiguada  
(que no es en prueba desto poco grave)  
que por esta visión hubo en dos años  
hambres, dolencias, muertes y otros daños.

Que la mar reprimiendo sus vapores,  
faltó la agua y vertientes de la sierra,  
talando el sol en tierna edad las flores,  
ayudado del fuego de la guerra.  
Como creció la seca y las calores  
por falta de humedad la árida tierra  
rompió banco y alzóse con los frutos,  
dejando de acudir con sus tributos.

Causó que una maldad se introdujese  
en el distrito y término araucano,  
y fue que carne humana se comiese,  
inorme introducción, caso inhumano,  
y en parricidio error se convirtiese  
el hermano en sustancia del hermano;  
tal madre hubo que al hijo muy querido

al vientre le volvió do había salido.

Digo, pues, que los bárbaros llegando  
al valle de Purén, paterno suelo,  
las armas por entonces arrimando,  
dieron lugar al tempestuoso cielo.  
En este tiempo, en estas partes, cuando  
el encogido invierno con su hielo  
del todo apoderándose en la tierra,  
pone punto al discurso de la guerra,

espárcese y derrámase la gente,  
dejan el campo y buscan los poblados,  
cesa el fiero ejercicio comúnmente,  
la tierra cubren húmidos ñublados;  
mas cuando enciende a Scorpio el sol ardiente  
y la frígida nieve los collados  
sacuden de sus cimas levantadas  
ya de la nueva yerba coronadas;

en este tiempo el bullicioso Marte  
saca su carro con horrible estruendo  
y ardiendo en ira belicosa, parte  
por el dispuesto Arauco discurriendo.  
Hace temblar la tierra a cada parte  
los ferrados caballos impeliendo  
y en la diestra el sangriento hierro agudo,  
bate con la siniestra el fuerte escudo.

Luego a furor movidos los guerreros  
toman las armas, dejan el reposo;  
acuden los remotos forasteros  
al cebo de la guerra codicioso.  
De los hierros renuevan los aceros,  
tiemplan la cuerda al arco vigoroso,  
el peso de las mazas acrecientan  
y el duro fresno de las astas tientan.

La gente andaba ya desta manera  
con el són de las armas y bullicio,  
que codiciosa comenzar espera  
el deseado bélico ejercicio;  
juntáronse a la usada borrachera  
(orden antigua y detestable vicio)  
la más ilustre gente y señalada  
a dar difinición en la jornada.

Tratando en general concilio estaban  
del bien y aumentación de aquel Estado,  
cuando cuatro soldados arribaban  
con triste muestra y paso apresurado,  
haciéndoles saber como ya andaban  
en el sitio de Penco arruinado  
cantidad de españoles trabajando,  
un grueso y fuerte muro levantando,

diciéndoles: «Venimos, ¡oh guerreros!,  
de parte de los pueblos comarcanos  
con facultad bastante a prometeros,  
si desterráis de nuevo a los cristianos,  
que pagarán con suma de dineros  
el trabajo y labor de vuestras manos;  
y no habiendo el efeto deseado,  
la tercia parte hayáis de lo asentado.

Viendo el poco reparo y resistencia  
que sin vuestro favor todos tenemos,  
les dimos llanamente la obediencia  
que en el tiempo infelice dar solemos;  
no fue por opresión, no fue violencia  
pues, aunque desdichados, entendemos  
cuán breve es el suspiro de la muerte  
que pone fin y límite a la suerte;  
mas, porque estando Arauco tan vecino  
y fija en su favor la instable rueda,  
la paz nos pareció mejor camino  
para que remediar todo se pueda;  
ya que lo estrague el áspero destino,  
tiempo para morir después nos queda,  
pues no estarán los brazos tan cansados  
que no puedan abrir nuestros costados.

Y pues os es patente y manifiesta  
la embajada y gran priesa que traemos  
en ella hora tratada, que la respuesta  
con la resolución esperaremos.  
Brevedad os pedimos, que con ésta  
podrá ser que sin riesgo derribemos  
la soberbia española y confianza,  
antes que les dé esfuerzo la tardanza».

No se puede decir el gran contento  
que les dio a los caciques la embajada;  
de todos desde allí en el pensamiento  
antes que se acabase fue acetada;  
pero tuvieron freno y sufrimiento  
que la primera voz estaba dada  
al hijo de Leocán, que consultado  
así responde en nombre del senado:

«Estamos con razón maravillados  
de lo que en este caso hemos oído;  
¿y es verdad que hay cristianos tan osados  
que quieren con nosotros más ruido?  
Sús, Sús, que estos varones esforzados  
acetan la promesa y el partido;  
no dando entero fin a la jornada,  
del trabajo no quieren llevar nada.

Bien os podéis volver luego con esto  
que sin duda en efeto lo pondremos,  
y sobre los cristianos, lo más presto  
que se pueda dar orden, llegaremos;  
donde se mostrará bien manifiesto  
lo poco en que nosotros los tenemos  
pero habéis de advertir con sabio modo  
que aviso se nos dé siempre de todo».

Muy alegres los cuatro se partieron  
por llevar tal respuesta, y caminando  
en breve a sus señores se volvieron,  
que estaban por momentos aguardando;  
y visto el buen despacho que trujeron,  
el contento y traición disimulando,  
sufrían con discreción las vejaciones,  
encubriendo las falsas intenciones.

Domésticos se muestran en el trato,  
nadie toma la causa y la defiende,

conociendo que el medio más barato  
del araucano ejército depende;  
y con doble y solícito contrato  
la esperada venganza se pretende  
debajo de humildad y gran secreto  
para que su intención viniese a efecto.

De nuestra gente y pueblo destrozado  
gran descuido en hablar he yo tenido;  
mas, como es en el mundo acostumbrado  
desamparar la parte del vencido,  
así yo tras el bando afortunado  
he llevado camino tan seguido,  
y si aquí la ocasión no me avisara,  
jamás pienso que della me acordara.

Conté de la ciudad la despoblada  
y de sus ciudadanos el camino;  
púselos en el fin de la jornada,  
do forzoso dejarlos me convino;  
pues volviendo a la historia comenzada  
y al duro proceder de su destino,  
estuvieron el tiempo en Santiago  
que yo dellos mención aquí no hago.

Retirados allí se reformaron  
de todo el aparato conveniente  
donde por los más votos acordaron  
reedificar a Penco nuevamente.  
Con gran trabajo y gasto levantaron  
pequeña copia y número de gente.  
Afirmar la ocasión desto no puedo,  
si fue la poca paga o mucho miedo.

Al yermo Penco herboso habían llegado,  
y un sitio que en mitad del pueblo había  
le tenían de tapión fortificado  
que en recogido cuadro le ceñía,  
de dos fuertes bastiones abrigado,  
que cada uno dos frentes descubría,  
y a cada frente asiste una bombardas  
que con maciza bala el paso guarda.

La gente comarcana con fingida  
muestra la paz malvada aseguraba,  
esperando la ayuda prometida  
que a cencerros tapados caminaba;  
pero no fue secreta esta partida  
pues entre los cristianos se trataba  
que el valiente Lautaro había pasado  
las lomas con ejército formado.

Suénase que Purén allí venía,  
Tomé, Pillolco, Angol y Cayeguano,  
Tucapel, que con orgullo y bizarría  
no le igualaba bárbaro araucano;  
Ongolmo, Lemolemo y Lebopía,  
Caniomangue, Elicura, Mareguano  
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,  
Chilcano, Leucotón y Mareande.

Todos estos varones señalados  
fueron para esta guerra apercebidos,  
con otros dos mil pláticos soldados  
en el copioso ejército escogidos.

Venían de fuertes petos arreados,  
gruesas picas de hierros muy fornidos,  
ferradas mazas, hachas aceradas,  
armas arrojadizas y enastadas.

Desta manera el escuadrón camina  
en la callada noche y sombra oscura  
debajo del gobierno y disciplina  
del cuidadoso Lautaro, que procura  
llegar cuando la estrella matutina  
alegra el mustio campo y la verdura,  
antes que por aviso y doble trato  
de su venida hubiese algún recato.

Pero los españoles, de un amigo  
bárbaro que con ellos contrataba,  
saben cómo el ejército enemigo  
con riguroso intento se acercaba,  
pues avisados desto, como digo,  
y de cuanto en secreto se trataba,  
al trance se aparejan y batalla,  
requiriendo los fosos y muralla.

Era caudillo y capitán de España  
el noble montañés Juan de Alvarado  
hombre sagaz, solícito y de maña,  
de gran esfuerzo y discreción dotado;  
el cual con orden y presteza estraña  
del presente peligro recatado,  
sazón no pierde, tiempo y coyuntura,  
antes las prevenciones apresura.

Que al punto apercebidos los soldados,  
en su lugar cada uno dellos puesto,  
manda a nueve guerreros más cursados  
que salgan a correr la tierra presto  
y en la cerrada noche confiados  
llegan al campo bárbaro y en esto  
del callado escuadrón fueron sentidos,  
levantando terribles alaridos.

La grita, el sobresalto, los rumores,  
el súbito alboroto de la guerra,  
las sonoras trompas y atambores  
hacen gemir y estremecer la tierra;  
en esto los astutos corredores,  
atravesando una pequeña sierra,  
toman la vuelta por más corta vía,  
dando aviso a la amiga compañía.

Juan de Alvarado con ingenio y arte  
de la fuerza lo flaco fortifica,  
y en lo más necesario allí reparte  
gente del arcabuz y de la pica;  
proveído recaudo en toda parte,  
a recibir al araucano pica  
con la ligera escuadra de caballo,  
por no mostrar temor en esperallo.

La nueva claridad del día siguiente  
sobre el claro horizonte se mostraba,  
y el sol por el dorado y fresco oriente  
de rojo ya las nubes coloraba;  
a tal hora Alvarado con su gente  
del prevenido fuerte se alejaba

en busca de la escuadra lautarina  
que a más andar también se le avecina.

Los nuestros media legua aún no se habían  
de aquel su muro lejos alongado,  
cuando al calar de un monte descubría  
el araucano ejército ordenado.  
Allí las limpias armas relucían  
más que el claro cristal del sol tocado,  
cubiertas de altas plumas las celadas  
verdes, azules, blancas, encarnadas.

¿Quién pintaros podrá el contento cuando  
sienten los araucanos el ruido,  
que las diestras en alto levantando  
pusieron en el cielo un alarido?  
Mil instrumentos bárbaros tocando  
con grande orgullo y paso más tendido  
se vienen acercando a los de España,  
sonando en torno toda la campaña.

Quieren los españoles responderlos  
con el horrible són de armada mano;  
calan el monte a fin de acometerlos  
teniendo por mejor el sitio llano.  
Bajas las lanzas vienen a romperlos,  
pero la osada muestra salió en vano,  
que los bárbaros, ya diciplinados,  
del todo se cerraron apiñados.

Tan espesas las picas derribaron  
con pie y con rostro firme hacia delante,  
que no sólo el encuentro repararon  
pero a desbaratarlos fue bastante;  
los nuestros sin romper se retiraron  
y ellos gloriosos con furor pujante,  
por dar remate al venturoso lance  
siguen con pies ligeros el alcance.

Apretándolos iban reciamente,  
los nuestros resistiendo y peleando  
hasta el estrecho paso de una puente  
que allí Lautaro, al cuerno aliento dando,  
el araucano ejército obediente  
se va al són conocido reparando;  
del fuerte tanto estrecho esto sería  
cuanto tira un cañón de puntería.

Detúvose Lautaro con intento  
de esperar al caliente mediodía,  
porque de la mañana el fresco viento  
los caballos y gente alentaría.  
Reforma su escuadrón, haciendo asiento  
a vista de los nuestros, que a porfía  
se habían al sitio fuerte recogido,  
teniendo por mejor aquel partido.

Cuando el sol en el medio cielo estaba  
no declinando a parte un solo punto,  
y la aguda chicharra se entonaba  
con un desapacible contrapunto,  
el astuto Lautaro levantaba  
su campo en escuadrón cerrado y junto,  
con grande estruendo y paso concertado  
hacia el sitio español fortificado.

Con audacia, desdén y confianza  
Lautaro contra el fuerte caminaba;  
síguele atrás la gente en ordenanza  
y él con gracioso término arrastraba  
una larga, ñudosa y gruesa lanza  
que airoso poco a poco la terciaba  
y tanto por el cuento la blandía  
que juntar los extremos parecía.

Los pocos españoles salen fuera,  
que encerrados no quieren esperallos;  
de arcabuces delante una hilera,  
otra de picas luego y los caballos  
a los lados, y así desta manera  
con fiera muestra vienen a buscallos;  
llegados donde ya podían herirse  
los unos a los otros dejan irse.

Y de rencor intrínseco aguijados  
los movidos ejércitos venían;  
suenan los arcabuces asestados,  
del humo, fuego y polvo se cubrían;  
los corvos arcos con vigor flechados  
gran número de tiros despedían;  
vuelan nubadas de armas enastadas  
por los valientes brazos arrojadas.

Cuales contrarias aguas a toparse  
van con rauda corriente sonora  
que, resistiendo al tiempo del mezclarse,  
aquella más violenta y poderosa  
a la menos pujante sin pararse  
volverla contra el curso es cierta cosa,  
así a nuestro escuadrón forzosamente  
la arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava  
del número de gente y movimiento,  
al español el bárbaro llevaba  
como a liviana paja el recio viento.  
Entran sin orden, que ya rota andaba,  
todos mezclados en el fuerte asiento  
y dentro del cuadrado y ancho muro  
comienzan pie con pie un combate duro.

Algunos españoles castigados  
recogerse en la fuerza no quisieron,  
que eran de corazones congojados  
y de verse en estrecho rehuyeron;  
quieren el campo abierto, y por los lados  
del turbado montón se dividieron  
pero los de más ser, con mano osada,  
procuran amparar la plaza entrada.

Allí quieren morir o defenderse;  
la carrera más larga otros tomaron,  
que acordaron con tiempo guarecerse;  
otros a la marina se llegaron  
metiéndose en un barco, sin poderse  
sufrir, las corvas áncoras alzaron;  
satisfaciendo al miedo y bajo intento  
las velas con presteza dan al viento.

Quien en llegar es algo perezoso,

viendo levar el áncora a la nave,  
no duda en arrojarse al mar furioso  
teniendo aquel morir por menos grave.  
Quién antes no nadaba, de medroso  
las olas rompe agora y nadar sabe:  
mirad, pues, el temor a qué ha llegado,  
que viene a ser de miedo el hombre osado.

Los que están en la fuerza retraídos,  
como buenos guerreros se defienden;  
muertos quieren quedar y no vencidos  
que ya sólo un honrado fin pretenden;  
y con tal presupuesto embravecidos,  
sin esperanza de vivir ofenden,  
haciendo en los contrarios tal estrago  
que la plaza de sangre era ya lago.

Lautaro, gente y armas contrastando,  
en la fuerza el primero entrado había,  
y muerto a dos soldados en entrando  
que en suerte le cupieron aquel día.  
Lincoya iba hiriendo y derribando  
mas ¿quién podrá decir la bravería  
de Tucapel, que el cielo acometiera  
si hallara algún camino o escalera?

No entró el fuerte por puerta ni por puente,  
antes con desenvuelto y diestro salto  
libre el foso salvó ligeramente  
y estaba en un momento en lo más alto;  
no le pudo seguir por allí gente,  
él solo de aquel lado dio el asalto,  
mas como si de mil fuera guardado  
se arroja luego en medio del cercado.

Apenas puso el pie firme en la plaza,  
cuando el furioso bárbaro esgrimiendo  
la ejercitada, dura y gruesa maza,  
iba los enemigos esparciendo.  
No vale malla fina ni coraza  
y las celadas fuertes, no pudiendo  
sufrir los recios golpes que bajaban,  
machucando los sesos se abollaban.

Unos deja tullidos y contrechos,  
otros para en su vida lastimados;  
a quién hunde el pescuezo por los pechos,  
a quién rompe los lomos y costados  
cual si fueran de blanda cera hechos;  
magulla, muele y deja derrengados  
y en el mayor peligro osadamente  
se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra airada  
que había muerto a Torquín, mozo animoso;  
la maza alta y la vista en él clavada,  
rompe por el tropel de armas furioso.  
No sé cuál fue la espada señalada  
ni aquel brazo pujante y provechoso,  
que el mástil cercenó del araucano  
y dos dedos con él de la una mano.

Con el encendimiento que llevaba  
no sintió la herida de repente  
mas, cuando el brazo y golpe descargaba,

que los dedos y maza faltar siente,  
herida tigre hircana no es tan brava  
ni acosado león tan impaciente  
como el indio, que lleno de postema,  
del cielo, infierno, tierra y mar blasfema.

Sobre las puntas de los pies estriba  
y en ellas la persona más levanta  
el brazo cuanto puede atrás derriba  
y el trozo impele con violencia tanta  
que a Ortiz, que alta la espada sobre él iba,  
la celada y los cascos le quebranta,  
y del grave dolor desvanecido  
dio en el suelo de manos sin sentido.

El bárbaro, con esto no vengado,  
viene sobre él con furia acelerada,  
y con la diestra, aún no medrosa, airado,  
a Ortiz arrebató la aguda espada.  
Alzándole la cota por un lado,  
le atravesó de la una a la otra ijada  
y la alma del corpóreo alojamiento  
hizo el duro y forzoso apartamiento.

La espada a la siniestra el indio trueca,  
sintiéndose tullido de la diestra  
y del golpe primero otro derrueca,  
que también en herir era maestra.  
Como suele segar la paja seca  
el presto segador con mano diestra,  
así aquel Tucapel con fuerza brava  
brazos, piernas y cuello cercenaba.

Dejándose guiar por do la ira  
le llevaba furioso discurriendo,  
unos hiere, maltrata, otros retira,  
la espesa selva de astas deshaciendo.  
Acaso al Padre Lobo un golpe tira,  
que contra cuatro estaba combatiendo,  
el cual sin ver el fin de aquella guerra  
dio el alma a Dios y el cuerpo dio a la tierra.

El grave Leucotón, no menos fuerte,  
con el valor que el cielo le concede  
hiere, aturde, derriba y da la muerte,  
que nadie en fuerza y ánimo le excede.  
No sé cómo a escribirlo todo acierte,  
que mi cansada mano ya no puede  
por tanta confusión llevar la pluma  
y así reduce mucho a breve suma.

También Angol, soberbio y esforzado,  
su corvo y gran cuchillo en torno esgrime  
hiere al joven Diego Oro y del pesado  
golpe en la dura tierra el cuerpo imprime;  
pero en esta sazón Juan de Alvarado  
la furia de una punta le reprime,  
que al tiempo que el furioso alfanje alzaba  
por debajo del brazo le calaba.

No halló defensa la enemiga espada,  
lanzándose por parte descubierta,  
derecho al corazón hizo la entrada  
abriendo una sangrienta y ancha puerta.  
La cara antes del joven colorada

se vio de amarillez mustia cubierta,  
descoyuntóle el brazo un mortal hielo,  
batiendo el cuerpo helado el duro suelo.

El corpulento mozo Mareguano  
que airado a todas partes discurría,  
llegó al tiempo que Angol por diestra mano  
al riguroso hierro se rendía.  
Era su íntimo amigo y primo hermano,  
de estrecho trato antiguo y compañía,  
«Pues fue siempre en la vida igual la suerte,  
quiero, dijo, también que sea en la muerte».

Y contra el matador con repentina  
rabia que el pecho y venas le abrasaba,  
un macizo y fornido tronco empina,  
y con fuerza sobre él lo derribaba;  
mas, temiendo del golpe la ruina  
Alvarado, que el ojo alerta estaba,  
saca presto el caballo apercebido  
y en el suelo el troncón quedó metido.

Chilcán, Ongolmo, Cayeguán de un lado,  
Lepomande y Purén en compañía,  
habían así a los nuestros apretado  
que ganaron gran crédito aquel día.  
Tomé, Cayocupil, y el esforzado  
Pillolco, Caniomangue y Lebopía,  
Mareande, Elicura y Lemolemo  
de su valor mostraron el estremo.

En esto un rumor súbito se siente  
que los cóncavos cielos atronaba  
y era que la vitoria abiertamente  
por el bárbaro infiel se declaraba,  
y a la española destrozada gente  
el camino de Itata enderezaba  
desamparando el suelo desdichado  
de sangre y enemigos ocupado.

Del todo a toda furia comenzando  
iban los españoles la huida,  
siempre más el temor apresurando  
con agudas espuelas la corrida;  
sigue el alcance y valos aquejando  
la bárbara canalla embravecida,  
envuelta en una espesa polvoreda,  
matando al que por flojo atrás se queda.

Alvarado con ánimo y cordura  
los anima y esfuerza y no aprovecha;  
que la turbada gente en tal rotura  
huye la muerte y plaza tan estrecha.  
Cuál encamina al monte, y cuál procura  
de Mapocho la senda más derecha,  
y cuál y cuál constante todavía,  
animoso con Átropos porfía.

Éstos, honrosa muerte deseando,  
despreciaban la vida deshonrada,  
aquel forzoso punto dilatando  
con raro esfuerzo y valerosa espada;  
presto quedó la plaza sin un bando,  
de almas vacía y de cuerpos ocupada,  
que animosos los pocos que quedaban

a las armas y muerte se entregaban.

Unos por los costados caen abiertos,  
otros de parte a parte atravesados,  
otros, que de su sangre están cubiertos,  
se rinden a la muerte desangrados;  
al fin todos quedaron allí muertos,  
del riguroso hierro apedazados.  
Vamos tras los que agujian los caballos,  
que no haremos poco en alcanzallos.

Quién por camino incierto, quién por senda  
áspera, peligrosa y desusada  
bate al caballo y dale suelta rienda,  
que el miedo es grande y grande la jornada;  
el bárbaro escuadrón, con grita horrenda,  
por sierra, monte, llano y por cañada  
las espaldas los iba calentando,  
hiriendo, dando muerte y derribando.

Había de la comarca concurrido  
gente armada por uno y otro lado,  
que a la mira imparcial había asistido  
hasta ver el derecho declarado;  
en esto, alzando un súbito alarido,  
con el orgullo a vencedores dado,  
baja las armas hasta allí neutrales  
en daño de las señas imperiales.

Sale en el codicioso seguimiento  
de la española gente que corría  
con furia y ligereza más que el viento,  
sin hacerse uno a otro compañía;  
la mucha turbación y desatiento  
que a los nuestros el miedo les ponía,  
los lleva sin caminos, esparcidos  
por sierras, valles, montes, por ejidos.

Los que tienen caballos más ligeros  
¡oh cuán de corazón son envidiados!,  
¡qué poco se conocen compañeros  
de largo tiempo y amistad tratados!  
No aprovechan promesas de dineros  
ni de bienes allí representados.  
Tanto el miedo ocupado los había  
que lugar la codicia aun no tenía;  
antes los intereses despreciando  
se muestran allí poco codiciosos,  
tras las ricas celadas arrojando  
petos de fina plata embarazosos;  
y así de las promesas no curando,  
jugaban los talones presurosos:  
sólo las alas de Ícaro quisieran,  
aunque pasando el mar se derritieran.  
Juan y Hernando Alvarados la jornada  
con el valiente Ybarra apresuraban  
animando la gente desmayada,  
mas no por esto el paso moderaban;  
abren por la carrera embarazada,  
que ligeros caballos gobernaban  
y aunque con viva espuela los batían,  
alargarse de un indio no podían.

Delante largo trecho de la gente

a los tres les da caza y atormenta  
un espaldado bárbaro valiente,  
Rengo llamado, mozo de gran cuenta;  
éste solo los sigue osadamente  
y a voces con palabras los afrenta  
y los aprieta y corre a campo raso,  
sin poderle ganar un solo paso.  
«¡So! ¡So!», les va gritando: «¡Espera, espera!  
(que más en castellano no sabía),  
pero en su natural lengua primera  
atrevidas injurias les decía.  
Tres leguas los corrió desta manera,  
que jamás de las colas se partía  
por mucho que agujasen los rocines,  
llamándolos infames y ruines.

Llevaba una arma en alto levantada  
que no hay quien su fación y forma diga.  
Era una gruesa haya mal labrada  
de la grandeza y peso de una viga,  
de metal la cabeza barreada  
y esgrímela el garzón sin más fatiga  
que el presto esgrimidor suelto y liviano  
juega el fácil bastón con diestra mano.

Si alguna vez con el troncón pesado  
los caballos el bárbaro alcanzaba,  
era de fuerza el golpe tan cargado  
que casi derrengados los dejaba;  
así cada caballo escarmentado  
sin espuelas el curso apresuraba  
que jamás fue baqueta en la corrida  
como el bastón del bárbaro temida.

Aunque gran techo aquel follón se aleja  
del seguro montón y amigo bando,  
no por esto la dura empresa deja,  
antes más los persigue y va afrentando;  
con prestos pies y maza los aqueja,  
la nación española profazando  
en lenguaje araucano, que entendían  
los tres, que a más correr dél se desvían.

Veinte veces revuelven los cristianos  
dando sobre él con súbita presteza;  
a todos tres les da llenas las manos  
con su diabólica arma y ligereza.  
Entretanto llegaban los ufanos  
indios en el alcance sin pereza  
y volviendo los tres a su carrera,  
el bárbaro y bastón sobre ellos era.

No por áspero monte ni agria cuesta  
afloja el curso y animoso brío,  
antes cual correr suele sobre apuesta  
tras las fieras el puelche en desafío,  
los corre, aflige, aprieta y los molesta  
y a diez millas de alcance, por do un río  
el camino atraviesa al mar corriendo  
se fue en la húmida orilla deteniendo.

El bárbaro escuadrón parado había,  
solo el contumaz Rengo porfiando  
desistir de la empresa no quería,

aunque no vea persona de su bando;  
los tres lasos cristianos a porfía  
iban el ancho vado atravesando  
cuando Rengo cargó de una pesada  
piedra la presta honda dél usada.

El tronco en el suelo húmido fijado,  
rodea el brazo dos veces, despidiendo  
el tosco y gran guijarro así arrojado,  
que el monte retumbó del sordo estruendo.  
Las ninfas por lo más sesgo del vado  
las cristalinas aguas revolviendo  
sus doradas cabezas levantaron  
y a ver el caso atentas se pararon.

El importuno bárbaro no cesa  
ni afloja de la empresa que pretende,  
antes con silbos, grita y piedra espesa,  
en agua a más de la cinta, los ofende,  
y dándoles en esto mucho priesa,  
el beber los caballos les defiende  
diciendo: «¡Sús, salid, salid fuera,  
que yo os manterné campo en la ribera!»

Viendo Alvarado a Rengo así orgulloso  
de la soberbia tema ya impaciente,  
dice a los dos: «¡Oh caso vergonzoso,  
que a tres nos siga un indio solamente,  
y triunfe de nosotros vitorioso!  
No es bien que de españoles tal se cuente:  
volvamos y de aquí jamás pasemos  
si primero morir no le hacemos».

Así dijo, y las riendas revolviendo,  
segunda vez el vado atravesaban;  
de morir o matarle proponiendo,  
los cansados caballos agujaban;  
en esto el araucano conociendo  
la cólera y furor con que tornaban,  
olvidando la maza y presupuesto,  
las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por la arena  
los tres a toda furia le siguieron,  
aunque en balde tomaron esta pena,  
que el indio más corrió que ellos corrieron.  
Faltos no de intención, pero de lena,  
de cansados las riendas recogieron,  
y en un áspero sitio y peligroso  
les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada  
revolviendo a los tres con osadía,  
y a falta de la maza acostumbrada  
a menudo la honda sacudía;  
de allí con mofa, silbos y pedrada,  
sin poderle ofender, los ofendía,  
por ser aquel lugar despeñadero  
y más que ellos el bárbaro ligero.

Visto Alvarado serle así escusado  
el fin de lo que tanto deseaba,  
dejando libre al bárbaro esforzado  
que bien de mala gana se quedaba,  
pasa otra vez el ya seguro vado

y al usado camino enderezaba,  
triste en ver que Fortuna por tal modo  
se le mostraba adversa y dura en todo.

Había dejado el campo lautarino  
de seguir el alcance grande rato;  
iban los españoles sin camino  
como ovejas que van fuera de hato.  
De no seguirlos más me determino,  
que por lo que adelante dellos trato,  
dejarlos por agora me es forzado  
donde otras veces ya los he dejado.

Con la gente araucana quiero andarme,  
dichosa a la sazón y afortunada  
y, como se acostumbra, desviarme  
de la parte vencida y desdichada.  
Por donde tantos van quiero guiarme,  
siguiendo la carrera tan usada,  
pues la costumbre y tiempo me convence  
y todo el mundo es ya ¡viva quien vence!

¡Cuán usado es huir los abatidos  
y seguir los soberbios levantados,  
de la instable Fortuna favoritos,  
para sólo después ser derribados!  
Al cabo destes favores, reducidos  
a su valor, son bienes prestados  
que habemos de pagar con siete tanto,  
como claro nos muestra el nuevo canto.

## Canto X

*Ufanos los araucanos de las vitorias habidas, ordenan unas fiestas generales donde concurrieron diversas gentes, así extranjeras como naturales, entre las cuales hubo grandes pruebas y diferencias*

Cuando la varia diosa favorece,  
y las dádivas prósperas reparte,  
¡cómo al ánimo flaco fortalece  
que de triste mujer se vuelve un Marte  
y derriba, acobarda y enflaquece  
el esfuerzo viril en la otra parte,  
haciendo cuesta arriba lo que es llano,  
y un gran cerro la palma de la mano!

¡Quién vio los españoles colocados  
sobre el más alto cuerno de la luna  
de sus famosos hechos rodeados,  
sin punto y muestra de mudanza alguna!  
¡quién los ve en breve tiempo derribados!  
¡quién ve en miseria vuelta su fortuna,  
seguidos, no de Marte, dios sanguino,  
mas del tímido Sexo femenino!.

Mirad aquí la suerte tan trocada,  
pues aquellos que al cielo no temían,  
las mujeres, a quien la rueca es dada,  
con varonil esfuerzo los seguían;  
y con la diestra a la labor usada  
las atrevidas lanzas esgrimían  
que por el hado próspero impelidas,  
hacían crudos efetos y heridas.

Estas mujeres, digo, que estuvieron  
en un monte escondidas, esperando  
de la batalla el fin, y cuando vieron  
que iba de rota el castellano bando,  
hiriendo el cielo a gritos decendieron,  
el mujeril temor de sí lanzando  
y de ajeno valor y esfuerzo armadas,  
toman de los ya muertos las espadas.

Y a vueltas del estruendo y muchedumbre  
también en la vitoria embebecidas,  
de medrosas y blandas de costumbre  
se vuelven temerarias homicidas;  
no sienten ni les daba pesadumbre  
los pechos al correr, ni las crecidas  
barrigas de ocho meses ocupadas,  
antes corren mejor las más preñadas.

Llamábase infelice la postrera  
y con ruegos al cielo se volvía,  
porque a tal conyuntura en la carrera  
mover más presto el peso no podía.  
Si las mujeres van desta manera,  
la bárbara canalla ¿cuál iría?  
De aquí tuvo principio en esta tierra  
venir también mujeres a la guerra.

Vienen acompañando a sus maridos  
y en el dudoso trance están paradas;  
pero si los contrarios son vencidos  
salen a perseguirlos esforzadas;

prueban la flaca fuerza en los rendidos  
y si cortan en ellos sus espadas,  
haciéndolos morir de mil maneras,  
que la mujer cruel eslo de veras.

Así a los nuestros esta vez siguieron  
hasta donde el alcance había cesado,  
y desde allí la vuelta al pueblo dieron  
ya de los enemigos saqueado.  
Que cuando hacer más daño no pudieron,  
subiendo en los caballos que en el prado  
suelos sin orden y gobierno andaban,  
a sus dueños por juego remedaban.

Quién hace que combate y quién huía,  
y quién tras el que huye va corriendo;  
quién finge que está muerto y se tendía,  
quién correr procuraba no pudiendo.  
La alegre gente así se entretenía,  
el trabajo importuno despidiendo,  
hasta que el sol rayaba los collados,  
que el General llegó y los más soldados.

Los unos y los otros aguijaban  
con gran priesa a abrazarse estrechamente  
pero algunos, por más que se esforzaban,  
la envidia les hacía arrugar la frente;  
francos los vencedores se mostraban  
repartiendo la presa entre la gente:  
que aun en el pecho vil contra natura  
puede tanto la próspera ventura.

Una solene fiesta en ese asiento  
quiso Caupolicán que se hiciese,  
donde del araucano ayuntamiento  
la gente militar sola asistiese  
y con alegre muestra y gran contento,  
sin que la popular se entremetiese,  
en juegos, pruebas, danzas y alegrías  
gastaron, sin aquel, algunos días.

Los juegos y ejercicios acabados,  
para el valle de Arauco caminaron,  
do a las usadas fiestas los soldados  
de toda la provincia convocaron;  
fueron bastantes plazos señalados,  
joyas de gran valor se pregonaron  
de los que en ellas fuesen vencedores,  
premios dignos de haber competidores.

La fama de la fiesta iba corriendo  
más que los diligentes mensajeros,  
en un término breve aperciendo  
naturales, vecinos y extranjeros;  
gran multitud de gente concurriendo,  
creció el número tanto de guerreros,  
que ocupaban las tiendas forasteras,  
los valles, montes, llanos y riberas.

Ya el esperado catorceno día,  
que tanta gente estaba deseando,  
al campo su color restituía  
las importunas sombras desterrando,  
cuando la bulliciosa compañía  
de los briosos jóvenes, mostrando

el juvenil hervor y sangre nueva,  
en campo estaban, prestos a la prueba.

Fue con solene pompa referido  
el orden de los precios y el primero  
era un lustroso alfanje guarnecido  
por mano artificiosa de platero:  
este premio fue allí constituido  
para aquel que con bazo más entero  
tirase una fornida y gruesa lanza,  
sobrando a los demás en la pujanza.

Y de cendrada plata una celada  
cubierta de altas plumas de colores,  
de un cerco de oro puro rodeada,  
esmaltadas en él varias labores,  
fue la preciada joya señalada  
para aquel que entre diestros luchadores  
en la difícil prueba se estremase  
y por señor del campo en pie quedase.

Un lebrél animoso remendado  
que el collar remataba una venera  
de agudas puntas de metal herrado,  
era el precio de aquel que en la carrera,  
de todas armas y presteza armado,  
arribase más presto a la bandera  
que una gran milla lejos tremolaba  
y el trecho señalado limitaba.

Y de niervos un arco hecho por arte  
con su dorada aljaba, que pendía  
de un ancho y bien labrado talabarte  
con dos guesas hebillas de taujía,  
éste se señaló y se puso aparte  
para aquel que con flecha a puntería,  
ganando por destreza el precio rico,  
llevase al papagayo el corvo pico.

Una caballo morcillo rabicano  
tascando el freno estaba de cabestro,  
precio del que con suelta y presta mano  
esgrimiese el bastón más como diestro.  
Por juez se señaló a Caupolicano,  
de todos ejercicios gran maestro.

Ya la trompeta con sonada nueva  
llamaba opositores a la prueba.

No bien sonó la alegre trompa, cuando  
el joven Orompello, ya en el puesto,  
airosamente el manto derribando  
mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto,  
y en la valiente diestra blandiendo  
una maciza lanza. Luego en esto  
se ponen asimismo Lepomande,  
Crino, Pillolco, Guambo y Mareande.

Estos seis en igual hila corriendo,  
las lanzas por los fieles igualadas,  
a un tiempo las derechas sacudiendo,  
fueron con seis gemidos arrojadas;  
salen la astas con rumor crujendo  
de aquella fuerza e ímpetu llevadas,  
rompen el aire, suben hasta el cielo,

bajando con la misma furia al suelo.

La de Pillolco fue la asta primera  
que falta de vigor a tierra vino;  
tras ella la de Guambo y la tercera  
de Lepomande y cuarta la de Crino;  
la quinta de Mareande, y la postrera,  
haciendo por más fuerza más camino  
la de Orompello fue, mozo pujante,  
pasando cinco brazas adelante.

Tras éstos, otros seis lanzas tomaron,  
de los que por más fuertes se estimaban  
y aunque con fuerza extrema procuraron  
sobrepujar el tiro, no llegaban;  
otros tras éstos y otros seis probaron,  
mas todos con vergüenza atrás quedaban.  
Y por no detenerme en este cuento  
digo que lo probaron más de ciento.

Ninguno con seis brazas llegar pudo  
al tiro de Orompello señalado,  
hasta que Leucotón, varón membrudo,  
viendo que ya el probar había aflojado,  
dijo en voz alta: «De perder no dudo  
mas porque todos ya me habéis mirado,  
quiero ver deste brazo lo que puede,  
y a dó llegar mi estrella me concede».

Esto dicho, la lanza requerida,  
en ponerse en el puesto poco tarda  
y dando una ligera arremetida,  
hizo muestra de sí fuerte y gallarda;  
la lanza por los aires impelida  
sale cual gruesa bala de bombardas,  
o cual furioso trueno que corriendo  
por las espesas nubes va rompiendo.

Cuatro brazas pasó con raudo vuelo  
de la señal y raya delantera,  
rompiendo el hierro por el duro suelo  
tiembla por largo espacio la asta fuera;  
alza la turba un alarido al cielo  
y de tropel con súbita carrera  
muchos a ver el tiro van corriendo,  
la fuerza y tirador engrandeciendo.

Unos el largo trecho a pies medían  
y examinan el peso de la lanza;  
otros por maravilla encarecían  
del esforzado brazo la pujanza;  
otros van por el precio; otros hacían  
al vencedor cantares de alabanza,  
de Leucotón el nombre levantando  
le van en alta voz solenizando.

Salta Orompello y por la turba hiende  
y aquel rumor, colérico, baraja,  
diciendo «Aún no he perdido, ni se entiende  
de sólo el primer tiro la ventaja».  
Caupolicán la vara en esto tiende  
y a tiempo un encendido fuego ataja,  
que Tucapel al primo había acudido  
y otros con Leucotón se habían metido.

Caupolicán, que estaba por juez puesto  
mostrándose imparcial, discretamente  
la furia de Orompello aplaca presto  
con sabrosas palabras blandamente;  
y así, no se altercando más sobre esto,  
conforme a la postura, justamente,  
a Leucotón, por más aventajado,  
le fue ceñido el corvo alfanje al lado.

Acabada con esto la porfía,  
y Leucotón quedando vitorioso,  
Orompello a una parte se desvía,  
del caso algo corrido y vergonzoso;  
mas como sabio mozo lo encubría,  
de verse en ocasiones deseoso  
por do con Leucotón y causa nueva  
venir pudiese a más estrecha prueba.

Era Orompello mozo asaz valido,  
que desde su niñez fue muy brioso,  
manso, tratable, fácil, corregido,  
y en ocasión metido, valeroso;  
de muchos en asiento preferido  
por su esfuerzo y linaje generoso,  
hijo del venerable Mauropande,  
primo de Tucapel y amigo grande.

Puesto nuevo silencio, y despejado  
el campo do la prueba se hacía,  
el diestro Cayeguán, mozo esforzado,  
a mantener la lucha se metía;  
no pasó mucho, cuando de otro lado  
con gran disposición Torquín salía  
de haber en él pujanza y ligereza,  
ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal, con pasos ordenados,  
los dos gallardos bárbaros se mueven;  
ya los viérades juntos, ya apartados,  
ora tienden el cuerpo, ora le embeben;  
por un lado y por otro recatados  
se inquietan, cercan, buscan y remueven,  
tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,  
y al cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas y ellos recogidos,  
en su fuerza procuran conocerse;  
pero de ardor colérico encendidos  
comienzan por el campo a revolverse.  
Cíñense pies con pies y entretejidos  
cargan a un lado y otro, sin poderse  
llevar cuanto una mínima ventaja  
por más que el uno y otro se trabaja.

Andando así, en un tiempo, cauteloso  
metió la pierna diestra Cayeguano;  
quiso Torquín ceñirla codicioso,  
cargando con gran fuerza a aquella mano;  
sácala a tiempo Cayeguán mañoso,  
y el cuerpo de Torquín quedando en vano,  
del mismo peso y fuerza que traía  
a los pies enemigos se tendía.

Tras éste el fuerte Rengo se presenta,  
el cual, lanzando fuera los vestidos

descubre la persona corpulenta,  
brazos robustos, músculos fornidos;  
mírale la confusa turba atenta,  
que de cuatro entre todos escogidos  
este valiente bárbaro era el uno,  
jamás sobrepujado de ninguno.

Con gran fuerza los hombros sacudiendo  
se apareja a la lucha y desafío,  
y al vencedor contrario apercibiendo  
le va a buscar con animoso brío;  
de la otra parte Cayeguán saliendo  
en medio de aquel campo a su albedrío,  
vienen los dos gallardos a juntarse,  
procurando en la presa aventajarse.

Un rato estuvo en confusión la gente  
y anduvo en duda la vitoria incierta;  
mas luego Rengo dio señal patente  
con que fue su pujanza descubierta,  
que entre los duros brazos reciamente  
al triste Cayeguán, la boca abierta,  
sin dejarle alentar le retraía  
y acá y allá con él se revolvía.

Alzólo de la tierra y apretado,  
en el aire gran pieza lo suspende;  
Cayeguán sin color, desalentado,  
abre los brazos y las piernas tiende.  
Viéndolo así rendido, el esforzado  
Rengo, que a la vitoria sólo atiende,  
dejándole bajar, con poca pena  
le estampa de gran golpe en el arena.

Sacáronle del campo sin sentido  
y a su tienda en los hombros le llevaron;  
todos la fuerza grande y el partido  
de Rengo en alta voz solenizaron;  
pero cesando en esto aquel ruido,  
a sus asientos luego se tornaron,  
porque vieron que Talco aparejado  
el puesto de la lucha había tomado.

Fue este Talco de pruebas gran maestro,  
de recios miembros y feroz semblante,  
diestro en la lucha y en las armas diestro,  
ligero y esforzado aunque arrogante  
y con todas las partes que aquí nuestro,  
era Rengo más suelto y más pujante,  
usado en los robustos ejercicios,  
que dello su persona daba indicios.

Talco se mueve y sale con presteza,  
Rengo espaciosamente se movía;  
fíase mucho el uno en la destreza,  
el otro en su vigor sólo se fía.  
En esto con estraña ligereza,  
cuando menos cuidado en Talco había,  
un gran salto dio Rengo no pensado,  
cogiendo al enemigo descuidado.

De la suerte que el tigre cauteloso  
viendo venir lozano al suelto pardo,  
el cuello bajo, lerdo y perezoso,  
con ronco són se mueve a paso tardo,

y en un instante súbito y furioso  
salta sobre él con ímpetu gallardo  
y echándole la garra así le aprieta  
que le oprime, le rinde y le sujeta,  
desta manera Rengo a Talco afierra,  
y antes que a la defensa se prevenga,  
tan recio le apretó contra la tierra  
que, el lomo quebrantado, lo derrienga;  
viéndolo pues así lo desafierra  
y a su puesto esperando que otro venga,  
vuelve, dejando el campo con tal hecho  
de su estremada fuerza satisfecho.

Mas no hubo en hombre allí tal osadía  
que a contrastar al bárbaro se atreva  
y así porque la noche ya venía,  
se difirió la comenzada prueba  
hasta que el carro del siguiente día  
alegrase los campos con luz nueva;  
sonando luego varios instrumentos,  
hinchieron de las mesas los asientos.

Pues otro día, saliendo de su tienda  
el hijo de Leocán acompañado,  
al cercado lugar de la contienda  
con altos instrumentos fue llevado;  
Rengo, porque su fama más se estienda,  
dando una vuelta en torno del cercado,  
entró dentro con una bella muestra  
y a mantener se puso la palestra.

Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto  
sin que nadie la plaza le pisase,  
que no se vio soldado tan dispuesto  
que, viéndole, el lugar vacío ocupase;  
pero ya Leucotón mirando en esto,  
que, porque su valor más se notase,  
hasta ver el más fuerte había esperado,  
con grave paso entró en el estacado.

Luego un rumor confuso y grande estruendo  
entre el parlero vulgo se levanta  
de ver estos dos juntos conociendo  
en uno y otro esfuerzo y fuerza tanta.  
Leucotón la persona recogiendo,  
a recibir a Rengo se adelanta,  
que con gallardo paso se venía  
de esfuerzo acompañado y lozanía.

Vienen al paragón dos animosos  
que en esfuerzo y pujanza par no tienen;  
unas veces aguijan presurosos,  
otras frenan el paso y lo detienen.  
Andan en torno y miran cautelosos,  
y a todos los engaños se previenen;  
pero no tardó mucho que cerraron  
y con estrechos ñudos se abrazaron.

Juntándose los dos, pechos con pechos,  
van las últimas fuerzas apurando;  
ya se afirman y tienden muy estrechos,  
ya se arrojan en torno volteando,  
ya los izquierdos, ya los pies derechos  
se enclavijan y enredan, no bastando

cuanta fuerza se pone, estudio y arte  
a poder mejorarse alguna parte.

Acá y allá furiosos se rodean,  
la fuerza uno del otro resistiendo;  
tanto forcejan, gimen, ijadean  
que los miembros se van entorpeciendo;  
tiemblan de la fatiga y titubean  
las cansadas rodillas, no pudiendo  
comportar el tesón y furia insana  
que al fin eran de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento  
cubiertos los dos bárbaros andaban  
y del fogoso y recio movimiento  
roncos los pechos dentro resonaban.  
Ellos siempre con más encendimiento,  
sacando nuevas fuerzas procuraban  
llegar la empresa al cabo comenzada  
por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida  
no se vio allí ni de flaqueza indicio;  
ambos jóvenes son de edad florida,  
iguales en la fuerza y ejercicio.  
Mas la suerte de Rengo enflaquecida  
y el hado, que hasta allí le fue propicio,  
hicieron que perdiese a su despecho  
del precio y del honor todo el derecho.

Había en la plaza un hoyo hacia el un lado,  
engaste de un guijarro y nuevamente  
estaba de su encaje levantado  
por el concurso y huella de la gente;  
desto el cansado Rengo no avisado,  
metió el pie dentro, y desgraciadamente  
cual cae de la segur herido el pino  
con no menos estruendo a tierra vino.

No la pelota con tan presto salto  
resurte arriba del macizo suelo,  
ni la águila, que al robo cala de alto,  
sube en el aire con tan recio vuelo,  
como de corrimiento el seso faltó,  
Rengo rabioso, amenazando el cielo,  
se puso en pie, que aun bien no tocó en tierra,  
y contra Leucotón furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteo temido  
por el furioso Alcides derribado,  
que de la tierra madre recogido  
cobraba fuerza y ánimo doblado,  
así el airado Rengo embravecido,  
que apenas en la arena había tocado,  
sobre el contrario arriba de tal suerte  
que al extremo llegó de honrado y fuerte.

Tanto dolor del grave caso siente  
el público lugar considerando,  
que abrasado de fuego y rabia ardiente,  
se le fueron las fuerzas aumentando;  
y furioso, colérico, impaciente,  
de suerte a Leucotón va retirando  
que apenas le resiste y el suceso  
oiréis en el siguiente canto expreso.



## Canto XI

*Canto oncenno en el cual se acaban las fiestas y diferencias, y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar a ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla*

Cuando los corazones nunca usados,  
a dar señal y muestra de flaqueza  
se ven en lugar público afrentados,  
entonces manifiestan su grandeza,  
fortalecen los miembros fatigados,  
despiden el cansancio y la torpeza,  
y salen fácilmente con las cosas  
que eran antes, Señor, dificultosas.

Así le avino a Rengo, que, en cayendo,  
tanto esfuerzo le puso el corrimiento,  
que lleno de furor y en ira ardiendo,  
se le dobló la fuerza y el aliento;  
y al enemigo fuerte no pudiendo  
ganarle antes un paso, agora ciento  
alzado de la tierra lo llevaba,  
que aun afirmar los pies no le dejaba.

Adelante la cólera pasara  
y hubiera alguna brega en aquel llano,  
si receloso desto no bajara  
presto de arriba el hijo de Pillano  
que de Caupolicán traía la vara  
y él propio los aparta de su mano;  
que no fue poco, en tanto encendimiento  
tenerle este respeto y miramiento.

Siendo desta manera sin ruido  
despartida la lucha ya enconada,  
le fue a Rengo su honor restituido  
mas quedó sin derecho a la celada.  
Aun no estaba del todo difinido  
ni la plaza de gente despejada,  
cuando el mozo Orompello dijo presto:  
«Mi vez ahora me toca, mío es el puesto».

Que bramando entre sí se deshacía  
esperando aquel tiempo deseado,  
viendo que Leucotón ya mantenía,  
del tiro de la lanza no olvidado;  
con gran desenvoltura y gallardía  
salta el palenque y entra el estacado  
y en medio de la plaza, como digo,  
llamaba cuerpo a cuerpo al enemigo.

La trápala y murmurio en el momento  
creció, porque parando el pueblo en ello,  
conoce por allí cuán descontento  
del fuerte Leucotón está Orompello;  
témese que vendrán a rompimiento  
mas nadie se atraviesa a defendello,  
antes la plaza libre los dejaron  
y los vacíos lugares ocuparon.

El pueblo, de la lucha deseoso,  
la más parte a Orompello se inclinaba;  
mira los bellos miembros y el airoso  
cuerpo que a la sazón se desnudaba,

la gracia, el pelo crespo y el hermoso  
rostro, donde su poca edad mostraba,  
que veinte años cumplidos no tenía  
y a Leucotón a fuerzas desafía.

Juzgan ser desconformes los presentes  
las fuerzas destos dos por la apariencia,  
viendo del uno el talle, y los valientes  
niervos, edad perfeta y esperiencia,  
y del otro los miembros diferentes,  
la tierna edad y grata adolescencia,  
aunque a tal opinión contradecía  
la muestra de Orompello y osadía,

que puesto en su lugar, ufano espera  
el són de la trompeta, como cuando  
el fogoso caballo en la carrera  
la seña del partir está aguardando.  
Y cual halcón que en la húmida ribera  
ve la garza de lejos blanqueando,  
que se alegra y se pule ya lozano  
y está para arrojarse de la mano,

el gallardo Orompello así esperaba  
aquel alegre són para moverse  
que de ver la tardanza, imaginaba  
que habían impedimentos de ofrecerse.  
Visto que tanto ya se dilataba,  
queriendo a su sabor satisfacerse,  
derecho a Leucotón sale animoso,  
que no fue en recibirle perezoso.

En gran silencio vuelto el rumor vano,  
quedando mudos todos los presentes,  
en medio de la plaza mano a mano  
salen a se probar los dos valientes.  
Como cuando el lebrel y fiero alano,  
mostrándose con ronco són los dientes,  
yertos los cerros y ojos encendidos  
se vienen a morder embravecidos,

de tal modo los dos amordazados,  
sin esperar trompeta ni padrino,  
de coraje y rencor estimulados,  
de medio a medio parten el camino;  
y en un instante iguales, aferrados  
con estremada fuerza y diestro tino,  
se ciñeron los brazos poderosos,  
echándose a los pies lazos ñudosos.

Las desconformes fuerzas, aunque iguales,  
los lleva, arroja y vuelve a todos lados;  
viéranlos sin mudarse a veces tales  
que parecen en tierra estar clavados;  
donde ponen los pies dejan señales,  
cavan el duro suelo y apretados,  
juntándose rodillas con rodillas,  
hacen crujir los huesos y costillas.

Cada cual del valor, destreza y maña  
usaba que en tal tiempo usar podía,  
viendo el duro tesón y fuerza estraña  
que en su recio adversario conocía;  
revuélvense los dos por la campaña  
sin conocerse en nadie mejoría,

pero tanto de acá y de allá anduvieron  
que ambos juntos a un tiempo en tierra dieron.

Fue tan presto el caer y en el momento  
tan presto el levantarse, por manera  
que se puede decir que el más atento  
a mover la pestaña no lo viera.  
Ventaja ni señal de vencimiento  
juzgarse por entonces no pudiera,  
que Leucotón arrodilló en el llano  
y Orompello tocó sola una mano.

En esto los padrinos se metieron  
y a cada lado el suyo retirando,  
en disputa la lucha resumieron  
sus puntos y razones alegando.  
De entrambas partes gentes acudieron  
la porfía y rumor multiplicando;  
quién daba al uno el precio, honor y gloria,  
quién cantaba del otro la vitoria.

Tucapelo, que estaba en un asiento  
a la diestra del hijo de Pillano,  
visto lo que pasaba, en el momento  
salta en la plaza, la ferrada en mano,  
y con aquel usado atrevimiento  
dice: «El precio ganó mi primo hermano  
y si alguno esta causa me defiende,  
haré yo entender que no lo entiende.

La joya es de Orompello y quien bastante  
se halle a reprobar el voto mío,  
en campo estamos: hágase adelante  
que, en suma, le desmiento y desafío».  
Leucotón con un término arrogante  
dice: «Yo amansaré tu loco brío  
y el vano orgullo y necio devaneo  
que mucho tiempo ha ya que lo deseo».

Comigo lo has de haber, que comenzado  
juego tenemos ya», dijo Orompello.  
Responde Leucotón fiero y airado:  
«Contigo y con tu primo quiero habello».  
Caupolicán en esto era llegado,  
que del supremo asiento viendo aquello  
había bajado a la sazón confuso  
y allí su autoridad toda interpuso.

Leucotón y Orompello, conociendo  
que el gran Caupolicán allí venía,  
las enconosas voces reprimiendo  
cada cual por su parte se desvía;  
mas Tucapel la maza revolviendo,  
que otro acuerdo y concierto no quería,  
lleno de ira diabólica no calla,  
llamando a todo el mundo a la batalla.

Ruego y medios con él no valen nada  
del hijo de Leocán ni de otra gente,  
diciendo que a Orompello la celada  
le den por vencedor y más valiente;  
después, que en plaza franca y estacada  
con Leucotón le dejen libremente,  
donde aquella disputa se dicida,  
perdiendo de los dos uno la vida.

Puesto Caupolicán en este aprieto,  
lleno de rabia y de furor movido,  
le dice: «Haré que guardes el respeto  
que a mi persona y cargo le es debido».  
Tucapel le responde: «Yo prometo  
que por temor no baje del partido  
y aquel que en lo que digo no viniere,  
haga a su voluntad lo que pudiere.

Guardaréte respeto, si derecho  
en lo que justo pido me guardares,  
y mientras que con recto y sano pecho  
la causa sin pasión desto mirares.  
Mas si contra razón, sólo de hecho,  
torciendo la justicia lo llevares,  
por ti y tu cargo y todo el mundo junto  
no perderé de mi derecho un punto».

Caupolicán, perdida la paciencia,  
se mueve a Tucapel determinado  
mas Colocolo, viejo de experiencia,  
que con temor le andaba siempre al lado,  
le hizo una acatada resistencia  
diciendo: «¿Estás, señor, tan olvidado  
de ti y tu autoridad y salud nuestra  
que lo pongas en sólo alzar la diestra?

Mira, señor, que todo se aventura,  
mira que están los más ya diferentes;  
de Tucapel conoces la locura  
y la fuerza que tiene de parientes;  
lo que emendar se puede con cordura,  
no lo emiendes con sangre de inocentes.  
Dale a Orompello el contenido precio  
y otro al competidor, de igual aprecio.

Si por rigor y término sangriento  
quieres poner en riesgo lo que queda,  
puesto que sobre fijo fundamento  
Fortuna a tu sabor mueva la rueda  
y el juvenil furor y atrevimiento  
castigar a tu salvo te conceda,  
queda tu fuerza más disminuida  
y al fin tu autoridad menos temida.

Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas  
que el límite araucano han estendido,  
y en las fieras naciones apartadas  
hacen que sea tu nombre tan temido;  
si agora han sido aquí desacatada,  
mira lo que otras veces han servido  
en trances peligrosos, derramando  
la sangre propia y del contrario bando».

Imprimieron así en Caupolicano  
las razones y celo de aquel viejo  
que, frenando el furor, dijo: «En tu mano  
lo dejo todo y tomo ese consejo».  
Con tal resolución, el sabio anciano  
viendo abierto camino y aparejo,  
habló con Leucotón que vino en todo  
y a los primos después del mismo modo.

Y así el viejo eficaz los persuadiera;

que en tal discordia y caso tan diviso,  
lo que el mundo universo no pudiera,  
pudo su discreción y buen aviso.  
Fuelos, pues, reduciendo de manera  
que vinieron a todo lo que quiso  
pero con condición que la celada  
por precio al Orompello fuese dada.

Pues la rica celada allí traída  
al ufano Orompello le fue puesta,  
y una cuera de malla guarnecida  
de fino oro a la par vino con ésta  
y al mismo tiempo a Leucotón vestida.  
Todos conformes, en alegre fiesta  
a las copiosas mesas se sentaron  
donde más la amistad confederaron.

Acabado el comer, lo que del día  
les quedaba, las mesas levantadas,  
se pasó en regocijo y alegría  
tejiendo en corros danzas siempre usadas  
donde un número grande intervenía  
de mozos y mujeres festejadas,  
que las pruebas cesaron y ocasiones  
atento a no mover nuevas quisiones.

Cuando la noche el horizonte cierra  
y con la negra sombra el mundo abraza,  
los principales hombres de la tierra  
se juntaron en una antigua plaza  
a tratar de las cosas de la guerra  
y en el discurso dellas dar la traza,  
diciendo que el subsidio padecido  
había de ser con sangre redemido.

Salieron con que al hijo de Pillano  
se cometiese el cargo deseado,  
y el número de gente por su mano  
fuese absolutamente señalado;  
tal era la opinión del araucano  
y tal crédito y fama había alcanzado,  
que si asolar el cielo prometiera,  
crédito a la promesa se le diera.

Y entre la gente joven más granada  
fueron por él quinientos escogidos,  
mozos gallardos, de la vida airada  
por más bravos que pláticos tenidos;  
y hubo de otros, por ir esta jornada,  
tantos ruegos, protestos y partidos,  
que excusa no bastó ni impedimento  
a no exceder la copia en otros ciento.

Los que Lautaro escoge son soldados  
amigos de inquietud, facinerosos,  
en el duro trabajo ejercitados,  
perversos, disolutos, sediciosos,  
a cualquiera maldad determinados,  
de presas y ganancias codiciosos,  
homicidas, sangrientos, temerarios,  
ladrones, bandoleros y cosarios.

Con esta buena gente caminaba  
hasta Maule de paz atravesando,  
y las tierras, después, por do pasaba

las iba a fuego y sangre sujetando.  
Todo sin resistir se le allanaba  
poniéndose debajo de su mando;  
los caciques le ofrecen francamente  
servicio, armas, comida, ropa y gente.

Así que por los pueblos y ciudades  
la comarca los bárbaros destruyen,  
talan comidas casas y heredades,  
que los indios de miedo al pueblo huyen;  
stupros, adulterios y maldades  
por violencia sin término concluyen,  
no reservando edad, estado y tierra,  
que a todo riesgo y trance era la guerra.

No paran, con la gana que tenían  
de venir con los nuestros a la prueba;  
los indios comarcanos que huían  
llevan a la ciudad la triste nueva.  
Rumores y alborotos se movían,  
el bélico bullicio se renueva,  
aunque algunos que el caso contemplaban  
a tales nuevas crédito no daban.

Dicen que era locura claramente  
pensar que así una escuadra desmandada  
de tan pequeño número de gente  
se atreviese a emprender esta jornada,  
y más contra ciudad tan eminente  
y lejos de su tierra y apartada;  
pero los que de Penco habían salido  
tienen por más el daño que el ruido.

Votos hay que saliesen al camino  
(éstos son de los jóvenes briosos);  
otros, que era imprudencia y desatino  
por los pasos y sitios peligrosos.  
A todo con presteza se previno,  
que de grandes reparos ingeniosos  
el pueblo fortalecen y en un punto  
despachan corredores todo junto,

debajo de un caudillo diligente  
que verdadera relación trujese  
del número y designio de la gente,  
con comisión, si lance le saliese  
a su honor y defensa conveniente,  
que al bárbaro escuadrón acometiese,  
volviendo a rienda suelta dos soldados  
para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado,  
abrevio con decir que se partieron  
y al cuarto día con ánimo esforzado  
sobre el campo enemigo amanecieron;  
trabóse el juego y no duró trabado,  
que los bárbaros luego les rompieron  
y todos con cuidado y pies ligeros  
revolvieron a ser los mensajeros.

Sin aliento, cansados y afligidos  
vuelven con testimonio asaz bastante  
de cómo fueron rotos y vencidos  
por la fuerza del bárbaro pujante,  
lasos, llenos de sangre, mal heridos,

con pérdida de un hombre el cual delante  
y en medio de los campos desmandado,  
a manos de Lautaro había espirado.

Cuentan que levantado un muro había  
adonde con sus bárbaros se acoge  
y que infinita gente le acudía,  
de la cual la más diestra y fuerte escoge;  
también que bastimentos cada día  
y cantidad de munición recoge,  
afirmando por cierto, fuera desto,  
que sobre la ciudad llegará presto.

Quien incrédulo dello antes estaba,  
teniendo allí el venir por desvarío,  
a tan clara señal crédito daba,  
helándole la sangre un miedo frío.  
Quién de pura congoja trasudaba,  
que de Lautaro ya conoce el brío;  
quién con ardiente y animoso pecho  
bramaba por venir más presto al hecho.

Villagrán enfermado acaso había;  
no puede a la sazón seguir la guerra,  
mas con ruegos y dádivas movía  
la gente más gallarda de la tierra,  
y por caudillo en su lugar ponía  
un caro primo suyo en quien se encierra  
todo lo que conviene a buen soldado:  
Pedro de Villagrán era llamado.

Éste sin más tardar tomó el camino  
en demanda del bárbaro Lautaro  
y el cargo que tan loco desatino  
como es venir allí, le cueste caro.  
Diose tal priesa a andar que presto vino  
a la corva ribera del río Claro,  
que vuelve atrás en círculo gran trecho,  
después hasta la mar corre derecho.

Media legua pequeña elige un puesto  
de donde estaba el bárbaro alojado,  
el lugar mejor y más dispuesto  
y allí, por ver la noche, ha reparado;  
estaba a cualquier trance y rumor presto,  
de guardia y centinelas rodeado  
cuando, sin entender la cosa cierta,  
gritaban: «¡Arma!, ¡arma!; ¡alerta!, ¡alerta!»

Esto fue que Lautaro había sabido  
como allí nuestra gente era llegada,  
que después de la haber reconocido  
por su misma persona y numerada,  
volvióse sin de nadie ser sentido  
y mostrando estimarlo todo en nada,  
hizo de los caballos que tenía  
soltar el de más furia y lozanía,

diciendo en alta voz: «Si no me engaño,  
no deben de saber que soy Lautaro  
de quien han recebido tanto daño,  
daño que no tendrá jamás reparo;  
mas porque no me tengan por extraño  
y el ser yo aquí venido sea más claro,  
sabiendo con quien vienen a la prueba,

quiero que este rocín lleve la nueva».

Diez caballos, Señor, había ganado  
en la refriega y última revuelta;  
el mejor ensillado y enfrenado,  
porque diese el aviso cierto, suelta.  
Siendo el feroz caballo amenazado,  
hacia el campo español toma la vuelta  
al rastro y al olor de los caballos  
y ésta fue la ocasión de alborotallos.

Venía con un rumor y furia tanta  
que dio más fuerza al arma y mayor fuego;  
la gente recatada se levanta  
con sobresalto y gran deasosiego.  
El escándalo tanto no fue cuanta  
era después la burla, risa y juego,  
de ver que un animal de tal manera  
en arma y alboroto los pusiera.

Pasaron sin dormir la noche en esto  
hasta el nuevo apuntar de la mañana,  
que con ánimo y firme presupuesto  
de vencer o morir, de buena gana  
salen del sitio y alojado puesto  
contra la gente bárbara araucana,  
que no menos estaba acodiciada  
del venir al efeto de la espada.

Un edicto Lautaro puesto había  
que quien fuera del muro un paso diese,  
como por crimen grave y rebeldía,  
sin otra información luego muriese;  
así el temor frenando a la osadía,  
por más que la ocasión la comoviese  
las riendas no rompió de la obediencia  
ni el ímpetu pasó de su licencia.

Del muro estaba el bárbaro cubierto,  
no dejando salir soldado fuera;  
quiere que su partido sea más cierto  
encerrando a los nuestros de manera  
que no les aproveche en campo abierto  
de ligeros caballos la carrera  
mas sólo ánimo, esfuerzo y entereza  
y la virtud del brazo y fortaleza.

Era el orden así, que acometiendo  
la plaza, al tiempo del herir volviesen  
las espaldas los bárbaros huyendo,  
porque dentro los nuestros se metiesen;  
y algunos por defuera revolviendo,  
antes que los cristianos se advirtiesen,  
ocuparles las puertas del cercado,  
y combatir allí a campo cerrado.

Con tal ardid los indios aguardaban  
a la gente española que venía  
y en viéndola asomar la saludaban  
alzando una terrible vocería;  
soberbios desde allí la amenazaban  
con audacia, desprecio y bizarría,  
quién la fornida pica blandiendo,  
quién la maza ferrada levantando.

Como toros que van a salir lidiados,  
cuando aquellos que cerca lo desean,  
con silbos y rumor de los tablados  
seguros del peligro los toreadan,  
y en su daño los hierros amolados  
sin miedo amenazándolos blandean:  
así la gente bárbara araucana  
del muro amenazaba a la cristiana.

Los españoles, siempre con semblante  
de parecerles poca aquella caza,  
paso a paso caminan adelante  
pensando de allanar la fuerte plaza,  
en alta voz diciendo: «No es bastante  
el muro ni la pica y dura maza  
a estorbaros la muerte merecida  
por la gran desvergüenza cometida».

Llegados de la fuerza poco trecho,  
reconocida bien por cada parte,  
pónenle el rostro y sin torcer, derecho,  
asaltan el fosado baluarte.  
Por acabado tienen aquel hecho;  
de los bárbaros huye la más parte,  
ganan las puertas francas con gran gloria,  
cantando en altas voces la vitoria.

No hubiera relación deste contento  
si los primeros indios aguardaran  
tanto espacio y sazón cuanto un momento  
que las puertas los últimos tomaran,  
mas viéndolos entrar, sin sufrimiento  
ni poderse abstener, luego reparan;  
haciendo la señal que no debían,  
hicieron revolver los que huían.

Como corre el caballo cuando ha oído  
las yeguas que atrás quedan y querencia  
que allí el intento inclina y el sentido,  
gime y relincha con celosa ausencia,  
afloja el curso, atrás tiende el oído,  
alerto a si el señor le da licencia,  
que a dar la vuelta aun no le ha señalado  
cuando sobre los pies ha volteado,  
de aquel modo los bárbaros huyendo  
con muestra de temor, aunque fingida,  
firman el paso presuroso oyendo  
la alegre y cierta seña conocida,  
y en contra de los nuestros esgrimiendo  
la cruda espada, al parecer rendida,  
vuelven con una furia tan terrible  
que el suelo retembló del són horrible.

Como por sesgo mar del manso viento  
siguen las graves olas el camino  
y con furioso y recio movimiento  
salta el contrario Coro repentino,  
que las arenas del profundo asiento  
las saca arriba en turbio remolino,  
y las hinchadas olas revolviendo  
al tempestuoso Coro van siguiendo.

De la misma manera a nuestra gente  
que el alcance sin término seguía,

la súbita mudanza de repente  
le turbó la vitoria y alegría  
que, sin se reparar, violentamente  
por el mismo camino revolvía,  
resistiendo con ánimo esforzado  
el número de gente aventajado.

Mas como un caudaloso río de fama,  
la presa y palizada desatando,  
por inculto camino se derrama  
los arraigados troncos arrancando,  
cuando con desfrenado curso brama  
cuanto topa delante arrebantando  
y los duros peñascos enterrados  
por las furiosas aguas son llevados,  
con ímpetu y violencia semejante  
los indios a los nuestros arrancaron,  
y sin pararles cosa por delante  
en furiosa corriente los llevaron,  
hasta que con veloz furor pujante  
de la cerrada plaza los lanzaron,  
que el miedo de perder allí la vida  
les hizo el paso llano a la salida.

De más priesa y con pies más desenvueltos  
los sueltos españoles que a la entrada,  
en una polvorosa nube envueltos  
salen del cerco estrecho y palizada;  
entre ellos van los bárbaros revueltos,  
una gente con otra amontonada,  
que sin perder un punto se herían  
de manos y de pies como podían.

No el alzado antepecho y agujeros  
que fuera del entorno había cavados,  
ni la fajina y suma de maderos  
con los fuertes bejucos amarrados  
detuvieron el curso a los ligeros  
caballos, de los hierros hostigados,  
que como si volaran por el viento,  
salieron a lo llano en salvamento.

Los españoles sin parar corriendo  
libre la plaza a los contrarios dejan,  
que la fortuna próspera siguiendo  
con prestos pies y manos los aquejan;  
pero los nuestros, el morir temiendo,  
siempre alargan el paso y más se alejan,  
deteniendo a las veces flojamente  
la gran furia y pujanza de la gente.

Bien una legua larga habían corrido  
a toda furia por la seca arena;  
sólo Lautaro no los ha seguido,  
lleno de enojo y de rabiosa pena.  
Viendo el poco sustén del mal regido  
campo, tan recio el rico cuerno suena,  
que los más delanteros los sintieron  
y al són, sin más correr, se retrujeron.

Estaba así impaciente y enojado  
que mirarle a la cara nadie osaba  
y al pabellón él solo retirado,  
un nuevo edicto publicar mandaba,

que guerrero ninguno fuese osado  
salir un paso fuera de la cava,  
aunque los españoles revolviesen  
y mil veces el fuerte acometiesen.

Después, llamando a junta a los soldados  
aunque ardiendo en furor, templadamente  
les dice: «Amigos, vamos engañados,  
si con tan poco número de gente  
pensamos allanar los levantados  
muros de una ciudad así eminente;  
la industria tiene aquí más fuerza y parte  
que la temeridad del fiero Marte.  
Ésta los fieros ánimos reprime  
y a los flacos y débiles esfuerza;  
las cervices indómitas oprime  
y las hace domésticas por fuerza;  
ésta el honor y pérdidas redime  
y la sazón a usar della nos fuerza,  
que la industria solícita y Fortuna  
tienen conformidad y andan a una.

Cumple partir de aquí, muestras haciendo  
que sólo de temor nos retiramos,  
y asegurar los españoles, viendo  
cómo el honor y campo les dejamos;  
que después a su tiempo revolviendo,  
haremos lo que así dificultamos,  
teniendo ellos el llano y por guarida  
vecina la ciudad fortalecida».

El hijo de Pillán esto decía  
cuando asomaba el bando castellano,  
que con esfuerzo nuevo y osadía  
quiere probar segunda vez la mano.  
Fue tanto el alborozo y alegría  
de los bárbaros, viendo por el llano  
aparecer los nuestros, que al momento  
gritan y baten palmas de contento.

En esto los cristianos acercando  
poco a poco se van a la batalla,  
y al justo tiempo del partir llegando,  
dejan irse a la bárbara canalla;  
que uno la maza en alto, otro bajando  
la pica, el cuerpo esento en la muralla,  
con animoso esfuerzo se mostraban  
y al ejercicio bélico incitaban.

Unos acuden a las anchas puertas  
y comienzan allí el combate duro;  
de escudos las cabezas bien cubiertas  
se llegan otros al guardado muro;  
otros buscan por partes descubiertas  
la subida y el paso más seguro;  
hinche el bando español la cava honda  
y el araucano el muro a la redonda.

Pero el pueblo español con osadía,  
cubierto de fortísimos escudos  
la lluvia de los tiros resistía  
y los botes de lanzas muy agudos.  
Era tanta la grito y armonía  
y el espeso batir de golpes crudos,

que Maule el raudo curso refrenaba  
confuso al són que en torno ribombaba.

Por las puertas y frente y por los lados  
el muro se combate y se defiende;  
allí corren con priesa amontonados  
adonde más peligro haber se entiende;  
allí con prestos golpes esforzados  
a su enemigo cada cual ofende  
con furia tan terrible y fuerza dura  
que poco importa escudo ni armadura.

Los nuestros hacia atrás se retrujeron,  
de los tiros y golpes impelidos,  
tres veces y otras tantas revolvieron  
de vergonzosa cólera movidos.  
Gran pieza la fortuna resistieron  
mas ya todos andaban mal heridos,  
flacos, sin fuerza, lasos, desangrados  
y de sangre los hierros colorados.

El coraje y la cólera es de suerte  
que va en aumento el daño y la crueza;  
hallan los españoles siempre el fuerte  
más fuerte y en los golpes más dureza;  
sin temor acometen de la muerte,  
pero poco aprovecha esta braveza,  
quel que menos herido y flaco andaba  
por seis partes la sangre derramaba.

Hasta la gente bárbara se espanta  
de ver lo que los nuestros han sufrido  
de espesos golpes, flecha, y piedra tanta  
que sin cesar sobre ellos ha llovido,  
y cuán determinados y con cuánta  
furia tres veces han acometido;  
desto los enemigos impacientes  
apretaban los puños y los dientes.

Y como tempestad que jamás cesa  
antes que va en furioso crecimiento,  
cuando la congelada piedra espesa  
hiera los techos y se esfuerza el viento,  
así los duros bárbaros, apriesa,  
movidos de vergüenza y corrimiento  
con lanzas, dardos, piedras arrojadas,  
baten dargas, rodela y celadas.

Los cansados cristianos no pudiendo  
sufrir el gran trabajo incomportable,  
se van forzosamente retrayendo  
del vano intento y plaza inexpugnable;  
y el destrozado campo recogiendo,  
vista su suerte y hado miserable,  
por el mesmo camino que vinieron,  
aunque con menos furia, se volvieron.

Aquella noche al pie de una montaña  
vinieron a tener su alojamiento,  
segura de enemigos la campaña,  
que ninguno salió en su seguimiento.  
Decir prometo la cautela estraña  
de Lautaro después, que ahora me siento  
flaco, cansado, ronco; y entretanto  
esforzaré la voz al nuevo canto.



## Canto XII

*Recogido Lautaro en su fuerte, no quiere seguir la vitoria por entretener a los españoles. Pasa ciertas razones con él Marco Veaz, por las cuales Pedro de Villagrán viene a entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Cañete a la ciudad de los reyes en el Pirú*

Virtud difícil y difícil prueba  
es guardar el secreto peligroso,  
que la dificultad bien claro prueba  
cuánto es sano, seguro y provechoso  
y el poco fruto y mucho mal que lleva  
el vicio inútil del hablar dañoso;  
ejemplo los de Líbico homicidas,  
y otros que les costó el hablar las vidas.

Veránse por los ojos y escrituras  
en los presentes tiempos y pasados  
crueldades, ruinas, desventuras,  
infamias, puniciones de pecados,  
grandes yerros en grandes coyunturas,  
pérdidas de personas y de estados;  
todo por no sufrir el indiscreto  
la peligrosa carga del secreto.

De los vicios el menos de provecho  
y por donde más daño a veces viene,  
es el no retener el fácil pecho  
el secreto hasta el tiempo que conviene;  
rompe y deshace al fin todo lo hecho,  
quita la fuerza que la industria tiene,  
guerra, furor, discordia, fuego enciende,  
al propio dueño y al amigo vende.

Por eso el sabio hijo de Pillano  
la causa a sus soldados encubría  
de no dejar salir gente a lo llano,  
siguiendo la vitoria de aquel día;  
y el retirado campo castellano  
seguro a paso largo por la vía,  
como dije, la furia quebrantada,  
toma de la ciudad la vuelta usada.

Usar Lautaro desta maña, entiendo  
que fuese para algún sagaz intento,  
el cual por conjeturas comprehendo  
ser de gran importancia y fundamento.  
Dejado esto a su tiempo y revolviendo  
a los nuestros, que así del fuerte asiento  
se alejan, a tres leguas otro día  
hicieron alto, asiento y ranchería.

Dos días los españoles estuvieron  
haciendo de los bravos, aguardando  
pero jamás los bárbaros vinieron,  
ni gente pareció del otro bando;  
al fin dos de los nuestros se atrevieron  
a ver el fuerte y cerca dél llegando,  
oyeron una voz alta del muro,  
diciéndoles: «Llegaos, que os doy seguro».

Al uno por su nombre lo llamaba  
con el cierto seguro prometido,  
el cual dejando al otro se llegaba

por conocer quién era el atrevido.  
Llegado el español junto a la cava,  
el de la voz fue luego conocido,  
que era el gallardo hijo de Pillano,  
tratado dél un tiempo como hermano.

Estaba de un lustroso peto armado  
con sobrevista de oro guarnecida,  
en una gruesa pica recostado  
por el ferrado regatón asida;  
el ancho y duro hierro colorado  
y de sangre la media asta teñida;  
puesta de limpio acero una celada  
abierta por mil partes y abollada.

Llegado el español donde podía  
hablarle y entenderle claramente,  
el bizarro Lautaro le decía:  
«Marcos, de ti me espanto estrañamente,  
y de esa tu inorante compañía,  
que sin razón y seso, ciegamente  
penséis así de mi opinión mudarme  
y ser bastantes todos a enojarme.

¿Qué intento os mueve o qué furor insano  
que así queréis tiranizar la tierra?  
¿No veis que todo agora está en mi mano:  
el bien vuestro y el mal, la paz, la guerra?  
¿No veis que el nombre y crédito araucano  
los levantados ánimos atierra,  
que sólo el són al mundo pone miedo  
y quebranta las fuerzas y el denuedo?

«En los pueblos no fuistes poderosos  
de defender las propias posesiones,  
que es cosa que aun los pájaros medrosos  
hacen rostros en su nido a los leones,  
¿y en los desiertos campos pedregosos  
pensáis de sustentar los pabellones  
en tiempo que estáis más amedrentados,  
y más vuestros contrarios animados?

Es, a mi parecer, loca osadía  
querer contra nosotros sustentaros,  
pues ni por arte, maña ni otra vía  
podéis en nuestro daño aprovecharos.  
Si lo queréis llevar por valentía,  
baste el presente estrago a escarmentaros,  
que fresca sangre aún vierten las heridas  
y della aquí las yerbas veo teñidas.

Pues dejar yo jamás de perseguiros,  
según que lo juré, será escusado.  
Hasta dentro de España he de seguiros,  
que así lo he prometido al gran Senado;  
mas si queréis en tiempo reduciros  
haciendo lo que aquí os será mandado,  
saldré de la promesa y juramento  
y vosotros saldréis de perdimiento.

«Treinta mujeres vírgines apuestas  
por tal concierto habéis de dar cada año,  
blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,  
de quince años a veinte, sin engaño.  
Han de ser españolas, y tras éstas,

treinta capas de verde y fino paño,  
y otras treinta de púrpura tejidas,  
con fino hilo de oro guarnecidas.

También doce caballos poderosos,  
nuevos y ricamente enjaezados,  
domésticos, ligeros y furiosos,  
debajo de la rienda concertados  
y seis diestros lebreles animosos  
en la caza me habéis de dar cebados:  
este solo tributo estorbaría  
lo que estorbar el mundo no podría».

Atento el castellano lo escuchaba,  
estando de la plática gustoso,  
mas cuando a estas razones allegaba  
no pudo aquí tener ya más reposo;  
así impaciente al bárbaro atajaba,  
diciéndole: «No estés tan orgulloso,  
que las parias, que pides, ¡oh Lautaro!,  
te costarán, si esperas, presto caro.

En pago de tu loco atrevimiento  
te darán españoles por tributo  
cruda muerte con áspero tormento,  
y Arauco cubrirán de eterno luto».  
Lautaro dijo: «Es eso hablar al viento.  
Sobre ello, Marcos, más yo no disputo:  
las armas, no la lengua, han de tratarlo  
y la fuerza y valor determinar.

Libre puedes decir lo que quisieres  
como aquel que seguro le está dado,  
que tú después harás lo que pudieres  
y yo podré hacer lo que he jurado;  
tratemos de otras cosas de placeres,  
quede para su tiempo comenzado,  
y quiérote mostrar, pues tiempo hallo,  
una lucida escuadra de caballo.

Que para que no andéis tan al seguro,  
acuerdo de tener también caballos  
y de imponer mis súbditos procuro  
a saberlos tratar y gobernallos».  
Esto dijo Lautaro y desde el muro,  
a seis dispuestos mozos, sus vasallos,  
mandó que en seis caballos cabalgasen  
y por delante dél los paseasen.

Por las dos puentes, a la vez caladas,  
salieron a caballo seis chilcanos,  
pintadas y anchas dargas embrazadas,  
gruesas lanzas terciadas en las manos;  
vestidas fuertes cotas y tocadas  
las cabezas, al modo de africanos,  
mantos por las caderas derribados,  
los brazos hasta el codo arremangados.

Y con airosa muestra, por delante  
del atento español dos vueltas dieron;  
pero ni de su puesto y buen semblante,  
punto que se notase le movieron,  
antes con muestra y ánimo arrogante,  
en alta voz, que todos lo entendieron  
(que el muro estaba ya lleno de gente),

habló así con Lautaro libremente:  
«En vano, ¡oh capitán! cierto trabaja  
quien pretende con fieros espantarme;  
no estimo lo que vees en una paja  
ni alardes pueden punto amedrentarme.  
Y por mostrar si temo la ventaja  
yo solo con los seis quiero probarme,  
do verás que a seis mil seré bastante:  
vengan luego a la prueba aquí delante».

Lautaro respondió: «Marcos, si mueres  
tanto por nos mostrar tu fuerza y brío,  
el mínimo que dellos escogieres  
a pie vendrá contigo en desafío  
del modo y la manera que quisieres.  
Elige armas y campo a tu albedrío,  
ora con ellas, ora desarmados,  
a puños, coces, uñas y a bocados».

El español le dijo: «Yo te digo  
que mi honor en tal caso no consiente  
darles uno por uno su castigo,  
porque jamás se diga entre la gente  
que cuerpo a cuerpo bárbaro conmigo  
en campo osase entrar singularmente;  
por tanto, si no quieres lo que pido  
no quiero yo acetar otro partido».

No vinieron en esto a concertarse;  
después por otras cosas discurrieron  
pero llegado el tiempo de apartarse,  
del bárbaro los dos se despidieron.  
Vueltos a su camino, oyen llamarse,  
y a la voz conocida revolvieron,  
que era el mesmo Lautaro quien llamaba  
diciendo: «Una razón se me olvidaba.

Tengo mi gente triste y afligida,  
con gran necesidad de bastimento,  
que me falta del todo la comida  
por orden mala y poco regimiento;  
pues la tenéis de sobra recogida,  
haced un liberal repartimiento  
proveyéndonos della que, a mi cuenta,  
más la gloria y honor vuestro acrecienta.

Que en el ínclito Estado es uso antiguo  
y entre buenos soldados ley guardada,  
alimentar la fuerza al enemigo  
para solo oprimirle por la espada.  
Estad, Marcos, atento a lo que digo,  
y entended que será cosa loada  
que digan que las fuerzas sojuzgastes  
que para mayor triunfo alimentastes.

Que se llame vitoria yo lo dudo  
cuando el contrario a tal extremo viene,  
que en aquello que nunca el valor pudo  
la hambre miserable poder tiene;  
y al fuerte brazo indómito y membrudo,  
lo debilita, doma y lo detiene;  
y así por bajo modo y estrechez  
viene a parecer fuerte la flaqueza».

Era, Señor, su intento que pensase

ser la necesidad fingida, cierta,  
para que nuestra gente se animase,  
de industria abriendo aquella falsa puerta;  
y con esto inducirla a que esperase,  
teniendo así su astucia más cubierta,  
hasta que el fin llegase deseado  
del cauteloso engaño fabricado.

Marcos, de las palabras comovido,  
le dice: «Yo prometo de intentallo  
por sólo esas razones que has movido  
y hacer todo el poder en procurallo».  
Habiéndose con esto despedido,  
revolviendo las riendas al caballo,  
él y su compañero caminaron  
hasta que al español campo llegaron.

De todo al punto Villagrán informado  
cuanto a Marcos, Lautaro dicho había,  
sospechoso, confuso y admirado  
de ver que bastimentos le pedía.  
Era sagaz, celoso y recatado;  
revolviendo la presta fantasía,  
los secretos designios comprehende  
y el peligroso estado y trance entiende.

Y en el presto remedio resoluto,  
cuando el mundo se muestra más oscuro,  
sin tocar trompa, del peligro instruto,  
toma el camino a la ciudad seguro,  
maravillado del ardid astuto.  
Pero de nuestra gente ahora no curo,  
que quiero antes decir el modo extraño  
de la ingeniosa astucia y nuevo engaño.

Aún no era bien la nueva luz llegada,  
cuando luego los bárbaros supieron  
la súbita partida y retirada,  
que no con poca muestra lo sintieron,  
viendo claro que al fin de la jornada  
por un espacio breve no pudieron  
hacer en los cristianos tal matanza  
que nadie dellos más tomara lanza.

Que aquel sitio cercado de montaña,  
que es en un bajo y recogido llano,  
de acequias copiosísimas se baña  
por zanjias con industria hechas a mano.  
Rotas al nacimiento, la campaña  
se hace en breve un lago y gran pantano;  
la tierra es honda, floja, anegadiza,  
hueca, falsa, esponjada y movediza.

Quedaran, si las zanjias se rompieran,  
en agua aquellos campos empapados;  
moverse los caballos no pudieran  
en pegajosos lodos atascados,  
adonde, si aguardaran, los cogieran  
como en liga a los pájaros cebados;  
que ya Lautaro, con despacho presto,  
había en ejecución el ardid puesto.

Triste por la partida y con despecho  
la fuerza desampara el mismo día,  
y el camino de Arauco más derecho,

marcha con su escuadrón de infantería.  
Revuelve y traza en el cuidadoso pecho  
diversas cosas y en ninguna había  
el consuelo y disculpa que buscaba  
y entre sí razonando sospiraba  
diciendo: «¿Qué color puede bastarme  
para ser desta culpa reservado?  
¿No pretendí yo mucho de encargarme  
de cosa que me deja bien cargado?  
¿De quién sino de mí puedo quejarme  
pues todo por mi mano se ha guiado?  
¿Soy yo quien prometió en un año solo  
de conquistar del uno al otro polo?

Mientras que yo con tan lucida gente  
ver el muro español aún no he podido,  
la luna ya tres veces frente a frente  
ha visto nuestro campo mal regido,  
y el carro de Faetón resplandeciente  
del Escorpio al Acuario ha discurrido;  
y al fin damos la vuelta maltratados  
con pérdida de más de cien soldados.

Si con morir tuviese confianza  
que una vergüenza tal se colorase,  
haría a mi inútil brazo que esta lanza  
el débil corazón me atravesase;  
pero daría de mí mayor venganza  
y gloria al enemigo si pensase  
que temí más su brazo poderoso  
que el flaco mío, cobarde y temeroso.

Yo juro al infernal poder eterno  
(si la muerte en un año no me atierra)  
de echar de Chile el español gobierno  
y de sangre empapar toda la tierra;  
ni mudanza, calor, ni crudo invierno  
podrán romper el hilo de la guerra  
y dentro del profundo reino oscuro  
no se verá español de mí seguro».

Hizo también solene juramento  
de no volver jamás al nido caro  
ni del agua, del sol, sereno y viento  
ponerse a la defensa ni al reparo;  
ni de tratar en cosas de contento  
hasta que el mundo entienda de Lautaro  
que cosa no emprendió dificultosa  
sin darla con valor salida honrosa.

En esto le parece que aflojaba  
la cuerda del dolor que a veces, tanto  
con grave y dura afrenta le apretaba,  
que de perder el seso estuvo a canto.  
Así el feroz Lautaro caminaba  
y al fin de tres jornadas, entretanto  
que esperado tiempo se avecina  
se aloja en una vega a la marina,  
junto adonde con recio movimiento  
baja de un monte Itata caudaloso,  
atravesando aquel umbroso asiento  
con sesgo curso, grave y espacioso,  
los árboles provocan a contento,  
el viento sopla allí más amoroso,

burlando con las tiernas florecillas  
rojas, azules, blancas y amarillas.

Siete leguas de Penco justamente  
es esta deleitosa y fértil tierra,  
abundante, capaz y suficiente  
para poder sufrir gente de guerra.  
Tiene cerca a la banda del oriente  
la grande cordillera y alta sierra,  
de donde el raudo Itata apresurado  
baja a dar su tributo al mar salado.

Fue un tiempo de españoles pero había  
la prometida fe ya quebrantado,  
viendo que la fortuna parecía  
declarada de parte del Estado,  
el cual veinte y dos leguas contenía:  
éste era su distrito señalado,  
pero tan grande crédito alcanzaba  
que toda la nación le respetaba.

Los españoles ánimos briosos  
éste los puso humildes por el suelo;  
éste los bajos, tristes y medrosos  
hace que se levanten contra el cielo;  
y los estraños pueblos poderosos  
de miedo déste viven con recelo:  
los remotos vecinos y estrañeros  
se rinden y someten a sus fueros.

Pues la flor del Estado deseando  
estaba al tardo tiempo en esta vega,  
tardo para quien gusto está esperando,  
que al que no espera bien, bien presto llega;  
pero el tiempo y sazón apresurando,  
a sus valientes bárbaros congrega  
y antes que se metiesen en la vía,  
estas breves razones les decía:

«Amigos, si entendiese que el deseo  
de combatir, sin otro miramiento,  
y la fogosa gana que en vos veo  
fuese de la vitoria el fundamento,  
hágaos saber de mí que cierto creo  
estar en vuestra mano el vencimiento  
y un paso atrás volver no me hiciera,  
si el mundo sobre mí todo viniera.

Mas no es sólo con ánimo adquirida  
una cosa difícil y pesada:  
¿qué aprovecha el esfuerzo sin medida,  
si tenemos la fuerza limitada?  
Mas ésta, aunque con límite, regida  
por industrioso ingenio y gobernada,  
de duras y de muy dificultosas  
hace llanas y fáciles las cosas.

¿Cuántos vemos el crédito perdido  
en afrentoso y mísero destierro,  
por sólo haber sin término ofrecido  
el pecho osado al enemigo hierro?  
Que no es valor, mas antes es tenido  
por loco, temerario y torpe yerro:  
valor es ser al orden obediente,  
y locura sin orden ser valiente.

Como en este negocio y gran jornada  
con tanto esfuerzo así nos destruimos,  
fue porque no miramos jamás nada  
sino al ciego apetito a quién seguimos;  
que a no perder, por furia anticipada,  
el tiempo y coyuntura que tuvimos,  
no quedara español ni cosa alguna  
a la disposición de la Fortuna.

Si al entrar de la fuerza reportados  
allí algún sufrimiento se tuviera,  
fueran vuestros esfuerzos celebrados,  
pues ningún enemigo se nos fuera;  
en la ciudad estaban descuidados:  
con la gente que andaba por de fuera  
hiciéramos un hecho y una suerte,  
que no la consumieran tiempo y muerte.

Pero quiero poner advertencia  
que habéis por la razón de gobernaros,  
haciendo al movimiento resistencia  
hasta que la sazón venga a llamaros;  
y no salirme un punto de obediencia  
ni a lo que no os mandare adelantaros,  
que en el inobediente y atrevido  
haré ejemplar castigo nunca oído.

Y pues volvemos ya donde se muestra  
nuestro poco valor, por mal regidos,  
en fe que habéis de ser, alzo la diestra,  
en el primer honor restituidos,  
o el campo regará la sangre nuestra  
y habemos de quedar en él rendidos  
por pasto de las brutas bestias fieras  
y de las sucias aves carniceras».

Con esto fue la plática acabada  
y la trompeta a levantar tocando,  
dieron nuevo principio a su jornada  
con la usada presteza caminando;  
yendo así, al descubrir de una ensenada,  
por Mataquito a la derecha entrando,  
un bárbaro encontraron por la vía  
que del pueblo les dijo que venía.

Éste les afirmó con juramento  
que en Mapocho se sabe su venida:  
ora les dio la nueva della el viento,  
ora de espías solícitas sabida;  
también que de copioso bastimento  
estaba la ciudad ya prevenida,  
con defensas, reparos, provisiones,  
pertrechos, aparatos, municiones.

Certificado bien Lautaro desto,  
muda el primer intento que traía,  
viendo ser temerario presupuesto  
seguirle con tan poca compañía;  
piensa juntar más gentes y de presto  
un fuerte asiento que en el valle había,  
con ingenio y cuidado diligente  
comienza a reforzarle nuevamente.

Con la priesa que dio, dentro metido,

y ser dispuesto el sitio y reparado,  
fue en breve aquel lugar fortalecido  
de foso y fuerte muro rodeado.  
Gente a la fama desto había acudido,  
codiciosa del robo deseado;  
forzoso me es pasar de aquí corriendo  
que siento en nuestro pueblo un gran estruendo.

Sábese en la ciudad por cosa cierta  
que a toda furia el hijo de Pillano  
guiando un escuadrón de gente experta  
viene sobre ella con armada mano.  
El súbito temor puso en alerta  
y confusión al pueblo castellano;  
mas la sangre, que el miedo helado había,  
de un ardiente coraje se encendía.

A las armas acuden los briosos  
y aquellos que los años agravaban,  
con industrias y avisos provechosos  
la tierra y partes flacas reparaban;  
tras estos, treinta mozos animosos  
y un astuto caudillo se aprestaban,  
que con algunos bárbaros amigos  
fuesen a descubrir los enemigos.

Villagrá a la sazón no residía  
en el pueblo español alborotado;  
que para la Imperial partido había  
por camino de Arauco desviado.  
Mas ya con nueva gente revolvía  
y junto de do el bárbaro cercado  
de gruesos troncos y fajina estaba,  
sin saberlo una noche se alojaba.

Cuando la alegre y fresca aurora vino  
y él la nueva jornada comenzaba,  
al calar de una loma, en el camino  
un comarcano bárbaro encontraba,  
el cual le dio la nueva del vecino  
campo y razón de cuanto en él pasaba,  
que todo bien el mozo lo sabía,  
como aquel que a robar de allá venía.

Entendió el español del indio cuanto  
el bárbaro enemigo determina,  
y cómo allega gentes, entretanto  
que el oportuno tiempo se avecina:  
no puso a los cautenes esto espanto  
y más cuando supieron que vecina  
venía también la gente nuestra armada,  
que dellos aún no estaba una jornada.

Villagrán le pregunta si podría  
ganar al araucano la albarrada;  
sonriéndose el indio respondía  
ser cosa de intentar bien escusada  
por el reparo y sitio que tenía,  
y estar por las espaldas abrigada  
de una tajada y peñascosa sierra  
que por aquella parte el fuerte cierra.

Díjole Villagrán: «Yo determino  
por esa relación tuya guiarme,  
y abrir, por la montaña alta el camino

que quiero a cualquier cosa aventurarme;  
y si donde está el campo lautarino  
en una noche puedes tú llevarme,  
del trabajo serás gratificado  
y al fuego, si me mientes, entregado».

Sin temor dice el bárbaro: «Yo juro  
en menos de una noche de llevarte  
por difícil camino aunque seguro:  
de esta palabra puedes confiarte.  
De Lautaro después no te aseguro,  
ni tu gente y amigos serán parte  
a que, si vais allá, no os coja a todos  
y os dé civiles muertes de mil modos».

No le movió el temor que le ponía  
a Villagrán el bárbaro guerrero,  
que, visto cuán sin miedo se ofrecía,  
le pareció de trato verdadero;  
y a la gente del pueblo que venía  
despacha un diligente mensajero  
para que con la priesa conveniente  
con él venga a juntarse brevemente.

Pues otro día allí juntos, se dejaron  
ir por do quiso el bárbaro guiallos,  
y en la cerrada noche no cesaron  
de afligir con espuelas los caballos.  
Después se contará lo que pasaron,  
que cumple por agora aquí dejallos  
por decir la venida en esta tierra  
de quien dio nuevas fuerzas a la guerra.

Hasta aquí lo que en suma he referido  
yo no estuve, Señor, presente a ello  
y así, de sospechoso, no he querido  
de parciales intérpretes sabello;  
de ambas las mismas partes lo he aprendido,  
y pongo justamente sólo aquello  
en que todos concuerdan y confieren  
y en lo que en general menos difieren.

Pues que en autoridad de lo que digo  
vemos que hay tanta sangre derramada,  
prosiguiendo adelante, yo me obligo  
que irá la historia más autorizada;  
podré ya discurrir como testigo  
que fui presente a toda la jornada,  
sin cegarme pasión, de la cual huyo,  
ni quitar a ninguno lo que es suyo.

Pisada en esta tierra no han pisado  
que no haya por mis pies sido medida;  
golpe ni cuchillada no se ha dado,  
que no diga de quién es la herida;  
de las pocas que di estoy disculpado,  
pues tanto por mirar embebecida  
truje la mente en esto y ocupada  
que se olvidaba el brazo de la espada.

Si causa me incitó a que yo escribiese  
con mi pobre talento y torpe pluma,  
fue que tanto valor no pereziese,  
ni el tiempo injustamente lo consuma;  
quel mostrarme yo sabio me moviese

ninguno que lo fuere lo presuma;  
que, cierto bien entiendo mi pobreza  
y de las flacas sienes la estrechez.

De mi poco caudal bastante indicio  
y testimonio aquí patente queda;  
va la verdad desnuda de artificio  
para que más segura pasar pueda;  
pero, si fuera desto lleva vicio,  
pido que por merced se me conceda  
se mire en esta parte el buen intento  
que es sólo de acertar y dar contento.

Que aunque la barba el rostro no ha ocupado  
y la pluma a escribir tanto se atreve  
que de crédito estoy necesitado,  
pues tan poco a mis años se le debe,  
espero que será, Señor, mirado  
el celo justo y causa que me mueve,  
y esto y la voluntad se tome en cuenta  
para que algún error se me consienta.

Quiero dejar a Arauco por un rato,  
que para mi discurso es importante  
lo que forzado aquí del Pirú trato  
aunque de su comarca es bien distante;  
y para que se entienda más barato  
y con facilidad lo de adelante,  
si Lautaro me deja, diré en breve  
la gente que en su daño ahora se mueve.

El Marqués de Cañete era llegado,  
a la ciudad insigne de Los Reyes,  
de Carlos Quinto Máximo enviado  
a la guarda y reparo de sus leyes;  
éste fue por sus partes señalado  
para virrey de donde dos virreyes  
por los rebeldes brazos atrevidos  
habían sido a la muerte conducidos.

Oliendo el Virrey nuevo las pasiones  
y maldades por uso introducidas,  
el ánimo dispuesto a alteraciones  
en leal apariencia entretejidas,  
los agravios, insultos y traiciones  
con tanta desvergüenza cometidas,  
viendo que aun el tirano no hedía,  
que, aunque muerto, de fresco se bullía,  
entró como sagaz y receloso,  
no mostrando el cuchillo y duro hierro,  
que fuera en aquel tiempo peligroso  
y dar con hierro en un notable yerro,  
mostrándose benigno y amoroso  
trayéndoles la mano por el cerro,  
hasta tomar el paso a la malicia  
y dar más fuerza y mano a la justicia.

En tanto que las cosas disponía  
para limpiar del todo las maldades,  
quitando las justicias, las ponía  
de su mano por todas las ciudades;  
éstas eran personas que entendía  
haber en ellas justas calidades,  
de Dios, del Rey, del mundo temerosas,

en semejantes cargos provechosas.

Entretenía la gente y sustentaba  
con són de un general repartimiento,  
y el más culpado más premio esperaba,  
fundado en el pasado regimiento.  
El Marqués entretanto se informaba,  
llevando deste error diverso intento,  
que no sólo dio pena a los culpados  
mas renovó los yerros perdonados;  
pues cuando con el tiempo ya pensaron  
que estaban sus insultos encubiertos,  
en público pregón se renovaron,  
y fueron con castigo descubiertos:  
que casi en los más pueblos que pecaron  
amanecieron en un tiempo muertos  
aquellos que con más poder y mano  
habían seguido el bando del tirano.

No condeno, Señor, los que murieron  
pues fueron perdonados y admitidos  
cuando a vuestro servicio en sazón fueron,  
y en importante tiempo reducidos,  
quedando los errores que tuvieron  
a vuestra gran clemencia remitidos.  
De vos solo, Señor, es el juzgarlos,  
y el poderlos salvar o condenarlos.

Dar mi decreto en esto yo no puedo,  
que siempre en casos de honra lo rehuso;  
sólo digo el terror y estraño miedo  
que en la gente soberbia el Marqués puso  
con el castigo, a la sazón acedo,  
dejando el reino atónito y confuso,  
del temerario hecho tan dudoso  
que aun era imaginarlo peligroso.

A quien hallaba culpa conocida  
del Pirú le destierra en penitencia,  
que es entre ellos la afrenta más sentida,  
y que más examina la paciencia;  
el justo de ejemplar y llana vida  
temeroso escudriña la conciencia,  
viendo el rigor de la justicia airada  
que ya desenvainado había la espada.

Y algunos capitanes y soldados  
que con lustre sirvieron en la guerra  
y esperaban de ser gratificados  
conforme a los humores de la tierra,  
recelando tenerlos agraviados  
del reino en són de presos los destierra,  
remitiendo las pagas a la mano  
de Rey tan poderoso y soberano.

Esto puso suspensa más la gente,  
la causa del destierro no sabiendo,  
no entiende si es injusta o justamente;  
sólo sabe callar y estar tremiendo;  
teme la furia y el rigor presente  
y a inquirir la razón no se atreviendo,  
tiende a cualquier rumor atento oído,  
mas no puede sentir más del ruido.

Temor, silencio y confusión andaba,

atónita la gente discurría,  
nadie la oculta causa preguntaba,  
que aun preguntar error le parecía;  
por saber, uno a otro se miraba  
y el más sabio los hombros encogía,  
temiendo el golpe del furor presente,  
movido al parecer por accidente.

Fue hecho tan sagaz, grande y osado  
que pocos con razón le van delante,  
asaz en estos tiempos celebrado  
y a los ánimos sueltos importante;  
por él quedó el Pirú atemorizado,  
temerario, rebelde y arrogante  
y a la justicia el paso más seguro,  
con mayor esperanza en lo futuro.

Así enfrenó el Pirú con un bocado  
que no le romperá jamás la rienda,  
haciendo al ambicioso y alterado  
contentarse con sola su hacienda,  
y el bullicio y deseo desordenado  
le redujo a quietud y nueva emienda;  
que poco lo mal puesto permanece  
como por la experiencia al fin parece.

Quien antes no pensaba estar contento  
con veinte o treinta mil pesos de renta,  
enfrena de tal suerte el pensamiento  
que sólo con la vida se contenta;  
después hizo el Marqués repartimiento  
entre los beneméritos de cuenta,  
para esforzar los ánimos caídos  
y dar mayor tormento a los perdidos.

Con ejemplos así y acaecimientos,  
¿cómo vemos que tantos van errados,  
que sobre arena y frágiles cimientos  
fabrican edificios levantados?  
Bien se muestran sus flacos fundamentos,  
pues por tierra tan presto derribados  
con afrentoso nombre y voz los vemos,  
huyendo su infición cuanto podemos.

¡Oh vano error!, ¡oh necio desconcierto  
del torpe que con ánimo inorante  
no mira en el peligro y paso incierto  
las pisadas de aquel que va delante,  
teniendo, a costa ajena, ejemplo cierto,  
que el brazo del amigo más constante  
ha de esparcir su sangre en su disculpa,  
lavando allí la espada de la culpa!

Quiero que esté algún tiempo falsamente  
sobre traidores hombros sostenido:  
que el viento que se mueva de repente  
le aflige, altera y turba aquel ruido,  
pues que cuando la voz del Rey se siente  
no hay són tan duro y áspero al oído  
que tiene solo el nombre fuerza tanta  
que los huesos le oprime y le quebranta.

Que le asome Fortuna algún contento,  
¡con cuántos sinsabores va mezclado  
aquel recelo, aquel desabrimiento,

aquel triste vivir tan recatado!  
Traga el duro morir cada momento,  
témese del que está más confiado,  
que la vida antes libre y amparada  
está sujeta ya a cualquiera espada.

Negando al Rey la deuda y obediencia,  
se somete al más mínimo soldado  
poniendo en contentarle diligencia  
con gran miedo y solícito cuidado;  
y aquellos más amigos en presencia,  
las lanzas le enderezan al costado  
y sobre la cabeza aparejadas  
le están amenazando mil espadas.

Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta,  
cualquier secreto piensa que negarle;  
si el brazo mueve alguno y lo levanta,  
piensa el triste que fue para matarle:  
la sogá arrastra, el lazo a la garganta,  
¿qué confianza puede asegurarle?  
pues mal el que negar al Rey procura  
tendrá con un tirano fe segura.

Si no bastare verlos acabados  
tan presto, y que ninguno permanece,  
y los rollos y términos poblados  
de quien tan justamente lo merece:  
bandos, casas, linajes estragados,  
con nombre que los mancha y escurece;  
baste la obligación con que nacemos  
que a Nuestro Rey y príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo  
del discurso y materia que seguía  
pero aunque vaya ciego discurriendo  
por caminos más ásperos sin guía,  
del encendido Marte el són horrendo  
me hará que atine a la derecha vía;  
y así seguro desto y confiado  
me atrevo a reposar, que estoy cansado.

### Canto XIII

*Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Pirú, llegan mensajeros de Chile a pedirle socorro; el cual, vista ser su demanda importante y justa, se le envía grande por mar y por tierra. También contiene al cabo este canto cómo Francisco de Villagrán, guiado por un indio, viene sobre Lautaro*

Dichoso con razón puede llamarse  
aquel que en los peligros arrojado  
dellos sabe salir sin ensuciarse  
y libre de poder ser imputado;  
pero quien éstos puede desviarse  
le tengo por más bienaventurado;  
aunque el peligro afina lo perfeto,  
aquel que dél se aparta es el discreto:

que muchas veces da la fantasía  
en cosas que seguro nos promete,  
y un ánimo a salir con ellas cría,  
que con temeridad las acomete;  
después en el peligro desvaría,  
y no acierta a salir de a do se mete,  
que la señora al siervo sometida  
pierde la fuerza y tino a la salida.

Veréis en el Pirú que han procurado  
levantar el tirano y ayudarle,  
para sólo mostrar, después de alzado,  
la traidora lealtad en derribarle;  
y con designio y ánimo dañado  
le dan fuerza, y después viene a matarle  
la espada infiel de la maldad autora,  
al Rey y amigos pérfida y traidora.

Fraguan la guerra, atizan disensiones  
en hábito leal, aunque engañoso,  
pensando de subir más escalones  
por un áspero atajo y tropezoso.  
Al cabo las malvadas intenciones  
vienen a fin tan malo y afrentoso  
como veréis, si bien miráis la guerra  
civil y alteraciones desta tierra.

Deshechos, pues, del todo los ñublados  
por el audaz marqués y su prudencia,  
curando con rigor los alterados  
como quien entendió bien la dolencia,  
en nombre de su Rey, a otros tocados  
de aquel olor, descubre la clemencia  
que hasta allí del rigor cubierta estaba,  
con general perdón que los lavaba.

No el atrevido caso y espantoso  
en el Pirú jamás acontecido,  
ni el ejemplar castigo riguroso  
que amansó el fiero pueblo embravecido  
fue en tal tiempo bastante y poderoso  
de ensordecir el bárbaro ruido  
y la voz araucana y clara fama  
que en aquellas provincias se derrama.

Nuevas por mar y tierra eran llegadas  
del daño y perdición de nuestra gente  
por las vitorias grandes y jornadas

del araucano bárbaro potente;  
pidiendo las ciudades apretadas  
presuroso socorro y suficiente,  
haciendo relación de cómo estaban  
y de todas las cosas que pasaban.

Gerónimo Alderete, Adelantado,  
a quien era el gobierno cometido,  
hombre en estas provincias señalado  
y en gran figura y crédito tenido,  
donde como animoso y buen soldado  
había grandes trabajos padecido,  
-no pongo su proceso en esta historia,  
que dél la general hará memoria-

presente no se halla a tanta guerra  
y a tales desventuras y contrastes;  
mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra,  
cuando la fe de nuevo allí plantastes.  
Allí le distes cargo desta tierra,  
de allí con gran favor le despachastes,  
pero cortóle el áspero destino  
el hilo de la vida en el camino.

Fue su llorada muerte asaz sentida,  
y más el sentimiento acrecentaba  
ver el gobierno y tierra tan perdida,  
que cada uno por sí se gobernaba.  
Andaba la discordia ya encendida,  
la ambición del mandar se desmandaba;  
al fin, es imposible que acaezca  
que un cuerpo sin cabeza permanezca.

Aquellos que de Chile habían venido  
a pedir el socorro necesario,  
viendo a su Adelantado fallecido  
y todo a su propósito contrario,  
con un semblante triste y afligido,  
de parecer de todos voluntario,  
piden a don Hurtado que se vea  
y de remedio presto los provea,

diciendo: «Varón claro y excelente,  
nuestra necesidad te es manifiesta,  
y la fuerza del bárbaro potente  
que tiene a Chile en tanto estrecho puesta;  
el más fuerte remedio es llevar gente,  
ésta ya puedes ver cuán cara cuesta.  
De parte de tu Rey te requerimos  
nos concedas aquí lo que pedimos.

A tu hijo, ¡oh Marqués!, te demandamos,  
en quien tanta virtud y gracia cabe,  
porque con su persona confiamos  
que nuestra desventura y mal se acabe;  
de sus partes, señor, nos contentamos,  
pues que por natural cosa se sabe,  
y aun acá en el común es habla vieja,  
que nunca del león nació la oveja.

Y pues hay tanta falta de guerreros,  
haciendo esta jornada don García  
se moverá el común y caballeros,  
alegres de llevar tan buena guía;  
y lo que no podrán muchos dineros

podrá el amor y buena compañía  
o la vergüenza y miedo de enojarte  
o su propio interés en agradarle».

El Marqués de Cañete, respondiendo  
a la justa demanda alegremente,  
vino en ella de grado, conociendo  
ser cosa necesaria y conveniente;  
y el hijo, hacienda y deudos ofreciendo,  
al punto derramó en toda la gente  
gran gana de pasar aquella tierra,  
a ejercitar las armas en tal guerra.

Uno se ofrece allí y otro se ofrece,  
así gran gente en número se mueve  
y aquel que no lo hace, le parece  
que falta y no responde a lo que debe;  
hasta en cansados viejos reverdece  
el ardor juvenil y se remueve  
el flaco humor y sangre casi helada  
con el alegre son desta jornada.

¡Oh valientes soldados araucanos,  
las armas prevenid y corazones,  
y el usado valor de vuestras manos  
temido en las antárticas regiones,  
que gran copia de jóvenes lozanos  
descoge en vuestro daño sus pendones,  
pensando entrar por toda vuestra tierra  
haciendo fiero estrago y cruda guerra!

No con los hierros botos y mohosos  
de los que las paredes hermocean,  
ni brazos del torpe ocio perezosos  
que con gran pesadumbre se rodean,  
ni los ánimos hechos a reposos,  
que cualquiera mudanza en que se vean  
los altera, los turba y entorpece  
y el desusado són los desvanece;

mas hierros templadísimos y agudos  
en sangre de tiranos afilados,  
fuertes brazos, robustos y membrudos,  
en dar golpes de muerte ejercitados;  
ánimos libres de temor desnudos,  
en los peligros siempre habituados,  
que el són horrendo que a otros atormenta  
los alegra, despierta y alimenta.

Cosas destas yo pienso que ninguna  
os puede derribar de vuestro estado;  
mas tiéneme dudoso sola una,  
que nadie della ha sido reservado;  
ésta es la usada vuelta de Fortuna  
que siempre alegre rostro os ha mostrado,  
y es inconstante, falsa y variable,  
en el mal firme y en el bien mudable.

Que si la guerra el español procura  
haciendo de su espada ufana muestra,  
querríale preguntar si por ventura  
corta por más lugares que la vuestra;  
si la fuerza del brazo le asegura  
del poder vuestro y vencedora diestra  
verá, si mira bien en lo pasado,

el campo, de sus huesos ocupado.

No sé; pero soberbio y encendido  
en bélico furor el pueblo veo,  
y al más triste español apercebido  
de armas, rico aparato y buen deseo.  
¡Oh Arauco!, yo te juzgo por perdido;  
si las obras igualan al arreo  
y no tiembla el camino esta braveza  
¡ay de tu presunción y fortaleza!

Del apartado Quito se movieron  
gentes para hallarse en esta guerra;  
de Loxa, Piura, de Jaén salieron,  
de Truxillo, de Guánuco y su tierra;  
de Guamanga, Arequipa concurrieron  
gran copia; y de los pueblos de la sierra,  
La Paz, Cuzco y los Charcas bien armados  
bajaron muchos pláticos soldados.

Treme la tierra, brama el mar hinchado  
del estruendo, tumultos y rumores  
que suenan por el aire alborotado  
de pífaros, trompetas y atambores  
contra el rebelde pueblo libertado,  
amenazando ya sus defensores  
con gruesa y reforzada artillería,  
que dentro del Estado el són se oía.

De aparatos, jaeces, guarniciones  
los gallardos soldados se arreaban;  
sobrevistas y galas, invenciones  
nuevas y costosísimas sacaban;  
estandartes, enseñas y pendones  
al viento en cada calle tremolaban;  
vieron sastres y obreros ocupados  
en hechuras, recamos y bordados.

Con el concurso y junta de guerreros  
el grande estruendo y trápala crecía,  
y los prestos martillos de herreros  
formaban dura y áspera armonía;  
el rumor de solícitos armeros  
todo el ancho contorno ensordecía;  
los celosos caballos, de lozanos  
relinchando, triscaban con las manos.

Andaba así la gente embarazada  
con el nuevo bullicio de la guerra,  
mas ya de lo importante aparejada  
un caudillo salió luego por tierra;  
llevando copia della encomendada  
atravesó a Atacama y la alta sierra  
con la desierta costa y despoblados,  
de osamenta de bárbaros sembrados.

La gente principal, todo aprestado,  
y reliquias del campo que quedaban,  
para romper el mar alborotado  
otra cosa que tiempo no aguardaban.  
Mas viendo el cielo ya desocupado  
y que las bravas olas aplacaban,  
con ordenada muestra y rico alarde  
salieron de Los Reyes una tarde.

Yo con ellos también, que en el servicio  
vuestro empecé y acabaré la vida,  
que estando en Inglaterra en el oficio  
que aun la espada no me era permitida,  
llegó allí la maldad en deservicio  
vuestro, por los de Arauco cometida,  
y la gran desvergüenza de la gente  
a la Real Corona inobediente.

Y con vuestra licencia, en compañía  
del nuevo capitán y Adelantado  
caminé desde Londres hasta el día  
que le dejé en Taboga sepultado;  
de donde, con trabajos y porfía,  
de la fortuna y vientos arrojado,  
llegué a tiempo que pude juntamente  
salir con tan lucida y buena gente.

Otro escuadrón de amigos se me olvida,  
no menos que nosotros necesarios,  
gente templada, mansa y recogida,  
de frailes, provisos, comisarios,  
teólogos de honesta y santa vida,  
franciscos, dominicos, mercenarios,  
para evitar insultos de la guerra,  
usados más allí que en otra tierra.

De varias profesiones y colores  
sale de Lima una lucida banda  
y en el puerto tendidas por las flores  
estaban mesas llenas de vianda  
con vinos de odoríferos sabores,  
donde luego por una y otra banda  
sobre la verde hierba reclinados  
gustamos los manjares delicados.

Alegres los estómagos, contentos  
fuimos a la marina conducidos  
a do de verdes ramos y ornamentos  
estaban los bateles prevenidos,  
y al són de varios y altos instrumentos,  
de los caros amigos despedidos  
en los ligeros barcos nos metemos,  
dando a un tiempo con fuerza al mar los remos.

Los bateles de tierra se alargaban,  
dejando con penosa envidia a aquellos  
que en la arenosa playa se quedaban  
sin apartar los ojos jamás dellos.  
Sobre diez galeones arribaban  
los prestos barcos, y saltando en ellos  
tiempo los marineros no perdieron,  
que las velas al viento descogieron.

De estandartes, banderas, gallardetes  
estaban las diez naves adornadas;  
hiriendo el fresco viento en los trinquetes  
comienzan a moverse sosegadas.  
Suenan cañones, sacres, falconetes,  
y al doblar de la Isleta embarazadas,  
del Austro cargan a babor la escota  
tomando al Su-sudueste la derrota.

Las naos por el contrario mar rompiendo  
la blanca espuma en torno levantaban,

y a la furia del Austro resistiendo  
por fuerza, a su pesar, tierra ganaban;  
pero sobre el Garbino revolviendo  
de la gran cordillera se apartaban  
y de sola una vuelta que viraron  
el Guarco, a lesnordeste se hallaron.

Mas presto por la popa el Guarco vimos  
con Chinca de otro bordo emparejando;  
en alta mar tras éstos nos metimos  
sobre la Nasca fértil arribando;  
y al esforzado Noto resistimos,  
su furia y bravas olas contrastando,  
no bastando los recios movimientos  
de dos tan poderosos elementos.

¿Qué haya en Pirú, no es caso soberano  
tanta mudanza en tres leguas de tierra,  
que cuando es en los llanos el verano,  
los montes el lluvioso invierno cierra?  
Y cuando espesa niebla cubre el llano  
en descubierto hiere el sol la sierra  
y por esta razón van más crecientes  
en el verano abajo las vertientes.

De los vientos, el Austro es el que manda  
que deshace los húmidos ñublados,  
y por todo aquel mar discurre y anda  
del cual son para siempre desterrados;  
los otros vientos reinan a la banda  
de Atacama, y allí son libertados,  
que bajar al Pirú ninguno puede  
ni por natural orden se concede.

Pues las naves, del Austro combatidas,  
las espumosas olas van cortando,  
que de valientes soplos impelidas  
rompen la furia en ellas, azotando  
las levantadas proas guarnecidas  
de planchas de metal... Pero mirando  
al español del bárbaro vecino,  
habré de andar más presto este camino.

Correré a Villagrán, el cual por tierra  
también en su jornada se apresura,  
atravesando la fragosa sierra  
que iguala con las nubes su estatura;  
diré lo que sucede en esta guerra  
y qué rostro le muestra la ventura.  
Mas, porque todo venga a ser más claro,  
quiero tratar un poco de Lautaro

que estaba con su escuadra de guerreros  
en el sitio que dije recogido,  
y de foso, fajina y de maderos  
le había en breve sazón fortalecido.  
Tenía dentro soldados forasteros  
que a fama de la guerra habían venido,  
reparos, bastimentos y otras cosas  
para el lugar y tiempo provechosas.

Sola una senda este lugar tenía  
de alertas centinelas ocupada;  
otra ni rastro alguno no lo había  
por ser casi la tierra despoblada.

Aquella noche el bárbaro dormía  
con la bella Guacolda enamorada,  
a quien él de encendido amor amaba  
y ella por él no menos se abrasaba.

Estaba el araucano despojado  
del vestido de marte embarazoso,  
que aquella sola noche el duro hado  
le dio aparejo y gana de reposo.  
Los ojos le cerró un sueño pesado,  
del cual luego despierta congojoso,  
y la bella Guacolda sin aliento  
la causa le pregunta y sentimiento.

Lautaro le responde: «Amiga mía,  
sabrás que yo soñaba en este instante  
que un soberbio español se me ponía  
con muestra ferocísima delante  
y con violenta mano me oprimía  
la fuerza y corazón, sin ser bastante  
de poderme valer; y en aquel punto  
me despertó la rabia y pena junto».

Ella en esto soltó la voz turbada  
diciendo: «¡Ay, que he soñado también cuanto  
de mi dicha temí, y es ya llegada  
la fin tuya y principio de mi llanto!  
Mas no podré ya ser tan desdichada  
ni Fortuna conmigo podrá tanto  
que no corte y ataje con la muerte  
el áspero camino de mi suerte.

Trabaje por mostrármeme terrible,  
y del tálamo alegre derribarme,  
que, si revuelve y hace lo posible  
de ti no es poderosa de apartarme:  
aunque el golpe que espero es insufrible,  
podré con otro luego remediarme,  
que no caerá tu cuerpo en tierra frío  
cuando estará en el suelo muerto el mío».

El hijo de Pillán con lazo estrecho  
los brazos por el cuello le ceñía;  
de lágrimas bañando el blanco pecho,  
en nuevo amor ardiendo respondía:  
«No lo tengáis, señora, por tan hecho  
ni turbéis con agüeros mi alegría  
y aquel gozoso estado en que me veo  
pues libre en estos brazos os poseo.

Siento el veros así imaginativa,  
no porque yo me juzgue peligroso;  
mas la llaga de amor está tan viva  
que estoy de lo imposible receloso:  
si vos queréis, señora, que yo viva,  
¿quién a darme la muerte es poderoso?  
Mi vida está sujeta a vuestras manos  
y no a todo el poder de los humanos.

¿Quién el pueblo araucano ha restaurado  
en su reputación que se perdía,  
pues el soberbio cuello no domado  
ya doméstico al yugo sometía?  
Yo soy quien de los hombros le ha quitado  
el español dominio y tiranía:

mi nombre basta solo en esta tierra,  
sin levantar espada, a hacer la guerra.

Cuanto más que, teniéndooos a mi lado  
no tengo qué temer ni daño espero;  
no os dé un sueño, señora, tal cuidado,  
pues no os lo puede dar lo verdadero,  
que ya a poner estoy acostumbrado  
mi fortuna a mayor despeñadero;  
en más peligros que éste me he metido  
y dellos con honor siempre he salido».

Ella, menos segura y más llorosa,  
del cuello de Lautaro se colgaba  
y con piadosos ojos, lastimosa,  
boca con boca así le conjuraba:  
«Si aquella voluntad pura, amorosa,  
que libre os di cuando más libre estaba,  
y dello el alto cielo es buen testigo,  
algo puede, señor, y dulce amigo;

por ella os juro y por aquel tormento  
que sentí cuando vos de mí os partistes  
y por la fe, si no la llevo el viento,  
que allí con tantas lágrimas me distes,  
que a lo menos me deis este contento  
(si alguna vez de mí ya lo tuvistes),  
y es que os vistáis las armas prestamente  
y al muro asista en orden vuestra gente».

El bárbaro responde: «Harto claro  
mi poca estimación por vos se muestra:  
¿en tan flaca opinión está Lautaro  
y en tan poco tenéis la fuerte diestra  
que por la redención del pueblo caro  
ha dado ya de sí bastante muestra?  
¡Buen crédito con vos tengo, por cierto  
pues me lloráis de miedo ya por muerto!»

«¡Ay de mí!, que de vos yo satisfecha  
-dice Guacolda- estoy, mas no segura:  
¿ser vuestro brazo fuerte qué aprovecha,  
si es más fuerte y mayor mi desventura?  
Mas ya que salga cierta mi sospecha,  
el mismo amor que os tengo me asegura  
que la espada que hará el apartamiento,  
hará que vaya en vuestro seguimiento.

Pues ya el preciso hado y dura suerte  
me amenazan con áspera caída  
y forzoso he de ver un mal tan fuerte,  
un mal como es de vos verme partida,  
dejadme llorar antes de mi muerte  
esto poco que queda de mi vida:  
que quien no siente el mal, es argumento  
que tuvo con el bien poco contento».

Tras esto tantas lágrimas vertía  
que mueve a compasión el contemplalla,  
y así el tierno Lautaro no podía  
dejar en tal sazón de acompañalla.  
Pero ya la turbada pluma mía  
que en las cosas de amor nueva se halla,  
confusa, tarda y con temor se mueve  
y a pasar adelante no se atreve.



## Canto XIV

*Llega Francisco de Villagr  de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido. Da al amanecer súbito en ellos y a la primera refriega muere Lautaro. Tr base la batalla con harta sangre de una parte y de otra*

 Cu l será aquella lengua desmandada  
que a ofender las mujeres ya se atreva,  
pues vemos que es pasión averiguada  
la que a bajeza tal y error las lleva,  
si una bárbara moza no obligada  
hace de puro amor tan alta prueba,  
con razones y lágrimas salidas  
de las vivas entrañas encendidas?

Que ni la confianza ni el seguro  
de su amigo le daba algún consuelo,  
ni el fuerte sitio, ni el fosado muro  
le basta asegurar de su recelo;  
que el gran temor nacido de amor puro  
todo lo allana y pone por el suelo,  
sólo halla el reparo de su suerte  
en el mismo peligro de la muerte.

Así los dos unidos corazones  
conformes en amor desconformaban  
y dando dello all  demostraciones  
más el dulce veneno alimentaban.  
Los soldados, en torno los tizonas,  
ya de hablar cansados reposaban,  
teniendo centinelas, como digo,  
y el cerro a las espaldas por abrigo.

Villagr  con silencio y paso presto  
había el áspero monte atravesado,  
no sin grave trabajo, que sin esto  
hacer mucha labor es escusado.  
Llegado junto al fuerte, en un buen puesto,  
viendo que el cielo estaba aun estrellado  
par , esperando el claro y nuevo día,  
que ya por el oriente descubría.

De ninguno fue visto ni sentido:  
la causa era la noche ser oscura  
y haber las centinelas desmentido,  
por parte descuidada por segura;  
caballo no relincha ni hay ruido,  
que est  ya de su parte la ventura:  
Ésta hace las bestias avisadas  
y a las personas, bestias descuidadas.

Cuando ya las tinieblas y aire oscuro  
con la esperada luz se adelgazaban,  
las centinelas puestas por el muro  
al nuevo día de lejos saludaban,  
y pensando tener campo seguro  
también a descansar se retiraban,  
quedando mudo el fuerte y los soldados  
en vino y dulce sueño sepultados.

Era llegada al mundo aquella hora  
que la oscura tiniebla, no pudiendo  
sufrir la clara vista de la Aurora,  
se va en el ocidente retrayendo;

cuando la mustia Clicie se mejora  
el rostro al rojo oriente revolviendo,  
mirando tras las sombras ir la estrella  
y al rubio Apolo Delfico tras ella.

El español, que vee tiempo oportuno,  
se acerca poco a poco más al fuerte,  
sin estorbo de bárbaro ninguno,  
que sordos los tenía su triste suerte;  
bien descuidado duerme cada uno  
de la cercana inexorable muerte:  
cierta señal que cerca della estamos  
cuando más apartados nos juzgamos.

No esperaron los nuestros más, que en viendo  
ser ya tiempo de darles el asalto,  
de súbito levantan un estruendo  
con soberbio alarido horrendo y alto;  
y en tropel ordenado arremetiendo  
al fuerte van a dar de sobresalto:  
al fuerte más de sueño bastecido  
que al presente peligro apercebido.

Como los malhechores, que en su oficio  
jamás pueden hallar parte segura  
por ser la condición propia del vicio  
temer cualquier fortuna y desventura,  
que no sienten tan presto algún bullicio  
cuando el castigo y mal se les figura  
y corren a las armas y defensa,  
según que cada cual valerse piensa,  
así medio dormidos y despiertos  
saltan los araucanos alterados,  
y del peligro y sobresalto ciertos,  
baten toldos y ranchos levantados.  
Por verse de corazas descubiertos  
no dejan de mostrar pechos airados,  
mas con presteza y ánimo seguro  
acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño  
y cobrando la furia acostumbrada,  
quién el arco arrebató, quién un leño,  
quién del fuego un tizón y quién la espada;  
quién aguija al bastón de ajeno dueño,  
quién por salir más presto va sin nada,  
pensando averiguarlo desarmados,  
si no pueden a puños, a bocados.

Lautaro a la sazón, según se entiende,  
con la gentil Guacolda razonaba;  
asegúrala, esfuerza y reprehende  
de la desconfianza que mostraba.  
Ella razón no admite y más se ofende,  
que aquello mayor pena le causaba,  
rompiendo el tierno punto en sus amores  
el duro són de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta ligereza  
el mísero avariento enriquecido  
que siempre está pensando en su riqueza,  
si siente de ladrón algún ruido,  
ni madre así acudió con tal presteza  
al grito de su hijo muy querido

temiéndole de alguna bestia fiera,  
como Lautaro al són y voz primera.

Revuelto el manto al brazo, en el instante  
con un desnudo estoque y él desnudo,  
corre a la puerta el bárbaro arrogante,  
que armarse así tan súbito no pudo.  
¡Oh pérfida Fortuna!, ¡oh inconstante!  
¡cómo llevas tu fin por punto crudo,  
que el bien de tantos años, en un punto,  
de un golpe lo arrebatas todo junto!

Cuatrocientos amigos comarcanos  
por un lado la fuerza acometieron,  
que en ayuda y favor de los cristianos  
con sus pintados arcos acudieron,  
que con extrema fuerza y prestas manos  
gran número de tiros despidieron:  
del toldo el hijo de Pillán salía  
y una flecha a buscarle que venía

por el siniestro lado, ¡oh dura suerte!,  
rompe la cruda punta y tan derecho,  
que pasa el corazón más bravo y fuerte  
que jamás se encerró en humano pecho;  
de tal tiro quedó ufana la muerte,  
viendo de un solo golpe tan gran hecho;  
y usurpando la gloria al homicida,  
se atribuye a la muerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha trujo  
que al bárbaro tendió sobre la arena,  
abriendo puerta a un abundante flujo  
de negra sangre por copiosa vena;  
del rostro la color se le retrujo,  
los ojos tuerce y con rabiosa pena  
la alma, del mortal cuerpo desatada,  
bajó furiosa a la infernal morada.

Ganan los nuestros foso y baluarte,  
que nadie los impide ni embaraza,  
y así por veinte lados la más parte  
pisaba de la fuerza ya la plaza;  
los bárbaros con ánimo y sin arte,  
sin celada ni escudo y sin coraza  
comienzan la batalla peligrosa,  
cruda, fiera, reñida y sanguinosa.

En oyendo los indios extranjeros  
que con Lautaro estaban recogidos  
el súbito rumor, salen ligeros,  
del miedo y sobresalto apercebidos;  
mas sintiendo los golpes carniceros,  
el ánimo turbado y los sentidos,  
con atentas orejas acechaban  
adónde con menor rigor sonaban.

Como tímidos gamos, que el ruido  
sienten del cazador y atentamente,  
altos los cuellos, tienden el oído  
hacia la parte que el rumor se siente,  
y el balar de la gama conocido  
que apedazan los perros y la gente,  
con furioso tropel toman la vía  
que más de aquel peligro se desvía;

la baja y vil canalla, acostumbrada  
a rendirse al temor de aquella suerte,  
por ciega senda inculta y desusada  
rompe el camino y desampara el fuerte  
acá y allá corriendo derramada:  
y era tan grande el miedo de la muerte  
que al más valiente y bravo se le antoja  
ver un fiero español tras cada hoja.

Pero aquellos que nunca el miedo pudo  
hacerlos con peligros de su bando,  
poniendo osado pecho por escudo  
están la antigua riña averiguando;  
la desnuda cabeza del agudo  
cuchillo no se vee estar rehusando,  
ni rehusa la espada la siniestra,  
ejercitando el uso de la diestra.

Que el joven Corpillán, no desmayado  
porque su espada y mano vino a tierra  
antes en ira súbita abrasado,  
contra la parte del contrario cierra;  
y habiendo ya la espada recobrado,  
la diestra, que aun bullendo el puño afierra,  
lejos con gran desdén y furia lanza,  
ofreciendo la izquierda a la venganza.

Flaqueza en Millapol no fue sentida  
viéndole atravesado por la ijada  
y la cabeza de un revés hendida,  
ni por pasalle el pecho una lanzada;  
que de espumosa sangre a la salida  
vino la media lanza acompañada,  
dejando aquel lugar della vacío,  
aunque lleno de rabia y nuevo brío:  
que a dos manos la maza aprieta fuerte  
y con furia mayor la gobernaba:  
bien se puede llamar de triste suerte  
aquel que el fiero bárbaro alcanzaba;  
con la rabia postrera de la muerte  
una vez el ferrado leño alzaba,  
mas faltóle la vida en aquel punto,  
cayendo cuerpo y maza todo junto.

Aunque la muerte en medio del camino  
le quebrantó el furor con que venía,  
un valiente español a tierra vino  
del peso y movimiento que traía,  
mas luego puesto en pie, con desatino  
hacia el lugar del dañador volvía,  
y viendo el cuerpo muerto dar en tierra,  
pensando que era vivo, con él cierra,

y encima del cadáver arrojado,  
de dar la muerte al muerto deseoso,  
recio por uno y por el otro lado  
hiere y ofende el cuerpo sanguinoso,  
hasta tanto que, ya desalentado,  
se firma recatado y sospechoso,  
y vio a aquel que aferrado así tenía  
vuelos los ojos y la cara fría.

Traía la espada en esto Diego Cano  
tinta de sangre, y con Picol se junta,

haciendo atrás la rigurosa mano  
el pecho le barrena de una punta;  
turbado de la muerte el araucano  
cayó en tierra, la cara ya difunta,  
bascoso, revolviéndose en el lodo  
hasta que la alma despidió del todo.

De dos golpes Hernando de Alvarado  
dio con el suelto Talco en tierra muerto,  
pero fue mal herido por un lado  
del gallardo Guacoldo en descubierto;  
estuvo el español algo atronado,  
mas del atronamiento ya despierto,  
corriendo al fuerte bárbaro derecho  
la espada le escondió dentro del pecho.

El viejo Villagrán, con la sangrienta  
espada por los bárbaros rompiendo,  
mata, hiere, tropella y atormenta,  
a tiempo a todas partes revolviendo;  
un golpe a Nico en la cabeza asienta,  
el cual los turbios ojos revolviendo  
a tierra vino muerto; y de otro a Polo  
le deja con el brazo izquierdo solo.

Usadas las espadas al acero,  
topando la desnuda carne blanda,  
ayudadas de un ímpetu ligero  
dan con piernas y brazos a la banda.  
No rehusa el segundo ser primero,  
antes todos siguiendo una demanda,  
como olas que creciendo van, crecían,  
y a la muerte animosos se ofrecían.

La gente una con otra así se cierra,  
que aún no daban lugar a las espadas;  
apenas los mortales van a tierra  
cuando estaban sus plazas ocupadas.  
Unos por cima de otros se dan guerra,  
enhiestas las personas y empinadas  
y de modo a las veces se apretaban,  
que a meter por la espada se ayudaban.

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen  
que los más de los golpes son mortales;  
y los que no lo son, así se imprimen  
que dejan para siempre las señales;  
todos al descargar los brazos gimen  
mas salen los efectos desiguales;  
que los unos topaban duro acero,  
los otros al desnudo y blando cuero.

Como parten la carne en los tajones  
con los corvos cuchillos carniceros,  
y cual de fuerte hierro los planchones  
baten en dura yunque los herreros,  
así es la diferencia de los sones  
que forman con sus golpes los guerreros:  
quién la carne y los huesos quebrantado,  
quién templados arneses abollando.

Pues Juan de Villagrán firme en la silla  
contra Guarcondo a toda furia parte,  
y la lanza le echó por la tetilla  
con una braza de asta a la otra parte.

El bárbaro, la cara ya amarilla,  
se arrima desmayado al baluarte,  
dando en el suelo súbita caída,  
el alma gomitó por la herida.

Pero Rengo, su hermano, que en el suelo  
el cuerpo vio caer descolorido,  
cuajósele la sangre, y hecho un hielo,  
del súbito dolor perdió el sentido;  
mas vuelto en sí, se vuelve contra el cielo  
blasfemado el soberbio y descreído  
y el ñudoso bastón alzando en alto,  
a Juan de Villagrán llegó de un salto.

Mas antes Pon con una flecha presta  
hirió al caballo en medio de la frente;  
empínase el caballo, el cuello enhiesta,  
al freno y a la espuela inobediente  
y entre los brazos la cabeza puesta,  
sacude el lomo y piernas impaciente:  
rendido Villagrán al duro hado  
desocupó el arzón y ocupó el prado.

Apenas en el suelo había caído  
cuando la presta maza descendía  
con una estraña fuerza y un ruido,  
que rayo o terremoto parecía;  
del golpe el español quedó adormido  
y el bárbaro con otro revolvía,  
bajando a la cabeza de manera  
que sesos, ojos y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho  
del caso desastrado del hermano,  
antes con nueva rabia y más despecho  
hiere de tal manera a Diego Cano,  
que, la barba inclinada sobre el pecho,  
se le cayó la rienda de la mano,  
y sin ningún sentido, casi frío,  
el caballo lo lleva a su albedrío.

En medio de la turba embravecido  
esgrime en torno la ferrada maza;  
a cuál deja contrecho, a cuál tullido,  
cuál el pescuezo del caballo abraza;  
quién se tiende en las ancas aturdido,  
quién, forzado, el arzón desembaraza:  
que todo a su pujanza y furia insana  
se le bate, derriba y se le allana.

Por partes más de diez le iba manando  
la sangre, de la cual cubierto andaba;  
pero no desfallece, antes bramando,  
con más fuerza y rigor los golpes daba.  
Ligero corre acá y allá saltando,  
arneses y celadas abollaba,  
hunde las altas crestas, rompe sesos,  
muele los nervios, carne y duros huesos.

En esto un gran rumor iba creciendo  
de espadas, lanzas, grita y vocería,  
al cual confusamente, no sabiendo  
la causa, mucha gente allí acudía;  
y era un gallardo mozo que, esgrimiendo  
un fornido cuchillo, discurría

por medio de las bárbaras espadas,  
haciendo en armas cosas estremadas.

Venía el valiente mozo belicoso  
de una furia diabólica movido,  
el rostro fiero, sucio y polvoroso,  
lleno de sangre y de sudor teñido,  
como el potente Marte sanguinoso  
cuando de furor bélico encendido  
bate el ferrado escudo de Vulcano,  
blandiendo la asta en la derecha mano.

Con un diestro y prestísimo gobierno  
el pesado cuchillo rodeaba,  
y a Cron, como si fuera junco tierno,  
en dos partes de un golpe lo tajaba;  
tras éste al diestro Pon envía al infierno  
y tras de Pon a Lauco despachaba,  
no hallando defensa en armadura,  
descuartiza, desmiembra y desfigura.

Llamábase éste Andrea, que en grandeza  
y proporción de cuerpo era gigante,  
de estirpe humilde, y su naturaleza  
era arriba de Génova al levante;  
pues con aquella fuerza y ligereza  
a los robustos miembros semejante,  
el gran cuchillo esgrime de tal suerte  
que a todos los que alcanza da la muerte.

De un tiro a Guaticol por la cintura  
le divide en dos trozos en la arena,  
y de otro al desdichado Quilacura  
limpio el derecho muslo le cercena;  
pues de golpes así desta hechura  
la gran plaza de muertos deja llena,  
que su espada a ninguno allí perdona,  
y unos cuerpos sobre otros amontona.

A Colca de los hombros arrebatada  
la cabeza de un tajo, y luego tiende  
la espada hacia Maulén, señor de Itata,  
y de alto a bajo de un revés le hiende;  
lanzas, hachas y mazas desbarata,  
que todo el pueblo bárbaro le ofende,  
llevando muchos tiros enclavados  
en los pechos, espaldas y en los lados.

Como la osa valiente perseguida  
cuando le van monteros dando caza  
que con rabia, sintiéndose herida,  
los ñudosos venablos despedaza,  
y furiosa, impaciente, embravecida,  
la senda y callejón desembaraza,  
que los heridos perros lastimados  
le dan ancho lugar escarmentados,

de la misma manera el fiero Andrea  
cercado de los bárbaros venía,  
pero de tal manera se rodea  
que gran camino con la espada abría;  
crece el hervor, la grita y la pelea,  
tanto que la más gente allí acudía;  
he aquí a Rengo también ensangrentado  
que llega a la sazón por aquel lado.

Y como dos mastines rodeados  
de gozques importunos, que en llegando  
a verse, con los cerros erizados  
se van el uno al otro regañando,  
así los dos guerreros señalados,  
las inhumanas armas levantando,  
se vienen a herir... Pero el combate  
quiero que al otro canto se dilate.

## Canto XV

*En este quinceno y último canto se acaba la batalla en la cual fueron muertos todos los araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegación que las naos del Pirú hicieron hasta llegar a Chile y la grande tormenta que entre el río Maule y el puerto de la concepción pasaron*

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?  
¿Qué verso sin amor dará contento?  
¿Dónde jamás se ha visto rica vena  
que no tenga de amor el nacimiento?  
No se puede llamar materia llena  
la que de amor no tiene el fundamento;  
los contentos, los gustos, los cuidados,  
son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero  
rompe la dura y áspera corteza,  
produce ingenio y gusto verdadero  
y pone cualquier cosa en más fineza.  
Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibero,  
amor los trujo a tanta delgadeza  
que la lengua más rica y más copiosa,  
si no trata de amor, es desgustosa.

Pues yo, de amor desnudo y ornamento,  
con un inculto ingenio y rudo estilo,  
¿cómo he tenido tanto atrevimiento,  
que me ponga al rigor del crudo filo?  
Pero mi celo bueno y sano intento,  
esto me hace a mí añadir el hilo,  
que ya con el temor cortado había,  
pensando remediar esta osadía.

Quíselo aquí dejar, considerado  
ser escritura larga y trabajosa,  
por ir a la verdad tan arrimado  
y haber de tratar siempre de una cosa;  
que no hay tan dulce estilo y delicado  
ni pluma tan cortada y sonora  
que en un largo discurso no se estrague  
ni gusto que un manjar no le empalague.

Que si a mi discreción dado me fuera  
salir al campo y escoger las flores,  
quizá el cansado gusto removiera  
la usada variedad de los sabores,  
pues como otros han hecho, yo pudiera  
entretener mil fábulas y amores;  
mas ya que tan adentro estoy metido,  
habré de proseguir lo prometido.

Al lombardo dejé y al araucano  
donde la guerra andaba más trabada,  
que vienen a juntarse mano a mano,  
la espada alta y la maza levantada.  
De malla está cubierto el italiano,  
el indio la persona desarmada  
y así como más suelto y más ligero,  
en descargar el golpe fue el primero.

El membrudo italiano, como vido  
la maza y el rigor con que bajaba,  
alzó el escudo en alto y recogido

debajo dél, el golpe reparaba;  
por medio el fuerte escudo fue rompido  
y en modo la cabeza le cargaba,  
que, batiendo los dientes, vio en el suelo  
la estrellas más mínimas del cielo.

El brazo descargó, que alto tenía,  
sobre el valiente bárbaro el lombardo,  
pensando que dos piezas le haría  
según era del ánimo gallardo,  
pero Rengo, que punto no perdía,  
como una onza ligera y suelto pardo,  
un presto salto dio a la diestra mano,  
de suerte que el cuchillo bajó en vano.

Tras esto el diestro bárbaro rodea  
la poderosa maza, de manera  
que acertarle de lleno, no al Andrea  
pero un duro peñasco deshiciera.  
Igual andaba entre ellos la pelea,  
aunque temo yo a Rengo a la primera  
vez que el cuchillo baje, si le halla,  
que habrá fin con su muerte la batalla.

Mas con destreza y gran reportamiento,  
desnudo de armas y de esfuerzo armado,  
entra, sale y revuelve como el viento,  
que en maña y ligereza era estremado;  
hace siempre su golpe, y al momento  
le halla el enemigo así apartado,  
que aunque el cuchillo de dos brazos fuera,  
alcanzar a herirle no pudiera.

Mil golpes por el aire arroja en vano  
el furioso italiano embravecido,  
viendo cómo desnudo un araucano  
y él armado, le tiene en tal partido;  
la izquierda junta a la derecha mano  
y apretando la espada, de corrido  
al bárbaro arremete, altos los brazos,  
pensando dividirle en dos pedazos.

El araucano con mañoso brío,  
baja la maza, firme lo esperaba  
mas el cuerpo hurtó con un desvío  
al tiempo que el cuchillo derribaba,  
así que el brazo y golpe dio en vacío,  
y de la fuerza inmensa que llevaba  
el gran cuchillo sustentar no pudo,  
quedando allí con sólo medio escudo.

Pues como tal lo vio, suelta la maza,  
cerrando el presto bárbaro de hecho  
y cuerpo a cuerpo así con él se abraza,  
que le imprime las mallas en el pecho;  
no por esto el lombardo se embaraza  
mas piensa dél así haber más derecho,  
y con brazos durísimos lo afierra  
creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcides hizo a Anteo,  
quiso el nuestro hacer del araucano;  
mas no salió fortuna a su deseo  
y así el deseado efeto salió en vano,  
que el esforzado Rengo de un rodeo

lo lleva largo trecho por el llano,  
sobre los cuerpos muertos tropezando,  
siempre con más furor sobre él cargando.

Andrea, de empacho ardiendo en rabia viva,  
sintiéndose de un hombre así apurado,  
firme en el suelo con los pies estriba,  
cobrando esfuerzo del honor sacado,  
y de manera sobre Rengo arriba  
que de tierra lo lleva levantado,  
que era de fuerza grande y de gran prueba,  
bastante a comportar la carga nueva.

Yo vi, entre muchos jóvenes valientes  
sobre pruebas de fuerza porfiando,  
trabar él una cuerda con los dientes,  
asiendo cuatro della; y estribando  
todos a un tiempo a parte diferentes,  
a su pesar llevarlos arrastrando,  
y de solos los dientes se valía,  
que las manos atrás presas tenía.

Y con facilidad y poca pena  
la mayor bota o pipa que hallaba,  
capaz de veinte arrobas, de agua llena,  
de tierra un codo y más la levantaba;  
y suspendida sin verter, serena,  
la sed por largo espacio mitigaba,  
bajándola después al suelo llano  
como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces, barqueando  
ríos en esta tierra caudalosos,  
ir la corriente el ímpetu esforzando  
a desbravar en riscos peñascosos,  
arrebatando el barco, no bastando  
la fuerza de los remos presurosos  
y él, cubierto de malla como estaba,  
luego animoso al agua se arrojaba;

y una cuerda en la boca, revolviendo  
al furioso raudal el duro pecho,  
los pies y fuertes brazos sacudiendo,  
rompía por la canal casi derecho  
remolcando la barca y resistiendo  
el ímpetu del agua, del estrecho  
la sacaba a la orilla en salvamento,  
haciendo otras mil cosas que no cuento.

A Rengo aquí también sobrepujaba  
que no fue de su fuerza menor prueba;  
pero Rengo, que en ira se abrasaba,  
viendo que sin firmarse alto lo lleva,  
hizo por fuerza pie y sobre él tornaba,  
sacando la vergüenza fuerza nueva;  
pero al cabo los dos se desasieron  
y otra vez a las armas acudieron.

Y comienzan de nuevo el fiero asalto  
como si descansaran todo el día:  
ora presto por bajo, ora por alto,  
sin miedo el uno al otro acometía.  
Rengo, que de armadura estaba falto  
con tal destreza y maña se regía  
que sostiene en un peso aquella guerra,

no perdiendo una mínima de tierra.

Con presteza una vez tal golpe asienta  
al valiente cristiano por un lado  
que toda la persona le atormenta  
según que fue de fuerza muy cargado;  
otro redobla, y otro y a mi cuenta  
al cuarto, que bajaba más pesado,  
el astuto italiano se desvía  
y de una punta al bárbaro hería.

La espada le atraviesa el brazo fuerte  
abriéndole en el lado una herida;  
mas fue tal su ventura y diestra suerte  
que no le privó el golpe de la vida;  
el bárbaro en ponzoña se convierte  
y con braveza fuera de medida  
con el fiero enemigo fue en un punto,  
descargando la maza todo junto.

El italiano en alto el medio escudo  
alzó, por recoger el golpe extraño  
pero del todo resistir no pudo,  
aunque se reparó parte del daño.  
Batióle la cabeza el golpe crudo,  
y cual si el morrión fuera de estaño  
y no de fuerte pasta bien templado,  
así de aquella vez quedó abollado.

Dos o tres pasos dio desvanecido  
del golpe el italiano, vacilando,  
perdida la memoria y el sentido  
y anduvo por caer titubeando;  
la sangre por el uno y otro oído  
le reventó en gran flujo, como cuando  
revienta de abundancia alguna fuente,  
y en pie se tuvo bien difícilmente.

Pero vuelto en su acuerdo, que se mira  
lleno de sangre y puesto en tal estado,  
más furioso que nunca, ardiendo en ira  
de verse así de un bárbaro tratado,  
el brazo con el pie diestro retira  
para tomar más fuerza y el pesado  
cuchillo derribó con tal ruido  
que revocó en los montes del sonido.

Rengo, que el gran cuchillo bajar siente  
y el ímpetu y furor con que venía,  
cruzando la alta maza osadamente,  
al reparo debajo se metía,  
no fue la asta defensa suficiente  
por más barras de acero que tenía,  
que a tierra vino della una gran pieza  
y el furioso cuchillo a la cabeza.

Fue este golpe terrible y peligroso  
por do una roja fuente manó luego,  
y anduvo por caer Rengo dudoso,  
atónito y de sangre casi ciego.  
El italiano allí no perezoso,  
viendo que no era tiempo de sosiego,  
baja otra vez el gran cuchillo agudo  
con todo aquel vigor que dalle pudo.

En medio de la frente en descubierto  
hiere al turbado Rengo el italiano,  
y hubiérale de arriba abajo abierto  
si no torciera al descargar la mano;  
el golpe fue de llano y como muerto  
vino al suelo tendido el araucano  
y el cuchillo, del golpe atormentado  
por tres o cuatro partes fue quebrado.

Crino, que volvió el rostro al gran ruido  
del poderoso golpe y la caída,  
viendo al valiente Rengo así tendido  
pensó que era pasado desta vida  
y de amistad y deudo comovido,  
la espada de su propio amo homicida,  
que en Penco Tucapel ganado había,  
en venganza del bárbaro esgrimía.

Pasa al Andrea de un golpe el estofado  
no reparando en él la cruda espada,  
que, rompiendo la malla por el lado,  
le penetró hasta el hueso la estocada;  
vuelve con un mandoble, y recatado  
Andrea, viendo venir la cuchillada,  
fue tan presto con él por resistirle  
que no le dejó tiempo de herirle.

Sin darle más lugar, con él se afierra,  
donde en satisfacción de la herida,  
alzándole bien alto de la tierra  
de espaldas le tendió con gran caída;  
y por dar presto fin a aquella guerra,  
la espada le quitó y luego la vida,  
metiéndose tras esto por la parte  
que andaba más sangriento el fiero Marte.

Hiende por do el montón ve más estrecho:  
¡triste de aquel que allí con él se junta!  
Uno parte al través, otro al derecho,  
otro al sesgo, otro ensarta de una punta;  
otros que tiende, aún no bien satisfecho,  
a coces los quebranta y descoyunta:  
brazos, cabezas por el aire avienta  
sin término, sin número, ni cuenta.

El buen Lasarte con la diestra airada  
en medio del furor se desenvuelve;  
pasa el pecho a Talcuén de una estocada,  
y sobre Titaguán furioso vuelve;  
abrióle la cabeza desarmada  
mas el rabioso bárbaro revuelve,  
y antes que la alma diese, le da un tajo  
que se tuvo al arzón con gran trabajo.

Pacheco a Norpa abrió por el costado  
y a Longoval derriba tras él, muerto;  
pues Juan Gómez también por aquel lado,  
de fresca sangre bárbara cubierto,  
había de un golpe a Colca derribado  
y a Galvo el desarmado vientre abierto;  
el bárbaro mortal, la color vuelta,  
dio en el postrer suspiro la alma envuelta.

Gabriel de Villagrán no estaba ocioso,  
que a Zinga y a Pillolco había tendido,

y andaba revolviéndose animoso  
entre los hierros bárbaros metido.  
El rumor de las armas sonoro,  
los varios apellidos y el ruido,  
a las aves confusas y turbadas  
hacen estar mirándolas paradas.

Crece la rabia y el furor se enciende,  
la gente por juntarse se apiñaba,  
que ya ninguno más lugar pretende  
del que para morir en pie bastaba.  
Quién corta, quién barrena, rompe, hiende,  
y era el estrecho tal y priesa brava  
que, sin caer los muertos, de apretados  
quedaban a los vivos arrimados.

La soberbia, furor, desdén, denuedo,  
la priesa de los golpes y dureza  
figurarla del todo aquí no puedo  
ni la pluma llevar con tal presteza.  
De la muerte ninguno tiene miedo,  
antes, si vuelve el rostro, más tristeza  
mostraban, porque claro conocían  
que vencidos quedaban si vivían.

Mas aunque de vivir desconfiaban,  
perdida de vencer ya la esperanza,  
el punto de la muerte dilataban  
por morir con alguna más venganza,  
y no por esto el paso retiraban  
ni el pecho rehusaban de la lanza,  
si por mover un paso, como digo,  
dejasen de ofender al enemigo.

Cuatro aquí, seis allí, por todos lados  
vienen sin detenerse a tierra muertos,  
unos de mil heridas desangrados,  
de la cabeza al pecho otros abiertos;  
otros por las espadas y costados  
los bravos corazones descubiertos,  
así dentro en los pechos palpitaban  
que bien el gran coraje declaraban.

Quién en sus mismas tripas tropezando  
al odioso enemigo arremetía;  
quién por veinte heridas resollando  
las cubiertas entrañas descubría;  
allí se vio la vida estar dudando  
por qué puerta de súbito saldría;  
al fin salía por todas y a un momento  
faltaba fuerza, vida, sangre, aliento.

Ya pues, no estaba en pie la octava parte  
de los bárbaros: muertos, no rendidos;  
Villagrán, que miraba esto de aparte,  
viendo los que quedaban tan heridos,  
les envió dos indios de su parte  
a decir que se entreguen por vencidos  
sometiéndose al yugo y obediencia  
y que usará con ellos de clemencia.

Todos los españoles retrujeron  
las espadas y el paso en el momento,  
y los dos mensajeros propusieron  
el pacto, condición y ofrecimiento;

pero los araucanos, cuando oyeron  
aquel partido infame, el corrimiento  
fue tanto y su coraje, que respuesta  
no dieron a la plática propuesta.

Los ojos contra el cielo vueltos, braman.  
«¡Morir!, ¡morir!», no dicen otra cosa.  
Morir quieren, y así la muerte llaman  
gritando: «¡Afuera vida vergonzosa!»  
Esta fue su respuesta y esto claman,  
y a dar fin a la guerra sanguinosa  
se disponen con ánimo y braveza,  
sacando nuevas fuerzas de flaqueza.

Espaldas con espaldas se juntaban  
algunos de rodillas combatiendo,  
que las tullidas piernas les faltaban,  
sostenerse sobre ellas no pudiendo  
y aun así las espadas rodeaban;  
otros, que ya en el suelo retorciendo  
se andaban, por dañar lo que podían,  
a los contrarios pies se revolvían.

Viéranse vivos cuerpos desmembrados  
con la furiosa muerte porfiando,  
en el lodo y sangraza derribados,  
que rabiosos se andaban revolcando  
de la suerte que vemos los pescados  
cuando se va algún lago desaguando,  
que entre dos elementos se estremecen,  
y en ellos revolcándose perecen.

Si el crudo Sylla, si Nerón sangriento  
(por más sed que de sangre ellos mostraran)  
della vieran aquí el derramamiento,  
yo tengo para mí que se hartaran,  
pues con mayor rigor, a su contento,  
en viva sangre humana se bañaran,  
que en Campo Marcio Sylla carnicero,  
y en el Foro de Roma el bestial Nero.

Quedaron por igual todos tendidos  
aquellos que rendir no se quisieron,  
que ya al fin de la vida conducidos  
a la forzosa muerte se rindieron;  
los lasos españoles mal heridos  
de la cercada plaza se salieron,  
de armas y cuerpos bárbaros tan llena  
que sobre ellos andaban a gran pena.

Ningún bárbaro en pie quedó en el fuerte  
ni brazo que mover pudiese espada.  
Sólo Mallén, que al punto de la muerte  
le dio de vivir gana acelerada,  
y rendido al temor y baja suerte,  
viéndose de una fiera cuchillada  
en el siniestro brazo mal herido,  
detrás de un paredón se había escondido.

No sintiendo el rumor que antes se oía,  
que en torno retumbaba todo el llano  
(que, como dije, ya la muerte había  
puesto silencio con airada mano),  
dejó aquel paredón, y a ver salía  
si hallaba por allí algún araucano

a quien se encomendar que le salvase  
y la sensible llaga le apretase.

Mas cuando vio la plaza cuál estaba  
y en sus amigos tal carnicería  
que aunque la muerte los desfiguraba,  
la envidia conocidos los hacía,  
con ira vergonzosa, presentaba  
la espalda al corazón, y así decía:  
«¡Cómo! ¿yo solo quedo por testigo  
de la muerte y valor de tanto amigo?

«Cobarde corazón, por cierto indigno  
de algún golpe de espada valerosa,  
pues fue por elección y no destino  
perder una sazón tan venturosa;  
tú me apartaste, ¡oh flaco!, del camino  
de un eterno vivir y a vergonzosa  
muerte he venido ya con mengua tuya,  
por más que la mi diestra lo rehuya.

«Si a mi sangre con ésta del Estado  
mezclarse aquí le fuere concebido,  
viendo mi cuerpo entre éstos arrojado,  
aunque de brazo débil ofendido,  
quizá seré en el número contado  
de los que así su patria han defendido;  
mas, ¡ay triste de mí!, que en la herida  
será mi flaca mano conocida.

¿Qué indicios bastarán, qué recompensa,  
qué emienda puedo dar de parte mía,  
que yo satisfacer pueda a la ofensa  
hecha a mi honor y patria y compañía?  
Yo turbo el claro honor y fama inmensa  
de tantos, pues podrán decir que había  
entre ellos quien de miedo, bajamente,  
del enemigo apenas vio la frente.

«¿Por qué al temor doy fuerzas dilatando  
con prolijas razones mi jornada?  
¿Arrepentirme qué aprovecha cuando  
ya el arrepentimiento vale nada?»  
Aquí cerró la voz y no dudando,  
entrega el cuello a la homicida espada:  
corriendo con presteza el crudo filo,  
sin sazón de la vida cortó el hilo.

Cese el furor del fiero Marte airado  
y descansen un poco las espadas,  
entretanto que vuelvo al comenzado  
camino de las naves derramadas,  
que contra el recio Noto porfiado,  
de Neptuno las olas levantadas  
proejando por fuerza iban rompiendo,  
del viento y agua el ímpetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegaron  
de Sangallá, do nunca habita gente,  
y las otras ignotas se dejaron  
a la diestra de parte del poniente;  
a Chaule a la siniestra, y arribaron  
en Arica, y después difícilmente  
vimos a Copiapó, valle primero  
del distrito de Chile verdadero.

Allí con libertad soplan los vientos  
de sus cavernas cóncavas saliendo,  
y furiosos, indómitos, violentos,  
todo aquel ancho mar van discurriendo,  
rompiendo la prisión y mandamientos  
de Eolo, su rey, el cual temiendo  
que el mundo no arruinen, los encierra  
echándoles encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida,  
viéndose en sus cavernas apremiados,  
buscan con gran estruendo la salida  
por los huecos y cóncavos cerrados;  
y así la firme tierra removida  
tiembla, y hay terremotos tan usados,  
derribando en los pueblos y montañas  
hombres, ganados, casas y cabañas.

Menguan allí las aguas, crece el día  
al revés de la Europa, porque es cuando  
el sol del equinocio se desvía  
y al Capricornio más se va acercando.  
Pues desde allí las naves que a porfía  
corren, al mar y al Austro contrastando,  
de Bóreas ayudadas luego fueron  
y en el puerto coquímico surgieron.

Apenas en la deseada arena,  
salidos de las naos el pie firmamos,  
cuando el prolijo mar, peligro y pena  
de tan largos caminos olvidamos,  
y a la nueva ciudad de La Serena,  
ques dos leguas del puerto, caminamos  
en lozanos caballos guarnecidos,  
al esperado tiempo prevenidos.

Donde un caricioso acogimiento  
a todos nos hicieron y hospedaje,  
estimando con grato cumplimiento  
el socorro y larguísimo viaje,  
y de dulce frescosco y bastimento  
al punto se aprestó el matalotaje,  
con que se reparó la hambrienta armada,  
del largo navegar necesitada.

A la gente y caballos aguardaban  
que, por áspera tierra y despoblados  
rompiendo, con esfuerzo caminaban,  
de hambres y trabajos fatigados;  
pero a cualquier fortuna contrastaban,  
y desde poco a la ciudad llegados,  
un mes en mucho vicio reposaron,  
hasta que los caballos reformaron.

Al fin del cual, sin esperar la flota,  
reparados del áspero camino,  
toman de su demanda la derrota,  
llevando a la derecha el mar vecino;  
pasan la fértil Ligua y a Quillota  
la dejaron a un lado, que convino  
entrar en Mapocho, que es do pararon  
las reliquias de Pencó que escaparon.

El sol del común Géminis salía

trayendo nuevo tiempo a los mortales,  
y del solsticio por zenit hería  
las partes y región setentrionales.  
Cuando es mayor la sombra al mediodía  
por este apartamiento en las australes  
y los vientos en más libre ejercicio  
soplan con gran rigor del austral quicio,

nosotros, sin temor de los airados  
vientos, que entonces con mayor licencia  
andan en esta parte derramados  
mostrando más entera su violencia,  
a las usadas naves retirados,  
con un alegre alarde y apariencia  
las aferradas áncoras alzamos,  
y al norueste las velas entregamos.

La mar era bonanza, el tiempo bueno,  
el viento largo, fresco y favorable,  
desocupado el cielo y muy sereno,  
con muestra y parecer de ser durable.  
Seis días fuimos así; pero al seteno,  
Fortuna, que en el bien jamás fue estable,  
turbó el cielo de nubes, mudó el viento,  
revolviendo la mar desde el asiento.

Bóreas furioso aquí tomó la mano  
con presurosos soplos esforzados,  
y súbito en el mar tranquilo y llano  
se alzaron grandes montes y collados.  
Los españoles, que el furor insano  
vieron del agua y viento atribulados,  
tomaron por partido estar en tierra  
aunque del todo hubiera fin la guerra.

De mi nave podré sólo dar cuenta,  
que era la capitana de la armada,  
que arrojada de la áspera tormenta  
andaba sin gobierno derramada;  
pero ¿quién será aquel que en tal afrenta  
estará tan en sí, que falte en nada?  
Que el general temor apoderado  
no me dejó aun para esto reservado.

Con tal furia a la nave el viento asalta  
y fue tan recio y presto el terremoto,  
que la cogió la vela mayor alta,  
y estaba en punto el mástil de ser roto;  
mas viendo el tiempo así turbado, salta  
diciendo a grandes voces el piloto:  
«¡Larga la triza en banda!, ¡larga, larga!,  
¡larga presto, ¡ay de mí!, que el viento carga!».

La braveza del mar, el recio viento,  
el clamor, alboroto, las promesas  
el cerrarse la noche en un momento  
de negras nubes, lóbregas y espesas;  
los truenos, los relámpagos sin cuento,  
las voces de pilotos y las priesas  
hacen un són tan triste y armonía,  
que parece que el mundo perecía.

«¡Amaina!, ¡amaina!», gritan marineros:  
«¡amaina la mayor! ¡iza trinquete!»  
Esfuerzan esta voz los pasajeros,

y a la triza un gran número arremete;  
los otros de tropel corren ligeros  
a la escota, a la braza, al chafaldete,  
mas del viento la fuerza era tan brava  
que ningún aparejo gobernaba.

Ábrese el cielo, el mar brama alterado,  
gime el soberbio viento embravecido;  
en esto un monte de agua levantado  
sobre las nubes con un gran ruido  
embistió el galeón por un costado  
llevándolo un gran rato sumergido,  
y la gente tragó del temor fuerte  
a vueltas de agua, la esperada muerte.

Mas quiso Dios que de la suerte como  
la gran ballena, el cuerpo sacudiendo,  
rompe con el furioso hocico romo,  
de las olas el ímpeto venciendo,  
descubre y saca el espacioso lomo  
en anchos cercos la agua revolviendo,  
así debajo el mar sahó el navío  
vertiendo a cada banda un grueso río.

El proceloso Bóreas más crecido  
la mar hasta los cielos levantaba,  
y aunque era un mangle el mástil muy fornido  
sobre la proa la alta gavia estaba;  
la gente con gran fuerza y alarido  
en amainar la vela porfiaba,  
que en forma de arco el mástil oprimía  
y así la racamenta no corría.

Eolo, o ya fue acaso, o se doliendo  
del afligido pueblo castellano,  
iba al valiente Bóreas recogiendo,  
queriendo él encerrarle por su mano;  
y abriendo la caverna, no advirtiendo  
al Céfiro, que estaba más cercano,  
rotas ya las cadenas a la puerta,  
salió bramando al mar, viéndola abierta.

Y con violento soplo, arrebatando  
cuantas nubes halló por el camino,  
se arroja al levantado mar, cerrando  
más la noche con negro torbellino,  
y las valientes olas reparando,  
que del furioso cierzo repentino  
iban la vía siguiendo, las airaba,  
y el removido mar más alteraba.

Súbito la borrasca y travesía  
y un turbión de granizo sacudieron  
por un lado a la nao, y así pendía  
que al mar las altas gavias decendieron.  
Fue la furia tan presta, que aún no había  
amainado la gente; y cuando vieron  
los pilotos la costa y viento airado,  
rindieron la esperanza al duro hado.

La nao, del mar y viento contrastada  
andaba con la quilla descubierta,  
ya sobre sierras de agua levantada,  
ya debajo del mar toda cubierta.  
Vino en esto de viento una grupada

que abrió a la agua furiosa una ancha puerta,  
rompiendo del trinquete la una escota  
y la mura mayor fue casi rota.

Alzóse un alarido entre la gente  
pensando haber del todo zozobrado,  
miran al gran piloto atentamente  
que no sabe mandar de atribulado.  
Unos dicen: «¡zaborda!»; otros; «¡detente!»,  
«¡cierra el timón en banda!», y cuál turbado  
buscaba escotillón, tabla o madero  
para tentar el medio postrimero.

Crece el miedo, el clamor se multiplica,  
uno dice: «¡a la mar!»; otro: «¡arribemos!»;  
otro da grita: «¡amaina!»; otro replica:  
«¡A orza, no amainar, que nos perdemos!»;  
otro dice: «¡herramientas, pica, pica!»;  
¡mástiles y obras muertas derribemos!»  
Atónita de acá y de allá la gente  
corre en montón confuso diligente.

Las gúmenas y jarcias rechinaban  
del turbulento Céfiro estiradas;  
y las hinchadas olas rebramaban  
en las vecinas rocas quebrantadas,  
que la oscura tiniebla penetraban  
y cerrazón de nubes intrincadas;  
y así en las peñas ásperas batían,  
que blancas hasta el cielo resurtían.

Travesía era el viento y por vecina  
la brava costa de arrecifes llena,  
que del grande reflujo en la marina  
hervía el agua mezclada con la arena;  
rota la scota, larga la bolina,  
suelto el trinquete, sin calar la entena  
y la poca esperanza quebrantada  
por el furioso viento arrebatada.

LAUS DEO

## **Tabla de las cosas notables que hay en esta Primera parte de La Araucana**

### A

Alboroto de la ciudad de la Concepción VII, 1-31  
Andrea combate con Rengo XIV, 46  
Andalién, río I, 60  
Arauco, valle principal, de donde toma nombre el Estado II, 16  
Asalto de españoles al fuerte de Lautaro XI, 54

### B

Batalla entre españoles y araucanos sobre la plaza de Tucapel II, 68  
Batalla en la cual mueren todos los españoles III, 22  
Batalla en la cuesta de Andalicán V, 9  
Batalla en el asiento de la Concepción IX, 46  
Batalla en Mataquito, valle XIV, 8  
Biobío, río famoso I, 62  
Buelta de los españoles al asiento de la Concepción IX, 38

### C

Colocolo hace las amistades de Tucapel y Leucotón XI, 15  
Colocolo aplaca a los caciques en la discordia de la elección de Capitán General, y los concierta II, 27  
Consejo de guerra general de los araucanos VIII, 11  
Castigo hecho por el marqués de Cañete en el Pirú XIII, 3  
Costumbres y modos de guerra de los araucanos I, 12

### D

Descripción y altura de las provincias de Chili y estado de Arauco I, 6-11  
Doña Mencía de Nidos, famosa mujer VII, 20  
Discordia de los caciques principales sobre la elección de Capitán General II, 19

### E

Entrada de los indios en la casa fuerte de Tucapel II, 65  
Estado y gobierno de Arauco I, 10

### F

Fiestas y juegos generales de los indios X, 11  
Francisco de Villagrán rompe la albarrada VI, 41  
Francisco de Villagrán derribado entre los enemigos V, 54  
Francisco de Villagrán da sobre Lautaro en el valle de Mataquito XII, 65

### L

Lautaro se vuelve contra los españoles III, 34  
Lautaro, teniente general de los araucanos III, 84  
Lautaro favorece a Tucapel y le libra de un gran peligro VIII, 56  
Los españoles desamparan la ciudad de la Concepción VII, 11

### M

Marcos Veaz habla con Lautaro XII, 9  
Maule, río famoso I, 60  
Milagro a vista de todo un ejército IX, 13  
Muerte de Valdivia III, 68

Muerte de Lautaro IV, 17  
Muerte de Diego Oro padre III, 50  
Muerte de Diego Oro hijo IX, 78  
Muerte de Angol, cacique IX, 80  
Muerte de Ortiz IX, 73  
Muerte del padre Lobo IX, 76  
Muerte de Juan de Villagrán XIV, 38  
Muerte de Mallén, cacique XV, 55

P

Pedro de Villagrán acomete a Lautaro en su fuerte XI, 46  
Prueba estraña en la elección de Capitán General II, 35

R

Razonamiento de Lautaro a sus soldados XII, 48  
Razonamiento de Colocolo en el consejo de guerra VIII, 33  
Rencuentro de los catorce españoles IV, 9  
Rengo sigue a Juan y Hernando de Alvarado y a Yvarra IX, 93  
Rengo hace grande estrago en el campo de los españoles XIV, 37  
Rengo y Leucotón en la lucha X, 48  
Retírase Lautaro al valle de Ytata XII, 36

S

Saco de la ciudad de Concepción VII, 46  
Socorro que envía el marqués de Cañete XIII, 15  
Sueño de Lautaro y de su amiga Guacolda XIII, 44

T

Tucapel mata al cacique Puchecalco VIII, 44  
Tucapel combate contra todo un ejército VIII, 47  
Tucapel turba las fiestas en el valle de Arauco XI, 17  
Tormenta de las naos del Pirú XV, 68

V

Valdivia entra en Chili I, 55  
Valdivia preso por Caupolicán III, 64  
Valdivia rehúsa de venir a las manos con los enemigos conociendo, como buen capitán, el peligro a que se ponía, y hace sobre ello una plática a sus soldados III, 11

Y

Yncendio de la ciudad de la Concepción VII, 54  
Ytata, río caudaloso

## **Segunda Parte de La Araucana de don Alonso de Ercilla y Cúñiga**

### **Preliminares**

#### AL LETOR

Por haber prometido de proseguir esta historia, no con poca dificultad y pesadumbre la he continuado; y aunque esta Segunda Parte de LA ARAUCANA no muestre el trabajo que me cuesta, todavía quien la leyere podrá considerar el que se habrá pasado en escribir dos libros de materia tan áspera y de poca variedad, pues desde el principio hasta el fin no contiene sino una misma cosa, y haber de caminar siempre por el rigor de una verdad y camino tan desierto y estéril, paréceme que no habrá gusto que no se canse de seguirme. Así temeroso desto, quisiera mil veces mezclar algunas cosas diferentes; pero acordé de no mudar estilo, porque lo que digo se me tomase en descuento de las faltas que el libro lleva, autorizándole con escribir en él el alto principio que el Rey nuestro señor dio a sus obras con el asalto y entrada de Sanquintín, por habernos dado otro aquel mismo día los araucanos en el fuerte de la Concepción. Asimismo trato el rompimiento de la batalla naval que el señor don Juan de Austria venció en Lepanto. Y no es poco atrevimiento querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde; pero todo lo merecen los araucanos, pues ha más de treinta años que sustentan su opinión, sin jamás haberseles caído las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismo han abrasado las casas y haciendas que tenían, por no dejar qué gozar al enemigo; mas sólo defienden unos terrones secos (aunque muchas veces humedecidos con nuestra sangre) y campos incultos y pedregosos. Y siempre permaneciendo en su firme propósito y entereza, dan materia larga a los escritores. Yo dejo mucho y aun lo más principal por escribir, para el que quisiere tomar trabajo de hacerlo, que el mío le doy por bien empleado, si se recibe con la voluntad que a todos le ofrezco.

## Canto XVI

*En este canto se acaba la tormenta. Contiénese la entrada de los españoles en el Puerto de la Concepción e isla de Talcahuano; el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron; la diferencia que entre Peteguelén y Tucapel hubo. Asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó*

Salga mi trabajada voz y rompa  
el són confuso y mísero lamento  
con eficacia y fuerza que interrompa  
el celeste y terrestre movimiento.  
La fama con sonora y clara trompa,  
dando más furia a mi cansado aliento  
derrame en todo el orbe de la tierra  
las armas, el furor y nueva guerra.

Dadme, ¡oh sacro Señor!, favor, que creo  
que es lo que más aquí puede ayudarme,  
pues en tan grande peligro ya no veo  
sino vuestra fortuna en que salvarme.  
Mirad dónde me ha puesto el buen deseo,  
favoreced mi voz con escucharme,  
que luego el bravo mar, viéndoos atento,  
apacará su furia y movimiento.

Y a vuestra nave el rostro revolviendo,  
la socorred en este grande aprieto,  
que, si decirse es lícito, yo entiendo  
que a vuestra voluntad todo es sujeto;  
aunque el soberbio mar, contraveniendo  
de los hados el áspero decreto,  
arrancando las peñas de su suelo  
mezcle sus altas olas con el cielo.

Espero que la rota nave mía  
ha de arribar al puerto deseado,  
a pesar de los hados y porfía  
del contrapuesto mar y viento airado  
que procuran así impedir la vía,  
y diferir el término llegado  
en que la antigua causa tan reñida  
por vuestra parte había de ser vencida.

Los cuatro poderosos elementos  
contra la flaca nave conjurados,  
traspasando sus términos y asientos,  
iban del todo ya desordenados:  
indómitos, airados y violentos,  
removidos, revueltos y mezclados  
en su antigua discordia y fuerza entera,  
como en el caos y confusión primera.

Pues de tantos contrarios combatida,  
la quebrantada nave forcejando,  
iba casi de un lado sumergida,  
las poderosas olas contrastando;  
mas ya al furioso viento y mar rendida,  
sin poder resistir, se va acercando  
a los yertos peñascos levantados  
de las violentas olas azotados.

Con la congoja del morir presente,  
las voces y las lástimas crecían,  
que llevadas del céfiro inclemente

lejos las rocas cóncavas herían:  
pilotos, marineros y la gente,  
como locos, sin orden discurrían.  
Unos dicen: «¡alarga!» y otros: «¡iza!»,  
quién por ir a la escota va a la triza.

El uno con el otro se atraviesa  
y así turbado del temor se impide;  
quién a públicas voces se confiesa  
y a Dios perdón de sus errores pide;  
quién hace voto espreso, quién promesa;  
quién de la ausente madre se despide,  
haciendo el gran temor siempre mayores  
los lamentos, plegarias y clamores.

Por otra parte el cielo riguroso  
del todo parecía venir al suelo,  
y el levantado mar tempestuoso  
con soberbia hinchazón subir al ciclo.  
¿Qué es esto, Eterno Padre Poderoso?  
¿Tanto importa anegar un navichuelo  
quel mar, el viento y cielo de tal modo  
pongan su fuerza extrema y poder todo?

No la barca de Amiclas asaltada  
fue del viento y del mar con tal porfía,  
que aunque de leños frágiles armada  
el peso y ser del mundo sostenía.  
Ni la nave de Ulises, ni la armada  
que de Troya escapó el último día  
vieron con tal furor el viento airado,  
ni el removido mar tan levantado.

La confianza y ánimo más fuerte  
al temor se entregaban importuno,  
que la espantosa imagen de la muerte  
se le imprimió en el rostro a cada uno;  
del todo ya rendidos a su suerte,  
sin esperanza de remedio alguno,  
el gobierno dejaban a los hados  
corriendo acá y allá desatinados,

cuando un golpe de mar incontrastable,  
bramando, en un turbión de viento envuelto,  
rompió de la gran mura un grueso cable,  
cubriendo el galeón ya todo vuelto.  
Pero aquí sucedió un caso notable  
y fue que el puño del trinquete suelto  
trabó del gran vaivén a la pasada  
el un diente de la áncora amarrada,  
y cual si fuera estaca mal asida,  
la arranca de su asiento y la arrebatada  
y acá y allá del viento sacudida  
todo lo abate, rompe y desbarata.  
Mas Dios, que de los suyos no se olvida,  
(aunque a las veces su favor dilata)  
hizo que en el bauprés dichosamente  
el áncora aferrase el corvo diente.

La vela se fijó y en el momento  
gobernó el galeón rumbo derecho,  
y a despecho del mar y recio viento,  
botando a orza el timón, salió al levecho.  
Fue tanto nuestro súbito contento,

que el temeroso inadvertido pecho  
pudo sufrir difícilmente a un punto  
el extremo de pena y gozo junto.

Luego, pues, que la súbita alegría  
lanzó fuera al temor desconfiado,  
y a su lugar volvió la sangre fría  
que había los miembros ya desamparado,  
la esforzada y contrita compañía,  
el rostro al cielo en lágrimas bañado,  
con oración devota y sacrificio  
dio las gracias a Dios del beneficio.

Mas el hinchado mar embravecido  
y el indómito viento rebramando,  
al bajel acometen con ruido,  
en vano, aunque se esfuerzan, porfiando  
que, la fortuna de Felipe, asido  
a jorro, ya le lleva remolcando  
sobre las altas olas espumosas,  
aun de anegar los cielos deseosas.

En esto, la cerrada niebla oscura  
por el furioso viento derramada,  
descubrimos al este la Herradura,  
y al sur la isla de Talca levantada.  
Reconocida ya nuestra ventura  
y la araucana tierra deseada,  
viendo el morro de Penco descubierto,  
arribamos a popa sobre el puerto;

el cual está amparado de una isleta  
que resiste al furor del norte airado,  
y los continuos golpes de mareta  
que le baten furiosas de aquel lado.  
La corva y larga punta una caleta  
hace y seno tranquilo y sosegado,  
do las cansadas naves, como digo,  
hallan seguro albergue y dulce abrigo.

La nave sin gobierno destrozada,  
surgió al alto reparo de una sierra  
en gruesa amarra y áncora afirmada  
que con tenace diente aferró tierra.

Apenas la alta vela fue amainada  
cuando el alegre estruendo de la guerra  
nos estendió, tocando en los oídos,  
los ánimos y niervos encogidos.

La isleta es habitada de una gente  
esforzada, robusta y belicosa,  
la cual, viendo una nave solamente  
venida allí por suerte venturosa,  
gritando «¡guerra!, ¡guerra!», alegremente  
toma las fieras armas y furiosa,  
con gran rebato y priesa repentina  
corre en tropel confuso a la marina.

En la falda de un áspero recuesto  
en formado escuadrón se representa,  
y nosotros, con ánimo dispuesto  
a cualquiera peligro y grande afrenta,  
arremetimos a las armas presto,  
que el trabajo pasado y la tormenta

nos hizo a todos estimar en nada  
cualquier otro peligro y gran jornada.

Con recobrado aliento y nuevo brío  
corrimos al batel, de la manera  
que si lejos de tierra en un bajío  
encallada la nave ya estuviera;  
y por los anchos lados el navío  
sus dos grandes bateles echó fuera,  
en los cuales saltamos tanta gente  
cuanta pudo caber estrechamente.

No es poético adorno fabuloso  
mas cierta historia y verdadero cuento,  
ora fuese algún caso prodigioso  
o estraño agüero y triste anunciamiento,  
ora violencia de astro riguroso,  
ora inusado y rapto movimiento,  
ora el andar el mundo, y es más cierto,  
fuera de todo término y concierto;

que el viento ya calmaba, y en poniendo  
el pie los españoles en el suelo,  
cayó un rayo de súbito, volviendo  
en viva llama aquel ñubloso velo;  
y en forma de lagarto discurriendo,  
se vio hender una cometa el cielo;  
el mar bramó, y la tierra resentida  
del gran peso gimió como oprimida.

Cortó súbito allí un temor helado  
la fuerza a los turbados naturales,  
por siniestro pronóstico tomado  
de su ruina y venideros males,  
viendo aquel movimiento desusado  
y los prodigios tristes y señales  
que su destrozo y pérdida anunciaban  
y a perpetua opresión amenazaban.

Desto medrosos, aguardar no osaron,  
que, soltando las armas ya rendidas,  
del cerrado escuadrón se derramaron,  
procurando salvar las tristes vidas;  
el patrio nido al fin desampararon  
y con mujeres, hijos y comidas,  
por secretos caminos y senderos  
se escaparon en balsas y maderos.

Luego los nuestros, sin parar corriendo,  
las casas yermas, chozas y moradas  
iban en todas partes descubriendo,  
las rústicas viandas levantadas,  
y con gran diligencia preveniendo  
los caminos, las sendas y paradas,  
por cavernas y espesos matorrales  
buscaban los ausentes naturales,

donde en breve sazón fueron hallados  
algunos pobres indios escondidos,  
otros en pueblezuelos salteados,  
que aun no estaban del miedo apercebidos.  
Mas con buen tratamiento asegurados,  
dándoles jotas, llautos y vestidos  
y palabras de amor, los aquietaban  
y a sus casas de paz los enviaban:

dándoles a entender que nuestro intento  
y causa principal de la jornada  
era la religión y salvamento  
de la rebelde gente bautizada  
que en desprecio del Santo Sacramento,  
la recebida ley y fe jurada  
habían pérfidamente quebrantado  
y las armas ilícitas tomado;

pero que si quisiesen convertirse  
a la cristiana ley que antes tenían,  
y a la fe quebrantada reducirse  
que al grande Carlos Quinto dado habían,  
en todas las más cosas convertirse  
a su provecho y cómodo podrían,  
haciéndoles con prendas firme y cierto  
cualquier partido lícito y concierto.

Luego los instrumentos convenientes  
al uso militar y a la vivienda  
sacamos en las partes competentes,  
que no hay quien nos lo impida ni defienda;  
donde todos a un tiempo diligentes,  
cuál arma, pabellón, cuál toldo o tienda,  
quién fuego enciende y en el casco usado  
tuesta el húmido trigo mareado.

La negra noche horrenda y espantosa,  
cubriendo tierra y mar; cayó del cielo,  
dejando antes de tiempo presurosa  
envuelto el mundo en tenebroso velo;  
no quedo pabellón, tienda ni cosa  
que el viento allí no la abatiese al suelo,  
pareciendo con nuevo movimiento  
desencasar la isleta de su asiento,

hasta que el tardo y deseado día  
las nubes desterró y dejó sereno  
el cielo, revistiendo de alegría  
el aire oscuro y húmido terreno;  
luego la trabajada compañía,  
conociendo el instable tiempo bueno,  
procura reparar con diligencia  
del riguroso invierno la violencia.

Unos presto destechan los pajizos  
albergues de los indios ausentados;  
otros con tablas, ramas y carrizos  
al nuevo alojamiento van cargados,  
y sobre troncos de árboles rollizos  
en las hondas arenas afirmados,  
gran número de ranchos levantamos  
y en breve espacio un pueblo fabricamos.

Del modo que se veen los pajarillos  
de la necesidad misma instruidos,  
por trechos y apartados rinconcillos  
tejer y fabricar los pobre nidos,  
que de pajas, de plumas y ramillos  
van y vienen, los picos impedidos,  
así en el yermo y descubierta asiento  
fabrica cada cual su alojamiento.

Ya que todos, Señor, nos alojamos

en el húmido sitio pantanoso  
y con industria y arte reparamos  
la furia del invierno riguroso,  
las necesarias armas aprestamos,  
soltando con estrépito espantoso  
la gruesa y reforzada artillería  
que en torno tierra y mar temblar hacía.

En las remotas bárbaras naciones  
el grande estruendo y novedad sintieron:  
pacos, vicuñas, tigres y leones  
acá y allá medrosos discurrieron;  
los delfines, nereidas y tritones  
en sus hondas cavernas se escondieron,  
deteniendo confusos sus corrientes  
los presurosos ríos y las fuentes.

Sintióse en el Estado la estampida  
y algunos tan atónitos quedaron,  
que la dura cerviz, nunca oprimida,  
sobre los yertos pechos inclinaron.  
Así avisados ya de la venida,  
los instrumentos bélicos tocaron,  
descogiendo por todas las riberas  
sus lucidos pendones y banderas.

En el valle de Ongolmo congregados  
los deciséis caciques araucanos  
y algunos capitanes señalados  
de los interesados comarcanos,  
todos en general deliberados  
de venir con nosotros a las manos;  
sobre el lugar, el tiempo y aparejo  
entraron los caciques en consejo.

Rengo también con ellos, que admitido  
fue al consejo de guerra por valiente,  
que, si ya os acordáis, quedó aturdido  
en Mataquito entre la muerta gente;  
pero volvió después en su sentido,  
y al cabo se escapó dichosamente  
que, aunque falto de sangre, tuvo fuerte  
contra la furia de la airada muerte.

Caupolicán, en medio dellos puesto,  
a todos con los ojos rodeando,  
que con silencio y ánimo dispuesto  
estaban sus razones aguardando,  
con sesgo pecho y con sereno gesto,  
la voz en tono grave levantando,  
rompió el mudo silencio y echó fuera  
el intento y furor desta manera:

«Esforzados varones, ya es venido  
(según vemos las muestras y señales),  
aquel felice tiempo prometido  
en que habemos de hacernos inmortales;  
que la fortuna próspera ha traído  
de las últimas partes orientales  
tantas gentes en una compañía  
para que las venzáis en sólo un día;

y a costa y precio de su sangre y vidas  
del todo eternicéis vuestras espadas,  
y nuestras viejas leyes oprimidas

sean en su libre fuerza restauradas;  
que por remotos reinos estendidas  
han de ser inviolables y sagradas,  
viviendo en igualdad debajo dellas  
cuantos viven debajo las estrellas.

Y pues que con tan loco pensamiento  
estas gentes se os han desvergonzado  
y en vuestra tierra y defendido asiento  
las banderas tendidas han entrado,  
es bien que el insolente atrevimiento  
quede con nuevo ejemplo castigado  
antes que, dando cuerda a su esperanza,  
les dé fuerza y consejo la tardanza.

Así, en resolución me determino  
(si, señores, también os pareciere)  
que demos con asalto repentino  
sobre ellos lo mejor que ser pudiere.

Y nadie piense que hay otro camino  
sino el que con su fuerza y brazo abriere,  
que las rabiosas armas en las manos  
los han de dar por justos o tiranos».

A la plática fin con esto puso  
y el buen Peteguelén, viejo severo,  
por más antiguo su razón propuso  
como soldado y sabio consejero,  
diciendo: «¡Oh capitanes!, no rehuso  
de derramar mi sangre yo el primero,  
que aunque por mi vejez parezca helada,  
en el pecho me hierve alborotada;

pero sola una cosa me detiene  
haciéndome dudar el rompimiento,  
y es la cierta noticia que se tiene  
que es mucha gente y mucho el regimiento;  
así que claro vemos que conviene  
gran resistencia a grande movimiento;  
que siempre de estimar poco las cosas  
suceden las dolencias peligrosas.

Que pues el sitio y puesto que han tomado  
es por natura fuerte y recogido  
del mar y altos peñascos rodeado,  
por todas partes libre y defendido,  
será de más provecho y acertado  
que a su plática y trato deis oído,  
y que no se les niegue y contradiga  
pues que solo el oír a nadie obliga.

Que no podrá dañar y en el comedio  
podréis apercebir y juntar gente,  
y en secreto aprestar para el remedio  
todo lo necesario y conveniente;  
en las cosas difíciles dar medio,  
proveer a cualquiera inconveniente,  
atajar y romper los pasos llanos  
y al cabo remitirnos a las manos...»

No pudo decir más; que ardiendo en ira  
el bravo Tucapel con voz furiosa  
diciendo le atajó: «Quien tanto mira  
jamás emprenderá jornada honrosa

y si todo el Estado se retira  
por parecerle que ésta es peligrosa,  
yo solo tomaré sin compañía  
las armas, causa y cargo a cuenta mía.

¿Por ventura tenéis desconfianza  
de vuestras propias fuerzas tan probadas,  
pues en cuanto arrojar pueden la lanza  
y rodear los brazos las espadas,  
dais causa que se note en vos mudanza  
y que vuestras victorias mancilladas  
queden con bajo y mísero partido  
y nuestro honor y crédito ofendido?

Pues entended que mientras yo tuviere  
fuerza en el brazo y voz en el senado,  
diga Peteguelén lo que quisiere,  
que esto ha de ser por armas sentenciado.  
Y quien otro camino pretendiere  
primero le abrirá por mi costado,  
que esta ferrada maza y no oraciones  
les ha de dar las causas y razones.

Si los que así os preciáis de bien hablados  
el ánimo os bastare y el denuedo  
de combatir sobre esto en campo armados,  
os probaré más claro lo que puedo;  
mas queréis mostrar tan concertados  
que llamando prudencia a lo que es miedo,  
por no poner en riesgo vuestra vida  
a todo con hablar daréis salida».

Peteguelén responde: «Pues no halla  
nunca en ti la razón acogimiento,  
yo solo, viejo, quiero la batalla  
y castigar tu loco atrevimiento:  
de piel curtida armados o de malla,  
con lanza, espada o maza a tu contento,  
para mostrar que en justas ocasiones  
tengo más largas manos que razones».

¡Quién pudiera pintar el rostro esquivo  
que Tucapel mostraba contra el cielo!  
Lanzando por los ojos fuego vivo,  
no se dignando de mirar al suelo  
dijo: «Al fin pensamiento tan altivo  
ya es digno del furor de Tucapelo;  
mas por mi honor y por tu edad querría  
que metieses contigo compañía».

El viejo respondió: «Jamás de ajenas  
fuerzas en ningún tiempo me he ayudado,  
ni de sangre aún están vacías mis venas,  
ni siento el brazo así debilitado  
que no te piense dar las manos llenas».  
Mas Rengo su sobrino, levantado,  
se atravesó diciendo: «El desafío  
aceto yo, si quieres, por mi tío».

«Quiérola, pido y soy dello contento  
-gritaba Tucapel-, y a diez contigo».  
Mas saltando Orompello de su asiento,  
dijo: «Tú lo has de haber, Rengo, conmigo».  
-«También emendaré tu atrevimiento,»  
responde el fiero Rengo, «y más te digo,

que en poco tu amenaza y campo estimo  
después que haya acabado el de tu primo».

Tucapelo le dijo: «Castigarte  
pienso de tal manera yo primero,  
que le cabrá a Orompello poca parte,  
que, a bien librar, serás mi prisionero.

¡Afuera!, ¡afuera!, ¡sús!, haceos aparte,  
que dilatar el término no quiero  
pues armas, tiempo y voluntad tenemos,  
sino que luego aquí lo averigüemos».

Rengo y Peteguelén le respondieran  
a un tiempo con las armas y razones,  
si en medio a la sazón no se pusieran  
muchos caciques nobles y varones,  
pidiendo que suspendan y difieran  
aquellas amenazas y quisiones,  
hasta que la fortuna declarada  
diese próspero fin a la jornada.

Caupolicán estaba ya impaciente  
de ver que Tucapelo cada día,  
en guerra, en paz, con término insolente,  
sin causa ni atención los revolvía;  
mas hubo de llevarlo blandamente,  
que el tiempo y la sazón lo requería,  
y así con gravedad y manso ruego  
la furia mitigó y apagó el fuego

quedando entre ellos puesto y acetado  
que luego que la guerra concluyesen,  
el viejo y Tucapel en estacado  
francos de solo a solo combatiesen.  
Después, que Tucapel y Rengo armado  
ansimismo su causa difiniesen.  
El rumor aplacado, Colocolo  
les comenzó a decir, hablando solo:

«Generosos caciques, si licencia  
tenemos de decir lo que alcanzamos  
los que por largos años y experiencia  
los futuros sucesos rastreamos,  
vemos que nuestras fuerzas y potencia  
en sólo destruirnos las gastamos  
y el tirano cuchillo apoderado  
sobre nuestras gargantas levantado.

Y lo que da señal clara que sea  
cierta vuestra caída y mi recelo,  
es que ya la fortuna titubea  
y comienza a turbarse nuestro cielo.  
Cuando un gran edificio se ladea  
no está muy lejos de venir al suelo;  
la máquina que en falso asiento estriba  
su misma pesadumbre la derriba.

Así que ya, si mi opinión no yerra,  
según el proceder y los indicios,  
temo, y con gran razón, de ver por tierra  
nuestros mal cimentados edificios  
y convertido el uso de la guerra  
en serviles y bajos ejercicios,  
quebrantándose, al fin, vuestra protervia

fundada en una vana y gran soberbia.

Muerto a Lautaro vemos, y perdidas  
con gran deshonra nuestras tres banderas,  
rotas nuestras escuadras y tendidas  
al viento y sol por pasto de las fieras;  
las fuerzas y opiniones divididas,  
lleno el campo de gentes extranjeras,  
y las furiosas armas alteradas  
contra sus mismos pechos declaradas.

Mirad que así, por ciega inadvertencia  
la patria muere y libertad perece,  
pues con sus mismas armas y potencia  
al derecho enemigo favorece;  
incurable y mortal es la dolencia  
cuando a la medicina no obedece,  
y bestial la pasión y detestable  
que no sufre el consejo saludable.

¿Por qué con tanta saña procuramos  
ir nuestra sangre y fuerzas apocando,  
y, envueltos en civiles armas, damos  
fuerza y derecho al enemigo bando?  
¿Por qué con tal furor despedazamos  
esta unión invencible, condenando  
nuestra causa aprobada y armas justas,  
justificando en todo las injustas?

¿Qué rabia o qué rencor desatinado  
habéis contra vosotros concebido,  
que así queréis que el araucano Estado  
venga a ser por sus manos destruido,  
y en su virtud y fuerzas ahogado,  
quede con nombre infame sometido  
a las estrañas leyes y gobierno,  
y en dura servidumbre y yugo eterno?

Volved sobre vosotros, que sin tiento  
corréis a toda priesa a despeñaros;  
refrenad esa furia y movimiento,  
que es la que puede en esto más dañaros.  
¿Sufrís al enemigo en vuestro asiento,  
que quiere como a brutos conquistaros,  
y no podéis sufrir aquí impacientes  
los consejos y avisos convenientes?

Que es, cierto, falta de ánimo, y bastante  
indicio de flaqueza disfrazada,  
teniendo al enemigo tan delante  
revolver contra sí la propia espada,  
por no esperar con ánimo constante  
los duros golpes de fortuna airada,  
a los cuales resiste el pecho fuerte  
que no quiere acabarlo con la muerte.

Pero pues tanto esfuerzo en vos se encierra  
que a veces, por ser tanto, lo condeno,  
y de vuestras hazañas, no esta tierra  
mas todo el universo anda ya lleno,  
cese, cese el furor y civil guerra  
y por el bien común tened por bueno  
no romper la hermandad con torpes modos  
pues que miembros de un cuerpo somos todos.

Si a la cansada edad y largos días  
algún respeto y crédito se debe,  
mirad a estas antiguas canas mías  
y al bien público y celo que me mueve,  
para que difiráis vuestras porfías  
por alguna sazón y tiempo breve,  
hasta que el español furor decline,  
y la causa común se determine.

Y, pues, de vuestra discreción espero  
que os pondrá en el camino que conviene,  
traer otras razones más no quiero  
pues con vos la razón tal fuerza tiene.  
Dejadas pues aparte, lo primero  
que venir a las manos nos detiene  
y pone freno y límite al deseo  
es el poco aparejo que aquí veo.

Que por todas las partes nos divide  
este brazo de mar que veis en medio  
y nuestra pretensión y paso impide,  
sin tener de pasaje algún remedio;  
y pues el enemigo se comide  
a tratar de concierto y nuevo medio,  
aunque nunca pensemos acetarlos,  
no nos podrá dañar el escucharlos.

Pues por este camino tomaremos  
lengua de su intención y fundamento  
que, cuando no sea lícita, podremos  
venir de todo en todo a rompimiento;  
también en este término haremos  
de armas y munición preparamento,  
que éstas serán al fin las que de hecho  
habrán de declarar este derecho.

Mas conviene advertir, claros varones,  
para llevar las cosas bien guiadas,  
que nuestras exteriores intenciones  
vayan siempre a la paz enderezadas;  
mostrándonos de flacos corazones,  
las fuerzas y esperanzas quebrantadas,  
y la tierra de minas de oro rica,  
cebo goloso en que esta gente pica.

Quizá por este término sacalla  
podremos del isleño sitio fuerte,  
y con fingida paz aseguralla  
trayéndola por mañas a la muerte;  
y sin rumor ni muestra de batalla  
abramos la carrera de tal suerte  
que venga a tierra firme, confiada  
en el seguro paso y franca entrada».

A su habla dio fin el sabio anciano  
y hubo allí pareceres diferentes,  
diciendo que el peligro era liviano  
para tanto temor e inconvenientes;  
pero Purén, Lincoya y Talcaguano,  
Lemolemo, Elicura, más prudentes,  
al parecer del viejo se arrimaron  
y así a los más los menos se allanaron,

despachando de allí con diligencia  
al joven Millalauco generoso,

hombre de gran lenguaje y experiencia  
cauto, sagaz, solícito y mañoso,  
que con fingida muestra y apariencia  
de algún partido honesto y medio honroso  
nuestro intento y disignios penetrase  
y el sitio, gente y número notase.

El cual, por los caciques instruido  
(según el tiempo) en lo que más convino,  
en una larga góndola metido,  
sin más se detener tomó el camino;  
y de los prestos remos impelido,  
en breve a nuestro alojamiento vino,  
adonde sin estorbo, libremente,  
saltó luego seguro con su gente.

Al puerto habían también con fresco viento  
tres naves de las nuestras arribado  
llenas de armas, de gente y bastimento,  
con que fue nuestro campo reforzado.  
Era tanto el rumor y movimiento  
del bélico aparato, que admirado  
el cauteloso Millalauco estuvo  
y así confuso un rato se detuvo.

Mas sin darlo a entender, disimulando,  
por medio del bullicio atravesaba;  
los judiciosos ojos rodeando,  
las armas, gente y ánimos notaba  
y el negocio entre sí considerando,  
el deseado fin dificultaba,  
viendo cubierto el mar, llena la tierra  
de gente armada y máquinas de guerra.

Llegado al pabellón de don García,  
hallándome con otros yo presente,  
con una moderada cortesía  
nos saludó a su modo, alegremente  
levantando la voz... Pero la mía,  
que fatigada de cantar se siente,  
no puede ya llevar un tono tanto  
y así es fuerza dar fin en este canto.

## Canto XVII

Hace Millalauco su embajada. Salen los españoles de la isla, levantando un fuerte en el cerro de Penco. Vienen los araucanos a darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de Sanquintín

Nunca negarse deben los oídos  
a enemigos ni amigos sospechosos,  
que tanto os dejan más apercebidos  
cuanto vos los tenéis por cautelosos.  
Escuchados, serán más entendidos,  
ora sean verdaderos o engañosos;  
que siempre por señales y razones  
se suelen descubrir las intenciones.

Cuando piensan que más os desatinan  
con su máscara falsa y trato extraño,  
os despiertan, avisan, encaminan  
y encubriendo, descubren el engaño;  
veis el blanco y el fin a donde atinan,  
el pro y el contra, el interés y el daño;  
no hay plática tan doble y cautelosa  
que della no se infiera alguna cosa.

Y no hay pecho tan lleno de artificio  
que no se le penetre algún conceto,  
que las lenguas al fin hacen su oficio  
y más si el que oye sabe ser discreto.  
Nunca el hablar dejó de dar indicio  
ni el callar descubrió jamás secreto:  
no hay cosa más difícil, bien mirado,  
que conocer un necio si es callado.

Y es importante punto y necesario  
tener el capitán conocimiento  
del arte y condición del adversario,  
de la intención, disignio y fundamento:  
si es cuerdo y reportado o temerario,  
de pesado o ligero movimiento,  
remiso o diligente, incauto o astuto,  
vario, indeterminable o resolutivo.

Así vemos que el bárbaro Senado  
por saber la intención del enemigo  
al cauto Millalauco había enviado  
debajo de figura y voz de amigo,  
que con semblante y ánimo doblado,  
mostrándose cortés, como atrás digo,  
el rostro a todas partes revolviendo,  
alzó recio la voz, así diciendo:

«Dichoso capitán y compañía,  
a quien por bien de paz soy enviado  
del araucano Estado y señoría,  
con voz y autoridad del gran Senado.  
No penséis que el temor y cobardía  
jamás nos haya a término llegado  
de usar, necesitados de remedio,  
de algún partido infame y torpe medio;

pues notorio os será lo que se estiende  
el nombre grande y crédito araucano,  
que los extraños términos defiende  
y asegura debajo de su mano,

y también de vosotros ya se entiende  
que, movidos de celo y fin cristiano,  
con gran moderación y disciplina  
venís a derramar vuestra doctrina.

Siendo, pues, esto así, como la muestra  
que habéis dado hasta aquí lo verifica,  
y la buena opinión y fama vuestra  
con claras y altas voces lo publica,  
yo os vengo a asegurar de parte nuestra,  
y así a todos por mí se os certifica  
que la ofrecida paz tan deseada  
será por los caciques acetada.

Que el ínclito Senado, habiendo oído  
de vuestra parte algunas relaciones  
con sabio acuerdo y parecer, movido  
por legítimas causas y razones,  
quiere acetar la paz, quiere partido  
de lícitas y honestas condiciones,  
para que no padezca tanta gente  
del pueblo simple y género inocente.

Que si la fe inviolable y juramento  
de vuestra parte con amor pedido  
y el gracioso y seguro acogimiento  
de nuestra voluntad libre ofrecido  
pueden dar en las cosas firme asiento  
con honra igual y lícito partido  
sin que los nuestros súbditos y estados  
vengan por tiempo a ser menoscabados,

a Carlos sin defensa y resistencia  
por amigo y señor le admitiremos,  
y el servicio indebido y obediencia  
de nuestra voluntad le ofreceremos;  
mas si queréis llevarlo por violencia,  
antes los propios hijos comeremos  
y veréis con valor nuestras espadas  
por nuestro mismo pecho atravesadas.

Pero por trato llano, sin recelo  
podréis por vuestro Rey alzar bandera,  
que el Estado, las armas por el suelo,  
con los brazos abiertos os espera,  
reconociendo que el benigno cielo  
le llama a paz segura y duradera,  
quedando para siempre lo pasado  
en perpetuo silencio sepultado».

Aquí dio fin al razonar, haciendo  
a su modo y usanza una caricia,  
siempre en su proceder satisfaciendo  
a nuestra voluntad y a su malicia;  
y el bárbaro poder disminuyendo  
nos aumentaba el ánimo y codicia,  
dándonos a entender que había flaqueza,  
y abundancia de bienes y riqueza.

Oída la embajada, don García,  
haciéndole gracioso acogimiento,  
en suma respondió que agradecía  
la propuesta amistad y ofrecimiento,  
y que en nombre del Rey satisfaría  
su buena voluntad con tratamiento

que no sólo no fuesen agraviados,  
mas de muchos trabajos relevados.

Hizo luego sacar a dos sirvientes,  
por más confirmación, algunos dones,  
ropas de mil colores diferentes,  
jotas, llautos, chaquiras y listones,  
insignias y vestidos competentes  
a nobles capitanes y varones,  
siendo de Millalauco recibido  
con palabras y término cumplido.

Así que, con semblante y apariencia  
de amigo agradecido y obligado,  
pidiendo al despedir grata licencia,  
a la barca volvió que había dejado,  
y con la acostumbrada diligencia  
al tramontar del sol llegó al Estado,  
do recibido fue con alegría  
de toda aquella noble compañía.

Visto el despacho y la ocasión presente,  
los caciques la junta dividieron,  
y dando muestra de esparcir la gente  
a sus casas de paz se retrujeron,  
adonde sin rumor, secretamente,  
las engañosas armas previnieron,  
moviendo del común las voluntades,  
aparejadas siempre a novedades.

Nosotros, no sin causa sospechosos,  
allí más de dos meses estuvimos,  
y a las lluvias y vientos rigurosos  
del implacable invierno resistimos;  
mas pasado este tiempo, deseosos  
de saber su intención, nos resolvimos  
en dejar el isleño alojamiento,  
haciendo en tierra firme nuestro asiento.

Ciento y treinta mancebos florecientes  
fueron en nuestro campo apercebidos:  
hombres trabajadores y valientes  
entre los más robustos escogidos,  
de armas y de instrumentos convenientes  
secreta y sordamente prevenidos;  
yo con ellos también, que vez ninguna  
dejé de dar un tiento a la fortuna,

para que en un pequeño cerro esento  
sobre la mar vecina relevado,  
levantasen un muro de cimienta  
de fondo y ancho foso rodeado,  
donde pudiese estar sin detrimento  
nuestro pequeño ejército alojado,  
en cuanto los caballos arribaban,  
que ya teníamos nueva que marchaban.

Pues salidos a tierra, entenderían  
la intención de los bárbaros dañada,  
que en secreto las armas prevenían  
con falso rostro y amistad doblada:  
de do, si se moviesen, les darían  
algún asalto y súbita ruciada  
que, quebrantado el ánimo y denuedo,  
viniesen a la paz de puro miedo.

Era imaginación fuera de tino  
pensar que los soberbios araucanos  
quisiesen de concordia algún camino  
viéndose con las armas en las manos;  
pero con la presteza que convino  
los ciento y treinta jóvenes lozanos  
pasaron a la tierra sin ayuda  
más que el amparo de la noche muda.

Y aunque era en esta tierra cuando  
Virgo alargaba a prisa el corto día  
las variables horas restaurando  
que usurpadas la noche le tenía,  
antes que la alba fuese desterrando  
las noturnas estrellas, parecía  
la cumbre del collado levantada  
de gente y materiales ocupada.

Cuáles con barras, picos y azadones  
abren los hondos fosos y señales,  
cuáles con corvos y anchos cuchillones,  
hachas, sierras, segures y destraes  
cortan maderos gruesos y troncones,  
y fijados en tierra, con tapias  
y trabazón de leños y fajinas  
levantan los traveses y cortinas.

No con tanto hervor la tiria gente  
en la labor de la ciudad famosa,  
solícita, oficiosa y diligente  
andaba en todas partes presurosa;  
ni César levantó tan de repente  
en Dirrachio la cerca milagrosa  
con que cercó el ejército esparcido  
del enemigo yerno inadvertido,

cuanto fue de nosotros coronada  
de una gruesa muralla la montaña,  
de fondo y ancho foso rodeada,  
con ocho gruesas piezas de campaña,  
siendo a vista de Arauco levantada  
bandera por Felipe, Rey de España,  
tomando posesión de aquel Estado  
con los demás del padre renunciado.

Túvose por un caso nunca oído  
de tanto atrevimiento y osadía,  
entre la gente plática tenido  
más por temeridad que valentía,  
que en el soberbio Estado así temido  
los ciento y treinta en poco más de un día  
pudiésemos salir con una cosa  
tanto cuanto difícil peligrosa.

Nuestra gente del todo recogida,  
la cual luego segura al fuerte vino,  
que el alto sitio y pólvora temida  
hizo fácil y llano aquel camino,  
por las anchas cortinas repartida  
según y por el orden que convino;  
nos pusimos allí todos a una  
debajo del amparo de fortuna.

La pregonera Fama, ya volando

por el distrito y término araucano,  
iba de lengua en lengua acrecentando  
el abreviado ejército cristiano,  
la gente popular amedrentando  
con un hueco rumor y estruendo vano,  
que lo incierto a las veces certifica,  
y lo cierto, si es mal, lo multiplica.

Llegada, pues, la voz a los oídos  
de nuestros enemigos conjurados,  
no mirando a los tratos y partidos  
por una parte y otra asegurados,  
con súbita presteza apercebidos  
de municiones, armas y soldados,  
sin aguardar a más, trataron luego  
de darnos el asalto a sangre y fuego.

Juntos para el efeto en Talcaguano,  
dos millas poco más de nuestro asiento,  
el esforzado mozo Gracolano,  
de gran disposición y atrevimiento,  
dijo en voz alta: «¡Oh gran Caupolicano!,  
si en algo es de estimar mi ofrecimiento,  
prometo que mañana en el asalto,  
arbolaré mi enseña en lo más alto.

Y porque a ti, señor, y a todos quiero  
haceros de mis obras satisfechos,  
con esta usada lanza me profiero  
de abrir lugar por los contrarios pechos,  
y que será mi brazo el que primero  
barahuste las armas y pertrechos,  
aunque más dificulten la subida  
y todo el universo me lo impida».

Así dijo; y los bárbaros en esto,  
porque ya las estrellas se mostraban,  
al fuerte, en escuadrón, con paso presto  
cubiertos de la noche se acercaban,  
y en una gran barranca, oculto puesto,  
al pie de la montaña reparaban,  
aguardando en silencio aquella hora  
que suele aparecer la clara aurora.

Aquella noche, yo mal sosegado,  
reposar un momento no podía,  
o ya fuese el peligro o ya el cuidado  
que de escribir entonces yo tenía.  
Así imaginativo y desvelado,  
revolviendo la inquieta fantasía,  
quise de algunas cosas desta historia  
descargar con la pluma la memoria.

En el silencio de la noche oscura,  
en medio del reposo de la gente,  
queriendo proseguir en mi escritura  
me sobrevino un súbito accidente,  
cortóme un hielo cada coyuntura,  
turbóseme la vista de repente,  
y procurando de esforzarme en vano,  
se me cayó la pluma de la mano.

Quisiérame quejar, mas fue imposible,  
del accidente súbito impedido,  
que el agudo dolor y mal sensible

me privó del esfuerzo y del sentido.  
Pero pasado el término terrible,  
y en mi primero ser restituido,  
del tormento quedé de tal manera  
cual si de larga enfermedad saliera.

Luego que con suspiros trabajados  
desfogando las ansias aflojaron,  
mis descaídos ojos agravados  
del gran quebrantamiento se cerraron;  
así los lasos miembros relajados  
al agradable sueño se entregaron,  
quedando por entonces el sentido  
en la más noble parte recogido.

No bien al dulce sueño y al reposo  
dejado el quebrantado cuerpo había,  
cuando oyendo un estruendo sonoro  
que estremecer la tierra parecía,  
con gesto altivo y término furioso  
delante una mujer se me ponía,  
que luego vi en su talle y gran persona  
ser la robusta y áspera Belona.

Vestida de los pies a la cintura,  
de la cintura a la cabeza armada  
de una escamosa y lúcida armadura,  
su escudo al brazo, al lado la ancha espada,  
blandiendo en la derecha la asta dura,  
de las horribles Furias rodeada,  
el rostro airado, la color teñida,  
toda de fuego bélico encendida,  
la cual me dijo: «¡Oh mozo temeroso!,  
el ánimo levanta y confianza,  
reconociendo el tiempo venturoso  
que te ofrece tu dicha y buena andanza;  
huye del ocio torpe perezoso,  
ensancha el corazón y la esperanza;  
y aspira a más de aquello que pretendes,  
que el cielo te es propicio, si lo entiendes.

Que viéndote a escribir aficionado  
como se muestra bien por el indicio,  
pues nunca te han la pluma destemplado  
las fieras armas y áspero ejercicio;  
tu trabajo tan fiel considerado,  
sólo movida de mi mismo oficio,  
te quiero yo llevar en una parte  
donde podrás sin límite ensancharte.

Es campo fértil, lleno de mil flores,  
en el cual hallarás materia llena  
de guerras más famosas y mayores,  
donde podrá alimentar la vena.  
Y si quieres de damas y de amores  
en verso celebrar la dulce pena,  
tendrás mayor sujeto y hermosura  
que en la pasada edad y en la futura.

“Sígueme”, dijo al fin; y yo admirado  
viéndola revolver por donde vino,  
con paso largo y corazón osado  
comencé de seguir aquel camino,  
dejando del siniestro y diestro lado

dos montes, que el Atlante y Apenino  
con gran parte no son de tal grandeza  
ni de tanta espesura y aspereza.

Salimos a un gran campo, a do natura  
con mano liberal y artificiosa  
mostraba su caudal y hermosura  
en la varia labor maravillosa,  
mezclando entre las hojas y verdura  
el blanco lirio y encarnada rosa,  
junquillos, azahares y mosquetas,  
azucenas, jazmines y violetas.

Allí las claras fuentes murmurando  
el deleitoso asiento atravesaban,  
y los templados vientos respirando  
la verde yerba y flores alegraban;  
pues los pintados pájaros volando  
por los copados árboles cruzaban,  
formando con su canto y melodía  
una acorde y dulcísima armonía.

Por mil partes en corros derramadas  
vi gran copia de ninfas muy hermosas,  
unas en varios juegos ocupadas,  
otras cogiendo flores olorosas;  
otras suavemente y acordadas,  
cantaban dulces letras amorosas,  
con cítaras y liras en las manos  
diestros sátiros, faunos y silvanos.

Era el fresco lugar aparejado  
a todo pasatiempo y ejercicio.  
Quién sigue ya de aquél, ya deste lado  
de la casta Diana el duro oficio:  
ora atraviesa el puerco, ora el venado,  
ora salta la liebre, y con el vicio,  
gamuzas, capriolas y corcillas  
retozan por la yerba y florecillas.

Quién el ciervo herido rastreando  
de la llanura al monte atravesaba;  
quién el cerdoso puerco fatigando  
los osados lebreles ayudaba;  
quién con templados pájaros volando  
las altaneras aves remontaba:  
acá matan la garza allá la cuerva,  
aquí el celoso gamo, allí la cierva.

Estaba medio a medio deste asiento,  
en forma de pirámide un collado,  
redondo en igual círculo y esento,  
sobre todas las tierras empinado.  
Y sin saber yo cómo, en un momento,  
de la fiera Belona arrebatado,  
en la más alta cumbre dél me puso,  
quedando dello atónito y confuso.

Estuve tal un rato, de repente  
viéndome arriba, que mirar no osaba,  
tanto que acá y allá medrosamente  
los temerosos ojos rodeaba;  
allí el templado céfiro clemente  
lleno de olores varios respiraba,  
hasta la cumbre altísima el collado

de verde yerba y flores coronado.

Era de altura tal que no podría  
un liviano neblí subir a vuelo,  
y así, no sin temor, me parecía  
mirando abajo estar cerca del cielo;  
de donde con la vista descubría  
la grande redondez del ancho suelo,  
con los términos bárbaros ignotos  
hasta los más ocultos y remotos.

Viéndome, pues, Belona allí subido  
me dijo: «El poco tiempo que te queda  
para que puedas ver lo prometido  
hace que detenerme más no pueda:  
mira aquel grueso ejército movido,  
el negro humo espeso y polvoreda  
en el confín de Flandes y de Francia  
sobre una plaza fuerte de importancia.

Después que Carlos Quinto hubo triunfado  
de tantos enemigos y naciones,  
y como invicto príncipe hollado  
las árticas y antárticas regiones,  
triunfó de la fortuna y vano estado  
y aseguró su fin y pretensiones  
dejando la imperial investidura  
en dichosa sazón y coyuntura;  
»y movido del pío y santo celo  
que del gobierno público tenía,  
pareciéndole poco lo del suelo,  
según lo que en el pecho concebía,  
vuelta la mira y pretensión al cielo,  
el peso que en los hombros sostenía  
le puso en los del hijo, renunciados  
todos sus reinos, títulos y estados.

Viendo el hijo la próspera carrera  
del vitorioso padre retirado,  
por hacer la esperanza verdadera  
que siempre de sus obras había dado,  
en el principio y ocasión primera  
aquel copioso ejército ha juntado,  
para bajar de la enemiga Francia  
la presunción, orgullo y arrogancia.

Aquella es Sanquintín que vees delante  
que en vano contraviene a su ruina,  
presidio principal, plaza importante,  
y del furor del gran Felipe dina.  
Hállase dentro della el Almirante,  
debajo cuyo mando y disciplina  
está gran gente plática de guerra  
a la defensa y guarda de la tierra.

»En tres partes allí, como se muestra,  
el enemigo campo se reparte:  
Cáceres con su tercio a mano diestra,  
donde está de Felipe el estandarte;  
el prompto Navarrete a la siniestra  
con el conde de Mega, y de la parte  
del burgo, Julián con tres naciones:  
españoles, tudescos y valones.

Llegamos, pues, a tiempo que seguro

podrás ver la contienda porfiada,  
y sin escalas, por el roto muro  
entrar los de Felipe a pura espada;  
verás el fiero asalto y trance duro,  
y al fin la fuerte Francia aportillada,  
que al riguroso hado incontrastable  
no hay defensa ni plaza inexpugnable.

Conviéneme partir de aquí al momento  
a meterme entre aquellos escuadrones,  
y remover con nuevo encendimiento  
los unos y los otros corazones;  
tú desde aquí podrás mirar atento  
las diferentes armas y naciones  
y escribir de una y otra la fortuna,  
dando su justa parte a cada una».

Luego la diosa airada y compañía  
por el aire en tropel se deslizaron  
y en un instante, sin torcer la vía,  
cual presto rayo a Sanquintín bajaron,  
donde atizando el fuego que ya ardía,  
con la amiga Discordia se juntaron,  
que andaba entre las huestes y compañías  
infundiéndoles ira en las entrañas.

En esto el fiero ejército furioso,  
por la señal postrera ya movido,  
en un turbión espeso y polvoroso  
corre al batido muro defendido.  
¡Quién fuera de lenguaje tan copioso,  
que pudiera explicar lo que allí vido!  
Mas, aunque mi caudal no llegue a tanto,  
haré lo que pudiere en otro canto.

## Canto XVIII

Da el rey don Felipe el asalto a Sanquintín: entra en ella vitorioso. Vienen los  
araucanos sobre el fuerte de los españoles

¿Cuál será el atrevido que presume  
reducir el valor vuestro y grandeza  
a término pequeño y breve suma,  
y a tan humilde estilo tanta alteza?  
Que aunque por campo próspero la pluma  
corra con fértil vena y ligereza,  
tanto el sujeto y la materia arguye  
que todo lo deshace y disminuye.

Y el querer atreverme a tanto creo  
que me será juzgado a desatino  
pues llegado a razón, yo mismo veo  
que salgo de los términos a tino;  
mas de serviros siempre el gran deseo  
que siempre me ha tirado a este camino,  
quizá adelgazará mi pluma ruda  
y la torpeza de la lengua muda.

Y así vuestro favor (del cual procede  
esta mi presunción y atrevimiento)  
es el que agora pido y el que puede  
enriquecer mi pobre entendimiento;  
que si por vos, Señor, se me concede  
lo que a nadie negáis, soltaré al viento  
con ánimo la ronca voz medrosa,  
indigna de contar tan grande cosa.

Y de vuestra largueza confiado  
por la justa razón con que lo pido,  
espero que, Señor, seré escuchado,  
que basta para ser favorecido.  
Volviendo a proseguir lo comenzado,  
dije en el canto atrás que arremetido  
había el furioso campo por tres vías  
a las aportilladas baterías.

Y en la veloz corrida, contrastando  
los tiros y defensas contrapuestas,  
lo va todo rompiendo y tropellando  
con animoso pecho y manos prestas;  
y a los batidos muros arribando  
por los lados y partes más dispuestas,  
los unos y los otros se afrentaron  
y los ánimos y armas se tentaron.

Los franceses con muestra valerosa,  
armas y defensivos instrumentos,  
resisten la llegada impetuosa  
y los contrarios ánimos sangrientos;  
mas la gente española, más furiosa  
cuanto topaba más impedimentos,  
con temoso coraje y porfiado  
rompe lo más difícil y cerrado.

Vieran en las entradas defendidas  
gran contienda, revuelta y embarazos,  
muertes estrañas, golpes y heridas  
de poderosos y gallardos brazos;  
cabezas hasta el cuello y más hendidas,

y cuerpos divididos en pedazos:  
que no bastaban petos ni celadas  
contra el crudo rigor de las espadas.

La plaza se expugnaba y defendía  
con esfuerzo y valor por todos lados:  
era cosa de ver la herrería  
de las armas y arneses golpeados;  
la espantosa y horrenda artillería,  
las bombas y artificios arrojados  
de pólvora, alquitrán, pez y resina,  
aceite, plomo, azufre y trementina.

Y a vueltas, un granizo y lluvia espesa  
de lanzas y saetas arrojaban,  
peñas, tablas, maderos que a gran priesa  
de los muros y techos arrancaban;  
la fiera rabia y gran tesón no cesa,  
hieren, matan, derriban; y así andaban  
los unos y los otros muy revueltos  
en fuego, sangre y en furor envueltos.

Unos la entrada sin temor defienden  
con libre y animosa confianza,  
otros de miedo por vivir ofenden,  
poniéndoles esfuerzo la esperanza;  
otros, que ya la vida no pretenden,  
procuran de su muerte la venganza,  
y que cayan sus cuerpos de manera  
que al enemigo cierren la carrera.

Como el furor indómito y violencia  
de una corriente y súbita avenida,  
que, si halla reparo y resistencia,  
hierve y crece allí la agua detenida,  
al fin, con mayor ímpetu y potencia,  
bramando abre el camino y la salida,  
que las defensas rompe y desbarata  
y en violento furor las arrebatá,

de tal manera la francesa gente,  
sin bastar resistencia y fuerza alguna,  
la arrebató la próspera corriente  
del hado de Felipe y su fortuna;  
que, ya sin poder más, forzadamente  
a su furia rendida, por la una  
parte que estaba Cáceres, dio entrada  
a la enemiga gente encarnizada.

Y aunque por esta parte el Almirante  
el golpe de la gente resistía,  
no fue ni pudo al cabo ser bastante  
a la pujanza y furia que venía;  
quedó prisión con otros, y adelante  
la vitoriosa y fiera compañía,  
dejando eterna lástima y memoria,  
iba siguiendo el hado y la vitoria.

Pues en esta sazón, por la otra parte  
que el diestro Navarrete peleaba,  
sin ser ya la francesa gente parte,  
a puro hierro la española entraba;  
y a despecho y pesar del fiero Marte  
que los franceses brazos esforzaba,  
haciendo gran destrozo y cruda guerra,

de rota a más andar ganaban tierra.

Fue preso allí Andalot, que encomendada  
le estaba la defensa de aquel lado;  
he aquí también por la tercera entrada  
que Julián Romero había asaltado.  
La suspensa fortuna declarada,  
abriendo paso al detenido hado,  
la mano a don Felipe dio de modo,  
que vencedor en Francia entró del todo.

Cortó luego un temor y frío yelo  
los ánimos del pueblo enflaquecido,  
rompiendo el aire espeso y alto cielo  
un general lamento y alarido;  
las armas arrojadas por el suelo,  
escogiendo el vivir ya por partido,  
acordaron con mísera huida  
perder la plaza y guarecer la vida.

Pero los vencedores, cuando vieron  
su gran temor y poco impedimento,  
los brazos altos y armas suspendieron  
por no manchar con sangre el vencimiento;  
y sin hacer más golpe, arremetieron,  
vuelto en codicia aquel furor sangriento,  
al esperado saco de la tierra,  
premio de la común gente de guerra.

Quién las herradas puertas golpeando  
quebranta los cerrojos reforzados;  
quién por picas y gúmenas trepando  
entra por las ventanas y tejados;  
acá y allá rompiendo y desquiciando,  
sin reservar lugares reservados,  
las casas de alto a bajo escudriñaban  
y a tiento, sin parar, corriendo andaban.

Como el furioso fuego de repente  
cuando en un barrio o vecindad se enciende,  
que con rebato súbito la gente  
corre con priesa y al remedio atiende,  
y por todas las partes francamente  
quién entra, sale, sube, quién deciende,  
sacando uno arrastrando, otro cargado  
el mueble de las llamas escapado,  
así la fiera gente vitoriosa,  
con prestas manos y con pies ligeros,  
de la golosa presa codiciosa,  
abre puertas, ventanas y agujeros,  
sacando diligente y presurosa  
cofres, tapices, camas y rimeros  
y lo de más y menos importancia,  
sin dejar una mínima ganancia.

No los ruegos, clamores y querellas,  
que los distantes cielos penetraban,  
de viudas y huérfanas doncellas  
la insaciable codicia moderaban;  
antes, rompiendo sin piedad por ellas,  
a lo más defendido se arrojaban,  
creyendo que mayor ganancia había  
donde más resistencia se hacía.

Viéranse ya las vírgines corriendo

por las calles, sin guardia, a la ventura  
los bellos rostros con rigor batiendo,  
lamentando su hado y suerte dura;  
y las míseras monjas, que rompiendo  
sus estatutos, límite y clausura,  
de aquel temor atónito llevadas,  
iban acá y allá descarriadas.

Mas el pío Felipe, antes que entrasen  
había mandado a todas las naciones  
que con grande cuidado reservasen  
las mujeres y casas de oraciones,  
y amigos y conformes evitasen  
pendencias peligrosas y quistiones:  
que del saco y la presa a cada una  
diese su parte franca la fortuna.

Las mujeres, que acá y allá perdidas,  
llevadas del temor, sin tiento andaban,  
por orden de Felipe recogidas  
en seguro lugar las retiraban,  
donde de fieles guardas defendidas  
del bélico furor las amparaban;  
que aunque fueron sus casas saqueadas,  
las honras les quedaron reservadas.

Que los fieros soldados, obedientes  
al cristiano y espreso mandamiento,  
se mostraban en esto continentes,  
frenando aun el primero movimiento;  
la revuelta y la mezcla de las gentes,  
la mucha confusión y poco tiento  
hizo que el daño en la ciudad creciese  
y un repentino fuego se encendiese.

Súbito allí la llama alimentada,  
arrojando espesísimas centellas,  
del fresco viento céfiro ayudada  
procuraba subir a las estrellas;  
la miserable gente afortunada,  
con dolorosas voces y querellas,  
fijos los tiernos ojos en el cielo,  
desmayando, esforzaban más el duelo.

A todas partes gritos lastimosos  
en vano por el aire resonaban  
y los tristes franceses temerosos  
en las contrarias armas se arrojaban,  
eligiendo por fuerza vergonzosos  
el modo de morir que rehusaban,  
antes que, como flacos, encerrados,  
ser en llamas ardientes abrasados.

Mas del piadoso Rey la gran clemencia  
había las fieras armas embotado,  
que con remedio presto y diligencia  
todo el furor y fuego fue apagado;  
al fin, sin más defensa y resistencia,  
dentro de Sanquintín quedó alojado,  
con la llave de Francia ya en la mano,  
hasta París abierto el paso llano.

El sol ya poco a poco declinaba  
al hemisferio antártico encendido,  
cuando yo, que alegrísimo miraba

todo lo que en mi canto habéis oído,  
vi cerca una mujer que me hablaba,  
más blanco que la nieve su vestido,  
grave, muy venerable en el aspecto,  
persona al parecer de gran respecto,

diciendo: «Si las cosas que dijere  
por cierta y verdadera profecía  
difícil alguna pareciere,  
créeme que no es ficción ni fantasía;  
mas lo que el Padre Eterno ordena y quiere  
allá en su excelso trono y hieraquía,  
al cual está sujeto lo más fuerte,  
el hado, la fortuna, el tiempo y muerte.

Desta guerra y rencores encendidos  
entre la España y Francia así arraigados,  
resultarán conciertos y partidos,  
por una parte y otra procurados,  
en los cuales serán restituidos  
al duque de Saboya sus estados,  
con otros muchos medios provechosos,  
en bien de Francia y a la España honrosos.

Y para que más quede asegurada  
la paz, con hermandad y firme asiento,  
con la prenda de Enrico más amada  
contraerá don Felipe casamiento.  
Pero la cruda muerte acelerada  
temprano deshará este ayuntamiento,  
que el alto cielo así lo determina  
y el decreto fatal y orden divina.

En este tiempo Francia corrompida,  
la católica ley adulterando,  
negará la obediencia al Rey debida,  
las sacrílegas armas levantando;  
y con el cebo de la suelta vida  
cobrará la maldad fuerza, juntando  
de gente infiel ejército formado  
contra la Iglesia y propio Rey jurado.

Por insolencias viejas y pecados  
vendrá el reino a ser casi destruido,  
y Carlos de su pérfidos soldados  
a término dudoso reducido;  
serán con desacato derribados  
los sumptuosos templos y ofendido  
el mismo Sumo Dios y Sacramento,  
sobrando a la maldad su sufrimiento;

mas vuestro Rey, con presta providencia,  
previniendo al futuro daño luego,  
atajará en España esta dolencia  
con rigor necesario, a puro fuego.  
Curada la perversa pestilencia,  
las armas enemigas del sosiego  
con furia moverá contra el Oriente,  
enviando al Peñón su armada y gente.

Aunque no pueda de la vez primera  
conseguir el efeto deseado  
volverá la segunda, de manera  
que el áspero Peñón será expugnado;  
y dejando segura la carrera

y el morisco contorno amedrentado,  
por causa de los puertos e internada  
retirá la vitoriosa armada.

Vendrán a España a la sazón de Hungría  
dos príncipes de alteza soberana,  
hijos de César Máximo y María,  
de Carlos hija y de Felipe hermana,  
que acrecentando el gozo y alegría  
harán aquella corte y era ufana:  
el mayor es Rodolfo, el otro Ernesto,  
que a la fama darán materia presto.

»Y de sus altas obras prometiéndolo  
en su pequeña edad grande esperanza,  
en años y virtud irán creciendo,  
virtud y años muy dignos de alabanza,  
en quienes se verá resplandeciendo  
un excelso valor y la crianza  
del barón Dietristán, persona digna  
de dar a tales príncipes doctrina.

Luego en el año próximo siguiente,  
toda la cristiandad amenazando  
la gruesa armada del infiel potente,  
irá contra el Poniente navegando,  
con tan gran aparato y tanta gente  
que temblarán las costas, y arribando  
a la isla de Malta dará fondo,  
que boja veinte leguas en redondo.

Donde el grande Maestre y caballeros  
que dentro asistirán en este medio,  
con otros capitanes forasteros  
ofrecerán las vidas al remedio,  
y siempre constantísimos y enteros,  
resistirán gran tiempo el fuerte asedio,  
haciendo en la defensa tales cosas,  
que se podrán tener por milagrosas.

Serán batidos de uno y otro lado  
por la tierra, por mar, por bajo y alto,  
y el fuerte de San Telmo aporreado,  
entrado a hierro en el noveno asalto;  
el cual suceso al pueblo bautizado  
pondrá en grande peligro y sobresalto,  
porque en el puerto la turquesca armada  
tendrá por las dos bocas franca entrada.

Allí se verán hechos señalados,  
dificiles empresas peligrosas,  
ánimos temerarios arrojados,  
cuando las esperanzas más dudosas;  
postas, muros y fosos arrasados,  
crudas heridas, muertes lastimosas,  
casos grandes, sucesos infinitos  
dignos de ser para en eterno escritos.

Mas cuando ya no baste esfuerzo humano  
y la fuerza al trabajo se rindiere,  
el muro esté ya raso, el foso llano,  
y la esperanza al suelo se viniere;  
cuando el sangriento bárbaro inhumano  
el cuchillo sobre ellos esgrimiere,  
será entonces de todos conocido

lo que puede Felipe y es temido;

pues con sola una parte de su armada  
y número pequeño de soldados,  
de su fortuna y crédito guiada,  
rebatirá los otomanos hados,  
y la afligida Malta restaurada,  
serán los enemigos retirados,  
las fatigadas velas dando al viento  
con pérdida increíble y escarmiento.

«Luego el año después, con poderoso  
ejército, en persona Solimano  
por tierra moverá contra el famoso  
César Augusto, Emperador romano,  
y por la gran Panonia presuroso,  
dejando a la derecha al Trasilvano  
y atrás la ancha provincia de Dalmacia,  
bajará a los confines de Corvacia.

A Siguet, plaza fuerte y recogida  
cuatro semanas la tendrá asediada  
y al cabo, sin poder ser socorrida,  
del fiero Solimán será ocupada;  
mas la empresa difícil y la vida  
acabará en un tiempo, que la airada  
muerte, arribando el limitado curso,  
pondrá término y punto a su discurso.

Por otra parte, en Flandes los estados  
desasidos de Dios en estos días,  
turbarán el sosiego, inficionados  
de perversos errores y herejías,  
y contra el rey Felipe conspirados  
tentarán de maldad diversas vías,  
trayendo a estado y condición las cosas  
que durarán gran término dudosas.

También con pretensión de libertarse,  
en el próspero reino de Granada  
los moriscos vendrán a levantarse  
y a negar la obediencia al Rey jurada;  
la cual alteración, por no estimarse,  
ni ser a los principios remediada,  
será de grandes daños y costosa  
de sangre ilustre y gente valerosa.

Irá a esta guerra un mozo, que escondido  
anda en humildes paños y figura,  
que su imperial linaje esclarecido  
difíciles empresas le asegura,  
a quien tienen lo hados prometido  
una famosa y súbita ventura:  
éste es hijo de Carlos, que aún se cría,  
y encubierto estará por algún día.

Andará, como digo, disfrazado,  
hasta que el padre al tiempo de la muerte  
le dejará por hijo declarado,  
subiéndole en un punto a tanta suerte;  
será de todos con razón amado,  
franco, esforzado, valeroso y fuerte.  
Es su nombre don Juan, y en esta parte  
no puedo más decir ni revelarte.

Baste que a los moriscos alterados  
en su primera edad hará la guerra,  
y los presidios rotos y ocupados  
los vendrá a retirar dentro en la sierra,  
adonde los tendrá tan apretados  
que al fin reducirá la alzada tierra,  
trasplantando en provincias diferentes  
las raíces malvadas y simientes.

Esta guerra acabada, de Alemaña,  
de damas y gran gente acompañada  
la infante Ana vendrá, Reina de España,  
con el Rey don Felipe desposada;  
donde con pompa y majestad estraña  
será la insigne boda celebrada  
en la antigua Segovia, un tiempo silla  
de los famosos reyes de Castilla.

Serán, pues, los dos príncipes llamados  
del padre Emperador, que ya aquel día  
querrá dar nuevo asiento en sus estados  
y hacer rey a Rodolfo de la Hungría;  
así que, para Génova embarcados,  
arribarán, pasando a Lombardía,  
por la ribera del Danubio amena,  
a su ciudad famosa de Viena.

Cuando ya la revuelta y turbaciones  
de los tiempos den muestra de acabarse,  
y el bélico furor y alteraciones  
parezcan declinar y sosegarse,  
entonces en las bárbaras regiones  
comenzarán de nuevo a levantarse  
las armas de los turcos inhumanos  
contra los poderosos venecianos,

y sacando una armada poderosa,  
de todas sus provincias allegada,  
en la vecina Cipro, isla famosa,  
descargará la furia represada  
y con espada cruda y rigurosa  
será la tierra dellos ocupada,  
entrando a Famagusta, ya batida,  
sobre palabra falsa y fementida.

Quedarán, pues, tan arrogantes desto  
que, la armada de gente reforzando,  
con soberbio designio y presupuesto  
irán la vía de Italia navegando;  
despreciando del mundo todo el resto,  
y aun el poder del cielo despreciando:  
tanto será su orgullo y fiera muestra,  
nacido del pecado y culpa vuestra.

Mas el alto Señor, que otro dispone,  
y en vuestro bien por su piedad la ordena,  
que, cuando faltan méritos, compone  
con su sangre y pasión la deuda ajena,  
y por solo un gemir luego repone  
la punición y merecida pena,  
quebrantará con golpe riguroso  
la soberbia del bárbaro ambicioso:

que doliéndose ya de la fatiga  
del pueblo pecador, pero cristiano,

contra la gente pérfida enemiga  
esgrimirá la poderosa mano;  
así de inspiración habrá una Liga,  
donde el Papa y Senado veneciano  
juntarán su poder, su fuerza y gente  
con la del Rey Católico potente.

Será en gracia de todos elegido  
general de la Liga el floreciente  
mozo que en su niñez -desconocido-  
anda en hábito humilde entre la gente,  
pero no me es a mí ya concedido  
revelar lo futuro abiertamente:  
basta que lo verás, pues te asegura  
más larga vida el hado que ventura.

Mas si quieres saber desta jornada  
el futuro suceso nunca oído,  
y la cosa más grande señalada  
que jamás en historia se ha leído,  
cuando acaso pasares la cañada  
por donde corre Rauco más ceñido,  
verás al pie de un líbano a la orilla  
una mansa y doméstica corcilla.

Conviénete seguirla con cuidado,  
hasta salir en una gran llanura,  
al cabo de la cual verás a un lado  
una fragosa entrada y selva oscura  
y tras la corza tímida emboscado  
hallarás en mitad de la espesura  
debajo de una tosca y hueca peña  
una oculta morada muy pequeña.

Allí, por ser lugar inhabitable,  
sin rastro de persona ni sendero,  
vive un anciano, viejo venerable,  
que famoso soldado fue primero,  
de quien sabrás do habita el intratable  
Fitón, mágico grande y hechicero,  
el cual te informará de muchas cosas  
que están aún por venir, maravillosas.

«No quiero decir más en lo tocante  
a las cosas futuras, pues parece  
que habrá materia y campo asaz bastante  
en lo que de presente se te ofrece  
para llevar tus obras adelante  
pues la grande ocasión te favorece;  
que a mí sólo hasta aquí me es concedido  
el poderte decir lo que has oído.

Mas si el furor de Marte y la braveza  
te tuvieren la pluma destemplada  
y quisieres mezclar con su aspereza  
otra materia blanda y regalada,  
vuelve los ojos, mira la belleza  
de las damas de España, que admirada  
estoy, según el bien que allí se encierra,  
cómo no abrasa Amor toda la tierra.

Mas tente, que me importa a mí, primero  
que de los ojos fáciles te fies,  
prevenir el peligro venidero,  
para que dél con tiempo te desvíes;

y no aguardes al término postrero  
ni en tu fuerza y mi ayuda te confíes,  
que aunque quiera después contraponerme,  
tú cerrarás los ojos por no verme».

¡Oh condición humana!, que al instante  
que me privó que el rostro no volviese,  
sólo aquel impedirme fue bastante  
a que el prompto apetito se encendiese  
y así, sin esperar más que adelante  
en el sano consejo procediese,  
volví los ojos luego, y de improviso  
vi, si decirse puede, un paraíso.

En un asiento fértil y sabroso,  
de alegres plantas y árboles cercado,  
do el cielo se mostraba más hermoso  
y el suelo de mil flores variado,  
cerca de un claro arroyo sonoro  
que atravesaba el fresco y verde prado,  
vi junta toda cuanta hermosura  
supo y pudo formar acá natura.

Eran las damas del cercado aquellas  
que en la dichosa España florecían:  
el claro sol, la luna y las estrellas  
en su respeto oscuras parecían,  
y sobre sus cabezas todas ellas  
olorosas guirnaldas sostenían  
de mil varias maneras rodeadas  
de rubias trenzas, ñudos y lazadas.

Andaban por acá y allá esparcidos  
gran copia de galanes estimados,  
al regalado y blando amor rendidos,  
corriendo tras sus fines y cuidados;  
unos en esperanzas sostenidos,  
otros en sus riquezas confiados,  
todos gozando alegres y contentos  
de sus lozanos y altos pensamientos.

En esto, con presteza y furia estraña  
arreatado por el aire vano,  
la alta cumbre dejé de la montaña,  
bajando al deleitoso y fértil llano  
donde, si la memoria no me engaña,  
vi la mi guía a la derecha mano,  
algo medrosa y con turbado gesto  
de haberme en tanto riesgo y trance puesto.

Que luego que los pies puse en el suelo,  
los codiciosos ojos ya cebando,  
libres del torpe y del grosero velo  
que la vista hasta allí me iba ocupando,  
un amoroso fuego y blando hielo  
se me fue por las venas regalando,  
y el brío rebelde y pecho endurecido  
quedó al amor sujeto y sometido.

Y deseoso luego de ocuparme  
en obras y canciones amorosas  
y mudar el estilo, y no curarme  
de las ásperas guerras sanguinosas,  
con gran gana y codicia de informarme  
de aquel asiento y damas tan hermosas,

en especial y sobre todas de una,  
que vi a sus pies rendida mi fortuna.

Era de tierna edad, pero mostraba  
en su sosiego discreción madura,  
y a mirarme parece la inclinaba  
su estrella, su destino y mi ventura.  
Yo, que saber su nombre deseaba,  
rendido y entregado a su hermosura,  
vi a sus pies una letra que decía:  
DEL TRONCO DE BAZÁN DOÑA MARÍA.

Y por saber más della, revolviendo  
el rostro y voz a la prudente guía,  
súbito el alboroto y fiero estruendo  
de las bárbaras armas y armonía  
me despertó del dulce sueño, oyendo:  
«¡Arma, arma!»; ¡presto, presto!», y parecía  
romper el alto cielo los acentos  
de las diversas voces e instrumentos.

En esta confusión, medio dormido,  
a las vecinas armas corrí presto,  
poniéndome en un punto apercebido  
en mi lugar y señalado puesto,  
cuando con ferocísimo alarido  
por la áspera ladera del recuesto  
apareció gran número de gente  
y la rosada Aurora en el oriente.

Luego también por una y otra parte,  
con no menores voces y denuedo,  
tanta gente asomó que al fiero Marte  
con su temeridad pusiera miedo.  
Mas, para proceder parte por parte,  
según estoy cansado, ya no puedo:  
en el siguiente y nuevo canto pienso  
de declararlo todo por estenso.

## Canto XIX

En este canto se contiene el asalto que los araucanos dieron a los españoles en el fuerte de Penco; la arremetida de Gracolano a la muralla; la batalla que los marineros y soldados, que habían quedado en guarda de los navíos, tuvieron en la marina con los enemigos

Hermosas damas, si mi débil canto  
no comienza a esparcir vuestros loores  
y si mis bajos versos no levanto  
a concetos de amor y obras de amores,  
mi priesa es grande, y que decir hay tanto  
que a mil desocupados escritores  
que en ello trabajasen noche y día,  
para todos materia y campo habría.

Y aunque apartado a mi pesar me veo  
desta materia y presupuesto nuevo,  
me sacará al camino el gran deseo  
que tengo de cumplir con lo que os debo.  
Y si el adorno y conveniente arreo  
me faltan, baste la intención que llevo,  
que es hacer lo que puedo de mi parte,  
supliendo vos lo que faltare en la arte.

Mas la española gente, que se queja  
con causa justa y con razón bastante,  
dándome mucha priesa, no me deja  
lugar para que de otras cosas cante,  
que el ejército bárbaro la aqueja,  
cercando en torno el fuerte en un instante  
con terrible amenaza y alarido,  
como en el canto atrás lo habéis oído.

Luego que en la montaña en lo más alto  
tres gruesos escuadrones parecieron,  
juntos a un mismo tiempo hicieron alto  
y el sitio desde allí reconocieron;  
visto el foso y el muro, el fiero asalto,  
dada la seña, todos tres movieron  
esgrimiendo las armas de tal suerte  
que a nadie reservaban de la muerte.

El mozo Gracolano, no olvidado  
de la arrogante oferta y gran promesa,  
de varias y altas plumas rodeado,  
blandiendo una tostada pica gruesa  
venía dellos gran trecho adelantado,  
rompiendo por el humo y lluvia espesa  
de la balas y tiros arrojados  
por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término, terciando,  
la larga pica, arremetió furioso,  
y en tierra el firme regatón fijando,  
atravesó de un salto el ancho foso;  
y por la misma pica gateando,  
arriba sobre el muro vitorioso,  
a pesar de las armas contrapuestas:  
lanzas, picas, espadas y ballestas.

No agarrochado toro embravecido  
la barrera embistió tan impaciente  
ni fue con tanta fuerza resistido

de espesas armas y apiñada gente,  
como el gallardo bárbaro atrevido,  
que temeraria y venturosamente  
rompiendo al parecer lo más seguro,  
sube por fuerza al defendido muro,  
donde sueltas las armas empachadas  
(que aprovecharse dellas no podía),  
a bocados, a coces y a puñadas  
ganar la plaza él solo pretendía.  
Los tiros, golpes, botes y estocadas  
con gran destreza y maña rebatía,  
poniendo pecho y hombro suficiente  
al ímpetu y furor de tanta gente.

En medio de las armas, a pie quedo  
sin ellas su promesa sustentaba,  
y con gran pertinacia y poco miedo  
de morir más adentro procuraba;  
y en el vano propósito y denuedo,  
herido ya en mil partes, porfiaba,  
que su loca fortuna y diestra suerte  
tenían suspenso el golpe de la muerte.

Así que en la demanda necia instando  
se arroja entre los hierros, y se mete  
cual perro espumajoso, que rabiando,  
adonde más le hieren, arremete;  
y el peligro y la vida despreciando,  
lo más dudoso y áspero acomete,  
desbaratando en torno mil espadas  
al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo y tratado  
según la temeraria confianza,  
no de su pretensión desconfiado  
mas con alguna menos esperanza,  
a los brazos cerró con un soldado  
y de las manos le sacó la lanza,  
sobre la cual echándose, en un punto  
pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable Fortuna, ya cansada  
de serle curadora de la vida,  
dio paso en aquel tiempo a una pedrada  
de algún gallardo brazo despedida,  
que en la cóncava sien la arrebatada  
piedra gran parte le quedó sumida,  
trabucándole luego de lo alto,  
yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el troyano Euricio que, volando  
la tímida paloma por el cielo,  
con gran presteza el corvo arco flechado  
la atravesó en la furia de su vuelo,  
que retorciendo el cuerpo y revolando,  
como redondo ovillo vino al suelo,  
así el herido mozo en descubierta  
dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y seis heridas justamente,  
cayó el mísero cuerpo atravesado,  
sin el último golpe de la frente,  
que el número cerró ya rematado;  
y la pica que el bárbaro valiente

de franca y buena guerra había ganado  
quedó arrimada al foso de manera  
que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el joven Pinol, que prometido  
había de acompañarle en el asalto  
y con él hasta el foso arremetido  
aunque no se atrevió a tan grande salto,  
como al valiente amigo vio tendido  
y descubrir la pica por lo alto,  
la arebató, tomando por remedio  
poner con pies ligeros tierra en medio.

Mas como no haya maña ni destreza  
contra el hado preciso y dura suerte,  
ni bastan prestos pies ni ligereza  
a escapar de las manos de la muerte,  
que al que piensa huir, con más presteza  
le alcanza de su brazo el golpe fuerte,  
como al ligero bárbaro le avino  
en mudando propósito y camino,  
que apenas cuatro pasos había dado  
cuando dos gruesas balas le cogieron,  
y de la espalda al pecho atravesado  
a un tiempo por dos partes le tendieron.  
No dio la alma tan presto que un soldado  
de dos que a socorrerle arremetieron  
de la costosa lanza no trabase  
y con peligro suyo la salvase.

Luego de trompas gran rumor sonando,  
la gruesa pica en alto levantaron,  
y a toda furia en hila igual cerrando  
al foso con gran ímpetu llegaron,  
donde forzosamente reparando,  
la munición y flechas descargaron  
en tanta multitud, que parecían  
que la espaciosa tierra y sol cubrían.

Pues en esta sazón Martín de Elvira,  
que así nuestro español era llamado,  
de lejos la perdida lanza mira  
que el muerto Gracolán le había ganado.  
Con loable vergüenza, ardiendo en ira,  
de recobrar su honor deliberado,  
por una angosta puerta que allí había  
solo y sin lanza a combatir salía  
con un osado joven, que delante  
venía la tierra y cielo despreciado,  
de proporción y miembros de gigante,  
una asta de dos costas blandiendo,  
que acá y allá con término galante  
la gruesa y larga pica floreando  
ora de un lado y de otro, ora derecho,  
quiso tentar del enemigo el pecho,

tirando un recio bote, que cebado  
le retrujo seis pasos, de tal suerte  
que el gallardo español desatinado  
se vio casi en las manos de la muerte;  
pero como animoso y reportado,  
pensando asir la pica con la mano,  
mas este pensamiento salió vano:

que el indio con destreza y gran soltura  
saltó ligero atrás, cobrando tierra,  
y blandiendo la gruesa pica dura  
quiso con otro rematar la guerra;  
mas el prompto español, que entrar procura,  
dándole lado, de la pica afierra,  
y aguijando por ella, a su despecho  
cerró presto con él, pecho con pecho;

y habiendo con presteza arrebatado  
una secreta daga que traía,  
cinco veces o seis por el costado  
del bravo corazón tentó la vía.  
El bárbaro mortal, ya desangrado,  
por todas la furiosa alma rendía,  
cayendo el cuerpo inmenso en tierra frío,  
ya de sangre y espíritu vacío.

El valiente español, que vio tendido  
a su enemigo y la vitoria cierta,  
cobró la pica y crédito perdido  
retrayéndose ufano hacia la puerta  
donde, por los amigos conocido,  
fue sin contraste en un momento abierta,  
y dentro recibido alegremente  
con grande aplauso y grita de la gente.

En este tiempo ya por todos lados  
la plaza los contrarios expugnaban,  
que a vencer o morir determinados  
por los fuegos y tiros se lanzaban;  
y encima de los muertos hacinados,  
los vivos a tirar se levantaban,  
de donde más la cierta puntería  
el encubierto blanco descubría.

Unos con ramas, tierra y con maderos  
ciegan el hondo foso presurosos;  
otros, que más presumen de ligeros,  
hacen pruebas y saltos peligrosos;  
y los que les tocaban ser postreros,  
de llegar a las manos deseosos,  
tanto el ir adelante procuraban,  
que dentro a los primeros arrojaban.

Mas de los muchos muertos y heridos  
de nuestros arcabuces, de mampuesto  
y de otros arrojados y caídos,  
el foso se cegó y allanó presto;  
por do los enemigos atrevidos  
arremetieron, el temor pospuesto,  
llegando por las partes más guardadas  
a medir con nosotros las espadas;

y prosiguiendo en el osado intento  
de nuevo empiezan un combate duro,  
mas otros con mayor atrevimiento  
trepaban por las picas sobre el muro,  
que al bárbaro furor y movimiento  
ningún alto lugar había seguro,  
ni parte, por más áspera que fuese,  
donde no se escalase y combatiese.

Los nuestros sobre el muro amontonados  
los rebaten, impelen y maltratan,

y con lanzas y tiros arrojados  
los derriban abajo y desbaratan.  
Mas poco los demás escarmentados,  
la difícil subida no dilatan,  
antes procuran luego embravecidos  
ocupar el lugar de los caídos.

Unos así tras otros procediendo,  
ganosos de honra y de temor desnudos,  
siempre la priesa y multitud creciendo,  
crece la furia de los golpes crudos;  
los defendidos términos rompiendo,  
cubiertos de sus cóncavos escudos,  
nos pusieron en punto y apretura  
que estuvo lo imposible en aventura.

En este tiempo Tucapel furioso  
apareció gallardo en la muralla  
esgrimiendo un bastón fuerte y ñudoso  
todo cubierto de luciente malla.  
Como el león de Libia vedijoso,  
que abriendo de la tímida canalla  
el tejido escuadrón, con furia horrenda  
desembaraza la impedida senda,

así el furioso bárbaro arrogante  
discurre por el muro, derribando  
cuanto allí se le opone y vee delante,  
su misma gente y armas tropellando.  
Quisiera tener lengua y voz bastante  
para poder en suma ir relatando  
el singular esfuerzo y valentía  
que el bravo Tucapel mostró aquel día.

No las espesas picas ni pertrechos  
bastan puestas en contra a resistirle,  
ni fuertes brazos ni robustos pechos  
pueden, acometiéndole, impedirle;  
que montones de gente y armas hechos  
rompe y derriba sin poder sufrirle,  
y aun, no contento desto, osadamente  
se arroja dentro en medio de la gente.

Y al peligro las fuerzas añadiendo,  
la poderosa maza rodeaba,  
unos desbaratando, otros rompiendo,  
siempre más tierra y opinión ganaba.  
Al fin, los duros golpes resistiendo,  
por las armas y gente atravesaba,  
hiriendo siempre a diestro y a siniestro,  
con grande riesgo suyo y daño nuestro.

También hacia la banda del poniente  
había Peteguelén arremetido,  
y a despecho y pesar de nuestra gente  
en lo más alto del bastión subido.  
Que el valeroso corazón ardiente  
le había por las entrañas esparcido  
un belicoso ardor, como si fuera  
en la verde y robusta edad primera.

Mucho no le duró, que a poca pieza  
le arrebató una bala desmandada  
de los dispuestos hombros la cabeza,  
rematando su próspera jornada.

Tras ésta disparó luego otra pieza  
hacia la misma parte encaminada,  
llevando a Guampicol que le seguía,  
y a Surco, Longomilla y Lebopía.

La gente que en las naos había quedado,  
viendo el rumor y priesa repentina,  
cuál salta luego arriba desarmado,  
cuál con rodela; cuál con coracina;  
quién se arroja al batel, y quién a nado  
piensa arribar más presto a la marina,  
llamando cada cual a quien debía  
y ninguno aguardaba compañía.

Así a nado y a remo, con gran pena  
el molesto y prolijo mar cortaron,  
y en la ribera y deseada arena  
casi todos a un tiempo pie tomaron,  
donde con disciplina y orden buena  
un cerrado escuadrón luego formaron,  
marchando a socorrer a los amigos  
por medio de las armas y enemigos.

Del mar no habían sacado los pies, cuando  
por la parte de abajo con ruido  
les sale un escuadrón en contra, dando  
una furiosa carga y alarido.  
Venía el primero el paso apresurando  
el suelto Fenistón, mozo atrevido,  
que de los otros quiso adelantarse,  
con gana y presunción de señalarse.

Nuestra gente con orden y osadía  
siguiendo su derrota y firme intento,  
a la enemiga opuesta arremetía,  
que aun de esperar no tuvo sufrimiento;  
y a recibir a Fenistón salía  
con paso no menor y atrevimiento  
y el diestro Julián de Valenzuela,  
la espada en mano, al pecho la rodela.

Fue allí el primero que empezó el asalto  
el presto Fenistón anticipado,  
dando un ligero y no pensado salto  
con el cual descargó un bastón pesado;  
mas Valenzuela, la rodela en alto,  
a dos manos el golpe ha reparado,  
dejándole atronado de manera  
como si encima un monte le cayera.

Bajó la ancha rodela a la cabeza  
(tanto fue el golpe recio y desmedido),  
y el trasportado joven una pieza  
fue rodando de manos, aturdido;  
mas luego, aunque atronado, se endereza,  
y volviendo del todo en su sentido,  
pudo al través hurtándose de un salto,  
huir la maza que calaba de alto.

Entró el leño por tierra un gran pedazo  
con el gran peso y fuerza que traía,  
que visto Valenzuela el embarazo  
del bárbaro, y el tiempo que él tenía,  
metiendo con presteza el pie y el brazo  
el pecho con la espada le cosía,

y al sacar la caliente y roja espada  
le llevó de revés media quijada.

El araucano ya con desatino  
le echó los brazos sin saber por donde,  
mas el joven, tentando otro camino,  
arrancada la daga, la responde;  
que con la priesa y fuerza que convino  
tres veces en el cuerpo se la esconde,  
haciéndole estender, ya casi helados,  
los pies y fuertes brazos añudados.

Ya en aquella sazón ninguno había  
que sólo un punto allí estuviese ocioso,  
mas cada cual solícito corría  
a lo más necesario y peligroso;  
era el estruendo tal, que parecía  
el batir de las armas presuroso,  
que de sus fijos quicios todo el cielo  
desencasado, se viniese al suelo.

Por otra parte, arriba en la muralla,  
siempre con rabia y priesa hervorosa,  
andaba muy reñida la batalla  
y la vitoria en confusión dudosa.  
Vuelta en el aire la cortada malla,  
y de sangre caliente y espumosa  
tantos arroyos en el foso entraban  
que los cuerpos en ella ya nadaban.

Así de acá y de allá gallardamente  
por la plaza y honor se contendía:  
quién sobre el muerto sube diligente,  
quién muerto sobre el vivo allí caía.  
Don García de Mendoza entre su gente  
su cuartel con esfuerzo defendía,  
el gran furor y bárbara violencia  
haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado a la otra mano,  
don Francisco de Andía y Espinosa,  
y don Simón Pereyra, lusitano,  
don Alonso Pacheco y Ortigosa,  
contrapuestos al ímpetu araucano,  
hacían prueba de esfuerzo milagrosa  
resistiendo a gran número la entrada  
a pura fuerza y valerosa espada.

Basco Xuárez también por otra parte,  
Carrillo y don Antonio de Cabrera,  
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,  
Córdoba y Pedro de Olmos de Aguilera,  
subidos sobre el alto baluarte  
herían en los contrarios de manera  
que, aunque eran infinitos, bien seguro  
por toda aquella banda estaba el muro.

No menos se mostraba peleando  
Juan de Torres, Garnica y Campofrío,  
don Martín de Guzmán y don Hernando  
Pacho, Gutiérrez, Zúñiga, y Verrío,  
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,  
haciendo cosas que el ingenio mío,  
aunque libre de estorbos estuviera,  
contarlas por estenso no pudiera.

Tanto el daño creció, que de aquel lado  
los fieros araucanos aflojaron,  
y rostro a rostro, en paso concertado,  
quebrantado el furor se retiraron;  
los otros, visto el daño no pensado,  
también del loco intento se apartaron,  
quedando Tucaapel dentro del fuerte,  
hiriendo, derribando y dando muerte.

No desmayó por esto, antes ardía  
en cólera rabiosa y viva saña,  
y aquí y allí furioso discurría  
haciendo en todas partes riza estraña;  
tropella a Bustamante y a Mexía,  
derriba a Diego Pérez y a Saldaña.  
Mas ya es razón, pues he cantado tanto,  
dar fin al gran destrozo y largo canto.

## Canto XX

Retíranse los araucanos con pérdida de mucha gente; escápase Tucapel muy herido, rompiendo por los enemigos; cuenta Tegalda a don Alonso de Ercilla el estraño y lastimoso proceso de su historia

Nadie prometa sin mirar primero  
lo que de su caudal y fuerza siente,  
que quien en prometer es muy ligero  
proverbio es que de espacio se arrepiente.  
La palabra es empeño verdadero  
que habemos de quitar forzosamente  
y es derecho común y ley espresa  
guardar al enemigo la promesa.

Bien fuera destas leyes va la usanza  
que en este tiempo mísero se tiene.  
Promesas que os ensanchan la esperanza  
y ninguna se cumple ni mantiene;  
así la vana y necia confianza  
que estribando en el aire nos sostiene,  
se viene al suelo y llega el desengaño  
cuando es mayor que la esperanza el daño.

De mí sabré decir cuán trabajada  
me tiene la memoria, y con cuidado  
la palabra que di, bien escusada,  
de acabar este libro comenzado;  
que la seca materia desgustada  
tan desierta y estéril que he tomado  
me promete hasta el fin trabajo sumo  
y es malo de sacar de un terrón zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuestras  
tras las roncas trompetas y atambores,  
pudiendo ir por jardines y florestas  
cogiendo varias y olorosas flores,  
mezclando en las empresas y requestas  
cuentos, ficciones, fábulas y amores,  
donde correr sin límite pudiera  
y dando gusto, yo lo recibiera?

¿Todo ha de ser batallas y asperezas,  
discordia, fuego, sangre, enemistades,  
odios, rencores, sañas y bravezas,  
desatino, furor, temeridades,  
rabias, iras, venganzas y fierezas,  
muertes, destrozos, rizas, crueldades  
que al mismo Marte ya pondrán hastío,  
agotando un caudal mayor que el mío?

Mas a mí me es forzoso ser paciente,  
pues de mi voluntad quise obligarme;  
y así os pido, Señor, humildemente  
que no os dé pesadumbre el escucharme.  
Quel atrevido bárbaro valiente  
aun no me da lugar de disculparme:  
tal es la furia y priesa con que viene,  
que apresurar la mano me conviene.

El cual, como encerrada bestia fiera,  
ora de aquella y ora desta parte  
abre sangrienta y áspera carrera,  
y por todas el daño igual reparte

con un orgullo tal, que acometiera  
allá en su quinto trono al fiero Marte,  
si viera modo de subir al cielo,  
según era gallardo de cerbelo.

Pero viéndose solo y mal herido  
y el ejército bárbaro deshecho,  
y todo el fiero hierro convertido  
contra su fuerte y animoso pecho,  
se retrujo a una parte, en la cual vido  
quel cerro era peinado y muy derecho,  
sin muro de aquel lado, donde un salto  
había de más de veinte brazas de alto.

Como si en tal razón alas tuviera,  
más seguras que Dédalo las tuvo,  
se arroja desde arriba de manera  
que parece que en ellas se sostuvo;  
hizo prueba de sí fuerte y ligera,  
que el salto, aunque mortal, en poco tuvo,  
cayendo abajo el bárbaro gallardo  
como una onza ligera o suelto pardo.

Mas, bien no se lanzó, que en seguimiento  
infinidad de tiros le arrojaron,  
que, aunque no le alcanzara el pensamiento,  
antes que fuese abajo le alcanzaron.  
Fue tanto el descargar, que en un momento  
en más de diez lugares le llagaron,  
pero no de manera que cayese  
ni solo un paso y pie descompusiese.

Viéndose abajo y tan herido, luego  
del propósito y salto arrepentido,  
abrasado en rabioso y vivo fuego,  
terrible y más que nunca embravecido,  
quisiera revolver de nuevo al juego  
y vengarse del daño recibido;  
mas era imaginarlo desatino,  
que el cerro era tajado y sin camino.

Cinco o seis veces la difícil vía  
y de fortuna el crédito tentaba,  
que fácil lo imposible le hacía  
el coraje y furor que le incitaba:  
por un lado y por otro discurría,  
todo de acá y de allá lo rodeaba,  
como el hambriento lobo encarnizado  
rodea de los corderos el cercado.

Mas viendo al fin que era designio vano  
y de tiros sobre él la lluvia espesa,  
retirándose a un lado, vio en el llano  
la trabada batalla y fiera priesa;  
y como el levantado halcón lozano  
que, yendo alta la garza, se atraviesa  
el cobarde milano, y desde el cielo  
cala a la presa con furioso vuelo,

así el gallardo Tucapel, dejado  
el temerario intento infrutuoso,  
revuelve a la otra banda, encaminado  
al reñido combate sanguinoso.  
En esto el bando infiel desconfiado,  
de mucha gente y sangre perdidoso,

se retiró siguiendo las banderas  
que iban marchando ya por las laderas.

No por eso torció de su demanda  
un solo paso el bárbaro valiente,  
antes recio embistió por una banda,  
tropellando de golpe mucha gente,  
y dándoles terrible escurribanda,  
pasó de un cabo a otro francamente,  
hiriendo y derribando de manera  
que dejó bien abierta la carrera.

Quién queda allí estropiado, quién tullido,  
quién se duele, quién gime, quién se queja,  
quién cae acá, quién cae allá aturdido,  
quién haciéndole plaza, dél se aleja;  
y en el largo escuadrón de armas tejido  
un gran portillo y ancha calle deja,  
con el furor que el fiero rayo apriesa  
rompe el aire apretado y nube espesa.

De tal manera Tucapel, abriendo  
de parte a parte el escuadrón cristiano,  
arriba a los amigos, que siguiendo  
iban la retirada a paso llano,  
con el concierto y orden procediendo,  
que vemos ir las grullas el verano,  
cuando de su tendida y negra banda  
ninguna se adelanta ni desmanda.

Nosotros, aunque pocos, cuando vimos  
que a espaldas vueltas iban ya marchando,  
de nuestro fuerte en gran tropel salimos  
en la campaña un escuadrón formando,  
y a paso moderado los seguimos,  
de la vitoria enteramente usando;  
pero dimos la vuelta apresurada  
temiendo alguna bárbara emboscada.

Duró, pues, el reñido asalto tanto  
que el sol en lo más alto levantado  
distaba del poniente en punto cuanto  
estaba del oriente desviado.

Nosotros, ya seguros, entretanto  
que remataba el curso acostumbrado,  
dando lugar a las noturnas horas  
del personal trabajo aliviadoras,

el ciego foso alrededor limpiamos,  
sin descansar un punto diligentes,  
y en muchas partes dél desbaratamos  
anchas, traviesas y formadas puentes;  
los lugares más flacos reparamos,  
con industria y defensas suficientes,  
fortificando el sitio de manera  
que resistir un gran furor pudiera.

La negra noche a más andar cubriendo  
la tierra, que la luz desamparaba,  
se fue toda la gente recogiendo  
según y en el lugar que le tocaba;  
la guardia y centinelas repartiendo,  
que el tiempo estrecho a nadie reservaba,  
me cupo el cuarto de la prima en suerte  
en un bajo recuesto junto al fuerte;

donde con el trabajo de aquel día  
y no me haber en quince desarmado,  
el importuno sueño me afligía,  
hallándome molido y quebrantado;  
mas con nuevo ejercicio resistía,  
paseándome deste y de aquel lado  
sin parar un momento; tal estaba  
que de mis propios pies no me fiaba.

No el manjar de sustancia vaporoso,  
ni vino muchas veces trasegado,  
ni el hábito y costumbre de reposo  
me habían el grave sueño acarreado.  
Que bizcocho negrísimo y mohoso  
por medida de escasa mano dado  
y la agua llovediza desabrida  
era el mantenimiento de mi vida.

Y a veces la ración se convertía  
en dos tasados puños de cebada,  
que cocida con yerbas nos servía  
por la falta de sal, la agua salada;  
la regalada cama en que dormía  
era la húmida tierra empantanada,  
armado siempre y siempre en ordenanza,  
la pluma ora en la mano, ora la lanza.

Andando, pues, así con el molesto  
sueño que me aquejaba porfiando,  
y en gran silencio el encargado puesto  
de un canto al otro canto paseando,  
vi que estaba el un lado del recuesto  
lleno de cuerpos muertos blanqueando,  
que nuestros arcabuces aquel día  
habían hecho gran riza y batería.

No mucho después desto, yo que estaba  
con ojo alerta y con atento oído,  
sentí de rato en rato que sonaba  
hacia los cuerpos muertos un ruido,  
que siempre al acabar se remataba  
con un triste suspiro sostenido,  
y tornaba a sentirse, pareciendo  
que iba de cuerpo en cuerpo discurriendo.

La noche era tan lóbrega y oscura  
que divisar lo cierto no podía,  
y así por ver el fin desta aventura  
(aunque más por cumplir lo que debía)  
me vine, agazapado en la verdura,  
hacia la parte que el rumor se oía,  
donde vi entre los muertos ir oculto  
andando a cuatro pies un negro bulto.

Yo de aquella visión mal satisfecho,  
con un temor, que agora aun no le niego,  
la espada en mano y la rodela al pecho,  
llamando a Dios, sobre él aguijé luego.  
Mas el bulto se puso en pie derecho,  
y con medrosa voz y humilde ruego  
dijo: «Señor, señor, merced te pido,  
que soy mujer y nunca te he ofendido.

Si mi dolor y desventura estraña

a lástima y piedad no te inclinen  
y tu sangrienta espada y fiera saña  
de los términos lícitos pasaren,  
¿qué gloria adquirirás de tal hazaña,  
cuando los justos cielos publicaren  
que se empleó en una mujer tu espada,  
viuda, mísera, triste y desdichada?

Ruégote pues, señor, si por ventura  
o desventura, como fue la mía,  
con amor verdadero y con fe pura  
amaste tiernamente en algún día,  
me dejes dar a un cuerpo sepultura,  
que yace entre esta muerta compañía.  
Mira que aquel que niega lo que es justo  
lo malo aprueba ya y se hace injusto.

No quieras impedir obra tan pía,  
que aun en bárbara guerra se concede,  
que es especie y señal de tiranía  
usar de todo aquello que se puede.  
Deja buscar su cuerpo a esta alma mía,  
después furioso con rigor procede,  
que ya el dolor me ha puesto en tal extremo  
que más la vida que la muerte temo;

que no sé mal que ya dañarme pueda:  
no hay bien mayor que no le haber tenido;  
acábase y fenezca lo que queda  
pues que mi dulce amigo ha fenecido.  
Que aunque el cielo cruel no me conceda  
morir mi cuerpo con el suyo unido,  
no estorbará, por más que me persiga,  
que mi afligido espíritu le siga».

En esto con instancia me rogaba  
que su dolor de un golpe rematase;  
mas yo, que en duda y confusión estaba  
aún, teniendo temor que me engañase,  
del verdadero indicio no fiaba  
hasta que un poco más me asegurase,  
sospechando que fuese alguna espía  
que a saber cómo estábamos venía.

Bien que estuve dudoso, pero luego  
(aunque la noche el rostro le encubría),  
en su poco temor y gran sosiego  
vi que verdad en todo me decía;  
y que el pérfido amor, ingrato y ciego,  
en busca del marido la traía,  
el cual en la primera arremetida,  
queriendo señalarse, dio la vida.

Movido, pues, a compasión de vella  
firme en su casto y amoroso intento,  
de allí salido, me volví con ella  
a mi lugar y señalado asiento,  
donde yo le rogué que su querella  
con ánimo seguro y sufrimiento  
desde el principio al cabo me contase  
y desfogando la ansia descansase.

Ella dijo: «¡Ay de mí!, que es imposible  
tener jamás descanso hasta la muerte,  
que es sin remedio mi pasión terrible

y más que todo sufrimiento fuerte;  
mas, aunque me será cosa insufrible,  
diré el discurso de mi amarga suerte;  
quizá que mi dolor, según es grave,  
podrá ser que esforzándole me acabe.

Yo soy Tegalda, hija desdichada  
del cacique Brancol desventurado,  
de muchos por hermosa en vano amada,  
libre un tiempo de amor y de cuidado;  
pero muy presto la fortuna, airada  
de ver mi libertad y alegre estado,  
turbó de tal manera mi alegría  
que al fin muero del mal que no temía.

De muchos fui pedida en casamiento,  
y a todos igualmente despreciaba,  
de lo cual mi buen padre descontento,  
que yo acetase alguno me rogaba;  
pero con franco y libre pensamiento  
de su importuno ruego me escusaba,  
que era pensar mudarme desvarío  
y martillar sin fruto en hierro frío.

No por mis libres y ásperas respuestas  
los firmes pretensores aflojaron,  
antes con nuevas pruebas y requestas  
en su vana demanda más instaron,  
y con danzas, con juegos y otras fiestas  
mudar mi firme intento procuraron,  
no les bastando maña ni artificio  
a sacar mi propósito de quicio.

Muy presto, pues, llegó el postrero día  
desta mi libertad y señorío:  
¡oh si lo fuera de la vida mía!  
Pero no pudo ser, que era bien mío.  
En un lugar que junto al pueblo había  
donde el claro Gualebo, manso río,  
después que sus viciosos campos riega,  
el nombre y agua al ancho Itata entrega,

allí, para castigo de mi engaño,  
que fuese a ver sus fiestas me rogaron,  
y como había de ser para mi daño,  
fácilmente conmigo lo acabaron.  
Luego, por orden y artificio extraño,  
la larga senda y pasos enramaron,  
pareciéndoles malo el buen camino  
y que el sol de tocarme no era dino.

Llegué por varios arcos donde estaba  
un bien compuesto y levantado asiento,  
hecho por tal manera que ayudaba  
la maestra natura al ornamento.  
El agua clara en torno murmuraba,  
los árboles movidos por el viento  
hacían un movimiento y un ruido  
que alegraban la vista y el oído.

Apenas, pues, en él me había asentado,  
cuando un alto y solene bando echaron,  
y del ancho palenque y estacado  
la embarazosa gente despejaron.  
Cada cual a su puesto retirado,

la acostumbrada lucha comenzaron,  
con un silencio tal que los presentes  
juzgaran ser pinturas más que gentes.

Aunque había muchos jóvenes lucidos  
todos al parecer competidores,  
de diferentes suertes y vestidos,  
y de un fin engañoso pretendores;  
no estaba en cuáles eran los vencidos,  
ni cuáles habían sido vencedores,  
buscando acá y allá entretenimiento,  
con un ocioso y libre pensamiento,

Yo, que en cosa de aquellas no paraba  
el fin de sus contiendas deseando,  
ora los altos árboles miraba,  
de natura las obras contemplando;  
ora la agua que el prado atravesaba,  
las varias pedrezuelas numerando,  
libre a mi parecer y muy segura  
de cuidado, de amor y desventura,

cuando un gran alboroto y vocería  
(cosa muy cierta en semejante juego)  
se levantó entre aquella compañía,  
que me sacó de seso y mi sosiego.  
Yo, queriendo entender lo que sería,  
al más cerca de mí pregunté luego  
la causa de la grita ocasionada,  
que me fuera mejor no saber nada.

El cual dijo: -Señora, ¿no has mirado  
cómo el robusto joven Mareguano  
con todos cuantos mozos ha luchado,  
los ha puesto de espaldas en el llano?  
Y cuando ya esperaba confiado  
que la bella guirnalda de tu mano  
la ciñera la ufana y leda frente  
en premio y por señal más valiente,

aquel gallardo mozo bien dispuesto  
del vestido de verde y encarnado,  
con gran facilidad le ha en tierra puesto,  
levándole el honor que había ganado;  
y el fácil y liviano pueblo desto  
como de novedad maravillado,  
ha levantado aquel confuso estruendo,  
la fuerza del mancebo encareciendo.

Y también Mareguano que procura  
de volver a luchar, el cual alega  
que fue siniestro caso y desventura,  
que en fuerza y maña el otro no le llega;  
pero la condición y la postura  
del espreso cartel se lo deniega,  
aunque el joven con ánimo valiente  
da voces que es contento y lo consiente;

pero los jueces, por razón, no admiten  
del uno ni de otro el pedimiento,  
ni en modo alguno quieren ni permiten  
inovación en esto y movimiento,  
mas que de su propósito se quiten  
si entrambos de común consentimiento,  
pareciendo primero en tu presencia

no alcanzaren de ti franca licencia.

En esto a mi lugar enderezando  
de aquella gente un gran tropel venía,  
que como junto a mí llegó, cesando  
el disorde alboroto y vocería,  
el mozo vencedor la voz alzando,  
con una humilde y baja cortesía  
dijo: -Señora, una merced te pido,  
sin haberla mis obras merecido:

que si soy extranjero y no merezco  
hagas por mí lo que es tan de tu oficio,  
como tu siervo natural me ofrezco  
de vivir y morir en tu servicio;  
que aunque el agravio aquí yo le padezco,  
por dar desta mi oferta algún indicio  
quiero, si dello fueres tú servida,  
luchar con Mareguano otra caída,

y otra y otra y aun más, si él quiere, quiero,  
hasta dejarle en todo satisfecho;  
y consiento que al punto y ser primero  
se reduza la prueba y el derecho,  
que siendo en tu presencia cierto espero  
salir con mayor gloria deste hecho.  
Danos licencia, rompe el estatuto  
con tu poder sin límite absoluto.

Esto dicho, con baja reverencia  
la respuesta, mirándome, esperaba;  
mas yo, que sin recato y advertencia,  
escuchándole atenta le miraba,  
no sólo concederle la licencia  
pero ya que venciese deseaba,  
y así le respondí: -Si yo algo puedo,  
libre y graciosamente lo concedo.

Luego con un gallardo continente  
ambos juntos de mí se despidieron,  
y con grande alborozo de la gente  
en la cerrada plaza los metieron,  
adonde los padrinos igualmente  
el sol ya bajo y campo les partieron,  
y dejándolos solos en el puesto  
el uno para el otro movió presto.

Juntáronse en un punto y porfiando  
por el campo anduvieron un gran trecho,  
ora volviendo en torno y volteando,  
ora yendo al través, ora al derecho,  
ora alzándose en alto, ora bajando,  
ora en sí recogidos pecho a pecho,  
tan estrechos, gimiendo, se tenían,  
que recibir aliento aun no podían.

«Volvían a forcejar con un ruido,  
que era de ver y oírlos cosa estraña,  
pero el mozo extranjero, ya corrido  
de su poca pujanza y mala maña,  
alzó de tierra al otro y de un gemido  
de espaldas le trabuca en la campaña  
con tal golpe, que al triste Mareguano  
no le quedó sentido y hueso sano.

Luego de mucha gente acompañado  
a mi asiento los jueces le trujeron,  
el cual ante mis pies arrodillado,  
que yo le diese el precio me dijeron.  
No sé si fue su estrella o fue mi hado  
ni las causas que en esto concurrieron,  
que comencé a temblar y un fuego ardiendo  
fue por todos mis huesos discurriendo.

Halléme tan confusa y alterada  
de aquella nueva causa y accidente,  
que estuve un rato atónita y turbada  
en medio del peligro y tanta gente;  
pero volviendo en mí más reportada,  
al vencedor en todo dignamente,  
que estaba allí inclinado ya en mi falda,  
le puse en la cabeza la guirnalda.

Pero bajé los ojos al momento  
de la honesta vergüenza reprimidos,  
y el mozo con un largo ofrecimiento  
inclinó a sus razones mis oídos.  
Al fin se fue, llevándome el contento  
y dejando turbados mis sentidos;  
pues que llegué de amor y pena junto  
de solo el primer paso al postrer punto.

Sentí una novedad que me apremiaba  
la libre fuerza y el rebelde brío,  
a la cual sometida se entregaba  
la razón, libertad y el albedrío.  
Yo, que cuando acordé, ya me hallaba  
ardiendo en vivo fuego el pecho frío,  
alcé los ojos tímidos cebados,  
que la vergüenza allí tenía abajados.

Roto con fuerza súbita y furiosa  
de la vergüenza y continencia el freno,  
le seguí con la vista deseosa,  
cebando más la llaga y el veneno.  
Que sólo allí mirarle y no otra cosa  
para mi mal hallaba que era bueno,  
así que adonde quiera que pasaba  
tras sí los ojos y alma me llevaba.

Vile que a la sazón se apercebía  
para correr el palio acostumbrado,  
que una milla de trecho y más tenía  
el término del curso señalado,  
y al suelto vencedor se prometía  
un anillo de esmaltes rodeado  
y una gruesa esmeralda bien labrada,  
dado por esta mano desdichada.

Más de cuarenta mozos en el puesto  
a pretender el precio parecieron  
donde, en la raya y el pie cada cual puesto,  
promptos y apercebidos atendieron:  
que no sintieron la señal tan presto  
cuando todos en hila igual partieron  
con tal velocidad, que casi apenas  
señalaban la planta en las arenas.

Pero Crepino, el joven extranjero,  
que así de nombre propio se llamaba,

venía con tanta furia el delantero,  
que al presuroso viento atrás dejaba.  
El rojo palio al fin tocó el primero  
que la larga carrera remataba,  
dejando con su término agraciado  
el circunstante pueblo aficionado.

Y con solene triunfo rodeando  
la llena y ancha plaza, le llevaron;  
pero después a mi lugar tornando,  
que le diese el anillo me rogaron.  
Yo, un medroso temblor disimulando  
(que atentamente todos me miraron),  
del empacho y temor pasado el punto,  
le di mi libertad y anillo junto.

Él me dijo: -Señora, te suplico  
le recibas de mí, que aunque parece  
pobre y pequeño el don, te certifico  
que es grande la afición con que se ofrece;  
que con este favor quedaré rico  
y así el ánimo y fuerzas me engrandece,  
que no habrá empresa grande ni habrá cosa  
que ya me pueda ser dificultosa.

Yo, por usar de toda cortesía  
(que es lo que a las mujeres perficiona),  
le dije que el anillo recibía  
y más la voluntad de tal persona;  
en esto toda aquella compañía  
hecha en torno de mi espesa corona,  
del ya agradable asiento me bajaron  
y a casa de mi padre me llevaron.

No con pequeña fuerza y resistencia,  
por dar satisfacción de mí a la gente,  
encubrí tres semanas mi dolencia,  
siempre creciendo el daño y fuego ardiente;  
y mostrando venir a la obediencia  
de mi padre y señor, mañosamente  
le di a entender por señas y rodeo  
querer cumplir su ruego y mi deseo,

diciendo que pues él me persuadía  
que tomase parientes y marido,  
al parecer según que convenía,  
yo por le obedecer le había elegido:  
el cual era Crepino, que tenía  
valor, suerte y linaje conocido,  
junto con ser discreto, honesto, afable,  
de condición y término loable.

Mi padre, que con sesgo y ledo gesto  
hasta el fin escuchó el parecer mío,  
besándome en la frente, dijo: -En esto  
y en todo me remito a tu albedrío,  
pues de tu discreción e intento honesto  
que elegirás lo que conviene fío,  
y bien muestra Crepino en su crianza  
ser de buenos respetos y esperanza.

Ya que con voluntad y mandamiento  
a mi honor y deseo satisfizo  
y la vana contienda y fundamento  
de los presentes jóvenes deshizo,

el infelice y triste casamiento  
en forma y acto público se hizo.  
Hoy hace justo un mes, ¡oh suerte dura,  
qué cerca está del bien la desventura!

«Ayer me vi contenta de mi suerte,  
sin temor de contraste ni recelo;  
hoy la sangrienta y rigurosa muerte  
todo lo ha derribado por el suelo.  
¿Qué consuelo ha de haber a mal tan fuerte?;  
¿qué recompensa puede darme el cielo,  
adonde ya ningún remedio vale  
ni hay bien que con tan grande mal se iguale?

Éste es, pues, el proceso; ésta es la historia  
y el fin tan cierto de la dulce vida:  
he aquí mi libertad y breve gloria  
en eterna amargura convertida.  
Y pues que por tu causa la memoria  
mi llaga ha renovado encrudecida,  
en recompensa del dolor te pido  
me dejes enterrar a mi marido;

que no es bien que las aves carniceras  
despedacen el cuerpo miserable,  
ni los perros y brutas bestias fieras  
satisfagan su estómago insaciable;  
mas cuando empedernido ya no quieras  
hacer cosa tan justa y razonable,  
haznos con esa espada y mano dura  
iguales, en la muerte y sepultura».

Aquí acabó su historia, y comenzaba  
un llanto tal que el monte enternecía  
con una ansia y dolor que me obligaba  
a tenerle en el duelo compañía;  
que ya el asegurarle no bastaba  
de cuanto prometer yo le podía:  
solo pedía la muerte y sacrificio  
por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusión me viera,  
si don Simón Pereira, que a otro lado  
hacía también la guardia, no viniera  
a decirme que el tiempo era acabado;  
y espantado también de lo que oyera,  
que un poco desde aparte había escuchado,  
me ayudó a consolarla, haciendo ciertas  
con nuevo ofrecimiento mis ofertas.

Ya el presuroso cielo volteando  
en el mar las estrellas trastornaba,  
y el Crucero las horas señalando,  
entre el sur y sudueste declinaba  
en mitad del silencio y noche, cuando  
visto cuánto la oferta la obligaba,  
reprimiendo Tegalda su lamento,  
la llevamos a nuestro alojamiento;

donde en honesta guarda y compañía  
de mujeres casadas quedó, en tanto  
que el esperado ya vecino día quitase  
de la noche el negro manto.  
Entretanto también razón sería,  
pues que todos descansan y yo canto,

dejarlo hasta mañana en este estado,  
que de reposo estoy necesitado. allí, para castigo de  
mi engaño,  
que fuese a ver sus fiestas me rogaron,  
y como había de ser para mi daño,  
fácilmente conmigo lo acabaron.  
Luego, por orden y artificio extraño,  
la larga senda y pasos enramaron,  
pareciéndoles malo el buen camino  
y que el sol de tocarme no era dino.

Llegué por varios arcos donde estaba  
un bien compuesto y levantado asiento,  
hecho por tal manera que ayudaba  
la maestra natura al ornamento.  
El agua clara en torno murmuraba,  
los árboles movidos por el viento  
hacían un movimiento y un ruido  
que alegraban la vista y el oído.

Apenas, pues, en él me había asentado,  
cuando un alto y solene bando echaron,  
y del ancho palenque y estacado  
la embarazosa gente despejaron.  
Cada cual a su puesto retirado,  
la acostumbrada lucha comenzaron,  
con un silencio tal que los presentes  
juzgaran ser pinturas más que gentes.

Aunque había muchos jóvenes lucidos  
todos al parecer competidores,  
de diferentes suertes y vestidos,  
y de un fin engañoso pretendores;  
no estaba en cuáles eran los vencidos,  
ni cuáles habían sido vencedores,  
buscando acá y allá entretenimiento,  
con un ocioso y libre pensamiento,

Yo, que en cosa de aquellas no paraba  
el fin de sus contiendas deseando,  
ora los altos árboles miraba,  
de natura las obras contemplando;  
ora la agua que el prado atravesaba,  
las varias pedrezuelas numerando,  
libre a mi parecer y muy segura  
de cuidado, de amor y desventura,  
cuando un gran alboroto y vocería  
(cosa muy cierta en semejante juego)  
se levantó entre aquella compañía,  
que me sacó de seso y mi sosiego.  
Yo, queriendo entender lo que sería,  
al más cerca de mí pregunté luego  
la causa de la grita ocasionada,  
que me fuera mejor no saber nada.

El cual dijo: -Señora, ¿no has mirado  
cómo el robusto joven Mareguano  
con todos cuantos mozos ha luchado,  
los ha puesto de espaldas en el llano?  
Y cuando ya esperaba confiado  
que la bella guirnalda de tu mano  
la ciñera la ufana y leda frente  
en premio y por señal más valiente,

aquel gallardo mozo bien dispuesto  
del vestido de verde y encarnado,  
con gran facilidad le ha en tierra puesto,  
llevándole el honor que había ganado;  
y el fácil y liviano pueblo desto  
como de novedad maravillado,  
ha levantado aquel confuso estruendo,  
la fuerza del mancebo encareciendo.

Y también Mareguano que procura  
de volver a luchar, el cual alega  
que fue siniestro caso y desventura,  
que en fuerza y maña el otro no le llega;  
pero la condición y la postura  
del espreso cartel se lo deniega,  
aunque el joven con ánimo valiente  
da voces que es contento y lo consiente;

pero los jueces, por razón, no admiten  
del uno ni de otro el pedimiento,  
ni en modo alguno quieren ni permiten  
inovación en esto y movimiento,  
mas que de su propósito se quiten  
si entrambos de común consentimiento,  
pareciendo primero en tu presencia  
no alcanzaren de ti franca licencia.

En esto a mi lugar enderezando  
de aquella gente un gran tropel venía,  
que como junto a mí llegó, cesando  
el disorde alboroto y vocería,  
el mozo vencedor la voz alzando,  
con una humilde y baja cortesía  
dijo: -Señora, una merced te pido,  
sin haberla mis obras merecido:

que si soy extranjero y no merezco  
hagas por mí lo que es tan de tu oficio,  
como tu siervo natural me ofrezco  
de vivir y morir en tu servicio;  
que aunque el agravio aquí yo le padezco,  
por dar desta mi oferta algún indicio  
quiero, si dello fueres tú servida,  
luchar con Mareguano otra caída,

y otra y otra y aun más, si él quiere, quiero,  
hasta dejarle en todo satisfecho;  
y consiento que al punto y ser primero  
se reduza la prueba y el derecho,  
que siendo en tu presencia cierto espero  
salir con mayor gloria deste hecho.  
Danos licencia, rompe el estatuto  
con tu poder sin límite absoluto.

Esto dicho, con baja reverencia  
la respuesta, mirándome, esperaba;  
mas yo, que sin recato y advertencia,  
escuchándole atenta le miraba,  
no sólo concederle la licencia  
pero ya que venciase deseaba,  
y así le respondí: -Si yo algo puedo,  
libre y graciosamente lo concedo.

Luego con un gallardo continente  
ambos juntos de mí se despidieron,

y con grande alborozo de la gente  
en la cerrada plaza los metieron,  
adonde los padrinos igualmente  
el sol ya bajo y campo les partieron,  
y dejándolos solos en el puesto  
el uno para el otro movió presto.

Juntáronse en un punto y porfiando  
por el campo anduvieron un gran trecho,  
ora volviendo en torno y volteando,  
ora yendo al través, ora al derecho,  
ora alzándose en alto, ora bajando,  
ora en sí recogidos pecho a pecho,  
tan estrechos, gimiendo, se tenían,  
que recibir aliento aun no podían.

«Volvían a forcejar con un ruido,  
que era de ver y oírlos cosa estraña,  
pero el mozo extranjero, ya corrido  
de su poca pujanza y mala maña,  
alzó de tierra al otro y de un gemido  
de espaldas le trabuca en la campaña  
con tal golpe, que al triste Mareguano  
no le quedó sentido y hueso sano.

Luego de mucha gente acompañado  
a mi asiento los jueces le trujeron,  
el cual ante mis pies arrodillado,  
que yo le diese el precio me dijeron.  
No sé si fue su estrella o fue mi hado  
ni las causas que en esto concurrieron,  
que comencé a temblar y un fuego ardiendo  
fue por todos mis huesos discurriendo.

Halléme tan confusa y alterada  
de aquella nueva causa y accidente,  
que estuve un rato atónita y turbada  
en medio del peligro y tanta gente;  
pero volviendo en mí más reportada,  
al vencedor en todo dignamente,  
que estaba allí inclinado ya en mi falda,  
le puse en la cabeza la guirnalda.

Pero bajé los ojos al momento  
de la honesta vergüenza reprimidos,  
y el mozo con un largo ofrecimiento  
inclinó a sus razones mis oídos.  
Al fin se fue, llevándome el contento  
y dejando turbados mis sentidos;  
pues que llegué de amor y pena junto  
de solo el primer paso al postrer punto.

Sentí una novedad que me apremiaba  
la libre fuerza y el rebelde brío,  
a la cual sometida se entregaba  
la razón, libertad y el albedrío.  
Yo, que cuando acordé, ya me hallaba  
ardiendo en vivo fuego el pecho frío,  
alcé los ojos tímidos cebados,  
que la vergüenza allí tenía abajados.

Roto con fuerza súbita y furiosa  
de la vergüenza y continencia el freno,  
le seguí con la vista deseosa,  
cebando más la llaga y el veneno.

Que sólo allí mirarle y no otra cosa  
para mi mal hallaba que era bueno,  
así que adonde quiera que pasaba  
tras sí los ojos y alma me llevaba.

Vile que a la sazón se apercebía  
para correr el palio acostumbrado,  
que una milla de trecho y más tenía  
el término del curso señalado,  
y al suelto vencedor se prometía  
un anillo de esmaltes rodeado  
y una gruesa esmeralda bien labrada,  
dado por esta mano desdichada.

Más de cuarenta mozos en el puesto  
a pretender el precio parecieron  
donde, en la raya y el pie cada cual puesto,  
promptos y apercebidos atendieron:  
que no sintieron la señal tan presto  
cuando todos en hila igual partieron  
con tal velocidad, que casi apenas  
señalaban la planta en las arenas.

Pero Crepino, el joven extranjero,  
que así de nombre propio se llamaba,  
venía con tanta furia el delantero,  
que al presuroso viento atrás dejaba.  
El rojo palio al fin tocó el primero  
que la larga carrera remataba,  
dejando con su término agraciado  
el circunstante pueblo aficionado.

Y con solene triunfo rodeando  
la llena y ancha plaza, le llevaron;  
pero después a mi lugar tornando,  
que le diese el anillo me rogaron.  
Yo, un medroso temblor disimulando  
(que atentamente todos me miraron),  
del empacho y temor pasado el punto,  
le di mi libertad y anillo junto.

Él me dijo: -Señora, te suplico  
le recibas de mí, que aunque parece  
pobre y pequeño el don, te certifico  
que es grande la afición con que se ofrece;  
que con este favor quedaré rico  
y así el ánimo y fuerzas me engrandece,  
que no habrá empresa grande ni habrá cosa  
que ya me pueda ser dificultosa.

Yo, por usar de toda cortesía  
(que es lo que a las mujeres perficiona),  
le dije que el anillo recibía  
y más la voluntad de tal persona;  
en esto toda aquella compañía  
hecha en torno de mi espesa corona,  
del ya agradable asiento me bajaron  
y a casa de mi padre me llevaron.

No con pequeña fuerza y resistencia,  
por dar satisfacción de mí a la gente,  
encubrí tres semanas mi dolencia,  
siempre creciendo el daño y fuego ardiente;  
y mostrando venir a la obediencia  
de mi padre y señor, mañosamente

le di a entender por señas y rodeo  
querer cumplir su ruego y mi deseo,

diciendo que pues él me persuadía  
que tomase parientes y marido,  
al parecer según que convenía,  
yo por le obedecer le había elegido:  
el cual era Crepino, que tenía  
valor, suerte y linaje conocido,  
junto con ser discreto, honesto, afable,  
de condición y término loable.

Mi padre, que con sesgo y ledo gesto  
hasta el fin escuchó el parecer mío,  
besándome en la frente, dijo: -En esto  
y en todo me remito a tu albedrío,  
pues de tu discreción e intento honesto  
que elegirás lo que conviene fío,  
y bien muestra Crepino en su crianza  
ser de buenos respetos y esperanza.

Ya que con voluntad y mandamiento  
a mi honor y deseo satisfizo  
y la vana contienda y fundamento  
de los presentes jóvenes deshizo,  
el infelice y triste casamiento  
en forma y acto público se hizo.  
Hoy hace justo un mes, ¡oh suerte dura,  
qué cerca está del bien la desventura!

«Ayer me vi contenta de mi suerte,  
sin temor de contraste ni recelo;  
hoy la sangrienta y rigurosa muerte  
todo lo ha derribado por el suelo.  
¿Qué consuelo ha de haber a mal tan fuerte?;  
¿qué recompensa puede darme el cielo,  
adonde ya ningún remedio vale  
ni hay bien que con tan grande mal se iguale?

Éste es, pues, el proceso; ésta es la historia  
y el fin tan cierto de la dulce vida:  
he aquí mi libertad y breve gloria  
en eterna amargura convertida.  
Y pues que por tu causa la memoria  
mi llaga ha renovado encrudecida,  
en recompensa del dolor te pido  
me dejes enterrar a mi marido;

que no es bien que las aves carniceras  
despedacen el cuerpo miserable,  
ni los perros y brutas bestias fieras  
satisfagan su estómago insaciable;  
mas cuando empedernido ya no quieras  
hacer cosa tan justa y razonable,  
haznos con esa espada y mano dura  
iguales, en la muerte y sepultura».

Aquí acabó su historia, y comenzaba  
un llanto tal que el monte enternecía  
con una ansia y dolor que me obligaba  
a tenerle en el duelo compañía;  
que ya el asegurarle no bastaba  
de cuanto prometer yo le podía:  
solo pedía la muerte y sacrificio  
por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusión me viera,  
si don Simón Pereira, que a otro lado  
hacía también la guardia, no viniera  
a decirme que el tiempo era acabado;  
y espantado también de lo que oyera,  
que un poco desde aparte había escuchado,  
me ayudó a consolarla, haciendo ciertas  
con nuevo ofrecimiento mis ofertas.

Ya el presuroso cielo volteando  
en el mar las estrellas trastornaba,  
y el Crucero las horas señalando,  
entre el sur y sudueste declinaba  
en mitad del silencio y noche, cuando  
visto cuánto la oferta la obligaba,  
reprimiendo Tegualda su lamento,  
la llevamos a nuestro alojamiento;

donde en honesta guarda y compañía  
de mujeres casadas quedó, en tanto  
que el esperado ya vecino día quitase  
de la noche el negro manto.  
Entretanto también razón sería,  
pues que todos descansan y yo canto,  
dejarlo hasta mañana en este estado,  
que de reposo estoy necesitado.

## Canto XXI

Halla Tegualda el cuerpo del marido y haciendo un llanto sobre él, le lleva a su tierra. Llegan a Penco los españoles y caballos que venían de Santiago y de La Imperial por tierra. Hace Caupolicán muestra general de su gente

¿Quién de amor hizo prueba tan bastante?  
¿Quién vio tal muestra y obra tan piadosa  
como la que tenemos hoy delante  
desta infelice bárbara hermosa?  
La fama, engrandeciéndola, levante  
mi baja voz, y en alta y sonora  
dando noticia della, eternamente  
corra de lengua en lengua y gente en gente.

Cese el uso dañoso y ejercicio  
de las mordaces lenguas ponzoñosas,  
que tienen de costumbre y por oficio  
ofender las mujeres virtuosas.  
Pues, mirándolo bien, solo este indicio,  
sin haber en contrario tantas cosas,  
confunde su malicia y las condena  
a duro freno y vergonzosa pena.

¡Cuántas y cuántas vemos que han subido  
a la difícil cumbre de la fama!  
Iudic, Camila, la fenisa Dido  
a quien Virgilio injustamente infama;  
Penélope, Lucrecia, que al marido  
lavó con sangre la violada cama;  
Hippo, Tucia, Virginia, Fulnia, Cloelia,  
Porcia, Sulpicia, Alcestes y Cornelia.

Bien puede ser entre éstas colocada  
la hermosa Tegualda pues parece  
en la rara hazaña señalada  
cuanto por el piadoso amor merece.  
Así, sobre sus obras levantada,  
entre las más famosas resplandece  
y el nombre será siempre celebrado,  
a la inmortalidad ya consagrado.

Quedó pues (como dije) recogida  
en parte honesta y compañía segura,  
del poco beneficio agradecida,  
según lo que esperaba en su ventura;  
pero la aurora y nueva luz venida,  
aunque el sabroso sueño con dulzura  
me había los lasos miembros ya trabado,  
me despertó el aquejador cuidado.

Viniendo a toda priesa adonde estaba  
firme en el triste llanto y sentimiento,  
que sólo un breve punto no aflojaba  
la dolorosa pena y el lamento,  
yo con gran compasión la consolaba,  
haciéndole seguro ofrecimiento  
de entregarle el marido y darle gente  
con que salir pudiese libremente.

Ella, del bien incrédulo, llorando,  
los brazos estendidos, me pedía  
firme seguridad; y así llamando  
los indios de servicio que tenía,

salí con ella, acá y allá buscando.  
Al fin, entre los muertos que allí había,  
hallamos el sangriento cuerpo helado,  
de una redonda bala atravesado.

La mísera Tegualda que delante  
vio la marchita faz desfigurada,  
con horrendo furor en un instante  
sobre ella se arrojó desatinada;  
y junta con la suya, en abundante  
flujo de vivas lágrimas bañada,  
la boca le besaba y la herida,  
por ver si le podía infundir la vida.

«¡Ay cuitada de mí! -decía-, ¿qué hago  
entre tanto dolor y desventura?  
¿Cómo al injusto amor no satisfago  
en esta aparejada coyuntura?  
¿Por qué ya, pusilánime, de un trago  
no acabo de pasar tanta amargura?  
¿Qué es esto? ¿La injusticia a dónde llega,  
que aun el morir forzoso se me niega?»

Así, furiosa por morir, echaba  
la rigurosa mano al blanco cuello  
y no pudiendo más, no perdonaba  
al afligido rostro ni al cabello,  
y aunque yo de estorbarlo procuraba,  
apenas era parte a defendello,  
tan grande era la basca y ansia fuerte  
de la rabiosa gana de la muerte.

Después que algo las ansias aplacaron  
con la gran persuasión y ruego mío  
y sus promesas ya me aseguraron  
del gentílico intento y desvarío,  
los prestos yanaconas levantaron  
sobre un tablón el yerto cuerpo frío,  
llevándole en los hombros suficientes  
adonde le aguardaban sus sirvientes.

Mas porque estando así rota la guerra  
no padeciese agravio y demasía,  
hasta pasar una vecina sierra  
le tuve con mi gente compañía;  
pero llegando a la segura tierra,  
encaminada en la derecha vía,  
se despidió de mí reconocida  
del beneficio y obra recibida.

Vuelto al asiento, digo que estuvimos  
toda aquella semana trabajando,  
en la cual lo deshecho rehicimos  
el foso y roto muro reparando;  
de industria y fuerza al fin nos prevenimos  
con buen ánimo y orden, aguardando  
al enemigo campo cada día,  
que era pública fama que venía.

También tuvimos nueva que partidos  
eran de Mapochó nuestros guerreros,  
de armas y municiones bastecidos,  
con mil caballos y dos mil flecheros.  
Mas del lluvioso invierno los crecidos  
raudales y las ciénagas y esteros,

llevándoles ganado, ropa y gente,  
los hacían detener forzosamente.

Estando, como digo, una mañana  
llegó un indio a gran prisa a nuestro fuerte  
diciendo: «¡Oh temeraria gente insana,  
huid, huid la ya vecina muerte!  
Que la potencia indómita araucana  
viene sobre vosotros de tal suerte,  
que no bastarán muros ni reparos,  
ni sé lugar donde podáis salvaros».

El mismo aviso trujo a medio día  
un amigo cacique de la sierra,  
afirmando por cierto que venía  
todo el poder y fuerza de la tierra  
con soberbio aparato, donde había  
instrumentos y máquinas de guerra,  
puentes, traviesas, árboles, tablones  
y otras artificiosas prevenciones.

No desmayó por esto nuestra gente,  
antes venir al punto deseaba,  
que el menos animoso osadamente  
el lugar de más riesgo procuraba,  
y con presteza y orden conveniente  
todo lo necesario se aprestaba,  
esperando con muestra apercebida  
al día amenazador de tanta vida.

Fuimos también por indios avisados  
de nuestros espiones, que sin duda  
nos darían el asalto por tres lados  
al postrer cuarto de la noche muda;  
así que, cuando más desconfiados,  
no de divina, más de humana ayuda,  
por la cumbre de un monte de repente  
apareció en buen orden nuestra gente.

¿Quién pudiera pintar el gran contento,  
el alborozo de una y otra parte,  
el ordenado alarde, el movimiento,  
el ronco estruendo del furioso Marte,  
tanta bandera descogida al viento,  
tanto pendón, divisa y estandarte,  
trompas, clarines, voces, apellidos,  
relinchos de caballos y bufidos?

Ya que los unos y otros con razones  
de amor y cumplimiento nos hablamos,  
y para los caballos y peones  
lugar cómodo y sitio señalamos,  
tiendas labradas, toldos, pabellones  
en la estrecha campaña levantamos  
en tanta multitud, que parecía  
que una ciudad allí nacido había.

Fue causa la venida desta gente  
que el ejército bárbaro vecino,  
con nuevo acuerdo y parecer prudente,  
mudase de propósito y camino;  
que Colocolo, astuta y sabiamente,  
al consejo de muchos contravino,  
discurriendo por términos y modos  
que redujo a su voto los de todos.

Aunque, como ya digo, antes tuvieron gran contienda sobre ello y diferencia pero al fin por entonces difirieron la ejecución de la áspera sentencia, y el poderoso campo retrujeron hasta tener más cierta inteligencia del español ejército arribado, que ya le había la fama acrecentado.

Pero los nuestros de mostrar ganosos aquel valor que en la nación se encierra, enemigos del ocio, y deseosos de entrar talando la enemiga tierra, procuran con afectos hervorosos apresurar la deseada guerra, haciendo diligencia y gran instancia en prevenir las cosas de importancia.

Reformado el bagaje brevemente de la jornada larga y desabrida, y bulliciosa y esforzada gente, ganosa de honra y de valor movida, murmurando el reposo impertinente pide que se acelere la partida y el día tanto de todos deseado, que fue de aquel en cinco señalado.

Venido el aplazado, alegre día, al comenzar de la primer jornada, llegó de la Imperial gran compañía de caballeros y de gente armada, que en aquella ocasión partido había por tierra, aunque rebelde y alterada, con gran chusma y bagaje, bastecida de municiones, armas y comida.

Ya, pues, en aquel sitio recogidos tantos soldados, armas, municiones, todos los instrumentos prevenidos, hechas las necesarias provisiones, fueron por igual orden repartidos los lugares, cuarteles y escuadrones, para que en el rebato y voz primera cada cual acudiese a su bandera.

Caupolicán también por otra parte con no menor cuidado y providencia la gente de su ejército reparte por los hombres de suerte y suficiencia, que en el duro ejercicio y bélica arte era de mayor prueba y experiencia; y todo puesto a punto, quiso un día ver la gente y las armas que tenía.

Era el primero que empezó la muestra el cacique Pillilco, el cual armado iba de fuertes armas, en la diestra un gran bastón de acero barreado; delante de su escuadra, gran maestra de arrojar el certero dardo usado, procediendo en buen orden y manera de trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detrás de los postreros

el fuerte Leucotón, a quien siguiendo  
iba una espesa banda de flecheros,  
gran número de tiros esparciendo.  
Venía Rengo tras él con sus maceros  
en paso igual y grave procediendo,  
arrogante, fantástico, lozano,  
con un entero líbano en la mano.

Tras él con fiero término seguía  
el áspero y robusto Tulcomara,  
que vestido en lugar de arnés, traía  
la piel de un fiero tigre que matara,  
cuya espantosa boca le ceñía  
por la frente y quijadas la ancha cara,  
con dos espesas órdenes de dientes  
blancos, agudos, lisos y lucientes;

al cual en gran tropel acompañaban  
su gente agreste y ásperos soldados,  
que en apiñada muela le cercaban  
de pieles de animales rodeados.  
Luego los talcamávidas pasaban,  
que son más aparentes que esforzados,  
debajo del gobierno y del amparo  
del jatancioso mozo Caniotaro.

Iba siguiendo la postrer hilera  
Millalermo, mancebo floreciente,  
con sus pintadas armas, el cual era  
del famoso Picoldo decendiente,  
rigiendo los que habitan la ribera  
del gran Nibequetén, que su corriente  
no deja a la pasada fuente y río,  
que todos no los traiga al Biobío.

Pasó luego la muestra Mareande  
con una cimitarra y ancho escudo,  
mozo de presunción y orgullo grande,  
alto de cuerpo, en proporción membrudo;  
iba con él su primo Lepomande,  
desnudo, al hombro un gran cuchillo agudo,  
ambos de una divisa, rodeados  
de gente armada y plásticos soldados.

Seguía el orden tras éstos Lemolemo  
arrastrando una pica poderosa  
delante de su escuadra, por extremo  
lucida entre las otras y vistosa;  
un poco atrás del cual iba Gualemo,  
cubierto de una piel dura y pelosa  
de un caballo marino que su padre  
había muerto en defensa de la madre.

Cuentan, no sé si es fábula, que estando  
bañándose en la mar, algo apartada,  
un caballo marino allí arribando,  
fue dél súbitamente arrebatada  
y el marido a las voces aguijando  
de la cara mujer, del pez robada,  
con el dolor y pena de perdella,  
al agua se arrojó luego tras ella.

Pudo tanto el amor, que el mozo osado  
al pescado alcanzó, que se alargaba  
y abrazado con él, por maña, a nado

a la vecina orilla le acercaba,  
donde el marino monstruo sobreaguado  
(que también el amor ya le cegaba)  
dio recio en seco, al tiempo que el reflujó  
de las huidoras olas se retrujo.

Soltó la presa libre y sacudiendo  
la dura cola, el suelo deshacía,  
y aquí y allí el gran cuerpo retorciendo  
contra el mozo animoso se volvía,  
el cual, sazón y punto no perdiendo,  
a las cercanas armas acudía,  
comenzando los dos una batalla,  
que el mar calmó y el sol paró a miralla.

Mas con destreza el bárbaro valiente  
de fuerza y ligereza acompañada  
al monstruo devoraz hería en la frente  
con una porra de metal herrada.  
Al cabo el indio valerosamente  
dio felice remate a la jornada,  
dejando al gran pescado allí tendido  
que más de treinta pies tenía medido.

Y en memoria del hecho hazañoso  
digno de le poner en escritura,  
del pellejo del pez duro y peloso  
hizo una fuerte y fácil armadura.  
Muerto Guacol, Gualemo valeroso  
las armas heredó y a Quilacura,  
ques un valle estendido y muy poblado  
de gente rica de oro y de ganado.

Pasó tras éste luego Talcaguano,  
que ciñe el mar su tierra y la rodea,  
un mástil grueso en la derecha mano  
que como un tierno junco le blanda,  
cubierto de altas plumas, muy lozano,  
siguiéndole su gente de pelea,  
por los pechos al sesgo atravesadas  
bandas azules, blancas y encarnadas.

Venía tras él Tomé, que sus pisadas  
seguían los puelches, gentes banderizas,  
cuyas armas son puntas enastadas  
de una gran braza, largas y rollizas;  
y los trulos también, que usan espadas,  
de fe mudable y casas movedizas,  
hombres de poco efeto, alharaquientos,  
de fuerza grande y chicos pensamientos.

No falto Andalicán con su lucida  
y ejercitada gente en ordenanza,  
una cota finísima vestida,  
vibrando la fornida y gruesa lanza;  
y Orompello, de edad aun no cumplida  
pero de grande muestra y esperanza,  
otra escuadra de pláticos regía,  
llevando al diestro Ongolmo en compañía.

Elicura pasó luego tras éstos  
armado ricamente, el cual traía  
una banda de jóvenes dispuestos,  
de grande presunción y gallardía.  
Seguían los llaucos, de almagrados gestos,

robusta y esforzada compañía,  
llevando en medio dellos por caudillo  
al sucesor del ínclito Ainavillo.

Seguía después Cayocupil, mostrando  
la dispuesta persona y buen deseo,  
su veterana gente gobernando  
con paso grave y con vistoso arreo.  
Tras él venía Purén, también guiando,  
con no menor donaire y contoneo  
una bizarra escuadra de soldados  
en la dura milicia ejercitados.

Lincoya iba tras él, casi gigante,  
la cresta sobre todos levantada,  
armado un fuerte peto rutilante,  
de penachos cubierta la celada.  
Con desdeñoso término, delante  
de su lustrosa escuadra bien cerrada,  
el mozo Peycaví luego guiaba  
otro espeso escuadrón de gente brava.

Venía en esta reseña en buen concierto  
el grave Caniomangue, entristecido  
por el insigne viejo padre muerto  
a quien había en el cargo sucedido:  
todo de negro el blanco arnés cubierto,  
y su escuadrón de aquel color vestido,  
al tardo són y paso los soldados,  
de roncós atambores destemplados.

Fue allí el postrero que pasó en la lista  
-primero en todo- Tucapel gallardo,  
cubierta una lucida sobrevista  
de unos anchos escaques de oro y pardo;  
grande en el cuerpo y áspero en la vista,  
con un huello lozano y paso tardo,  
detrás del cual iba un tropel de gente  
arrogante, fantástica y valiente.

El gran Caupolicán, con la otra parte  
y resto del ejército araucano,  
más encendido que el airado Marte  
iba con un bastón corto en la mano  
bajo de cuya sombra y estandarte  
venía el valiente Curgo y Mareguano,  
y el grave y elocuente Colocolo,  
Millo, Teguán, Lambecho y Guampicolo.

Seguían luego detrás sus plimayquenes,  
tuncos, renoguelones y pencones,  
los itatas, mauleses y cauquenes  
de pintadas devisas y pendones;  
nibequetenes, puelches y cautenes  
con una espesa escuadra de peones  
y multitud confusa de guerreros  
amigos, comarcanos y extranjeros.

Según el mar las olas tiende y crece  
así crece la fiera gente armada;  
tiembla en torno la tierra y se estremece,  
de tantos pies batida y golpeada.  
Lleno el aire de estruendo se escurece  
con la gran polvoreda levantada,  
que en ancho remolino al cielo sube,

cual ciega niebla espesa o parda nube.

Pues nuestro campo en orden semejante según que dije arriba, don García al tiempo del partir puesto delante de aquella valerosa compañía, con un alegre término y semblante que dichoso suceso prometía, moviendo los dispuestos corazones comenzó de decir estas razones:

«Valientes caballeros, a quien sólo el valor natural de la persona os trujo a descubrir el austral polo, pasando la solar tórrida zona y los distantes trópicos, que Apolo (por más que cerca el cielo y le corona) jamás en ningún tiempo pasar puede ni el Soberano Autor se lo concede:

ya que con tanto afán habéis seguido hasta aquí las católicas banderas y al español dominio sometido innumerables gentes extranjeras, el fuerte pecho y ánimo sufrido poned contra esos bárbaros de veras, que, vencido esto poco, tenéis llano todo el mundo debajo de la mano.

Y en cuanto dilatamos este hecho y de llegar al fin lo comenzado, poco o ninguna cosa habemos hecho ni aun es vuestro el honor que habéis ganado, que, la causa indecisa, igual derecho tiene el fiero enemigo en campo armado a todas vuestras glorias y fortuna pues las puede ganar con sola una.

Lo que yo os pido de mi parte y digo es que en estas batallas y revueltas, aunque os haya ofendido el enemigo, jamás vos le ofendáis a espaldas vueltas; antes le defended como al amigo si, volviéndose a vos las armas sueltas, rehuyere el morir en la batalla, pues es más dar la vida que quitalla.

Poned a todo en la razón la mira, por quien las armas siempre habéis tomado, que pasando los términos la ira pierde fuerza el derecho ya violado. Pues cuando la razón no frena y tira el ímpetu y furor demasiado, el rigor excesivo en el castigo justifica la causa al enemigo.

No sé ni tengo más acerca desto que decir ni advertiros con razones, que en detener ya tanto soy molesto la furia desos vuestros corazones. ¡Sús, sús, pues, derribad y allanad presto las palizadas, tiendas, pabellones y movamos de aquí todos a una adonde ya nos llama la fortuna!»

Súbito las escuadras presurosas  
con grande alarde y con gallardo brío  
marchan a las riberas arenosas  
del ancho y caudaloso Biobío;  
y en esquifadas barcas espaciosas  
atravesaron luego el ancho río,  
entrando con ejército formado  
por el distrito y término vedado.

Mas según el trabajo se me ofrece  
que tengo de pasar forzosamente,  
reposar algún tanto me parece  
para cobrar aliento suficiente,  
que la cansada voz me desfallece  
y siento ya acabárase el torrente;  
mas yo me esforzaré si puedo, tanto,  
que os venga a contentar el otro canto.

## Canto XXII

Entran los españoles en el Estado de Arauco; traban los araucanos con ellos una reñida batalla; hace rengo de su persona gran prueba; cortan las manos por justicia a Galuarino, indio valeroso

Pérfido amor tirano, ¿qué provecho  
piensas sacar de mi desasosiego?  
¿No estás de mi promesa satisfecho  
que quieres afligirme desde luego?  
¡ Ay!, que ya siento en mi cuidadoso pecho  
labrarme poco a poco un vivo fuego  
y desde allí con movimiento blando  
ir por venas y huesos penetrando.

¿Tanto, traidor, te va en que yo no siga  
el duro estilo del sangriento Marte,  
que así de tal manera me fatiga  
tu importuna memoria en cada parte?  
Déjame ya, no quieras que se diga  
que porque nadie quiere celebrarte,  
al último rincón vas a buscarme,  
y allí pones tu fuerza en aquejarme.

¿No ves que es mengua tuya y gran bajeza  
habiendo tantos célebres varones,  
venir a mendigar a mi pobreza  
tan falta de concetos y razones,  
y en medio de las armas y aspereza  
sumido en mil forzosas ocasiones  
me cargas por un sueño, quizá vano,  
con tanta pesadumbre ya la mano?

Déjame ya, que la trompeta horrenda  
del enemigo bárbaro vecino  
no da lugar a que otra cosa atienda,  
que me tiene tomado ya el camino  
donde siento fraguada una contienda,  
que al más fértil ingenio y peregrino  
en tal revolución embarazado,  
no le diera lugar desocupado.

¿Qué puedo, pues, hacer, si ya metido  
dentro en el campo y ocasión me veo,  
sino al cabo cumplir lo prometido  
aunque tire a otra parte mi deseo?  
Pero a término breve reducido  
por la más corta senda, sin rodeo,  
pienso seguir el comenzado oficio  
desnudo de ornamento y artificio.

Vuelto a la historia, digo que marchaba  
nuestro ordenado campo de manera  
que gran espacio en breve se alejaba  
del Talcaguano término y ribera;  
mas cuando el alto sol ya declinaba,  
cerca de un agua, al pie de una ladera,  
en cómodo lugar y llano asiento  
hicimos el primero alojamiento.

Estábamos apenas alojados  
en el tendido llano a la marina,  
cuando se oyó gritar por todos lados:  
«¡Arma!, ¡arma!; ¡enfrena!, ¡enfrena!, ¡Aína, aína!»

Luego de acá y de allá los derramados,  
siguiendo la ordenanza y diciplina,  
corren a sus banderas y pendones  
formando las hileras y escuadrones.

Nuestros descubridores, que la tierra  
iban corriendo por el largo llano,  
al remate del cual está una sierra,  
cerca del alto monte andalicano,  
vieron de allí calar gente de guerra  
cerrando el paso a la siniestra mano,  
diciendo: «¡Espera!, ¡espera!; ¡Tente, tente!;  
veremos quién es hoy aquí valiente».

Los nuestros, al amparo de un repecho,  
en forma de escuadrón se recogieron,  
donde con muestra y animoso pecho  
al ventajoso número atendieron,  
pero los fieros bárbaros de hecho,  
sin punto reparar, los embistieron,  
haciéndoles tomar presto la vuelta  
sin orden y camino, a rienda suelta.

Aunque a veces en partes recogidos,  
haciendo cuerpo y rostro, revolvían  
y con mayor valor que de vencidos  
al vencedor soberbio acometían.  
Pero de la gran furia compelidos,  
el camino empezado proseguían,  
dejando a veces muerta y tropellada  
alguna de la gente desmandada.

Los presurosos indios desenvueltos,  
siempre con mayor furia y crecimiento,  
en una espesa polvoreda envueltos,  
iban en el alcance y seguimiento.  
Los nuestros a calcaño y frenos sueltos,  
a la sazón con más temor que tiento,  
ayudan los caballos desbocados  
arimándoles hierro a los costados.

Pero por más que allí los agujaban,  
con voces, cuerpos, brazos y talones,  
los bárbaros por pies los alcanzaban,  
haciéndoles bajar de los arzones.  
Al fin, necesitados, peleaban  
cual los heridos osos y leones,  
cuando de los lebreles aquejados  
veen la guarida y pasos ocupados.

Como el airado viento repentino  
que en lóbrego turbión con gran estruendo  
el polvoroso campo y el camino  
va con violencia indómita barriendo,  
y en ancho y presuroso remolino  
todo lo coge, lleva y va esparciendo,  
y arranca aquel furioso movimiento  
los arraigados troncos de su asiento,

con tal facilidad, arrebatados  
de aquel furor y bárbara violencia,  
iban los españoles fatigados,  
sin poderse poner en resistencia.  
Algunos, del honor avergonzados,  
vuelven haciendo rostro y apariencia

mas otra ola de gente que llegaba  
con más presteza y daño los llevaba.

Así los iban siempre maltratando,  
siguiendo el hado y próspera fortuna,  
el rabioso furor ejecutando  
en los rendidos, sin clemencia alguna.  
Por el tendido valle resonando  
la trulla y grito bárbara importuna,  
que arrebatada del ligero viento  
llevó presto la nueva a nuestro asiento.

En esto por la parte del poniente  
con gran presteza y no menor ruido  
Juan Remón arribó con mucha gente,  
que el aviso primero había tenido  
y en furioso tropel, gallardamente,  
alzando un ferocísimo alarido,  
embistió la enemiga gente airada,  
en la vitoria y sangre ya cebada.

Mas un cerrado muro y baluarte  
de duras puntas al romper hallaron,  
que con estrago de una y otra parte,  
hecho un hermoso choque, repararon.  
Unos pasados van de parte a parte,  
otros muy lejos del arzón volaron,  
otros heridos, otros estropeados,  
otros de los caballos tropellados.

No es bien pasar tan presto, ¡oh pluma mía!,  
las memorables cosas señaladas  
y los crudos efectos deste día  
de valerosas lanzas y de espadas  
que, aunque ingenio mayor no bastaría  
a poderlas llevar continuadas,  
es justo se celebre alguna parte  
de muchas en que puedes emplearte.

El gallardo Lincoya, que arrogante  
el primero escuadrón iba guiando,  
con muestra airada y con feroz semblante  
el firme y largo paso apresurando,  
cala la gruesa pica en un instante,  
y el cuento entre la tierra y pie afirmando,  
recibe en el cruel hierro fornido  
el cuerpo de Hernán Pérez atrevido.

Por el lado derecho encaminado  
hizo el agudo hierro gran herida,  
pasando el escaupil doble estofado  
y una cota de malla muy tejida.  
El ancho y duro hierro ensangrentado  
abrió por las espaldas la salida,  
quedando el cuerpo ya descolorido  
fuera de los arzones suspendido.

Tucapelo gallardo, que al camino  
salió al valiente Osorio, que corriendo  
venía con mayor ánimo que tino  
los herrados talones sacudiendo,  
mostrando el cuerpo, al tiempo que convino  
le dio lado, y la maza revolviendo  
con tanta fuerza le cargó la mano  
que no le dejó miembro y hueso sano.

A Cáceres, que un poco atrás venía,  
de otro golpe también le puso en tierra,  
el cual con gran esfuerzo y valentía  
la adarga embraza y de la espada afierra,  
y contra la enemiga compañía  
se puso él solo a mantener la guerra,  
haciendo rostro y pie con tal denuedo  
que a los más atrevidos puso miedo.

Y aunque con gran esfuerzo se sustenta,  
la fuerza contra tantos no bastaba  
que ya la espesa turba alharaquenta  
en confuso montón le rodeaba.  
Pero en esta sazón más de cincuenta  
caballos que Reinoso gobernaba  
que de fresco a tiempo habían llegado,  
vinieron a romper por aquel lado.

Tan recio se embistió, que aunque hallaron  
de gruesas astas un tejido muro,  
el cerrado escuadrón aportillaron,  
probando más de diez el suelo duro,  
y al esforzado Cáceres cobraron,  
que cercado de gente, mal seguro,  
con ánimo feroz se sustentaba,  
y matando, la muerte dilatava.

Don Miguel y don Pedro de Auendaño,  
Escobar, Juan Iufré, Cortés y Aranda,  
sin mirar al peligro y riesgo extraño,  
sustentan todo el peso de su banda.  
También hacen efeto y mucho daño  
Losada, Peña, Córdoba y Miranda,  
Bernal, Lasarte, Castañeda, Ulloa,  
Martín Ruiz y Iuan López de Gamboa.

Pero muy presto la araucana gente,  
en la española sangre ya cebada,  
los hizo revolver forzosamente,  
y seguir la carrera comenzada;  
tras éstos, otra escuadra de repente  
en ellos se estrelló desatinada,  
mas sin ganar un paso de camino,  
volver rostros y riendas le convino.

Y aunque a veces con súbita represa  
Juan Remón y los otros revolvían,  
luego con nueva pérdida y más priesa  
la primera derrota proseguían,  
y en una polvorosa nube espesa  
envueltos unos y otros ya venían,  
cuando fue nuestro campo descubierto  
en orden de batalla y buen concierto.

Iban los araucanos tan cebados  
que por las picas nuestras se metieron  
pero vueltos en sí, más reportados,  
el suelto paso y furia detuvieron  
y al punto, recogidos y ordenados,  
la campaña al través se retrujeron  
al pie de un cerro, a la derecha mano,  
cerca de una laguna y gran pantano,

donde de nuestro cuerno arremetimos

un gran tropel a pie de gente armada,  
que con presteza al arribar les dimos  
espesa carga y súbita rociada;  
y al cieno retirados, nos metimos  
tras ellos, por venir espada a espada,  
probando allí las fuerzas y el denuedo  
con rostro firme y ánimo, a pie quedo.

Jamás los alemanes combatieron  
así de firme a firme y frente a frente,  
ni mano a mano dando, recibieron  
golpes sin descansar a manteniendo  
como el un bando y otro, que vinieron  
a estar así en el cieno estrechamente  
que echar atrás un paso no podían,  
y dando apriesa, apriesa recibían.

Quién, el húmido cieno a la cintura,  
con dos y tres a veces peleaba;  
quién, por mostrar mayor desenvoltura,  
queriéndose mover más atascaba.  
Quién, probando las fuerzas y ventura,  
al vecino enemigo se aferraba  
mordiéndole y cegándole con lodo,  
buscando de vencer cualquiera modo.

La furia del herirse y golpearse  
andaba igual, y en duda la fortuna,  
sin muestra ni señal de declararse  
mínima de ventaja en parte alguna.  
Ya parecían aquéllos mejorarse,  
ya ganaban aquéstos la laguna  
y la sangre de todos derramada  
tornaba el agua turbia colorada.

Rengo, que el odio y encendida ira  
le había llevado ciego tanto trecho,  
luego que nuestro campo vio a la mira  
y que a dar en la muerte iba derecho,  
al vecino pantano se retira,  
y el fiero rostro y animoso pecho  
contra todo el ejército volvía,  
y en voz amenazándole decía:

«Venid, venid a mí, gente plebea,  
en mí sea vuestra saña convertida,  
que soy quien os persigue y quien desea  
más vuestra muerte que su propia vida.  
No quiero ya descanso hasta que vea  
la nación española destruida,  
y en esa vuestra carne y sangre odiosa  
pienso hartar mi hambre y sed rabiosa».

Así la tierra y cielo amenazando  
en medio del pantano se presenta  
y la sangrienta maza floreado,  
la gente de poco ánimo amedrenta.  
No fue bien conocido en la voz, cuando  
haciendo de sus fieros poca cuenta,  
algunos españoles más cercanos  
aguijamos sobre él con prestas manos.

Mas a Juan, yanacona, que una pieza  
de los otros osados se adelanta  
le machuca de un golpe la cabeza,

y de otro a Chilca el cuerpo le quebranta;  
y contra el joven Zúñiga endereza  
el tercero, con saña y furia tanta,  
que como clavo en húmido terreno  
le sume hasta los pechos en el cieno.

Pero de tiros una lluvia espesa  
al animoso pecho encaminados,  
turbando el aire claro, a mucha priesa  
descargaron sobre él de todos lados.  
Por esto el fiero bárbaro no cesa,  
antes con furia y golpes redoblados,  
el lodo a la cintura, osadamente  
estaba por muralla de su gente.

Cual el cerdoso jabalí herido  
al cenagoso estrecho retirado,  
de animosos sabuesos perseguido  
y de diestros monteros rodeado,  
ronca, bufa y rebufa embravecido,  
vuelve y revuelve deste y de aquel lado,  
rompe, encuentra, tropella, hiere y mata  
los espesos tiros desbarata,

el bárbaro esforzado de aquel modo  
ardiendo en ira y de furor insano,  
cubierto de sudor, de sangre y lodo,  
estaba solo en medio del pantano  
resistiendo la furia y golpe todo  
de los tiros que de una y otra mano,  
cubriendo el sol, sin número salían  
y como tempestad sobre él llovían.

Ya el esparcido ejército obediente  
que el porfiado alcance había seguido,  
descubriendo en el llano a nuestra gente,  
se había tirado atrás y recogido.  
Sólo Rengo, feroz y osadamente  
sustenta igual el desigual partido,  
a causa que la ciénaga era honda  
y llena de espesura a la redonda.

Viendo el fruto dudoso y daño cierto,  
según la mucha gente que cargaba,  
que a grande priesa en orden y concierto  
desta y de aquella parte le cercaba,  
por un inculto paso y encubierto,  
que la fragosa sierra le amparaba,  
le pareció con tiempo retirarse  
y salvar sus soldados y él salvarse,

diciéndoles: «Amigos, no gastemos  
la fuerza en tiempo y acto infrutuoso;  
la sangre que nos queda conservemos  
para venderla en precio más costoso.  
Conviene que de aquí nos retiremos  
antes que en este sitio cenagoso  
del enemigo puestos en aprieto,  
perdamos la opinión, y él el respeto».

Luego, la voz de Rengo obedecida,  
los presurosos brazos detuvieron,  
y por la parte estrecha y más tejida  
al són del atambor se retrujeron.  
Era áspero el lugar y la salida

y así seguir los nuestros no pudieron,  
quedando algunos dellos tan sumidos,  
que fue bien menester ser socorridos.

Por la falda del monte levantado  
iban los fieros bárbaros saliendo.  
Rengo, bruto, sangriento y enlodado,  
los lleva en retaguardia recogiendo,  
como el celoso toro madrigado  
que la tarda vacada va siguiendo,  
volviendo acá y allá espaciosamente  
el duro cerviguillo y alta frente.

Nuestro campo por orden recogido,  
retirado del todo el enemigo,  
fue entre algunos un bárbaro cogido,  
que mucho se alargó del bando amigo.  
El cual a caso a mi cuartel traído  
hubo de ser, para ejemplar castigo  
de los rebeldes pueblos comarcanos,  
mandándole cortar ambas las manos.

Donde sobre una rama destroncada  
puso la diestra mano, yo presente,  
la cual de un golpe con rigor cortada,  
sacó luego la izquierda alegremente,  
que del tronco también saltó apartada,  
sin torcer ceja ni arrugar la frente;  
y con desdén y menosprecio dello  
alargó la cabeza y tendió el cuello,

diciendo así: «Segad esa garganta  
siempre sedienta de la sangre vuestra,  
que no temo la muerte ni me espanta  
vuestra amenaza y rigurosa muestra,  
y la importancia y pérdida no es tanta  
que haga falta mi cortada diestra  
pues quedan otras muchas esforzadas,  
que saben gobernar bien las espadas.

Y si pensáis sacar algún provecho  
de no llegar mi vida al fin postrero,  
aquí, pues, moriré a vuestro despecho,  
que si queréis que viva, yo no quiero;  
al fin iré algún tanto satisfecho  
de que a vuestro pesar alegre muero,  
que quiero con mi muerte desplaceros,  
pues sólo en esto puedo ya ofenderos».

Así que contumaz y porfiado  
la muerte con injurias procuraba,  
y siempre más rabioso y obstinado,  
sobre el sangriento suelo se arrojaba,  
donde en su misma sangre revolcado  
acabar ya la vida deseaba,  
mordiéndose con muestras impacientes  
los desangrados troncos con los dientes.

Estando pertinaz desta manera,  
templándonos la lástima el enojo,  
vio un esclavo bajar por la ladera  
cargado con un bárbaro despojo;  
y como encarnizada bestia fiera  
que ve la desmandada presa al ojo,  
así con una furia arrebatada

le sale de través a la parada.

Y en él los pies y brazos añudados,  
sobre el húmido suelo le tendía,  
y con los duros troncos desangrados  
en las narices y ojos le batía:  
al fin junto a nosotros, a bocados,  
sin poderse valer se le comía,  
si no fuera con tiempo socorrido,  
quedando, aunque fue presto, mal herido.

El bárbaro infernal con atrevida  
voz, en pie puesto, dijo: «Pues me queda  
alguna fuerza y sangre retenida  
con que ofender a los cristianos pueda,  
quiero acetar, a mi pesar, la vida,  
aunque por modo vil se me conceda:  
que yo espero sin manos desquitarme,  
que no me faltarán para vengarme.

Quedaos, quedaos, malditos, que yo os digo,  
que en mí tendréis con odio y sed rabiosa,  
torcedor y solícito enemigo,  
cuando dañar no pueda en otra cosa.  
Muy presto entenderéis cómo os persigo,  
y que os fuera mi muerte provechosa».  
Diciendo así otras cosas que no cuento,  
partió de allí ligero como el viento.

No es bien que así dejemos en olvido  
el nombre deste bárbaro obstinado,  
que por ser animoso y atrevido  
el audaz Galbarino era llamado.  
Mas por tanta aspereza he discurrido  
que la fuerza y la voz se me ha acabado,  
y así habré de parar, porque me siento  
ya sin fuerza, sin voz y sin aliento.

## Canto XXIII

Llega galuarino adonde estaba el senado araucano: hace en el consejo una habla con la cual desbarata los pareceres de algunos. Salen los españoles en busca del enemigo; píntase la cueva del hechicero Fitón y las cosas que en ella había

Jamás debe, Señor, menospreciarse  
el enemigo vivo, pues sabemos  
puede de una centella levantarse  
fuego, con que después nos abrasemos,  
y entonces es cordura recelarse  
cuando en mayor felicidad nos vemos,  
pues los que gozan próspera bonanza  
están aún más sujetos a mudanza.

Sólo la muerte próspera asegura  
el breve curso del felice hado,  
que, mientras la incierta vida dura,  
nunca hay cosa que dure en un estado.  
Así que quien jamás tuvo ventura  
podrá llamarse bienaventurado  
y sin prosperidad vivir contento  
pues no teme infelice acaecimiento.

Y pues que ya tenemos certidumbre  
que nunca hay bien seguro ni reposo,  
que es ley usada, es orden y costumbre  
por donde ha de pasar el más dichoso,  
gastar el tiempo en esto es pesadumbre  
y así, por no ser largo y enojoso,  
sólo quiero contar a lo que vino  
el despreciar al mozo Galbarino.

El cual, aunque herido y desangrado,  
tanto el coraje y rabia le inducía  
que llegó a Andalicán, donde alojado  
Caupolicán su ejército tenía.  
Era al tiempo que el ínclito Senado  
en secreto consejo proveía  
las cosas de la guerra y menesteres,  
dando y tomando en ello pareceres.

Cuál con justo temor dificultaba  
la pretensión de algunos imprudente,  
cuál, por mostrar valor, facilitaba  
cualquier dificultoso inconveniente,  
cuál un concierto lícito aprobaba,  
cuál era deste voto diferente  
procurando unos y otros con razones  
esforzar sus discursos y opiniones.

En esta confusión y diferencia,  
Galbarino arribó apenas con vida,  
el cual pidiendo para entrar licencia,  
le fue graciosamente concedida  
donde con la debida reverencia,  
esforzando la voz enflaquecida,  
falto de sangre y muy cubierto della,  
comenzó desta suerte su querella:

«Si solíades vengar, sacros varones,  
las ajenas injurias tan de veras,  
y en las estrañas tierras y naciones  
hicieron sombra ya vuestras banderas,

¿cómo agora en las propias posesiones  
unas bastardas gentes extranjeras  
os vienen a oprimir y conquistaros,  
y tan tibios estáis en el vengaros?

Mirad mi cuerpo aquí despedazado,  
miembro del vuestro, que por más afrenta  
me envían lleno de injurias al Senado  
para que dellas sepa daros cuenta.  
Mirad vuestro valor vituperado  
y lo que en mí el tirano os representa,  
jurando no dejar cacique alguno  
sin desmembrarlos todos uno a uno.

Por cierto, bien en vano han adquirido  
tanta gloria y honor vuestros agüelos  
y el araucano crédito subido  
en su misma virtud hasta los cielos,  
si agora infame, hollado y abatido,  
anda de lengua en lengua por los suelos,  
y vuestra ilustre sangre resfriada,  
en los sucios rincones derramada.

¿Qué provincia hubo ya que no tremiese  
de vuestra voz en todo el mundo oída,  
ni nación que las armas no rindiese  
por temor o por fuerza compelida,  
arribando a la cumbre porque fuese  
tanto de allí mayor vuestra caída,  
y al término llegase el menosprecio  
donde de los pasados llegó el precio?

Pues unos extranjeros enemigos  
con título y con nombre de clemencia,  
ofrecen de acetaros por amigos,  
queriéndoos reducir a su obediencia.  
Y si no os sometéis, que con castigos  
prometen oprimir vuestra insolencia,  
sin quedar del cuchillo reservado  
género, religión, edad ni estado.

Volved, volved en vos, no deis oído  
a sus embustes, tratos y marañas,  
pues todas se enderezan a un partido  
que viene a deslustrar vuestras hazañas;  
que la ocasión que aquí los ha traído  
por mares y por tierras tan estrañas  
es el oro goloso que se encierra  
en las fértiles venas desta tierra.

Y es un color, es apariencia vana  
querer mostrar que el principal intento  
fue el estender la religión cristiana,  
siendo el puro interés su fundamento;  
su pretensión de la codicia mana,  
que todo lo demás es fingimiento,  
pues los vemos que son más que otras gentes  
adúlteros, ladrones, insolentes.

Cuando el siniestro hado y dura suerte  
nos amenacen cierto en lo futuro,  
podemos elegir honrada muerte,  
remedio breve, fácil y seguro.  
Poned a la fortuna el hombro fuerte,  
a dura adversidad corazón duro:

que el pecho firme y ánimo invencible  
allana y facilita aun lo imposible».

No pudo decir más de desmayado  
por la infinita sangre que perdía,  
que el laso cuello ya debilitado  
sostener la cabeza aun no podía;  
así el rostro mortal desfigurado  
en el sangriento suelo se tendía,  
dejando, aun a los más endurecidos,  
de su esperada muerte condolidos.

Mas como no tuviese tal herida  
que pudiese hallar la muerte entrada,  
retuvo luego la dudosa vida,  
en siéndole la sangre restañada;  
y la virtud con tiempo socorrida  
fue de tantos remedios confortada,  
y el mozo se ayudó de tal manera,  
que recobró su sanidad primera.

Fueron de tanta fuerza sus razones  
y el odio que a los nuestros concibieron,  
que los más entibiados corazones  
de cólera rabiosa se encendieron;  
así las diferentes opiniones  
a un fin y parecer se redujeron,  
quedando para siempre allí escluido  
quien tratase de medio y de partido.

Los impacientes mozos, deseosos  
de venir a las armas, braveaban,  
y con muestras y afectos hervorosos  
el espacioso tiempo apresuraban;  
pero los más maduros y espaciosos  
aquella ardiente cólera templaban  
y el término de algunos indiscreto,  
no reprobando el general decreto.

Dejémoslos un rato, pues, tratando  
de dar, no una batalla, sino ciento,  
del orden, la manera, dónde y cuándo,  
con varios pareceres y un intento;  
que me voy poco a poco descuidando  
de nuestro alborotado alojamiento  
donde estuvimos todos recogidos  
con buena guardia y bien apercebidos.

Mas cuando el esperado sol salía,  
la gente de caballo en orden puesta  
marchó, quedando atrás la infantería  
y del campo después toda la resta,  
con tal velocidad, que a mediodía  
subimos la temida y agria cuesta  
de blancos huesos de cristianos llena,  
que despertó el cuidado y nos dio pena.

Al araucano valle, pues, bajamos,  
que el mar le bate al lado del poniente,  
donde en llano lugar nos alojamos,  
de comidas y pastos suficiente;  
y luego con promesas enviamos  
de aquella vecindad alguna gente  
a requerir la tierra comarcana  
con la segura paz y ley cristiana.

Mas como al tiempo puesto no volviesen,  
y pasasen después algunos días,  
ni por astucia y maña no supiesen  
de su resolución nuestras espías,  
fue acordado que algunos se partiesen  
por los vecinos pueblos y alquerías,  
al salir tarde de la escasa luna,  
a tomar relación y lengua alguna.

Así yo apercebido, sordamente,  
en medio del silencio y noche oscura  
di sobre algunos pueblos de repente  
por un gran arcabuco y espesura,  
donde la miserable y triste gente  
vivía por su pobreza en paz segura,  
que el rumor y alboroto de la guerra  
aún no la había sacado de su tierra.

Viniendo, pues, a dar al Chayllacano,  
que es donde nuestro campo se alojaba,  
vi en una loma, al rematar de un llano,  
por una angosta senda que cruzaba  
un indio laso, flaco y tan anciano  
que apenas en los pies se sustentaba,  
corvo, espacioso, débil, descarnado  
cual de raíces de árboles formado.

Espantado del talle y la torpeza  
de aquel retrato de vejez tardía,  
llegué, por ayudarle en su pereza,  
y tomar lengua dél, si algo sabía;  
mas no sale con tanta ligereza  
sintiendo los lebreles por la vía  
la temerosa gama fugitiva  
como el viejo salió la cuesta arriba.

Yo, sin más atención y advertimiento,  
arrimando las piernas al caballo,  
a más correr salí en su seguimiento  
pensando, aunque volaba, de alcanzallo;  
mas el viejo, dejando atrás el viento,  
me fue forzoso a mi pesar dejallo,  
perdiéndole de vista en un instante  
sin poderle seguir más adelante.

Halléme a la bajada de un repecho  
cerca de dos caminos desusados,  
por donde corre Rauco más estrecho,  
que le ciñen dos cerros los costados;  
y mirando a lo bajo y más derecho,  
en una selva de árboles copados  
vi una mansa corcilla junto al río,  
gustando de las hierbas y rocío.

Ocurrió luego a la memoria mía  
que la Razón en sueños me dijera  
cómo había de topar a caso un día  
una simple corcilla en la ribera:  
y así yo, con grandísima alegría,  
comencé de bajar por la ladera  
paso a paso, siguiendo el un camino,  
hasta que della vine a estar vecino.

Púdelo bien hacer, que en las quebradas

era grande el rumor de la corriente,  
y con pasos y orejas descuidadas  
pacía la tierna hierba libremente;  
pero cuando sintió ya mis pisadas  
y al rumor levantó la altiva frente,  
dejó el sabroso pasto y arboleda  
por una estrecha y áspera vereda.

Comencéla a seguir a toda priesa  
labrando a mi caballo los costados;  
mas tomando otra senda, que atraviesa,  
se entró por unos ásperos collados;  
al cabo enderezó a una selva espesa  
de matorrales y árboles cerrados,  
adonde se lanzó por una senda  
y yo también tras ella a toda rienda.

Perdí el rastro y cerróseme el camino,  
sobreviniendo un aire turbulento,  
y así de acá y de allá, fuera de tino,  
de una espesura en otra andaba a tienta.  
Vista pues mi torpeza y desatino,  
arrepentido del primer intento  
sin pasar adelante me volviera  
si alguna senda o rastro yo supiera.

Gran rato anduve así descarriado,  
que la oculta salida no acertaba,  
cuando sentí por el siniestro lado  
un arroyo que cerca mormuraba;  
y al vecino rumor encaminado,  
al pie de un roble que a la orilla estaba  
vi una pequeña y mísera casilla  
y junto a un hombre anciano la corcilla;

el cual dijo: «¿Qué hado o desventura  
tan fuera de camino te ha traído  
por este inculto bosque y espesura  
donde jamás ninguno he conocido?  
Que si por caso adverso y suerte dura  
andas de tus banderas foragido,  
haré cuanto pudiere de mi parte  
en buscar el remedio y escaparte».

Viendo el ofrecimiento y acogida  
de aquel estraño y agradable viejo,  
más alegre que nunca fui en mi vida  
por hallar tal ayuda y aparejo;  
le dije la ocasión de mi venida,  
pidiéndole me diese algún consejo  
para saber la cueva do habitaba  
el mágico Fitón, a quien buscaba.

El venerable viejo y padre anciano  
con un suspiro y tierno sentimiento  
me tomó blandamente por la mano,  
saliendo de su frágil aposento;  
y por ser a la entrada del verano,  
buscamos a la sombra un fresco asiento  
en una pedregosa y tosca fuente,  
do comenzó a decirme lo siguiente:

«Mi tierra es en Arauco y soy llamado  
el desdichado viejo Guaticolo,  
que en los robustos años fui soldado

en cargo antecesor de Colocolo;  
y antes, por mi persona en estacado  
siete campos vencí de solo a solo,  
y mil veces de ramos fue ceñida  
esta mi calva frente envejecida.

Mas como en esta vida el bien no dura  
y todo está sujeto a desvarío,  
mudóse mi fortuna en desventura,  
y en deshonor perpetuo el honor mío:  
que por estraño caso y suerte dura  
perdí con Ainavillo en desafío  
la gloria en tantos años adquirida,  
quitándome el honor y no la vida.

Viéndome, pues, con vida y deshonorado  
(que mil veces quisiera antes ser muerto),  
de cobrar el honor desesperado  
me vine, como ves, a este desierto,  
donde más de veinte años he morado  
sin ser jamás de nadie descubierto  
sino agora de ti, que ha sido cosa  
no poco para mí maravillosa.

Así que tantos tiempos he vivido  
en este solitario apartamento,  
y pues que la fortuna te ha traído  
a mi triste y humilde alojamiento,  
haré de voluntad lo que has pedido,  
que tengo con Fitón conocimiento  
que, aunque intratable y áspero, es mi tío,  
hermano de Guarcolo, padre mío.

Al pie de una asperísima montaña,  
pocas veces de humano pie pisada,  
hace su habitación y vida estraña  
en una oculta y lóbrega morada  
que jamás el alegre sol la baña,  
y es a su condición acomodada,  
por ser fuera de término, inhumano,  
enemigo mortal del trato humano.

Mas su saber y su poder es tanto  
sobre las piedras, plantas y animales,  
que alcanza por su ciencia y arte cuanto  
pueden todas las causas naturales;  
y en el oscuro reino del espanto  
apremia a los callados infernales  
a que digan por áspero conjuro  
pasado, presente y lo futuro.

En la furia del sol y luz serena  
de noturnas tinieblas cubre el suelo,  
y sin fuerza de vientos llueve y truena,  
fuera de tiempo el sosegado cielo;  
el raudo curso de los ríos enfrena,  
y las aves en medio de su vuelo  
vienen de golpe abajo amodorridas,  
por sus fuertes palabras compelidas.

»Las yerbas en su agosto reverdece  
y entiende la virtud de cada una;  
el mar revuelve, el viento le obedece  
contra la fuerza y orden de la luna.  
Tiembla la firme tierra y se estremece

a su voz eficaz, sin causa alguna  
que la altere y remueva por de dentro,  
apretándose recio con su centro.

Los otros poderosos elementos  
a las palabras deste están sujetos  
y a las causas de arriba y movimientos  
hace perder la fuerza y los efectos.  
Al fin por su saber y encantamientos  
escudriña y entiende los secretos,  
y alcanza por los astros influentes  
los destinos y hados de las gentes.

No sé, pues, cómo pueda encarecerte  
el poder deste mágico adivino;  
sólo en tu menester quiero ofrecerte  
lo que ofrecerte puede un su sobrino.  
Mas para que mejor esto se acierte  
será bien que tomemos el camino,  
pues es la hora y sazón desocupada  
que podemos tener mejor entrada».

Luego de allí los dos nos levantamos  
y atando a mi caballo de la rienda  
a paso apresurado caminamos  
por una estrecha y intrincada senda,  
la cual seguida un trecho, nos hallamos  
en una selva de árboles horrenda,  
que los rayos del sol y claro cielo  
nunca allí vieron el umbroso suelo.

Debajo de una peña socavada,  
de espesas ramas y árboles cubierto,  
vimos un callejón y angosta entrada  
y más adentro una pequeña puerta  
de cabezas de fieras rodeada,  
la cual de par en par estaba abierta,  
por donde se lanzó el robusto anciano  
llevándome trabado de la mano.

Bien por ella cien pasos anduvimos  
no sin algún temor de parte mía,  
cuando a una grande bóveda salimos  
do un perpetua luz en medio ardía:  
y a cada banda en torno della vimos  
poyos puestos por orden, en que había  
multitud de redomas sobre escritas  
de ungüentos, yerbas y aguas infinitas.

Vimos allí del lince preparados  
los penetrantes ojos virtuosos  
en cierto tiempo y conjunción sacados  
y los del basilisco ponzoñosos;  
sangre de hombres bermejos enojados,  
espumajos de perros que rabiosos  
van huyendo del agua, y el pellejo  
del pecoso chersidros cuando es viejo.

También en otra parte parecía  
la coyuntura de la dura hiena,  
y el meollo del cencris, que se cría  
dentro de Libia en la caliente arena  
y un pedazo del ala de una harpía,  
la hiel de la biforme anfisibena,  
y la cola del áspide revuelta,

que da la muerte en dulce sueño envuelta.

Moho de calavera destroncada  
del cuerpo que no alcanza sepultura;  
carne de niña por nacer, sacada  
no por donde la llama la natura;  
y la espina también descoyuntada  
de la sierpe cerastas, y la dura lengua  
de la emorróys, que aquel que hiere  
suda toda la sangre hasta que muere.

Vello de cuantos monstruos prodigiosos  
la superflua natura ha producido;  
escupidos de sierpes venenosos,  
las dos alas del jáculo temido;  
y de las seps los dientes ponzoñosos,  
que el hombre o animal della mordido,  
de súbito hinchado como un odre,  
huesos y carne se convierte en podre.

Estaba en un gran vaso trasparente  
el corazón del grifo atravesado,  
y ceniza del fénix, que en Oriente  
se quema él mismo de vivir cansado;  
el unto de la scítala serpiente,  
y el pescado echinéys, que en mar airado  
al curso de las naves contraviene  
y a pesar de los vientos las detiene.

No faltaban cabezas de escorpiones  
y mortíferas sierpes enconadas;  
alacranes y colas de dragones  
y las piedras del águila preñadas;  
buches de los hambriento tiburones,  
menstruo y leche de hembras azotadas,  
landres, pestes, venenos, cuantas cosas  
produce la natura ponzoñosas.

Yo, que con atención mirando andaba  
la copiosa botica embebecido  
por una puerta que a un rincón estaba,  
vi salir un anciano consumido  
que sobre un corvo junco se arrimaba;  
el cual luego de mí fue conocido  
ser el que había corrido por la cuesta,  
que apenas le alcanzara una ballesta,

diciéndome: «No es poco atrevimiento  
el que, siendo tan mozo, has hoy tomado  
de venir a mi oculto alojamiento  
do sin mi voluntad nadie ha llegado;  
mas porque sé que algún honrado intento  
tan lejos a buscarme te ha obligado,  
quiero por esta vez hacer contigo  
lo que nunca pensé acabar conmigo».

Visto por mi apacible compañero,  
la coyuntura y tiempo favorable,  
pues el viejo, tan áspero y severo,  
se mostraba doméstico y tratable,  
se detuvo mirándome primero  
con un comedimiento y muestra afable,  
por ver si responderle yo quería;  
mas viéndome callar, le respondía

diciendo: «¡Oh gran Fitón, a quién es dado  
penetrar de los cielos los secretos,  
que del eterno curso arrebatado,  
no obedecen la ley, a ti sujetos!  
Tú, que de la Fortuna y fiero hado  
revocas, cuando quieres, los decretos,  
y el orden natural turbas y alteras,  
alcanzando las cosas venideras,

y por mágica ciencia y saber puro  
rompiendo el cavernoso y duro suelo,  
puedes en el profundo reino oscuro,  
meter la claridad y luz del cielo;  
y atormentar con áspero conjuro  
la caterva infernal, que con recelo  
tiembla de tu eficaz fuerza, que es tanta  
que sus eternas leyes le quebranta,

«sabrás que a este mancebo le ha traído  
de tu espantoso nombre la gran fama,  
que en las indias regiones estendido  
hasta el ártico polo se derrama.  
El cual por mil peligros ha rotpido  
tras su deseo corriendo, que le llama  
a celebrar las cosas de la guerra  
y el sangriento destrozo desta tierra.

Que estando así una noche retirado  
escribiendo el suceso de aquel día,  
súbito fue en un sueño arrebatado,  
viendo cuanto en la Europa sucedía:  
donde le fue asimismo revelado  
que en tu escondida cueva entendería  
extraños casos, dignos de memoria,  
con que ilustrar pudiese más su historia,  
y que noticia le darías de cosas  
ya pasadas, presente y futuras,  
hazañas y conquistas milagrosas,  
peregrinos sucesos y aventuras,  
temerarias empresas espantosas,  
hechos que no se han visto en escrituras:  
este encarecimiento le molesta  
y nos tiene suspensos tu respuesta».

Holgó el mago de oír cuán estendida  
por aquella región su fama andaba  
y vuelta a mí la cara envejecida,  
todo de arriba abajo me miraba;  
al fin, con voz pujante y expedida  
que poco con las canas conformaba,  
y aspecto grave y muestra algo severa,  
la respuesta me dio desta manera:

«Aunque en razón es cosa prohibida  
profetizar los casos no llegados,  
y es menos alargar a uno la vida  
contra los estatutos de los hados,  
ya que ha sido a mi casa tu venida  
por incultos caminos desusados,  
te quiero complacer, pues mi sobrino  
viene aquí por tu intérprete y padrino».

Diciendo así, con paso tardo y lento,  
por la pequeña puerta cavernosa

me metió de la mano a otro aposento  
y luego en una cámara hermosa,  
que su fábrica estraña y ornamento  
era de tal labor y tan costosa  
que no sé lengua que contarle pueda,  
ni habrá imaginación a que no exceda.

Tenía el suelo por orden ladrillado  
de cristalinas losas transparentes,  
que el color entrepuesto y variado,  
hacía labor y visos diferentes;  
el cielo alto, diáfano, estrellado  
de innumerables piedras relucientes,  
que toda la gran cámara alegraba  
la varia luz que dellas revocaba.

Sobre columnas de oro sustentadas  
cien figuras de bulto en torno estaban,  
por arte tan al vivo trasladadas  
que un sordo bien pensara que hablaban;  
y dellas las hazañas figuradas  
por las anchas paredes se mostraban,  
donde se vía el extremo y excelencia,  
de armas, letras, virtud y continencia.

En medio desta cámara espaciosa,  
que media milla en cuadro contenía,  
estaba una gran poma milagrosa,  
que una luciente esfera la ceñía,  
que por arte y labor maravillosa  
en el aire por sí se sostenía:  
que el gran círculo y máquina de dentro  
parece que estribaban en su centro.

Después de haber un rato satisfecho  
la codiciosa vista en las pinturas,  
mirando de los muros, suelo y techo  
la gran riqueza y varias esculturas,  
el mago me llevó al globo derecho  
y vuelto allí de rostro a las figuras,  
con el corvo cayado señalando,  
comenzó de enseñarme, así hablando:

«Habrás de saber, hijo, que estos hombres  
son los más desta vida ya pasados,  
que por grandes hazañas sus renombres  
han sido y serán siempre celebrados;  
y algunos, que de baja estirpe y nombres  
sobre sus altos hechos levantados,  
los ha puesto su próspera fortuna  
en el más alto cuerno de la luna.

Y esta bola que ves y compostura  
es del mundo el gran término abreviado,  
que su difícilísima hechura  
cuarenta años de estudio me ha costado.  
Mas no habrá en larga edad cosa futura  
ni oculto disponer de inmóvil hado  
que muy claro y patente no me sea  
y tenga aquí su muestra y viva idea.

Mas, pues tus apariencias generosas  
son de escribir los actos de la guerra,  
y por fuerza de estrellas rigurosas  
tendrás materia larga en esta tierra,

dejaré de aclararte algunas cosas  
que la presente poma y mundo encierra,  
mostrándote una sola que te espante  
para lo que pretendes importante:

que pues en nuestro Arauco ya se halla  
materia a tu propósito cortada,  
donde la espada y defensiva malla  
es más que en otra parte frecuentada,  
sólo te falta una naval batalla  
con que será tu historia autorizada,  
y escribirás las cosas de la guerra  
así de mar también como de tierra.

La cual verás aquí tal, que te juro  
que vista, la tendremos por dudosa,  
y en el pasado tiempo y el futuro  
no se vio ni verá tan espantosa;  
y el gran Mediterráneo mar seguro  
quedará por la gente vitoriosa,  
y la parte vencida y destrozada  
la marítima fuerza quebrantada.

Por tanto, a mis palabras no te alteres  
ni te espante el horrisono conjuro;  
que si atento con ánimo estuvieres,  
verás aquí presente lo futuro.  
Todo, punto por punto, lo que vieres  
lo disponen los hados, y aseguro  
que podrás, como digo, ser de vista  
testigo y verdadero coronista».

Yo, con mayor codicia, por un lado  
llegué el rostro a la bola transparente,  
donde vi dentro un mundo fabricado  
tan grande como el nuestro, y tan patente  
como en redondo espejo relevado.  
Llegando junto el rostro, claramente  
vemos dentro un anchísimo palacio  
y en muy pequeña forma grande espacio.

Y por aquel lugar se descubría  
el turbado y revuelto mar Ausonio,  
donde se definió la gran porfía,  
entre César Augusto y Marco Antonio;  
así en la misma forma parecía  
por la banda de Lepanto y Favonio,  
junto a las Curchulares, hacia el puerto,  
de galeras el ancho mar cubierto.

Mas viendo las devisas señaladas  
del Papa, de Felipe y venecianos,  
luego reconocí ser las armadas  
de los infieles turcos y cristianos,  
que en orden de batalla aparejadas  
para venir estaban a las manos,  
aunque a mi parecer no se movían,  
ni más que figuradas parecían.

Pero el mago Fitón me dijo: «Presto  
verás una naval batalla estraña,  
donde se mostrará bien manifiesto  
el supremo valor de nuestra España».  
Y luego con airado y fiero gesto,  
hiriendo el ancho globo con la caña,

una vez al través, otra al derecho,  
sacó una horrible voz del ronco pecho,

diciendo: «¡Orco amarillo, Cancerbero!  
¡Oh gran Plutón, retor del bajo infierno!  
¡Oh cansado Carón, viejo barquero,  
y vos, laguna Estigia y lago Averno!  
¡Oh Demogorgon, tú, que lo postrero  
habitas del tartáreo reino eterno,  
y las hervientes aguas de Aqueronte,  
de Leteo, Cocito y Flegetonte!

¡Y vos, Furias, que así con crueldades  
atormentáis las ánimas dañadas,  
que aún temen ver las íferas deidades  
vuestras frentes de víboras crinadas;  
y vosotras, gorgóneas potestades  
por mis fuertes palabras apremiadas,  
haced que claramente aquí se vea,  
aunque futura, esta naval pelea!

¡Y tú, Hécate ahumada y mal compuesta,  
nos muestra lo que pido aquí visible!  
¡Hola! ¿A quién digo? ¿Qué tardanza es ésta,  
que no os hace temblar mi voz terrible?  
Mirad que romperé la tierra opuesta  
y os heriré con luz aborrecible  
y por fuerza absoluta y poder nuevo  
quebrantaré las leyes del Erebo».

No acabó de decir bien esto, cuando  
las aguas en el mar se alborotaron,  
y el seco lesnordeste respirando,  
las cuerdas y anchas velas se estiraron;  
y aquellas gentes súbito anhelando,  
poco a poco moverse comenzaron,  
haciendo de aquel modo en los objetos  
todas las demás causas sus efectos.

Mirando, aunque espantado, atentamente  
la multitud de gente que allí había,  
vi que escrito de letras en la frente  
su nombre y cargo cada cual tenía,  
y mucho me admiró los que al presente  
en la primera edad yo conocía  
verlos en su vigor y años lozanos,  
y otros floridos jóvenes ya canos.

Luego, pues, los cristianos dispararon  
una pieza en señal de rompimiento,  
y en alto un crucifijo enarbolaron,  
que acrecentó el hervor y encendimiento:  
todos humildemente le salvaron  
con grande devoción y acatamiento,  
bajo del cual estaban a los lados  
las armas de los fieles colegados.

En esto, con rumor de varios sonos,  
acercándose siempre, caminaban;  
estandartes, banderas y pendones  
sobre las altas popas tremolaban;  
las ordenadas bandas y escuadrones,  
esgrimiendo las armas se mostraban  
en torno las galeras rodeadas  
de cañones de bronce y pavesadas.

Mas en el bajo tono que ahora llevo  
no es bien que de tan grande cosa cante,  
que, cierto, es menester aliento nuevo,  
lengua más espedida y voz pujante;  
así medroso desto, no me atrevo  
a proseguir, Señor, más adelante.  
En el siguiente y nuevo canto os pido  
me deis vuestro favor y atento oído. »Las yerbas en  
su agosto reverdece  
y entiende la virtud de cada una;  
el mar revuelve, el viento le obedece  
contra la fuerza y orden de la luna.  
Tiembla la firme tierra y se estremece  
a su voz eficaz, sin causa alguna  
que la altere y remueva por de dentro,  
apretándose recio con su centro.

Los otros poderosos elementos  
a las palabras deste están sujetos  
y a las causas de arriba y movimientos  
hace perder la fuerza y los efectos.  
Al fin por su saber y encantamentos  
escudriña y entiende los secretos,  
y alcanza por los astros influentes  
los destinos y hados de las gentes.

No sé, pues, cómo pueda encarecerte  
el poder deste mágico adivino;  
sólo en tu menester quiero ofrecerte  
lo que ofrecerte puede un su sobrino.  
Mas para que mejor esto se acierte  
será bien que tomemos el camino,  
pues es la hora y sazón desocupada  
que podemos tener mejor entrada».

Luego de allí los dos nos levantamos  
y atando a mi caballo de la rienda  
a paso apresurado caminamos  
por una estrecha y intrincada senda,  
la cual seguida un trecho, nos hallamos  
en una selva de árboles horrenda,  
que los rayos del sol y claro cielo  
nunca allí vieron el umbroso suelo.

Debajo de una peña socavada,  
de espesas ramas y árboles cubierto,  
vimos un callejón y angosta entrada  
y más adentro una pequeña puerta  
de cabezas de fieras rodeada,  
la cual de par en par estaba abierta,  
por donde se lanzó el robusto anciano  
llevándome trabado de la mano.

Bien por ella cien pasos anduvimos  
no sin algún temor de parte mía,  
cuando a una grande bóveda salimos  
do un perpetua luz en medio ardía:  
y a cada banda en torno della vimos  
poyos puestos por orden, en que había  
multitud de redomas sobre escritas  
de ungüentos, yerbas y aguas infinitas.

Vimos allí del lince preparados  
los penetrantes ojos virtuosos

en cierto tiempo y conjunción sacados  
y los del basilisco ponzoñosos;  
sangre de hombres bermejos enojados,  
espumajos de perros que rabiosos  
van huyendo del agua, y el pellejo  
del pecoso chersidros cuando es viejo.

También en otra parte parecía  
la coyuntura de la dura hiena,  
y el meollo del cencris, que se cría  
dentro de Libia en la caliente arena  
y un pedazo del ala de una harpía,  
la hiel de la biforme anfisibena,  
y la cola del áspide revuelta,  
que da la muerte en dulce sueño envuelta.

Moho de calavera destroncada  
del cuerpo que no alcanza sepultura;  
carne de niña por nacer, sacada  
no por donde la llama la natura;  
y la espina también descoyuntada  
de la sierpe cerastas, y la dura lengua  
de la emorróys, que aquel que hiere  
suda toda la sangre hasta que muere.

Vello de cuantos monstruos prodigiosos  
la superflua natura ha producido;  
escupidos de sierpes venenosos,  
las dos alas del jáculo temido;  
y de las seps los dientes ponzoñosos,  
que el hombre o animal della mordido,  
de súbito hinchado como un odre,  
huesos y carne se convierte en podre.

Estaba en un gran vaso transparente  
el corazón del grifo atravesado,  
y ceniza del fénix, que en Oriente  
se quema él mismo de vivir cansado;  
el unto de la scítala serpiente,  
y el pescado echinéys, que en mar airado  
al curso de las naves contraviene  
y a pesar de los vientos las detiene.

No faltaban cabezas de escorpiones  
y mortíferas sierpes enconadas;  
alacranes y colas de dragones  
y las piedras del águila preñadas;  
buches de los hambriento tiburones,  
menstruo y leche de hembras azotadas,  
landres, pestes, venenos, cuantas cosas  
produce la natura ponzoñosas.

Yo, que con atención mirando andaba  
la copiosa botica embebecido  
por una puerta que a un rincón estaba,  
vi salir un anciano consumido  
que sobre un corvo junco se arrimaba;  
el cual luego de mí fue conocido  
ser el que había corrido por la cuesta,  
que apenas le alcanzara una ballesta,  
diciéndome: «No es poco atrevimiento  
el que, siendo tan mozo, has hoy tomado  
de venir a mi oculto alojamiento  
do sin mi voluntad nadie ha llegado;

mas porque sé que algún honrado intento  
tan lejos a buscarme te ha obligado,  
quiero por esta vez hacer contigo  
lo que nunca pensé acabar conmigo».

Visto por mi apacible compañero,  
la coyuntura y tiempo favorable,  
pues el viejo, tan áspero y severo,  
se mostraba doméstico y tratable,  
se detuvo mirándome primero  
con un comedimiento y muestra afable,  
por ver si responderle yo quería;  
mas viéndome callar, le respondía

diciendo: «¡Oh gran Fitón, a quién es dado  
penetrar de los cielos los secretos,  
que del eterno curso arrebatado,  
no obedecen la ley, a ti sujetos!  
Tú, que de la Fortuna y fiero hado  
revocas, cuando quieres, los decretos,  
y el orden natural turbas y alteras,  
alcanzando las cosas venideras,

y por mágica ciencia y saber puro  
rompiendo el cavernoso y duro suelo,  
puedes en el profundo reino oscuro,  
meter la claridad y luz del cielo;  
y atormentar con áspero conjuro  
la caterva infernal, que con recelo  
tiembla de tu eficaz fuerza, que es tanta  
que sus eternas leyes le quebranta,

«sabrás que a este mancebo le ha traído  
de tu espantoso nombre la gran fama,  
que en las indias regiones estendido  
hasta el ártico polo se derrama.  
El cual por mil peligros ha rompido  
tras su deseo corriendo, que le llama  
a celebrar las cosas de la guerra  
y el sangriento destrozo desta tierra.

Que estando así una noche retirado  
escribiendo el suceso de aquel día,  
súbito fue en un sueño arrebatado,  
viendo cuanto en la Europa sucedía:  
donde le fue asimismo revelado  
que en tu escondida cueva entendería  
estraños casos, dignos de memoria,  
con que ilustrar pudiese más su historia,

y que noticia le darías de cosas  
ya pasadas, presente y futuras,  
hazañas y conquistas milagrosas,  
peregrinos sucesos y aventuras,  
temerarias empresas espantosas,  
hechos que no se han visto en escrituras:  
este encarecimiento le molesta  
y nos tiene suspensos tu respuesta».

Holgó el mago de oír cuán estendida  
por aquella región su fama andaba  
y vuelta a mí la cara envejecida,  
todo de arriba abajo me miraba;  
al fin, con voz pujante y expedida  
que poco con las canas conformaba,

y aspecto grave y muestra algo severa,  
la respuesta me dio desta manera:

«Aunque en razón es cosa prohibida  
profetizar los casos no llegados,  
y es menos alargar a uno la vida  
contra los estatutos de los hados,  
ya que ha sido a mi casa tu venida  
por incultos caminos desusados,  
te quiero complacer, pues mi sobrino  
viene aquí por tu intérprete y padrino».

Diciendo así, con paso tardo y lento,  
por la pequeña puerta cavernosa  
me metió de la mano a otro aposento  
y luego en una cámara hermosa,  
que su fábrica estraña y ornamento  
era de tal labor y tan costosa  
que no sé lengua que contarle pueda,  
ni habrá imaginación a que no exceda.

Tenía el suelo por orden ladrillado  
de cristalinas losas transparentes,  
que el color entropuesto y variado,  
hacía labor y visos diferentes;  
el cielo alto, diáfano, estrellado  
de innumerables piedras relucientes,  
que toda la gran cámara alegraba  
la varia luz que dellas revocaba.

Sobre colunas de oro sustentadas  
cien figuras de bulto en torno estaban,  
por arte tan al vivo trasladadas  
que un sordo bien pensara que hablaban;  
y dellas las hazañas figuradas  
por las anchas paredes se mostraban,  
donde se vía el extremo y excelencia,  
de armas, letras, virtud y continencia.

En medio desta cámara espaciosa,  
que media milla en cuadro contenía,  
estaba una gran poma milagrosa,  
que una luciente esfera la ceñía,  
que por arte y labor maravillosa  
en el aire por sí se sostenía:  
que el gran círculo y máquina de dentro  
parece que estribaban en su centro.

Después de haber un rato satisfecho  
la codiciosa vista en las pinturas,  
mirando de los muros, suelo y techo  
la gran riqueza y varias esculturas,  
el mago me llevó al globo derecho  
y vuelto allí de rostro a las figuras,  
con el corvo cayado señalando,  
comenzó de enseñarme, así hablando:

«Habrás de saber, hijo, que estos hombres  
son los más desta vida ya pasados,  
que por grandes hazañas sus renombres  
han sido y serán siempre celebrados;  
y algunos, que de baja estirpe y nombres  
sobre sus altos hechos levantados,  
los ha puesto su próspera fortuna  
en el más alto cuerno de la luna.

Y esta bola que ves y compostura  
es del mundo el gran término abreviado,  
que su difícilísima hechura  
cuarenta años de estudio me ha costado.  
Mas no habrá en larga edad cosa futura  
ni oculto disponer de inmóvil hado  
que muy claro y patente no me sea  
y tenga aquí su muestra y viva idea.

Mas, pues tus apariencias generosas  
son de escribir los actos de la guerra,  
y por fuerza de estrellas rigurosas  
tendrás materia larga en esta tierra,  
dejaré de aclararte algunas cosas  
que la presente poma y mundo encierra,  
mostrándote una sola que te espante  
para lo que pretendes importante:

que pues en nuestro Arauco ya se halla  
materia a tu propósito cortada,  
donde la espada y defensiva malla  
es más que en otra parte frecuentada,  
sólo te falta una naval batalla  
con que será tu historia autorizada,  
y escribirás las cosas de la guerra  
así de mar también como de tierra.

La cual verás aquí tal, que te juro  
que vista, la tendremos por dudosa,  
y en el pasado tiempo y el futuro  
no se vio ni verá tan espantosa;  
y el gran Mediterráneo mar seguro  
quedará por la gente vitoriosa,  
y la parte vencida y destrozada  
la marítima fuerza quebrantada.

Por tanto, a mis palabras no te alteres  
ni te espante el horrísono conjuro;  
que si atento con ánimo estuvieres,  
verás aquí presente lo futuro.  
Todo, punto por punto, lo que vieres  
lo disponen los hados, y aseguro  
que podrás, como digo, ser de vista  
testigo y verdadero coronista».

Yo, con mayor codicia, por un lado  
llegué el rostro a la bola trasparente,  
donde vi dentro un mundo fabricado  
tan grande como el nuestro, y tan patente  
como en redondo espejo relevado.  
Llegando junto el rostro, claramente  
vemos dentro un anchísimo palacio  
y en muy pequeña forma grande espacio.

Y por aquel lugar se descubría  
el turbado y revuelto mar Ausonio,  
donde se definió la gran porfía,  
entre César Augusto y Marco Antonio;  
así en la misma forma parecía  
por la banda de Lepanto y Favonio,  
junto a las Curchulares, hacia el puerto,  
de galeras el ancho mar cubierto.

Mas viendo las devisas señaladas

del Papa, de Felipe y venecianos,  
luego reconocí ser las armadas  
de los infieles turcos y cristianos,  
que en orden de batalla aparejadas  
para venir estaban a las manos,  
aunque a mi parecer no se movían,  
ni más que figuradas parecían.

Pero el mago Fitón me dijo: «Presto  
verás una naval batalla estraña,  
donde se mostrará bien manifiesto  
el supremo valor de nuestra España».  
Y luego con airado y fiero gesto,  
hiriendo el ancho globo con la caña,  
una vez al través, otra al derecho,  
sacó una horrible voz del ronco pecho,

diciendo: «¡Orco amarillo, Cancerbero!  
¡Oh gran Plutón, retor del bajo infierno!  
¡Oh cansado Carón, viejo barquero,  
y vos, laguna Estigia y lago Averno!  
¡Oh Demogorgon, tú, que lo postrero  
habitas del tartáreo reino eterno,  
y las hervientes aguas de Aqueronte,  
de Leteo, Cocito y Flegetonte!

¡Y vos, Furias, que así con crueldades  
atormentáis las ánimas dañadas,  
que aún temen ver las íferas deidades  
vuestras frentes de víboras crinadas;  
y vosotras, gorgóneas potestades  
por mis fuertes palabras apremiadas,  
haced que claramente aquí se vea,  
aunque futura, esta naval pelea!

¡Y tú, Hécate ahumada y mal compuesta,  
nos muestra lo que pido aquí visible!  
¡Hola! ¿A quién digo? ¿Qué tardanza es ésta,  
que no os hace temblar mi voz terrible?  
Mirad que romperé la tierra opuesta  
y os heriré con luz aborrecible  
y por fuerza absoluta y poder nuevo  
quebrantaré las leyes del Erebo».

No acabó de decir bien esto, cuando  
las aguas en el mar se alborotaron,  
y el seco lesnordeste respirando,  
las cuerdas y anchas velas se estiraron;  
y aquellas gentes súbito anhelando,  
poco a poco moverse comenzaron,  
haciendo de aquel modo en los objetos  
todas las demás causas sus efetos.

Mirando, aunque espantado, atentamente  
la multitud de gente que allí había,  
vi que escrito de letras en la frente  
su nombre y cargo cada cual tenía,  
y mucho me admiró los que al presente  
en la primera edad yo conocía  
verlos en su vigor y años lozanos,  
y otros floridos jóvenes ya canos.

Luego, pues, los cristianos dispararon  
una pieza en señal de rompimiento,  
y en alto un crucifijo enarbolaron,

que acrecentó el hervor y encendimiento:  
todos humildemente le salvaron  
con grande devoción y acatamiento,  
bajo del cual estaban a los lados  
las armas de los fieles colegados.

En esto, con rumor de varios sonos,  
acercándose siempre, caminaban;  
estandartes, banderas y pendones  
sobre las altas popas tremolaban;  
las ordenadas bandas y escuadrones,  
esgrimiendo las armas se mostraban  
en torno las galeras rodeadas  
de cañones de bronce y pavesadas.

Mas en el bajo tono que ahora llevo  
no es bien que de tan grande cosa cante,  
que, cierto, es menester aliento nuevo,  
lengua más espedida y voz pujante;  
así medroso desto, no me atrevo  
a proseguir, Señor, más adelante.  
En el siguiente y nuevo canto os pido  
me deis vuestro favor y atento oído.

## Canto XXIII

En este canto sólo se contiene la gran batalla naval, el desbarate y rota de la armada turquesca con la huida de Ochalí

La sazón, gran Felipe, es ya llegada  
en que mi voz, de vos favorecida,  
cante la universal y gran jornada  
en las ausonias olas definida;  
la soberbia otomana derrocada,  
su marítima fuerza destruida,  
los varios hados, diferentes suertes,  
el sangriento destrozo y crudas muertes.

Abridme, ¡oh sacras Musas!, vuestra fuente  
y dadme nuevo espíritu y aliento,  
con estilo y lenguaje conveniente  
a mi arrojado y grande atrevimiento  
para decir estensa y claramente  
desde naval conflicto el rompimiento  
y las gentes que están juntas a una  
debajo deste golpe de fortuna.

¿Quién bastará a contar los escuadrones  
y el número copioso de galeras,  
la multitud y mezcla de naciones,  
estandartes, enseñas y banderas;  
las defensas, pertrechos, municiones,  
las diferencias de armas y maneras,  
máquinas, artificios y instrumentos,  
aparatos, divisas y ornamentos?

Vi corvatos, dalmacios, esclavones,  
búlgaros, albaneses, trasilvanos,  
tártaros, tracios, griegos, macedones,  
turcos, lidios, armenios, gorgianos,  
sirios, árabes, licios, licaones,  
númidas, sarracenos, africanos,  
genízaros, sanjacos, capitanes,  
chaucos, behelerbeyes y bajanes.

Vi allí también de la nación de España  
la flor de juventud y gallardía,  
la nobleza de Italia y de Alemaña,  
una audaz y bizarra compañía:  
todos ornados de riqueza estraña,  
con animosa muestra y lozanía,  
y en las popas, carceses y trinquetes,  
flámulas, banderolas, gallardetes.

Así las dos armadas, pues, venían  
en tal manera y orden navegando  
que dos espesos bosques parecían  
que poco a poco se iban allegando.  
Las cicaladas armas relucían  
en el inquieto mar reverberando,  
ofendiendo la vista desde lejos  
las agudas vislumbres y reflejos.

Por nuestra armada al uno y otro lado  
una presta fragata discurría,  
donde venía un mancebo levantado  
de gallarda apariencia y bizarría,  
un riquísimo y fuerte peto armado,

con tanta autoridad, que parecía  
en su disposición, figura y arte,  
hijo de la Fortuna y del dios Marte.

Yo, codicioso de saber quién era,  
aficionado al talle y apostura,  
mirando atentamente la manera,  
el aire, el ademán y compostura,  
en la fuerte celada, en la testera  
vi escrito en el relieve y grabadura  
(de letras de oro, el campo en sangre tinto):  
DON IUAN, HIJO DE CÉSAR CARLOS QUINTO.

El cual acá y allá siempre corría  
por medio del bullicio y alboroto  
y en la fragata cerca del venía  
el viejo secretario, Juan de Soto,  
de quien el mago anciano me decía  
ser en todas las cosas de gran voto,  
persona de discursos y experiencia,  
de muchas expedición y suficiencia.

Don Iuan a la sazón los exhortaba  
a la batalla y trance peligroso,  
con ánimo y valor que aseguraba  
por cierta la vitoria y fin dudoso;  
y su gran corazón facilitaba  
lo que el temor hacía dificultoso,  
derramando por toda aquella gente  
un bélico furor y fuego ardiente

diciendo: «¡Oh valerosa compañía,  
muralla de la Iglesia inexpugnable,  
llegada es la ocasión, éste es el día  
que dejáis vuestro nombre memorable,  
calad armas y remos a porfía  
y la invencible fuerza y fe inviolable  
mostrad contra estos pérfidos paganos  
que vienen a morir a vuestras manos!

Que quien volver de aquí vivo desea  
al patrio nido y casa conocida,  
por medio desta armada gente crea  
que ha de abrir con la espada la salida;  
así cada cual mire que pelea  
por su Dios, por su Rey y por la vida,  
que no puede salvarla de otra suerte  
si no es trayendo el enemigo a muerte.

«Mirad que del valor y espada vuestra  
hoy el gran peso y ser del mundo pende;  
y entienda cada cual que está en su diestra  
toda la gloria y premio que pretende.  
Apresuremos la fortuna nuestra  
que la larga tardanza nos ofende  
pues no estáis de cumplir vuestro deseo  
mas del poco de mar que en medio veo.

Vamos, pues, a vencer; no detengamos  
nuestra buena fortuna que nos llama;  
del hado el curso próspero sigamos  
dando materia y fuerzas a la fama:  
que solo deste golpe derribamos  
la bárbara arrogancia y se derrama  
el sonoro estruendo desta guerra

por todos los confines de la tierra.

Mirad por ese mar alegremente  
cuánta gloria os está ya aparejada,  
que Dios aquí ha juntado tanta gente  
para que a nuestros pies sea derrocada,  
y someta hoy aquí todo el Oriente  
a nuestro yugo la cerviz domada  
y a sus potentes príncipes y reyes  
les podamos quitar y poner leyes.

«Hoy con su perdición establecemos  
en todo el mundo el crédito cristiano,  
que quiere nuestro Dios que quebrantemos  
el orgullo y furor mahometano.  
¿Qué peligro, ¡oh varones!, temeremos  
militando debajo de tal mano?  
¿Y quién resistirá vuestras espadas  
por la divina mano gobernadas?»

Sólo os ruego que, en Christo confiando  
que a la muerte de cruz por vos se ofrece,  
combata cada cual por Él mostrando  
que llamarse su milite merece.  
Con propósito firme protestando  
de vencer o morir, que si parece  
la vitoria de premio y gloria llena,  
la muerte por tal Dios no es menos buena.

Y pues con este fin nos dispusimos  
al peligro y rigor desta jornada  
y en la defensa de su ley venimos  
contra esa gente infiel y renegada,  
la justísima causa que seguimos  
nos tiene la vitoria asegurada,  
así que ya del cielo prometido,  
os puedo yo afirmar que habéis vencido».

Súbito allí los pechos más helados  
de furor generoso se encendieron,  
y de los torpes miembros resfriados,  
el temor vergonzoso sacudieron.  
Todos, los diestros brazos levantados,  
la vitoria o morir le prometieron,  
teniendo en poco ya desde aquel punto  
el contrario poder del mundo junto.

El valeroso joven, pues, loando  
aquella voluntad asegurada,  
con súbita presteza el mar cortando,  
atravesó por medio de la armada  
de blanca espuma el rastro levantando,  
cual luciente cometa arrebatada,  
cuando veloz, rompiendo el aire espeso,  
le suele así dejar gran rato impreso.

Así que brevemente habiendo puesto  
en orden las galeras y la gente,  
a la suya real se acosta presto,  
donde fue saludado alegremente;  
y señalando a cada cual su puesto  
con el concierto y modo conveniente,  
zafa la artillería, y alistada,  
iba la vuelta de la turca armada.

Llevaba el cuerno de la diestra mano  
el sucesor del ínclito Andrea Doria,  
de quien el largo mar Mediterraneo  
hará perpetua y célebre memoria  
y Agustín Barbarigo, veneciano,  
proveedor de la armada senatoria,  
llevaba el otro cuerno a la siniestra  
con orden no menor y bella muestra.

Pues los cuernos iguales y ordenados  
la batalla guiaba el hijo dino  
del gran Carlos, cerrando los dos lados  
las galeras de Malta y Lomelino;  
la del Papa y Venecia a los costados,  
así continuaban su camino,  
cargando con igual compás y extremos  
las anchas palas de los largos remos.

Iban seis galeazas delanteras,  
bastecidas de gente y artilladas,  
puestas de dos en dos en las fronteras,  
que a manera de luna iban cerradas.  
Seguían luego detrás treinta galeras  
al general socorro señaladas,  
donde el marqués de Santa Cruz venía  
con una valerosa compañía.

Por el orden y término que cuento  
la católica armada caminaba  
la vuelta de la infiel que a sobreviento,  
ganándole la mar, se aventajaba;  
pero luego a deshora calmó el viento  
y el alto mar sus olas allanaba,  
remitiendo fortuna la sentencia  
al valor de los brazos y excelencia.

Opuesto al Barbarigo, al cuerno diestro  
va Siroco, virrey de Alejandría,  
con Memeth Bey, cosario y gran maestro,  
que a Negroponto a la sazón regía.  
Ochalí, renegado, iba al siniestro  
con Carabey, su hijo en compañía  
y en medio en la batalla bien cerrada  
Alí, gran general de aquella armada.

El cual, reconociendo el duro hado,  
y de su perdición la hora postrera,  
como prudente capitán y osado,  
de la alta popa en la real galera,  
con un semblante alegre y confiado  
que mostraba, fingido por defuera,  
el cristiano poder disminuyendo,  
hizo esta breve plática, diciendo:

«No será menester, soldados, creo,  
moveros ni incitaros con razones,  
que ya por las señales que en vos veo,  
se muestran bien las fieras intenciones;  
echad fuera la ira y el deseo  
desos vuestros fogosos corazones  
y las armas tomad, en cuyo hecho  
los hados ponen hoy nuestro derecho:

que jamás la fortuna a nuestros ojos  
se mostró tan alegre y descubierta

pues cargada de gloria y de despojos,  
se viene ya a meter por nuestra puerta.  
Rematad el trabajo y los enojos  
desta prolija guerra, haciendo cierta  
la esperanza y el crédito estimado  
que de vuestro valor siempre habéis dado.

No os altere la muestra y el ruido  
con que se acerca la enemiga armada:  
que sabed que ese ejército movido  
y gente de mil reinos allegada,  
Fortuna a una cerviz la ha reducido  
porque pueda de un golpe ser cortada,  
y deis por vuestra mano en solo un día  
del mundo al Gran Señor la monarquía.

Que esas gentes sin orden que allí vienen  
en el valor y número inferiores,  
son las que nos impiden y detienen  
el ser de todo el mundo vencedores.  
Muestren las armas el poder que tienen,  
tomad de esos indignos poseores  
las provincias y reinos del Poniente  
que os vienen a entregar tan ciegamente.

Que ese su capitán envanecido  
es de muy poca edad y suficiencia,  
indignamente al cargo promovido,  
sin curso, disciplina ni experiencia  
y así, presuntuoso y atrevido,  
con ardor juvenil y inadvertencia  
trae toda esa gente condenada  
a la furia y rigor de vuestra espada.

No penséis que nos venden muy costosa  
los hados la vitoria deste día,  
que lo más desa armada temerosa  
es de la veneciana Señoría,  
gente no ejercitada ni industriosa,  
dada más al regalo y pulcía  
y a las blandas delicias de su tierra  
que al robusto ejercicio de la guerra.

Y esotra turbamulta congregada  
es pueblo soez y bárbara canalla  
de diversas naciones amasada,  
en quien conformidad jamás se halla.  
Gente que nunca supo qué es espada,  
que antes que se comience la batalla  
y el espantoso són de artillería  
la romperá su misma vocería.

Mas vosotros, varones invencibles,  
entre las armas ásperas criados  
y en guerras y trabajos insufribles  
tantas y tantas veces aprobados,  
¿qué peligros habrá ya tan terribles  
ni contrarios ejércitos ligados  
que basten a ponerlos algún miedo,  
ni a resfriar vuestro ánimo y denuedo?

Ya me parece ver gloriosamente  
la riza y mortandad de vuestra mano  
y ese interpuesto mar con más creciente,  
teñido en roja sangre el color cano.

Abrid, pues, y romped por esa gente,  
echad a fondo ya el poder cristiano  
tomando posesión de un golpe solo  
del Gange a Chile y de uno al otro polo».

Así el Bajá en el limitado trecho  
los dispuestos soldados animaba  
y de la heroica empresa y alto hecho  
el próspero suceso aseguraba  
pero en lo hondo del secreto pecho  
siempre el negocio más dificultaba,  
tomando por agüero ya contrario  
la gran resolución del adversario.

Y más cuando un genízaro forzado  
que iba sobre la gata descubriendo,  
después de haberse bien certificado  
las galeras de allí reconociendo,  
dijo: «El cuerpo de en medio y diestro lado  
y el socorro que atrás viene siguiendo,  
si mi vista de aquí no desatina,  
es de la armada y gente ponentina».

Sintió el Bajá no menos que la muerte  
lo que el cristiano cierto le afirmaba  
pero mostrando esfuerzo y pecho fuerte  
el secreto dolor disimulaba,  
y así al cuerpo de en medio, que por suerte  
según orden de guerra le tocaba,  
enderezó su escuadra aventajada  
de sus tendidos cuernos abrigada.

Llegado el punto ya del rompimiento  
que los precisos hados señalaron,  
con una furia igual y movimiento  
las potentes armadas se juntaron,  
donde por todas partes a un momento  
los cargados cañones dispararon  
con un terrible estrépito de modo  
que parecía temblar el mundo todo.

El humo, el fuego, el espantoso estruendo  
de los furiosos tiros escupidos,  
el recio destroncar y encuentro horrendo  
de las proas y mástiles rompidos,  
el rumor de las armas estupendo,  
las varias voces, gritos y apellidos,  
todo en revuelta confusión hacía  
espectáculo horrible y armonía.

No la ciudad de Príamo asolada  
por tantas partes sin cesar ardía  
ni el crudo efeto de la griega espada  
con tal rigor y estrépito se oía,  
como la turca y la cristiana armada  
que, envuelta en humo y fuego, parecía  
no sólo arder el mar, hundirse el suelo,  
pero venirse abajo el alto cielo.

El gallardo don Iuan, reconocida  
la enemiga real que iba en la frente,  
hendiendo recio el agua rebatida  
rompe por medio de la llama ardiente;  
mas la turca, con ímpetu impelida  
le sale a recibir, donde igualmente

se embisten con furiosos encontrones  
rompiendo los herrados espolones.

No estaban las reales aferradas  
cuando de gran tropel sobrevinieron  
siete galeras turcas bien armadas  
que en la cristiana súbito embistieron;  
pero de no menor furia llevadas,  
al socorro sobre ellas acudieron  
de la derecha y de la izquierda mano  
la general del Papa y veneciano,  
do con segunda autoridad venía  
por general del Sumo Quinto Pío  
Marco Antonio Colona, a quien seguía  
una escuadra de mozos de gran brío;  
tras la cual al socorro arremetía  
por el camino y paso más vacío  
la Patrona de España y Capitana,  
rompiendo el golpe y multitud pagana.

El Príncipe de Parma valeroso,  
que iba en la capitana ginovesa  
hendiendo el mar revuelto y espumoso,  
se arroja en medio de la escuadra apriesa.  
La confusión y revolver furioso  
y del humo la negra nube espesa  
la codiciosa vista me impedía  
y así a muchos allí desconocía.

Mons de Leñí con su galera presto  
por su parte embistió y cerró el camino,  
donde llegó de los primeros puesto  
el valeroso príncipe de Urbino,  
que a la bárbara furia contrapuesto,  
con ánimo y esfuerzo peregrino,  
gallarda y singular prueba hacía  
de su valor, virtud y valentía.

Luego con igual ímpetu y denuedo  
llegan unas con otras abordarse,  
cerrándose tan juntas que a pie quedo  
pueden con las espadas golpearse.  
No bastaba la muerte a poner miedo  
ni allí se vio peligro rehusarse,  
aunque al arremeter viesen derechos  
disparar los cañones a los pechos.

Así la airada gente, deseosa  
de ejecutar sus golpes, se juntaban  
y cual violenta tempestad furiosa,  
los tiros y altos brazos descargaban.  
Era de ver la priesa hervorosa  
con que las fieras armas meneaban,  
la mar de sangre súbito cubierta,  
comenzó a recibir la gente muerta.

Por las proas, por popas y costados  
se acometen y ofenden sin sosiego:  
unos cayendo mueren ahogados,  
otros a puro hierro, otros a fuego,  
no faltando en los puestos desdichados  
quien a los muertos sucediese luego:  
que muerte ni rigor de artillería,  
jamás bastó a dejar plaza vacía. La sazón, gran

Felipe, es ya llegada  
en que mi voz, de vos favorecida,  
cante la universal y gran jornada  
en las ausonias olas definida;  
la soberbia otomana derrocada,  
su marítima fuerza destruida,  
los varios hados, diferentes suertes,  
el sangriento destrozo y crudas muertes.

Abridme, ¡oh sacras Musas!, vuestra fuente  
y dadme nuevo espíritu y aliento,  
con estilo y lenguaje conveniente  
a mi arrojado y grande atrevimiento  
para decir estensa y claramente  
desde naval conflicto el rompimiento  
y las gentes que están juntas a una  
debajo deste golpe de fortuna.

¿Quién bastará a contar los escuadrones  
y el número copioso de galeras,  
la multitud y mezcla de naciones,  
estandartes, enseñas y banderas;  
las defensas, pertrechos, municiones,  
las diferencias de armas y maneras,  
máquinas, artificios y instrumentos,  
aparatos, divisas y ornamentos?

Vi corvatos, dalmacios, esclavones,  
búlgaros, albaneses, trasilvanos,  
tártaros, tracios, griegos, macedones,  
turcos, lidios, armenios, gorgianos,  
sirios, árabes, licios, licaones,  
númidas, sarracenos, africanos,  
genízaros, sanjacos, capitanes,  
chauces, behelerbeyes y bajanes.

Vi allí también de la nación de España  
la flor de juventud y gallardía,  
la nobleza de Italia y de Alemaña,  
una audaz y bizarra compañía:  
todos ornados de riqueza estraña,  
con animosa muestra y lozanía,  
y en las popas, carceses y trinquetes,  
flámulas, banderolas, gallardetes.

Así las dos armadas, pues, venían  
en tal manera y orden navegando  
que dos espesos bosques parecían  
que poco a poco se iban allegando.  
Las cicaladas armas relucían  
en el inquieto mar reverberando,  
ofendiendo la vista desde lejos  
las agudas vislumbres y reflejos.

Por nuestra armada al uno y otro lado  
una presta fragata discurría,  
donde venía un mancebo levantado  
de gallarda apariencia y bizarría,  
un riquísimo y fuerte peto armado,  
con tanta autoridad, que parecía  
en su disposición, figura y arte,  
hijo de la Fortuna y del dios Marte.

Yo, codicioso de saber quién era,  
aficionado al talle y apostura,

mirando atentamente la manera,  
el aire, el ademán y compostura,  
en la fuerte celada, en la testera  
vi escrito en el relieve y grabadura  
(de letras de oro, el campo en sangre tinto):  
DON IUAN, HIJO DE CÉSAR CARLOS QUINTO.

El cual acá y allá siempre corría  
por medio del bullicio y alboroto  
y en la fragata cerca del venía  
el viejo secretario, Juan de Soto,  
de quien el mago anciano me decía  
ser en todas las cosas de gran voto,  
persona de discursos y experiencia,  
de muchas expedición y suficiencia.

Don Iuan a la sazón los exhortaba  
a la batalla y trance peligroso,  
con ánimo y valor que aseguraba  
por cierta la vitoria y fin dudoso;  
y su gran corazón facilitaba  
lo que el temor hacía dificultoso,  
derramando por toda aquella gente  
un bélico furor y fuego ardiente

diciendo: «¡Oh valerosa compañía,  
muralla de la Iglesia inexpugnable,  
llegada es la ocasión, éste es el día  
que dejáis vuestro nombre memorable,  
calad armas y remos a porfia  
y la invencible fuerza y fe inviolable  
mostrad contra estos pérfidos paganos  
que vienen a morir a vuestras manos!

Que quien volver de aquí vivo desea  
al patrio nido y casa conocida,  
por medio desta armada gente crea  
que ha de abrir con la espada la salida;  
así cada cual mire que pelea  
por su Dios, por su Rey y por la vida,  
que no puede salvarla de otra suerte  
si no es trayendo el enemigo a muerte.

«Mirad que del valor y espada vuestra  
hoy el gran peso y ser del mundo pende;  
y entienda cada cual que está en su diestra  
toda la gloria y premio que pretende.  
Apresuremos la fortuna nuestra  
que la larga tardanza nos ofende  
pues no estáis de cumplir vuestro deseo  
mas del poco de mar que en medio veo.

Vamos, pues, a vencer; no detengamos  
nuestra buena fortuna que nos llama;  
del hado el curso próspero sigamos  
dando materia y fuerzas a la fama:  
que solo deste golpe derribamos  
la bárbara arrogancia y se derrama  
el sonoro estruendo desta guerra  
por todos los confines de la tierra.

Mirad por ese mar alegremente  
cuánta gloria os está ya aparejada,  
que Dios aquí ha juntado tanta gente  
para que a nuestros pies sea derrocada,

y someta hoy aquí todo el Oriente  
a nuestro yugo la cerviz domada  
y a sus potentes príncipes y reyes  
les podamos quitar y poner leyes.

«Hoy con su perdición establecemos  
en todo el mundo el crédito cristiano,  
que quiere nuestro Dios que quebrantemos  
el orgullo y furor mahometano.  
¿Qué peligro, ¡oh varones!, temeremos  
militando debajo de tal mano?  
¿Y quién resistirá vuestras espadas  
por la divina mano gobernadas?

Sólo os ruego que, en Christo confiando  
que a la muerte de cruz por vos se ofrece,  
combata cada cual por Él mostrando  
que llamarse su milite merece.  
Con propósito firme protestando  
de vencer o morir, que si parece  
la vitoria de premio y gloria llena,  
la muerte por tal Dios no es menos buena.

Y pues con este fin nos dispusimos  
al peligro y rigor desta jornada  
y en la defensa de su ley venimos  
contra esa gente infiel y renegada,  
la justísima causa que seguimos  
nos tiene la vitoria asegurada,  
así que ya del cielo prometido,  
os puedo yo afirmar que habéis vencido».

Súbite allí los pechos más helados  
de furor generoso se encendieron,  
y de los torpes miembros resfriados,  
el temor vergonzoso sacudieron.  
Todos, los diestros brazos levantados,  
la vitoria o morir le prometieron,  
teniendo en poco ya desde aquel punto  
el contrario poder del mundo junto.

El valeroso joven, pues, loando  
aquella voluntad asegurada,  
con súbita presteza el mar cortando,  
atravesó por medio de la armada  
de blanca espuma el rastro levantando,  
cual luciente cometa arrebatada,  
cuando veloz, rompiendo el aire espeso,  
le suele así dejar gran rato impreso.

Así que brevemente habiendo puesto  
en orden las galeras y la gente,  
a la suya real se acosta presto,  
donde fue saludado alegremente;  
y señalando a cada cual su puesto  
con el concierto y modo conveniente,  
zafa la artillería, y alistada,  
iba la vuelta de la turca armada.

Llevaba el cuerno de la diestra mano  
el sucesor del ínclito Andrea Doria,  
de quien el largo mar Mediterraneo  
hará perpetua y célebre memoria  
y Agustín Barbarigo, veneciano,  
proveedor de la armada senatoria,

llevaba el otro cuerno a la siniestra  
con orden no menor y bella muestra.

Pues los cuernos iguales y ordenados  
la batalla guiaba el hijo dino  
del gran Carlos, cerrando los dos lados  
las galeras de Malta y Lomelino;  
la del Papa y Venecia a los costados,  
así continuaban su camino,  
cargando con igual compás y extremos  
las anchas palas de los largos remos.

Iban seis galeazas delanteras,  
bastecidas de gente y artilladas,  
puestas de dos en dos en las fronteras,  
que a manera de luna iban cerradas.  
Seguían luego detrás treinta galeras  
al general socorro señaladas,  
donde el marqués de Santa Cruz venía  
con una valerosa compañía.

Por el orden y término que cuento  
la católica armada caminaba  
la vuelta de la infiel que a sobreviento,  
ganándole la mar, se aventajaba;  
pero luego a deshora calmó el viento  
y el alto mar sus olas allanaba,  
remitiendo fortuna la sentencia  
al valor de los brazos y excelencia.

Opuesto al Barbarigo, al cuerno diestro  
va Siroco, virrey de Alejandría,  
con Memeth Bey, cosario y gran maestro,  
que a Negropono a la sazón regía.  
Ochalí, renegado, iba al siniestro  
con Carabey, su hijo en compañía  
y en medio en la batalla bien cerrada  
Alí, gran general de aquella armada.

El cual, reconociendo el duro hado,  
y de su perdición la hora postrera,  
como prudente capitán y osado,  
de la alta popa en la real galera,  
con un semblante alegre y confiado  
que mostraba, fingido por defuera,  
el cristiano poder disminuyendo,  
hizo esta breve plática, diciendo:

«No será menester, soldados, creo,  
moveros ni incitaros con razones,  
que ya por las señales que en vos veo,  
se muestran bien las fieras intenciones;  
echad fuera la ira y el deseo  
desos vuestros fogosos corazones  
y las armas tomad, en cuyo hecho  
los hados ponen hoy nuestro derecho:

que jamás la fortuna a nuestros ojos  
se mostró tan alegre y descubierta  
pues cargada de gloria y de despojos,  
se viene ya a meter por nuestra puerta.  
Rematad el trabajo y los enojos  
desta prolija guerra, haciendo cierta  
la esperanza y el crédito estimado  
que de vuestro valor siempre habéis dado.

No os altere la muestra y el ruido  
con que se acerca la enemiga armada:  
que sabed que ese ejército movido  
y gente de mil reinos allegada,  
Fortuna a una cerviz la ha reducido  
porque pueda de un golpe ser cortada,  
y deis por vuestra mano en solo un día  
del mundo al Gran Señor la monarquía.

Que esas gentes sin orden que allí vienen  
en el valor y número inferiores,  
son las que nos impiden y detienen  
el ser de todo el mundo vencedores.  
Muestren las armas el poder que tienen,  
tomad de esos indignos poseores  
las provincias y reinos del Poniente  
que os vienen a entregar tan ciegamente.

Que ese su capitán envanecido  
es de muy poca edad y suficiencia,  
indignamente al cargo promovido,  
sin curso, disciplina ni experiencia  
y así, presuntuoso y atrevido,  
con ardor juvenil y inadvertencia  
trae toda esa gente condenada  
a la furia y rigor de vuestra espada.

No penséis que nos venden muy costosa  
los hados la vitoria deste día,  
que lo más desa armada temerosa  
es de la veneciana Señoría,  
gente no ejercitada ni industriosa,  
dada más al regalo y pulicía  
y a las blandas delicias de su tierra  
que al robusto ejercicio de la guerra.

Y esotra turbamulta congregada  
es pueblo soez y bárbara canalla  
de diversas naciones amasada,  
en quien conformidad jamás se halla.  
Gente que nunca supo qué es espada,  
que antes que se comience la batalla  
y el espantoso són de artillería  
la romperá su misma vocería.

Mas vosotros, varones invencibles,  
entre las armas ásperas criados  
y en guerras y trabajos insufribles  
tantas y tantas veces aprobados,  
¿qué peligros habrá ya tan terribles  
ni contrarios ejércitos ligados  
que basten a ponerlos algún miedo,  
ni a resfriar vuestro ánimo y denuedo?

Ya me parece ver gloriosamente  
la riza y mortandad de vuestra mano  
y ese interpuesto mar con más creciente,  
teñido en roja sangre el color cano.  
Abrid, pues, y romped por esa gente,  
echad a fondo ya el poder cristiano  
tomando posesión de un golpe solo  
del Gange a Chile y de uno al otro polo».

Así el Bajá en el limitado trecho

los dispuestos soldados animaba  
y de la heroica empresa y alto hecho  
el próspero suceso aseguraba  
pero en lo hondo del secreto pecho  
siempre el negocio más dificultaba,  
tomando por agüero ya contrario  
la gran resolución del adversario.

Y más cuando un genízaro forzado  
que iba sobre la gata descubriendo,  
después de haberse bien certificado  
las galeras de allí reconociendo,  
dijo: «El cuerpo de en medio y diestro lado  
y el socorro que atrás viene siguiendo,  
si mi vista de aquí no desatina,  
es de la armada y gente ponentina».

Sintió el Bajá no menos que la muerte  
lo que el cristiano cierto le afirmaba  
pero mostrando esfuerzo y pecho fuerte  
el secreto dolor disimulaba,  
y así al cuerpo de en medio, que por suerte  
según orden de guerra le tocaba,  
enderezó su escuadra aventajada  
de sus tendidos cuernos abrigada.

Llegado el punto ya del rompimiento  
que los precisos hados señalaron,  
con una furia igual y movimiento  
las potentes armadas se juntaron,  
donde por todas partes a un momento  
los cargados cañones dispararon  
con un terrible estrépito de modo  
que parecía temblar el mundo todo.

El humo, el fuego, el espantoso estruendo  
de los furiosos tiros escupidos,  
el recio destroncar y encuentro horrendo  
de las proas y mástiles rompidos,  
el rumor de las armas estupendo,  
las varias voces, gritos y apellidos,  
todo en revuelta confusión hacía  
espectáculo horrible y armonía.

No la ciudad de Príamo asolada  
por tantas partes sin cesar ardía  
ni el crudo efeto de la griega espada  
con tal rigor y estrépito se oía,  
como la turca y la cristiana armada  
que, envuelta en humo y fuego, parecía  
no sólo arder el mar, hundirse el suelo,  
pero venirse abajo el alto cielo.

El gallardo don Iuan, reconocida  
la enemiga real que iba en la frente,  
hendiendo recio el agua rebatida  
rompe por medio de la llama ardiente;  
mas la turca, con ímpetu impelida  
le sale a recibir, donde igualmente  
se embisten con furiosos encontrones  
rompiendo los herrados espolones.

No estaban las reales aferradas  
cuando de gran tropel sobrevinieron  
siete galeras turcas bien armadas

que en la cristiana súbito embistieron;  
pero de no menor furia llevadas,  
al socorro sobre ellas acudieron  
de la derecha y de la izquierda mano  
la general del Papa y veneciano,  
do con segunda autoridad venía  
por general del Sumo Quinto Pío  
Marco Antonio Colona, a quien seguía  
una escuadra de mozos de gran brío;  
tras la cual al socorro arremetía  
por el camino y paso más vacío  
la Patrona de España y Capitana,  
rompiendo el golpe y multitud pagana.

El Príncipe de Parma valeroso,  
que iba en la capitana ginovesa  
hendiendo el mar revuelto y espumoso,  
se arroja en medio de la escuadra apriesa.  
La confusión y revolver furioso  
y del humo la negra nube espesa  
la codiciosa vista me impedía  
y así a muchos allí desconocía.

Mons de Leñí con su galera presto  
por su parte embistió y cerró el camino,  
donde llegó de los primeros puesto  
el valeroso príncipe de Urbino,  
que a la bárbara furia contrapuesto,  
con ánimo y esfuerzo peregrino,  
gallarda y singular prueba hacía  
de su valor, virtud y valentía.

Luego con igual ímpetu y denuedo  
llegan unas con otras abordarse,  
cerrándose tan juntas que a pie quedo  
pueden con las espadas golpearse.  
No bastaba la muerte a poner miedo  
ni allí se vio peligro rehusarse,  
aunque al arremeter vieses derechos  
disparar los cañones a los pechos.

Así la airada gente, deseosa  
de ejecutar sus golpes, se juntaban  
y cual violenta tempestad furiosa,  
los tiros y altos brazos descargaban.  
Era de ver la priesa hervorosa  
con que las fieras armas meneaban,  
la mar de sangre súbito cubierta,  
comenzó a recibir la gente muerta.

Por las proas, por popas y costados  
se acometen y ofenden sin sosiego:  
unos cayendo mueren ahogados,  
otros a puro hierro, otros a fuego,  
no faltando en los puestos desdichados  
quien a los muertos sucediese luego:  
que muerte ni rigor de artillería,  
jamás bastó a dejar plaza vacía.

Quién por saltar en el bajel contrario  
era en medio del salto atravesado;  
quién por herir sin tiempo al adversario  
caía en el mar, de su furor llevado;  
quién con bestial designio temerario

en su nadar y fuerzas confiado,  
al odioso enemigo se abrazaba  
y en las revueltas olas se arrojaba.

¿Cuál será aquel que no temblase viendo  
el fin del mundo y la total ruina,  
tantas gentes a un tiempo pereciendo,  
tanto cañón, bombardas y culebrina?  
El sol los claros rayos recogiendo,  
con faz turbada de color sanguina,  
entre las negras nubes se escondía,  
por no ver el destrozo de aquel día.

Acá y allá con pecho y rostro airado  
sobre el rodante carro presuroso,  
de Tesifón y Aleto acompañado,  
discurre el fiero Marte sanguinoso.  
Ora sacude el fuerte brazo armado,  
ora bate el escudo fulminoso,  
infundiendo en la fiera y brava gente  
ira, saña, furor y rabia ardiente.

Quién, faltándole tiros, luego afierra  
del pedazo de remo o de la entena;  
quién trabuca al forzado y lo deshierra  
arrebantando el grillo o la cadena.  
No hay cosa de metal, de leño y tierra  
que allí para tirar no fuese buena,  
rotos bancos, postizas, batayolas,  
barriles, escotillas, portañolas.

Y las lanzas y tiros que arrojaban  
(aunque del duro acero resurtiesen)  
en las sangrientas olas ya hallaban  
enemigos que en sí los recibiesen;  
y ardiendo en la agua fría peleaban  
sin que al adverso hado se rindiesen,  
hasta el forzoso y postrimero punto  
que faltaba la fuerza y vida junto.

Cuáles, su propia sangre resorbiendo,  
andan agonizando sobreaguados;  
cuáles, tablas y gúmenas asiendo,  
quedan, rindiendo el alma, enclavijados;  
cuáles hacer más daño no pudiendo,  
a los menos heridos abrazados,  
se dejan ir al fondo forcejando,  
contentos con morir allí matando.

No es posible contar la gran revuelta  
y el confuso tumulto y son horrendo.  
Vuela la estopa en vivo fuego envuelta,  
alquitrán y resina y pez ardiendo,  
la presta llama con la brea revuelta  
por la seca madera discurriendo,  
con fieros estallidos y centellas  
creciendo, amenazaba las estrellas.

Unos al mar se arrojan por salvarse,  
del crudo hierro y llamas perseguidos;  
otros, que habían probado el ahogarse,  
se abrazan a los leños encendidos;  
así que con la gana de escaparse  
a cualquiera remedio vano asidos,  
dentro del agua mueren abrasados,

y en medio de las llamas ahogados.

Muchos, ya con la muerte porfiando,  
su opinión aun muriendo sostenían,  
los tiros y las lanzas apañando  
que de las fuertes armas resurtían,  
y en las huidoras olas estribando  
los ya cansados brazos sacudían,  
empleando en aquellos que topaban  
la rabia y pocas fuerzas que quedaban.

Crece el furor y el áspero ruido  
del contino batir apresurado;  
el mar de todas partes rebatido,  
hierve y regüelda cuerpos de apretado.  
Y sangriento, alterado y removido,  
cual de contrarios vientos arrojado,  
todo revuelto en una espuma espesa,  
las herradas galeras bate apriesa.

En la alta popa, junto al estandarte,  
el ínclito don Iuan resplandecía  
más encendido que el airado Marte,  
cercado de una ilustre compañía.  
De allí provee remedio a toda parte,  
acá da priesa, allá socorro envía,  
asegurando a todos su persona  
soberbio triunfo y la naval corona.

Don Luys de Requesens de otra banda  
provoca, exhorta, anima, mueve, incita,  
corre, vuelve, revuelve, torna y anda  
donde el peligro más le necesita.  
Provee, remedia, acude, ordena, manda,  
insta, da priesa, induce y solicita,  
a la diestra, siniestra, a popa, a proa,  
ganando estimación y eterna loa.

Pues el Conde de Pliego don Fernando,  
diligente, solícito y cuidadoso,  
acude a todas partes remediando  
lo de menos remedio y más dudoso.  
Así pues del cristiano y turco bando  
cada cual inquiriendo un fin honroso,  
procuraban matando, como digo,  
morir en el bajel del enemigo.

Era tanta la furia y tal la priesa,  
que el fin y día postrero parecía;  
de los tiros la recia lluvia espesa  
el aire claro y rojo mar cubría;  
crece la rabia, el disparar no cesa  
de la presta y continua batería,  
atronando el rumor de las espadas  
las marítimas costas apartadas.

El buen marqués de Santa Cruz, que estaba  
al socorro común apercebido,  
visto el trabado juego cuál andaba  
y desigual en partes el partido,  
sin aguardar más tiempo se arrojaba  
en medio de la priesa y gran ruido,  
embistiendo con ímpetu furioso  
todo lo más revuelto y peligroso.

Viendo, pues, de enemigos rodeada  
la galera real con gran porfía,  
y que de otra refresco bien armada  
a embestirla con ímpetu venía,  
saltóle de través, boga arrancada,  
y al encuentro y defensa se oponía,  
atajando con presto movimiento,  
el bárbaro furor y fiero intento.

Después, rabioso, sin parar corriendo  
por la áspera batalla discurría:  
entra, sale y revuelve socorriendo  
y a tres y a cuatro a veces resistía.  
¿Quién podrá punto a punto ir refiriendo  
las gallardas espadas que este día,  
en medio del furor se señalaron  
y el mar con turca sangre acrecentaron?

Don Iuan en esto, airado e impaciente  
la espaciosa fortuna apresuraba  
poniendo espuelas y ánimo a su gente  
que envuelta en sangre ajena y propia andaba.  
Alí Bajá, no menos diligente,  
con gran hervor los suyos esforzaba,  
trayéndoles contino a la memoria  
el gran premio y honor de la vitoria.

Mas la real cristiana, aventajada  
por el grande valor de su caudillo,  
a puros brazos y a rigor de espada  
abre recio en la turca un gran portillo  
por do un grueso tropel de gente armada,  
sin poder los contrarios resistillo,  
entra con un rumor y furia estraña,  
gritando: «¡Cierra!, ¡cierra!; ¡España!, ¡España!»

Los turcos, viendo entrada su galera  
del temor y peligro compelidos,  
revuelven sobre sí de tal manera  
que fueron los cristianos rebatidos;  
pero añadiendo furia a la primera  
los fuertes españoles ofendidos,  
venciendo el nuevo golpe de la gente,  
los vuelven a llevar forzosamente  
hasta el árbol mayor, donde afirmando  
el rostro y pie con nueva confianza  
renuevan la batalla, refrescando  
el fiero estrago y bárbara matanza.  
Carga socorro de uno y otro bando,  
fatigales y aqueja la tardanza  
de vencer o morir desesperados,  
dando gran priesa a los dudosos hados.

La grande multitud de los heridos  
que a la batida proa recudían  
causaban que a las veces detenidos,  
los unos a los otros se impedían;  
pero, de medicinas proveídos,  
luego de nuevo a combatir volvían,  
las enemigas fuerzas reprimiendo  
que iban, al parecer, convalenciendo.

En esta gran revuelta y desatino,  
que allí cargaba más que en otro lado,

viniendo a socorrer don Bernardino  
(más que de vista de ánimo dotado),  
fue con súbita furia en el camino  
de un fuerte esmerilazo derribado,  
cortándole con golpe riguroso  
los pasos y designio valeroso.

Fue el poderoso golpe de tal suerte,  
demás de la pesada y gran caída,  
que resistir no pudo el peto fuerte  
ni la rodela a prueba guarnecida.  
Al fin el joven con honrada muerte  
del todo aseguró la inquieta vida,  
envainando en España mil espadas  
en contra y daño suyo declaradas.

En esto por tres partes fue embestida  
la famosa de Malta capitana,  
y apretada de todas y batida  
con vieja enemistad y furia insana;  
mas la fuerza y virtud tan conocida,  
de aquella audaz caballería cristiana,  
la multitud pagana contrastando,  
iba de punto en punto mejorando.

Pero el virrey de Argel, cosario experto  
que a la mira hasta entonces había estado,  
hallando al cuerno diestro el paso abierto,  
que del todo no estaba bien cerrado,  
antes que se pusiesen en concierto,  
furioso se lanzó por aquel lado,  
echándole de nuevo tres bajeles  
con infinito número de infieles.

Los fuertes caballeros peleando  
resisten aquel ímpetu y motivo  
pero al cabo, Señor, sobrepujando  
a las fuerzas el número excesivo,  
los entran con gran furia degollando  
sin tomar a rescate un hombre vivo,  
vertiendo en el revuelto mar furioso  
de bautizada sangre un río espumoso.

Las galeras de Malta, que miraron  
con tal rigor su capitana entrada,  
los fieros enemigos despreciaron  
con quien tenían batalla comenzada  
y batiendo los remos se lanzaron  
con nueva rabia y priesa acelerada  
sobre la multitud de los paganos,  
verdugos de los mártires cristianos.

Tanto fue el sentimiento en los soldados  
y la sed de venganza de manera  
que embistiendo a los turcos por los lados,  
entran haciendo riza carnicera  
Así que vitoriosos y vengados  
recobraron su honor y la galera,  
hallando solos vivos los primeros  
al General y cuatro caballeros.

Marco Antonio Colona, despreciando  
el ímpetu enemigo y la braveza,  
combate animosísimo, igualando  
con la honrosa ambición la fortaleza.

Pues Sebastián Veniero, contrastando  
la turca fuerza y bárbara fiereza,  
vengaba allí con ira y rabia justa  
la injuria recebida en Famagusta.

La capitana de Sicilia en tanto,  
también Portau Bajá la combatía,  
la cual ya por el uno y otro canto  
cercada de galeras la tenía.  
Era el valor de los cristianos tanto  
que la ventaja desigual suplía,  
no sólo sustentado igual la guerra  
pero dentro del mar ganando tierra;  
que don Iuan, de la sangre de Cardona,  
ejercitando allí su viejo oficio,  
ofrece a los peligros la persona  
dando de su valor notable indicio;  
y la fiera nación de Barcelona  
hace en los enemigos sacrificio,  
trayendo hasta los puños las espadas  
todas en sangre bárbara bañadas.

No pues con menos animo y pujanza  
el sabio Barbarigo combatía,  
igualando el valor a la esperanza  
que de su claro esfuerzo se tenía:  
ora oprime la turca confianza,  
ora a la misma muerte rebatía,  
haciendo suspender la flecha airada  
que ya derecho en él tenía asestada.  
Bien que con muestra y ánimo esforzado  
contrastaba la furia sarracina,  
no pudo contrastar al duro hado  
o, por mejor decir, orden divina,  
que ya el último término llegado,  
de una furiosa flecha repentina  
fue herido en el ojo en descubierto,  
donde a poco de rato cayó muerto.

Aunque fue grande el daño y sentimiento  
de ver tal capitán así caído,  
no por eso turbó el osado intento  
del veneciano pueblo embravecido,  
antes con más furor y encendimiento  
a la venganza lícita movido,  
hiere en los matadores de tal suerte  
que fue recompensada bien su muerte.

En este tiempo andaba la pelea  
bien reñida del lado y cuerno diestro,  
donde el sagaz y astuto Iuan Andrea  
se mostraba muy plático maestro;  
también Héctor Espínola pelea  
con uno y otro a diestro y a siniestro,  
señalándose en medio de la furia  
la experta y diestra gente de Liguria.

Bien dos horas y media y más había  
que duraba el combate porfiado,  
sin conocer en parte mejoría  
ni haberse la vitoria declarado,  
cuando el bravo don Iuan, que en saña ardía  
casi quejoso del suspenso hado,  
comenzó a mejorar sin duda alguna,

declarada del todo su fortuna.

En esto con gran ímpetu y ruido,  
por el valor de la cristiana espada  
el furor mahomético oprimido,  
que la turca real del todo entrada,  
do el estandarte bárbaro abatido,  
la Cruz del Redentor fue enarbolada  
con un triunfo solenne y grande gloria,  
cantando abiertamente la vitoria.

Súbito un miedo helado discurriendo  
por los míseros turcos, ya turbados,  
les fue los brazos luego entorpeciendo  
dejándolos sin fuerzas desmayados;  
y las espadas y ánimos rindiendo,  
a su fortuna mísera entregados,  
dieron la entrada franca, como cuento,  
al ímpetu enemigo y movimiento.

Ya, pues, del cuerno izquierdo y del derecho  
de la vitoria sanguinosa usando,  
con furia inexorable todo a hecho  
los van por todas partes degollando:  
quién al agua se arroja, abierto el pecho;  
quién se entrega a las llamas, rehusando  
el agudo cuchillo riguroso,  
teniendo el fuego allí por más piadoso.

El astuto Ochalí, viendo su gente  
por la cristiana fuerza destruida  
y la deshecha armada totalmente  
al hierro, fuego y agua ya rendida,  
la derrota tomó por el poniente,  
siguiéndole con mísera huida  
las bárbaras reliquias destrozadas,  
del hierro y fuego apenas escapadas.

Pero el hijo de Carlos, conociendo  
del traidor renegado el bajo intento,  
con gran furia el movido mar rompiendo  
carga, dándole caza, en seguimiento.  
Iban tras ellos al través saliendo,  
el de Bazán y el de Oria a sotavento  
con una escuadra de galeras junta,  
procurando ganarles una punta.

Mas la triste canalla, viendo angosta  
la senda y ancho mar según temía,  
vuelta la proa a la vecina costa,  
en tierra con gran ímpetu embestía  
y cual se vee tal vez saltar langosta  
en multitud confusa, así a porfía  
salta la gente al mar embravecido,  
huyendo del peligro más temido.

Cuál con brazos, con hombros, rostro y pecho  
el gran reflujo de las olas hiende;  
cuál sin mirar a fondo y largo trecho,  
no sabiendo nadar, allí lo aprende.  
No hay parentesco, no hay amigo estrecho,  
ni el mismo padre el caro hijo atiende,  
que el miedo, de respetos enemigo,  
jamás en el peligro tuvo amigo.

Así que del temor mismo esforzados  
en la arenosa playa pie tomaron,  
y por las peñas y árboles cerrados  
a más correr huyendo se escaparon.  
Deshechos, pues, del todo y destrozados  
los miserables bárbaros quedaron,  
habiendo fuerza a fuerza y mano a mano,  
rendido el nombre de Austria al otomano.

Estaba yo con gran contento viendo  
el próspero suceso prometido,  
cuando en el globo el mágico hiriendo  
con el potente junco retorcido  
se fue el aire ofuscando y revolviendo,  
y cesó de repente el gran ruido,  
quedando en gran quietud la mar segura,  
cubierto de una niebla y sombra oscura.

Luego Fitón con plática sabrosa  
me llevó por la sala paseando,  
y sin dejar figura, cada cosa  
me fue parte por parte declarando.  
Mas teniendo temor que os sea enojosa  
la relación prolija, iré dejando  
todo aquello, aunque digno de memoria,  
que no importa ni toca a nuestra historia.

Sólo diré que con muy gran contento  
del mago y Guaticolo despedido,  
aunque tarde, llegué a mi alojamiento,  
donde ya me juzgaban por perdido.  
Volviendo, pues, la pluma a nuestro cuento,  
que en larga digresión me he divertido,  
digo que allí estuvimos dos semanas  
con falsas armas y esperanzas vanas.

Pero en resolución nunca supimos  
de nuestros enemigos cautelosos  
ni su designio y ánimo entendimos,  
que nos tuvo suspensos y dudosos;  
lo cual considerado, nos partimos  
desmintiendo los pasos peligrosos  
en su demanda, entrando por la tierra  
con gana y fin de rematar la guerra.

Una tarde que el sol ya declinaba  
arribamos a un valle muy poblado,  
por donde un grande arroyo atravesaba,  
de cultivadas lomas rodeado;  
y en la más llana que a la entrada estaba,  
por ser lugar y sitio acomodado,  
la gente se alojó por escuadrones,  
las tiendas levantando y pabellones.

Estaba el campo apenas alojado  
cuando de entre unos árboles salía  
un bizarro araucano bien armado,  
buscando el pabellón de don García;  
y a su presencia el bárbaro llegado,  
sin muestra ni señal de cortesía  
le comenzó a decir... Pero entre tanto  
será bien rematar mi largo canto.

## Canto XXV

Asientan los españoles su campo en Millarapué; llega a desafiarlos un indio de parte de Caupolicán; vienen a la batalla muy reñida y sangrienta; señálanse Tucapel y Rengo; cuéntase también el valor que los españoles mostraron aquel día

Cosa es digna de ser considerada  
y no pasar por ella fácilmente  
que gente tan ignota y desviada  
de la frecuencia y trato de otra gente,  
de inavergables golfos rodeada,  
alcance lo que así difícilmente  
alcanzaron por curso de la guerra  
los más famosos hombres de la tierra.

Dejen de encarecer los escritores  
a los que el arte militar hallaron,  
ni más celebren ya a los inventores  
que el duro acero y el metal forjaron,  
pues los últimos indios moradores  
de araucano Estado así alcanzaron  
el orden de la guerra y disciplina,  
que podemos tomar dellos doctrina.

¿Quién les mostró a formar los escuadrones,  
representar en orden la batalla,  
levantar caballeros y bastiones,  
hacer defensas, fosos y muralla,  
trincheas, nuevos reparos, invenciones  
y cuanto en uso militar se halla,  
que todo es un bastante y claro indicio  
del valor desta gente y ejercicio?

Y sobre todo debe ser loado  
el silencio en la guerra y obediencia,  
que nunca fue secreto revelado  
por dádiva, amenaza ni violencia,  
como ya en lo que dellos he contado  
vemos abiertamente la experiencia,  
pues por maña jamás ni por espías  
dellos tuvimos nueva en tantos días,  
aunque en los pueblos comarcanos fueron  
presas de sobresalto muchas gentes  
que al rigor del tormento resistieron,  
con gran constancia y firmes continentes.  
Tanto que muchas veces nos hicieron  
andar en los discursos diferentes  
que pudiera causar notable daño,  
creciendo su cautela y nuestro engaño.

Pero, como ya dije arriba, estando  
apenas nuestro ejército alojado,  
vino un gallardo mozo preguntando  
dó estaba el capitán aposentado;  
y a su presencia el bárbaro llegando,  
con tono sin respeto levantado,  
habiéndose juntado mucha gente,  
soltó la voz, diciendo libremente:

«¡Oh capitán cristiano!, si ambicioso  
eres de honor con título adquirido,  
al oportuno tiempo venturoso,  
tu próspera fortuna te ha traído:

que el gran Caupolicano, deseoso  
de probar tu valor encarecido,  
si tal virtud y esfuerzo en ti se halla,  
pide de solo a solo la batalla;  
»que siendo de personas informado  
que eres mancebo noble, floreciente,  
en la arte militar ejercitado,  
capitán y cabeza desta gente,  
dándote por ventaja de su grado  
la elección de las armas, francamente,  
sin excepción de condición alguna,  
quiere probar tu fuerza y su fortuna.

Y así por entender que muestras gana  
de encontrar el ejército araucano,  
te avisa que al romper de la mañana  
se vendrá a presentar en este llano,  
do con firmeza de ambas partes llana,  
en medio de los campos, mano a mano  
si quieres combatir sobre este hecho,  
remitirá a las armas el derecho,  
»con pacto y condición que si vencieres,  
someterá la tierra a tu obediencia  
y dél podrás hacer lo que quisieres  
sin usar de respeto ni clemencia;  
y cuando tú por él vencido fueres,  
libre te dejará en tu preeminencia,  
que no quiere otro premio ni otra gloria  
sino sólo el honor de la vitoria.

Mira que sólo que esta voz se estienda  
consigues nombre y fama de valiente,  
y en cuanto el claro sol sus rayos tienda  
durará tu memoria entre la gente;  
pues al fin se dirá que por contienda  
entraste valerosa y dignamente  
en campo con el gran Caupolicano,  
persona por persona y mano a mano.

Esto es a lo que vengo, y así pido  
te resuelvas en breve a tu albedrío,  
si quieres por el término ofrecido  
rehusar o acetar el desafío;  
que aunque el peligro es grande y conocido,  
de tu altiveza y ánimo confío  
que al fin satisfacerás con osadía  
a tu estimado honor y al que me envía».

Don García le responde: «Soy contento  
de acetar el combate, y le aseguro  
que el plazo puesto y señalado asiento  
podrá a su voluntad venir seguro».  
El indio, que escuchando estaba atento,  
muy alegre le dijo: «Yo te juro  
que esta osada respuesta eternamente  
te dejará famoso entre la gente».

Con esto, sin pasar más adelante,  
las espaldas volvió y tomó la vía,  
mostrando por su término arrogante  
en la poca opinión que nos tenía.  
Algunos hubo allí que en el semblante  
juzgaron ser mañosa y doble espía,  
que iba a reconocer con este tiento

la gente, y pertrechado alojamiento.

Venida, pues, la noche, los soldados  
en orden de batalla nos pusimos,  
y a las derechas picas arrimados  
contando las estrellas estuvimos,  
del sueño y graves armas fatigados,  
aunque crédito entero nunca dimos  
al indio, por pensar que sólo vino  
a tomar lengua y descubrir camino.

Ya la espaciosa noche declinando  
trastornaba al ocaso sus estrellas,  
y la aurora al oriente despuntando  
deslustraba la luz de todas ellas,  
las flores con su fresco humor rociando,  
restituyendo en su color aquellas  
que la tiniebla lóbrega importuna  
las había reducido a sola una,  
cuando con alto y súbito alarido  
apareció por uno y otro lado,  
en tres distantes partes dividido,  
el ejército bárbaro ordenado.  
Cada escuadrón de gente muy fornido,  
que con gran muestra y paso apresurado  
iba en igual orden, como cuento,  
cercando nuestro estrecho alojamiento.

La gente de caballo, aparejada  
sobre las riendas la enemiga espera;  
mas antes que llegase, anticipada,  
se arroja por una áspera ladera,  
y al escuadrón siniestro encaminada  
le acomete furiosa, de manera  
que un terraplano y muro poderoso  
no resistiera el ímpetu furioso.

Pero Caupolicán, que gobernando  
iba aquel escuadrón algo delante,  
el paso hasta su gente retirando,  
hizo calar las picas a un instante,  
donde los pies y brazos afirmando  
en las agudas puntas de diamante,  
reciben el furor y encuentro extraño  
haciendo en los primeros mucho daño.

Unos, sin alas, con ligero vuelo  
desocupan atónitos las sillas;  
otros, vueltas las plantas hacia el cielo,  
imprimen en la tierra las costillas;  
y los que no probaron allí el suelo  
por apretar más recio las rodillas,  
aunque más se mostraron esforzados,  
quedaron del encuentro maltratados.

De sus golpes los nuestros no faltaron,  
que todos sin errar fueron derechos:  
cuáles de banda a banda atravesaron;  
cuáles atropellaron con los pechos.  
Todos en un instante se mezclaron,  
viniendo a las espadas más estrechos  
con tal priesa y rumor, que parecía,  
la espantosa vulcánea herrería.

El bravo general Caupolicano,

rota la pica, de la maza afierra,  
y a la derecha y a la izquierda mano  
hiere, destroza, mata y echa a tierra.  
Hallándose muy junto a Berzocano,  
los dientes y furioso puño cierra  
descargándole encima tal puñada,  
que le abolló en los cascos la celada.

Tras éste otro derriba y otro mata,  
que fue por su desdicha el más vecino,  
abre, destroza, rompe y desbarata,  
haciendo llano el áspero camino,  
y al yanacona Tambo así arrebatata  
que como halcón al pollo o palomino,  
sin poderle valer los más cercanos,  
le ahoga y despedaza entre las manos.

Bernal y Leucotón, que deseando  
andaba de encontrarse en esta danza,  
se acometen furiosos, descargando  
los brazos con igual ira y pujanza,  
y las altas cabezas inclinando  
a su pesar usaron de crianza  
hincando a un tiempo entrambos las rodillas  
con un batir de dientes y ternillas.

Mas cada cual de presto se endereza,  
comenzando un combate fiero y crudo:  
ya tiran a los pies, ya a la cabeza;  
ya abollan la celada, ya el escudo.  
Así, pues, anduvieron una pieza  
mas pasar adelante esto no pudo,  
que un gran tropel de gentes que embistieron  
por fuerza a su pesar los despartieron.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño,  
Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda,  
Cortés y Iuan Iufré con riesgo extraño  
sustentan todo el peso de su banda;  
también hacen efeto y mucho daño  
Reynoso, Peña, Córdova, Miranda,  
Monguía, Lasarte, Castañeda, Ulloa,  
Martín Ruyz y Iuan López de Gamboa.

Pues don Luys de Toledo peleando,  
Carranza, Aguayo, Zúñiga y Castillo  
resisten el furor del indio bando  
con Diego Cano, Pérez y Ronquillo;  
los primos Alvarados Iuan y Hernando,  
Pedro de Olmos, Paredes y Carrillo  
derriban a sus pies gallardamente,  
aunque a costa de sangre, mucha gente.

El escuadrón de en medio, viendo asida  
por el cuerno derecho la contienda,  
acelerando el tiempo y la corrida,  
acude a socorrer con furia horrenda;  
mas nuestra gente en tercios repartida  
la sale a recibir a toda rienda,  
y del terrible estruendo y fiero encuentro  
la tierra se apretó contra su centro.

Hubo muchas caídas señaladas,  
grandes golpes de mazas y picazos;  
lanzas, gorguces y armas enastadas

volaron hasta el cielo en mil pedazos;  
vienen en un momento a las espadas  
y aun otros más coléricos a brazos,  
dándose con las dagas y puñales  
heridas penetrables y mortales.

El fiero Tucapel, habiendo hecho  
su encuentro en lleno y muerto un buen soldado,  
poco del diestro golpe satisfecho  
le arrebató un estoque acicalado  
con el cual barrenó a Guillermo el pecho,  
y de un revés y tajo arrebatado  
arrojó dos cabezas con celadas  
muy lejos de sus troncos apartadas.

Mata de un golpe a Torbo fácilmente  
y dio a Iuan Ynarauna tal herida  
que la armada cabeza por la frente  
cayó sobre los hombros dividida.  
Tira una punta, y a Pícol valiente  
le echó fuera las tripas y la vida,  
pero en esta sazón inadvertido  
de más de diez espadas fue herido.

Carga sobre él la gente forastera  
al rumor del estrago que sonaba,  
y cercándole en torno como fiera  
en confuso montón le fatigaba,  
mas él con gran desprecio de manera  
el esforzado brazo rodeaba,  
que a muchos con castigo y escarmiento  
les reprimió el furor y atrevimiento.

Tanto en más ira y más furor se enciende  
cuanto el trabajo y el peligro crece,  
que allí la gloria y el honor pretende  
donde mayor dificultad se ofrece;  
lo más dudoso y de más riesgo emprende  
y poco lo posible le parece,  
que el pecho grande y ánimo invencible  
le allana y facilita lo imposible.

El último escuadrón y más copioso  
su derrota y disignio prosiguiendo,  
con paso aunque ordenado presuroso,  
por la tendida loma iba subiendo;  
y en el dispuesto llano y espacioso  
nuestro escuadrón del todo descubriendo,  
se detuvo algún tanto astutamente  
reconociendo el sitio y nuestra gente.

Delante desta escuadra, pues, venía  
el mozo Galbarín sargenteando,  
que sus troncados brazos descubría,  
las llagas aún sangrientas amostrando.  
De un canto al otro apriesa discurría  
el daño general representando,  
encendiendo en furor los corazones  
con muestras eficaces y razones,  
diciendo: «¡Oh valentísimos soldados,  
tan dignos deste nombre, en cuya mano  
hoy la fortuna y favorables hados  
han puesto el ser y crédito araucano!  
Estad de la victoria confiados,

que este tumulto y aparato vano  
es todo el remanente, y son las heces  
de los que habéis vencido tantas veces.

Y esta postrer batalla fenecida  
de vosotros así tan deseada,  
no queda cosa ya que nos impida,  
ni lanza enhiesta, ni contraria espada.  
Mirad la muerte infame o triste vida  
que está para el vencido aparejada,  
los ásperos tormentos excesivos  
que el vencedor promete hoy a los vivos.

Que si en esta batalla sois vencidos  
la ley perece y libertad se atierra,  
quedando al duro yugo sometidos,  
inhábiles del uso de la guerra;  
pues con las brutas bestias siempre unidos,  
habéis de arar y cultivar la tierra,  
haciendo los oficios más serviles  
y bajos ejercicios mujeriles.

»Tened, varones, siempre en la memoria  
que la deshonra eternamente dura  
y que perpetuamente esta vitoria  
todas vuestras hazañas asegura.  
Considerad, soldados, pues, la gloria  
que os tiene aparejada la ventura,  
y el gran premio y honor que, como digo,  
un tan breve trabajo trae consigo.

Que aquel que se mostrare buen soldado  
tendrá en su mano ser lo que quisiere,  
que todo lo que habemos deseado,  
la fortuna con ella hoy nos requiere;  
también piense que queda condenado  
por rebelde y traidor quien no venciere,  
que no hay vencido justo y sin castigo  
quedando por juez el enemigo».

De tal manera el bárbaro valiente  
despertaba la ira y la esperanza  
que el escuadrón apenas obediente  
podía sufrir el orden y tardanza;  
mas ya que la señal última siente,  
con gran resolución y confianza  
derribando las picas, bien cerrado,  
ir se dejó de su furor llevado.

En el esento y pedregoso llano,  
que más de un tiro de arco se estendía,  
nuestro escuadrón a un tiempo mano a mano  
asimismo al encuentro le salía,  
donde con muestra y término inhumano  
y el gran furor que cada cual traía  
se embisten los airados escuadrones  
cayendo cuerpos muertos a montones.

No duraron las picas mucho enteras,  
que en rajadas por los aires discurrieron;  
las estendidas mangas y hileras  
de golpe unas con otras se rompieron.  
Hubo muertes allí de mil maneras,  
que muchos sin heridas perecieron  
del polvo y de las armas ahogados,

otros de encuentros fuertes estrellados.

Trábase entre ellos un combate horrendo  
con hervorosa priesa y rabia estraña,  
todos en un tesón igual poniendo  
la extrema industria, la pujanza y maña.  
Sube a los cielos el furioso estruendo,  
retumba en torno toda la campaña,  
cubriendo los lugares descubiertos  
la espesa lluvia de los cuerpos muertos.

Hierve el coraje, crece la contienda  
y el batir sin cesar siempre más fuerte;  
no hay malla y pasta fina que defienda  
la entrada y paso a la furiosa muerte,  
que con irreparable furia horrenda  
todo ya en su figura lo convierte,  
naciendo del mortal y fiero estrago,  
de espesa y negra sangre un ancho lago.

Rengo orgulloso, que al siniestro lado  
iba siempre avivando la pelea,  
de la roedora afrenta estimulado  
que en Mataquito recibió de Andrea,  
el ronco tono y brazo levantado  
discurre todo el campo y lo rodea  
acá y allá por una y otra mano,  
llamando el enemigo nombre en vano.

Andrea, pues, asimesmo procurando  
fenecer la quistión, le deseaba;  
mas lo que el uno y otro iba buscando,  
la dicha de los dos lo desviaba,  
que el italiano mozo, peleando  
en el otro escuadrón, distante andaba,  
haciendo por su estraña fuerza cosas  
que, aunque lícitas, eran lastimosas.

Mata de un golpe a Trulo y endereza  
la dura punta y a Pinol barrena,  
y sin brazo a Teguán una gran pieza  
le arroja dando vueltas por la arena;  
lleva de un golpe a Changle la cabeza  
y por medio del cuerpo a Pon cercena;  
hiende a Norpo hasta el pecho, y a Brancolo  
como grulla le deja en un pie solo.

Veis, pues, aquí a Orompello, el cual haciendo  
venía por esta parte mortal guerra,  
que al gran tumulto y voces acudiendo,  
vio cubierta de muertos la ancha tierra;  
y al ginovés gallardo conociendo,  
como cebado tigre con él cierra,  
alta la maza y encendido el gesto,  
sobre las puntas de los pies enhiesto.

Fue de la maza el ginovés cogido  
en el alto crestón de la celada,  
que todo lo abolló y quedó sumido  
sobre la estofa de algodón colchada.  
Estuvo el italiano adormecido,  
gomita sangre, la color mudada,  
y vio, dando de manos por el suelo,  
vislumbres y relámpagos del cielo.

Redobla otro gallardo mozo luego  
con más furor y menos bien guiado,  
que a no ser a soslayo, el fiero juego  
del todo entre los dos fuera acabado.  
El ginovés, desatinado y ciego,  
fue un poco de través, mas recobrado,  
se puso en pie con priesa no pensada,  
levantando a dos manos la ancha espada.

Y con la extrema rabia y fuerza rara  
sobre el joven la cala de manera  
que si el ferrado leño no cruzara,  
de arriba a bajo en dos le dividiera:  
tajó el tronco cual junco o tierna vara,  
y si la espada el filo no torciera,  
penetrara tan honda la herida  
que privara al mancebo de la vida.

Viéndose el araucano, pues, sin maza,  
no por eso amainó al furor la vela,  
antes con gran presteza de la plaza  
arrebata un pedazo de rodela,  
y al punto sin perder tiempo lo embraza  
y, como aquel que daño no recela,  
con sólo el trozo de bastón cortado  
aguija al enemigo confiado.

Hirióle en la cabeza, y a una mano  
saltó con ligereza y diestro brío  
hurtando el cuerpo, así que el italiano  
con la espada azotó el aire vacío.  
Quiso hacello otra vez, mas salió en vano,  
que entrando recio al tiempo del desvío,  
fue el ginovés tan presto que no pudo  
sino cubrirse con el roto escudo.

Echó por tierra la furiosa espada  
del defensivo escudo una gran pieza,  
bajando con rigor a la celada,  
que defender no pudo la cabeza.  
Hasta el casco caló la cuchillada,  
quedando el mozo atónito una pieza,  
pero en sí vuelto, viéndole tan junto,  
le echó los fuertes brazos en un punto.

El bravo ginovés, que al fiero Marte  
pensara desmembrar, recio le asía  
pero salió engañado, que en este arte  
ninguno al diestro joven le excedía.  
Revuélvense por una y otra parte,  
el uno el pie del otro rebatía,  
intricando las piernas y rodillas  
con diestras y engañosas zancadillas.

Don García de Mendoza no paraba,  
antes como animoso y diligente  
unas veces airado peleaba,  
otras iba esforzando allí la gente.  
Tampoco Juan Remón ocioso estaba,  
que de soldado y capitán prudente  
con igual disciplina y ejercicio  
usaba en sus lugares el oficio.

Santillán y don Pedro de Navarra,  
Ávalos, Viezma, Cáceres, Bastida,

Galdámez, don Francisco Ponce, Ybarra,  
dando muerte, defienden bien su vida;  
el fator Vega y contador Segarra  
habían echado aparte una partida,  
siguiéndolos Velázquez y Cabrera,  
Verdugo, Ruyz, Riberos y Ribera.

Pasáronlo, pues, mal al otro lado  
según la mucha gente que acudía,  
si don Felipe, don Simón, y Prado,  
don Francisco Arias, Pardo y Alegría,  
Barrios, Diego de Lira, Coronado  
y don Iuan de Pineda en compañía,  
con valeroso esfuerzo combatiendo,  
no fueran los contrarios reprimiendo.

También acrecentaban el estrago,  
Florencio de Esquivel y Altamirano,  
Villarroel, Dorán, Vergara, Lago,  
Godoy, Gonzalo Hernández, y Andicano.  
Si de todos aquí mención no hago,  
no culpen la intención sino la mano,  
que no puede escribir lo que hacían  
tantas como allí a un tiempo combatían.

Sonaba a la sazón un gran ruido  
en el otro escuadrón de mediodía  
y era que el fiero Rengo embravecido,  
llevado de su esfuerzo y valentía  
se había por la batalla así metido  
que volver a los suyos no podía,  
y de menuda gente rodeado  
andaba muy herido y acosado:  
aunque se envuelve entre ellos de manera  
al un lado y al otro golpeando  
que en rueda los hacía tener afuera,  
muchos en daño ajeno escarmentando,  
pero la turba acá y allá ligera  
le va por todas partes aquejando  
con tiros, palos y armas enastadas  
como a fiera, de lejos arrojadas.

Uno deja tullido y otro muerto,  
sin valerles defensa ni armadura;  
a quien acierta el golpe en descubierto  
del todo le deshace y desfigura;  
y el de menos efeto y más incierto  
quebranta brazo, pierna o coyuntura;  
vieran arneses rotos y celadas  
junto con las cabezas machucadas.

Mas aunque, como digo, combatiendo  
mostraba esfuerzo y ánimo invencible,  
le van a tanto estrecho reduciendo  
que poder escapar era imposible;  
y por más que se esfuerza resistiendo,  
al fin era de carne, era sensible,  
y el furioso y continuo movimiento  
la fuerza le ahogaba y el aliento.

Estaba ya en el suelo una rodilla  
que aun apenas así se sustentaba,  
y la gente solícita, en cuadrilla  
sin dejarle alentar le fatigaba,

cuando de la otra parte por la orilla  
de la alta loma Tucapel llegaba,  
haciendo con la usada y fuerte maza,  
por dondequiera que iba larga plaza.

Como el toro feroz desjarretado  
cuando brama, la lengua ya sacada,  
que de la turbamulta rodeado  
procura cada cual probar su espada,  
y en esto de repente al otro lado  
la cerviz yerta y frente levantada,  
asoma otro famoso de Jarama,  
que deshace la junta y la derrama,  
así el famoso Rengo ya en el suelo  
hincada una rodilla combatía  
en medio del montón que sin recelo  
poco a poco cerrándole venía,  
cuando el sangriento y bravo Tucapelo  
que por allí la grita le traía,  
viéndole así tratar, sin poner duda,  
rompe por el tropel a darle ayuda.

Dejó por tierra cuatro o seis tendidos,  
que estrecha plaza y paso le dejaron,  
y los otros en círculo esparcidos  
del fatigado Rengo se arredraron,  
y contra Tucapel embravecidos,  
las armas y la grita enderezaron;  
mas él daba de sí tan buen descargo,  
que los hacía tener bien a lo largo.

Llegóse a Rengo y dijo: «Aunque enemigo,  
esfuerza, esfuerza Rengo, y ten hoy fuerte,  
que el impar Tucapel está contigo  
y no puedes tener siniestra suerte;  
que el favorable cielo y hado amigo  
te tiene aparejada mejor muerte,  
pues está cometida al brazo mío,  
si cumples a su tiempo el desafío».

Rengo le respondió: «Si ya no fuera  
por ingrato en tal tiempo reputado,  
contigo y con mi débito cumpliera,  
que no estoy, como piensas, tan cansado».  
En esto más ligero que si hubiera  
diez horas en el lecho reposado,  
se puso en pie y a nuestra gente asalta,  
firme el membrudo cuerpo y la maza alta.

Tucapel replicó: «Sería bajeza  
y cosa entre varones condenada  
acometerte, vista tu flaqueza,  
con fuerza y en sazón aventajada.  
Cobra, cobra tu fuerza y entereza,  
que el tiempo llegará que esta ferrada  
te dé la pena y muerte merecida,  
como hoy te ha dado claro aquí la vida».

No se dijeron más y por la vía  
los dos competidores araucanos,  
haciéndose amistad y compañía,  
iban como si fueran dos hermanos.  
Guardaba el uno al otro y defendía,  
y así con diligencia y prestas manos,

abriendo el escuadrón gallardamente,  
llegaron a juntarse con su gente.

En esto a todas partes la batalla  
andaba muy reñida y sanguinosa,  
con tal furia y rigor, que no se halla  
persona sin herida, ni arma ociosa;  
cubre la tierra la menuda malla,  
y en la remota Turcia cavernosa  
por fuerza arrebatados de los vientos,  
hieren los duros y ásperos acentos.

Era el rumor del uno y otro bando  
y de golpes la furia apresurada,  
como ventosa y negra nube, cuando  
de vulturno o del céfiro arrojada  
lanza una piedra súbita, dejando  
la rama de sus hojas despojada,  
y los muros, los techos y tejados  
son con priesa terrible golpeados.

Pues de aquella manera y más furiosas  
las homicidas armas descargaban,  
y con hondas heridas rigurosas  
los sanguinosos cuerpos desangraban.  
El gran rumor y voces espantosas  
en los vecinos montes resonaban;  
el mar confuso al fiero són retrujo  
de sus hinchadas olas el reflujo.

Pero la parte que a la izquierda mano  
la batalla primera había trabado,  
donde por su valor Caupolicano  
contrastaba al furor del duro hado,  
a pura fuerza el escuadrón cristiano  
del contrario tesón sobrepujado,  
comenzó poco a poco a perder tierra  
hacia la espesa falda de la sierra.

Fue tan grande la priesa desta hora,  
y el ímpetu del bárbaro violento,  
que por el araucano en voz sonora  
se cantó la vitoria y vencimiento.  
Mas la misma Fortuna burladora  
dio la vuelta a la rueda en un momento,  
en contra de la parte mejorada,  
barajando la suerte declarada.

Que el último escuadrón, donde estribaba  
nuestro postrer remedio y esperanza  
metido en el contrario peleaba  
haciendo fiero estrago y gran matanza,  
que ni el valor de Ongolmo allí bastaba,  
ni del fuerte Lincoya la pujanza,  
ni yo basto a contar de una vez tanto,  
que es fuerza diferirlo al otro canto.

## Canto XXVI

En este canto se trata el fin de la batalla y retirada de los araucanos; la obstinación y pertinacia de Galbarino y su muerte. asimismo se pinta el jardín y estancia del mago Fitón

Nadie puede llamarse venturoso  
hasta ver de la vida el fin incierto,  
ni está libre del mar tempestuoso  
quien surto no se ve dentro del puerto.  
Venir un bien tras otro es muy dudoso,  
y un mal tras otro mal es siempre cierto;  
jamás próspero tiempo fue durable  
ni dejó de durar el miserable.

El ejemplo tenemos en las manos,  
y nos muestra bien claro aquí la historia  
cuán poco les duró a los araucanos  
el nuevo gozo y engañosa gloria,  
pues llevando de rota a los cristianos  
y habiendo ya cantado la vitoria,  
de los contrarios hados rebatidos,  
quedaron vencedores los vencidos

que, como os dije, el escuadrón postrero  
adonde por testigo yo venía,  
ganando tierra siempre más entero  
al bárbaro enemigo retraía;  
que aunque el fuerte Lincoya el delantero  
a la adversa fortuna resistía,  
no pudo resistir últimamente,  
el ímpetu y la furia de la gente.

Por una espesa y áspera quebrada  
que en medio de dos lomas se hacía,  
la bárbara canalla, quebrantada  
la dañosa soberbia y osadía,  
ya del torpe temor señoreada,  
esforzadas espaldas revolvía,  
huyendo de la muerte el rostro airado,  
que clara a todos ya se había mostrado.

Siguen los nuestros la vitoria apriesa  
que aun no quieren venir en el partido,  
y de la inculta breña y selva espesa  
inquieren lo secreto y escondido;  
el gran estrago y mortandad no cesa,  
suena el destrozo y áspero ruido,  
tirando a tiento golpes y estocadas  
por la espesura y matas intrincadas.

Jamás de los monteros en ojeo  
fue caza tan buscada y perseguida,  
cuando con ancho círculo y rodeo  
es a término estrecho reducida,  
que con impacientísimo deseo  
atajados los pasos y huida,  
arrojan en las fieras montesinas  
lanzas, dardos, venablos, jabalinas,

como los nuestros hasta allí cristianos,  
que los términos lícitos pasando,  
con crueles armas y actos inhumanos,  
iban la gran vitoria deslustrando,

que ni el rendirse, puestas ya las manos,  
la obediencia y servicio protestando,  
bastaba aquella gente desalmada  
a reprimir la furia de la espada.

Así el entendimiento y pluma mía,  
aunque usada al destrozo de la guerra,  
huye del gran estrago que este día  
hubo en los defensores de su tierra;  
la sangre, que en arroyos ya corría  
por las abiertas grietas de la sierra,  
las lástimas, las voces y gemidos  
de los míseros bárbaros rendidos.

Los de la izquierda mano, que miraron  
su mayor escuadrón desbaratado,  
perdiendo todo el ánimo dejaron  
la tierra y el honor que habían ganado;  
así, la trompa a retirar tocaron  
y con paso, aunque largo, concertado,  
altas y campeando las banderas,  
se dejaron calar por las laderas.

No será bien pasar calladamente  
la braveza de Rengo sin medida,  
pues que, desbaratada ya su gente  
y puesta en rota y mísera huida,  
fiero, arrogante, indómito, impaciente,  
sin mirar al peligro de la vida  
dando más furia a la ferrada maza,  
solo sustenta la ganada plaza.

Y allí como invencible y valeroso  
solo estuvo gran rato peleando  
pero viendo el trabajo infrutuoso  
y gente ya ninguna de su bando,  
con paso tardo, grave y espacioso,  
volviendo el rostro atrás de cuando en cuando  
tomó a la mano diestra una vereda,  
hasta entrar en un bosque y arboleda

donde ya de la gente destrozada  
había el temor algunos escondido,  
pero viendo de Rengo la llegada  
cobrando luego el ánimo perdido,  
con nuevo esfuerzo y muestra confiada,  
en escuadrón formado y recogido,  
vuelven el rostro y pechos esforzados  
a la corriente de los duros hados.

Yo, que de aquella parte discurriendo  
a vueltas del rumor también andaba,  
la grito y nuevo estrépitu sintiendo  
que en el vecino bosque resonaba,  
apresuré los pasos, acudiendo  
hacia donde el rumor me encaminaba,  
viendo al entrar del bosque detenidos  
algunos españoles conocidos.

Estaba a un lado Iuan Remón gritando:  
«Caballeros, entrad, que todo es nada»,  
mas ellos, el peligro ponderando,  
dificultaban la dudosa entrada.  
Yo, pues, a la sazón a pie arribando  
donde estaba la gente recatada,

Iuan Remón, que me vio luego de frente,  
quiso obligarme allí públicamente,

diciendo: «¡Oh don Alonso! quien procura  
ganar estimación y aventajarse,  
éste es el tiempo y ésta es coyuntura  
en que puede con honra señalarse.  
No impida vuestra suerte esta espesura  
donde quieren los indios entregarse,  
que el que abriere la entrada defendida,  
le será la vitoria atribuida».

Oyendo, pues, mi nombre conocido  
y que todos volvieron a mirarme,  
del honor y vergüenza compelido,  
no pudiendo del trance ya escusarme,  
por lo espeso del bosque y más temido  
comencé de romper y aventurarme,  
siguiéndome Arias Pardo, Maldonado,  
Manrique, don Simón y Coronado.

Los cuales, de vivir desesperados,  
los obstinados indios embistieron,  
que en una espesa muela bien cerrados  
las españolas armas atendieron.  
En esto ya al rumor por todos lados  
de nuestra gente muchos acudieron,  
comenzando con furia presurosa  
una guerra sangrienta y peligrosa.

Renuévase el destrozo, reduciendo  
a término dudoso el vencimiento,  
el menos animoso acometiendo  
el más dificultoso impedimento.  
¿Cuál será aquel que pueda ir escribiendo  
de los brazos la furia y movimiento  
y déste y de aquel otro la herida,  
y quién a cuál allí quitó la vida?

Unos hienden por medio, otros barrenan  
de parte a parte los airados pechos;  
por los muslos y cuerpo otros cercenan,  
otros miembro por miembro caen deshechos.  
Los duros golpes todo el bosque atruenan,  
andando de ambas partes tan estrechos  
que vinieron algunos de impacientes  
a los brazos, a puños y a los dientes.

Pero la muerte allí difinidora  
de la cruda batalla porfiada,  
ayudando a la parte vencedora  
remató la contienda y gran jornada;  
que la gente araucana en poca de hora  
en aquel sitio estrecho destrozada,  
quiso rendir al hierro antes la vida,  
que al odioso español quedar rendida.

Tendidos por el campo amontonados  
los indómitos bárbaros quedaron,  
y los demás con pasos ordenados,  
como ya dije atrás, se retiraron;  
de manera que ya nuestros soldados,  
recogiendo el despojo que hallaron  
y un número copioso de prisiones  
volvieron a su asiento y pabellones.

Fueron entre estos presos escogidos  
doce, los más dispuestos y valientes,  
que en las nobles insignias y vestidos  
mostraban ser personas preeminentes;  
éstos fueron allí constituidos  
para amenaza y miedo de las gentes,  
quedando por ejemplo y escarmiento  
colgados de los árboles al viento.

Yo a la sazón al señalar llegando,  
de la cruda sentencia condolido,  
salvar quise uno dellos, alegando  
haberse a nuestro ejército venido;  
mas él luego los brazos levantando  
que debajo del peto había escondido,  
mostró en alto la falta de las manos  
por los cortados troncos aún no sanos.

Era, pues, Galbarino este que cuento,  
de quien el canto atrás os dio noticia,  
que porque fuese ejemplo y escarmiento  
le cortaron las manos por justicia,  
el cual con el usado atrevimiento,  
mostrando la encubierta inimicicia,  
sin respeto ni miedo de la muerte habló,  
mirando a todos, desta suerte:

«¡Oh gentes fementidas, detestables,  
indignas de la gloria deste día!  
Hartad vuestras gargantas insaciables  
en esta aborrecida sangre mía.  
Que aunque los fieros hados variables,  
trastornen la araucana monarquía,  
muertos podremos ser, mas no vencidos,  
ni los ánimos libres oprimidos.

No penséis que la muerte rehusamos,  
que en ella estriba ya nuestra esperanza;  
que si la odiosa vida dilatamos  
es por hacer mayor nuestra venganza.  
Que cuando el justo fin no consigamos  
tenemos en la espada confianza  
que os quitará, en nosotros convertida,  
la gloria de poder darnos la vida.

Sús, pues, ya ¿qué esperáis o qué os detiene  
de no me dar mi premio y justo pago?  
La muerte y no la vida me conviene,  
pues con ella a mi deuda satisfago;  
pero si algún disgusto y pena tiene  
este importante y deseado trago,  
es no veros primero hechos pedazos  
con estos dientes y troncados brazos».

De tal manera el bárbaro esforzado,  
la muerte en alta voz solicitaba  
de la infelice vida ya cansado,  
que largo espacio a su pesar duraba;  
y en el gentil propósito obstinado  
diciéndonos injurias, procuraba  
un fin honroso de una honrosa espada  
y rematar la mísera jornada.

Yo, que estaba a par dél, considerando

el propósito firme y osadía,  
me opuse contra algunos, procurando  
dar la vida a quien ya la aborrecía;  
pero al fin los ministros, porfiando  
que a la salud de todos convenía,  
forzado me aparté y él fue llevado  
a ser con los caciques justiciado.

A la entrada de un monte, que vecino  
está de aquel asiento, en un repecho  
por el cual atraviesa un gran camino  
que al valle de Lincoya va derecho,  
con gran solemnidad y desatino  
fue el insulto y castigo injusto hecho,  
pagando allí la deuda con la vida,  
en muchas opiniones no debida.

Por falta de verdugo, que no había,  
quien el oficio hubiese acostumbrado,  
quedó casi por uso de aquel día  
un modo de matar jamás usado.  
Que a cada indio de aquella compañía  
un bastante cordel le fue entregado  
diciéndole que el árbol eligiese  
donde a su voluntad se suspendiese.

No tan presto los pláticos guerreros  
del cierto asalto la señal tocando,  
por escalas, por picas y maderos  
suben a la muralla gateando  
cuanto aquellos caciques, que ligeros  
por los más grandes árboles trepando,  
en un punto a las cimas arribaron  
y de las altas ramas se colgaron.

Mas uno dellos, algo arrepentido  
de su ligera priesa y diligencia,  
a nuestra devoción ya reducido,  
vuelto pidió, para hablar, licencia;  
y habiéndosela todos concedido,  
con voz algo turbada y apariencia,  
los ánimos cristianos comoviendo,  
habló contritamente así diciendo:

«Valerosa nación, invicta gente,  
donde el extremo de virtud se encierra,  
sabed que soy cacique y decendiente  
del tronco más antiguo desta tierra:  
no tengo padre, hermano, ni pariente,  
que todos son ya muertos en la guerra  
y pues se acaba en mí la decendencia,  
os ruego uséis conmigo de clemencia».

Quisiera proseguir, si Galbarino,  
que le miraba con airada cara,  
de súbito saliéndole al camino,  
la doméstica voz no le atajara  
diciendo: «Pusilánime, mezquino,  
deslustrador de la progenie clara,  
¿por qué a tan gran bajeza así te mueve,  
el miedo torpe de una muerte breve?

Dime, infame traidor, de fe mudable,  
¿tienes por más partido y mejor suerte  
el vivir en estado miserable

que el morir como debe un varón fuerte?  
Sigue el hado, aunque adverso, tolerable,  
que el fin de los trabajos es la muerte,  
y es poquedad que un afrentoso medio  
te saque de la mano este remedio».

Apenas la razón había acabado,  
cuando el noble cacique arrepentido  
al cuello el corredizo lazo echado,  
quedó de una alta rama suspendido;  
tras él fue el audaz bárbaro obstinado,  
aun a la misma muerte no rendido  
y los robustos robles desta prueba  
llevaron aquel año fruta nueva.

Habida la vitoria, como cuento,  
y el enemigo roto retirado,  
dejando el infelice alojamiento  
todo de cuerpos bárbaros sembrado,  
llegamos sin desmán ni impedimento  
a la bajada y sitio desdichado  
do Valdivia fundó la casa fuerte  
y le dieron después infame muerte.

Levantamos un muro brevemente  
que el sitio de la casa circundaba,  
donde el bagaje, chusma y remanente  
con menos daño y más seguro estaba.  
De allí el contorno y tierra inobediente,  
sin poderlo estorbar se salteaba,  
haciendo siempre instancia y diligencia  
de traerla sin sangre a la obediencia.

Una mañana al comenzar del día  
saliendo yo a correr aquella tierra,  
donde por cierto aviso se tenía  
que andaba gente bárbara de guerra,  
dejando un trecho atrás la compañía,  
cerca de un bosque espeso y alta sierra  
sentí cerca una voz envejecida,  
diciendo: «¿Dónde vais?, que no hay salida».

Volví el rostro y las riendas hacia el lado  
donde la estraña voz había salido,  
y vi a Fitón el mágico arrimado  
al tronco de un gran roble carcomido  
sobre el herrado junco recostado,  
que como fue de mí reconocido,  
del caballo salté ligeramente,  
saludándole alegre y cortésmente.

Él me dijo: «Por cierto, bien pudiera  
tomar de vos legítima venganza  
y en esa vuestra gente que anda fuera,  
que habéis hecho en los nuestros tal matanza;  
pero aunque más razón y causa hubiera,  
haciendo vos de mí tal confianza,  
no quiero ni será justo dañaros,  
antes en lo que es lícito ayudaros.

Que es orden de los cielos que padezca  
esta indómita gente su castigo  
y antes que contra Dios se ensoberbezca  
le abaje la soberbia el enemigo  
y aunque vuestra ventura agora crezca,

no durará gran tiempo porque os digo  
que, como a los demás, el duro hado  
os tiene su descuento aparejado.

Si la fortuna así a pedir de boca  
os abre el paso próspero a la entrada,  
grandes trabajos y ganancia poca  
al cabo sacaréis desta jornada;  
y porque a mí decir más no me toca,  
me quiero retirar a mi morada,  
que también desta banda tiene puerta  
pero a todos oculta y encubierta».

Yo de le ver así, maravillado,  
y más de la siniestra profecía,  
mi caballo en un líbano arrendado,  
le quise hacer un rato compañía:  
y al fin de muchos ruegos acetado,  
siendo el viejo decrépito la guía,  
hendimos la espesura y breña estraña  
hasta llegar al pie de la montaña.

En un lado secreto y escondido,  
donde no había resquicio ni abertura,  
con el potente báculo torcido  
blandamente tocó en la peña dura;  
y luego con horrísono ruido,  
se abrió una estrecha puerta y boca oscura  
por do tras él entré, erizado el pelo,  
pisando a tienta el peñascoso suelo.

Salimos a un hermoso verde prado,  
que recreaba el ánimo y la vista,  
do estaba en ancho cuadro fabricado  
un muro de belleza nunca vista,  
de vario jaspe y pórfido escacado  
y al fin de cada escaque una amatista;  
en las puertas de cedro barreadas  
mil sabrosas historias entalladas.

Abriéronse en llegando el mago a punto  
y en un jardín entramos espacioso,  
do se puede decir que estaba junto  
todo lo natural y artificioso.  
Hoja no discrepaba de otra un punto,  
haciendo cuadro o círculo hermoso,  
en medio un claro estanque, do las fuentes  
murmurando enviaban sus corrientes.

No produce natura tantas flores  
cuando más rica primavera envía  
ni tantas variedades de colores  
como en aquel jardín vicioso había;  
los frescos y suavísimos olores,  
las aves y su acorde melodía  
dejaban las potencias y sentidos  
de un ajeno descuido poseídos.

De mi fin y camino me olvidara,  
según suspenso estuve una gran pieza,  
si el anciano Fitón no me llamara  
haciéndome señal con la cabeza.  
Metióme por la mano en una clara  
bóveda de alabastro, que a la pieza  
del milagroso globo respondía,

adonde ya otra vez estado había.

Quisiera ver la bola, mas no osaba  
sin licencia del mago avecinarme,  
mas él, que mis deseos penetraba,  
teniendo voluntad de contentarme,  
asido por la mano me acercaba,  
y comenzando él mesmo a señalarme,  
el mundo me mostró, como si fuera  
en su forma real y verdadera.

Pero para decir por orden cuanto  
vi dentro de la gran poma lucida,  
es, cierto, menester un nuevo canto  
y tener la memoria recogida.  
Así, Señor, os ruego que entretanto  
que refuerzo la voz enflaquecida,  
perdonéis si lo dejo en este punto,  
que no puedo deciros tanto junto.

## Canto XXVII

*En este canto se pone la descripción de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras. Cuéntase también como los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapel; y como don Alonso de Ercilla halló a la hermosa Glaura*

Siempre la brevedad es una cosa  
con gran razón de todos alabada  
y vemos que una plática es gustosa  
cuanto más breve y menos afectada;  
y aunque sea la prolija provechosa,  
nos importuna, cansa y nos enfada,  
que el manjar más sabroso y sazonado  
os deja, cuando es mucho, empalagado.

Pues yo que en un peligro tal me veo,  
de la larga carrera arrepentido,  
¿cómo podré llevar tan gran rodeo,  
y ser sabroso al gusto y al oído?  
Pero aunque de agradar es mi deseo,  
estoy ya dentro en la ocasión metido;  
que no se puede andar mucho en un paso  
ni encerrar gran materia en chico vaso.

Cuando a alguno, Señor, le pareciere  
que me voy en el curso deteniendo,  
el extraño camino considere  
y que más que una posta voy corriendo.  
En todo abreviaré lo que pudiere  
y así a nuestro propósito volviendo,  
os dije como el indio mago anciano  
señalaba la poma con la mano.

Era en grandeza tal que no podrían  
veinte abrazar el círculo luciente,  
donde todas las cosas parecían  
en su forma distinta y claramente:  
las campos y ciudades se veían,  
el tráfago y bullicio de la gente,  
las aves, animales, lagartijas,  
hasta las más menudas sabandijas.

El mágico me dijo: «Pues en este  
lugar nadie nos turba ni embaraza,  
sin que un mínimo punto oculto reste  
verás del universo la gran traza:  
lo que hay del norte al sur, del leste al oeste,  
y cuanto ciñe el mar y el aire abraza,  
ríos, montes, lagunas, mares, tierras  
famosas por natura y por las guerras.

Mira al principio de Asia a Calcedonia  
junto al Bósforo enfrente de la Tracia;  
a Lidia, Caria, Licia y Licaonia,  
a Panfilia, Bitinia y a Galacia;  
y junto al Ponto Euxino a Paflagonia;  
la llana Capadocia y la Farnacia  
y la corriente de Éufrates famoso,  
que entra en el mar de Persia caudaloso.

Mira la Syria, vees allá la indina  
tierra de promisión de Dios privada,  
y a Nazarén dichosa en Palestina,  
do a María Gabriel dio la embajada.

Vees las sacras reliquias y ruina  
de la ciudad por Tito desolada,  
do el Autor de la vida escarnecido  
a vergonzosa muerte fue traído.

Mira el tendido mar Mediterraneo  
que la Europa del África separa,  
y el mar Bermejo en punta a la otra mano,  
que abrió Moisés sus aguas con la vara;  
mira el golfo de Ormuz y mar Persiano,  
y aunque a partes la tierra no está clara,  
verás hacia la banda descubierta,  
las dos Arabias, Félix y Desierta.

Mira a Persia y Carmania, que confina  
con Susiana al lado del poniente,  
donde el forjado acero se fulmina  
de pasta y temple fino y excelente,  
Drangiana y Gedrosía, que camina  
hasta el mar de India y ferias del Oriente  
y adelante siguiendo aquella vía  
verás la calurosa Aracosía.

Dentro y fuera del Gange mira tanta  
tierra de India, al Levante prolongada;  
vees el Catay y su ciudad de Canta  
que sobre el Indo mar está fundada;  
la China y el Maluco y toda cuanta  
mar se estiende del leste y la apartada  
Trapobana famosa, antiguamente  
término y fin postrero del Oriente.

Vees la Hircania, Tartaria y los albanos,  
hacia la Trapisonda dilatados,  
y otros reinos pequeños comarcanos  
tributarios de Persia y aliados:  
los yberos que llaman gorgianos,  
y los pobres circasos derramados,  
que su lunada tierra en parte angosta  
toma del mar Mayor toda la costa.

Vees el revuelto Cirro caudaloso,  
que la Iberia y Albania así rodea,  
y el alto monte Cáucaso fragoso,  
que su cumbre gran tierra señorea:  
mira el reino de Colcos, tan famoso  
por la isla nombrada de Medea,  
adonde el trabajado Jasón vino  
en busca del dorado vellocino.

Mira la grande Armenia memorable  
por su ciudad de Tauris señalada;  
y al sur la religiosa y venerable  
Soltania, sin respeto arruinada  
por la tártara furia irreparable  
de grande Taborlán, que de pasada  
cuanto encontró lo puso por el suelo,  
cual ira o rayo súbito del cielo.

Mira a Tigris y Éufrates, que poniendo  
punto a Mesopotamia, en compañía  
hasta el golfo de Persia van corriendo  
dejando a un lado a Egipto y a Suría;  
vees la Patria y la Media, que torciendo  
su corva costa, abraza al mediodía

el Caspio mar, por otro nombre Hircano,  
que en forma oval se estiende al subsolano.

Mira la Asiria y su ciudad famosa,  
donde la confusión de lenguas vino,  
que sus muros, labor maravillosa,  
hizo Semiramís, madre de Nino:  
donde la acelerada y presurosa  
muerte a Alexandre le salió al camino,  
cortándole en su próspera corrida  
el hilo de los hados y la vida.

Mira en África, el sur, los estendidos  
reinos del Preste Juan, donde parece  
que entre los más insignes y escogidos  
Sceva en sus edificios resplandece.  
Tres frutos da en el año repartidos,  
y tres veces se agosta y reverdece;  
tiene en veinte y dos grados su postura  
al antártico polo por la altura.

Vees a Gogia y sus montes levantados,  
que a todos sobrepujan en grandeza,  
canos siempre de nieve los collados  
y abajo peñascales y aspereza,  
que forman un gran muelle, rodeados  
de breñales espesos y maleza,  
morada de osos, puercos y leones,  
tigres, panteras, grifos y dragones.

Destos peñascos ásperos pendientes,  
llamados hoy el monte de la Luna,  
nacen del Nilo las famosas fuentes,  
y dellos ríos sin nombre y fama alguna,  
que aunque tuercen y apartan sus corrientes  
se vienen a juntar a una laguna  
tan grande, que sus senos y laderas  
baten de tres provincias las riberas:

a Gogia y Beguemedros al oriente,  
y a Dambaya al poniente; del cual lado  
hay islas donde habita varia gente  
y todo el ancho círculo es poblado.  
De aquí el famoso Nilo mansamente  
nace, y después más grande y reforzado  
parte a Gogia de Amara y va tendido  
sin ser de las riberas restringido

hasta un angosto paso peñascoso  
que le va los costados estrechando,  
de donde con estrépito furioso  
se va en las cataratas embocando;  
después más ancho, grave y espacioso  
llega a Méroe, gran isla, costeano,  
que contiene tres reinos eminentes  
en leyes y costumbres diferentes.

Mira al Cayro, que incluye tres ciudades  
y el palacio real de Dultibea,  
las torres, los jardines y heredades,  
que su espacioso círculo rodea;  
las pirámides mira y vanidades  
de los ciegos antiguos, que aunque sea  
señal de sus riquezas la hechura,  
fue más que el edificio la locura.

Mira los despoblados arenosos  
de la desierta y seca Libia ardiente;  
Garamanta y los pueblos calurosos,  
donde habita la bruta y negra gente;  
mira los trogloditas belicosos,  
y los que baña Gambia en su corriente:  
mandingos, monicongos, y los feos  
zapes, biafras, gelofos y guineos.

Vees de la costa de África el gran trecho,  
los puertos señalados y lugares  
de las bocas del Nilo hasta el estrecho  
por do se comunican los dos mares.  
Apolonia, las Sirtes y derecho  
Trípol, Túnez y junto si mirares,  
verás aun las reliquias y el estrago  
de la ciudad famosa de Cartago.

Mira a Sicilia fértil y abundosa,  
a Cerdeña y a Córcega de frente,  
y en la costa de Italia la viciosa  
tierra que va corriendo hacia el poniente;  
mira la ilustre Nápoles famosa  
y a Roma, que gran tiempo altivamente  
se vio del universo apoderada  
y de cada nación después hollada.

Mira en Toscana a Sena y a Florencia  
y dejando la costa al mediodía,  
a Bolonia, Ferrara y la eminencia  
de la isleña ciudad y señoría;  
Padua, Mantua, Carmona y a Placencia,  
Milán, la tierra y parque de Pavía,  
adonde en una rota de importancia  
Carlos prendió a Francisco, rey de Francia.

Mira a Alexandria, y por Liguria entrando  
a la soberbia Génova y Saona;  
y el Piamonte y Saboya atravesando,  
a León, a Tolosa y a Bayona;  
y sobre el viento coro volteando,  
Burdeos, Putiers, Orlens, París, Perona,  
Flandes, Brabante, Güeldres, Frisia, Olanda,  
Inglaterra, Escocia, Ybernia, Yrlanda;

a Dinamarca, Dacia y a Noruega  
hacia el mar de Dantisco y costa helada,  
y a Suecia, que al confín de Gocia llega  
que está en torno del mar fortificada,  
de donde a la Xelandia se navega;  
y mira allá a Grolandia desviada  
del solar curso y la zodiaca vía,  
do hay seis meses de noche y seis de día.

Mira al norte a Moscovia, que es tenida  
por última región de lo poblado,  
que rematan su término y medida  
las rifeas montañas por un lado,  
y de las fuentes del Tanays tendida  
llega al monte Hyperbóreo y mar helado,  
confina con Sarmacia y Tartaría  
y corre por el Austro hasta Rusia.

Mira a Livonia, Prusia, Lituania,

Samogocia, Podolia y a Rusía,  
a Polonia, Silesia y a Germania,  
a Moravia, Bohemia, Austria y Vngría,  
a Corvacia, Moldavia, Trasilvania,  
Valaquia, Vulgaría, Esclavonía,  
a Macedonia, Grecia, la Morea,  
a Candia, Chipre, Rodas y Iudea.

Mira al poniente a España y la aspereza  
de la antigua Vizcaya, de do es cierto  
que procede y estiende la nobleza,  
por todo lo que vemos descubierto;  
mira a Bermeo cercado de maleza,  
cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto  
los anchos muros del solar de Ercilla,  
solar antes fundado que la villa.

Veas a Burgos, Logroño y a Pamplona;  
y bajando al poniente, a la siniestra,  
Zaragoza, Valencia, Barcelona;  
a León y a Galicia de la diestra.  
Veas la ciudad famosa de Lisbona,  
Coymbra y Salamanca, que se muestra  
felice en todas ciencias, do solía  
enseñarse también nigromancia.

Mira a Valladolid, que en llama ardiente  
se irá como la fénix renovando,  
y a Medina del Campo casi enfrente,  
que las ferias la van más ilustrando;  
mira a Segovia y su famosa puente,  
y el bosque y la Fonfrida atravesando  
al Pardo y Aranjuez, donde natura  
vertió todas sus flores y verdura.

Mira aquel sitio inculto montuoso  
al pie del alto puerto algo apartado,  
que aunque le veas desierto y pedregoso  
ha de venir en breve a ser poblado:  
allí el Rey don Felipe vitorioso,  
habiendo al franco en San Quintín domado,  
en testimonio de su buen deseo,  
levantará un católico trofeo.

Será un famoso templo incomparable  
de sumptuosa fábrica y grandeza,  
la máquina del cual hará notable,  
su religioso celo y gran riqueza.  
Será edificio eterno y memorable,  
de inmensa majestad y gran belleza,  
obra, al fin, de un tal rey, tan gran cristiano,  
y de tan larga y poderosa mano.

Mira luego a Madrid, que buena suerte  
le tiene el alto cielo aparejada;  
y a Toledo, fundada en sitio fuerte,  
sobre el dorado Tajo levantada;  
mira adelante a Córdoba, y la muerte  
que airada amenazando está a Granada,  
esgrimiendo el cuchillo sobre tantas  
principales cabezas y gargantas.

Mira a Sevilla, veas la realeza  
de templos, edificios y moradas,  
el concurso de gente y la grandeza

del trato de las Indias apartadas,  
que de oro, plata, perlas y riqueza  
dos flotas en un año entran cargadas  
y salen otras dos de mercancía  
con gente, munición y artillería.

Mira a Cádiz donde Hércules famoso  
sobre sus hados prósperos corriendo,  
fijó las dos columnas vitorioso,  
Nihil ultra en el mármol escribiendo;  
mas Fernando católico glorioso,  
los mojonados términos rompiendo,  
del ancho y Nuevo Mundo abrió la vía,  
porque en un mundo solo no cabía.

Mira por el Océano bajando  
entre el húmido Noto y el Poniente  
las islas de Canaria, reparando  
en aquella del Hierro especialmente,  
que falta de agua, la natura obrando,  
las aves, animales y la gente  
beben la que de un árbol se distila  
en una bien labrada y ancha pila.

Mira a la banda diestra las Terceras  
que están de portugueses ocupadas,  
y corriendo al sudeste, las primeras  
islas que descubrió Colón, pobladas  
de gentes nunca vistas extranjeras,  
entre las cuales son más señaladas,  
los Lucayos, San Iuan, la Dominica,  
Santo Domingo, Cuba y Iamaica.

Vees de Bahama la canal angosta,  
y siguiendo al poniente la Florida,  
la tierra inútil y lucida costa  
hasta la Nueva España proseguida  
donde Cortés, con no pequeña costa  
y gran trabajo y riesgo de la vida,  
sin término ensanchó por su persona  
los límites de España y la corona.

Mira a Ialisco y Mechoacán, famosa  
por la raíz medicinal que tiene;  
y a México abundante y populosa,  
que el indio nombre antiguo aun hoy retiene;  
vees al sur la poblada y montuosa  
tierra, que en punta prolongarse viene,  
que los dos anchos mares por los lados  
la van adelgazando los costados.

«A Panamá y al Nombre de Dios mira,  
que sus estrechos términos defienden  
a dos contrario mares, que con ira  
romper la tierra y anegar pretenden.  
Vees la fragosa sierra de Capira,  
Cartagena y las tierras que se estienden  
de Santa Marta y cabo de la Vela  
hasta el lago y ciudad de Venezuela;

a Bogotá y Cartama, que confina  
con Arma y Cali, tierra prolongada,  
Popayán, Pasto y Quito, que vecina  
está a la equinocial línea templada.  
Mira allá a Puerto Viejo, do la mina

de ricas esmeraldas fue hallada,  
y las tierras que corren por la vía  
del Euro, del Volturno y Mediodía.

Vees Guayaquil, que abunda de madera  
por sus espesos montes y sombríos;  
Túmbez, Payta y su puerto, que es primera  
escala donde surgen los navíos.  
Piura, Loxa, la Zarza y Cordillera,  
de do nacen y bajan tantos ríos  
que riegan bien dos mil millas de suelo,  
donde jamás cayó lluvia del cielo.

Mira los grandes montes y altas sierras  
bajo la zona tórrida nevadas,  
los Mojos, Bracamoros y las tierras  
de incultos chachapoyas habitadas.  
Caxamarca y Truxillo, que en las guerras  
fueron famosas siempre y señaladas,  
y la ciudad insigne de los Reyes,  
silla de las Audiencias y virreyes.

Y a Guánuco, Guamanga y el templado  
terreno de Arequipa, y los mojones  
del Cuzco, antiguo pueblo y señalado  
asiento de los Ingas y orejones.  
Mira el solsticio y trópico pasado,  
del austral Capricornio las regiones,  
de varias gentes bárbaras estrañas  
los ríos, lagunas, valles y montañas.

Mira allá a Chuquiabo, que metido  
está a un lado la tierra al sur marcada,  
y adelante el riquísimo y crecido  
cerro de Potosí, que de cendrada  
plata de ley y de valor subido  
tiene la tierra envuelta y amasada,  
pues de un quintal de tierra de la mina  
las dos arrobas son de plata fina.

Vees la villa de Plata, la postrera  
por el levante a la siniestra mano,  
y atravesando la alta cordillera,  
Calchaquí, Pilcomayo y Tucomano,  
los iuries, los diaguitas y ribera  
de los comechingones y el gran llano  
y frutífero término remoto,  
hasta la fortaleza de Gaboto.

Vees, volviendo a la costa, los collados  
que corren por la banda de Atacama,  
y a la diestra la costa y despoblados  
do no hay ave, animal, yerba ni rama.  
Ves los copayapós, indios granados,  
que de grandes flecheros tienen fama,  
Coquimbo, Mapachó, Cauquén y el río  
de Maule y el de Ytata y Biobío.

Vees la ciudad de Penco y el pujante  
Arauco, estado libre y poderoso;  
Cañete, la Imperial, y hacia el levante  
la Villa Rica y el volcán fogoso;  
Valdivia, Osorno, el lago y adelante  
las islas y archipiélago famoso  
y siguiendo la costa al sur derecho

Chiloé, Coronados y el estrecho  
»por donde Magallanes con su gente  
al Mar del Sur salió desembocando,  
y tomando la vuelta del poniente  
al Maluco guió noruesteando.  
Vees las islas de Acaca y Zabú enfrente,  
y a Matán, do murió al fin peleando;  
Bruney, Bohol, Gilolo, Terrenate,  
Machián, Mutir, Badán, Tidore y Mate.

Vees las manchas de tierras, tan cubiertas  
que pueden ser apenas divisadas:  
son las que nunca han sido descubiertas  
ni de extranjeros pies jamás pisadas,  
las cuales estarán siempre encubiertas  
y de aquellos celajes ocupadas  
hasta que Dios permita que parezcan  
porque más sus secretos se engrandezcan.

Y como vees en forma verdadera  
de la tierra la gran circunferencia,  
pudieras entender, si tiempo hubiera,  
de los celestes cuerpos la excelencia,  
la máquina y concierto de la esfera,  
la virtud de los astros y influencia,  
varias revoluciones, movimientos  
los cursos naturales y violentos.

Mas aunque quiera yo de parte mía  
dejarte más contento y satisfecho,  
ha mucho rato que declina el día  
y tienes hasta el sitio largo trecho».   
Así, haciéndome el mago compañía  
me trujo hasta ponerme en el derecho  
camino, do encontré luego mi gente,  
que me andaba a buscar confusamente.

Llegamos al asiento en punto cuando  
entraban a la guardia los amigos,  
donde gastamos tiempo, procurando  
reducir a la paz los enemigos  
unas veces por bien, acariciando;  
otras por amenazas y castigos,  
haciendo sin parar correrías,  
por los vecinos pueblos y alquerías.

Mas no bastando diligencia en esto  
ni las promesas, medios y partidos,  
que en su protervo intento y presupuesto  
estaban siempre más endurecidos.  
Vista, pues, la importancia de aquel puesto  
por estar en la tierra más metidos,  
con maduro consejo fue acordado  
sustentar el lugar fortificado.

Y proveyendo al esperado daño  
de algunos bastimentos que faltaban,  
que aunque era fértil y abundante el año,  
los campos en cogollo y berza estaban,  
don Miguel de Velasco y Avendaño  
con los que más a punto se hallaban,  
haciéndoles yo escolta y compañía,  
tomamos de Cautén la recta vía.

Aunque con riesgo, sin contraste alguno

los peligrosos términos pasamos  
y en tiempo aparejado y oportuno  
a la Imperial ciudad salvos llegamos,  
donde a los moradores de uno en uno  
con palabras de amor los obligamos  
no sólo a dar graciosa la comida  
pero a ofrecer también hacienda y vida.

Así que alegres, sin rumor de guerra,  
con pan, frutas, semillas y ganados,  
dimos presto la vuelta por la tierra  
de pacíficos indios y alterados;  
y al descubrir de la purena sierra  
hallamos una escolta de soldados,  
digo de nuestra gente, que venía  
a asegurar la peligrosa vía.

El sol ya derribado al occidente  
había en el mar los rayos zabullido  
dando la noche alivio a nuestra gente  
del cansancio y trabajo padecido,  
pero al romper del alba, alertamente  
se comenzó a marchar con gran ruido,  
el cargado bagaje y el ganado  
de todas las escuadras rodeado.

Iba yo en la avanguardia descubriendo  
por medio de una espesa y gran quebrada,  
cuando vi de través salir corriendo  
una mujer, al parecer turbada;  
yo tras ella los prestos pies batiendo,  
luego de mi caballo fue alcanzada;  
el que saber el fin desto desea,  
atentamente el otro canto lea.

## Canto XXVIII

*Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida. Asaltan los araucanos a los españoles en la quebrada de Purén; pasa entre ellos una recia batalla; saquean los enemigos el bagaje; retíranse alegres, aunque desbaratados*

Quien tiene libre y sosegada vida  
le conviene vivir más recatado,  
que siempre es peligrosa la caída  
del que está del peligro descuidado;  
y vemos muchas veces convertida  
la alegre suerte en miserable estado,  
en dura sujeción las libertades  
y tras prosperidad adversidades.

Es Fortuna tan varia, es tan incierta,  
ya que se muestre alguna vez amiga,  
que no ha llamado el bien a nuestra puerta  
cuando el mal dentro en casa nos fatiga;  
y pues sabemos ya por cosa cierta,  
que nunca hay bien a quien un mal no siga,  
roguemos que no venga y si viniere,  
que sea pequeño el mal que le siguiere.

Que yo, de acuchillado en esto, siento  
que es de temer en parte la ventura;  
el tiempo alegre pasa en un momento  
y el triste hasta la muerte siempre dura;  
y porque viene bien a nuestro cuento,  
a la bárbara oíd, que en la espesura  
alcancé, como os dije, que en su traje  
mostraba ser persona de linaje.

Era mochacha grande, bien formada,  
de frente alegre y ojos estremados,  
nariz perfeta, boca colorada,  
los dientes en coral fino engastados;  
espaciosa de pecho y relevada,  
hermosas manos, brazos bien sacados,  
acrecentando más su hermosura  
un natural donaire y apostura.

Yo, queriendo saber a qué venía  
sola por aquel bosque y aspereza,  
con más seguridad que prometía  
su bello rostro y rara gentileza,  
la aseguré del miedo que traía;  
la cual, dando un suspiro que a terneza  
al más rebelde corazón moviera,  
comenzó su razón en tal manera:

«No sé si ya me queje desdichada  
o agradezca a los hados y a mi suerte,  
que me abren puerta y que me dan entrada  
para que pueda recibir la muerte;  
pero si ya la historia desastrada,  
quieres saber y mi dolor, tan fuerte  
que aun le agravia mi poco sentimiento,  
te ruego que al proceso estés atento.

Mi nombre es Glaura, en fuerte hora nacida,  
hija del buen cacique Quilacura,  
de la sangre de Friso esclarecida,  
rica de hacienda, pobre de ventura;

respetada de muchos y servida  
por mi linaje y vana hermosura  
mas, ¡ay de mí!, ¡cuánto mejor me fuera  
ser una simple y pobre ganadera!

En casa de mi padre a mi contento,  
como única heredera yo vivía,  
que su felicidad y pensamiento,  
en sólo darme gusto lo ponía.  
Mi voluntad en todo y mandamiento  
como inviolable ley se obedecía,  
no habiendo de contento y gusto cosa  
que fuese para mí dificultosa.

Mas presto el invidioso amor tirano,  
turbador del sosiego, adredemente  
trujo a mi tierra y casa a Fresolano,  
mozo de fuerzas y ánimo valiente,  
de mi infelice padre primo hermano  
y mucho más amigo que pariente,  
a quien la voluntad tenía rendida,  
no habiendo entre los dos cosa partida.

Mi padre, como amigo aficionado,  
que yo le regalase me mandaba  
y así yo con llaneza y gran cuidado,  
por hacerle placer, lo procuraba;  
mas él, luego, el propósito estragado,  
cuya fidelidad ya vacilaba,  
corrompió la amistad, salió de tino,  
echando por ilícito camino.

O fue el trato que tuvo allí conmigo  
o por mejor decir, mi desventura,  
que ésta sería más cierto, como digo,  
que no la mal juzgada hermosura:  
que ingrato al hospedaje del amigo,  
del deudo y deuda haciendo poca cura,  
me comenzó de amar y buscar medio  
de dar a su cuidado algún remedio.

«Visto yo que por muestras y rodeo  
muchas veces su pena descubría,  
conocí que su intento y mal deseo  
de los honestos límites salía  
mas, ¡ay!, que en el que yo padezco, veo  
lo que el mísero entonces padecía,  
que a término he llegado al pie del palo  
que aun no puedo decir mal de lo malo.

Hallábale mil veces suspirando  
en mí los engañados ojos puestos;  
otras andaba tímido tentando  
entrada a sus osados presupuestos;  
yo la ocasión dañosa desviando,  
con gravedad y términos honestos  
(que es lo que más refrena la osadía)  
sus erradas quimeras deshacía.

Estando sola en mi aposento un día,  
temerosa de algún atrevimiento,  
ante mí de rodillas se ponía  
con grande turbación y desatiento,  
diciéndome temblando: -¡Oh Glaura mía!,  
ya no basta razón ni sufrimiento,

ni de fuerza una mínima me queda  
que a la del fuerte amor resistir pueda.

Tú, señora, sabrás que el día primero  
de mi felice y próspera venida,  
me trujo amor al término postrero  
desta penosa y desdichada vida;  
mas ya que por tu amor y causa muero  
quiero saber si dello eres servida,  
porque siéndolo tú, no sé yo cosa  
que pueda para mí ser tan dichosa.

Viéndole al parecer determinado  
a cualquiera violencia y desacato,  
disimuladamente por un lado  
salí dél, sin mostrar algún recato,  
diciéndole de lejos: -¡Oh malvado,  
incestuoso, desleal, ingrato,  
corrompedor de la amistad jurada,  
y ley de parentesco conservada!...

Iba estas y otras cosas yo diciendo  
que el repentino enojo me mostraba,  
cuando con priesa súbita y estruendo  
un cristiano escuadrón nos salteaba,  
que en cerrado tropel arremetiendo,  
nuestra alta casa en torno rodeaba,  
saltando Fresolano en mi presencia,  
a la debida y justa resistencia

«diciendo: -¡Oh fiera tigre endurecida,  
inhumana y cruel con los humanos!  
Vuelve, acaba de ser tú la homicida,  
no dejes que hacer a los cristianos,  
vuelve, verás que acabo aquí la vida  
pues no puedo a las tuyas, a sus manos;  
que aunque no sea la muerte tan honrosa,  
a lo menos será más piadosa.

Así furioso, sin mirar en nada  
se arroja en medio de la armada gente,  
donde luego una bala arrebatada  
le atravesó el desnudo pecho ardiente;  
cayó, ya la color y voz turbada,  
diciendo: -¡Glaura, Glaura!, últimamente  
recibe allá mi espíritu, cansado  
de dar vida a este cuerpo desdichado.

Llegó mi padre en esto al gran ruido,  
sólo armado de esfuerzo y confianza  
mas luego en el costado fue herido  
de una furiosa y atrevida lanza;  
cayó el cuerpo mortal descolorido  
y vista mi fortuna y malandanza,  
por el postigo de una falsa puerta  
salí a mi parecer, más que ellos muerta.

«Acá y allá turbada al fin por una  
montaña comencé luego a emboscarme,  
dejándome llevar de mi fortuna  
que siempre me ha guiado a despeñarme;  
así que, ya sin tino y senda alguna  
procuraba, ¡cuitada!, de alejarme,  
que con el gran temor me parecía  
que yendo a más correr, no me movía.

Mas como suele acontecer contino,  
que huyendo el peligro y mal presente  
se suele ir a parar en un camino  
que nos coge y anega la creciente,  
así a mí, desdichada, pues, me avino  
que por salvar la vida impertinente,  
de un mal en otro mal, de lance en lance  
vine a mayor peligro y mayor trance.

Iba, pues, siempre mísera corriendo  
por espinas, por zarzas, por abrojos,  
aquí y allí y acá y allá volviendo  
a cada paso los atentos ojos,  
cuando por unos árboles saliendo  
vi dos negros cargados de despojos,  
que luego en el instante que me vieron  
a la mísera presa arremetieron.

Fui dellos prestamente despojada  
de todo cuanto allí venía vestida,  
aunque yo triste no estimaba en nada  
el perder los vestidos y la vida;  
pero el honor y castidad preciada  
estuvo a punto ya de ser perdida,  
mas mis voces y quejas fueron tantas  
que a lástima y piedad movía las plantas.

Usó el cielo conmigo de clemencia  
guiando a Cariolán a mis clamores,  
que visto el acto inorme y la insolencia  
de aquellos enemigos violadores,  
corrió con provechosa diligencia,  
diciendo: ¡Perros, bárbaros, traidores!  
Dejad, dejad al punto la doncella  
si no la vida dejaréis con ella.

Fueron sobre él los dos en continente  
mas él, flechando el arco que traía,  
al más adelantado y diligente  
la flecha hasta las plumas le escondía.  
Hízose atrás dos pasos diestramente  
y al otro la segunda flecha envía  
con brújula tan cierta y diestro tino,  
que al bruto corazón halló el camino.

Cayó muerto, y el otro mal herido  
cerró con él furioso y emperrado,  
mas Cariolán, valiente y prevenido,  
en el arte de la lucha ejercitado,  
aunque el negro era grande y muy fornido,  
de su destreza y fuerzas ayudado,  
alzándole en los brazos hacia el cielo  
le trabucó de espaldas en el suelo

y sacando una daga acicalada,  
queriendo a hierro rematar la cuenta,  
por el desnudo vientre y por la ijada,  
tres veces la metió y sacó sangrienta.  
Huyó por allí la alma acelerada  
y libre Cariolán de aquella afrenta,  
se vino para mí con gran crianza,  
pidiéndome perdón de la tardanza.

Supo decir allí tantas razones

(haciendo amor conmigo así el oficio)  
que medrosa de andar en opiniones,  
que es ya dolencia de honra y ruin indicio,  
por evitar al fin murmuraciones  
y no mostrarme ingrata al beneficio  
en tal sazón y tiempo recibido,  
le tomé por mi guarda y mi marido.

Y temiendo que gente acudiría,  
por el espeso monte nos metimos,  
donde sin rastro ni señal de vía,  
un gran rato perdidos anduvimos;  
pero, señor, al declinar del día  
a la ribera de Lauquén salimos  
por do venía una escuadra de cristianos  
con diez indios atrás presas las manos.

Descubriéronnos súbito en saliendo,  
que en todo al fin nos perseguía la suerte,  
sobre nosotros de tropel corriendo,  
-¡Aguarda, aguarda!, ¡ten!, gritando fuerte.  
Pero mi nuevo esposo allí temiendo  
mucho más mi deshonor que su muerte,  
me rogó que en el bosque me escondiese  
mientras que él con morir los detuviese.

Luego el temor, a trastornar bastante  
una flaca mujer inadvertida,  
me persuadió poniéndome delante  
la horrenda muerte y la estimada vida.  
Así cobarde, tímida, inconstante,  
a los primeros ímpetus rendida,  
me entré, viéndolos cerca, a toda priesa,  
por lo más agrio de la senda espesa.

Y en lo hueco de un tronco, que tejido  
de zarzas y maleza en torno estaba,  
me escondí sin aliento ni sentido,  
que aun apenas de miedo resollaba;  
de donde escuché luego un gran ruido  
que el bosque cerca y lejos atronaba  
de espadas, lanzas y tropel de gente  
como que combatiesen fuertemente.

Fue poco a poco, al parecer, cesando  
aquel rumor y grita que se oía,  
cuando la obligación ya calentando  
la sangre que el temor helado había,  
revolví sobre mí, considerando  
la maldad y tradición que cometía  
en no correr con mi marido a una  
un peligro, una muerte, una fortuna.

»Salí de aquel lugar, que a Dios pluguiera  
que en él quedara viva sepultada,  
corriendo con presteza a la ribera  
adonde le dejé desatinada;  
mas cuando no vi rastro ni manera  
de le poder hallar, sola y cuitada,  
podrás ver qué sentí, pues era cierto  
que no pudo escapar de preso o muerto.

Solté ya sin temor la voz en vano,  
llamando al sordo cielo, injusto y crudo;  
preguntaba: -¿Dó está mi Cariolano?

Y todo al responder lo hallaba mudo.  
Ya entraba en la espesura, ya en lo llano  
salía corriendo, que el dolor agudo,  
en mis entrañas siempre más furioso,  
no me daba momento de reposo.

No te quiero cansar ni lastimarme  
en decirte las bascas que sentía;  
no sabiendo qué hacer ni aconsejarme  
frenética y furiosa discurría.  
Muchas veces propuse de matarme  
mas por torpeza y gran maldad tenía  
que aquel dolor en mí tan poco obrase  
que a quitarme la vida no bastase.

En tanta pena y confusión envuelta,  
de contrarios y dudas combatida,  
al cabo ya de le buscar resuelta  
pues no daba el dolor fin a mi vida,  
hacia el campo español he dado vuelta  
de noche, y desde lejos escondida,  
por el honor, que mal me le asegura  
mi poca edad y mucha desventura.

Y teniendo noticia que esta gente  
era la vuelta de Cautén pasada,  
también que había de ser forzosamente  
por este paso estrecho la tornada,  
quise venir en traje diferente,  
pensando que entre tantos, disfrazada,  
alguna nueva o rastro hallaría  
deste que la fortuna me desvía.

¿Qué remedio me queda ya captiva,  
sujeta al mando y voluntad ajena,  
que para que mayor pena reciba,  
aun la muerte no viene, porque es buena?  
Pero aunque el cielo cruel quiera que viva  
al fin me ha de acabar ya tanta pena,  
bien que el estado en que me toma es fuerte  
mas nadie escoge el tiempo de su muerte».

Así la bella joven lastimada  
iba sus desventuras recontando,  
cuando una gruesa bárbara emboscada  
que estaba a los dos lados aguardando,  
alzó al cielo una súbita algarada  
las salidas y pasos ocupando,  
creciendo indios así, que parecían  
que de las yerbas bárbaros nacían.

Llegó al instante un yanacona mío,  
ganado no había un mes, en buena guerra,  
diciéndome: «Señor, échate al río,  
que yo te salvaré, que sé la tierra;  
que pensar resistir es desvarío  
a la gente que cala de la sierra.  
Bien puedes, ¡oh señor!, de mí fiarte,  
que me verás morir por escaparte».

Yo, que al mancebo el rostro revolvía  
a agradecer la oferta y buen deseo,  
vi a Glaura que sin tiento arremetía  
diciendo: «¡Oh justo Dios!, ¿qué es lo que veo?  
¿Eres mi dulce esposo? ¡Ay, vida mía!

En mis brazos te tengo y no lo creo:  
¿Qué es esto? ¿Estoy soñando o estoy despierta?  
¡ Ay, que tan grande bien no es cosa cierta! »

Yo atónito de tal acaecimiento,  
alegre tanto dél como admirado,  
visto de Glaura el mísero lamento  
en felice suceso rematado,  
no habiendo allí lugar de cumplimiento  
por ser revuelto el tiempo y limitado,  
dije: «Amigos, a Dios; y lo que puedo,  
que es daros libertad, yo os la concedo».

Sin otro ofrecimiento ni promesa  
piqué al caballo, que salió ligero,  
pero aunque más los indios me den priesa,  
quiero, Señor, que aquí sepáis primero  
cómo a la entrada de la selva espesa  
Cariolán vino a ser mi prisionero,  
cuando medrosa de perder la vida  
en el tronco quedó Glaura escondida.

Sabed, sacro Señor, que yo venía  
con algunos amigos y soldados,  
después de haber andado todo el día  
en busca de enemigos desmandados;  
mas ya que a nuestro asiento me volvía  
con diez prisiones bárbaros atados,  
a la entrada de un monte y fin de un llano  
descubrimos muy cerca a Cariolano.

Corrió luego sobre él toda la gente  
pensando que alas le prestara el miedo,  
pero con gran desprecio y alta frente,  
apercibiendo el arco estuvo quedo.  
Llegando, pues, a tiro diestramente  
hirió a Francisco Osorio y Acebedo,  
arrancando una daga, desenvuelto  
el largo manto al brazo ya revuelto.

Tanta fue la destreza, tanto el arte  
del temerario bárbaro araucano,  
que no fue el gran tropel de gente parte  
a que dejase un sólo paso el llano;  
que saltando de aquella y desta parte  
todos los golpes hizo dar en vano,  
unos hurtando el cuerpo desmentidos,  
otras del manto y daga rebatidos.

Yo, que ver tal batalla no quisiera,  
al animoso mozo aficionado,  
en medio me lancé diciendo: «¡Afuera,  
caballeros, afuera, haceos a un lado!,  
que no es bien que el valiente mozo muera,  
antes merece ser remunerado,  
y darle así la muerte ya sería  
no esfuerzo ni valor, mas villanía».

Todos se detuvieron conociendo  
cuán mal el acto infame les estaba;  
sólo el indio no cesa, pareciendo  
que de alargar la vida le pesaba.  
Al fin la daga y paso recogiendo,  
pues ya la cortesía le obligaba,  
revuelto a mí me dijo: «¿Qué te importa

que sea mi vida larga o que sea corta?

Pero de mí será reconocida  
la obra pía y voluntad humana:  
pía por la intención, pero entendida  
se puede decir impía y inhumana,  
que a quien ha de vivir mísera vida  
no le puede estar mal muerte temprana,  
así que en no matarme, como digo,  
cruel misericordia usas conmigo.

Mas porque no me digan que ya niego  
haber de ti la vida recibido,  
me pongo en tu poder y así me entrego  
a mi fortuna mísera rendido».   
Esto dicho la daga arrojó luego  
doméstico el que indómito había sido,  
quedando desde allí siempre conmigo  
no en figura de siervo, mas de amigo.

Ya el ejercicio y belicoso estruendo  
de las armas y voces resonaban.  
Unos van en montón allá corriendo,  
otros acá socorro demandaban.  
Era la senda estrecha y no pudiendo  
ir atrás ni adelante, reparaban  
que el bagaje, la chusma y el ganado  
tenía impedido el paso y ocupado.

Es el camino de Purén derecho  
hacia la entrada y paso del Estado;  
después va en forma oblica largo trecho  
de dos ásperos cerros apretado,  
y vienen a ceñirle en tanto estrecho  
que apenas pueden ir dos lado a lado,  
haciendo aun más angosta aquella vía  
un arroyo que lleva en compañía.

Así a trechos en partes del camino  
revueltos unos y otros voceando,  
andaban en confuso remolino,  
la tempestad de tiros reparando.  
No basta de la pasta el temple fino,  
grebas, petos, celadas abollando  
la furia que zumbaba a la redonda  
de galga, lanza, dardo, flecha y honda.

Unos al suelo van descalabrados  
sin poder en las sillas sostenerse;  
otros, cual rana o sapo, aporreados  
no pueden aunque quieren removerse;  
otros a gatas, otros derrengados,  
arrastrando procuran acogerse  
a algún reparo o hueco de la senda  
que de aquel torbellino los defienda;

que en este paso estrecho el enemigo,  
la gente y munición por orden puesta,  
tenía a nuestros soldados, como digo,  
de ventaja las piedras y la cuesta  
donde puedo afirmar como testigo  
que era la lluvia tan espesa y presta  
de las piedras, que, cierto, parecía  
que el cerro abajo en piezas se venía.

Como cuando se vee el airado cielo  
de espesas nubes lóbregas cerrado  
querer hundir y arruinar el suelo,  
de rayos, piedra y tempestad cargado;  
las aves mata en medio de su vuelo,  
la gente, bestias fieras y ganado  
buscan, corriendo acá y allá perdidas,  
los reparos, defensas y guaridas,

así los españoles constreñidos  
de aquel granizo y tempestad furiosa  
buscan por todas partes mal heridos  
algún árbol o peña cavernosa,  
do reparados algo y defendidos  
con la virtud antigua generosa,  
cobrando nuevo esfuerzo y esperanza,  
a la vitoria aspiran y venganza.

Y desde allí con la presteza usada  
las apuntadas miras asestando,  
les comienzan a dar una rociada,  
muchos en poco tiempo derribando.  
Ya por la áspera cuesta derrumbada  
venían cuerpos y peñas volteando  
con un furor terrible y tan extraño  
que muertos aun hacían notable daño.

Así andaba la cosa entre tanto  
que en esta estrecha plaza peleaban,  
con no menor revuelta al otro canto  
donde mayores voces resonaban.  
Se habían los indios desmandado tanto  
que ya el bagaje y cargas saqueaban,  
haciendo grande riza y sacrificio  
en la gente de guarda y de servicio.

Quién con carne, con pan, fruta o pescado  
sube ligeramente a la alta cumbre;  
quién de petaca o de fardel cargado  
corre sin embarazo y pesadumbre.  
Del alto y bajo, de uno y otro lado  
al saco acude allí la muchedumbre,  
cual banda de palomas al verano  
suele acudir al derramado grano.

Viéndonos ya vencidos sin remedio  
por la gran multitud que concurría,  
procuré de tentar el postrer medio  
que en nuestra vida y salvación había;  
y así rompiendo súbito por medio  
de la revuelta y empachada vía,  
llegué do estaban hasta diez soldados  
en un hueco del monte arrinconados,

diciéndoles el punto en que la guerra  
andaba de ambas partes tan reñida  
que, ganada la cumbre de la sierra,  
la vitoria era nuestra conocida;  
porque toda la gente de la tierra  
andaba ya en el saco embebecida,  
y sólo en ver así ganado el alto  
los bastaba a vencer el sobresalto.

Luego, resueltos a morir de hecho,  
todos los once juntos, de cuadrilla

los caballos lanzamos al repecho,  
cada cual solevado alto en la silla;  
y aunque el fragoso cerro era derecho,  
por la tendida y áspera cuchilla  
llegamos a la cumbre deseada,  
de breña espesa y árboles poblada.

Saltamos a pie todos al momento,  
que ya allí los caballos no prestaban,  
que llenos de sudor, faltos de aliento,  
no pudiendo moverse, ijadeaban;  
donde sin dilación ni impedimento  
al lado que los indios más cargaban,  
en un derecho y gran derrumbadero,  
nos pusimos a vista y caballero,

dándoles una carga de repente  
de arcabuces y piedras, que os prometo  
que aunque llevó de golpe mucha gente,  
hizo el súbito miedo más efeto.  
Y así remolinando torpemente,  
les pareció, según el grande aprieto,  
moverse en contra dellos cielo y tierra,  
viendo por alto y bajo tanta guerra.

Luego con animosa confianza  
en nuestra ayuda algunos arribaron  
que, deseosos de áspera venganza,  
el daño y miedo en ellos aumentaron  
tanto que ya perdida la esperanza,  
a retirarse algunos comenzaron  
poniendo prestos pies en la huida,  
remedio de escapar la ropa y vida.

Cuál por aquella parte, cuál por ésta,  
cargado de fardel o saco guía;  
cuál por lo más espeso de la cuesta  
arrastrando el ganado se metía.  
Cuál con hambre y codicia deshonestas  
por sólo llevar más se detenía,  
costando a más de diez allí la vida  
la carga y la codicia desmedida.

Así la fiesta se acabó, quedando  
saqueados en parte y vencedores  
la vitoria y honor solennizando  
con trompetas, clarines y atambores,  
al rumor de las cuales caminando  
con buena guardia y diestros corredores,  
llegamos al real todos heridos  
donde fuimos con salva recibidos.

Los bárbaros a un tiempo retirados  
por un áspero risco y monte espeso  
se fueron a gran paso, consolados  
con el sabroso robo, del suceso;  
y adonde estaba el General llegados,  
(que sabido el desorden y el exceso  
que rindió la vitoria al enemigo)  
hizo de algunos ejemplar castigo.

Y habiendo en Talcamávida juntado  
del destrozado campo el remanente,  
a consultar las cosas del Estado  
llamó a la principal y digna gente

donde, después de haber allí tratado  
de lo más importante y conveniente,  
les dijo libremente todo cuanto  
podrá ver quien leyere el otro canto.

## Canto XXIX

*Entran los araucanos en nuevo consejo; tratan de quemar sus haciendas. Pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo; combaten los dos en estacado brava y animosamente*

¡Oh, cuánta fuerza tiene!; ¡oh cuánto incita  
el amor de la patria, pues hallamos  
que en razón nos obliga y necesita  
a que todo por él lo pospongamos!  
Cualquier peligro y muerte facilita:  
al padre, al hijo, a la mujer dejamos  
cuando en trabajo a nuestra patria vemos,  
y como a más parienta la acorremos.

Buen testimonio desto nos han sido  
las hazañas de antiguos señaladas,  
que por la cara patria han convertido  
en sus mismas entrañas las espadas,  
y su gloriosa fama han estendido  
las plumas de escritores celebradas,  
Mario, Casio, Filón, Cosdro Ateniense  
Régulo, Agésilao y el Uticense.

Entrar, pues, en el número merece  
esta araucana gente, que con tanta  
muestra de su valor y ánimo ofrece  
por la patria al cuchillo la garganta,  
y en el firme propósito parece  
que ni rigor de hado y toda cuanta  
fuerza pone en sus golpes la fortuna  
en los ánimos hace mella alguna.

Que habiendo en sólo tres meses perdido  
cuatro grandes batallas de importancia,  
no con ánimo triste ni abatido  
mas con valor grandísimo y constancia  
estaban, como atrás habéis oído,  
en consejo de guerra, haciendo instancia  
en darnos otro asalto; mas la mano  
tomó diciendo así Caupolicano:

«Conviene, ¡oh gran Senado religioso!,  
que vencer o morir determinemos,  
y en sólo nuestro brazo valeroso  
como último remedio confiemos.  
Las casas, ropa y mueble infrutuoso  
que al descanso nos llaman, abrasemos,  
que habiendo de morir, todo nos sobra  
y todo con vencer después se cobra.

En necesario y justo que se entienda  
la grande utilidad que desto viene:  
que no es bien que haya asiento en la hacienda  
cuando el honor aún su lugar no tiene,  
ni es razón que soldado alguno atienda  
a más de aquello que a vencer conviene  
ni entibie las ardientes voluntades  
el amor de las casas y heredades.

Así que en esta guerra tan reñida  
quien pretende descanso, como digo,  
piense que no hay más honra, hacienda y vida  
de aquella que quitare al enemigo;

que a virtud del brazo conocida  
será el rescate y verdadero amigo  
pues no ha de haber partido ni concierto,  
sino sólo matar o quedar muerto».

Oído allí por los caciques esto,  
muchos suspensos sin hablar quedaron  
y algunos dellos, con turbado gesto  
enarcando las cejas, se miraron;  
pero rompiendo aquel silencio puesto,  
sobre ello un rato dieron y tomaron,  
hallando en su favor tantas razones  
que se llevó tras sí las opiniones.

Así el valiente Ongolmo, no esperando  
que otro en tal ocasión le precediese,  
aprueba a voces la demanda, instando  
en que por obra luego se pusiese.  
Siguió este parecer Purén, jurando  
de no entrar en poblado hasta que viese  
sin medio ni concierto, a fuerza pura,  
su patria en libertad y paz segura.

Lincoya y Caniomangue, pues, no fueron  
en jurar el decreto perezosos,  
que aun más de lo posible prometieron,  
según eran gallardos y animosos.  
También Rengo y Gualemo se ofrecieron  
y los demás caciques orgullosos,  
Talcaguán, Lemolemo y Orompello:  
hasta el buen Colocolo vino en ello.

Resueltos pues, en esto y decretado  
según que aquí lo habemos referido,  
Tucapelo, que a todo había callado  
con gran sosiego y con atento oído,  
después del alboroto sosegado  
y aquel arduo negocio definido,  
puesto en pie levantó la voz ardiente  
que jamás hablar pudo blandamente,

diciendo: «Capitanes: yo el primero  
en lo que el General propone vengo  
por parecerme justo; y así quiero  
que se abra y asuele cuanto tengo;  
en lo demás, al brazo me refiero,  
que si un mes en su fuerza le sostengo,  
pienso escoger después a mi contento  
el mayor y mejor repartimiento.

Y si algún miserable no concede  
lo que tan justamente le es pedido,  
por enemigo de la patria quede  
y del militar orden excluido:  
que ya por nuestra parte no se puede  
venir a ningún medio ni partido  
sin dejar de perder, pues la contienda  
es sobre nuestra libertad y hacienda.

Así que yo también determinado  
de seguir vuestros votos y opiniones,  
aunque parece en tiempo tan turbado  
que muevo nuevas causas y quisiones,  
del natural honor estimulado  
y por otras legítimas razones

no puedo ya dejar por ningún arte  
de echar del todo un gran negocio a parte.

Ya tendréis en memoria el desafío  
que Rengo y yo tenemos aplazado;  
asimismo el que tuve con su tío  
que quiso más morir desesperado.  
Viendo el gran deshonor y agravio mío  
y cuánto a mi pesar se ha dilatado  
quiero, sin esperar a más rodeo,  
cumplir la obligación y mi deseo.

Que asaz gloria y honor Rengo ha ganado  
entre todas las gentes, pues se trata  
que conmigo ha de entrar en estacado  
y así vanaglorioso lo dilata;  
mas yo, de tanta dilación cansado,  
pues que cada ocasión lo desbarata,  
pido que nuestro campo se fenezca,  
que no es bien que mi crédito padezca.

Pues ya Peteguelén, viejo imprudente,  
con apariencia de ánimo engañosa,  
a morir se arrojó entre tanta gente  
por parecerle muerte más piadosa,  
y así se me escapó mañosamente,  
que fue puro temor y no otra cosa,  
pues si ambición de gloria le moviera  
de mi brazo la muerte pretendiera.

También Rengo, de industria, cauteloso,  
anda en los enemigos muy metido,  
buscando algún estorbo o modo honroso  
que le escuse cumplir lo prometido,  
y debajo de muestra de animoso  
procura de quedar manco o tullido  
y para combatir no habilitado,  
glorioso con me haber desafiado».

Así hablaba el bárbaro arrogante,  
cuando el airado Rengo, echando fuego,  
sin guardar atención, se hizo adelante  
diciendo: «La batalla quiero luego,  
que ni tu muestra y fanfarrón semblante  
me puede a mí causar desasosiego;  
las armas lo dirán y no razones  
que son de jatanciosos baladrones».

Arremetiera Tucapel, si en esto  
Caupolicán, que a tiempo se previno,  
con presta diligencia en medio puesto,  
la voz no le atajara y el camino,  
y con severa muestra y grave gesto  
reprehendiendo el loco desatino,  
por rematar entre ellos la porfía  
concedió a Tucapel lo que pedía.

Pues el campo y el plazo señalado  
que fue para de aquel en cuatro días,  
nacieron en el pueblo alborozado  
sobre el dudoso fin muchas porfías.  
Quién apostaba ropa, quién ganado,  
quién tierras de labor, quién granjerías;  
algunos, que ganar no deseaban,  
las usadas mujeres apostaban.

Cercaron una plaza de tablones  
en un esento y descubierto llano,  
donde los dos indómitos varones  
armados combatiesen mano a mano,  
publicando en pregón las condiciones  
por el estilo y término araucano,  
para que a todos manifiesto fuese  
y ninguno inorancia pretendiese.

Llegado el plazo, al despuntar del día  
con gran gozo de muchos esperado,  
luego la bulliciosa compañía  
comenzó a rodear el estacado.  
Era tal el aprieto, que no había  
árbol, pared, ventana ni tejado  
de donde descubrirse algo pudiese  
que cubierto de gente no estuviese.

El sol algo encendido y perezoso  
apenas del oriente había salido,  
cuando por una parte el animoso  
Tucapel asomó con gran ruido;  
por otra, pues, no menos orgulloso,  
al mismo tiempo aparecer se vido  
el fantástico Rengo muy gallardo,  
ambos con fiera muestra y paso tardo.

Las robustas personas adornadas  
de fuertes petos dobles relevados,  
escarcelas, brazales y celadas,  
hasta el empeine de los pies armados;  
mazas cortas de acero barreadas  
gruesos escudos de metal herrados,  
y al lado izquierdo cada cual ceñido  
un corvo y ancho alfanje guarnecido.

Tenía, Señor, la plaza a cada parte  
puertas como palenque de torneo,  
por las cuales el uno y otro Marte  
entran en ancho círculo y rodeo.  
Después que con vistoso y gentil arte  
su término acabaron y paseo,  
airoso cada cual quedó a su lado  
dentro de la gran plaza y estacado.

Hecho por los padrinos el oficio,  
cual se requiere en actos semejantes,  
quitando todo escrúpulo y indicio  
de ventaja y cautelas importantes,  
cesó luego el estrépito y bullicio  
en todos los atentos circunstantes,  
oyendo el són de la trompeta en esto  
que robó la color de más de un gesto.

Luego los dos famosos combatientes  
que la tarda señal sólo atendían,  
con bizarros y airosos continentes  
en paso igual a combatir movían;  
y descargando a un tiempo los valientes  
brazos, de tales golpes se herían,  
que estuvo cada cual por una pieza  
sobre el pecho inclinada la cabeza.

Redoblan los segundos de manera

que aunque fueron pesados los primeros,  
si tal reparo y prevención no hubiera,  
no llegara el combate a los terceros,  
¡Quién por estilo igual decir pudiera  
el furor destes bárbaros guerreros,  
viendo el valor del mundo en ellos junto  
y la encendida cólera en su punto!

Fue de tal golpe Tucapel cargado  
sobre el escudo en medio de la frente,  
que quedó por un rato embelesado,  
suspensos los sentidos y la mente.  
Llegó Rengo con otro apresurado  
pero salió el efecto diferente,  
que el estruendo del golpe y dolor fiero  
le despertó del sueño del primero.

Serpiente no se vio tan venenoso  
defendiendo a los hijos en su nido,  
como el airado bárbaro furioso,  
más del honor que del dolor sentido;  
así fuera de término rabioso,  
de soberbia diabólica movido,  
sobre el gallardo Rengo fue en un punto,  
descargando la rabia y maza junto.

Salióle al fiero Rengo favorable  
aquel furor y acelerado brío;  
que la ferrada maza irreparable  
el grueso extremo descargó en vacío;  
fue el golpe, aunque furioso, tolerable,  
quitándole la fuerza el desvarío,  
que a cogerle de lleno, yo creyera  
que con él el combate feneciera.

Mas aunque fue al soslayo, el araucano  
se fue un poco al través desvaneciendo;  
al fin puso en el suelo la una mano,  
sostener la gran carga no pudiendo;  
pero viendo el peligro no liviano,  
sobre el fuerte contrario revolviendo,  
con su desenvoltura y maza presta  
le vuelve aun más pesada la respuesta.

Era cosa admirable la fiereza  
de los dos en valor al mundo raros,  
la providencia, el arte, la destreza,  
las entradas, heridas y reparos;  
tanto que temo ya de mi torpeza  
no poder por sus términos contaros  
la más reñida y singular batalla,  
que en relación de bárbaros se halla.

Así el fiero combate igual andaba  
y el golpear de un lado y de otro espeso,  
que el más templado golpe no dejaba  
de magullar la carne o romper hueso;  
el aire cerca y lejos retumbaba  
lleno de estruendo y de un aliento grueso,  
que era tanto el rumor y batería  
que un ejército grande parecía.

Dio el fuerte Rengo un golpe a Tucapelo,  
batiéndole de suerte la celada,  
que vio lleno de estrellas todo el suelo

y la cabeza le quedó atronada;  
pero en sí vuelto, blasfemando al cielo,  
con aquella pujanza aventajada  
hirió tan presto a Rengo al desviarse  
que no tuvo lugar de repararse.

Cayó el pesado golpe en descubierto,  
cargando a Rengo tanto la cabeza  
que todos le tuvieron ya por muerto  
y estuvo adormecido una gran pieza;  
mas del peligro y del dolor despierto  
la abollada celada se endereza  
y sobre Tucafel furioso aguija,  
que la maza rompió por la manija.

Mas viéndole sin maza en esta guerra  
(que en dos trozos saltó lejos quebrada),  
la suya con desprecio arroja en tierra,  
poniendo mano a la fornida espada;  
en esto Tucafel otra vez cierra,  
la suya fuera en alto levantada  
mas Rengo, hurtando el cuerpo a la una mano,  
hizo que descargase el golpe en vano.

Llegó el cuchillo al suelo y gran pedazo  
aunque era duro, en él quedó enterrado,  
y en este impedimento y embarazo  
fue Tucafel herido por un lado  
de suerte que el siniestro guardabrazo  
con la carne al través cayó cortado,  
y procurando segundar no pudo,  
que vio calar el gran cuchillo agudo.

Debajo del escudo recogido  
Rengo el desaforado golpe espera,  
el cual fue en dos pedazos dividido  
con la cresta de acero y la mollera.  
El bárbaro quedó desvanecido  
y por poco en el suelo se tendiera,  
mas el esfuerzo raro y ardimiento  
venció al grave dolor y desatiento.

No por esto medroso se retira  
antes hacer cruda venganza piensa  
y así lleno de rabia, ardiendo en ira  
acrecentada por la nueva ofensa,  
furioso de revés un golpe tira  
con la extrema pujanza y fuerza inmensa,  
que a no topar tan fuerte la armadura,  
le dividiera en dos por la cintura.

Metióse tan adentro que no pudo  
salir del enemigo ya vecino  
por lo cual, arrojando el roto escudo,  
valerse de los brazos le convino.  
Tucafel, que robusto era y membrudo,  
al mismo tiempo le salió al camino,  
echándole los suyos de manera  
que un grueso y duro roble deshiciera.

Pero topó con Rengo, que ninguno  
le llevaba ventaja en la braveza:  
de diez, de seis, de dos él era el uno  
de más agilidad y fortaleza.  
Llegados a las presas, cada uno

con viva fuerza y con igual destreza,  
tientan y buscan de una y de otra parte  
el modo de vencer la industria y arte.

Así que pecho a pecho forcejando  
andaban con furioso movimiento,  
tanto los duros brazos añudando  
que apenas recibir pueden aliento,  
y al arte nuevas fuerzas ayuntando,  
aspira cada cual al vencimiento,  
procurando por fuerza, como digo,  
de poner en el suelo al enemigo.

Era, cierto, espectáculo espantoso  
verlos tan recia y duramente asidos,  
lentos de sangre y de un sudor copioso  
los rostros y los ojos encendidos;  
el aliento ya grueso y presuroso,  
el forcejar, gimir y los ronquidos  
sin descansar un punto en todo el día  
ni haber ventaja alguna o mejoría.

Mas Tucapel ardiendo en viva saña,  
teniéndose por flojo y afrentado,  
ara y revuelve toda la campaña,  
cargando recio deste y de aquel lado.  
Rengo con gran destreza y cauta maña,  
recogido en su fuerza y reportado,  
su opinión y propósito sostiene  
y en igual esperanza se mantiene.

Viendo, pues, al contrario algo metido,  
le quiso rebatir el pie derecho  
mas Tucapel, a tiempo recogido,  
lo suspende de tierra sobre el pecho,  
y entre los duros músculos ceñido  
le estremece, sacude y tiene estrecho  
tanto, que con el recio apretamiento  
no le deja tomar tierra ni aliento.

Creyendo de aquel modo, fácilmente  
dar fin al hecho y rematar la guerra,  
Rengo, que era destrísimo y valiente,  
hizo con fuerza pie cobrando tierra,  
y de rabiosa cólera impaciente  
de un fuerte rodeón se desafierra,  
llevándose en las manos apretado  
cuanto en la dura presa había agarrado.

Fue Tucapel un rato descompuesto  
dando al un lado y otro zancadillas,  
y Rengo de la fuerza que había puesto  
hincó en el suelo entrambas las rodillas.  
Ambos corrieron a las armas presto,  
rajando los escudos en astillas  
con tempestad de golpes presurosos,  
más fuertes que al principio y más furiosos.

Estaban los presentes admirados  
de aquel duro tesón y valentía,  
viéndolos en mil partes ya llagados  
y la sangre que el suelo humedecía;  
los arneses y escudos destrozados  
y que ningún partido y medio había  
sino sólo quedar el uno muerto

aunque morir los dos era más cierto.

Dio Rengo a Tucapel una herida,  
cogiéndole al soslayo la rodela  
que, aunque de gruesos cercos guarnecida,  
entró como si fuera blanda suela.  
No quedó allí la espada detenida,  
que gran parte cortó de la escarcela  
y un doble zaragüel de ñudo grueso,  
penetrando la carne hasta el hueso.

No se vio corazón tan sosegado  
que no diese en el pecho algún latido  
viendo la horrenda muestra y rostro airado  
del impaciente bárbaro ofendido  
que, el roto escudo lejos arrojado,  
de un furor infernal ya poseído,  
de suerte alzó la espada que yo os juro  
que nadie allí pensó quedar seguro.

¡Guarte, Rengo, que baja, guarda, guarda,  
con gran rigor y furia acelerada  
el golpe de la mano más gallarda  
que jamás gobernó bárbara espada!  
Mas quien el fin deste combate aguarda  
me perdone si dejo destroncada  
la historia en este punto, porque creo  
que así me esperará con más deseo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

## **Tabla de las cosas notables que se tratan en la Segunda parte deste libro**

### A

Asalto de Sanquintín XVIII, 5  
Asalto del fuerte de Penco XIX, 3  
Arremete Gracolano a la muralla XIX, 5

### B

Batalla de Andalicán XXII, 9  
Batalla de Millarapué XXV, 17  
Batalla de la quebrada de Purén XXVIII, 53  
Batalla naval XXIV, 6  
Botica del mago Fitón XXIII, 48

### C

Caupolicán compone a Peteguelén, Tucapel y Rengo XVI, 61  
Consejo de guerra en el valle de Ongolmo XVI, 39  
Cuenta Tegalda a don Alonso de Ercilla la causa de su venida XX, 36  
Consulta de los araucanos sobre quemar sus haciendas XXIX, 5  
Crepino vence en la lucha a Mareguano XX, 56

### D

Diferencia y desafío entre Tucapel, Peteguelén y Rengo XVI, 50  
Descripción de la cueva de Fitón XXIII, 48  
Descripción de muchas provincias XXVII, 6  
Don Alonso de Ercilla halla a la hermosa Glaura XXVII, 61

### E

Entran los españoles en el puerto de la Concepción XVI, 18  
Envía Caupolicán a desafiar a don García de Mendoza XXV, 7

### F

Fuerte del cerro de Penco XVII, 23  
Fiestas hechas a Tegalda XX, 41

### G

Guaticolo, soldado viejo retirado en un destierro XXIII, 35  
Galvarino, cortadas las manos XXII, 45  
Galvarino exorta a los soldados ala pelea XXV, 35  
Glaura socorrida de Cariolano XXVIII, 25

### H

Halla Tegalda el cuerpo de su marido XX, 30

### J

Jardín del mago Fitón XXVI, 46

### L

Lucha de Crepino y Mareguano XX, 56

### M

Millalauco habla de parte del Senado XVII, 6  
Muestra general de la gente de Caupolicán XXI, 28  
Muerte de Peteguelén XIX, 36  
Muerte de Gracolano XIX, 12  
Muerte de don Bernardino de Cárdenas XXIV, 74  
Muerte de Galvarino XXVI, 37  
Muerte de Barvarigo XXIV, 83  
Muerte de Quilacura XXVIII, 20

O

Orompello y Andrea se encuentran en la batalla XXV, 49

R

Razonamiento de Caupolicán XVI, 42  
Razonamiento de Colocolo XVI, 62  
Razonamiento de Galvarino en el Senado XXIII, 7  
Razonamiento de don Iuan de Austria XXIV, 11  
Razonamiento de Alí Baxá, general de la armada turquesca XXIV, 28  
Razonamiento de don García de Mendoza XXI, 52  
Rengo en el pantano de Andalicán XXII, 34

T

Tormenta de la nao capitana de España XVI, 5  
Tegualda, hallada por don Alonso de Ercilla entre los muertos, buscando a su marido XX,  
28  
Tucapel socorre a Rengo en un gran peligro XXV, 67  
Tucapel en el asalto de Penco XIX, 31  
Tucapel combate con Rengo en estacado XXIX, 24

## Tercera parte de La Araucana de don Alonso de Ercilla y Cúñiga

### Canto XXX

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de tuapel y rengo. Asimismo lo que Pran, araucano, pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles

Cualquiera desafío es reprobado  
por ley divina y natural derecho,  
cuando no va el designio enderezado  
al bien común y universal provecho,  
y no por causa propia y fin privado  
mas por autoridad pública hecho,  
que es la que en los combates y estacadas  
justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafío  
es de derecho y de costumbre usada  
pues con el ser del hombre y albedrío  
justamente la ira fue criada;  
pero sujeta al freno y señorío  
de la razón, a quien encomendada  
quedó, para que así la corrigiese  
que los términos justos no excediese.

Y el Profeta nos da por documento  
que en ocasión y a tiempo nos airemos,  
pero con tal templanza y regimiento  
que de la raya y punto no pasemos,  
pues dejados llevar del movimiento,  
el ser y la razón de hombres perdemos  
y es visto que difiere en muy poco  
el hombre airado y el furioso loco.

Y aunque se diga, y es verdad, que sea  
ímpetu natural el que nos lleva,  
y por la alteración de ira se vea  
que a combatir la voluntad se mueva,  
la ejecución, el acto, la pelea  
es lo que se condena y se reprueba  
cuando aquella pasión que nos induce,  
al yugo de razón no se reduce.

Por donde claramente, si se mira,  
parece como parte conveniente,  
ser en el hombre natural la ira  
en cuanto a la razón fuere obediente;  
y en la causa común puesta la mira,  
puede contra el campeón el combatiente  
usar della en el tiempo necesario,  
como contra legítimo adversario.

Mas si es el combatir por gallardía,  
o por jatancia vana o alabanza,  
o por mostrar la fuerza y valentía,  
o por rencor, por odio, o por venganza;  
si es por declaración de la porfía  
remitiendo a las armas la probanza,

es el combate injusto, es prohibido,  
aunque esté en la costumbre recibido.

Tenemos hoy la prueba aquí en la mano  
de Rengo y Tucapel, que peleando  
por sólo presunción y orgullo vano  
como fieras se están despedazando;  
y con protervia y ánimo inhumano  
de llegarse a la muerte trabajando,  
estaban ya los dos tan cerca della  
cuanto lejos de justa su querella.

Digo que los combates, aunque usados,  
por corrupción del tiempo introducidos,  
son de todas las leyes condenados  
y en razón militar no permitidos,  
salvo en algunos casos reservados  
que serán a su tiempo referidos,  
materia a los soldados importante  
según que lo veremos adelante.

Déjolo aquí indeciso, porque viendo  
el brazo en alto a Tucapel alzado,  
me culpo, me castigo y reprehendo  
de haberle tanto tiempo así dejado;  
pero a la historia y narración volviendo,  
me oísteis ya gritar a Rengo airado,  
que bajaba sobre él la fiera espada  
por el gallardo brazo gobernada:

el cual viéndose junto, y que no pudo  
huir del grave golpe la caída,  
alzó con ambas manos el escudo,  
la persona debajo recogida;  
no se detuvo en él el filo agudo,  
ni bastó la celada aunque fornida,  
que todo lo cortó, y llegó a la frente  
abriendo una abundante y roja fuente.

Quedó por grande rato adormecido  
y en pie difícilmente se detuvo,  
que, del recio dolor desvanecido,  
fuera de acuerdo vacilando anduvo;  
pero volviendo a tiempo en su sentido,  
visto el último término en que estuvo,  
de manera cerró con Tucapelo  
que estuvo en punto de batirle al suelo.

Hallóle tan vecino y descompuesto  
que por poco le hubiera trabucado,  
que de la gran pujanza que había puesto,  
anduvo de los pies desbaratado;  
pero volviendo a recobrase presto,  
viéndose del contrario así aferrado,  
le echó los fuertes y ñudosos brazos  
pensando deshacerle en mil pedazos,

y con aquella fuerza sin medida,  
le suspende, sacude y le rodea;  
mas Rengo, la persona recogida,  
la suya a tiempo y la destreza emplea.  
No la falta de sangre allí vertida  
ni el largo y gran tesón en la pelea  
les menguaba la fuerza y ardimiento,  
antes iba el furor en crecimiento.

En esto Rengo a tiempo el pie trocado  
del firme Tucapel ciñó el derecho,  
y entre los duros brazos apretado  
cargó sobre él con fuerza el duro pecho.  
Fue tanto el forcejar, que ambos de lado,  
sin poderlo escusar, a su despecho,  
dieron a un tiempo en tierra de manera  
como si un muro o torreón cayera.

Pero con rabia nueva y mayor fuego  
comienzan por el campo a revolcarse  
y con puños de tierra a un tiempo luego  
procuran y trabajan por cegarse,  
tanto que al fin el uno y otro ciego,  
no pudiendo del hierro aprovecharse,  
con las agudas uñas y los dientes  
se muerden y apedazan impacientes.

Así, fieros, sangrientos y furiosos,  
cuál ya debajo, cuál ya encima andaban,  
y los roncacos acezos presurosos  
del apretado pecho resonaban;  
mas no por esto un punto vagorosos  
en la rabia y el ímpetu aflojaban,  
mostrando en el tesón y larga prueba  
criar aliento nuevo y fuerza nueva.

Eran pasadas ya tres horas, cuando  
los dos campeones, de valor iguales,  
en la creciente furia declinando  
dieron muestra y señal de ser mortales,  
que las últimas fuerzas apurando  
sin poderse vencer, quedaron tales  
que ya en parte ninguna se movían  
y más muertos que vivos parecían.

Estaban par a par desacordados,  
faltos de sangre, de vigor y aliento,  
los pechos garleando levantados,  
lentos de polvo y de sudor sangriento;  
los brazos y los pies enclavijados,  
sin muestra ni señal de sentimiento,  
aunque de Tucapel pudo notarse  
haber más porfiado a levantarse.

La pierna diestra y diestro brazo echado  
sobre el contrario a la sazón tenía,  
lo cual de sus amigos fue juzgado  
ser notoria ventaja y mejoría  
y aunque esto es hoy de muchos disputado,  
ninguno de los dos se rebullía,  
mostrando ambos de vivos solamente  
el ronco aliento y corazón latiente.

El gran Caupolicano, que asistiendo  
como juez de la batalla estaba,  
el grave caso y pérdida sintiendo,  
aprieta en la estacada plaza entraba;  
el cual, sin detenerse un punto, viendo  
que alguna sangre y vida les quedaba,  
los hizo levantar en dos tablones  
a doce los más ínclitos varones.

Y siguiendo detrás con todo el resto

de la nobleza y gente más preciada,  
fue con honra solene y pompa puesto  
cada cual en su tienda señalada,  
donde acudiendo a los remedios presto,  
y la sangre con tiempo restañada,  
la cura fue de suerte que la vida  
les fue en breve sazón restituida.

Pasado el punto y término temido,  
iban los dos a un tiempo mejorando,  
aunque del caso Tucapel sentido,  
no dejaba curarse braveando;  
pero el prudente General sufrido,  
con blandura la cólera templando,  
así de poco en poco le redujo  
que a la razón doméstica le trujo.

Quedó entre ellos la paz establecida,  
y con solennidad capitulado,  
que en todo lo restante de la vida  
no se tratase más de lo pasado,  
ni por cosa de nuevo sucedida  
en público lugar ni reservado  
pudiesen combatir ni armar quistiones  
ni atravesarse en dichos ni en razones;

mas siempre como amigos generosos  
en todas ocasiones se tratasen  
y en los casos y trances peligrosos  
se acudiesen a tiempo y ayudasen.  
Convenidos así los dos famosos,  
porque más los conciertos se afirmasen  
comieron y bebieron juntamente  
con grande aplauso y fiesta de la gente.

Dejarélos aquí desta manera  
en su conformidad y ayuntamiento,  
que me importa volver a la ribera  
del río que muda nombre en cada asiento,  
pues ha mucho que falto y ando fuera  
de nuestro molestado alojamiento,  
para decir el punto en que se halla  
después del trance y última batalla.

Luego que la vitoria conseguimos  
con más pérdida y daño que ganancia,  
al fuerte a más andar nos recogimos,  
que estaba del lugar larga distancia  
y aunque poco después, Señor, tuvimos  
otros muchos rencuentros de importancia  
no sin costa de sangre y gran trabajo  
iré, por no cansaros, al atajo.

Y pasando en silencio otra batalla  
sangrienta de ambas partes y reñida,  
que aunque por no ser largo aquí se calla,  
será de otro escritor encarecida.  
Vista de munición y vitualla  
la plaza por dos meses bastecida,  
pareció por entonces provechoso  
dejar por capitán allí a Reinoso

que las demás ciudades, trabajadas  
de las pasadas guerras, nos llamaban,  
y las leyes sin fuerza arrinconadas,

aunque mudas, de lejos voceaban;  
las cosas de su asiento desquiciadas,  
todos sin gobernarse gobernaban,  
estando de perderse el reino a canto  
por falta de gobierno, habiendo tanto.

Mas viendo la comarca tan poblada,  
fértil de todas cosas y abundante,  
para fundar un pueblo aparejada  
y el sitio a la sazón muy importante,  
quedó primero la ciudad trazada,  
de la cual hablaremos adelante,  
que aunque de buen principio y fundamento  
mudó después el nombre y el asiento.

Dejando, pues, en guarda de la tierra  
los más diestros y pláticos soldados,  
en orden de batalla y són de guerra  
rompimos por los términos vedados;  
y atravesando de Purén la sierra,  
de la hambre y las armas fatigados,  
a la Imperial llegamos salvamente  
donde hospedada fue toda la gente.

Puso el Gobernador luego en llegando  
en libertad las leyes oprimidas,  
la justicia y costumbres reformando  
por los turbados tiempos corrompidas,  
y el exceso y desórdenes quitando  
de la nueva codicia introducidas,  
en todo lo demás por buen camino  
dio la traza y asiento que convino.

No habíamos aún los cuerpos satisfecho  
del sueño y hambre mísera transida,  
cuando tuvimos nueva que de hecho  
toda la tierra en torno removida,  
rota la tregua y el contrato hecho,  
viendo así nuestra fuerza dividida  
ayuntaban la suya con motivo  
de no dejar presidio ni hombre vivo.

Luego, pues, hasta treinta apercebidos  
de los que más en orden nos hallamos,  
por la espesura de Tirú metidos,  
la barrancosa tierra atravesamos  
y los tomados pasos desmentidos,  
no con pocos rebatos arribamos  
sin parar ni dormir noche ni día,  
al presidio español y compañía,

donde ya nuestra gente había tenido  
nueva del trato y tierra rebelada,  
que por extraño caso acontecido,  
de la junta y designio fue avisada  
y habiendo alegremente agradecido  
el socorro y ayuda no pensada,  
nos dio del caso relación entera,  
el cual pasa, Señor, desta manera:

el araucano ejército, entendiendo  
que su próspera suerte declinaba  
y que Caupolicán iba perdiendo  
la gran figura en que primero estaba,  
en secretos concilios discurriendo,

del capitán ya odioso murmuraba  
diciendo que la guerra iba a lo largo  
por conservar la dignidad del cargo;

no con tan suelta voz y atrevimiento  
que el más libre y osado no temiese,  
y del menor edicto y mandamiento  
cuanto una sola mínima excediese:  
que era tanto el castigo y escarmiento  
que no se vio jamás quien se atreviese  
a reprobar el orden por él dado  
según era temido y respetado.

Pero temiendo al fin como prudente  
el revolver del hado incontrastable  
y la poca obediencia de su gente,  
viéndole ya en estado miserable,  
que la buena fortuna fácilmente  
lleva siempre tras sí la fe mudable  
y un mal suceso y otro cada día  
la más ardiente devoción resfría,

quiso, dando otro tiento a la fortuna,  
que del todo con él se declarase,  
y no dejar remedio y cosa alguna  
que para su descargo no intentase.  
Entre muchas, al fin, resuelto en una,  
antes que su intención comunicase,  
con la presteza y orden que convino  
de municiones y armas se previno.

No dando, pues, lugar con la tardanza  
a que el miedo el peligro examinase  
y algún suceso y súbita mudanza  
los ánimos del todo resfriase,  
con animosa muestra y confianza  
mandó que de la gente se aprestase  
al tiempo y hora del silencio mudo,  
el más copioso número que pudo.

Hizo una larga plática al Senado,  
en la cual resolvió que convenía  
dar el asalto al fuerte por el lado  
de la posta de Ongolmo al mediodía,  
que de cierto espión era avisado  
cómo la gente que en defensa había,  
demás de estar segura y descuidada,  
era poca, bisoña y desarmada;

que el capitán ausente había llevado  
la plática en la guerra y escogida,  
de no volver atrás determinado  
hasta dejar la tierra reducida  
y en las nuevas conquistas ocupado,  
sin poder ser la plaza socorrida,  
en breve por asaltos fácilmente  
podrían entrarla y degollar la gente.

Fue tan grave y severo en sus razones  
y tal la autoridad de su presencia,  
que se llevó los votos y opiniones  
en gran conformidad sin diferencia,  
y con ánimo y firmes intenciones  
le juraron de nuevo la obediencia  
y de seguir hasta morir, de veras,

en entrambas fortunas sus banderas.

Luego Caupolicano resuelto  
habló con Pran, soldado artificioso,  
simple en la muestra, en el aspecto bruto,  
pero agudo, sutil y cauteloso,  
prevenido, sagaz, mañoso, astuto,  
falso, disimulado, malicioso,  
lenguaz, ladino, práctico, discreto,  
cauto, pronto, solícito y secreto,

el cual en puridad bien instruido  
en lo que el arduo caso requería,  
de pobre ropa y parecer vestido,  
del presidio español tomó la vía,  
y fingiendo ser indio foragido  
se entró por la cristiana ranchería  
entre los indios mozos de servicio,  
dando en la simple muestra dello indicio.

Debajo de la cual miraba atento,  
sin mostrar atención, lo que pasaba,  
y con disimulado advertimiento  
los ocultos designios penetraba;  
tal vez entrando en el guardado asiento,  
en la figura rústica, notaba  
la gente, armas, el orden, sitio y traza,  
lo más fuerte y lo flaco de la plaza.

Por otra parte oyendo y preguntando  
a las personas menos recatadas,  
iba mañosamente escudriñando  
los secretos y cosas reservadas,  
y aquí y allí los ánimos tentando  
buscaba con razones disfrazadas  
vaso capaz y suficiente seno  
donde vaciar pudiese el pecho lleno.

Tentando, pues, los vados y el camino  
por donde el trato fuese más cubierto,  
de tiento en tiento y lance en lance, vino  
a dar consigo en peligroso puerto;  
que engañado de un bárbaro ladino  
Andresillo llamado, de concierto  
salieron juntos a buscar comida,  
cosa a los yanacunas permitida

y con dobles y equívocas razones  
que Pran a su propósito traía,  
vino el otro a decir las vejaciones  
que el araucano Estado padecía,  
los insultos, agravios, sinrazones,  
las muertes, robos, fuerza y tiranía,  
trayendo a la memoria lastimada  
el bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que había salido  
tan presto el falso amigo a la parada,  
hallando voluntad y grato oído  
y el tiempo y la ocasión aparejada,  
de la engañosa muestra persuadido,  
el disface y la máscara quitada,  
abrió el secreto pecho y echó fuera  
la encubierta intención desta manera,

diciéndole: «Si sientes, ¡oh soldado!,  
la pérdida de Arauco lamentable  
y el infelice término y estado  
de nuestra opresa patria miserable,  
hoy la fortuna y poderoso hado,  
mostrándonos el rostro favorable,  
ponen sólo en tu mano libremente  
la vida y salvación de tanta gente.

Que el gran Caupolicano, que en la tierra  
nunca ha sufrido igual ni competencia,  
y en paz ociosa y en sangrienta guerra  
tiene el primer lugar y la obediencia,  
quiere (viendo el valor que en ti se encierra,  
tu industria grande y grande suficiencia)  
fiar en ocasión tan oportuna  
el estado común de tu fortuna;

y que a ti, como causa, se atribuya  
el principio y el fin de tan gran hecho,  
siendo toda la gloria y honra tuya,  
tuya la autoridad, tuyo el provecho.  
Sola una cosa quiere que sea suya,  
con la cual queda ufano y satisfecho,  
que es haber elegido tal sujeto  
para tan grande y importante efeto.

Pues a ti libremente cometido  
puede suceso próspero esperarse,  
y a tu dichosa y buena suerte asido,  
quiere llevado della aventurarse;  
y así en figura humilde travestido,  
porque de mí no puedan recatarse,  
vengo cual vees, para que deste modo  
te dé yo parte dello y seas el todo,

haciéndote saber cómo querría  
(si no es de algún oculto inconveniente)  
dar el asalto al fuerte a mediodía  
con furia grande y número de gente,  
por haberle avisado cierta espía  
que en aquella sazón seguramente  
descansan en sus lechos los soldados,  
de la molesta noche trabajados,

y sin recato la ferrada puerta,  
no siendo a nadie entonces reservada,  
franca de par en par, siempre está abierta  
y la gente durmiendo descuidada;  
la cual de salto fácilmente muerta  
y la plaza después desmantelada,  
en la región antártica no queda  
quien resistir nuestra pujanza pueda.

Así que de tu ayuda confiado  
que todo se lo allana y asegura,  
cerca de aquí tres leguas ha llegado  
cubierto de la noche y sombra oscura;  
adonde de su ejército apartado  
debajo de palabra y fe segura,  
quiere comunicar solo contigo  
lo que sumariamente aquí te digo.

Ensancha, ensancha el pecho, que si quieres  
gozar desta ventura prometida,

demás del grande honor que consiguieres  
siendo por ti la patria redimida,  
sólo a ti deberás lo que tuvieres  
y a ti te deberán todos la vida,  
siendo siempre de nos reconocido  
haberla de tu mano recibido.

Mira, pues, lo que desto te parece,  
conoce el tiempo y la ocasión dichosa,  
no seas ingrato al cielo que te ofrece  
por sólo que la acetes tan gran cosa;  
da la mano a tu patria, que perece  
en dura servidumbre vergonzosa,  
y pide aquello que pedir se puede,  
que todo desde aquí se te concede».

Dio fin con esto a su razón, atento  
al semblante del indio sosegado,  
que sin alteración y movimiento  
hasta acabar la plática había estado:  
el cual con rostro y parecer contento  
aunque con pecho y ánimo doblado,  
a las ofertas y razón propuesta  
dio sin más detenerse esta respuesta:

«¿Quién pudiera aquí dar bastante indicio  
de mi intrínscico gozo y alegría  
de ver que esté en mi mano el beneficio  
de la cara y amada patria mía?  
Que ni riqueza, honor, cargo ni oficio,  
ni el gobierno del mundo y monarquía  
podrán tanto conmigo en este hecho  
cuanto el común y general provecho:

que sufrir no se puede la insolencia  
desta ambiciosa gente desfrenada  
ni el disoluto imperio y la violencia  
con que la libertad tiene usurpada.  
Por lo cual la Divina Providencia  
tiene ya la sentencia declarada,  
y el ejemplar castigo merecido  
al araucano brazo cometido.

Vuelve a Caupolicán, y de mi parte  
mi pronta voluntad le ofrece cierta,  
que cuanto en esto quieras alargarte,  
te sacaré yo a salvo de la oferta;  
y mañana, sin duda, por la parte  
de la inculta marina más desierta  
seré con él, do trataremos largo  
desto que desde aquí tomo a mi cargo.

Por la sospecha que nacer podría  
será bien que los dos nos apartemos  
y deshecha por hoy la compañía,  
adonde nos aguardan arribemos;  
que mañana de espacio a mediodía  
con mayor libertad nos hablaremos,  
y de mí quedarás más satisfecho.  
¡Adiós, que es tarde; adiós, que es largo el trecho!»

Así luego partieron, el camino  
llevándole diverso y diferente,  
que el uno al araucano campo vino  
y el otro adonde estaba nuestra gente;

el cual con gozo y ánimo malino  
hablando al capitán secretamente,  
le dijo punto a punto todo cuanto  
oirá quien escuchare el otro canto.

Cualquiera desafío es reprobado  
por ley divina y natural derecho,  
cuando no va el designio enderezado  
al bien común y universal provecho,  
y no por causa propia y fin privado  
mas por autoridad pública hecho,  
que es la que en los combates y estacadas  
justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafío  
es de derecho y de costumbre usada  
pues con el ser del hombre y albedrío  
justamente la ira fue criada;  
pero sujeta al freno y señorío  
de la razón, a quien encomendada  
quedó, para que así la corrigiese  
que los términos justos no excediese.

Y el Profeta nos da por documento  
que en ocasión y a tiempo nos airemos,  
pero con tal templanza y regimiento  
que de la raya y punto no pasemos,  
pues dejados llevar del movimiento,  
el ser y la razón de hombres perdemos  
y es visto que difiere en muy poco  
el hombre airado y el furioso loco.

Y aunque se diga, y es verdad, que sea  
ímpetu natural el que nos lleva,  
y por la alteración de ira se vea  
que a combatir la voluntad se mueva,  
la ejecución, el acto, la pelea  
es lo que se condena y se reprueba  
cuando aquella pasión que nos induce,  
al yugo de razón no se reduce.

Por donde claramente, si se mira,  
parece como parte conveniente,  
ser en el hombre natural la ira  
en cuanto a la razón fuere obediente;  
y en la causa común puesta la mira,  
puede contra el campeón el combatiente  
usar della en el tiempo necesario,  
como contra legítimo adversario.

Mas si es el combatir por gallardía,  
o por jactancia vana o alabanza,  
o por mostrar la fuerza y valentía,  
o por rencor, por odio, o por venganza;  
si es por declaración de la porfía  
remitiendo a las armas la probanza,  
es el combate injusto, es prohibido,  
aunque esté en la costumbre recibido.

Tenemos hoy la prueba aquí en la mano  
de Rengo y Tucapel, que peleando  
por sólo presunción y orgullo vano  
como fieras se están despedazando;  
y con protervia y ánimo inhumano  
de llegarse a la muerte trabajando,

estaban ya los dos tan cerca della  
cuanto lejos de justa su querella.

Digo que los combates, aunque usados,  
por corrupción del tiempo introducidos,  
son de todas las leyes condenados  
y en razón militar no permitidos,  
salvo en algunos casos reservados  
que serán a su tiempo referidos,  
materia a los soldados importante  
según que lo veremos adelante.

Déjolo aquí indeciso, porque viendo  
el brazo en alto a Tucafel alzado,  
me culpo, me castigo y reprehendo  
de haberle tanto tiempo así dejado;  
pero a la historia y narración volviendo,  
me oísteis ya gritar a Rengo airado,  
que bajaba sobre él la fiera espada  
por el gallardo brazo gobernada:

el cual viéndose junto, y que no pudo  
huir del grave golpe la caída,  
alzó con ambas manos el escudo,  
la persona debajo recogida;  
no se detuvo en él el filo agudo,  
ni bastó la celada aunque fornida,  
que todo lo cortó, y llegó a la frente  
abriendo una abundante y roja fuente.

Quedó por grande rato adormecido  
y en pie difícilmente se detuvo,  
que, del recio dolor desvanecido,  
fuera de acuerdo vacilando anduvo;  
pero volviendo a tiempo en su sentido,  
visto el último término en que estuvo,  
de manera cerró con Tucapele  
que estuvo en punto de batirle al suelo.

Hallóle tan vecino y descompuesto  
que por poco le hubiera trabucado,  
que de la gran pujanza que había puesto,  
anduvo de los pies desbaratado;  
pero volviendo a recobrarle presto,  
viéndose del contrario así aferrado,  
le echó los fuertes y ñudosos brazos  
pensando deshacerle en mil pedazos,

y con aquella fuerza sin medida,  
le suspende, sacude y le rodea;  
mas Rengo, la persona recogida,  
la suya a tiempo y la destreza emplea.  
No la falta de sangre allí vertida  
ni el largo y gran tesón en la pelea  
les menguaba la fuerza y ardimiento,  
antes iba el furor en crecimiento.

En esto Rengo a tiempo el pie trocado  
del firme Tucafel ciñó el derecho,  
y entre los duros brazos apretado  
cargó sobre él con fuerza el duro pecho.  
Fue tanto el forcejar, que ambos de lado,  
sin poderlo escusar, a su despecho,  
dieron a un tiempo en tierra de manera  
como si un muro o torreón cayera.

Pero con rabia nueva y mayor fuego  
comienzan por el campo a revolcarse  
y con puños de tierra a un tiempo luego  
procuran y trabajan por cegarse,  
tanto que al fin el uno y otro ciego,  
no pudiendo del hierro aprovecharse,  
con las agudas uñas y los dientes  
se muerden y apedazan impacientes.

Así, fieros, sangrientos y furiosos,  
cuál ya debajo, cuál ya encima andaban,  
y los roncacos acezos presurosos  
del apretado pecho resonaban;  
mas no por esto un punto vagorosos  
en la rabia y el ímpetu aflojaban,  
mostrando en el tesón y larga prueba  
criar aliento nuevo y fuerza nueva.

Eran pasadas ya tres horas, cuando  
los dos campeones, de valor iguales,  
en la creciente furia declinando  
dieron muestra y señal de ser mortales,  
que las últimas fuerzas apurando  
sin poderse vencer, quedaron tales  
que ya en parte ninguna se movían  
y más muertos que vivos parecían.

Estaban par a par desacordados,  
faltos de sangre, de vigor y aliento,  
los pechos garleando levantados,  
lentos de polvo y de sudor sangriento;  
los brazos y los pies enclavijados,  
sin muestra ni señal de sentimiento,  
aunque de Tucapele pudo notarse  
haber más porfiado a levantarse.

La pierna diestra y diestro brazo echado  
sobre el contrario a la sazón tenía,  
lo cual de sus amigos fue juzgado  
ser notoria ventaja y mejoría  
y aunque esto es hoy de muchos disputado,  
ninguno de los dos se rebullía,  
mostrando ambos de vivos solamente  
el ronco aliento y corazón latiente.

El gran Caupolicano, que asistiendo  
como juez de la batalla estaba,  
el grave caso y pérdida sintiendo,  
aprieta en la estacada plaza entraba;  
el cual, sin detenerse un punto, viendo  
que alguna sangre y vida les quedaba,  
los hizo levantar en dos tablonces  
a doce los más ínclitos varones.

Y siguiendo detrás con todo el resto  
de la nobleza y gente más preciada,  
fue con honra solene y pompa puesto  
cada cual en su tienda señalada,  
donde acudiendo a los remedios presto,  
y la sangre con tiempo restañada,  
la cura fue de suerte que la vida  
les fue en breve sazón restituida.

Pasado el punto y término temido,

iban los dos a un tiempo mejorando,  
aunque del caso Tucapel sentido,  
no dejaba curarse braveando;  
pero el prudente General sufrido,  
con blandura la cólera templando,  
así de poco en poco le redujo  
que a la razón doméstica le trujo.

Quedó entre ellos la paz establecida,  
y con solemnidad capitulado,  
que en todo lo restante de la vida  
no se tratase más de lo pasado,  
ni por cosa de nuevo sucedida  
en público lugar ni reservado  
pudiesen combatir ni armar quisiones  
ni atravesarse en dichos ni en razones;

mas siempre como amigos generosos  
en todas ocasiones se tratasen  
y en los casos y trances peligrosos  
se acudiesen a tiempo y ayudasen.  
Convenidos así los dos famosos,  
porque más los conciertos se afirmasen  
comieron y bebieron juntamente  
con grande aplauso y fiesta de la gente.

Dejarélos aquí desta manera

en su conformidad y ayuntamiento,  
que me importa volver a la ribera  
del río que muda nombre en cada asiento,  
pues ha mucho que falto y ando fuera  
de nuestro molestado alojamiento,  
para decir el punto en que se halla  
después del trance y última batalla.

Luego que la vitoria conseguimos  
con más pérdida y daño que ganancia,  
al fuerte a más andar nos recogimos,  
que estaba del lugar larga distancia  
y aunque poco después, Señor, tuvimos  
otros muchos rencuentros de importancia  
no sin costa de sangre y gran trabajo  
iré, por no cansaros, al atajo.

Y pasando en silencio otra batalla  
sangrienta de ambas partes y reñida,  
que aunque por no ser largo aquí se calla,  
será de otro escritor encarecida.  
Vista de munición y vitualla  
la plaza por dos meses bastecida,  
pareció por entonces provechoso  
dejar por capitán allí a Reinoso

que las demás ciudades, trabajadas  
de las pasadas guerras, nos llamaban,  
y las leyes sin fuerza arrinconadas,  
aunque mudas, de lejos voceaban;  
las cosas de su asiento desquiciadas,  
todos sin gobernarse gobernaban,  
estando de perderse el reino a canto  
por falta de gobierno, habiendo tanto.

Mas viendo la comarca tan poblada,  
fértil de todas cosas y abundante,

para fundar un pueblo aparejada  
y el sitio a la sazón muy importante,  
quedó primero la ciudad trazada,  
de la cual hablaremos adelante,  
que aunque de buen principio y fundamento  
mudó después el nombre y el asiento.

Dejando, pues, en guarda de la tierra  
los más diestros y pláticos soldados,  
en orden de batalla y són de guerra  
rompimos por los términos vedados;  
y atravesando de Purén la sierra,  
de la hambre y las armas fatigados,  
a la Imperial llegamos salvamente  
donde hospedada fue toda la gente.

Puso el Gobernador luego en llegando  
en libertad las leyes oprimidas,  
la justicia y costumbres reformando  
por los turbados tiempos corrompidas,  
y el exceso y desórdenes quitando  
de la nueva codicia introducidas,  
en todo lo demás por buen camino  
dio la traza y asiento que convino.

No habíamos aún los cuerpos satisfecho  
del sueño y hambre mísera transida,  
cuando tuvimos nueva que de hecho  
toda la tierra en torno removida,  
rota la tregua y el contrato hecho,  
viendo así nuestra fuerza dividida  
ayuntaban la suya con motivo  
de no dejar presidio ni hombre vivo.

Luego, pues, hasta treinta apercebidos  
de los que más en orden nos hallamos,  
por la espesura de Tirú metidos,  
la barrancosa tierra atravesamos  
y los tomados pasos desmentidos,  
no con pocos rebatos arribamos  
sin parar ni dormir noche ni día,  
al presidio español y compañía,

donde ya nuestra gente había tenido  
nueva del trato y tierra rebelada,  
que por extraño caso acontecido,  
de la junta y designio fue avisada  
y habiendo alegremente agradecido  
el socorro y ayuda no pensada,  
nos dio del caso relación entera,  
el cual pasa, Señor, desta manera:

el araucano ejército, entendiendo  
que su próspera suerte declinaba  
y que Caupolicán iba perdiendo  
la gran figura en que primero estaba,  
en secretos concilios discurriendo,  
del capitán ya odioso murmuraba  
diciendo que la guerra iba a lo largo  
por conservar la dignidad del cargo;

no con tan suelta voz y atrevimiento  
que el más libre y osado no temiese,  
y del menor edicto y mandamiento  
cuanto una sola mínima excediese:

que era tanto el castigo y escarmiento  
que no se vio jamás quien se atreviese  
a reprobar el orden por él dado  
según era temido y respetado.

Pero temiendo al fin como prudente  
el revolver del hado incontrastable  
y la poca obediencia de su gente,  
viéndole ya en estado miserable,  
que la buena fortuna fácilmente  
lleva siempre tras sí la fe mudable  
y un mal suceso y otro cada día  
la más ardiente devoción resfría,

quiso, dando otro tiento a la fortuna,  
que del todo con él se declarase,  
y no dejar remedio y cosa alguna  
que para su descargo no intentase.  
Entre muchas, al fin, resuelto en una,  
antes que su intención comunicase,  
con la presteza y orden que convino  
de municiones y armas se previno.

No dando, pues, lugar con la tardanza  
a que el miedo el peligro examinase  
y algún suceso y súbita mudanza  
los ánimos del todo resfriase,  
con animosa muestra y confianza  
mandó que de la gente se aprestase  
al tiempo y hora del silencio mudo,  
el más copioso número que pudo.

Hizo una larga plática al Senado,  
en la cual resolvió que convenía  
dar el asalto al fuerte por el lado  
de la posta de Ongolmo al mediodía,  
que de cierto espión era avisado  
cómo la gente que en defensa había,  
demás de estar segura y descuidada,  
era poca, bisoña y desarmada;

que el capitán ausente había llevado  
la plática en la guerra y escogida,  
de no volver atrás determinado  
hasta dejar la tierra reducida  
y en las nuevas conquistas ocupado,  
sin poder ser la plaza socorrida,  
en breve por asaltos fácilmente  
podrían entrarla y degollar la gente.

Fue tan grave y severo en sus razones  
y tal la autoridad de su presencia,  
que se llevó los votos y opiniones  
en gran conformidad sin diferencia,  
y con ánimo y firmes intenciones  
le juraron de nuevo la obediencia  
y de seguir hasta morir, de veras,  
en entrambas fortunas sus banderas.

Luego Caupolicano resuelto  
habló con Pran, soldado artificioso,  
simple en la muestra, en el aspecto bruto,  
pero agudo, sutil y cauteloso,  
prevenido, sagaz, mañoso, astuto,  
falso, disimulado, malicioso,

lenguaz, ladino, práctico, discreto,  
cauto, pronto, solícito y secreto,

el cual en puridad bien instruido  
en lo que el arduo caso requería,  
de pobre ropa y parecer vestido,  
del presidio español tomó la vía,  
y fingiendo ser indio foragido  
se entró por la cristiana ranchería  
entre los indios mozos de servicio,  
dando en la simple muestra dello indicio.

Debajo de la cual miraba atento,  
sin mostrar atención, lo que pasaba,  
y con disimulado advertimiento  
los ocultos designios penetraba;  
tal vez entrando en el guardado asiento,  
en la figura rústica, notaba  
la gente, armas, el orden, sitio y traza,  
lo más fuerte y lo flaco de la plaza.

Por otra parte oyendo y preguntando  
a las personas menos recatadas,  
iba mañosamente escudriñando  
los secretos y cosas reservadas,  
y aquí y allí los ánimos tentando  
buscaba con razones disfrazadas  
vaso capaz y suficiente seno  
donde vaciar pudiese el pecho lleno.

Tentando, pues, los vados y el camino  
por donde el trato fuese más cubierto,  
de tiento en tiento y lance en lance, vino  
a dar consigo en peligroso puerto;  
que engañado de un bárbaro ladino  
Andresillo llamado, de concierto  
salieron juntos a buscar comida,  
cosa a los yanacunas permitida

y con dobles y equívocas razones  
que Pran a su propósito traía,  
vino el otro a decir las vejaciones  
que el araucano Estado padecía,  
los insultos, agravios, sinrazones,  
las muertes, robos, fuerza y tiranía,  
trayendo a la memoria lastimada  
el bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que había salido  
tan presto el falso amigo a la parada,  
hallando voluntad y grato oído  
y el tiempo y la ocasión aparejada,  
de la engañosa muestra persuadido,  
el disface y la máscara quitada,  
abrió el secreto pecho y echó fuera  
la encubierta intención desta manera,

diciéndole: «Si sientes, ¡oh soldado!,  
la pérdida de Arauco lamentable  
y el infelice término y estado  
de nuestra opresa patria miserable,  
hoy la fortuna y poderoso hado,  
mostrándonos el rostro favorable,  
ponen sólo en tu mano libremente  
la vida y salvación de tanta gente.

Que el gran Caupolicano, que en la tierra  
nunca ha sufrido igual ni competencia,  
y en paz ociosa y en sangrienta guerra  
tiene el primer lugar y la obediencia,  
quiere (viendo el valor que en ti se encierra,  
tu industria grande y grande suficiencia)  
fiar en ocasión tan oportuna  
el estado común de tu fortuna;

y que a ti, como causa, se atribuya  
el principio y el fin de tan gran hecho,  
siendo toda la gloria y honra tuya,  
tuya la autoridad, tuyo el provecho.  
Sola una cosa quiere que sea suya,  
con la cual queda ufano y satisfecho,  
que es haber elegido tal sujeto  
para tan grande y importante efeto.

Pues a ti libremente cometido  
puede suceso próspero esperarse,  
y a tu dichosa y buena suerte asido,  
quiere llevado della aventurarse;  
y así en figura humilde travestido,  
porque de mí no puedan recatarse,  
vengo cual vees, para que deste modo  
te dé yo parte dello y seas el todo,

haciéndote saber cómo querría  
(si no es de algún oculto inconveniente)  
dar el asalto al fuerte a mediodía  
con furia grande y número de gente,  
por haberle avisado cierta espía  
que en aquella sazón seguramente  
descansan en sus lechos los soldados,  
de la molesta noche trabajados,

y sin recato la ferrada puerta,  
no siendo a nadie entonces reservada,  
franca de par en par, siempre está abierta  
y la gente durmiendo descuidada;  
la cual de salto fácilmente muerta  
y la plaza después desmantelada,  
en la región antártica no queda  
quien resistir nuestra pujanza pueda.

Así que de tu ayuda confiado  
que todo se lo allana y asegura,  
cerca de aquí tres leguas ha llegado  
cubierto de la noche y sombra oscura;  
adonde de su ejército apartado  
debajo de palabra y fe segura,  
quiere comunicar solo contigo  
lo que sumariamente aquí te digo.

Ensancha, ensancha el pecho, que si quieres  
gozar desta ventura prometida,  
demás del grande honor que consiguieres  
siendo por ti la patria redimida,  
sólo a ti deberás lo que tuvieres  
y a ti te deberán todos la vida,  
siendo siempre de nos reconocido  
haberla de tu mano recibido.

Mira, pues, lo que desto te parece,

conoce el tiempo y la ocasión dichosa,  
no seas ingrato al cielo que te ofrece  
por sólo que la acetes tan gran cosa;  
da la mano a tu patria, que perece  
en dura servidumbre vergonzosa,  
y pide aquello que pedir se puede,  
que todo desde aquí se te concede».

Dio fin con esto a su razón, atento  
al semblante del indio sosegado,  
que sin alteración y movimiento  
hasta acabar la plática había estado:  
el cual con rostro y parecer contento  
aunque con pecho y ánimo doblado,  
a las ofertas y razón propuesta  
dio sin más detenerse esta respuesta:

«¿Quién pudiera aquí dar bastante indicio  
de mi intrínseco gozo y alegría  
de ver que esté en mi mano el beneficio  
de la cara y amada patria mía?  
Que ni riqueza, honor, cargo ni oficio,  
ni el gobierno del mundo y monarquía  
podrán tanto conmigo en este hecho  
cuanto el común y general provecho:

que sufrir no se puede la insolencia  
de esta ambiciosa gente desfrenada  
ni el disoluto imperio y la violencia  
con que la libertad tiene usurpada.  
Por lo cual la Divina Providencia  
tiene ya la sentencia declarada,  
y el ejemplar castigo merecido  
al araucano brazo cometido.

Vuelve a Caupolicán, y de mi parte  
mi pronta voluntad le ofrece cierta,  
que cuanto en esto quieras alargarte,  
te sacaré yo a salvo de la oferta;  
y mañana, sin duda, por la parte  
de la inculta marina más desierta  
seré con él, do trataremos largo  
de esto que desde aquí tomo a mi cargo.

Por la sospecha que nacer podría  
será bien que los dos nos apartemos  
y deshecha por hoy la compañía,  
adonde nos aguardan arribemos;  
que mañana de espacio a mediodía  
con mayor libertad nos hablaremos,  
y de mí quedarás más satisfecho.  
¡Adiós, que es tarde; adiós, que es largo el trecho!»

Así luego partieron, el camino  
llevándole diverso y diferente,  
que el uno al araucano campo vino  
y el otro adonde estaba nuestra gente;  
el cual con gozo y ánimo malino  
hablando al capitán secretamente,  
le dijo punto a punto todo cuanto  
oirá quien escuchare el otro canto. Cualquiera  
desafío es reprobado  
por ley divina y natural derecho,  
cuando no va el designio enderezado

al bien común y universal provecho,  
y no por causa propia y fin privado  
mas por autoridad pública hecho,  
que es la que en los combates y estacadas  
justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafío  
es de derecho y de costumbre usada  
pues con el ser del hombre y albedrío  
justamente la ira fue criada;  
pero sujeta al freno y señorío  
de la razón, a quien encomendada  
quedó, para que así la corrigiese  
que los términos justos no excediese.

Y el Profeta nos da por documento  
que en ocasión y a tiempo nos airemos,  
pero con tal templanza y regimiento  
que de la raya y punto no pasemos,  
pues dejados llevar del movimiento,  
el ser y la razón de hombres perdemos  
y es visto que difiere en muy poco  
el hombre airado y el furioso loco.

Y aunque se diga, y es verdad, que sea  
ímpetu natural el que nos lleva,  
y por la alteración de ira se vea  
que a combatir la voluntad se mueva,  
la ejecución, el acto, la pelea  
es lo que se condena y se reprueba  
cuando aquella pasión que nos induce,  
al yugo de razón no se reduce.

Por donde claramente, si se mira,  
parece como parte conveniente,  
ser en el hombre natural la ira  
en cuanto a la razón fuere obediente;  
y en la causa común puesta la mira,  
puede contra el campeón el combatiente  
usar della en el tiempo necesario,  
como contra legítimo adversario.

Mas si es el combatir por gallardía,  
o por jactancia vana o alabanza,  
o por mostrar la fuerza y valentía,  
o por rencor, por odio, o por venganza;  
si es por declaración de la porfía  
remitiendo a las armas la probanza,  
es el combate injusto, es prohibido,  
aunque esté en la costumbre recibido.

Tenemos hoy la prueba aquí en la mano  
de Rengo y Tucapel, que peleando  
por sólo presunción y orgullo vano  
como fieras se están despedazando;  
y con protervia y ánimo inhumano  
de llegarse a la muerte trabajando,  
estaban ya los dos tan cerca della  
cuanto lejos de justa su querella.

Digo que los combates, aunque usados,  
por corrupción del tiempo introducidos,  
son de todas las leyes condenados  
y en razón militar no permitidos,  
salvo en algunos casos reservados

que serán a su tiempo referidos,  
materia a los soldados importante  
según que lo veremos adelante.

Déjolo aquí indeciso, porque viendo  
el brazo en alto a Tucapel alzado,  
me culpo, me castigo y reprehendo  
de haberle tanto tiempo así dejado;  
pero a la historia y narración volviendo,  
me oísteis ya gritar a Rengo airado,  
que bajaba sobre él la fiera espada  
por el gallardo brazo gobernada:

el cual viéndose junto, y que no pudo  
huir del grave golpe la caída,  
alzó con ambas manos el escudo,  
la persona debajo recogida;  
no se detuvo en él el filo agudo,  
ni bastó la celada aunque fornida,  
que todo lo cortó, y llegó a la frente  
abriendo una abundante y roja fuente.

Quedó por grande rato adormecido  
y en pie difícilmente se detuvo,  
que, del recio dolor desvanecido,  
fuera de acuerdo vacilando anduvo;  
pero volviendo a tiempo en su sentido,  
visto el último término en que estuvo,  
de manera cerró con Tucapelo  
que estuvo en punto de batirle al suelo.

Hallóle tan vecino y descompuesto  
que por poco le hubiera trabucado,  
que de la gran pujanza que había puesto,  
anduvo de los pies desbaratado;  
pero volviendo a recobrase presto,  
viéndose del contrario así aferrado,  
le echó los fuertes y ñudosos brazos  
pensando deshacerle en mil pedazos,

y con aquella fuerza sin medida,  
le suspende, sacude y le rodea;  
mas Rengo, la persona recogida,  
la suya a tiempo y la destreza emplea.  
No la falta de sangre allí vertida  
ni el largo y gran tesón en la pelea  
les menguaba la fuerza y ardimiento,  
antes iba el furor en crecimiento.

En esto Rengo a tiempo el pie trocado  
del firme Tucapel ciñó el derecho,  
y entre los duros brazos apretado  
cargó sobre él con fuerza el duro pecho.  
Fue tanto el forcejar, que ambos de lado,  
sin poderlo escusar, a su despecho,  
dieron a un tiempo en tierra de manera  
como si un muro o torreón cayera.

Pero con rabia nueva y mayor fuego  
comienzan por el campo a revolcarse  
y con puños de tierra a un tiempo luego  
procuran y trabajan por cegarse,  
tanto que al fin el uno y otro ciego,  
no pudiendo del hierro aprovecharse,  
con las agudas uñas y los dientes

se muerden y apedazan impacientes.

Así, fieros, sangrientos y furiosos,  
cuál ya debajo, cuál ya encima andaban,  
y los roncacos acezos presurosos  
del apretado pecho resonaban;  
mas no por esto un punto vagorosos  
en la rabia y el ímpetu aflojaban,  
mostrando en el tesón y larga prueba  
criar aliento nuevo y fuerza nueva.

Eran pasadas ya tres horas, cuando  
los dos campeones, de valor iguales,  
en la creciente furia declinando  
dieron muestra y señal de ser mortales,  
que las últimas fuerzas apurando  
sin poderse vencer, quedaron tales  
que ya en parte ninguna se movían  
y más muertos que vivos parecían.

Estaban par a par desacordados,  
faltos de sangre, de vigor y aliento,  
los pechos garleando levantados,  
lentos de polvo y de sudor sangriento;  
los brazos y los pies enclavijados,  
sin muestra ni señal de sentimiento,  
aunque de Tucapecel pudo notarse  
haber más porfiado a levantarse.

La pierna diestra y diestro brazo echado  
sobre el contrario a la sazón tenía,  
lo cual de sus amigos fue juzgado  
ser notoria ventaja y mejoría  
y aunque esto es hoy de muchos disputado,  
ninguno de los dos se rebullía,  
mostrando ambos de vivos solamente  
el ronco aliento y corazón latiente.

El gran Caupolicano, que asistiendo  
como juez de la batalla estaba,  
el grave caso y pérdida sintiendo,  
aprieta en la estacada plaza entraba;  
el cual, sin detenerse un punto, viendo  
que alguna sangre y vida les quedaba,  
los hizo levantar en dos tablones  
a doce los más ínclitos varones.

Y siguiendo detrás con todo el resto  
de la nobleza y gente más preciada,  
fue con honra solene y pompa puesto  
cada cual en su tienda señalada,  
donde acudiendo a los remedios presto,  
y la sangre con tiempo restañada,  
la cura fue de suerte que la vida  
les fue en breve sazón restituida.

Pasado el punto y término temido,  
iban los dos a un tiempo mejorando,  
aunque del caso Tucapecel sentido,  
no dejaba curarse braveando;  
pero el prudente General sufrido,  
con blandura la cólera templando,  
así de poco en poco le redujo  
que a la razón doméstica le trujo.

Quedó entre ellos la paz establecida,  
y con solemnidad capitulado,  
que en todo lo restante de la vida  
no se tratase más de lo pasado,  
ni por cosa de nuevo sucedida  
en público lugar ni reservado  
pudiesen combatir ni armar quisiones  
ni atravesarse en dichos ni en razones;

mas siempre como amigos generosos  
en todas ocasiones se tratasen  
y en los casos y trances peligrosos  
se acudiesen a tiempo y ayudasen.  
Convenidos así los dos famosos,  
porque más los conciertos se afirmasen  
comieron y bebieron juntamente  
con grande aplauso y fiesta de la gente.

Dejarélos aquí desta manera

en su conformidad y ayuntamiento,  
que me importa volver a la ribera  
del río que muda nombre en cada asiento,  
pues ha mucho que falto y ando fuera  
de nuestro molesto alojamiento,  
para decir el punto en que se halla  
después del trance y última batalla.

Luego que la vitoria conseguimos  
con más pérdida y daño que ganancia,  
al fuerte a más andar nos recogimos,  
que estaba del lugar larga distancia  
y aunque poco después, Señor, tuvimos  
otros muchos rencuentros de importancia  
no sin costa de sangre y gran trabajo  
iré, por no cansaros, al atajo.

Y pasando en silencio otra batalla  
sangrienta de ambas partes y reñida,  
que aunque por no ser largo aquí se calla,  
será de otro escritor encarecida.  
Vista de munición y vitualla  
la plaza por dos meses bastecida,  
pareció por entonces provechoso  
dejar por capitán allí a Reinoso

que las demás ciudades, trabajadas  
de las pasadas guerras, nos llamaban,  
y las leyes sin fuerza arrinconadas,  
aunque mudas, de lejos voceaban;  
las cosas de su asiento desquiciadas,  
todos sin gobernarse gobernaban,  
estando de perderse el reino a canto  
por falta de gobierno, habiendo tanto.

Mas viendo la comarca tan poblada,  
fértil de todas cosas y abundante,  
para fundar un pueblo aparejada  
y el sitio a la sazón muy importante,  
quedó primero la ciudad trazada,  
de la cual hablaremos adelante,  
que aunque de buen principio y fundamento  
mudó después el nombre y el asiento.

Dejando, pues, en guarda de la tierra

los más diestros y pláticos soldados,  
en orden de batalla y són de guerra  
rompimos por los términos vedados;  
y atravesando de Purén la sierra,  
de la hambre y las armas fatigados,  
a la Imperial llegamos salvamente  
donde hospedada fue toda la gente.

Puso el Gobernador luego en llegando  
en libertad las leyes oprimidas,  
la justicia y costumbres reformando  
por los turbados tiempos corrompidas,  
y el exceso y desórdenes quitando  
de la nueva codicia introducidas,  
en todo lo demás por buen camino  
dio la traza y asiento que convino.

No habíamos aún los cuerpos satisfecho  
del sueño y hambre mísera transida,  
cuando tuvimos nueva que de hecho  
toda la tierra en torno removida,  
rota la tregua y el contrato hecho,  
viendo así nuestra fuerza dividida  
ayuntaban la suya con motivo  
de no dejar presidio ni hombre vivo.

Luego, pues, hasta treinta apercebidos  
de los que más en orden nos hallamos,  
por la espesura de Tirú metidos,  
la barrancosa tierra atravesamos  
y los tomados pasos desmentidos,  
no con pocos rebatos arribamos  
sin parar ni dormir noche ni día,  
al presidio español y compañía,

donde ya nuestra gente había tenido  
nueva del trato y tierra rebelada,  
que por estraño caso acontecido,  
de la junta y designio fue avisada  
y habiendo alegremente agradecido  
el socorro y ayuda no pensada,  
nos dio del caso relación entera,  
el cual pasa, Señor, desta manera:

el araucano ejército, entendiendo  
que su próspera suerte declinaba  
y que Caupolicán iba perdiendo  
la gran figura en que primero estaba,  
en secretos concilios discurriendo,  
del capitán ya odioso murmuraba  
diciendo que la guerra iba a lo largo  
por conservar la dignidad del cargo;

no con tan suelta voz y atrevimiento  
que el más libre y osado no temiese,  
y del menor edicto y mandamiento  
cuanto una sola mínima excediese:  
que era tanto el castigo y escarmiento  
que no se vio jamás quien se atreviese  
a reprobear el orden por él dado  
según era temido y respetado.

Pero temiendo al fin como prudente  
el revolver del hado incontrastable  
y la poca obediencia de su gente,

viéndole ya en estado miserable,  
que la buena fortuna fácilmente  
lleva siempre tras sí la fe mudable  
y un mal suceso y otro cada día  
la más ardiente devoción resfría,

quiso, dando otro tiento a la fortuna,  
que del todo con él se declarase,  
y no dejar remedio y cosa alguna  
que para su descargo no intentase.  
Entre muchas, al fin, resuelto en una,  
antes que su intención comunicase,  
con la presteza y orden que convino  
de municiones y armas se previno.

No dando, pues, lugar con la tardanza  
a que el miedo el peligro examinase  
y algún suceso y súbita mudanza  
los ánimos del todo resfriase,  
con animosa muestra y confianza  
mandó que de la gente se aprestase  
al tiempo y hora del silencio mudo,  
el más copioso número que pudo.

Hizo una larga plática al Senado,  
en la cual resolvió que convenía  
dar el asalto al fuerte por el lado  
de la posta de Ongolmo al mediodía,  
que de cierto espion era avisado  
cómo la gente que en defensa había,  
demás de estar segura y descuidada,  
era poca, bisoña y desarmada;

que el capitán ausente había llevado  
la plática en la guerra y escogida,  
de no volver atrás determinado  
hasta dejar la tierra reducida  
y en las nuevas conquistas ocupado,  
sin poder ser la plaza socorrida,  
en breve por asaltos fácilmente  
podrían entrarla y degollar la gente.

Fue tan grave y severo en sus razones  
y tal la autoridad de su presencia,  
que se llevó los votos y opiniones  
en gran conformidad sin diferencia,  
y con ánimo y firmes intenciones  
le juraron de nuevo la obediencia  
y de seguir hasta morir, de veras,  
en entrambas fortunas sus banderas.

Luego Caupolicano resuelto  
habló con Pran, soldado artificioso,  
simple en la muestra, en el aspecto bruto,  
pero agudo, sutil y cauteloso,  
prevenido, sagaz, mañoso, astuto,  
falso, disimulado, malicioso,  
lenguaz, ladino, práctico, discreto,  
cauto, pronto, solícito y secreto,

el cual en puridad bien instruido  
en lo que el arduo caso requería,  
de pobre ropa y parecer vestido,  
del presidio español tomó la vía,  
y fingiendo ser indio foragido

se entró por la cristiana ranchería  
entre los indios mozos de servicio,  
dando en la simple muestra dello indicio.

Debajo de la cual miraba atento,  
sin mostrar atención, lo que pasaba,  
y con disimulado advertimiento  
los ocultos designios penetraba;  
tal vez entrando en el guardado asiento,  
en la figura rústica, notaba  
la gente, armas, el orden, sitio y traza,  
lo más fuerte y lo flaco de la plaza.

Por otra parte oyendo y preguntando  
a las personas menos recatadas,  
iba mañosamente escudriñando  
los secretos y cosas reservadas,  
y aquí y allí los ánimos tentando  
buscaba con razones disfrazadas  
vaso capaz y suficiente seno  
donde vaciar pudiese el pecho lleno.

Tentando, pues, los vados y el camino  
por donde el trato fuese más cubierto,  
de tiento en tiento y lance en lance, vino  
a dar consigo en peligroso puerto;  
que engañado de un bárbaro ladino  
Andresillo llamado, de concierto  
salieron juntos a buscar comida,  
cosa a los yanaconas permitida

y con dobles y equívocas razones  
que Pran a su propósito traía,  
vino el otro a decir las vejaciones  
que el araucano Estado padecía,  
los insultos, agravios, sinrazones,  
las muertes, robos, fuerza y tiranía,  
trayendo a la memoria lastimada  
el bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que había salido  
tan presto el falso amigo a la parada,  
hallando voluntad y grato oído  
y el tiempo y la ocasión aparejada,  
de la engañosa muestra persuadido,  
el disface y la máscara quitada,  
abrió el secreto pecho y echó fuera  
la encubierta intención desta manera,  
diciéndole: «Si sientes, ¡oh soldado!,  
la pérdida de Arauco lamentable  
y el infelice término y estado  
de nuestra opresa patria miserable,  
hoy la fortuna y poderoso hado,  
mostrándonos el rostro favorable,  
ponen sólo en tu mano libremente  
la vida y salvación de tanta gente.

Que el gran Caupolicano, que en la tierra  
nunca ha sufrido igual ni competencia,  
y en paz ociosa y en sangrienta guerra  
tiene el primer lugar y la obediencia,  
quiere (viendo el valor que en ti se encierra,  
tu industria grande y grande suficiencia)  
fiar en ocasión tan oportuna

el estado común de tu fortuna;

y que a ti, como causa, se atribuya  
el principio y el fin de tan gran hecho,  
siendo toda la gloria y honra tuya,  
tuya la autoridad, tuyo el provecho.  
Sola una cosa quiere que sea suya,  
con la cual queda ufano y satisfecho,  
que es haber elegido tal sujeto  
para tan grande y importante efeto.

Pues a ti libremente cometido  
puede suceso próspero esperarse,  
y a tu dichosa y buena suerte asido,  
quiere llevado della aventurarse;  
y así en figura humilde travestido,  
porque de mí no puedan recatarse,  
vengo cual vees, para que deste modo  
te dé yo parte dello y seas el todo,

haciéndote saber cómo querría  
(si no es de algún oculto inconveniente)  
dar el asalto al fuerte a mediodía  
con furia grande y número de gente,  
por haberle avisado cierta espía  
que en aquella sazón seguramente  
descansan en sus lechos los soldados,  
de la molesta noche trabajados,

y sin recato la ferrada puerta,  
no siendo a nadie entonces reservada,  
franca de par en par, siempre está abierta  
y la gente durmiendo descuidada;  
la cual de salto fácilmente muerta  
y la plaza después desmantelada,  
en la región antártica no queda  
quien resistir nuestra pujanza pueda.

Así que de tu ayuda confiado  
que todo se lo allana y asegura,  
cerca de aquí tres leguas ha llegado  
cubierto de la noche y sombra oscura;  
adonde de su ejército apartado  
debajo de palabra y fe segura,  
quiere comunicar solo contigo  
lo que sumariamente aquí te digo.

Ensancha, ensancha el pecho, que si quieres  
gozar desta ventura prometida,  
demás del grande honor que consiguieres  
siendo por ti la patria redimida,  
sólo a ti deberás lo que tuvieres  
y a ti te deberán todos la vida,  
siendo siempre de nos reconocido  
haberla de tu mano recibido.

Mira, pues, lo que desto te parece,  
conoce el tiempo y la ocasión dichosa,  
no seas ingrato al cielo que te ofrece  
por sólo que la acetes tan gran cosa;  
da la mano a tu patria, que perece  
en dura servidumbre vergonzosa,  
y pide aquello que pedir se puede,  
que todo desde aquí se te concede».

Dio fin con esto a su razón, atento  
al semblante del indio sosegado,  
que sin alteración y movimiento  
hasta acabar la plática había estado:  
el cual con rostro y parecer contento  
aunque con pecho y ánimo doblado,  
a las ofertas y razón propuesta  
dio sin más detenerse esta respuesta:

«¿Quién pudiera aquí dar bastante indicio  
de mi intrínscico gozo y alegría  
de ver que esté en mi mano el beneficio  
de la cara y amada patria mía?  
Que ni riqueza, honor, cargo ni oficio,  
ni el gobierno del mundo y monarquía  
podrán tanto conmigo en este hecho  
cuanto el común y general provecho:

que sufrir no se puede la insolencia  
de esta ambiciosa gente desfrenada  
ni el disoluto imperio y la violencia  
con que la libertad tiene usurpada.  
Por lo cual la Divina Providencia  
tiene ya la sentencia declarada,  
y el ejemplar castigo merecido  
al araucano brazo cometido.

Vuelve a Caupolicán, y de mi parte  
mi pronta voluntad le ofrece cierta,  
que cuanto en esto quieras alargarte,  
te sacaré yo a salvo de la oferta;  
y mañana, sin duda, por la parte  
de la inculta marina más desierta  
seré con él, do trataremos largo  
de esto que desde aquí tomo a mi cargo.

Por la sospecha que nacer podría  
será bien que los dos nos apartemos  
y deshecha por hoy la compañía,  
adonde nos aguardan arribemos;  
que mañana de espacio a mediodía  
con mayor libertad nos hablaremos,  
y de mí quedarás más satisfecho.  
¡Adiós, que es tarde; adiós, que es largo el trecho!»

Así luego partieron, el camino  
llevándole diverso y diferente,  
que el uno al araucano campo vino  
y el otro adonde estaba nuestra gente;  
el cual con gozo y ánimo malino  
hablando al capitán secretamente,  
le dijo punto a punto todo cuanto  
oirá quien escuchare el otro canto.

## Canto XXXI

Cuenta Andresillo a Reinoso lo que con Pran dejaba concertado.  
Habla con Caupolicán cautelosamente, el cual, engañado, viene  
sobre el fuerte, pensando hallar a los españoles durmiendo

La más fea maldad y condenada,  
que más ofende a la bondad divina,  
es la traición sobre amistad forjada,  
que al cielo, tierra y al infierno indigna,  
que aunque el señor de la traición se agrada  
quiere mal al traidor y le abomina:  
¡tal es este nefario maleficio,  
que indigna al que recibe el beneficio!

Raras veces veréis que el alevoso  
en estado seguro permanece;  
de nadie amado, a todo el mundo odioso  
que el mismo interesado le aborrece;  
amigo en todo tiempo sospechoso,  
aunque trate verdad no lo parece  
y al cabo no se escapa del castigo  
que la misma maldad lleva consigo.

Si en ley de guerra es pérfido el que ofende  
debajo de seguro al enemigo,  
¿qué será aquel que al enemigo vende  
la libertad y sangre del amigo,  
y el que con rostro de leal pretende  
ser traidor a su patria, como digo,  
poniéndole con odio y rabia tanta  
el agudo cuchillo a la garganta?

Guardarse puede el sabio recatado  
del público enemigo conocido,  
del perverso, insolente, del malvado,  
pero no del traidor nunca ofendido  
que en hábito de amigo disfrazado  
el desnudo puñal lleva escondido:  
no hay contra el desleal seguro puerto  
ni enemigo mayor que el encubierto.

La prueba es Andresillo, que dejaba  
al amigo engañado y satisfecho;  
el cual con la gran priesa que llevaba  
en poco espacio atravesó gran trecho  
y puesto ante Reinoso, el cual estaba  
seguro y descuidado de aquel hecho,  
preciándose el traidor de su malicia,  
della y de la traición le dio noticia,

diciéndole: «Sabrás que usando el hado  
hoy de piadoso término contigo,  
las cosas de manera ha rodeado  
que puedo serte provechoso amigo,  
pues en mi voluntad libre ha dejado  
la muerte o salvación de tu enemigo,  
remitiendo a las manos de Andresillo  
la arbitraria sentencia y el cuchillo.

Mas negando la deuda y fe debida  
a mi tierra y nación, por tu respeto  
quiero, señor, sacrificar la vida

por escapar la tuya deste aprieto,  
y en contra de mi patria aborrecida  
volver las armas y áspero decreto,  
desviando gran número de espadas  
que están a tu costado enderezadas».

Tras esto allí les dijo todo cuanto  
con Pran le sucedió y habéis oído,  
que, si me acuerdo, en el pasado canto  
lo tengo largamente referido.  
Quedó Reinoso atónito de espanto  
y con ánimo y rostro agradecido  
los brazos amorosos le echó al cuello,  
dándole encarecidas gracias dello.

Y alabando la astucia y artificio  
con que del trato doble usado había,  
exageró el famoso y gran servicio  
que a todo el reino y cristiandad hacía,  
diciendo que tan grande beneficio  
siempre en nuestra memoria duraría  
y con honroso premio de presente  
sería remunerado largamente.

Quedaron, pues, de acuerdo que otro día,  
sin que noticia dello a nadie diese,  
en el tiempo y lugar que puesto había  
con el vecino capitán se viese;  
que de la vista y habla entendería  
lo que más al negocio conviniese,  
trayéndole por mañas y rodeo  
al esperado fin de su deseo.

Hízolo pues así; pero antes desto  
a la salida de un espeso valle  
halló al amigo en centinela puesto,  
esperándole ya para guialle  
donde Caupolicán con ledo gesto,  
saliendo algunos pasos a encontralle  
adelantado un trecho de su gente  
le recibió amorosa y cortésmente,

diciendo: «¡Oh capitán!, hoy por el cielo  
en esta dignidad constituido,  
a quien la redención del patrio suelo  
justa y méritamente ha cometido,  
bien sé que sólo con honrado celo  
de virtud propia y de valor movido,  
aspiras a arribar do ningún hombre  
tendrá puesto adelante más su nombre;

y habiendo de tu pecho penetrado  
el intento y designio valeroso,  
de tu fortuna próspera guiado,  
que promete suceso venturoso,  
estoy resuelto, estoy determinado  
que con golpe de gente numeroso  
demos, siendo tú sólo nuestra guía,  
sobre el fuerte español a mediodía.

Para lo cual ha sido mi venida  
sorda y secretamente en esta parte,  
donde siendo tu boca la medida,  
quiero del justo premio asegurarte  
y ver si a ti esta empresa cometida,

quieres della y nosotros encargarte,  
dando, como cabeza y dueño, en todo  
el orden, la instrucción, la traza y modo.

Que demás de las honras, te aseguro  
de parte del Senado un señorío,  
y por el fuerte Eponamón te juro  
que éste será escogido a tu albedrío.  
En tus manos me pongo y aventuro  
y a tu buen parecer remito el mío,  
para que des el orden que convenga  
y el esperado bien no se detenga.

Pues con tu ayuda y mi esperanza cierta,  
que me prometen próspera jornada,  
en una parte oculta y encubierta  
tengo cerca de aquí mi gente armada,  
y antes que sea de alguno descubierta  
y la plaza enemiga preparada,  
que es el peligro solo que esto tiene,  
apresurar la ejecución conviene.

Resuélvete, ¡oh varón!, y determina,  
como de ti se espera, brevemente,  
que detrás deste monte a la marina  
está el copioso ejército obediente,  
y porque puedas ver la disciplina,  
los ánimos, las armas y la gente,  
podrás llegar allá, que aquí te aguardo,  
con esperanza y ánimo gallardo».

El traidor pertinaz, que atento estaba  
a cuanto el General le prometía,  
no la oferta ni el premio le mudaba  
de la fea maldad que cometía;  
bien que algún tanto tímido dudaba  
viendo de aquel varón la valentía,  
el ser gallardo y el feroz semblante,  
la proporción y miembros de gigante.

Venía el robusto y grande cuerpo armado  
de una fuerte coraza barreada,  
con un drago escamoso relevado  
sobre el alto crestón de la celada;  
en la derecha su bastón ferrado,  
ceñida al lado una tajante espada,  
representando en talle y apostura  
del furibundo Marte la figura.

Visto por Andresillo cuán barato  
podía salir con el malvado hecho,  
teniendo en su traición y doble trato  
andado en poco tiempo tanto trecho,  
con alegre semblante y rostro grato,  
aunque con doble y engañoso pecho,  
hincando ambas rodillas en el llano  
tal respuesta volvió a Caupolicano:

«¡Oh gran Apó!: no pienses que movido  
por honra, por riqueza o por estado,  
a tus pies y obediencia soy venido  
a servirte y morir determinado;  
que todo lo que aquí me has ofrecido  
y lo que puede más ser deseado  
no me provoca tanto ni me instiga

cuanto la gran razón que a ello me obliga.

Gracias al cielo doy, pues mi esperanza,  
en tu prudencia y gran valor fundada,  
la siento ya con próspera bonanza  
ir al derecho puerto encaminada;  
y porque no nos dañe la tardanza  
será bien que apresures la jornada,  
siguiendo la fortuna, que se muestra  
declarada en favor de parte nuestra;

que nuestros enemigos sin recelo  
a las armas de noche acostumbrados,  
cuando va el sol en la mitad del cielo  
descansan en sus toldos desarmados,  
y desnudos y echados por el suelo,  
en vino y dulce sueño sepultados,  
pasan la ardiente siesta en gran reposo  
hasta que el sol declina caluroso.

Y si estás, como dices, prevenido  
y la gente vecina, en ordenanza,  
que goces luego la ocasión te pido,  
no dejando pasar esta bonanza;  
que el tiempo es malo de cobrar, perdido,  
mayormente si daña la tardanza;  
y pues no te detiene cosa alguna  
no detengas tus hados y fortuna.

Que a darte la vitoria yo me obligo,  
no por el galardón que dello espero,  
que la virtud la paga trae consigo  
y ella misma es el premio verdadero;  
basta lo que en servirte yo consigo,  
y así graciosamente me prefiero  
de ponerte sin pérdida en la mano  
la desnuda garganta del tirano.

Mañana disfrazado, al tiempo cuando  
vaya el sol en mitad de su jornada,  
vendrá a mi estancia Pran, donde aguardando  
estaré su venida deseada;  
y en el presidio y franca plaza entrando,  
verá la gente entonces entregada  
al ordinario y descuidado sueño,  
sin prevención, y al parecer sin dueño.

«Esta noche, callada y quietamente,  
desviada a la diestra del camino  
venga a ponerse en escuadrón la gente  
una milla del fuerte y más vecino;  
y cuando asome el sol por el oriente,  
echada en recogido remolino,  
bajas las armas por la luz del día,  
aguarde allí el aviso y orden mía.

Quiero ver, pues que dello eres servido,  
por ir del todo alegre y satisfecho,  
tu dichoso escuadrón constituido  
para tan alto y señalado hecho;  
por quien Arauco ya restituido  
en sus primeras fuerzas y derecho,  
echada la española tiranía,  
estenderá su nombre y monarquía».

Quedó Caupolicano de manera  
que tuvo el trato y hecho por seguro,  
diciéndole razones que moviera  
no un corazón movible, pero un muro;  
y en señal de firmeza verdadera  
le dio un lucido llauto de oro puro  
y un grueso mazo de chaquira prima,  
cosa entre ellos tenida en grande estima.

Y del alegre Pran acompañado  
al pie de un alto cerro montuoso  
vio el araucano ejército emboscado,  
de brava gente y número copioso:  
quedó el traidor de verlo algo turbado  
y en la falsa y mudable fe dudoso:  
que en el ánimo vario y movedizo  
hace el temor lo que virtud no hizo.

Pero ya la maldad apoderada  
dándole espuelas, y ánimo bastante,  
la duda tropelló representada,  
llevando el mal propósito adelante.  
Y así, encubriendo la intención dañada  
con mentirosas muestras y semblantes,  
loó el traidor encarecidamente  
el sitio, el orden, armas y la gente.

Y después de inquirir y haber notado  
lo que notar entonces convenía,  
visto el grande aparato y tanteado  
la gente armada y cantidad que había,  
advertido de todo y enterado,  
llegó al presidio al rematar del día,  
adonde le esperaba ya Reinoso,  
de su larga tardanza sospechoso.

Hizo con singular advertimiento  
de su jornada relación copiosa,  
dándole mayor ánimo y aliento  
nuestra llegada a tiempo provechosa.  
Que si estuvistes a mi canto atento,  
por la mañana y costa montuosa  
al socorro llegué aquel mismo día  
con los treinta que dije en compañía.

Gastóse aquella noche previniendo  
las armas e instrumentos militares  
el foso, muro y plaza requiriendo,  
señalando a la gente sus lugares,  
hasta que fue la aurora descubriendo  
con turbia luz los hondo valladares,  
dando triste señal del día esperado  
por tanta sangre y muerte señalado.

Jamás se vio en los términos australes  
salir el sol tan tardo a su jornada,  
rehusando de dar a los mortales  
la claridad y luz acostumbrada:  
al fin salió cercado de señales,  
y la luna delante dél menguada,  
vuelto el mudable y blanco rostro al cielo  
por no mirar al araucano suelo.

Hecha la prevención en confianza  
por una y otra parte ocultamente,

con iguales designios y esperanza  
aunque con hado y suerte diferente.  
Veis aquí a Pran, que solo y a la usanza  
de los mitayos indios diligentes,  
cargado con un haz de blanco trigo  
viene a buscar al alevoso amigo,

que a la salida de su rancho estaba  
mirando a los caminos ocupado,  
pareciéndole ya que se pasaba  
el tiempo del concierto aún no llegado.  
Tanto ya la maldad le aceleraba  
de una furia maligna espoleado,  
que siempre en lo que mucho se desea  
no hay brevedad que dilación no sea.

Llegado Pran, le aseguró de cierto  
que la gente en dos tercios dividida  
había el murado sitio descubierto,  
sin ser de nadie vista ni sentida.  
Y con paso callado y gran concierto,  
doméstica, ordenada y recogida  
los pechos y las armas arrastrando,  
venía derecha al fuerte caminando.

Con muestra del designio diferente  
dio Andresillo señal de su alegría,  
diciendo que sin duda nuestra gente  
ya según su costumbre dormiría;  
luego, disimulada y quietamente,  
sin más se detener, de compañía  
entraron en el fuerte preparado  
el falso engañador y el engañado.

Vieron en sus estancias recogidos  
todos los oficiales y soldados,  
sobre sus lechos, sin dormir dormidos,  
con aviso y cuidado descuidados;  
los arneses acá desguarnecidos,  
los caballos allá desensillados  
todo de industria al parecer revuelto,  
en un mudo silencio y sueño envuelto.

Visto el reposo, Pran, visto el sosiego  
y poca guardia que en el fuerte había,  
alegre dello tanto cuanto ciego  
en no ver la sospecha que traía,  
sin detenerse un solo punto, luego  
por una corta senda que él sabía,  
haciendo de sus pies y aliento prueba,  
fue a dar al campo la esperada nueva.

Apenas había el bárbaro traspuesto,  
cuando Andresillo en tono levantado  
dijo: «¡Oh fuertes soldados, en quien puesto  
está el fin de la guerra deseado!  
Tomad las vencedoras armas presto  
y romped el silencio ya escusado  
saliendo a toda priesa, porque os digo  
que a las puertas tenéis al enemigo».

Marinero jamás tan diligente  
de entre la vedijosa bernia salta  
cuando los gritos del piloto siente  
y la borrasca súbita le asalta,

como nosotros, que ligeramente,  
oyendo de Andresillo la voz alta,  
de los toldos con ímpetu salimos  
y a las vecinas armas acudimos.

Quién al usado peto arremetía,  
quién encaja la gola y la celada  
quién ensilla el caballo y quién salía  
con arcabuz, con lanza o con espada;  
fue en un punto la gruesa artillería  
a las abiertas puertas asestada,  
llenos de tiros mil, de mil maneras,  
los traveses, cortinas y troneras.

Puesta en orden la plaza y encargado  
según el puesto a cada cual su oficio,  
el silencio importante encomendado  
trabó las lenguas y aquietó el bullicio,  
quedando aquel presidio tan callado,  
que la gente extramuros de servicio,  
visto el sosiego y gran quietud, juzgaba  
que todo en igual sueño reposaba.

No fue Pran en el curso negligente,  
pues apenas estábamos armados,  
cuando los enemigos de repente  
se descubrieron cerca por dos lados.  
Venían tan escondida y sordamente,  
bajas las armas y ellos inclinados,  
que entraran, si la vista ya no fuera  
más presta que el oído y más ligera.

Como el cursado cazador que tiene  
la caza y el lugar reconocido,  
que poco a poco el cuerpo bajo viene  
entre la yerba y matas escondido:  
ya apresura el andar, ya le detiene,  
mueve y asienta el paso sin ruido  
hasta ponerse cerca y encubierto  
donde pueda hacer el tiro cierto,

con no menor silencio y mayor tiento  
los encubiertos indios parecieron  
y sobre nuestro fuerte en un momento  
a treinta y menos pasos se pusieron,  
de do sin són de trompa ni instrumento  
en callado tropel arremetieron  
más de dos mil en número a las puertas,  
con más cuidado que descuido abiertas.

No sé con qué palabras, con qué gusto  
este sangriento y crudo asalto cuente,  
y la lástima justa y odio justo,  
que ambas cosas concurren juntamente.  
El ánimo ahora humano, ahora robusto  
me suspende y me tiene diferente,  
que si al piadoso celo satisfago,  
condeno y doy por malo lo que hago.

Si del asalto y ocasión me alejo,  
dentro della y del fuerte estoy metido;  
si en este punto y término lo dejo,  
hago y cumplo muy mal lo prometido;  
así dudoso el ánimo y perplejo,  
destos juntos contrarios combatido,

lo deajo al otro canto reservado,  
que de consejo estoy necesitado.

## Canto XXXII

*Arremeten los araucanos el fuerte; son rebatidos con miserable estrago de su parte. Caupolicán se retira a la sierra deshaciendo el campo. Cuenta don Alonso de Ercilla, a ruego de ciertos soldados, la verdadera historia y vida de Dido*

Excelente virtud, loable cosa  
de todos dignamente celebrada  
es la clemencia ilustre y generosa,  
jamás en bajo pecho aposentada;  
por ella Roma fue tan poderosa,  
y más gentes venció que por la espada,  
domó y puso debajo de sus leyes  
la indómita cerviz de grandes reyes.

No consiste en vencer sólo la gloria  
ni está allí la grandeza y excelencia  
sino en saber usar de la vitoria,  
ilustrándola más con la clemencia.  
El vencedor es digno de memoria  
que en la ira se hace resistencia  
y es mayor la vitoria del clemente,  
pues los ánimos vence juntamente.

Y así no es el vencedor tan glorioso  
del capitán cruel inexorable,  
que cuanto fuere menos sanguinoso  
tanto será mayor y más loable;  
y el correr del cuchillo riguroso  
mientras dura la furia es disculpable,  
mas pasado, después, a sangre fría,  
es venganza, crueldad y tiranía.

La mucha sangre derramada ha sido  
(si mi juicio y parecer no yerra)  
la que de todo en todo ha destruido  
el esperado fruto desta tierra;  
pues con modo inhumano han excedido  
de las leyes y términos de guerra,  
haciendo en las entradas y conquistas  
crueldades inormes nunca vistas.

Y aunque ésta en mi opinión dellas es una,  
la voz común en contra me convence  
que al fin en ley de mundo y de fortuna  
todo le es justo y lícito al que vence.  
Mas dejada esta plática importuna,  
me parece ya tiempo que comience  
el crudo estrago y excesivo modo,  
en parte justo, y lastimoso en todo.

Dejé el bárbaro campo sobre el fuerte  
en medio del furor y arremetida,  
y la callada y encubierta muerte  
de mil géneros de armas prevenida.  
Llevado, pues, del hado y dura suerte  
con presto paso y con fatal corrida,  
emboca por la puerta y falsa entrada  
el gran tropel de gente amontonada.

¡Dios sempiterno, qué fracaso extraño,  
qué riza, qué destrozo y batería

hubo en la triste gente, que al engaño  
ciega, pensando de engañar, venía!  
¿Quién podrá referir el grave daño,  
la espantosa y tremenda artillería,  
el ñublado de tiros turbulento  
que descargó de golpe en un momento?

Unos vieran de claro atravesados,  
otros llevados la cabeza y brazos,  
otros sin forma alguna machucados,  
y muchos barrenados de picazos;  
miembros sin cuerpos, cuerpos desmembrados,  
lloviendo lejos trozos y pedazos,  
hígados, intestinos, rotos huesos,  
entrañas vivas y bullentes sesos.

Como la estrecha bien cebada mina  
cuando con grande estrépito revienta,  
que la furia del fuego repentina,  
las torres vuela y máquinas avienta,  
con más estruendo y con mayor ruina  
la fuerza de la pólvora violenta  
voló y hizo pedazos en un punto  
cuanto del escuadrón alcanzó junto.

La mudable sin ley cruda fortuna  
despedazó el ejército araucano,  
no habiendo un solo tiro ni arma alguna  
que errase el golpe ni cayese en vano.  
Nunca se vio morir tantos a una  
y así, aunque yo apresure más la mano,  
no puedo proseguir, que me divierte  
tanto golpe, herida, tanta muerte.

Aún no eran bien los tiros disparados  
cuando por verse fuera en campo raso,  
los caballos a un tiempo espoleados  
rompen la entrada y ocupado paso,  
y en los segundos indios, que ovillados  
estaban como atónitos del caso,  
hacen riza y mayor carnicería  
que pudiera hacer la artillería.

Quién aquéste y aquél alanceando  
abre sangrienta y ancha la salida,  
quién a diestro y siniestro golpeando  
priva a aquéstos y a aquéllos de la vida;  
no hay ánimo ni brazo allí tan blando  
que no cale y ahonde la herida,  
ni espada de tan gureso y boto filo  
que no destile sangre hilo a hilo.

Quisiera aquí despacio figurallos,  
y figurar las formas de los muertos:  
unos atropellados de caballos,  
otros los pechos y cabeza abiertos,  
otros que era gran lástima mirallos,  
las entrañas y sesos descubiertos,  
vieran otros deshechos y hechos piezas,  
otros cuerpos enteros sin cabezas.

Las voces, los lamentos, los gemidos,  
el miserable y lastimoso duelo,  
el rumor de las armas y alaridos  
hinchén el aire y cóncavo del cielo;

luchando con la muerte los caídos  
se tuercen y revuelcan por el suelo,  
saliendo a un mismo tiempo tantas vidas  
por diversos lugares y heridas.

Ya que libre dejó el súbito espanto  
al embaucado Pran, que estaba fuera,  
visto el destrozo cierto, y falso cuanto  
el traidor de Andresillo le dijera,  
la pena y sentimiento pudo tanto  
que aunque escaparse el mísero pudiera,  
en medio de las armas desarmado  
a morir se arrojó desesperado.

Mas los últimos indios venturosos  
a los cuales llegó sólo el estruendo,  
volviendo las espaldas presurosos  
muestran las plantas de los pies huyendo;  
los nuestros, del alcance deseosos,  
en carrera veloz los van siguiendo,  
hiriendo y derribando en los postreros  
los menos diligentes y ligeros.

Pero algunos valientes, que estimaban  
la ganada opinión más que la vida,  
volviendo el pecho y armas refrenaban  
el ímpetu de muchos y corrida;  
y aunque con grande esfuerzo peleaban,  
era presto la guerra definida,  
que la furiosa muerte allí su espada  
traía de entrambos cortes afilada.

Como en el ya revuelto cielo, cuando  
se forman por mil partes los ñublados  
que van unos creciendo, otros menguando,  
otros luego de nuevo levantados;  
mas el norueste frígido soplando  
los impele y arroja amontonados  
hasta buscar del ábrego el reparo,  
dejando el cielo raso y aire claro,

así la gente atónita y turbada  
en partes dividida se esparcía,  
y a las veces juntándose, esforzada,  
haciendo cuerpo y rostro revolvía.  
Pero de la violencia arrebatada,  
dejó el campo y banderas aquel día,  
quedando de los rotos escuadrones  
gran número de muertos y prisiones.

Deshechos, pues, del todo y destruidos,  
y acabado el alcance y seguimiento,  
los presos y despojos repartidos,  
volvimos al dejado alojamiento  
donde trece caciques elegidos  
para ejemplar castigo y escarmiento,  
a la boca de un grueso tiro atados,  
fueron, dándole fuego, justiciados.

Muchos habrá de preguntar ganosos  
si en el montón y número de gente  
algunos de los indios valerosos  
fueron muertos allí confusamente;  
pues en todos los hechos peligrosos  
Rengo, Orompello y Tucapel valiente

iban delante en la primera hilera,  
abriendo siempre el paso y la carrera.

Respondo a esto, Señor, que no venía  
capitán ni cacique señalado,  
visto que el General usado había  
de fraude y trato entrellos reprobado,  
diciendo ser vileza y cobardía  
tomar al enemigo descuidado,  
y vitoria sin gloria y alabanza  
la que por bajo término se alcanza.

Así que una arrogancia generosa  
los escapó del trance y muerte cruda,  
que ninguno por ruego ni otra cosa  
quiso en ello venir ni dar ayuda,  
teniendo por hazaña vergonzosa  
vencer gente sin armas y desnuda:  
que el peligro en la guerra es el que honra  
y el que vence sin él, vence sin honra.

Quedó Caupolicán desta jornada  
roto, deshecho y falto de pujanza,  
que fue mucha la sangre derramada  
y poca de su parte la venganza:  
el cual viendo la turba amedrentada  
y el ardor resfriado y la esperanza,  
deshizo el campo entonces conveniente,  
dando licencia a la cansada gente.

Quísose entretener mientras pasaba  
de los contrarios hados la corrida,  
conociendo de sí que peleaba  
con cansada fortuna envejecida.  
Así la gente en partes derramaba  
con orden que estuviese apercebida  
en cualquiera ocasión y movimiento,  
para el primer aviso y mandamiento.

Y con solos diez hombres retirado,  
gente de confianza y valentía,  
ora en el monte inculto, ora en poblado,  
desmintiendo los rastros parecía,  
y en lugares ocultos alojado  
jamás gran tiempo en una residía,  
usando de su bárbara insolencia  
por tenerlos en miedo y obediencia.

Nosotros en su incierto rastro a tino  
andábamos haciendo mil jornadas,  
no dejando lugar circunvecino  
que no diésemos salto y trasnochadas.  
Y en los más apartados del camino  
hallábamos las casas ocupadas  
de gente forajida de la tierra  
que ya andaba huyendo de la guerra,

diciendo que de grado volvería  
a sus yermas estancias y heredades,  
pero que el General los compelia  
usando de inhumanas crueldades;  
y si en esto remedio se ponía,  
llanas estaban ya las voluntades  
para dejar las armas los soldados,  
de la prolija guerra quebrantados.

Y aunque esto era fingido, gran cuidado  
se puso en inquirir toda la tierra,  
no quedando lugar inhabitado,  
monte, valle, ribera, llano y sierra  
donde no fuese el bárbaro buscado;  
mas por bien ni por mal, por paz ni guerra,  
aunque todo con todos lo probamos,  
jamás señal, ni lengua dél hallamos.

No amenaza, castigo ni tormento  
pudo sacar noticia o rastro alguno,  
ni caricia, interés ni ofrecimiento  
jamás a corromper bastó a ninguno;  
andábamos atónitos y a tienta,  
según la variedad de cada uno,  
de día, de noche, acá y allá perdidos,  
del sueño y de las armas afligidos.

Saliendo yo a correr la tierra un día  
por caminos y pasos desusados,  
llevando por escolta y compañía  
una escuadra de pláticos soldados  
dimos en una oculta ranchería  
de domésticos indios ausentados,  
que por ser grande el bosque y la distancia  
tomaron por segura aquella estancia.

Sobre un haz de arrancada yerba estaba  
en la cabeza una mujer herida,  
moza que de quince años no pasaba,  
de noble traje y parecer, vestida.  
Y en la color quebrada se mostraba  
la falta de la sangre, que esparcida  
por la delgada y blanca vestidura,  
la lástima aumentaba y hermosura.

Pregunté qué ocasión la había traído  
a lugar tan extraño y apartado,  
cómo y por qué razón la habían herido  
y de inhumana crueldad usado.  
Ella, con rostro y ánimo caído  
y el tono del hablar debilitado,  
me dijo: «Es cosa cierta y prometida  
la muerte triste tras la alegre vida.

Porque entiendas el deajo y desvarío  
que el humano contento trae consigo,  
aún no es cumplido un mes que el padre mío,  
usando de privado amor conmigo,  
me dio esposo elegido a mi albedrío,  
esposo y juntamente grande amigo,  
tal y de tantas partes, que yo creo  
que en él hallara término el deseo.

Pero su esfuerzo raro y valentía,  
que della por extremo era dotado,  
le trujo a la temprana muerte el día  
que fue nuestro escuadrón despedazado,  
donde cerca de mí, que le seguía,  
un tiro le pasó por el costado,  
que fuera menos crudo y más derecho  
si abriera antes el paso por mi pecho.

Cayó muerto, quedando yo con vida,

vida más enojosa que la muerte;  
mas viéndome un soldado así afligida  
(en parte condolido de mi suerte)  
me dio, por acabarme, esta herida  
con brazo aunque piadoso no tan fuerte  
que mi espíritu suelto le siguiese  
y un bien tras tanto mal me sucediese.

Dio conmigo en el suelo fácilmente  
aunque no me privó de mi sentido,  
pasando el golpe y furia de la gente  
en confuso tropel con gran ruido.  
Pero luego un cacique mi pariente,  
que en un hoyo al pasar quedó escondido,  
en brazos me sacó del gran tumulto  
trayéndome a este bosque y sitio oculto

«donde espero morir cada momento;  
mas ya como esperado bien se tarda,  
que es costumbre ordinaria del contento,  
no acabar de llegar a quien le aguarda.  
Y aunque ya de mi vida al fin me siento,  
conmigo el cielo término no guarda,  
ni la llamada muerte y tiempo viene,  
que mi deseo la impide y la detiene.

La vida así me cansa y aborrece,  
viendo muerto a mi esposo y dulce amigo,  
que cada hora que vivo me parece  
que cometo maldad, pues no le sigo;  
y pues el tiempo esta ocasión me ofrece,  
usa tú de piedad, señor, conmigo,  
acabando hoy aquí lo que el soldado  
dejó por flojo brazo comenzado».

Así la triste joven luego, luego  
demandaba la muerte, de manera  
que algún simple de lástima a su ruego  
con bárbara piedad condecendiera.  
Mas yo, que un tiempo aquel rabioso fuego  
labró en mi inculto pecho, viendo que era  
más cruel el amor que la herida,  
corrí presto al remedio de la vida.

Y habiéndola algún tanto consolado,  
y traído a que viese claramente  
que era el morir remedio condenado  
y para el muerto esposo impertinente,  
con el zumo de yerbas aplicado  
(medicina ordinaria desta gente)  
le apreté la herida lastimosa,  
no tanto cuanto grande, peligrosa.

Dejando pues un práctico ladino  
para que poco a poco la llevase,  
y en los tomados pasos y camino  
del peligro al pasar la asegurase,  
partir a mi jornada me convino;  
mas primero que della me apartase  
supe que se llamaba Lauca y que era  
hija de Millalauco y heredera.

La vuelta del presidio caminando  
sin hallar otra cosa de importancia,  
iba con los soldados platicando

de la fe de las indias y constancia  
de muchas (aunque bárbaras) loando  
el firme amor y gran perseverancia,  
pues no guardó la casta Elisa Dido  
la fe con más rigor a su marido.

Mas un soldado joven, que venía  
escuchando la plática movida,  
diciendo me atajó que no tenía  
a Dido por tan casta y recogida,  
pues en la Eneyda de Marón vería  
que del amor libídino encendida,  
siguiendo el torpe fin de su deseo  
rompió la fe y promesa a su Sicheelo.

Visto, pues, el agravio tan notable  
y la objeción siniestra del soldado,  
por el gran testimonio incompensable,  
a la casta fenisa levantado,  
pareciéndome cosa razonable  
mostrarle que en aquello andaba errado  
él y todos los más que me escuchaban  
que en la misma opinión también estaban,

les dije que, queriendo el Mantuano  
hermosear su Eneas floreciente  
porque César Augusto Octaviano  
se preciaba de ser su decendiente,  
con Dido usó de término inhumano  
infamándola injusta y falsamente,  
pues vemos por los tiempos haber sido  
Eneas cien años antes que fue Dido.

Quedaron admirados en oírme,  
que así Virgilio a Dido difamase,  
haciendo instancia todos en pedirme  
que su vida y discurso les contase.  
Yo pensando también con divertirme,  
que la cuerda el trabajo algo aflojase,  
los quise complacer y también quiero  
daros aquí razón de mí primero:

Cuento una vida casta, una fe pura  
de la fama y voz pública ofendida,  
en esta no pensada coyuntura  
por raro ejemplo y ocasión traída,  
y una falsa opinión que tanto dura  
no se puede mudar tan de corrida,  
ni del rudo común, mal informado,  
arrancar un error tan arraigado.

Y pues de aquí al presidio yo no hallo  
cosa que sea de gusto ni contento,  
sin dejar de picar siempre al caballo,  
ni del tiempo perder sólo un momento,  
no pudiendo eximirme ni escusallo  
por ser historia y agradable el cuento,  
quiero gastar en él, si no os enfada,  
este rato y sazón desocupada.

Que el áspero sujeto desabrido,  
tan seco, tan estéril y desierto,  
y el estrecho camino que he seguido,  
a puros brazos del trabajo abierto,  
a término me tienen reducido

que busco anchura y campo descubierto  
donde con libertad, sin fatigarme,  
os pueda recrear y recrearme.

Viendo que os tiene sordo y atronado  
el rumor de las armas inquieto,  
siempre en un mismo ser continuado,  
sin mudar són ni variar sujeto,  
por espaciar el ánimo cansado  
y ser el tiempo cómodo y quieto,  
hago esta digresión, que a caso vino  
cortada a la medida del camino.

Y pues una ficción impertinente  
que destruye una honra es bien oída,  
y a la reina de Tiro injustamente  
infama y culpa su inculpable vida,  
la verdad, que es la ley de toda gente,  
por quien es en su honor restituida,  
¿por qué no debe ser, siendo cantada,  
en cualquiera sazón bien escuchada?

Que la causa mayor que me ha movido  
(demás de ser cual veis importunado)  
es el honor de la constante Dido,  
inadvertidamente condenado.  
Preste, pues, atención y grato oído  
quien a oír la verdad es inclinado,  
que el mal ofende (aun dicho en pasatiempo)  
y para decir bien siempre es buen tiempo.

Cartago antes que Roma fue fundada  
setenta años contados comúnmente  
por Dido, ilustre reina, venerada  
por diosa un tiempo de la tiria gente.  
Del rey Belo su padre fue casada  
con el sumo Pontífice asistente  
del gran templo de Alcides, el cual era  
después del Rey la dignidad primera.

Éste es aquel Siqueo ya nombrado,  
a quien Dido guardó la fe inviolable,  
varón sabio en sus ritos y abastado  
de bienes y tesoro inestimable.  
Mas lo que para alivio había allegado  
fue causa de su muerte miserable;  
que, en fin, lo que codicia mucha gente  
ninguno lo posee seguramente.

Dejó Belo dos hijos herederos,  
uno Pigmaleón y el otro Dido,  
a quien en los consejos postrimeros  
encargó la hermandad y amor unido;  
lo cual, aunque duró los días primeros,  
de cudicia el hermano corrompido  
por haber los tesoros del cuñado,  
le dio la muerte envuelta en un bocado.

Sintió, pues, la mujer su muerte tanto  
que no bastando a resistir la pena,  
soltó con doloroso y fiero llanto  
de lágrimas un flujo en larga vena,  
y cubriendo de triste y negro manto  
los bellos miembros y la faz serena,  
con pompa funeral cerimoniosa

dio al cuerpo sepultura sumptuosa.

Y aunque del casto amor notable indicio  
fue el soberbio sepulcro y monumento,  
no igualó en la grandeza el edificio  
al dolor de la Reina y sentimiento;  
que siempre con devoto sacrificio  
y continuos sollozos y lamento  
llamando al sordo espíritu, hacía  
a las frías cenizas compañía,

diciendo: «¿Es justo, dioses, que yo quede  
en este solitario apartamiento?  
¡ Ay!, que de tibia fe y amor procede  
no acabar de matarme el sentimiento;  
el mal no es grande que sufrir se puede  
y corto al que no basta sufrimiento;  
mas quiere el cielo dilatar mi muerte  
porque dure el dolor, más que ella fuerte».

Aunque el odio y rencor disimulaba  
contra el pérfido hermano poderoso,  
venganza al cielo sin cesar clamaba  
con ira muda y con gemir rabioso,  
y cuando sola a ratos se hallaba,  
desfogando aquel ímpetu bascoso  
soltaba, con un bajo són gimiendo,  
la reprimida rabia y voz, diciendo:

«Traidor, dime ¿qué caso irremediable  
debajo de hermandad y ley fingida  
a maldad te movió tan detestable  
contra tu misma sangre cometida?  
Si fue sed de riquezas insaciable,  
quitárasle el tesoro y no la vida,  
templando tu impiedad y furia insana  
el amor y respeto de tu hermana.

«Si no miraste, ingrato, al beneficio  
que dél como cuñado recibías,  
miraras al nefario sacrificio  
que del hermano de tu madre hacías,  
y al malvado y horrendo maleficio  
en tu pecho forjado tantos días,  
pues no podrás decir que fue accidente,  
que nunca nadie es malo de repente.

«Si de tu inorme intento y desatino  
me hubieras con indicios advertido,  
no por tan duro y áspero camino  
el tesoro alcanzaras pretendido;  
mas el mal cuando viene por destino  
no puede ser a tiempo prevenido.  
¡Ay!, ¿qué aprovecha el lamentarme ahora?,  
que siempre es tarde ya cuando se llora.

¿Por qué, fiero enemigo, así quisiste  
dejarte arrebatado de tu deseo,  
tan ciego de codicia, que no viste  
que matabas a Dido con Sicheo?  
Materia de maldad al mundo diste  
con un hecho atrocísimo y tan feo,  
que durará en los siglos por memoria  
de tu traición la abominable historia.

«¿Cabe en razón, es cosa permitida,  
que, siendo tú traidor, siendo tirano,  
perverso, atroz, sacrílego, homicida,  
tengas con estos nombres el de hermano?  
Y viéndome contigo convenida,  
mi crédito andará de mano en mano  
padeciendo mi honor agravio injusto:  
que no dice la fama cosa al justo.

Mas si huyo de ti, fiero enemigo,  
te irrito a que me sigas, pues que huyo.  
Si a mi marido en la fortuna sigo,  
todo lo que pretendes queda tuyo.  
Si habiéndole tú muerto estoy contigo,  
mancho la fama y mi opinión destruyo,  
que en parte ya parece que consiente  
quien perdona ligera y fácilmente.

¿Qué medio he de buscar a mal tan fuerte  
que el cielo ni la tierra no le tiene,  
y aquel forzoso y último, mi suerte  
(porque padezca más) me le detiene?  
¡ Ay!, que si es malo desear la muerte,  
es peor el temerla, si conviene;  
que no es pena el morir a los cuitados  
sino fin de las penas y cuidados.

«Mas ya que el ser tú rey y recatado  
la venganza legítima me impida,  
procuraré atajar tu fin dañado  
con muestra doble y hermandad fingida;  
y cuando pienses verte apoderado,  
quedarás con mi súbita partida  
sin hermana, tesoro y sin derecho  
y con la infamia del enorme hecho».

Así la triste Reina dolorosa  
sobre el rico sepulcro lamentando,  
pasaba vida triste y soledosa  
la venganza y el tiempo deseando.  
Pero de alguna fuerza recelosa,  
de su prudencia y discreción usando,  
doméstica, amorosa y blandamente  
al hermano escribió, que estaba ausente,

haciéndole entender que ya cansada  
del llanto y soledad que padecía  
en aquellos palacios y morada  
do tuvo un tiempo alegre compañía,  
de la triste memoria lastimada,  
dando algún vado a su dolor, quería  
irse con él poniendo fin al lloro  
con todas sus riquezas y tesoros;

para lo cual secreta y prestamente,  
una fornida flota le enviase,  
donde con todo su tesoro y gente  
en arribando al puerto se embarcase  
porque con el seguro conveniente  
el mar que estaba en medio atravesase,  
que era solo el temido impedimento  
de su esperado y último contento.

Llegada, pues, la nueva al ambicioso  
rey de aquello que tanto deseaba,

viendo que al fin y puerto venturoso  
sus cosas la fortuna encaminaba,  
alegre más que nunca y codicioso,  
luego una gruesa flota despachaba  
de naves y galeras, bastecida  
de gente, de regalos y comida.

Llegó al puerto la flota deseada  
con presta y no pensada diligencia,  
do la gente del Rey desembarcada  
fue luego a dar a Dido la obediencia,  
que mostrando placer de su llegada,  
con loable cuidado y providencia  
hizo luego hospedar toda la gente  
espléndida, cumplida y largamente.

En siendo tiempo, la cuidosa Dido  
a su gente mandó que se aprestase,  
y con alarde y público ruido  
los empacados muebles embarcase,  
haciendo que de noche y escondido  
en su nave al tesoro se cargase  
con tan grande secreto, que ninguno  
tuvo dello noticia o rastro alguno.

Tenía sesenta cajas prevenidas,  
llenas de gruesa arena y aplomadas,  
de fuertes cerraduras guarnecidas,  
con dobles planchas de metal herradas;  
éstas fueron en público traídas  
donde a vista de todos embarcadas  
daban muestra que en ellas iba el oro,  
las joyas, las riquezas y tesoro.

Luego Elisa, con tierno sentimiento  
del lastimado pueblo se embarcaba,  
dando presto la vela al manso viento  
que favorable en popa respiraba.  
La nave con sereno movimiento  
el llano y sosegado mar cortaba,  
comenzando a seguir toda la flota  
de la alta capitana la derrota.

Aquella noche y el siguiente día  
corrió con viento próspero la armada,  
mas ya que el mar las costas encubría  
y del todo se vio Dido engolfada,  
la noble y obediente compañía  
al borde de su nave congregada,  
hizo en torno allegar la demás gente,  
que a la vista también fuese presente,

diciéndoles con pecho valeroso,  
que su designio y pretensión no era  
ir al injusto hermano cauteloso,  
de quien era enemiga verdadera,  
porque con trato y término alevoso  
debajo de hermandad y fe sincera,  
movido de sacrílego deseo  
había dado la muerte a su Sicheo.

Por donde ella también, no asegurada  
de sus secretos fraudes y traiciones,  
quería dejar la cara patria amada,  
su reino, su morada y posesiones,

y al mar dudoso y vientos entregada  
buscar nuevas provincias y regiones,  
adonde con seguro viviría  
lejos de su dominio y tiranía.

Y pues que sus riquezas habían sido  
la causa de su daño y perdimiento  
matándole por ellas el marido,  
y lo serían quizá del seguimiento,  
todas consigo las había traído  
con voluntad y resolute intento  
de echarlas en el mar, do pudiesen,  
porque jamás a su poder viniesen.

Hizo luego sacar allí tras esto  
los cofres del arena barreados  
y con alarde y auto manifiesto  
en el profundo mar fueron lanzados;  
los ministros del Rey con triste gesto,  
atónitos, confusos y turbados  
se miraban, teniendo por estraña  
de la animosa Reina la hazaña.

Y por el grave caso discurriendo  
que mudos y espantados los tenía,  
la furia del Rey mozo conociendo,  
que el perdido tesoro aumentaría,  
suspensos y medrosos, no sabiendo  
qué razón o descargo bastaría  
a que el airado Rey no los culpase  
y en ellos su furor no ejecutase.

Pues como la entendida Reina viese  
camino y coyuntura aparejada  
por do a su devoción se redujese  
la gente del hermano amedrentada,  
antes que el tiempo y la tardanza diese  
lugar a alguna novedad pensada,  
haciendo sosegar toda la gente,  
les dijo, prosiguiendo, lo siguiente:

«Amigos, que del firme intento mío  
habéis visto a los ojos ya la prueba,  
y cómo la fortuna a su albedrío  
errando por el ancho mar me lleva,  
podréis volver, si ya no es desvarío,  
a dar al Rey la desabrida nueva  
del tesoro anegado, y mi huida  
a tierra y a región no conocida.

Pero ya conocéis por experiencia  
su irreparable furia acelerada,  
que viendo que volvéis a su presencia  
sin el tesoro y prenda deseada,  
descargará con bárbara impaciencia  
sobre vuestra cerviz la mano airada,  
sin escuchar descargo ni disculpa,  
añadiendo maldad y culpa a culpa.

Y pues es de temer la tiranía  
y el ímpetu de un mozo rey airado  
que así del caro reino y patria mía  
a buscar nuevas tierras me ha sacado,  
quien quisiere seguir mi compañía  
no se verá de mí desamparado,

mas de todo el provecho y bien que espero  
será participante y compañero.

El lugar y aparejo es oportuno,  
y para haber consejo me remueve  
así que, pues sois sabios, cada uno  
elija de dos males el más leve.  
Si al Rey volvéis no ha de escapar ninguno,  
y este dolor y lástima me mueve  
a quereros rogar que vais conmigo  
por no ser yo la causa del castigo.

Las muertes figurad y crueldades  
que en vosotros habrán de ejecutarse;  
no miréis a las casas y heredades,  
que todo por la vida es bien dejarse,  
que en fortunas y grandes tempestades  
sólo en lo que se escapa ha de pensarse,  
conociendo que están todos los bienes  
sujetos a peligros y vaivenes».

A las razones de la Reina atentos  
los turbados ministros estuvieron,  
y en la perpleja mente y pensamientos  
mil cosas en un punto revolvieron;  
al cabo (aunque diversos los intentos),  
todos de un parecer se resolvieron  
de seguirla hasta el fin en su viaje  
dándole la obediencia y vasallaje.

La fe con juramento establecida,  
sin que ninguno dellos rehusase,  
dando vela a la flota detenida,  
mandó Dido que a Cipro enderezase,  
donde graciosamente recibida,  
como allí su designio declarase,  
llevó del ciprioto pueblo amigo  
ochenta mozas vírgenes consigo  
para a tiempo casarlas con la gente  
que en su servicio y devoción llevaba, buscando alguna tierra  
conveniente  
donde fundar un pueblo deseaba:  
así la vía de la África al poniente  
con favorable viento navegaba.  
Mas forzoso será, según me siento,  
dividir en dos partes este cuento.

### Canto XXXIII

*Prosigue don Alonso la navegación de Dido hasta que llegó a Biserta; cuenta cómo fundó a Cartago y la causa por qué se mató. También se contiene en este canto la prisión de Caupolicán*

Muchos entran con ímpetu y corrida  
por la carrera de virtud fragosa,  
y dan en la del vicio más seguida,  
de donde es el volver difícil cosa.  
El paso es llano y fácil la salida  
de la vida reglada a la anchurosa  
y más agrio el camino y ejercicio  
del vicio a la virtud, que della al vicio.

Así Pigmaleón había tenido  
señales de virtud en su crianza,  
y con grandes principios prometido  
de justo y liberal buena esperanza,  
pero de la codicia pervertido,  
hizo en breve sazón tan gran mudanza,  
que no sólo de bienes fue avariento,  
pero inhumano, pérfido y sangriento.

Lo cual nos dice bien la alevosía  
de la secreta muerte del cuñado  
que alegre y contentísimo vivía  
en la ley de hermandad asegurado;  
mayormente que entonces parecía  
el Rey a la virtud aficionado,  
que no hay maldad más falsa y engañosa  
que la que trae la muestra virtuosa.

Ésta no le salió como pensaba  
sino al contrario en todo y diferente,  
pues no sólo no vio lo que esperaba  
pero perdió las naves y la gente.  
La reina viento en popa navegaba,  
como dije, la vuelta del poniente,  
tocando con sus naves y galeras  
en algunas comarcas y riberas.

Torció el curso a la diestra bordeando  
de las vadosas Sirtes recelosa,  
y a vista de Licudia, atravesando,  
corrió la costa de África arenosa;  
y siempre tierra a tierra navegando,  
pasó por entre el Ciervo y Lampadosa,  
llegando en salvo a Túnez con la armada,  
por el fatal decreto allí guiada.

Donde viendo el capaz y fértil suelo  
de frutíferas plantas adornado  
y el aire claro y el sereno cielo  
clemente al perecer y muy templado,  
perdido del hermano ya el recelo  
por verle tan distante y apartado,  
quiso fundar un pueblo de cimiento,  
haciendo en él su habitación y asiento;

para lo cual trató luego de hecho  
con los vecinos que en el sitio había  
le vendiesen de tierra tanto trecho

cuanto un cuero de buey circundaría.  
Los moradores, viendo que provecho  
de su contratación se les seguía,  
con la Reina en el precio convenidos,  
hicieron sus asientos y partidos.

Hecha la paga, el sitio señalado,  
mandó Dido buscar con diligencia  
un grande y grueso buey que, desollado,  
hizo estirar el cuero en su presencia;  
y en tiras sutilísimas cortado,  
tanto trecho tomó, que a la prudencia  
de la Reina sagaz y aviso estraño,  
le quisieron poner nombre de engaño.

Pero recompensó la demasía  
dejándolos contentos y pagados,  
descubriendo a los suyos que traía  
los ocultos tesoros escapados;  
que usado del ardid y astucia había  
de los cofres de arena al mar lanzados  
porque, cuando el hermano lo supiese,  
faltando la ocasión, no la siguiese.

Corregidas las faltas y defectos  
al orden de vivir perjudiciales,  
fueron por la prudente Reina electos  
cónsules, magistrados y oficiales;  
y traídos maestros arquitectos,  
juntos los necesarios materiales,  
dio principio la Reina valerosa  
a la labor de la ciudad famosa.

Fue la ciudad por orden fabricada,  
mostrándose los hados más propicios,  
en breve ennoblecida y ilustrada  
de sumptuosos y altos edificios;  
y la nueva república ordenada,  
leyes instituyó, criando oficios  
con que el pueblo en razón se mantuviese  
y en paz y orden política viviese.

Y por el gran valor y entendimiento  
con que el pueblo obediente gobernaba,  
iba siempre el concurso en crecimiento  
y los términos cortos dilataba;  
así que el trato y agradable asiento  
los ánimos y gustos provocaba,  
viniendo a avecindarse muchas gentes,  
de tierras y lugares diferentes;

y como en esos tiempos aún no había  
la invención del papel después hallada,  
que en pieles de animales se escribía,  
y era cualquiera piel carta llamada,  
del cual nombre aún usamos hoy en día,  
así aquella ciudad edificada  
en el lugar por una piel medido,  
de carta la llamó Cartago Dido.

Hízose en poco tiempo tan famosa  
y de tanta grandeza y eminencia,  
que era cosa de ver maravillosa  
el trato de las gentes y frecuencia,  
mostrando aquella Reina valerosa

en gobernar el pueblo tal prudencia,  
que muchos otros príncipes y reyes  
de su nueva ciudad tomaron leyes.

Y aunque era tal su ser, tal su cordura,  
que por diosa vinieron a tenella,  
ninguna de su tiempo en hermosura  
pudo ponerse al paragón con ella.  
Así que por milagro de natura  
como cosa no vista iban a vella,  
que no sé en las idólatras del suelo,  
a quien mayores partes diese el cielo.

Grandes matronas hubo que animosas  
por la fama a la muerte se entregaron,  
otras que por hazañas milagrosas  
las opresas repúblicas libraron;  
pero todas perfectas tantas cosas  
como en Dido, en ninguna se juntaron:  
fue rica, fue hermosa, fue castísima,  
sabia, sagaz, constante y prudentísima.

Llegó luego la voz desto al oído  
del franco Yarbás, rey musilitano,  
mozo brioso y de valor, temido  
en todo el ancho término africano;  
el cual con juvenil furia movido  
de un impaciente y nuevo amor lozano,  
a la Reina despacha embajadores,  
de su consejo y reino los mayores,

pidiéndole que en pago del tormento  
que por ella pasaba cada hora,  
quisiese con felice casamiento  
de su persona y reino ser señora;  
donde no, que con justo sentimiento  
(como de tan gran rey despreciadora)  
sobre ella con ejército vendría  
y su gente y ciudad asolaría.

Hecha, pues, la embajada en el Senado,  
que no quiso la reina estar presente,  
les fue a los senadores intimado  
el ruego y la amenaza juntamente.  
Causóles turbación, considerado  
el casto voto y vida continente  
que la constante Reina profesaba  
que al intento de Yarbás repugnaba.

Luego que los ancianos entendieron  
la demanda de Yarbás arrogante,  
llevar por artificio pretendieron  
el negocio difícil adelante;  
así que ante la Reina parecieron  
con triste rostro y tímido semblante,  
bajos los ojos, la color turbada,  
mostrando desplacer con la embajada,

diciéndole: «Sabrás que habiendo oído  
Yarbás tu buen gobierno y regimiento  
por la parlera fama encarecido  
y desta tu ciudad el crecimiento,  
de una loable pretensión movido,  
pide, que, sin algún detenimiento,  
veinte de tu consejo más instrutos

vayan a reformar sus estatutos.

Y siendo de sufrir áspera cosa,  
impropia a nuestra edad y profesiones,  
dejar la patria cara y paz sabrosa  
por ir a incultas tierras y naciones  
a corregir de gente sediciosa  
las costumbres y viejas condiciones,  
todos sus consejeros los rehúsan,  
y con causas legítimas se escusan.

Viendo que el caro y último sosiego  
sin esperanza de volver perdemos,  
y no condescendiendo al impio ruego  
en gran peligro la ciudad ponemos,  
pues con grueso poder y armada luego  
al indignado joven Rey tendremos,  
para asolar a hierro y fiera llama  
tu pueblo insigne y celebrada fama.

«Esto es, en suma, lo que Yrbas pide  
con ruegos de amenaza acompañados,  
pero nuestra cansada edad lo impide,  
y las leyes nos hacen jubilados;  
pues no es razón, si por razón se mide,  
que de largos trabajos quebrantados  
dejemos nuestras casas y manida  
en el último tercio de la vida.

«Si a los peligros en la edad primera  
por adquirir honor nos arrojamos,  
es bien que en la cansada postrimera  
gocemos del descanso que ganamos,  
y a nuestra abandonada cabecera,  
al tiempo incierto de morir, tengamos  
quien nos cierre los ojos con ternura  
y dé a nuestras cenizas sepultura.

«Y pues tiene de ser en tu presencia  
esta perjudicial demanda puesta,  
conviene que con maña y advertencia  
te prevengas de medios y respuesta,  
atajando tu seso y providencia  
el mal que el mauritano Rey protesta,  
de modo que la paz y amor conserves  
y de nuevos trabajos nos reserves».

Estuvo atenta allí la reina Elisa  
a la compuesta habla artificiosa,  
y con alegre rostro y grave risa,  
aunque sentía en el ánimo otra cosa,  
a todos los trató y miró de guisa  
tan agradable, blanda y amorosa,  
que si en verdad la relación pasara,  
de sus casas y quicios los sacara,

diciendo: «Amigos caros, que a los hados  
jamás os vi tan rendidos vez alguna  
y en los grandes peligros esforzados  
hicistes siempre rostro a la fortuna:  
¿cómo de tantas prendas olvidados  
en tan justa ocasión, por sólo una  
breve incomodidad de una jornada  
queréis ver vuestra patria arruinada?»

Es a todos común, a todos llano,  
que debe (como miembro y parte unida)  
poner por su ciudad el ciudadano  
no sólo su descanso, mas la vida,  
y por razón y por derecho humano  
de justa deuda natural debida,  
a posponer el hombre está obligado  
por el sosiego público el privado.

«¡Al alto y grande Iúpiter pluguiera  
que bastara ofrecer la vida mía,  
que presto el judicioso mundo viera  
cuán voluntariamente la ofrecía!  
Y pues habéis pasado la carrera  
por tan estrecha y trabajosa vía,  
no es bien que al rematar tan largo trecho  
borréis y deshagáis cuanto habéis hecho».

Visto los senadores cómo Dido  
(por el camino de razón llevada)  
en el armado lazo había caído,  
en sus mismas palabras enredada,  
cambiando en rostro alegre el afligido,  
las manos altas y la voz alzada,  
le dicen: «Todos juntos como estamos  
tus urgentes razones aprobamos.

Justamente, Señora, sentenciaste,  
sacándonos de duda y grande aprieto,  
que no hay razón tan eficaz que baste  
contra la autoridad de tu decreto;  
y porque tiempo en esto no se gaste,  
es bien que te aclaremos el secreto  
pues por ningún respeto ni avenencia  
puedes contravenir a tu sentencia.

«Sabrás, Reina, que Yarbás no te envía  
por tus ancianos viejos impedidos,  
que en todo buen gobierno y policía  
tiene su reino y pueblos corregidos.  
Sólo quiere tu gracia y compañía,  
ofreciéndote en dote mil partidos,  
con útiles y honrosas condiciones  
y un infinito número de dones.

Advierte que, si a caso no acetares  
el santo conyugal ayuntamiento,  
y con errado acuerdo despreciares  
su larga voluntad y ofrecimiento,  
harás que el hierro y llamas militares  
asuelen a Cartago de cimiento,  
así que en tu elección y a tu escogida  
queda la guerra o paz comprometida.

Que si el buen ciudadano alegremente  
debe ofrecerse por la patria amiga,  
con más razón y fuerza más urgente  
como cabeza a ti la ley te obliga,  
y no puedes con causa suficiente  
dejar de redimir nuestra fatiga,  
dándonos con el tiempo prosperado  
la sucesión y fruto deseado.

Cuando a seguir estés determinada  
el casto infrutuoso presupuesto,

mira a tus pies esta ciudad prostrada  
y al inocente cuello el lazo puesto,  
que por ti renunció la patria amada,  
debajo de promesa y de protesto  
que al descanso y quietud que pretendías  
el sosiego común antepondrías».

Sintió la Reina tanto al improviso  
la gran demanda y condición propuesta,  
que por más que encubrir la pena quiso,  
della el rostro señal dio manifiesta.  
Mas con su discreción y grande aviso,  
suspendiendo algún tanto la respuesta,  
soltó la voz serena y sosegada  
que la gran turbación tenía trabada,

diciéndoles: «Amigos, yo quisiera  
para que todo escándalo se evite,  
que responderos luego yo pudiera  
antes que Yarbás más nos necesite.  
Pero el negocio y caso es de manera  
que mi estado y grandeza no permite  
que me resuelva a responder tan presto  
aunque os parezca a todos que es honesto.

Que es mostrar liviandad y demás deso,  
falto a la obligación y fe que debo  
si del intento casto y voto espreso  
a la primera persuasión me muevo,  
borrando el inviolable sello impreso  
de mi primero amor con otro nuevo;  
así que combatida de contrarios,  
son el tiempo y consejo necesarios.

Tres meses pido, amigos, solamente  
para acordar lo que se debe en esto,  
y dar satisfacción de mí a la gente  
en no determinarme así tan presto;  
que el libertado vulgo maldiciente  
aun quiere calumniar lo que es honesto;  
y como instituidores de las leyes,  
tienen más ojos sobre sí los reyes.

Yarbás no se dará por enemigo  
en cuanto el fin de los tres meses llega,  
y pasado este término me obligo  
de responderle grata a lo que ruega.  
Tomar, pues, menos plazo del que digo  
mi honestidad y estimación lo niega  
y no conviene a Dido dar disculpa,  
que es indicio de error y arguye culpa».

Cerróse aquí la Reina, y fue forzado  
hacer con los de Yarbás nuevo asiento,  
que aguardasen el tiempo señalado  
para determinar el casamiento;  
los cuales, por el ruego del Senado  
y el gracioso hospedaje y tratamiento,  
quedaron en Cartago aquellos días  
con grandes regocijos y alegrías.

Y aunque el Senado en la demanda instaba  
por el provecho y general sosiego,  
la Reina la respuesta dilatava  
dando gratos oídos a su ruego;

y entre tanto en secreto aparejaba  
lo que tenía pensado desde luego,  
que era acabar la vida miserable,  
primero que mudar la fe inmutable.

Llegado aquel funesto último día,  
el pueblo en la ancha plaza congregado,  
ricamente la Reina se vestía,  
subiendo en un esento y alto estrado,  
al pie del cual una hoguera había  
para la inmola y sacrificio usado,  
de donde a los atentos circunstantes  
les dijo las palabras semejantes:

«¡Oh fieles compañeros, que contino  
en todos los trabajos lo mostrastes,  
que por seguir mis hados y camino,  
vuestras casas y patria renunciastes!  
Hoy la fortuna y áspero destino,  
por el último fin de sus contrastes,  
me fuerzan a dejar a costa mía,  
vuestra cara y amable compañía.

«Si apartarme de amigos tan leales  
hace esta mi partida dolorosa,  
los consultados dioses celestiales  
no disponen ni pueden otra cosa.  
Y así, para desviar los grandes males  
que tienen a Cartago temerosa  
pues ponen en mis manos el remedio,  
quiero quitar la causa de por medio;

que pues del Cielo el áspero decreto  
de poder tener bien me inhabilita,  
y el ver a mi ciudad puesta en aprieto  
a quebrantar la fe me necesita,  
quiero cortar a Yrbas el sujeto  
del engañado amor que así le incita,  
dando a mi vida fin, pues deste modo,  
faltando la ocasión, cesará todo.

Esto será con darme yo la muerte  
y aunque os parezca este remedio extraño,  
es más fácil, más breve y menos fuerte  
y, en fin, particular y poco el daño;  
pues sin peligro vuestro desta suerte  
saldrá el errado Yrbas de su engaño  
y yo conservaré con más pureza  
del casto y viudo lecho la limpieza.

Hoy por el precio de una corta vida  
la vejación redimo de Cartago,  
dejando ejemplo y ley establecida  
que os obligue a hacer lo que yo hago;  
y con mi limpia sangre aquí esparcida  
al cielo y a la tierra satisfago  
pues muero por mi pueblo y guardo entera  
con inviolable amor la fe primera.

No lamentéis mi muerte anticipada  
pues el cielo la aprueba y soleniza,  
que una breve fatiga y muerte honrada,  
asegura la vida y la eterniza.  
Que si el cuchillo de la Parca airada  
al que quiere vivir le atemoriza,

no os debe de pesar si Dido muere,  
pues vive el que se mata cuanto quiere.

A Dios, a Dios, amigos, que ya os veo  
libres y a mi marido satisfecho...»  
Y no les dijo más con el deseo  
que tenía de acabar el fiero hecho.  
Así, llamando el nombre de Sicheo,  
se abrió con un puñal el casto pecho,  
dejándose caer de golpe luego  
sobre las llamas del ardiente fuego.

Fue su muerte sentida en tanto grado  
que gran tiempo en Cartago la lloraron,  
y en memoria del caso señalado,  
un sumptuoso templo le fundaron,  
donde con sacrificio y culto usado  
mientras las cosas prósperas duraron  
de aquella su ciudad ennoblecida,  
por diosa de la patria fue tenida.

Y aborreciendo el nombre de señores  
muerta la memorable reina Dido,  
por cien sabios ancianos senadores  
de allí adelante el pueblo fue regido;  
y creciendo el concurso y moradores  
vino a ser poderoso y tan temido  
que un tiempo a Roma en su mayor grandeza  
le puso en gran trabajo y estrechez.

Éste es el cierto y verdadero cuento  
de la famosa Dido disfamada,  
que Virgilio Marón sin miramiento,  
falsó su historia y castidad preciada  
por dar a sus ficiones ornamento;  
pues vemos que esta reina importunada,  
pudiéndose casar y no quemarse,  
antes quemarse quiso que casarse.

Iban todos atentos escuchando  
el extraño suceso peregrino,  
cuando al fuerte llegamos, acabando  
la historia juntamente y el camino.  
Y en él aquella noche reposando,  
venida la mañana nos convino  
procurar de tener con diligencia  
del buscado enemigo inteligencia.

Mas un indio que a caso inadvertido,  
fue de una escolta nuestra prisionero,  
hombre en las muestras de ánimo atrevido,  
suelto de manos y de pies ligero  
con promesas y dádivas vencido,  
dijo: «Yo me resuelvo y me profiero  
de daros llanamente hoy en la mano  
al grande General Caupolicano.

En un áspero bosque y espesura,  
nueve millas de Ongolmo desviado,  
está en un sitio fuerte por natura  
de ciénagas y fosos rodeado,  
donde por ser la tierra tan segura  
anda de solos diez acompañado,  
hasta que vuestra próspera creciente  
aplaque el gran furor de su corriente.

Por una estrecha y desusada vía,  
sin que pueda haber dello sentimiento,  
seré en la noche oscura yo la guía,  
llevando vuestra gente en salvamento;  
y antes que se descubra el claro día  
daréis en el oculto alojamiento,  
donde cumplir del todo yo me obligo,  
pena de la cabeza, lo que digo».

Fue la razón del mozo bien oída,  
viéndole en su promesa tan constante  
y así luego una escuadra prevenida  
de gente experta y número bastante  
para toda sospecha apercebida,  
llevando al indio amigo por delante,  
salió a la prima noche en gran secreto,  
con paso largo y caminar quieto.

Por una senda angosta e intrincada,  
subiendo grandes cuestas y bajando,  
del solícito bárbaro guiada,  
iba a paso tirado caminando;  
mas la oscura tiniebla adelgazada  
por la vecina aurora, reparando  
junto a un arroyo y pedregosa fuente,  
volvió el indio diciendo a nuestra gente:

Yo no paso adelante, ni es posible  
seguir este camino comenzado,  
que el hecho es grande y el temor terrible  
que me detiene el paso acobardado,  
imaginando aquel aspecto horrible  
del gran Caupolicán contra mí airado,  
cuando venga a saber que solo he sido  
el soldado traidor que le ha vendido.

Por este arroyo arriba, que es la guía  
aunque sin rastro alguno ni vereda,  
daréis presto en el sitio y ranchería  
que está en medio de un bosque y arboleda;  
y antes que aclare el ya vecino día,  
os dad prisa a llegar, porque no pueda  
la centinela descubrir del cerro  
vuestra venida oculta y mi gran yerro.

Yo me vuelvo de aquí pues he cumplido  
dejándoos, como os dejo, en este puesto,  
adonde salvamente os he traído  
poniéndome a peligro manifiesto;  
y pues al punto justo habéis venido,  
os conviene dar prisa y llegar presto,  
que es irrecuperable y peligrosa  
la pérdida del tiempo en toda cosa.

Y si sienten rumor desta venida,  
el sitio es ocupado y peñascoso,  
fácil y sin peligro la huida  
por un derrumbadero montuoso:  
mirad que os daña ya la detenida,  
seguid hoy vuestro hado venturoso,  
que menos de una milla de camino  
tenéis al enemigo ya vecino».

No por caricia, oferta ni promesa

quiso el indio mover el pie adelante,  
ni amenaza de muerte o vida o presa  
a sacarle del tema fue bastante;  
y viendo el tiempo corto y que la priesa  
les era a la sazón tan importante,  
dejándole amarrado a un grueso pino,  
la relación siguieron y camino.

Al cabo de una milla y a la entrada  
de un arcabuco lóbrego y sombrío,  
sobre una espesa y áspera quebrada  
dieron en un pajizo y gran bohío;  
la plaza en derredor fortificada  
con un despeñadero sobre un río,  
y cerca dél, cubiertas de espadañas,  
chozas, casillas, ranchos y cabañas.

La centinela en esto, descubriendo  
de la punta de un cerro nuestra gente,  
dio la voz y señal, apercibiendo  
al descuidado general valiente;  
pero los nuestros en tropel corriendo  
le cercaron la casa de repente,  
saltando el fiero bárbaro a la puerta,  
que ya a aquella sazón estaba abierta.

Mas viendo el paso en torno embarazado  
y el presente peligro de la vida,  
con un martillo fuerte y acerado  
quiso abrir a su modo la salida;  
y alzándole a dos manos, empinado,  
por dalle mayor fuerza a la caída,  
topó una viga arriba atravesada  
do la punta encarnó y quedó trabada;

pero un soldado a tiempo atravesando  
por delante, acercándose a la puerta,  
le dio un golpe en el brazo, penetrando  
los músculos y carne descubierta;  
en esto el paso el indio retirando,  
visto el remedio y la defensa incierta,  
amonestó a los suyos que se diesen,  
y en ninguna manera resistiesen.

Salió fuera sin armas, requiriendo  
que entrasen en la estancia asegurados,  
que eran pobres soldados, que huyendo  
andaban de la guerra amedrentados;  
y así con priesa y turbación, temiendo  
ser de los forajidos salteados,  
a la ocupada puerta había salido,  
de las usadas armas prevenido.

Entraron de tropel, donde hallaron  
ocho o nueve soldados de importancia  
que, rendidas las armas, se entregaron  
con muestras aparentes de inorancia.  
Todos atrás las manos los ataron  
repartiendo el despojo y la ganancia,  
guardando al capitán disimulado  
con dobladas prisiones y cuidado,

que aseguraba con sereno gesto  
ser un bajo soldado de linaje,  
pero en su talle y cuerpo bien dispuesto,

daba muestra de ser gran personaje.  
Gastóse algún espacio y tiempo en esto,  
tomando de los otros más lenguaje,  
que todos contestaban que era un hombre  
de estimación común y poco nombre.

Ya entre los nuestros a gran furia andaba  
el permitido robo y grita usada,  
que rancho, casa y choza no quedaba  
que no fuese deshecha y saqueada,  
cuando de un toldo, que vecino estaba  
sobre la punta de la gran quebrada,  
se arroja una mujer, huyendo apriesa  
por lo más agrio de la breña espesa.

Pero alcanzóla un negro a poco trecho  
que tras ella se echó por la ladera,  
que era intricado el paso y muy estrecho,  
y ella no bien usada en la carrera.  
Llevaba un mal envuelto niño al pecho  
de edad de quince meses, el cual era  
prenda del preso padre desdichado,  
con grande extremo dél y della amado.

Trújola el negro suelta, no entendiendo  
que era presa y mujer tan importante;  
en esto ya la gente iba saliendo  
al tino del arroyo resonante,  
cuando la triste palla descubriendo  
al marido que preso iba adelante,  
de sus insignias y armas despojado,  
en el montón de la canalla atado,

no reventó con llanto la gran pena  
ni de flaca mujer dio allí la muestra,  
antes de furia y viva rabia llena,  
con el hijo delante se le muestra  
diciendo: «La robusta mano ajena  
que así ligó tu afeminada diestra  
más clemencia y piedad contigo usara  
si ese cobarde pecho atravesara.

¿Eres tú aquel varón que en pocos días  
hinchó la redondez de sus hazañas,  
que con sólo la voz temblar hacías  
las remotas naciones más estrañas?  
¿Eres tú el capitán que prometías  
de conquistar en breve las Españas,  
y someter el ártico hemisferio  
al yugo y ley del araucano imperio?

¡ Ay, de mí! ¡ Cómo andaba yo engañada  
con mi altiveza y pensamiento ufano,  
viendo que en todo el mundo era llamada  
Fresia, mujer del gran Caupolicano!  
Y agora miserable y desdichada  
todo en un punto me ha salido vano,  
viéndote prisionera en un desierto,  
pudiendo haber honradamente muerto.

¿Qué son de aquellas pruebas peligrosas,  
que así costaron tanta sangre y vidas,  
las empresas difíciles dudosas  
por ti con tanto esfuerzo acometidas?  
¿Qué es de aquellas vitorias gloriosas

de esos atados brazos adquiridas?  
¿Todo al fin ha parado y se ha resuelto  
en ir con esa gente infame envuelto?

Dime: ¿faltóte esfuerzo, faltó espada  
para triunfar de la mudable diosa?  
¿No sabes que una breve muerte honrada  
hace inmortal la vida y gloriosa?  
Miraras a esta prenda desdichada,  
pues que de ti no queda ya otra cosa,  
que yo, apenas la nueva me viniera,  
cuando muriendo alegre te siguiera.

Toma, toma tu hijo, que era el ñudo  
con que el lícito amor me había ligado;  
que el sensible dolor y golpe agudo  
estos fértiles pechos han secado.  
Cría, críale tú que ese membrudo  
cuerpo en sexo de hembra se ha trocado;  
que yo no quiero título de madre  
del hijo infame del infame padre».

Diciendo esto, colérica y rabiosa,  
el tierno niño le arrojó delante,  
y con ira frenética y furiosa  
se fue por otra parte en el instante.  
En fin, por abreviar, ninguna cosa  
(de ruegos, ni amenazas) fue bastante  
a que la madre ya cruel volviese  
y el inocente hijo recibiese.

Diéronle nueva madre y comenzaron  
a dar la vuelta y a seguir la vía,  
por la cual a gran priesa caminaron  
recobrando al pasar la fida guía  
que atada al tronco por temor dejaron;  
y en larga escuadra al declinar del día  
entraron en la plaza embanderada  
con gran aplauso y alardosa entrada.

Hízose con los indios diligencia  
por que con más certeza se supiese  
si era Caupolicán, que su apariencia  
daba claros indicios que lo fuese;  
pero ni ausente dél ni en su presencia  
hubo entre tantos uno que dijese  
que era más que un incógnito soldado  
de baja estofa y sueldo moderado.

Aunque algunos, después más animados,  
cuando en particular los apretaban,  
de su cercana muerte asegurados,  
el sospechado engaño declaraban.  
Pero luego delante dél llevados,  
con medroso temblor se retrataban,  
negando la verdad ya comprobada,  
por ellos en ausencia confesada.

Mas viéndose apretado y peligroso  
y que encubrirse al cabo no podía,  
dejando aquel remedio infrutuoso,  
quiso tentar el último que había;  
y así, llamando al capitán Reynoso,  
que luego vino a ver lo que quería,  
le dijo con sereno y buen semblante

lo que dirán mis versos adelante.

## Canto XXXVIII

*Habla Caupolicán a Reynoso y, sabiendo que ha de morir, se vuelve cristiano; muere de miserable muerte aunque con ánimo esforzado. Los araucanos se juntan a la elección del nuevo general. Manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal*

¡Oh vida miserable y trabajosa  
a tantas desventuras sometida!  
¡Prosperidad humana sospechosa  
pues nunca hubo ninguna sin caída!  
¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa  
que no sea amarga al cabo y desabrida?  
No hay gusto, no hay placer sin su descuento,  
que el deajo, del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido  
a quien la vida larga ha deslustrado,  
que el mundo los hubiera preferido  
si la muerte se hubiera anticipado:  
Aníbal desto buen ejemplo ha sido  
y el Cónsul que en Farsalia derrocado  
perdió por vivir mucho, no el segundo,  
mas el lugar primero deste mundo.

Esto confirma bien Caupolicano,  
famoso capitán y gran guerrero,  
que en el término américo-indiano  
tuvo en las armas el lugar primero;  
mas cargóle Fortuna así la mano  
(dilatándole el término postrero),  
que fue mucho mayor que la subida  
la miserable y súbita caída.

El cual, reconociendo que su gente  
vacilando en la fe titubeaba,  
viendo que ya la próspera creciente  
de su fortuna apriesa declinaba,  
hablar quiso a Reynoso claramente;  
que venido a saber lo que pasaba,  
presente el congregado pueblo todo,  
habló el bárbaro grave deste modo:

«Si a vergonzoso estado reducido  
me hubiera el duro y áspero destino,  
y si esta mi caída hubiera sido  
debajo de hombre y capitán indino,  
no tuve así el brazo desfallecido  
que no abriera a la muerte yo camino  
por este propio pecho con mi espada,  
cumpliendo el curso y mísera jornada;

«mas juzgándote digno y de quien puedo  
recebir sin vergüenza yo la vida  
lo que de mí pretendes te concedo  
luego que a mí me fuere concedida;  
ni pienses que a la muerte tengo miedo,  
que aquesa es de los prósperos temida,  
y en mí por esperiencia he probado,  
cuán mal le está el vivir al desdichado.

Yo soy Caupolicán, que el hado mío

por tierra derrocó mi fundamento,  
y quien del araucano señorío  
tiene el mando absoluto y regimiento.  
La paz está en mi mano y albedrío  
y el hacer y afirmar cualquier asiento  
pues tengo por mi cargo y providencia  
toda la tierra en freno y obediencia,

Soy quien mató a Valdivia en Tucapeló,  
y quien dejó a Purén desmantelado;  
soy el que puso a Penco por el suelo  
y el que tantas batallas ha ganado;  
pero el revuelto ya contrario cielo,  
de vitorias y triunfos rodeado,  
me ponen a tus pies a que te pida  
por un muy breve término la vida.

Cuando mi causa no sea justa, mira  
que el que perdona más es más clemente  
y si a venganza la pasión te tira,  
pedirte yo la vida es suficiente.  
Aplaca el pecho airado, que la ira  
es en el poderoso impertinente;  
y si en darme la muerte estás ya puesto,  
especie de piedad es darla presto.

No pienses que aunque muera aquí a tus manos,  
ha de faltar cabeza en el Estado,  
que luego habrá otros mil Caupolicanos  
mas como yo ninguno desdichado;  
y pues conoces ya a los araucanos,  
que dellos soy el mínimo soldado,  
tentar nueva fortuna error sería  
yendo tan cuesta abajo ya la mía.

Mira que a muchos vences en vencerte,  
frena el ímpetu y cólera dañosa:  
que la ira examina al varón fuerte,  
y el perdonar, venganza es generosa.  
La paz común destruyes con mi muerte,  
suspende ahora la espada rigurosa,  
debajo de la cual están a una  
mi desnuda garganta y tu fortuna.

Aspira a más y a mayor gloria atiende,  
no quieras en poca agua así anegarte,  
que lo que la fortuna aquí pretende,  
sólo es que quieras della aprovecharte.  
Conoce el tiempo y tu ventura entiende,  
que estoy en tu poder, ya de tu parte,  
y muerto no tendrás de cuanto has hecho,  
sino un cuerpo de un hombre sin provecho.

Que si esta mi cabeza desdichada  
pudiera, ¡oh capitán! satisfacerte,  
tendiera el cuello a que con esa espada  
remataras aquí mi triste suerte;  
pero deja la vida condenada  
el que procura apresurar su muerte,  
y más en este tiempo, que la mía  
la paz universal perturbaría.

Y pues por la esperiencia claro has visto,  
que libre y preso, en público y secreto,  
de mis soldados soy temido y quisto,

y está a mi voluntad todo sujeto,  
haré yo establecer la ley de Christo,  
y que, sueltas las armas, te prometo  
vendrá toda la tierra en mi presencia  
a dar al Rey Felipe la obediencia.

Tenme en prisión segura retirado  
hasta que cumpla aquí lo que pusiere;  
que yo sé que el ejército y Senado  
en todo aprobarán lo que hiciere.  
Y el plazo puesto y término pasado,  
podré también morir, si no cumpliere:  
escoge lo que más te agrada desto,  
que para ambas fortunas estoy presto».

No dijo el indio más, y la respuesta  
sin turbación mirándole atendía,  
y la importante vida o muerte presta  
callando con igual rostro pedía;  
que por más que fortuna contrapuesta  
procuraba abatirle, no podía,  
guardando, aunque vencido y preso, en todo  
cierto término libre y grave modo.

Hecha la confesión, como lo escribo,  
con más rigor y priesa que advertencia,  
luego a empalar y asaetearle vivo  
fue condenado en pública sentencia.  
No la muerte y el término excesivo  
causó en su gran semblante diferencia,  
que nunca por mudanzas vez alguna  
pudo mudarle el rostro la fortuna,

Pero mudóle Dios en un momento,  
obrando en él su poderosa mano  
pues con lumbré de fe y conocimiento  
se quiso bautizar y ser christiano.  
Causó lástima y junto gran contento  
al circunstante pueblo castellano,  
con grande admiración de todas gentes  
y espanto de los bárbaros presentes.

Luego aquel triste, aunque felice día,  
que con solemnidad le bautizaron,  
y en lo que el tiempo escaso permitía  
en la fe verdadera le informaron,  
cercado de una gruesa compañía  
de bien armada gente le sacaron  
a padecer la muerte consentida,  
con esperanza ya de mejor vida.

Descalzo, destocado, a pie, desnudo,  
dos pesadas cadenas arrastrando,  
con una soga al cuello y grueso ñudo,  
de la cual el verdugo iba tirando,  
cercado en torno de armas y el menudo  
pueblo detrás, mirando y remirando  
si era posible aquello que pasaba  
que, visto por los ojos, aún dudaba.

Desta manera, pues, llegó al tablado,  
que estaba un tiro de arco del asiento  
media pica del suelo levantado,  
de todas partes a la vista esento;  
donde con el esfuerzo acostumbrado,

sin mudanza y señal de sentimiento,  
por la escala subió tan desenvuelto  
como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo más alto, revolviendo  
a un lado y otro la serena frente,  
estuvo allí parado un rato viendo  
el gran concurso y multitud de gente,  
que el increíble caso y estupendo  
atónita miraba atentamente,  
teniendo a maravilla y gran espanto  
haber podido la fortuna tanto.

Llegóse él mismo al palo donde había  
de ser la atroz sentencia ejecutada  
con un semblante tal, que parecía  
tener aquel terrible trance en nada,  
diciendo: «Pues el hado y suerte mía  
me tienen esta muerte aparejada,  
venga, que yo la pido, yo la quiero  
que ningún mal hay grande, si es postrero».

Luego llegó el verdugo diligente,  
que era un negro gelofa, mal vestido,  
el cual viéndole el bárbaro presente  
para darle la muerte prevenido,  
bien que con rostro y ánimo paciente  
las afrentas de más había sufrido,  
sufrir no pudo aquélla, aunque postrera,  
diciendo en alta voz desta manera;

«¿Cómo que en cristiandad y pecho honrados  
cabe cosa tan fuera de medida,  
que a un hombre como yo tan señalado  
le dé muerte una mano así abatida?  
Basta, basta morir al más culpado,  
que al fin todo se paga con la vida;  
y es usar deste término conmigo  
inhumana venganza y no castigo.

«¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas  
contra mí se arrancaron a porfía,  
que usada a nuestras míseras gargantas,  
cercenara de un golpe aquesta mía?  
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas  
maneras la fortuna en este día  
acabar no podrá que bruta mano  
toque al gran General Caupolicano».

Esto dicho y alzando el pie derecho  
(aunque de las cadenas impedido)  
dio tal coz al verdugo que gran trecho  
le echó rodando abajo mal herido;  
reprehendido el impaciente hecho,  
y él del súbito enojo reducido,  
le sentaron después con poca ayuda  
sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante  
por más que las entrañas le rompiese  
barrenándole el cuerpo, fue bastante  
a que al dolor intenso se rindiese:  
que con sereno término y semblante,  
sin que labrio ni ceja retorciese,  
sosegado quedó de la manera

que si asentado en tálamo estuviera.

En esto, seis flecheros señalados,  
que prevenidos para aquello estaban  
treinta pasos de trecho, desviados  
por orden y de espacio le tiraban;  
y aunque en toda maldad ejercitados,  
al despedir la flecha vacilaban,  
temiendo poner mano en un tal hombre  
de tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas Fortuna cruel, que ya tenía  
tan poco por hacer y tanto hecho,  
si tiro alguno avieso allí salía,  
forzando el curso le traía derecho  
y en breve, sin dejar parte vacía,  
de cien flechas quedó pasado el pecho,  
por do aquel grande espíritu echó fuera,  
que por menos heridas no cupiera.

Paréceme que siento enternecido  
al mas cruel y endurecido oyente  
deste bárbaro caso referido  
al cual, Señor, no estuve yo presente,  
que a la nueva conquista había partido  
de la remota y nunca vista gente;  
que si yo a la sazón allí estuviera,  
la cruda ejecución se suspendiera.

Quedó abiertos los ojos y de suerte  
que por vivo llegaban a mirarle,  
que la amarilla y afeada muerte  
no pudo aún puesto allí desfigurarle.  
Era el miedo en los bárbaros tan fuerte  
que no osaban dejar de respetarle,  
ni allí se vio en alguno tal denuedo,  
que puesto cerca dél no hubiese miedo.

La voladora fama presurosa  
derramó por la tierra en un momento  
la no pensada muerte ignominiosa,  
causando alteración y movimiento.  
Luego la turba, incrédula y dudosa,  
con nueva turbación y desatiento  
corre con priesa y corazón incierto  
a ver si era verdad que fuese muerto.

Era el número tanto que bajaba  
del contorno y distrito comarcano,  
que en ancha y apiñada rueda estaba  
siempre cubierto el espacio llano.  
Crédito allí a la vista no se daba  
si ya no le tocaban con la mano  
y aún tocado, después les parecía  
que era cosa de sueño o fantasía.

No la afrentosa muerte impertinente  
para temor del pueblo esecutada  
ni la falta de un hombre así eminente  
(en que nuestra esperanza iba fundada)  
amedrentó ni acobardó la gente;  
antes de aquella injuria provocada  
a la cruel satisfacción aspira,  
llena de nueva rabia y mayor ira.

Unos con sed rabiosa de venganza  
por la afrenta y oprobio recibido,  
otros con la codicia y esperanza  
del oficio y bastón ya pretendido,  
antes que sosegase la tardanza  
el ánimo del pueblo removido,  
daban calor y fuerzas a la guerra  
incitando a furor toda la tierra.

Si hubiese de escribir la bravería  
de Tucapel, de Rengo y Lepomande,  
Orompello, Lincoya y Lebopía,  
Purén, Cayocupil y Mareande,  
en un espacio largo no podría  
y fuera menester libro más grande,  
que cada cual con hervoroso afecto  
pretende allí y aspira a ser electo.

Pero el cacique Colocolo, viendo  
el daño de los muchos pretendientes,  
como prudente y sabio conociendo  
pocos para el gran cargo suficientes,  
su anciana gravedad interponiendo  
les hizo mensajeros diligentes  
para que se juntasen a consulta  
en lugar apartado y parte oculta.

Los que abreviar el tiempo deseaban,  
luego para la junta se aprestaron,  
y muchos, recelando que tardaban,  
la diligencia y paso apresuraron;  
otros que a otro camino enderezaban,  
por no se declarar no rehusaron,  
siguiendo sin faltar un hombre solo  
el sabio parecer de Colocolo.

Fue entre ellos acordado que viniesen  
solos, a la ligera, sin bullicio,  
porque los enemigos no tuviesen  
de aquella nueva junta algún indicio,  
haciendo que de todas partes fuesen  
indios que con industria y artificio  
instasen en la paz siempre ofrecida,  
con muestra humilde y contrición fingida.

El plazo puesto y sitio señalado  
en un cómodo valle y escondido,  
la convocada gente del Senado  
al término llegó constituido;  
y entre ellos Tucapel determinado  
do por bien o por mal ser elegido,  
y otros que con menores fundamentos,  
mostraban sus preñados pensamientos.

Siento fraguarse nuevas disensiones,  
moverse gran discordia y diferencia,  
hervir con ambición los corazones,  
brotar el odio antiguo y competencia;  
variar los designios y opiniones  
sin manera o señal de conveniencia,  
fundando cada cual su desvarío  
en la fuerza del brazo y albedrío.

Entrados, como digo, en el consejo,  
los caciques y nobles congregados,

todos con sus insignias y aparejo,  
según su antigua preeminencia armados,  
Colocolo, sagaz y cauto viejo,  
viéndolos en los rostros demudados,  
aunque aguardaba a la sazón postrera,  
adelantó la voz desta manera.

Pero si no os cansáis, Señor, primero  
que os diga lo que dijo Colocolo,  
tomar otro camino largo quiero  
y volver el designio a nuestro polo.  
Que aunque a deciros mucho me profiero,  
el sujeto que tomo basta solo  
a levantar mi baja voz cansada  
de materia hasta aquí necesitada.

Mas si me dais licencia yo querría  
(para que más a tiempo esto refiera)  
alcanzar, si pudiese, a don García  
aunque es diversa y larga la carrera;  
el cual en el turbado reino había  
reformado los pueblos de manera  
que puso con solícito cuidado  
la justicia y gobierno en buen estado.

Pasó de Villarrica el fértil llano  
que tiene al sur el gran volcán vecino,  
fragua (según afirman) de Vulcano,  
que regoldando fuego está contino.  
De allí volviendo por la diestra mano,  
visitando la tierra al cabo vino  
al ancho lago y gran desagadero,  
término de Valdivia y fin postrero,

donde también llegué, que sus pisadas  
sin descansar un punto voy siguiendo,  
y de las más ciudades convocadas  
iban gentes en número acudiendo  
pláticas en conquistas y jornadas;  
y así el tumulto bélico creciendo  
en sordo són confuso ribombaba  
y el vecino contorno amedrentaba;

que arrebatado del ligero viento,  
y por la fama lejos esparcido,  
hirió el desapacible y duro acento  
de los remotos indios el oído;  
los cuales, con turbado sentimiento,  
huyen del nuevo y fiero són temido  
cual medrosas ovejas derramadas  
del aullido del lobo amedrentadas.

Nunca el oscuro y tenebroso velo  
de nubes congregadas de repente,  
ni presto rayo que rasgando el cielo  
baja tronando envuelto en llama ardiente,  
ni terremoto cuando tiembla el suelo,  
turba y atemoriza así la gente,  
como el horrible estruendo de la guerra  
turbó y amedrentó toda la tierra.

Quién sin duda publica que ya entraban  
destruyendo ganados y comidas;  
quién que la tierra y pueblos saqueaban  
privando a los caciques de las vidas;

quién que a las nobles dueñas deshonraban  
y forzaban las hijas recogidas,  
haciendo otros insultos y maldades  
sin reservar lugar, sexo ni edades.

Crece el desorden, crece el desconcierto  
con cada cosa que la fama aumenta,  
teniendo y afirmando por muy cierto  
cuanto el triste temor les representa.  
Sólo el salvarse les parece incierto  
y esto los atribula y atormenta;  
allá corren gritando, acá revuelven,  
todo lo creen y en nada se resuelven.

Mas luego que el temor desatinado  
que la gente llevaba derramada  
dejó en ella lugar desocupado  
por donde la razón hallase entrada,  
el atónito pueblo reportado,  
su total perdición considerada,  
se junta a consultar en este medio  
las cosas importantes al remedio.

Hallóse en este vario ayuntamiento  
Tunconabala, plático soldado,  
persona de valor y entendimiento,  
en la araucana escuela dotrinado,  
que por cierta quistión y acaecimiento  
de su tierra y parientes desterrados,  
se redujo a doméstico ejercicio,  
huyendo el trato bélico y bullicio.

El cual, viendo en el pueblo diferente  
el miedo grande y confusión que había,  
pues sin oír trompeta ni ver gente  
le espantaba su misma vocería,  
en un lugar capaz y conveniente  
junta toda la noble compañía.  
Sosegado el rumor y alteraciones,  
les comenzó a decir estas razones:

«Escusado es, amigos, que yo os diga  
el peligroso punto en que nos vemos  
por esta gente pérfida enemiga  
que ya, cierto, a las puertas la tenemos;  
pues el temor que a todos nos fatiga,  
nos apremia y constriñe a que entreguemos  
la libertad y casas al tirano,  
dándole entrada libre y paso llano.

«¿A qué fosado muro o antepecho,  
a qué fuerza o ciudad, a qué castillo  
os podéis retirar en este estrecho,  
que baste sola una hora a resistillo?  
Si queréis hacer rostro y mostrar pecho,  
desnudo le ofrecemos al cuchillo,  
pues nos coge esta furia repentina  
sin armas, capitán, ni diciplina.

«Que estos barbudos crueles y terribles  
del bien universal usurpadores,  
son fuertes, poderosos, invencibles,  
y en todas sus empresas, vencedores;  
arrojan rayos con estruendo horribles,  
pelean sobre animales corredores,

grandes, bravos, feroces y alentados,  
de solo el pensamiento gobernados.

Y pues contra sus armas y fiereza  
defensa no tenéis de fuerza o muro,  
la industria ha de suplir nuestra flaqueza  
y, prevenir con tiempo el mal futuro;  
que mostrando doméstica llaneza  
les podéis prometer paso seguro,  
como a nación vecina y gente amiga,  
que la promesa en daño a nadie obliga,

haciendo en este tiempo limitado  
retirar con silencio y buena maña  
la ropa, provisiones y ganado  
al último rincón de la montaña,  
dejando el alimento tan tasado,  
que vengan a entender que esta campaña  
es estéril, es seca y mal templada,  
de gente pobre y mísera habitada.

Porque estos insaciables avarientos,  
viendo la tierra pobre y poca presa,  
sin duda mudarán los pensamientos  
dejando por inútil esta empresa;  
y la falta de gente y bastimentos  
los echará deste distrito apriesa,  
guiados por la breña y gran recuesto  
de do quizá no volverán tan presto.

Tenéis de Ancud el Paso y estrechez  
cerrado de peñascos y jarales,  
por do quiso impedir naturaleza  
el trato a los vecinos naturales;  
cuya espesura grande y aspereza  
aún no pueden romper los animales,  
y las aves alígeras del cielo  
sienten trabajo en el pasarle a vuelo.

«Llevados por aquí, sin duda creo  
que viendo el alto monte peligroso  
corregirán el ímpetu y deseo,  
volviendo atrás el paso presuroso.  
Y si quieren buscar algún rodeo,  
desviarse de aquí será forzoso,  
dejando esta región por miserable  
libre de su insolencia intolerable.

Y aunque la libertad y vida mía  
sé que corre peligro en el viaje,  
con rústica y desnuda compañía  
salir quiero a encontrarlos al pasaje,  
y fingiendo ignorancia y alegría,  
vestido de grosero y pobre traje,  
ofrecerles en don una miseria  
que arguya y dé a entender nuestra laceria.

Quizá viendo el trabajo y poco fruto  
que se puede esperar de la pobreza,  
la estéril tierra y mísero tributo,  
el linaje de gente y rustiqueza,  
mudarán el intento resolutivo  
que es de buscar haciendas y riqueza,  
haciéndoles volver con maña y arte  
las armas y designios a otra parte».

No acabó su razón el indio cuando  
se levantó un rumor entre la gente  
el parecer a voces aprobando,  
sin mostrarse ninguno diferente;  
y así la ejecución apresurando  
en lo ya consultado conveniente,  
corrieron al efeto, retirados  
los muebles, vituallas y ganados.

Ya el español con la presteza usada  
al último confín había venido,  
dando remate a la postrer jornada  
del límite hasta allí constituido;  
y puesto el pie en la raya señalada,  
el presuroso paso suspendido,  
dijo (si ya escucharlo no os enoja)  
lo que el canto dirá, vuelta la hoja.

## Canto XXXV

*Entran los españoles en demanda de la nueva tierra. Sádeles al paso Tunconabala; persuádeles a que se vuelvan pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guía que los lleva por grandes despeñaderos, donde pasaron terribles trabajos*

¿Qué cerros hay que el interés no allana  
y qué dificultad que no la rompa?  
¿Qué pecho fiel, qué voluntad tan sana,  
que éste no le inficione y la corrompa?  
Destruye el trato de la vida humana,  
no hay orden que no altere y la interrompa,  
ni estrecha entrada ni cerrada puerta  
que no la facilite y deje abierta.

Éste de parentescos y hermandades  
desata el nudo y vínculo más fuerte,  
vuelve en enemistad las amistades  
y el grato amor en desamor convierte;  
inventor de desastres y maldades,  
tropella a la razón, cambia la suerte,  
hace al hielo caliente, al fuego frío  
y hará subir por una cuesta un río.

Así por mil peligros y derrotas,  
golfos profundos, mares no sulcados,  
hasta las partes últimas ignotas  
trujo sin descansar tantos soldados,  
y por vías estériles remotas  
del interés incitador llevados,  
piensan escudriñar cuanto se encierra  
en el círculo inmenso de la tierra.

Dije que don García había arribado  
con práctica y, lucida compañía  
al término de Chile señalado  
de do nadie jamás pasado había;  
y en medio de la raya el pie afirmado,  
que los dos nuevos mundos dividía,  
presente yo y atento a las señales,  
las palabras que dijo fueron tales:

«Nación a cuyos pechos invencibles  
no pudieron poner impedimentos  
peligros y trabajos insufribles,  
ni airados mares, ni contrarios vientos,  
ni otros mil contrapuestos imposibles,  
ni la fuerza de estrellas ni elementos,  
que rompiendo por todo habéis llegado,  
al término de orbe limitado:

«veis otro nuevo mundo, que encubierto  
los cielos hasta agora le han tenido,  
el difícil camino y paso abierto  
a sólo vuestros brazos concedido;  
veis de tanto trabajo el premio cierto  
y cuanto os ha Fortuna prometido,  
que siendo de tan grande empresa autores,  
habéis de ser sin límite señores;

y la parlera fama discurriendo  
hasta el extremo y término postrero,

las antiguas hazañas refiriendo  
pondrá esta vuestra en el lugar primero;  
pues en dos largos mundos no cabiendo,  
venís a conquistar otro tercero,  
donde podrán mejor sin estrecharse  
vuestros ánimos grandes ensancharse.

Y pues es la sazón tan oportuna  
y poco necesarias las razones,  
no quiero detener vuestra fortuna,  
ni gastar más el tiempo en oraciones.  
Sús, tomad posesión todos a una  
desas nuevas provincias y regiones,  
donde os tienen los hados a la entrada  
tanta gloria y riqueza aparejada».

Luego pues de tropel toda la gente  
a la plática apenas detenida,  
pisó la nueva tierra libremente,  
jamás del extranjero pie batida;  
y con orden y paso diligente,  
por una angosta senda mal seguida,  
en larga retahila y ordenada,  
dimos principio a la primer jornada.

Caminamos sin rastro algunos días  
de sólo el tino por el sol guiados,  
abriendo pasos y cerradas vías  
rematadas en riscos despeñados;  
las mentirosas fugitivas guías  
nos llevaron por partes engañados,  
que parecía imposible al más gigante  
poder volver atrás ni ir adelante.

Ya del móvil primero arrebatado  
contra su curso el sol hacia el poniente,  
al mundo cuatro vueltas había dado  
calentando del pez la húmida frente,  
cuando al bajar de un áspero collado  
vimos salir diez indios de repente  
por entre un arcabuco y breña espesa,  
desnudos, en montón, trotando apriesa.

Del aire, de la lluvia y sol curtidos,  
cubiertos de un espeso y largo vello,  
pañetes cortos de cordel ceñidos,  
altos de pecho y de fornido cuello,  
la color y los ojos encendidos,  
las uñas sin cortar, largo el cabello,  
brutos campestres, rústicos salvajes,  
de fieras cataduras y visajes.

Venía un robusto viejo el delantero,  
al cual el medio cuerpo le cubría  
un roto manto de sayal grosero  
que mísera pobreza prometía.  
Este, pues, como dije allá primero,  
era Tunconabal, que pretendía  
mudar nuestros designios y opiniones  
con fingidos consejos y razones.

Fuimos luego sobre ellos, recelando  
ser gente de montaña fugitiva;  
mas ellos, nuestros pasos atajando,  
venían a más andar la cuesta arriba,

y al pie de una alta peña reparando  
por do un quebrado arroyo se derriba,  
todos nos aguardaron sin recelo,  
puestas sus flechas y arcos en el suelo.

Luego el anciano a voces y en estraña  
lengua de nuestro intérprete entendida  
dijo: «¡Oh gente infeliz, a esta montaña  
por falso engaño y relación traída,  
do la serpiente y áspera alimaña  
apenas sustentar pueden la vida,  
y adonde el hijo bárbaro nacido  
es de incultas raíces mantenido!

«¿Qué información siniestra, qué noticia  
incita así vuestro ánimo invencible?  
¿Qué dañado consejo o qué malicia  
os ha facilitado lo imposible?  
Frenad, aunque loable, esa cudicia  
que la empresa es difícil y terrible;  
y vais sin duda todos engañados  
a miserable muerte condenados,

«que cuando no encontréis gente de guerra  
que os ponga en el pasaje impedimento,  
hallaréis una sierra y otra sierra,  
y una espesura y otra y otras ciento,  
tanto que la aspereza de la tierra,  
por la falta de yerba y nutrimento  
y contagión del aire, no consiente  
en su esterilidad cosa viviente.

«Y aunque me veis en bruto transformado  
a la silvestre vida reducido,  
sabed que ya en un tiempo fui soldado,  
y que también las armas he vestido;  
así que por la ley que he profesado,  
viendo que va este ejército perdido,  
la lástima me mueve a aconsejaros  
que sin pasar de aquí, queráis tornaros;

que estas yermas campañas y espesuras  
hasta el frígido sur continuadas,  
han de ser el remate y sepulturas  
de todas vuestras prósperas jornadas.  
Mirad destos salvajes las figuras  
de quien son como fieras habitadas,  
y el fruto que nos dan escasamente,  
del cual os traigo un mísero presente».

En esto, de un fardel de ovas marinas  
a la manera de una red tejidas,  
sacó diversas frutas montesinas,  
duras, verdes, agrestes, desabridas,  
carne seca de fieras salvajinas  
y otras silvestres rústicas comidas;  
langosta al sol curada y lagartijas,  
con mil varias inmundas sabandijas.

Admirónos la forma y la estrañeza  
de aquella gente bárbara notable,  
la gran selvatiquez y rustiqueza,  
el fiero aspecto y término intratable.  
La espesura de montes y aspereza,  
y el fruto de aquel suelo miserable,

tierra yerma, desierta y despoblada,  
de trato y vecindad tan apartada.

Preguntámosle allí, si prosiguiendo  
la tierra, era delante montuosa;  
respondiéonos el viejo sonriendo  
ser más áspera, dura y más fragosa,  
y que si así la montaña iba creciendo  
que era imposible y temeraria cosa  
romper tanta maleza y espesura  
puesta allí por secreto de natura.

Pero visto nuestro ánimo ambicioso,  
que era de proseguir siempre adelante,  
y que el fingido aviso malicioso  
a volvernos atrás no era bastante,  
con un afecto tierno y amoroso,  
mostrando en lo exterior triste semblante,  
puesto un rato a pensar, afirmó cierto  
haber cerca otro paso más abierto;

que por la banda diestra del poniente  
dejando el monte del siniestro lado,  
había un rastro, cursado antiguamente,  
de la nacida yerba ya borrado,  
por do podía pasar salva la gente  
aunque era el trecho largo y despoblado,  
para lo cual él mismo nos daría  
una práctica lengua y fida guía.

Fue de nosotros esto bien oído,  
que alguna gente estaba ya dudosa,  
y el donoso presente recibido,  
también la recompensa fue donosa:  
un manto de algodón rojo teñido  
y una poblada cola de raposa,  
quince cuentas de vidrio de colores,  
con doce cascabeles sonadores.

La dádiva, del viejo agradecida,  
por ser joyas entre ellos estimadas,  
y la guía solícita venida  
con todas las más cosas aprestadas,  
pusimos en efeto la partida  
siguiéndonos los indios dos jornadas,  
dando vuelta después por otra senda,  
dejándonos el indio en encomienda.

La cual nos iba siempre asegurando  
gran riqueza, ganado y poblaciones,  
los ánimos estrechos ensanchando  
con falsas y engañosas relaciones,  
diciendo: «Cuando Febo volteando  
seis veces alumbrare estas regiones,  
os prometo, so pena de la vida,  
henchir del apetito la medida».

No sabré encarecer nuestra altiveza,  
los ánimos briosos y lozanos,  
la esperanza de bienes y riqueza,  
las vanas trazas y discursos vanos.  
El cerro, el monte, el risco y la aspereza  
eran caminos fáciles y llanos,  
y el peligro y trabajo exorbitante  
no osaban ya ponérsenos delante.

Íbamos sin cuidar de bastimentos  
por cumbres, valles hondos, cordelleras,  
fabricando en los llenos pensamientos,  
máquinas levantadas y quimeras.  
Así ufanos, alegres y contentos  
pasamos tres jornadas las primeras  
pero a la cuarta, al tramontar del día,  
se nos huyó la mentirosa guía.

El mal indicio, la sospecha cierta  
los ánimos turbó más esforzados  
viendo la falsa trama descubierta  
y los trabajos ásperos doblados;  
mas, aunque sin camino y en desierta  
tierra, del gran peligro amenazados  
y la hambre y fatiga todo junto,  
no pudo detenernos solo un punto.

Pasamos adelante, descubriendo  
siempre más arcabucos y breñales,  
la cerrada espesura y paso abriendo  
con hachas, con machetes y destrales;  
otros con pico y azadón rompiendo  
las peñas y arraigados matorrales,  
do el caballo hostigado y receloso  
afirmase seguro el pie medroso.

Nunca con tanto estorbo a los humanos  
quiso impedir el paso la natura  
y que así de los cielos soberanos,  
los árboles midiesen el altura,  
ni entre tantos peñascos y pantanos  
mezcló tanta maleza y espesura,  
como en este camino defendido,  
de zarzas, breñas y árboles tejido.

También el cielo en contra conjurado,  
la escasa y turbia luz nos encubría  
de espesas nubes lóbregas cerrado,  
volviendo en tenebrosa noche el día,  
y de granizo y tempestad cargado  
con tal furor el paso defendía,  
que era mayor del cielo ya la guerra  
que el trabajo y peligro de la tierra.

Unos presto socorro demandaban  
en las hondas malezas sepultados;  
otros, «¡ayuda!, ¡ayuda!», voceaban,  
en húmidos pantanos atascados;  
otros iban trepando, otros rodaban  
los pies, manos y rostros desollados,  
oyendo aquí y allí voces en vano,  
sin poderse ayudar ni dar la mano.

Era lástima oír los alaridos,  
ver los impedimentos y embarazos,  
los caballos sin ánimo caídos,  
destroncados los pies, rotos los brazos;  
nuestros sencillos débiles vestidos  
quedaban por las zarzas a pedazos;  
descalzos y desnudos, sólo armados,  
en sangre, lodo y en sudor bañados.

Y demás del trabajo incomfortable,

faltando ya el refresco y bastimento,  
la aquejadora hambre miserable  
las cuerdas apretaba del tormento;  
y el bien dudoso y daño indubitable  
desmayaba la fuerza y el aliento,  
cortando un dejativo sudor frío,  
de los cansados miembros todo el brío.

Pero luego también considerando  
la gloria que el trabajo aseguraba,  
el corazón los miembros reforzando,  
cualquier dificultad menospreciaba,  
y los fuertes opuestos contrastando  
todo lo por venir facilitaba,  
que el valor más se muestra y se parece  
cuando la fuerza de contrarios crece.

Así, pues, nuestro ejército rompiendo  
de sólo la esperanza alimentado,  
pasaba a puros brazos descubriendo  
el encubierto cielo deseado.  
Íbanse ya las breñas destejiendo,  
y el bosque de los árboles cerrado  
desviando sus ramas intrincadas  
nos daban paso y fáciles entradas.

Ya por aquella parte, ya por ésta  
la entrada de la luz desocupando,  
el yerto risco y empinada cuesta  
iban sus altas cumbre allanando;  
la espesa y congelada niebla opuesta,  
el grueso vapor húmido exhalando,  
así se adelgazaba y esparcía,  
que penetrar la vista ya podía.

Siete días perdidos anduvimos  
abriendo a hierro el impedido paso,  
que en todo aquel discurso no tuvimos  
do poder reclinar el cuerpo laso.  
Al fin una mañana descubrimos  
de Ancud el espacioso y fértil raso,  
y al pie del monte y áspera ladera  
un estendido lago y gran ribera.

Era un ancho arcipiélago, poblado  
de innumerables islas deleitosas,  
cruzando por el uno y otro lado  
góndolas y piraguas presurosas.  
Marinero jamás desesperado  
en medio de las olas fluctuosas  
con tanto gozo vio el vecino puerto,  
como nosotros el camino abierto.

Luego, pues, en un tiempo arrodillados,  
llenos de nuevo gozo y de ternura,  
dimos gracias a Dios, que así escapados  
nos vimos del peligro y desventura;  
y de tantas fatigas olvidados,  
siguiendo el buen suceso y la ventura,  
con esperanza y ánimo lozano  
salimos presto al agradable llano.

El enfermo, el herido, el estropeado,  
el cojo, el manco, el débil, el tullido,  
el desnudo, el descalzo, el desgarrado,

el desmayado, el flaco, el deshambrido  
quedó sano, gallardo y alentado,  
de nuevo esfuerzo y de valor vestido,  
pareciéndole poco todo el suelo  
y fácil cosa conquistar el cielo.

Mas con todo este esfuerzo, a la bajada  
de la ribera, en partes montuosa,  
hallamos la frutilla coronada  
que produce la murta virtuosa;  
y aunque agreste, montés, no sazónada,  
fue a tan buena sazón y tan sabrosa,  
que el celeste maná y ollas de Egipto  
no movieran mejor nuestro apetito.

Cual banda de langostas enviadas  
por plaga a veces del linaje humano,  
que en las espigas fértiles granadas  
con un sordo rozar no dejan grano,  
así pues en cuadrillas derramadas,  
suelta la gente por el ancho llano,  
dejaba los murtales más copados  
de fruta, rama, y hoja despojados.

A puñados la fruta unos comían  
de la hambre aquejados importuna;  
otros ramos y hojas engullían,  
no aguardando a cogerla una por una.  
Quien huye al repartir la compañía,  
buscando en lo escondido parte alguna  
donde comer la rama desgajada  
de las rapaces uñas escapada,

como el montón de las gallinas, cuando  
salen al campo del corral cerrado,  
aquí y allí solícitas buscando  
el trigo de la troj desperdiciado,  
que con los pies y picos escarbando,  
halla alguna el regojo sepultado,  
y alzándose con él, puesta en huida,  
es de las otras luego perseguida,

así aquel que arrebató buena parte,  
déste y de aquél aquí y allí seguido,  
huyendo se retira luego en parte  
donde pueda comer más escondido.  
Ninguno, si algo alcanza, lo reparte,  
que no era tiempo aquel de ser partido,  
ni allí la caridad, aunque la había,  
estenderse a los prójimos podía.

Estando con sabor desta manera  
gustando aquella rústica comida,  
llegó una corva góndola ligera  
de doce largos remos impelida,  
que zabordando recio en la ribera,  
la chusma diestra y gente apercebida  
saltaron luego en tierra sin recato  
con muestra de amistad y llano trato.

Más si queréis saber quién es la gente,  
y la causa de haber así arribado,  
no puedo aquí decíroslo al presente,  
que estoy del gran camino quebrantado.  
Así para sazón más conveniente

será bien que lo deje en este estado,  
porque pueda entretanto repararme  
y os dé menos fastidio el escucharme.

## Canto XXXVI

*Sale el cacique de la barca a tierra, ofrece a los españoles todo lo necesario para su viaje y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del arcipiélago; atraviésale don Alonso en una piragua con diez soldados; vuelven al alojamiento y de allí por otro camino a la Ciudad Imperial*

Quien muchas tierras vee, vee muchas cosas  
que las juzga por fábulas la gente;  
y tanto cuanto son maravillosas,  
el que menos las cuenta es más prudente;  
y aunque es bien que se callen las dudosas  
y no ponerme en riesgo así evidente,  
digo que la verdad hallé en el suelo  
por más que afirmen que es subida al cielo.

Estaba retirada en esta parte  
de todas nuestras tierras escluida,  
que la falsa cautela, engaño y arte  
aun nunca habían hallado aquí acogida;  
pero dejada esta materia aparte,  
volveré con la priesa prometida  
a la barca de chusma y gente llena  
que bogando embistió recio en la arena

donde un gracioso mozo bien dispuesto  
con hasta quince en número venía:  
crespo, de pelo negro y blanco gesto,  
que el principal de todos parecía,  
el cual con grave término modesto  
junta nuestra esparcida compañía,  
nos saludó cortés y alegremente,  
diciendo en lengua estraña lo siguiente:

Hombres o dioses rústicos, nacidos  
en estos sacros bosques y montañas,  
por celeste influencia producidos  
de sus cerradas y ásperas entrañas:  
¿por cuál caso o fortuna sois venidos  
por caminos y sendas tan estrañas  
a nuestros pobres y últimos rincones,  
libres de confusión y alteraciones?

Si vuestra pretensión y pensamiento  
es de buscar región más espaciosa,  
y en la prosecución de vuestro intento  
tenéis necesidad de alguna cosa,  
toda comodidad y aviamiento  
con mano larga y voluntad graciosa  
hallaréis francamente en el camino  
por todo el rededor circunvecino.

Y si queréis morar en esta tierra,  
tierra donde moréis aquí os daremos;  
si os aplice y os agrada más la sierra,  
allá seguramente os llevaremos;  
si queréis amistad, si queréis guerra,  
todo con ley igual os lo ofrecemos:  
escoged lo mejor que, a elección mía,  
la paz y la amistad escogería».

Mucho agradó la suerte, el garbo, el traje

del gallardo mancebo floreciente,  
el expedido término y lenguaje  
con que así nos habló bizarramente;  
el franco ofrecimiento y hospedaje,  
la buena traza y talle de la gente,  
blanca, dispuesta, en proporción fornida,  
de manto y floja túnica vestida;  
la cabeza cubierta y adornada  
con un capelo en punta rematado  
pendiente atrás la punta y derribada,  
a las ceñidas sienes ajustado,  
de fina lana de vellón rizada  
y el rizo de colores variados,  
que lozano y vistoso parecía  
señal de ser el clima y tierra fría.

Las gracias le rendimos de la oferta  
y voluntad graciosa que mostraba,  
ofreciendo también la nuestra cierta,  
que a su provecho y bien se enderezaba;  
pero al fin nuestra falta descubierta  
y lo mal que la hambre nos trataba,  
le pedimos refresco y vitualla  
debajo de promesa de pagalla.

Luego con voz y prisa diligente,  
vista la gran necesidad que había,  
mandó a su prevenida y pronta gente  
sacar cuanto en la góndola traía,  
repartiéndolo todo francamente  
por aquella hambrienta compañía,  
sin de nadie acetar solo un cabello,  
ni aun querer recibir las gracias dello.

Esforzados así desta manera,  
y también esforzada la esperanza,  
se comenzó a marchar por la ribera  
según nuestra costumbre, en ordenanza;  
y andada una gran legua, en la primera  
tierra que pareció cómoda estancia,  
cerca del agua, en reparado asiento  
hicimos el primer alojamiento.

No estaba nuestro campo aún asentado  
ni puestas en lugar las demás cosas,  
cuando de aquella parte y deste lado  
hendiendo por las aguas espumosas,  
cargadas de maíz, fruta y pescado  
arribaron piraguas presurosas,  
refrescando la gente desvalida,  
sin rescate, sin cuenta ni medida.

La sincera bondad y la caricia  
de la sencilla gente destas tierras  
daban bien a entender que la codicia  
aún no había penetrado aquellas sierras;  
ni la maldad, el robo y la injusticia  
(alimento ordinario de las guerras)  
entrada en esta parte habían hallado  
ni la ley natural inficionado.

Pero luego nosotros, destruyendo  
todo lo que tocamos de pasada,  
con la usada insolencia el paso abriendo

les dimos lugar ancho y ancha entrada;  
y la antigua costumbre corrompiendo,  
de los nuevos insultos estragada,  
plantó aquí la cudicia su estandarte  
con más seguridad que en otra parte.

Pasada aquella noche, el día siguiente,  
la nueva por las islas estendida,  
llegados dos caciques juntamente  
a dar el parabién de la venida  
con un largo y espléndido presente  
de refrescos y cosas de comida  
y una lanuda oveja y dos vicuñas  
cazadas en la sierra a puras uñas.

Quedábanse suspensos y admirados  
de ver hombres así no conocidos,  
blancos, rubios, espesos y barbados,  
de lenguas diferentes y vestidos.  
Miraban los caballos alentados  
en medio de la furia corregidos  
y más los espantaba el fiero estruendo  
del tiro de la pólvora estupendo.

Llevábamos el rumbo al sur derecho  
la torcida ribera costeano,  
siguiendo la derrota del Estrecho  
por los grados la tierra demarcando.  
Pero cuanto ganábamos de trecho,  
iba el gran arcipiélago ensanchado,  
descubriendo a distancias desviadas  
islas en grande número pobladas.

Salían muchos caciques al camino  
a vernos como a cosa milagrosa,  
pero ninguno tan escaso vino  
que no trujese en don alguna cosa:  
quién el vaso capaz de nácar fino,  
quién la piel del carnero vedijosa,  
quién el arco y carcaj, quién la bocina,  
quién la pintada concha peregrina.

Yo, que fui siempre amigo e inclinado  
a inquirir y saber lo no sabido,  
que por tantos trabajos arrastrado  
la fuerza de mi estrella me ha traído,  
de alguna gente moza acompañado  
en una presta góndola metido,  
pasé a la principal isla cercana,  
al parecer de tierra y gente llana.

Vi los indios, y casas fabricadas  
de paredes humildes y techumbres,  
los árboles y plantas cultivadas,  
las frutas, las semillas y legumbres;  
noté dellos las cosas señaladas,  
los ritos, ceremonias y costumbres,  
el trato y ejercicio que tenían  
y la ley y obediencia en que vivían.

Entré en otras dos islas, paseando  
sus pobladas y fértiles orillas,  
otras fui torno a torno rodeando  
cercado de domésticas barquillas,  
de quien me iba por puntos informando

de algunas nunca vistas maravillas,  
hasta que ya la noche y fresco viento  
me trujo a la ribera en salvamento.

Pues otro día que el campo caminaba,  
que de nuestro viaje fue el tercero,  
habiendo ya tres horas que marchaba  
hallamos por remate y fin postrero  
que el gran lago en el mar se desaguaba  
por un hondo y veloz desaguadero,  
que su corriente y ancha travesía  
el paso por allí nos impedía.

Cayó una gran tristeza, un gran nublado  
en el ánimo y rostro de la gente,  
viendo nuestro camino así atajado  
por el ancho raudal de la creciente;  
que los caballos de cabestro a nado  
no pudieran romper la gran corriente,  
ni la angosta piragua era bastante  
a comportar un peso semejante;  
y volver pues atrás, visto el terrible  
trabajo intolerable y excesivo,  
tenían según razón por imposible  
poder llegar en salvo un hombre vivo;  
quedar allí era cosa incompatible  
y temerario el ánimo y motivo  
de proseguir el comenzado curso  
contra toda opinión y buen discurso.

Viendo nuestra congoja y agonía  
un joven indio, al parecer ladino  
alegre se ofreció que nos daría  
para volver otro mejor camino;  
fue excesiva en algunos la alegría,  
y así dar vuelta luego nos convino,  
que ya el rígido invierno a los australes  
comenzaba a enviar recias señales.

Mas yo, que mis designios verdaderos  
eran de ver el fin desta jornada,  
con hasta diez amigos compañeros,  
gente gallarda, brava y arriscada,  
reforzando una barca de remeros  
pasé el gran brazo y agua arrebatada,  
llegando a zabordar, hechos pedazos,  
a puro remo y fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenosa,  
sin lengua, y sin noticia, a la ventura,  
áspera al caminar y pedregosa,  
a trechos ocupada de espesura;  
mas visto que la empresa era dudosa  
y que pasar de allí sería locura,  
dimos la vuelta luego a la piragua,  
volviendo atravesar la furiosa agua.

Pero yo por cumplir el apetito  
que era poner el pie más adelante,  
fingiendo que marcaba aquel distrito,  
cosa al descubridor siempre importante,  
corrí una media milla do un escrito  
quise dejar para señal bastante,  
y en el tronco que vi de más grandeza

escribí con un cuchillo en la corteza:  
Aquí llegó, donde otro no ha llegado,  
don Alonso de Ercilla, que el primero  
en un pequeño barco deslastrado,  
con solos diez pasó el desaguadero  
el año de cincuenta y ocho entrado  
sobre mil y quinientos, por hebrero,  
a las dos de la tarde, el postrer día,  
volviendo a la dejada compañía.

Llegando, pues, al campo, que aguardando  
para partir nuestra venida estaba,  
que el riguroso invierno comenzando,  
la desierta campaña amenazaba,  
el indio amigo práctico guiando,  
la gente alegre el paso apresuraba,  
pareciendo el camino, aunque cerrado,  
fácil con la memoria del pasado.

Cumplió el bárbaro isleño la promesa  
que siempre en su opinión estuvo fijo,  
y por una encubierta selva espesa  
nos sacó de la tierra, como dijo.  
Voy pasando por esto a toda priesa,  
huyendo cuanto puedo el ser prolijo  
que aunque lo fueron mucho los trabajos,  
es menester echar por los atajos.

A la Imperial llegamos, do hospedados  
fuimos de los vecinos generosos  
y de varios manjares regalados  
hartamos los estómagos golosos.  
Visto, pues, en el pueblo así ayuntados  
tantos gallardos jóvenes briosos  
se concertó una justa y desafío  
donde mostrase cada cual su brío.

Turbó la fiesta un caso no pensado  
y la celeridad del juez fue tanta,  
que estuve en el tapete, ya entregado  
al agudo cuchillo la garganta.  
El enorme delito exagerado  
la voz y fama pública le canta,  
que fue solo poner mano a la espada  
nunca sin gran razón desenvainada.

Este acontecimiento, este suceso  
fue forzosa ocasión de mi destierro,  
teniéndome después gran tiempo preso  
por remendar con éste el primer yerro;  
mas aunque así agraviado, no por eso  
(armado de paciencia y duro hierro)  
falté en alguna acción y correría  
sirviendo en la frontera noche y día.

Hubo allí escaramuzas sanguinosas,  
ordinarios rebatos y emboscadas,  
encuentros y refriegas peligrosas,  
asaltos y batallas aplazadas,  
raras estrategias engañosas,  
astucias y cautelas nunca usadas,  
que aunque fueron en parte de provecho,  
algunas nos pusieron en estrecho.

Mas después del asalto y gran batalla

de la albarrada de Quipeo temida,  
donde fue destrozada tanta malla  
y tanta sangre bárbara vertida,  
fortificado el sitio y la muralla,  
aceleré mi súbita partida;  
que el agravio, más fresco cada día,  
me estimulaba siempre y me roía.

Y en un grueso barcón, bajel de trato,  
que velas altas de partida estaba,  
salí de aquella tierra y reino ingrato  
que tanto afán y sangre me costaba;  
y sin contraste alguno ni rebato,  
con el austro que en popa nos soplaba,  
costa a costa y a veces engolfado  
llegué al Callao de Lima celebrado.

Estuve allí hasta tanto que la entrada  
por el gran Marañón hizo la gente,  
donde Lope de Aguirre en la jornada,  
más que Nerón y Herodes inclemente,  
pasó tantos amigos por la espada  
y a la querida hija juntamente,  
no por otra razón y causa alguna  
mas de para morir juntos a una.

Y aunque más de dos mil millas había  
de camino, por partes despoblado,  
luego de allí por mar tomé la vía,  
a más larga carrera acostumbrado,  
y a Panamá llegué, do el mismo día  
la nueva por el aire había llegado  
del desbarate y muerte del tirano,  
saliendo mi trabajo y priesa en vano.

Estuve en Tierra Firme detenido  
por una enfermedad larga y estraña  
mas luego que me vi convalécido,  
tocando en las Terceras, vine a España,  
donde no mucho tiempo detenido,  
corrí la Francia, Italia y Alemaña,  
a Silesia, y Moravia hasta Posonia,  
ciudad, sobre el Danubio, de Panonia.

Pasé y volví a pasar estas regiones  
y otras y otras por ásperos caminos;  
traté y comuniqué varias naciones,  
viendo cosas y casos peregrinos,  
diferentes y estrañas condiciones,  
animales terrestres y marinos,  
tierras jamás del cielo rociadas,  
y otras a eterna lluvia condenadas.

¿Cómo me he divertido y voy apriesa  
del camino primero desviado?  
¿Por qué así me olvidé de la promesa  
y discurso de Arauco comenzado?  
Quiero volver a la dejada empresa  
si no tenéis el gusto ya estragado;  
mas yo procuraré deciros cosas  
que valga por disculpa el ser gustosas.

Volveré a la consulta comenzada  
de aquellos capitanes señalados,  
que en la parte que dije diputada

estaban diferentes y encontrados;  
contaré la elección tan porfiada,  
y cómo al fin quedaron conformados;  
los asaltos, encuentros y batallas,  
que es menester lugar para contallas.

¿Qué hago, en qué me ocupo, fatigando  
la trabajada mente y los sentidos,  
por las regiones últimas buscando  
guerras de ignotos indios escondidos  
y voy aquí en las armas tropezando,  
sintiendo retumbar en los oídos  
un áspero rumor y són de guerra  
y abrasarse en furor toda la tierra?

Veo toda la España alborotada  
envuelta entre sus armas vitoriosas,  
y la inquieta Francia ocasionada  
descoger sus banderas sospechosas;  
en la Italia y Germania desviada  
siento tocar las cajas sonoras,  
allegándose en todas las naciones,  
gentes, pertrechos, armas, municiones.

Para decir tan grande movimiento  
y el estrépito bélico y ruido  
es menester esfuerzo y nuevo aliento  
y ser de vos, Señor, favorecido;  
mas ya que el temerario atrevimiento  
en este grande golfo me ha metido,  
ayudado de vos, espero cierto  
llegar con mi cansada nave al puerto.

Que si mi estilo humilde y compostura  
me suspende la voz amedrentada,  
la materia promete y me asegura  
que con grata atención será escuchada.  
Y entre tanto, Señor, será cordura  
pues he de comenzar tan gran jornada,  
recoger el espíritu inquieto  
hasta que saque fuerzas del sujeto.

## Canto XXXVII

*En este último canto se trata cómo la guerra es de derecho de las gentes, y se declara el que el rey don Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo a los portugueses para justificar más sus armas*

Canto el furor del pueblo castellano  
con ira justa y pretensión movido,  
y el derecho del reino lusitano  
a las sangrientas armas remitido.  
La paz, la unión, el vínculo christiano  
en rabiosa discordia convertido,  
las lanzas de una parte y otra airadas  
a los parientes pechos arrojadas.

La guerra fue del cielo derivada  
y en el linaje humano transferida,  
cuando fue por la fruta reservada  
nuestra naturaleza corrompida.  
Por la guerra la paz es conservada  
y la insolencia humana reprimida,  
por ella a veces Dios el mundo aflige,  
le castiga, le emienda y le corrige;

por ella a los rebeldes insolentes  
oprime la soberbia y los inclina,  
desbarata y derriba a los potentes  
y la ambición sin término termina;  
la guerra es de derecho de las gentes  
y el orden militar y disciplina  
conserva la república y sostiene,  
y las leyes políticas mantiene.

Pero será la guerra injusta luego  
que del fin de la paz se desviare,  
o cuando por venganza o furor ciego,  
o fin particular se comenzare;  
pues ha de ser, si es público el sosiego,  
pública la razón que le turbare:  
no puede un miembro solo en ningún modo  
romper la paz y unión del cuerpo todo;  
que así como tenemos profesada  
una hermandad en Dios y ayuntamiento,  
tanto del mismo Christo encomendada  
en el último eterno Testamento,  
no puede ser de alguno desatada  
esta paz general y ligamiento,  
si no es por causa pública o querella  
y autoridad del rey defensor della.

Entonces como un ángel sin pecado,  
puesta en la causa universal la mira,  
puede tomar las armas el soldado  
y en su enemigo esecutar la ira;  
y cuando algún respeto o fin privado  
le templa el brazo, encoge y le retira,  
demás de que en peligro pone el hecho,  
peca y ofende al público derecho.

Por donde en justa guerra permitida  
puede la airada vencedora gente

herir, prender, matar en la rendida  
y hacer al libre, esclavo y obediente:  
que el que es señor y dueño de la vida,  
lo es ya de la persona y justamente  
hará lo que quisiere del vencido,  
que todo al vencedor le es concedido.

Y pues en todos tiempos y ocasiones  
por la causa común, sin cargo alguno,  
en batallas formadas y escuadrones  
puede usar de las armas cada uno,  
por las mismas legítimas razones  
es lícito el combate de uno a uno,  
a pie, a caballo, armado, desarmado,  
ora sea campo abierto, ora estacado.

En guerra justa es justo el desafío,  
la autoridad del príncipe interpuesta,  
bajo de cuya mano y señorío  
la ordenada república está puesta;  
mas si por caso propio o albedrío  
se denuncia el combate y se protesta,  
o sea provocador o provocado  
es ilícito, injusto y condenado,  
y los christianos príncipes no deben  
favorecer jamás ni dar licencia  
a condenadas armas que se mueven  
por odio, por venganza o competencia;  
ni decidan las causas, ni se prueben  
remitiendo a las fuerzas la sentencia,  
pues por razón oculta a veces veo  
que sale vencedor el que fue reo.

Y el juicio de las armas sanguinoso  
justa y derechamente se condena,  
pues vemos el incierto fin dudoso,  
según la Suma Providencia ordena;  
que el suceso ora triste, ora dichoso  
no es quien hace la causa mala o buena,  
ni jamás la justicia en cosa alguna  
está sujeta a caso ni a fortuna.

Digo también que obligación no tiene  
de inquirir el soldado diligente  
si es lícita la guerra y si conviene  
o si se mueve injusta o justamente;  
que sólo al rey, que por razón le viene  
la obediencia y servicio de su gente  
como gobernador de la república,  
le toca examinar la causa pública.

Y pues del rey como cabeza pende  
el peso de la guerra y grave carga,  
y cuanto daño y mal della depende  
todo sobre sus hombros solo carga.  
Debe mucho mirar lo que pretende,  
y antes que dé al furor la rienda larga,  
justificar sus armas prevenidas,  
no por codicia y ambición movidas.

Como Felipe en la ocasión presente,  
que de precisa obligación forzado,  
en favor de las leyes justamente  
las permitidas armas ha tomado;

no fundando el derecho en ser potente  
ni de codicia de reinar llevado,  
pues se estiende su cetro y monarquía  
hasta donde remata el sol su vía.

Mas de ambición desnudo y avaricia  
(que a los sanos corrompe y inficiona),  
llamado del derecho y la justicia  
contra el rebelde reino va en persona;  
y a despecho y pesar de la malicia  
que le niega y le impide la corona,  
quiere abrir y allanar con mano armada  
a la razón la defendida entrada.

Y aunque con justa indignación movido,  
sus fuerzas y poder disimulando  
detiene el brazo en alto suspendido,  
el remedio de sangre dilatando;  
y con prudencia y ánimo sufrido  
su espada y pretensión justificando  
quebrantará después con aspereza  
del contumaz rebelde la dureza.

Oprimirá con fuerza y mano airada  
la soberbia cerviz de los traidores,  
despedazando la pujante armada  
de los galos piratas valedores;  
y con rigor y furia disculpada,  
como hombres de la paz perturbadores,  
muerto Felipe Strozi su caudillo,  
serán todos pasados a cuchillo.

No manchará esta sangre su clemencia,  
sangre de gente pérfida enemiga,  
que si el delito es grave y la insolencia,  
clemente es y piadoso el que castiga.  
Perdonar la maldad es dar licencia  
para que luego otra mayor se siga;  
cruel es quien perdona a todos todo,  
como el que no perdona en ningún modo.

Que no está en perdonar el ser clemente  
si conviene el rigor y es importante,  
que el que ataja y castiga el mal presente  
huye de ser cruel para adelante.  
Quien la maldad no evita, la consiente,  
y se puede llamar participante  
y el que a los malos públicos perdona  
la república estraga e inficiona.

No quiero yo decir que no es gran cosa  
la clemencia, virtud inestimable,  
que el perdonar vitoria es gloriosa,  
y en el más poderoso más loable;  
pero la paz común tan provechosa  
no puede sin justicia ser durable,  
que el premio y el castigo a tiempo usados  
sustentan las repúblicas y estados.

Y no todo el exceso y mal que hubiere  
se puede remediar ni se castiga,  
que el tiempo a veces y ocasión requiere  
que todo no se apure ni se siga;  
príncipe que saberlo todo quiere  
sepa que a perdonar mucho se obliga:

que es medicina fuerte y rigurosa  
descarnar hasta el hueso cualquier cosa.

La clemencia a los mismos enemigos  
aplaca el odio y ánimo indignado,  
engendra devoción, produce amigos,  
y atrae el amor del pueblo aficionado;  
que el continuo rigor en los castigos  
hace al príncipe odioso y defamado:  
oficio es propio y propio de los reyes  
embotar el cuchillo de las leyes.

Y se puede decir que no importara  
disimular los males ya pasados  
si dello ánimo el malo no tomara  
para nuevos insultos y pecados;  
el miedo del castigo es cosa clara  
que reprime los ánimos dañados  
y el ver al malhechor puesto en el palo,  
corrige la maldad y emienda al malo.

Mas también el castigo no se haga  
como el indocto y crudo cirujano  
que siendo leve el mal, poca la llaga,  
mete los filos mucho por lo sano,  
y con el enconoso hierro estraga  
lo que sanara sin tocar la mano;  
que no es buena la cura y esperiencia  
si es más recia y peor que la dolencia.

Quiérome declarar, que algún curioso  
dirá que aquí y allí me contradigo:  
virtud es castigar cuando es forzoso  
y necesario el público castigo;  
virtud es perdonar el poderoso  
la ofensa del ingrato y enemigo  
cuando es particular, o que se entienda  
que puede sin castigo haber emienda.

Voime de punto en punto divirtiéndome,  
y el tiempo es corto y la materia larga,  
en lugar de aliviarme, recibiendo  
en mis cansados hombros mayor carga;  
así de aquí adelante resumiendo  
lo que menos importa y mas me carga,  
quiero volver a Portugal la pluma,  
haciendo aquí un compendio y breve suma.

¿Qué es esto, ¡oh lusitanos!, que engañados  
contraos el obstinado pecho  
y con armas y brazos condenados  
queréis violar las leyes y el derecho?  
¡Qué! ¿No mueve esos ánimos dañados  
la paz común y público provecho,  
el deudo, religión, naturaleza,  
el poder de Felipe y la grandeza?

Mirad con qué largueza os ha ofrecido  
hacienda, libertades y esenciones,  
no a término forzoso reducido,  
mas con formado campo y escuadrones;  
y casi murmurando, ha detenido  
las armas, convenciéndoos con razones,  
cual padre que reduce por clemencia  
al hijo inobediente a la obediencia.

¿Qué ciega pretensión, qué embaucamiento,  
qué pasión pertinaz desatinada  
saca así la razón tan de su asiento,  
y tiene vuestra mente trastornada,  
que una unida nación por sacramento  
y con la cruz de Christo señalada,  
envuelta en crueles armas homicidas,  
dé en sus propias entrañas las heridas,

y unas mismas divisas y banderas  
salgan de alojamientos diferentes,  
trayendo mil naciones extranjeras  
que derraman la sangre de inocentes  
y introducen errores y maneras  
de pegajosos vicios insolentes,  
dejando con su peste derramada  
la católica España inficionada?

A vos, Eterno Padre Soberano,  
el favor necesario y gracia pido  
y os suplico queráis mover mi mano  
pues en vos y por vos todo es movido,  
para que al portugués y al castellano  
dé justamente lo que le es debido,  
sin que me tuerza y saque de lo justo  
particular respeto ni otro gusto.

Y pues Vos conocéis los corazones  
y el justo celo con que el mío se mueve,  
y en los buenos propósitos y acciones  
el principio tenéis y el fin se os debe,  
dadme espíritu igual, dadme razones  
con que informe mi pluma que se atreve  
a emprender (temeraria y arrojada)  
con tan poco caudal tan gran jornada.

Queriendo Sebastián, rey lusitano,  
con ardor juvenil y movimiento  
romper el ancho término africano  
y oprimir el pagano atrevimiento,  
prometiéndole entrada y paso llano  
su altivo y levantado pensamiento,  
allegó de aquel reino brevemente  
la riqueza, poder, la fuerza y gente.

Mas el Rey don Felipe, que al sobrino  
vio moverse a la empresa tan ligero,  
el errado designio contravino  
con consejo de padre verdadero;  
y pensando apartarle del camino  
que iba a dar a tan gran despeñadero,  
hizo que en Guadalupe se juntasen  
para que allí sobre ello platicasen.

No bastaron razones suficientes  
ni el ruego y persuasión del grave tío,  
ni una gran multitud de inconvenientes  
que pudieran volver atrás un río,  
ni el poner la cerviz de tantas gentes  
bajo de un solo golpe al albedrío  
de la inconstante y variable diosa,  
de revolver el mundo deseosa,  
que el orgulloso mozo, prometiendo  
lo que el justo temor dificultaba,

los prudentes discursos rebatiendo,  
todos los contrapuestos tropellaba,  
y tras la libre voluntad corriendo  
su muerte y perdición apresuraba,  
que no basta consejo ni advertencia  
contra el decreto y la fatal sentencia.

¿Quién cantará el suceso lamentable  
aunque tenga la voz más expedida  
y aquel sangriento fin tan miserable  
de la jornada y gente mal regida,  
la ruina de un reino irreparable,  
la fama antigua en sólo un día perdida,  
todo por voluntad de un mozo ardiente,  
movido sin razón por accidente?

Otro refiera el aciago día,  
que a los más tristes en miseria excede,  
que aunque sangrienta está la pluma mía,  
correr por tantas lástimas no puede.  
Quiero seguir la comenzada vía,  
si el alto cielo aliento me concede,  
que ya de aquesta parte también siento  
armarse un gran ñublado turbulento.

Después que el mozo Rey voluntarioso  
al africano ejército asaltando,  
en el ciego tumulto polvoroso  
murió en montón confuso peleando,  
y la fortuna de un vaivén furioso  
derrocó cuatro reyes, ahogando  
la fama y opinión de tanta gente,  
revolviendo las armas del Poniente,

fue luego en Portugal por rey jurado  
don Enrique, el hermano del agüelo  
Cardenal y presbítero ordenado,  
persona religiosa y de gran celo,  
de años y enfermedades agravado,  
más que para este mundo para el cielo,  
ofreciéndole el reino la fortuna,  
con poca vida y sucesión ninguna.

El gran Felipe, en lo íntimo sintiendo  
del reino y muerto Rey la desventura,  
y del enfermo don Enrique viendo  
la mucha edad y vida mal segura,  
como sobrino y sucesor, queriendo  
aclarar su derecho en coyuntura,  
que por la transversal propincua vía  
a los reyes y títulos tenía,

con celosa y loable providencia  
hizo juntar doctísimos varones  
de grande christiandad y suficiencia,  
desnudos de interese y pretensiones,  
que conforme a derecho y a conciencia,  
no por torcidas vías y razones,  
mirasen en el grado que él estaba  
si el pretendido reino le tocaba.

Que doña Catalina, como parte,  
Duquesa de Verganza, pretendía  
por hija del infante don Duarte  
que de derecho el reino le venía;

y también don Antonio de otra parte  
a la corona y cetro se oponía;  
mas aunque del común favorecido,  
era por no legítimo excluido;

y que hecho el examen, cada uno,  
a tan arduo negocio conveniente,  
sin miramiento ni respeto alguno  
diesen sus pareceres libremente;  
porque en tiempo quieto y oportuno,  
prevenido al mayor inconveniente,  
si el reino a la razón no se allanase,  
sus armas y poder justificase.

Todos los cuales claramente viendo  
que el transversal por ley y fuero llano  
no representa al padre, sucediendo  
el legítimo deudo más cercano,  
el varón a la hembra prefiriendo,  
y al de menos edad el más anciano,  
yendo la sucesión y precedencia  
por derecho de sangre y no de herencia,

don Antonio excluido y apartado  
por ley humana y por razón divina,  
y el derecho igualmente examinado  
de don Felipe y doña Catalina  
decendientes del tronco en igual grado,  
él sobrino de Enrique, ella sobrina,  
él varón, ella hembra, él rey temido,  
mayor de edad y de mayor nacido,

atento al fuero, a la costumbre, al hecho  
y otras muchas razones que juntaron  
con recto, justo, igual y sano pecho,  
sin discrepar, conformes declararon  
ser don Felipe sucesor derecho  
y el reino por la ley le adjudicaron  
con tierras, mares, títulos y estados  
bajo de la corona conquistados.

Vista, pues, don Felipe su justicia  
por tan bastantes hombres declarada,  
sospechoso del odio y la malicia  
de la plebeya gente libertada,  
y la intrínseca y vieja inimicicia  
en los pechos de muchos arraigada,  
quiso tentar en estas novedades  
el ánimo del pueblo y voluntades.

Y con piadoso celo, deseando  
el bien del reino y público sosiego,  
en la mente perpleja iba trazando  
cómo echar agua al encendido fuego,  
por todos los caminos procurando  
aquietar el común desasosiego,  
que ya con libertad, sin corregirse  
comenzaba en el pueblo a descubrirse.

Para lo cual fue dél luego elegido  
don Christóbal de Mora, en quien había  
tantas y tales partes conocido  
cuales el gran negocio requería:  
de ilustre sangre en Portugal nacido  
de quien como vasallo el Rey podría

con ánimo seguro y esperanza  
hacer también la misma confianza,

y enterarse del celo y sano intento  
tantas veces por él representado,  
entendiendo la fuerza y fundamento  
de su causa y derecho declarado;  
no traído por término violento  
ni deseo de reinar desordenado  
mas por rigor de la justicia pura,  
por ley, razón, por fuero y por natura.

Así que esto por él reconocido  
como de rey tan justo se esperaba,  
mirase el gran peligro en que metido  
el patrio reino y christiandad estaba;  
y tuviese por bien fuese servido  
de sosegar la alteración que andaba,  
declarándole en forma conveniente  
por sucesor derecha y justamente.

Con que en el suelto pueblo cesaría  
el tumulto y escándalos estraños,  
y su declaración atajaría  
grandes insultos y esperados daños,  
haciendo que en la forma que solía,  
para después de sus felices años,  
el reino le jurase según fuero,  
por legítimo príncipe heredero.

Hecha por don Christóbal la embajada  
y de Felipe la intención propuesta,  
tibiamente de Enrique fue escuchada,  
dando una ambigua y frívola respuesta,  
que por más que le fue representada  
la justicia del Rey tan manifiesta,  
procuraba con causas escusarse  
sin querrella aclarar ni declararse.

Visto, pues, dilatar el cumplimiento  
de negocio tan arduo e importante,  
por donde el popular atrevimiento  
iba, cobrando fuerzas, adelante,  
don Felipe envió con nuevo asiento  
largo poder y comisión bastante  
para sacar resolución alguna  
a don Pedro Girón, duque de Osuna,

y al docto Guardiola juntamente,  
porque con más instancia y diligencia,  
vista de la tardanza el daño urgente  
contra la paz común y conveniencia,  
diesen claro a entender cuán conveniente  
era en tan gran discordia y diferencia,  
que el rey se declarase por decreto,  
cortando a mil designios el sujeto.

Y porque cosa alguna no quedase  
por hacer y tentar todos los vados,  
y la ciega pasión no perturbase  
el sosiego y quietud de los estados,  
antes que el odio oculto reventase,  
dos eminentes hombres señalados  
de los que en su Real Consejo había  
últimamente a don Enrique envía:

uno Rodrigo Vázquez, que en prudencia,  
en rectitud, estudio y disciplina  
era de grande prueba y experiencia,  
de claro juicio y singular doctrina;  
el otro de no menos suficiencia,  
famoso en letras, el doctor Molina,  
ambos varones raros, escogidos,  
en gran figura y opinión tenidos;

para que Enrique, dellos informado,  
y de todas las dudas satisfecho,  
a las Cortes que ya se habían juntado  
informasen también de su derecho,  
y al pueblo contumaz y apasionado,  
puesto delante el general provecho,  
fueros y libertades prometiesen  
con que a su devoción le redujesen.

Y aunque entendiase el viejo Rey prudente  
ser esto lo que a todos convenía,  
pues por la espresa ley derechamente  
el reino a su sobrino le venía,  
con larga dilación impertinente  
el negocio suspenso entretenía,  
a fin que aquellos súbditos y estados  
fuesen con más ventaja aprovechados.

Pues como hubiese el tardo Rey dudoso  
el término y respuesta diferido,  
llegó aquél de la muerte presuroso,  
del Autor de la vida estatuido:  
por donde al sucesor le fue forzoso  
viendo al rebelde pueblo endurecido,  
juntar contra sus fines y malicia  
las armas, y el poder con la justicia,

habiendo antes con todos procurado  
muchos medios de paz por él movidos,  
provocando al temoso y porfiado  
con dádivas, promesas y partidos;  
mas el poblacho terco y obstinado,  
no estimando los bienes ofrecidos,  
la enemistad del todo descubierta,  
al derecho y razón cerró la puerta.

¡Quién pudiera deciros tantas cosas  
como aquí se me van representando:  
tanto rumor de trompas sonoras,  
tanto estandarte al viento tremolando  
las prevenidas armas sanguinosas  
del portugués y castellano bando,  
el aparato y máquinas de guerra,  
las batallas de mar y las de tierra!

Veránse entre las armas y fiereza  
materias de derecho y de justicia,  
ejemplos de clemencia y de grandeza,  
proterva y contumaz enemicicia,  
liberal y magnánima largueza  
que los sacos hinchó de la codicia,  
y otros matices vivos y colores  
que felices harán los escritores.

Canten de hoy más los que tuvieren vena,

y enriquezcan su verso numeroso  
pues Felipe les da materia llena  
y un campo abierto, fértil y espacioso:  
que la ocasión dichosa y suerte buena  
vale más que el trabajo infrutuoso,  
trabajo infrutuoso como el mío,  
que siempre ha dado en seco y en vacío.

¡Cuántas tierras corrí, cuántas naciones  
hacia al helado norte atravesando,  
y en las bajas antárticas regiones  
el antípoda ignoto conquistando!  
Climas pasé, mudé constelaciones  
golfos innavegables navegando,  
estendiendo, Señor, vuestra corona  
hasta casi la austral frígida zona.

¿Qué jornadas también por mar y tierra  
habéis hecho que deje de seguiros?  
A Italia, Augusta, a Flandes, a Inglaterra,  
cuando el reino por rey vino a pedirlos;  
de allí el furioso estruendo de la guerra  
al Pirú me llevó por más serviros,  
do con suelto furor tantas espadas  
estaban contra vos desenvainadas.

Y el rebelde indiano castigado  
y el reino a la obediencia reducido,  
pasé al remoto Arauco, que alterado  
había del cuello el yugo sacudido,  
y con prolija guerra sojuzgado  
y al odioso dominio sometido,  
seguí luego adelante las conquistas  
de las últimas tierras nunca vistas.

Dejo por no cansaros y ser míos,  
los inmensos trabajos padecidos,  
la sed, hambre, calores y los fríos,  
la falta irremediable de vestidos;  
los montes que pasé, los grandes ríos,  
los yermos despoblados no rompídos,  
riesgos, peligros, trances y fortunas  
que aún son para contadas importunas.

Ni digo cómo al fin por accidente  
del mozo capitán acelerado,  
fui sacado a la plaza injustamente  
a ser públicamente degollado;  
ni la larga prisión impertinente  
do estuve tan sin culpa molestado  
ni mil otras miserias de otra suerte,  
de comportar más graves que la muerte.

Y aunque la voluntad, nunca cansada,  
está para serviros hoy más viva,  
desmaya la esperanza quebrantada  
viéndome proejar siempre agua arriba.  
Y al cabo de tan larga y gran jornada  
hallo que mi cansado barco arriba  
y de la adversa fortuna contrastado  
lejos del fin y puerto deseado.

Mas ya que de mi estrella la porfía  
me tenga así arrojado y abatido,  
verán al fin que por derecha vía

la carrera difícil he corrido;  
y aunque más inste la desdicha mía,  
el premio está en haberle merecido  
y las honras consisten, no en tenerlas,  
sino en sólo arribar a merecerlas.

Que el disfavor cobarde que me tiene  
arrinconado en la miseria suma,  
me suspende la mano y la detiene  
haciéndome que pare aquí la pluma.  
Así doy punto en esto pues conviene  
para la grande innumerable suma  
de vuestros hechos y altos pensamientos  
otro ingenio, otra voz y otros acentos.

Y pues del fin y término postrero  
no puede andar muy lejos ya mi nave,  
y el tímido y dudoso paradero  
el más sabio piloto no le sabe,  
considerando el corto plazo, quiero  
acabar de vivir antes que acabe  
el curso incierto de la incierta vida,  
tantos años errada y distraída.

Que aunque esto haya tardado de mi parte  
y a reducirme a lo postrero aguarde,  
sé bien que en todo tiempo y toda parte  
para volverse a Dios jamás es tarde;  
que nunca su clemencia usó de arte  
y así el gran pecador no se acobarde,  
pues tiene un Dios tan bueno, cuyo oficio  
es olvidar la ofensa y no el servicio.

Y yo que tan sin rienda al mundo he dado  
el tiempo de mi vida más florido,  
y, siempre por camino despeñado  
mis vanas esperanzas he seguido,  
visto ya el poco fruto que he sacado  
y lo mucho que a Dios tengo ofendido,  
conociendo mi error, de aquí adelante  
será razón que llore y que no cante.

FIN DE LA TERCERA PARTE DE LA ARAUCANA

## **Tabla de las cosas más notables desta Tercera parte de La Araucana**

### A

- Asalto al fuerte de los españoles en el valle de Tucapel XXXI, 45
- Andresillo, indio yanacona de los españoles, descubre al capitán Reynoso el trato doble XXXI, 5
- Andresillo entra con Pran, soldado de Caupolicán, en el fuerte XXXI, 26

### C

- Caupolicán envía a Pran por espía al alojamiento español XXX, 43
- Caupolicán habla con Andresillo sobre el dar el asalto al fuerte XXXI, 12
- Confederación de Rengo y Tucapel XXX, 23
- Caupolicán, roto, deshace el ejército y se reduce a andar privadamente XXXII, 24
- Confesión de Caupolicán y habla que hizo a Reynoso XXXIV, 5

### D

- Derecho del rey don Felipe al reino de Portugal y justificación de sus armas XXXVII, 14
- Don Alonso de Ercilla halla a Millalauca, mujer principal mal herida XXXII, 32
- Desafíos condenados por todas leyes XXX, 1
- Don Alonso de Ercilla cuenta la historia de la reina Dido XXXII, 54
- Dido lanza en el mar los sacos de arena XXXII, 80

### F

- Fin del combate de Tucapel y Rengo XXX, 7
- Fundación de Cartago por la reina Dido XXXII, 5

### H

- Huye Dido de su hermano Pigmaleón XXXII, 70
- Hazaña, aunque bárbara, de Fresia, mujer de Caupolicán XXXIII, 76

### J

- Junta de los caciques a la elección de General XXXIV, 38

### L

- Lamentación de Dido sobre las cenizas de Sicheo XXXII, 59
- La guerra es de derecho de las gentes XXXVII, 7

### M

- Muerte de Caupolicán XXXIV, 19
- Muévese el rey don Felipe contra los rebeldes de Portugal XXXVII, 61
- Muerte de Pran XXXII, 15
- Muerte de Dido XXIII, 51

### P

- Pran se descubre a Andresillo, yanacona de los españoles XXX, 49
- Prisión de Caupolicán XXXIII, 78

### R

- Razonamiento de Caupolicán junto al palo XXXIV, 25
- Razonamiento de Pran a Andresillo XXX, 50
- Respuesta de Andresillo a Caupolicán en que le promete ayuda XXXI, 21

Razonamiento de los embajadores de Cartago XXXIII, 21  
Respuesta de Dido a la embajada de Yrbas XXXIII, 28  
Razón por qué los desafíos son condenados XXX, 1  
Razonamiento de Dido a los ministros de su hermano XXXII, 84  
FIN DE LA TABLA